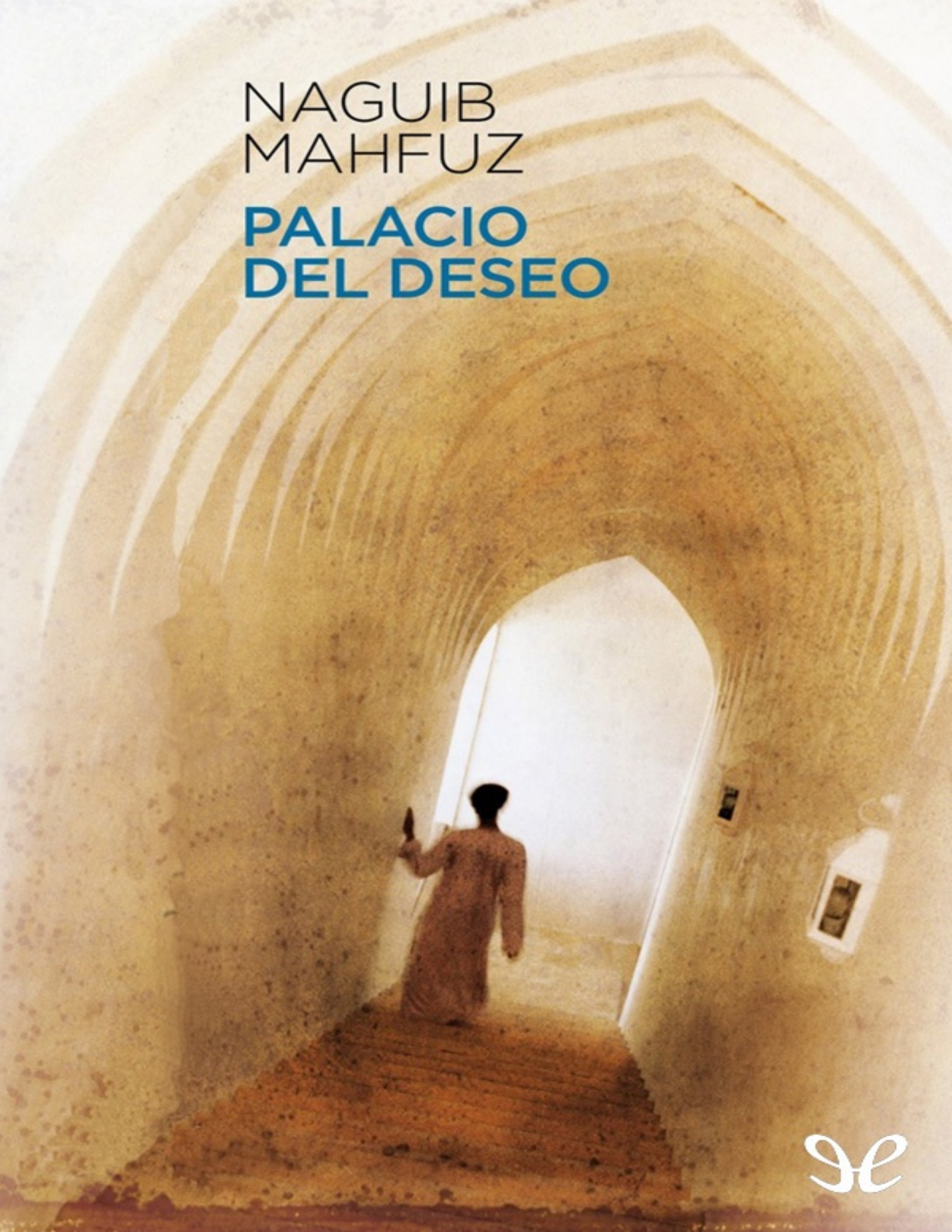


NAGUIB  
MAHFUZ

**PALACIO  
DEL DESEO**



se

Ahmad Abd el-Gawwad ve como sus hijos comienzan a cuestionar su tiránica autoridad al mismo tiempo que Egipto lucha por liberarse de la tutela colonial. Un padre y una nación que vivían anclados en el islamismo tradicional asisten en pocos años a la corrosiva influencia de la sociedad moderna occidental. Un entresijo de pasiones amorosas e ideológicas estalla en el seno de la familia.

Naguib Mahfuz

# **Palacio del deseo**

**Trilogía de El Cairo 02**

Título original: *Qasr el-Shawq*

Naguib Mahfuz, 1957

Traducción: M<sup>a</sup> Dolores López Enamorado

## Nota preliminar

La obra **Palacio del deseo**, del Premio Nobel de Literatura 1988, Naguib Mahfuz, fue publicada en 1957, sólo un año después de la aparición de **Entre dos palacios**. Ambas, junto con **La azucarera**, constituyen la **Trilogía**, considerada la obra cumbre de este escritor egipcio.

En este volumen se narra la vida de la segunda generación de la familia Abd el-Gawwad entre los años 1924 y 1927. La idea argumental del libro, parte central de la Trilogía, se articula en torno a unos diálogos más ágiles, sin abandonar las descripciones minuciosas de escenarios y personajes, tanto los ya conocidos como los nuevos que irán apareciendo a lo largo de la obra. El lector se enfrenta aquí con un exhaustivo análisis de los sentimientos y las relaciones humanas, llevado a cabo con gran maestría y profundidad psicológicas.

La traducción del presente volumen (previa división del texto en seis partes) ha sido llevada a cabo por el equipo inicial que se encargó de traducir **Entre dos palacios** y que, tras algunos cambios, ha quedado como sigue: M<sup>a</sup> Dolores López Enamorado (capítulos 1 al 6), Eugenia Gálvez Vázquez (7 al 13), Clara M<sup>a</sup> Thomas de Antonio (14 al 19), Rafael Valencia Rodríguez (20 al 27), Rafael Monclova Fernández (28 al 34) y Carmen Gómez Camarero (35 al 44). La corrección de estilo ha corrido a cargo de Fernando Rodríguez-Izquierdo Gavala y la abajo firmante ha asumido la tarea de coordinación del equipo.

Al objeto de no entorpecer la lectura del relato con notas aclaratorias a pie de página, al final del libro se ha incluido un glosario en el que el lector encontrará tanto las palabras que aparecen en cursiva en el texto como aquellas cuya explicación pudiera facilitar la comprensión del lenguaje. Las citas tomadas del Corán o el **hadiz** aparecen también en cursiva y, por las mismas razones apuntadas anteriormente, no llevan nota a pie de página.

La revisión final del texto ha corrido a mi cargo. Algunos nombres difieren ligeramente de la transcripción ofrecida en el primer volumen de la **Trilogía**. Ello obedece al deseo de adecuarlos más exactamente, en la medida de lo posible, a la fonética árabe. Esperamos, tras las diversas revisiones de conjunto, haber conseguido la homogeneidad que se pretendía, así como que el resultado sea del gusto del lector.

# 1

El señor Ahmad Abd el-Gawwad cerró la puerta tras sí y atravesó el patio con pasos relajados, bajo la débil luz de las estrellas, mientras la contera de su bastón se clavaba en la tierra polvorienta cada vez que se apoyaba sobre él en su marcha tranquila. Esperaba con ansiedad, ya que su cuerpo estaba ardiendo, el agua fría con la que se lavaría la cara, la cabeza y el cuello, para mitigar —siquiera por un momento— el calor de julio y el fuego que abrasaba sus entrañas y su cabeza. Esta idea del agua fría le gustó tanto que se relajaron sus facciones. Cuando atravesó la puerta de la escalera, le llegó la débil luz procedente de arriba, que se agitaba sobre las paredes delatando el movimiento de la mano al sujetar la lámpara. Subió a saltos la escalera, con una mano en la barandilla y la otra en su bastón, cuya contera producía sucesivos golpecitos que habían adquirido hacía tiempo un ritmo especial, el cual había llegado a ser tan representativo como su propia persona. En lo alto de la escalera apareció Amina con la lámpara en la mano. Cuando llegó adonde estaba ella, se detuvo jadeando en espera de recobrar el aliento; después le dirigió su habitual saludo nocturno:

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor —murmuró Amina precediéndolo con la lámpara. En la habitación, él se dirigió apresuradamente hacia el sofá y se tumbó.

Después se deshizo de su bastón, se quitó el *tarbúsh* y echó la cabeza sobre el almohadón, extendiendo las piernas hacia adelante hasta arremangarse los dos lados de la *yubba* sobre su caftán, el cual descubrió las perneras del calzón remetidas en sus calcetines. Cerró los ojos, mientras se secaba la frente, las mejillas y el cuello con el pañuelo. Entretanto, Amina puso la lámpara sobre la mesita, quedándose de pie a la espera de que él se levantara para ayudarlo a quitarse la ropa, y observándolo con un interés mezclado de inquietud. Le hubiera gustado ser valiente y pedirle que dejara la costumbre de trasnochar, a la que su salud ya no hacía frente con la ligereza de antaño... ¡pero ella no sabía cómo manifestar sus tristes pensamientos! Pasaron unos minutos antes de que él abriera los ojos. Luego sacó de su caftán el reloj de oro y el anillo de diamantes y los puso dentro del *tarbúsh*. Después se levantó para quitarse la *yubba* y el caftán con la ayuda de Amina, y en aquel momento se mostró su cuerpo con la altura, anchura y corpulencia ya sabidas..., aparte de unos cabellos que habían encanecido en sus sienes. Cuando metió la cabeza en el escote del *guilbab* blanco le invadió una sonrisa repentina al recordar cómo había vomitado el

señor Ali Abd el-Rahim esa noche en la reunión, y cómo se puso a disculparse de su debilidad alegando que se debía a un frío que le había entrado en el estómago. Recordó también cómo ellos le reprendieron intencionadamente, afirmando que él ya no soportaba la bebida, que no todos los hombres podían convivir con el vino hasta el final de sus días, etc., etc. Recordó cómo se había enfadado el señor Ali y se había esforzado en quitarse de encima la acusación. ¡Qué raro! ¿Había cierta gente que diera tanta importancia a estos insignificantes asuntos? Pero, si esto no era así..., ¿por qué él mismo se había jactado, en el griterío de conversaciones y risas, de que podía beberse una taberna entera sin que se resintiera su estómago?

Se sentó de nuevo en el sofá y tendió sus piernas a la mujer, que se puso a quitarle los zapatos y los calcetines. Después ella salió un momento de la habitación, regresó con la palangana y el jarro, y se puso a echarle agua. Él se lavó la cabeza, la cara y el cuello, y se enjuagó la boca. Por último volvió a su asiento, buscando la corriente de aire que flotaba con suavidad entre la celosía y la ventana que daba al patio.

—¡Vaya verano horrible el de este año! —exclamó.

Amina dijo, mientras sacaba el puf de debajo de la cama, sentándose a su vez con las piernas cruzadas cerca de los pies de él:

—¡Que Dios nos ayude! —Luego, suspirando—: ¡El mundo entero es una hoguera, y la habitación del horno también! La azotea es el único lugar donde se puede respirar en verano tras la puesta de sol.

En su asiento, ella parecía diferente a la que había sido en otro tiempo. Estaba delgada y su rostro se había alargado, o tal vez parecía más alargado de lo que era a causa de la delgadez que se había apoderado de sus mejillas. Las canas se habían extendido por los mechones que dejaba ver el pañuelo de su cabeza, dándole el aspecto de ser una persona mayor de lo que le correspondía. Había crecido un poco el lunar de su mejilla, mientras que sus ojos revelaban —además de la antigua mirada de sumisión— embotamiento y tristeza a la vez. ¡Cuánta confusión sentía por los cambios que le habían sobrevenido! Y, aunque al principio los había aceptado como un consuelo, ahora empezaba a preguntarse angustiada si no iba a necesitar salud mientras le quedara vida. ¡Claro que sí!, y los demás también la necesitaban. Pero... ¿cómo iban a volver las cosas a ser como antes? Además, ella había alcanzado ya una cierta edad, que quizá no fuera mucha como para justificar los cambios, pero que, sin duda, había dejado huella.

Así estaba ella, de pie en la celosía noche tras noche, observando la calle desde detrás de las rendijas: no la veía cambiar, mientras que ella misma sí iba cambiando

sin cesar. Se elevó la voz del camarero en el café y voló como el eco hasta la habitación silenciosa. Ella sonrió, mirando de reojo al señor.

¡Cuánto quería a esta calle que, hablándole, compartía con ella las veladas! Era una amiga ignorante de este corazón que la amaba desde detrás de las rendijas. Sus vistas le llenaban el espíritu; sus tertulias eran voces animadas que vivían en sus oídos: este camarero de lengua infatigable, el de la voz ronca que comentaba los sucesos del día sin cansancio ni hastío, el de la voz nerviosa que trataba de cazar su suerte con el «*kawmi*» y el «*wálad*», el padre de Haniyya, la chica aquejada de tos ferina, que cuando le preguntaban por ella respondía noche tras noche: «¡En Dios está la curación!»... ¡Ay! ¡Era como si la celosía fuera un rincón del café, donde ella estuviera sentada! Los recuerdos de la calle se dibujaban en su imaginación, tras unos ojos que no se apartaban de aquella cabeza que estaba apoyada en el almohadón del sofá. Cuando se interrumpió el hilo de sus pensamientos, centró su atención en el hombre, y percibió en sus mejillas ese color rojo intenso que solía ver a estas altas horas durante las últimas noches. Eso no la tranquilizaba, y le preguntó con ternura:

—¿Estás bien, señor?

Él incorporó la cabeza y murmuró:

—Bien, gracias a Dios. —Luego rectificó—: ¡Qué tiempo tan horrible!

El aguardiente es la mejor bebida en el verano... Eso le habían dicho y repetido, pero él no lo soportaba. O el *whisky* o nada. Tenía, pues, que aguantar cada noche la modorra de la borrachera de verano —y era un verano duro—. ¡Cómo se había reído esa noche! Rio hasta que le dolieron las venas del cuello. Pero ¿a qué venían las risas? Apenas recordaba nada, y nada había allí que se pudiera contar o repetir. Pero la atmósfera de la reunión estaba cargada de una agradable electricidad, de tal modo que cualquier contacto provocaba el estallido. Apenas dijo el señor Ibrahim Alfar: «Ha embarcado hoy Alejandría en Saad con destino a París», queriendo decir: «Ha embarcado hoy Saad en Alejandría con destino a París», cuando todos reventaron de risa. Se consideró como uno de los chistes provocados por el vino. Se apresuraron a decir: «Él se quedará en la negociación hasta que recobre la salud; después embarcará hacia la invitación para acudir a Londres que ha recibido de» o «le será dado Ramsay MacDonald por parte de la independencia el acuerdo» y «regresará a la independencia trayendo a Egipto». Se pusieron a charlar sobre la esperada negociación, comentándola con todas las bromas que quisieron.

Realmente, el mundo de los amigos, a pesar de ser muy amplio, se podía resumir en tres: Muhammad Effat, Ali Abd el-Rahim e Ibrahim Alfar. ¿Se podía concebir el mundo sin que ellos existieran? La alegría sincera que brillaba en sus rostros cuando



lo veían le producía una felicidad que no se podía comparar a ninguna otra. Sus ojos soñadores se cruzaron con la mirada interrogante de ella, y dijo, como si le recordase un asunto importante:

—Mañana...

—¡Cómo voy a olvidarlo! —dijo la mujer, con el rostro bañado por una sonrisa.

—Me han dicho que el resultado del bachillerato ha sido malo este año —comentó él con cierto orgullo, que no trató de disimular.

Ella le respondió, participando de su orgullo y volviendo a sonreír:

—¡Que Dios le haga alcanzar sus propósitos y nos alargue la vida hasta que lo veamos obtener su Diploma!

—¿Has ido hoy a el-Sukkariyya? —preguntó.

—Sí, y los he invitado a todos. Asistirán, excepto la señora de la casa, que se ha disculpado por estar fatigada. Dijo que sus dos hijos felicitarían a Kamal en su nombre.

El señor dijo, haciendo un gesto con la barbilla hacia la *ayubba*:

—El *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad me ha traído hoy unos amuletos para los hijos de Jadiga y de Aisha. Me ha bendecido diciendo: «Si Dios quiere, haré amuletos para los hijos de tus nietos».

Luego movió la cabeza sonriendo.

—Nada hay imposible para Dios. Ahí está el *sheyj* Mitwali en persona, fuerte como el hierro, a pesar de tener ya ochenta años.

—¡Que Dios te haga gozar de salud y bienestar!

El señor estuvo pensando largo rato mientras contaba con los dedos; luego dijo:

—Si mi padre, que en paz descansa, viviera todavía, no tendría ahora muchos más años que el *sheyj*.

—¡Descansen en paz los difuntos!

Reinó el silencio hasta que desapareció la huella que había dejado el recuerdo de los «difuntos». Luego dijo el hombre con el tono de quien recuerda algo importante:

—Zaynab se ha prometido.

Amina abrió mucho los ojos y dijo mientras levantaba la cabeza:

—¿De verdad?

—Sí. Me lo ha dicho Muhammad Effat esta noche.

—¿Quién es él?

—Un funcionario llamado Muhammad Hasan, jefe de la Dirección de Archivos del Ministerio de Instrucción Pública.

—¿Es muy mayor? —preguntó Amina con ansiedad.

—¡Qué va! —replicó él—. Debe rondar los cuarenta. Treinta y cinco, treinta y seis... cuarenta años como máximo.

Luego añadió en tono irónico:

—Ella ha probado su suerte con los jóvenes, y ha fracasado; me refiero a los jóvenes que no atraen la atención. ¡Que pruebe suerte ahora con los hombres juiciosos!

—Yasín era primordial para ella, al menos por su hijo —dijo Amina con tristeza.

Eso mismo opinaba el señor, y lo había defendido mucho tiempo ante Muhammad Effat. Sin embargo, no manifestó estar de acuerdo con su mujer, para ocultar su frustrado esfuerzo.

—Muhammad Effat ya no tiene confianza en él —dijo irritado—, y la verdad es que él no es digno de confianza. Por eso yo no quise discutirle. No acepto explotar nuestra amistad para conducirlo a cosas que no son buenas.

—El error de la juventud no le impide el perdón... —murmuró Amina con cierta comprensión.

No le importó al señor reconocer parte de su frustrado esfuerzo, y dijo:

—Yo hice todo lo posible por defender sus derechos, pero no hallé una acogida favorable. Muhammad Effat me dijo suplicante: «El principal motivo para excusarme es la pena que siento de exponer nuestra amistad a la ruptura». Y me dijo también: «No puedo negarte un ruego, pero nuestra amistad es más valiosa para mí que ese ruego tuyo». Y yo dejé de hablar.

Verdaderamente había dicho esto Muhammad Effat, pero con ello sólo pretendía resistir ante su insistencia. La verdad es que el señor tenía un gran deseo de unir los vínculos con Muhammad Effat, establecidos a raíz del matrimonio de los hijos de ambos, y que ahora se habían roto. Y lo deseaba, tanto por salvaguardar su propia posición, como la de toda su familia. Él no esperaba encontrar para Yasín una esposa mejor que Zaynab, pero no pudo hacer otra cosa que admitir la derrota; especialmente después que el hombre le contara lo que sabía, o parte de lo que sabía, sobre la vida privada de Yasín, hasta el punto de decirle: «No me digas que nosotros mismos no somos diferentes de Yasín; la verdad es que nos diferenciamos en algunas cosas, y lo cierto es que yo no acepto para Zaynab lo que he aceptado para su madre».

—¿Está enterado Yasín de lo que ocurre? —preguntó Amina.

—Se enterará mañana o pasado. ¿Tú crees que está preocupado por esto? Es el que más lejos está de dar valor a una boda honrada.

Amina movió la cabeza con tristeza, y luego preguntó:

—¿Y Redwán?

—Se quedará en casa de su abuelo —dijo el señor frunciendo el ceño— o se reunirá con su madre si no puede soportar el estar separado de ella. ¡Dios confunda a los que lo han desconcertado!

—¡Pobrecito, Dios mío! Su madre en un sitio y su padre en otro... ¿Podrá resistir Zaynab el estar separada de él?

—¡Necesidad hace ley! —dijo el señor con una especie de desprecio. Luego preguntó—: ¿Cuándo tendrá la edad? ¿No te acuerdas?

—Es un poco más pequeño que Naíma, la hija de Aisha, y un poco mayor que Abd el-Múnim, el hijo de Jadiga —respondió Amina tras meditar un momento—. Tiene cinco años, señor. Su padre podrá recuperarlo dentro de dos años. ¿No es así, señor?

Este dijo bostezando:

—¿Quién vivirá para verlo? —Luego, cambiando de tema—: Él estaba casado..., me refiero al nuevo esposo.

—¿Tiene hijos?

—¡Qué va! No los ha tenido de su primera mujer.

—Quizá sea esto lo que ha gustado al señor Muhammad Effat.

—¡No olvides su posición! —dijo el señor irritado.

—Si fuera un asunto de posición —objetó Amina— no habría nadie equiparable a tu hijo, por lo menos en lo que a ti se refiere.

Él se sintió a disgusto, hasta maldecir en secreto, a pesar del afecto que le profesaba a Muhammad Effat, pero volvió a subrayar el punto con el que se había consolado:

—No olvides que si él no se hubiera empeñado en poner nuestra amistad en un refugio inexpugnable, no habría dudado en aceptar mis ruegos.

—¡Claro, claro, señor! —dijo Amina, hablando en nombre de ese mismo sentimiento—. Se trata de la amistad de toda una vida, y no de una diversión ni de un juego.

Él bostezó una vez más y murmuró:

—Pon la lámpara fuera.

Amina se puso de pie para cumplir su orden, y él cerró los ojos un momento. Luego se levantó de un salto como para combatir la pereza, y se dirigió a la cama, echándose en ella. Ahora se encontraba mejor. ¡Qué agradable es acostarse cuando se está cansado! Desde luego no se le había quitado esa punzada que martilleaba su cabeza, pero es que su cabeza casi nunca estaba tranquila. De todas formas ¡alabado

sea Dios! La dicha completa es algo que pasó. Hay algo que echamos de menos cada vez que estamos a solas con nosotros mismos, pero eso no regresa. Se nos aparece desde el pasado con un pálido recuerdo, como esa luz suave que se filtra a través de la mirilla de la puerta. ¡De todas formas, alabado sea Dios! ¡Y darse una vida que desearían los envidiosos...! Lo más conveniente es expresar una firme opinión sobre la cuestión de aceptar o no la «invitación»..., o dejar para mañana los asuntos de mañana; excepto Yasín, ya que esta es una cuestión de ayer, de hoy y de mañana. Ya no es un niño, desde que cumplió veintiocho años. El problema no radica en buscarle otra mujer, pero... *Dios no cambiará la condición de un pueblo mientras este no cambie lo que en sí tiene.* ¿Cuándo resplandecerá la recta senda de Dios y cubrirá la tierra, hasta que su luz deslumbre los ojos...? Entonces gritaría desde lo más profundo de su alma: «¡Alabado sea Dios!». Pero... ¿qué había dicho Muhammad Effat? Que Yasín andurreaba hasta los pasadizos de el-Ezbekiyya... El-Ezbekiyya era diferente de cuando él mismo callejeaba por allí. A veces lo sacudía la nostalgia de regresar a algunos de sus cafés para revivir los recuerdos... De todos modos, hay que agradecer a Dios el haber conocido la intimidad de Yasín antes de llegar a viejo; si no, el demonio se habría reído desde lo más profundo de su corazón burlón. Abrid camino a los hijos, pues ya son mayores. Al principio te alejaron de allí los australianos y, por último, esa mula de australiano...

## 2

En la paz del alba, con el canto de los gallos, se sucedían los golpes sobre la masa desde la habitación del horno. Umm Hánafi estaba inclinada sobre la artesa con su cuerpo carnoso. Su rostro aparecía lozano bajo la luz que brotaba de la lámpara, situada sobre la superficie del horno. La edad no había afectado a su cabello ni a su gordura, pero sus rasgos habían tomado una expresión triste, y se habían endurecido sus facciones. A su derecha estaba sentada Amina en la silla de la cocina, cubriendo las placas de la masa con salvado, preparándolas para recibir las tortas de pan. El trabajo proseguía —en silencio— hasta que Umm Hánafi dejó un momento de amasar. Sacó la mano de la artesa y se secó la frente, empapada de sudor, con la parte interna del codo. Luego ondeó su puño cubierto de masa, como un guante blanco de boxeo, y dijo:

—Tienes por delante, señora, una dura pero grata jornada. ¡Qué Dios multiplique los días de felicidad!

Amina murmuró sin levantar la cabeza de su tarea:

—Tenemos que ofrecer una mesa apetitosa.

Umm Hánafi sonrió, mientras señalaba con la barbilla hacia su señora, y dijo:

—¡Bendita sea la maestra!

Luego metió de nuevo sus manos en la artesa y volvió a golpear la masa.

—Hubiera preferido que nos contentáramos con distribuir la sopa migada entre los pobres de el-Huseyn.

—No sería extraño entre nosotros —dijo Umm Hánafi en tono de reproche.

—De cualquier forma —farfulló Amina con una voz no exenta de fastidio— se trata de un banquete y un jaleo. ¡Fuad, el hijo de Gamil el-Hamzawi, ha sacado también el Bachillerato y nadie se ha enterado!

Pero Umm Hánafi se empeñó en protestar:

—No es más que la oportunidad de reunimos con los seres queridos...

¿Cómo podía haber alegría sin sentir remordimientos ni concebir temor? «Antes yo preguntaba al futuro, y me respondía que la fecha del certificado de estudios primarios de este coincidiría con la de la licenciatura de aquel. Una fiesta que no ha llegado y una promesa que no se ha cumplido. Diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro años... Una juventud en todo su apogeo, cuya madurez se me ha impedido abrazar. Ha vuelto al polvo... ¡Ay, esa herida del corazón a la que llaman tristeza...!»

—La señora Aisha se pondrá muy contenta con la *baqlawa*, y se acordará de los viejos tiempos, señora.

«Aisha se pondrá contenta, y su madre también. Días y noches, saciedad y hambre, sueño y despertar... como si nada hubiera pasado. Pregunta a los que pretendían que tú no podrías sobrevivirle un sólo día... Vives para rezar sobre su tumba. El que el corazón se haya estremecido no significa que el mundo se estremezca también. Es como si él fuera relegado al olvido hasta que se visita el cementerio. Has llenado los ojos y las almas, hijito mío, y luego no se acuerdan de ti más que en las fiestas. ¿Dónde estáis todos vosotros? Cada uno ocupado en sus tareas, excepto tú, Jadiga, corazón y alma de tu madre; hasta que un día tuve que recomendarte paciencia. Aisha no es así... ¡Espacio...!, no debo ser injusta. Ella también ha estado triste, como tenía que ser. Y a Kamal no se le puede reprochar nada. Hay que ser benévolo con los corazones tiernos. Ahora es el único que te queda. Tu cabello se ha vuelto blanco y te has convertido en una sombra, eso dice Umm Hánafi. ¡Al infierno la salud y la juventud! Tú estás rondando los cincuenta, y él no había cumplido los veinte. Embarazo, antojos, parto, crianza, amor, esperanzas... Después, nada. ¿Es que mi señor no piensa en nada? ¡Déjalo en paz! La tristeza de los hombres no es como la de las mujeres. Esas fueron tus palabras, mamá. ¡Que Dios haga del paraíso tu morada! Me duele en el alma, mamá, que él vuelva a las andadas, como si Fahmi no hubiera muerto y como si su recuerdo se hubiera esfumado. Incluso me riñe cada vez que me invade la tristeza... ¿No es él su padre como yo soy su madre? "Amina, pobrecita... No abras tu pecho a estos pensamientos. Si tuviéramos que juzgar los corazones por el de las madres, estos parecerían de piedra. Él es un hombre, y la tristeza de los hombres no es como la de las mujeres. Si ellos se rindieran a las tristezas, sus hombros se encorvarían bajo el peso de la carga. Si lo notas triste, tienes que alegrarlo. Él es tu apoyo, hija mía, ¡pobrecita!" Esa tierna voz ya no existe. Su pérdida ha dejado unos corazones llenos de tristeza, pero casi nadie la ha llorado. Dio testimonio de su sabiduría aquella noche que él volvió, a altas horas, borracho. Se echó en el sofá y estalló en lágrimas. Esa noche yo deseé que tuviera paz, aunque fuera olvidándolo todo para siempre. ¿Es que tú misma no te olvidas de vez en cuando? Y hay algo aún peor que esto: que disfrutes de la vida y te aferres a ella. Así es el mundo; ¡eso dicen...!, y tú repites lo que dicen y terminas por creértelo. ¿Cómo pudiste, después de esto, enfadarte un día con Yasín por haberse ya repuesto y continuar su vida normal? ¡Espacio! Ten fe y paciencia y ponte en manos de Dios, pues todo lo que tienes, a Él se lo debes. Serás siempre "la madre de Fahmi". Seguiré siendo tu madre mientras viva, hijito mío, y

tú seguirás siendo mi hijo».

Los golpes de la masa continuaron. El señor abrió los ojos bajo la luz de la mañana temprana y empezó a estirarse, dando un sonoro y prolongado bostezo que se elevó como una queja o una protesta. Luego se sentó en la cama, apoyándose con las palmas de las manos sobre sus piernas extendidas. Su espalda parecía encorvada, y la parte superior de su *guilbab* blanco estaba empapada en sudor. Se puso a mover la cabeza de derecha a izquierda como para sacudir los restos de suciedad. Después se deslizó hasta pisar el suelo de la habitación y se fue con paso vacilante hacia el baño, hacia la ducha fría..., el único remedio que transformaba su cuerpo y devolvía la armonía a su cabeza y el equilibrio a su espíritu. Se quitó la ropa y, cuando se puso bajo el chorro de agua fría, le vino a la mente el recuerdo de la invitación que se le había hecho el día anterior. Su corazón se aceleró al recibir ese recuerdo y la sensación reconfortante del agua fría a la vez. Ali Abd el-Rahim le había dicho: «Echa una mirada hacia atrás, hacia las amantes de otro tiempo. No puedes pasarte así toda la vida. Yo soy quien mejor te conoce». ¿Iba a atreverse a dar este último paso? Habían pasado cinco años negándose a darlo. ¿Se había arrepentido ante Dios, como un creyente afligido, o había ocultado el arrepentimiento por temor a proclamarlo? ¿Lo había dicho con un sincero propósito, pero sin llegar a comprometerse a cumplirlo? No se acordaba, ni quería acordarse. Quien está cerca de los cincuenta y cinco años, ya no es un niño. Pero ¿qué le pasaba a su pensamiento, que se agitaba y temblaba? Estaba como el día que lo invitaron a oír música y había acudido. ¿Iba a acudir de idéntica forma a la llamada de las amantes de antaño? «¿Cuándo la tristeza ha resucitado a un muerto? ¿Acaso Dios nos ha ordenado que nos destruyamos a nosotros mismos cuando los seres queridos se van?» En el año del luto y la austeridad, la tristeza estuvo a punto de matarlo... Un largo año en el que no había probado el vino, ni había oído música, ni había salido un chiste de su boca, hasta el punto de que sus cabellos se estaban volviendo blancos. ¡Sin duda! Las canas no se habían deslizado en su cabello más que en ese año. Sin embargo, había vuelto a beber y a oír música por compasión hacia sus amigos íntimos, que habían roto con los placeres por respeto a su tristeza. Eso era en parte cierto y en parte falso. Había vuelto a la bebida porque tenía agotada la paciencia... y por compasión hacia sus tres amigos. «Ellos no son como los otros, y no es que haya nada que reprochar a los otros, ya que estos últimos se han entristecido con tu tristeza y luego han empezado a alternar tu yerma compañía con sus refrescantes reuniones... ¿qué se les puede reprochar? Sin embargo tus tres amigos se han negado a aceptar de la vida más de lo que tú has escogido para ti

mismo. Y has ido volviendo poco a poco a todas esas cosas, excepto a las mujeres, a las que considerabas algo más grave; y ellos no te insistieron al principio. ¡Cuánto te has negado y qué triste te has sentido! No te ha producido impresión alguna el emisario de Zubayda; has rechazado a Umm Maryam con triste pero firme seriedad, soportando unos sufrimientos que no habías sentido antes. Creíste que no volverías nunca, y te decías a ti mismo una y otra vez: "¿Voy a volver a los brazos de las mujeres, estando Fahmi bajo tierra?". ¡Ay! ¡Cuánta misericordia necesitamos en nuestra debilidad y nuestro infortunio! "Que persevere en la tristeza el que pueda garantizar que no morirá mañana..." ¿Quién dijo esta máxima? Uno de los dos: Ali Abd el-Rahim o Ibrahim Alfar. Muhammad Effat *bey* no destaca en las máximas. Ha rechazado mi ruego y ha casado a su hija con un extraño. Además se ha burlado de mí en mis propias narices. No niega su enfado, aunque teme mostrármelo como hacía antes. ¡Por Dios! ¡Qué fidelidad y qué amistad! ¿Recuerdas cómo mezcló sus lágrimas con las tuyas en el cementerio de el-Qarafa?, aunque fue él quien dijo después: "Temo que te vuelvas viejo si no haces... Vente a la barcaza". Y cuando te notó indeciso añadió: "Para hacer una visita inocente... Nadie te va a quitar la ropa ni a lanzarte a una mujer". No me he entristecido poco, Dios lo sabe. Con su muerte ha muerto una gran parte de mí. Ha muerto mi principal esperanza en este mundo. ¿Quién puede criticarme por haber tenido paciencia y haber hallado consuelo? ¡Mi corazón está herido aunque ría! ¿Y cómo estarán ellas? ¿Qué habrá hecho de ellas el tiempo en cinco años? Cinco largos años...»

Lo primero que recibió Kamal del mundo del despertar fue el ronquido de Yasín. No pudo reprimir su deseo de llamarlo, más por el gusto de molestarlo que por despertarlo a su hora. Lo persiguió con voz incansable, hasta que el otro le respondió quejándose y protestando, en un tono parecido a la agonía. Luego se dio la vuelta con su voluminoso cuerpo, y la cama crujió con una especie de gemido y queja. Por último, abrió unos ojos enrojecidos, y suspiró.

En su opinión, no había nada que justificara esa prisa, ya que ninguno de los dos iría al baño antes que su padre saliera de él. Ya no era fácil utilizar el baño del primer piso desde que se decidió, con la nueva ordenación de la casa —hacía cinco años—, que las habitaciones se trasladaran al piso de arriba, exceptuando la sala de los invitados y el salón contiguo, que —en su calidad de vestíbulo de aquella— se acondicionó con unos muebles sencillos. A pesar de que Yasín y Kamal no acogieron jamás de buen grado la idea de compartir un mismo piso con su padre, tuvieron que respetar el deseo de aislar el primero, que ya no se pisaba más que cuando venía a casa alguna visita. Yasín cerró los ojos, pero no se durmió. No sólo porque la vuelta



al sueño hubiera sido en vano, sino también porque una imagen había surgido en su mente y se extendía a sus sentidos... Un rostro redondo, y unos ojos negros en el centro de su tez de marfil. ¡Maryam! Él respondió a la llamada de esas visiones, y se entregó a un adormecimiento más delicioso que el del sueño. Pocos meses antes, en lo que a él se refería, ella no había estado nunca presente, como si no existiera. Hasta que una noche oyó a Umm Hánafi que estaba hablando con la mujer de su padre, y le decía: «¿Te has enterado de la noticia, señora? Sitt Maryam se ha divorciado de su marido y ha vuelto con su madre». Entonces volvió a él el recuerdo de Maryam, y de Fahmi, y del soldado inglés, el amigo de Kamal, aunque había olvidado su nombre. A raíz de eso, recordó después cómo el interés que había despertado en él la chica, tras hacerse público el escándalo, había hecho estremecer su pecho. Y sin saber cómo, de repente ella iluminaba en él un retrato cargado de expresión, como brillan en la noche los letreros luminosos. Sobre ese retrato estaba escrito: «Maryam, tu vecina... pared con pared... divorciada... con una historia que ¡vaya!... ¡Alégrate!». Pero no tardó en asustarse de sí mismo, porque la proximidad de aquella con el recuerdo de Fahmi lo disuadió, lo entristeció, y le gritó interiormente que cerrara esa puerta y que atrancara bien el cerrojo..., y que se arrepintiera —si eso era posible— de esa idea vaga y efímera. Después de aquello, coincidió con ella en el-Muski, acompañada de su madre. Sus ojos se encontraron por casualidad, pero rápidamente brilló en ellos la señal de haberse reconocido, manifestada a través de unas sonrisas casi imperceptibles a simple vista. Su corazón se aceleró. Se aceleró al principio sólo por el hecho de haberse mutuamente reconocido; luego, por la agradable impresión que le dejó ese rostro marfileño, con los ojos pintados de *kohl*, y ese cuerpo lleno de juventud y vitalidad que le recordó a Zaynab en otro tiempo. Continuó su camino, pensativo y excitado. Sin embargo, tras unos pocos pasos, o en el momento en que bajaba al café de Ahmad Abdu, se abatió sobre él un triste recuerdo que llenó su corazón de pesar: Fahmi había resucitado en su mente entre diversos recuerdos, su imagen, sus rasgos, su forma de hablar y de moverse... La alegría se le vino abajo y terminó por extinguirse, mientras lo invadía una inmensa tristeza. «¿Es necesario terminar con todo...? ¿Por qué?»

Una hora, o varios días más tarde volvió a preguntárselo, y la respuesta era:

Fahmi. «¿Qué relación había entre ellos dos? Él quiso pedir un día la mano de la muchacha... ¿por qué no lo hizo? A tu padre no le agradó. ¿Sólo por eso? Esta es, al menos, la raíz del problema. ¿Y después...? Ocurrió el escándalo del inglés, y borró la pálida huella que aún quedaba. ¿Pálida huella? Sin duda, porque él seguramente ya la había olvidado. Así pues... ¿al principio la olvidó, y por último la rechazó del

todo? ¡Claro que sí! ¿Entonces, qué relación había entre ellos? ¿Ninguna? ¡Sin embargo...! ¿Es que no tengo sentimientos de fraternidad? ¿Es posible poner en duda tus sentimientos? ¡No, y mil veces no! Y la chica, ¿merece la pena? Sí; ¿por su rostro y por su cuerpo? Rostro y cuerpo... ¿qué estás esperando?»

A veces la miraba a hurtadillas en la ventana..., luego en la azotea; muchas veces en la azotea...

«¿Por qué se habrá divorciado? ¿Por las malas costumbres de su marido? Entonces el divorcio ha sido una suerte para ella. ¿O por sus propias malas costumbres? Entonces el divorcio es una suerte para ti».

—¡Levántate, o te volverás a dormir!

Bostezó, mientras se pasaba sus gruesos dedos por el cabello despeinado; luego dijo:

—¡Qué suerte tienes con tus largas vacaciones escolares!

—¿Es que yo no me he despertado antes que tú?

—Sí, pero tú puedes seguir durmiendo si quieres.

—Como puedes ver, no quiero.

Yasín se echó a reír sin motivo. Luego preguntó:

—¿Cómo se llamaba el soldado inglés, tu antiguo amigo?

—¡Ah!, Julián.

—¡Claro...! Julián.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¡Por nada!

«¿Por nada? ¡Qué ligera es nuestra lengua! ¿No es Yasín mejor que Julián? Al menos Julián se fue y Yasín está aquí. En el rostro de la chica hay algo que te sonrío siempre. ¿No ha notado ella tu constancia en mostrarte en la azotea? ¡Claro que sí! ¡Acuérdate de Julián! No es de esas a las que se les escapa el significado de nada. Ella te devolvió el saludo. La primera vez volvió la cabeza sonriendo, la segunda se echó a reír. ¡Qué risa tan bonita tiene! La tercera señaló con precaución hacia las terrazas de las otras casas... "Voy a volver tras la puesta del sol", le dijiste con osadía. ¿No le había hecho Julián una señal desde la vía pública?»

—¡Cuánto quise a los ingleses cuando era pequeño! ¡Y mira cómo los odio ahora!

—Saad, tu héroe, se fue de viaje para buscar su amistad.

—¡Por Dios! —exclamó Kamal enfadado—. ¡Los odiaría, aunque yo fuera el único!

Intercambiaron una mirada triste y silenciosa, cuando les llegó el ruido de los

chanclos de madera del señor, que volvía a su habitación diciendo: «En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso», y «No hay poder ni fuerza sino en Dios». Yasín se deslizó hasta el suelo de la habitación, bostezando.

Kamal se volvió de lado y luego se echó de espaldas, relajándose; dobló los codos y cruzó las manos bajo la cabeza. Se puso a mirar al frente con unos ojos que no veían nada. «El balneario de Ras el-Barr es afortunado de tenerte. Tu piel de ángel no ha sido hecha para estar expuesta al calor de El Cairo. ¡Que disfruten las arenas con las huellas de tus pasos! ¡Que se deleiten con tu vista el aire y el agua! Tú darás altura a ese lugar de veraneo. Tus ojos expresarán la alegría y la nostalgia, y yo los miraré con el corazón anhelante, interrogando al destino, con pesar, sobre ese lugar que te cautiva y es digno de merecer tu alegría. Pero... ¿cuándo regresarás? ¿Cuándo se derramará en mis oídos tu gorjeo embrujador? ¿Cómo es el sitio donde veraneas? ¡Ojalá lo supiera! Se dice que allí se es libre como el viento, que te encuentras abrazado por el agua, que hay tantas pasiones como granos de arena, que mucha gente tiene la suerte de ver tu cara... Pero yo... Yo soy ese, cuyo corazón sufre tanto que hace llorar a los muros. Me consumo en el infierno de la espera. ¡No! No puedo olvidar tu rostro radiante de alegría cuando murmurabas: "Nos vamos de viaje mañana. ¡Qué bonito es Ras el-Barr!". Ni tampoco olvido mi desolación al recibir el anuncio de tu partida de esa boca iluminada por la alegría, como quien recibe un veneno escondido en un ramo de flores de agradable perfume. No puedo olvidar tampoco mi envidia de las cosas que habían podido hacerte feliz, habiendo sido yo incapaz de conseguirlo, cosas que habían logrado tu amor, estando yo privado de él. ¿No notaste mi desolación en el momento de la despedida? ¡Claro que no! No notaste nada. No porque yo estuviera solo entre la multitud, sino porque tú, amada mía, no veías nada. Como si yo fuera un objeto que no llamara tu atención, o como si tú fueras una criatura maravillosa y extraña, que estuviera por encima de esta vida, contemplándonos desde arriba con ojos atónitos, en un reino desconocido para nosotros. Así nos quedamos cara a cara. Tú como una brasa de felicidad inocente, yo como una ceniza de dolor y desolación. Gozas de una libertad absoluta, u obedeces a unas reglas que están por encima de nuestro entendimiento. Yo giro en tu firmamento, arrastrado por una fuerza prodigiosa; como si tú fueras el sol y yo la tierra. ¿Has encontrado en la playa una libertad de la que no gozabas en los palacios de el-Abbasiyya? ¡Claro que no! Y ahí radica tu valor hacia mí... Tú no eres como las otras. En el jardín del palacio y en la calle han quedado las huellas perfumadas de tus pies, y en el corazón de cada amigo, recuerdos y esperanzas. Muchacha de trato fácil, pero inaccesible. Gira a nuestro alrededor de forma diferente, como si el

Oriente la hubiera pedido como regalo al Occidente en la noche del destino. ¿Qué nuevo don vas a regalar si la playa y el horizonte se extienden ante ti, y la orilla está repleta de gente que te admira? ¿Qué nuevo don? ¡Ay, mi esperanza! ¡Ay de mí! El Cairo está vacío sin ti, desbordante de tristeza y soledad, como si fuera el deshecho de la vida y los vivos. Hay paisajes y vistas, pero nada dicen al amor, ni avivan el corazón; como si las injusticias y los recuerdos del mundo estuvieran enterrados en una intacta sepultura faraónica. No hay un sitio que me prometa consuelo, diversión o alegría. Hace que me sienta a veces asfixiado, a veces prisionero y otras perdido y extraviado, sin ser echado de menos. ¡Qué maravilla! ¿Acaso tu presencia me había proporcionado una esperanza de la que la distancia me ha privado? ¡No! ¡Ay, mi suerte y mi destino! Pero tú eres como el deseo, bajo cuyas alas se encuentra frescor y paz, aunque sea aferrarse a un imposible. ¿Acaso el que mira anhelante la oscuridad del cielo se contenta con saber que la luna llena brilla sobre otro lugar de la tierra? ¡Claro que no!, aunque no supiera cómo poseerla. Yo sólo ambiciono de la vida su esencia y su embriaguez, aunque sea a costa de penosos sufrimientos. Es más, tú participas en aquello que hace latir mi corazón y favorece esa criatura mágica: la memoria. No había prestado atención a su maravillosa importancia hasta que te conocí. Hoy, mañana o dentro de un siglo..., en el-Abbasiyya, en Ras el-Barr o en los confines del mundo, no abandonarán mi mente tus ojos negros y serenos, tus cejas unidas, tu nariz recta y fina, tu rostro resplandeciente y sonrosado, tu largo cuello, tu esbelta silueta, y el adorable hechizo que te rodea, imposible de describir, embriagador como el aroma del *full* y del jazmín. Quiero poseer esta imagen mientras viva, y cuando la vida se extinga, que se derrumben obstáculos e impedimentos, y que el destino sea para mí..., sólo para mí por haber amado tanto. O si no, dime qué sentido se le puede buscar a esta vida, o qué perfume anhelar de la eternidad. No pretendas haber explorado la esencia de la vida si no has amado. El oído, la vista, el gusto, la seriedad, la diversión, el amor y el triunfo son alegrías que se elevan en aquel cuyo corazón está colmado de amor, desde la primera mirada, ¡corazón mío! Mis ojos no se han apartado de ella hasta asegurarse que se trataba de una peregrinación duradera, y no efímera; un instante fugaz y decisivo, pero igualmente digno de crear vida en las entrañas y de estremecer la tierra. ¡Dios mío! ¡Ya no soy yo! Mi corazón choca con los muros de la prisión. Los secretos de la magia desvelan sus significados. La razón crece hasta rozar la locura. El placer brilla hasta abrazar el dolor. Las cuerdas del ser y del alma ofrecen generosamente su oculta melodía. Mi sangre grita pidiendo socorro, sin saber por qué lo hace. El ciego ve, el enfermo se cura, el muerto vuelve a la vida. Te hice jurar por todo lo más

querido que no te irías nunca. Tú, Dios mío, estás en el cielo, y ella en la tierra... Estoy seguro de que mi vida pasada ha sido un preámbulo de la llegada del amor. No he muerto en mi infancia, ni he estado en otra escuela que en la de Fuad I, y de sus alumnos, al principio no fui amigo más que de Huseyn, ni... ni... Todo aquello para ser invitado un día al palacio de los Shaddad. ¡Ay, qué recuerdo! Cuando me vuelve a la mente, casi se me arranca el corazón. Huseyn, Ismail, Hasan y yo estábamos charlando de varias cosas, cuando llegó a nuestros oídos una voz suave que nos saludaba. Me volví muy asombrado. ¿Quién era la que había venido? ¿Cómo una chica podía irrumpir en una reunión de extraños? En seguida dejé de interrogarme e intenté olvidar todas las tradiciones. Me encontré frente a una criatura que no podía venir de este mundo. Parecía ser amiga de todos, salvo de mí. Huseyn nos presentó: "Mi amigo Kamal... mi hermana Aida". Esa noche supe para qué había sido creado, por qué no había muerto, por qué el destino me había arrastrado hasta el-Abbasiyya, hacia Huseyn y el palacio de los Shaddad. ¿Cuándo fue eso? He olvidado el momento ¡ay de mí! Excepto el día... Era domingo..., el día de fiesta en su escuela francesa, que coincidía con una fiesta oficial... quizá fuera el día del nacimiento del Profeta. ¡Lo cierto es que era el día de mi propio nacimiento! ¿Qué importa la fecha? La magia del calendario consiste en hacernos imaginar que el recuerdo resucita y vuelve; aunque nada vuelve. No desistirás de buscar la fecha, ni de repetirte: "Era al principio del segundo año en la escuela... Octubre, noviembre... Cuando Saad visitó el Alto Egipto, y antes de su segundo exilio", interrogando a la memoria, a los testigos y a los acontecimientos; y no harás más que aferrarte con terquedad a la desesperación de recuperar una felicidad perdida y un tiempo que pasó para siempre. Si le hubieras tendido la mano cuando te la presentaron —como estuviste a punto de hacer—, ella te la habría estrechado y habrías conocido su contacto. Es lo que imaginas de vez en cuando, con un sentimiento lleno de duda y de apasionado amor; como si ella fuera una criatura incorpórea, intangible. Y así se echó a perder una ocasión de ensueño, del mismo modo que se perdió la fecha. Luego ella se dirigió hacia tus dos amigos, hablando con ellos, y estos hacían lo mismo, sin formalidad alguna; mientras tú te encogías en tu sillón, bajo el techo del cenador, sufriendo la confusión del que está imbuido en las tradiciones del barrio de el-Huseyn, hasta el punto de volver a preguntarte: "¿Serán estas las tradiciones propias de los palacios, o el aire de París entre cuyos brazos ha crecido tu adorada?". Luego, te dejaste llevar totalmente por la dulzura de su voz, paladeaste su tono, te embriagaste con su gorjeo, y te llenaste con cada letra que emanaba de ella. Y quizá tú —¡pobrecillo!— no te diste cuenta en su momento de que habías nacido de nuevo y de que, como los

recién nacidos, te enfrentabas a tu nuevo mundo con miedo y lágrimas. La chica de la voz dulce dijo: "Esta noche iremos a ver la opereta *La Presumida*". Ismail le preguntó sonriendo: "¿Te gusta Muñirá el-Mahdiyya?". Como era procedente en una chica medio parisina, ella dudó antes de responder: "A mamá le gusta". Luego Huseyn, Ismail y Hasan empezaron a hablar sobre Muñirá, Sayyid Darwísh, Sálíh y Abd el-Latif el-Baná. Y de repente la voz dulce preguntó: "Y a ti, Kamal... ¿no te gusta Muñirá?". ¿Recuerdas esta pregunta que te cayó encima inesperadamente?, quiero decir... ¿te acuerdas de la melodía corpórea que encarnaba? No eran palabras, sino un canto melodioso, un hechizo que arraigó en tus entrañas para gorjear siempre, con una voz imperceptible por la que tu corazón sentiría una felicidad celestial, que nadie más que tú ha conocido. ¡Qué sobresalto cuando la recibiste! Fue como si alguien que gritara desde el cielo te hubiera elegido a ti, y repitiera tu nombre. Te has empapado en toda la gloria, la felicidad y la gracia de un solo trago, tras el que hubieras deseado gritar pidiendo ayuda: "¡Cubridme, arropadme!". Luego respondí, aunque no recuerdo qué respondí. Ella se quedó unos minutos y después nos dijo adiós y se fue. En sus ojos negros brillaba una hermosa mirada, que revelaba, además de su belleza fascinante, una adorable franqueza y una audacia que emanaba de la confianza en sí misma, no del libertinaje o del descaró; y un terrible orgullo, como si ella te atrajera y te rechazara a la vez. Su belleza es un encanto inalcanzable; yo no he visto nunca nada parecido. A menudo me imagino que esa belleza no es más que la sombra de un hechizo aún mayor que se oculta en su persona. ¿Por cuál de estas dos cosas la quiero? Ambas son un enigma, y el tercero es mi amor. Esa jornada fue quedando atrás día tras día, sin embargo sus recuerdos están prendidos en mi corazón para siempre, contruidos sobre un lugar, un tiempo, unos nombres, unos amigos, unas conversaciones, en cuyo interior gira, ebrio, el corazón, hasta el punto de imaginarse que son toda la vida, y de preguntarse con una especie de duda: ¿Acaso hay vida tras esto? ¿Hubo antes un tiempo en que mi corazón carecía de amor y mi alma no poseía aquella imagen divina? Es posible que la felicidad te embriague hasta el punto de llorar por lo que se perdió en un pasado estéril, y quizá te queme el dolor hasta el punto de fundirte en lamentos por esa paz que se fue. Entre una cosa y otra, tu corazón no encuentra el medio de estar tranquilo; sigue adelante buscando la curación con las diversas medicinas del alma, obteniéndolas a veces de la naturaleza, a veces de la ciencia, a veces del arte, y casi siempre de la adoración a Dios. Un corazón que ha despertado haciendo explotar una pasión ávida de goces divinos... ¡Oh, gentes! ¡Amad o morid! Esas son tus silenciosas palabras mientras caminas orgulloso y presumido por llevar en tu

interior la luz y los secretos del amor... Te enorgullece el estar elevado por encima de la vida y los vivos, unido a los cielos por un puente alfombrado con las rosas de la felicidad. Mientras que otras veces te retiras a solas, desbordado por la sensación dolorosa y enfermiza de contar tus defectos, analizándolos sin piedad en tu ser insignificante, tu humilde mundo y tu humana desgracia. ¡Señor! ¿Cómo te volverás a crear a ti mismo? Este amor tirano está vagando por encima de todos los valores, y en su montura resplandece tu adorada. Ella no posee todas las virtudes, ni carece de defectos, pero la imperfección hace aparecer en su diadema centelleante una belleza que te provoca admiración. ¿El hecho de que ella se rebele contra las tradiciones establecidas la desacredita a tus ojos? ¡Claro que no! Por el contrario, el hecho de respetarlas sería más despreciable. Te gusta preguntarte de vez en cuando: "¿Qué buscas de su amor?". ¡Responde sencillamente!: "¡Amarla!". ¿Se concibe que brote toda esta vida en el alma, y luego preguntarse qué fin habrá tras ella? ¡No hay nada tras ella! Es la costumbre la que vincula las palabras amor y matrimonio. No son las diferencias de edad y clase las únicas que convierten el matrimonio en una meta imposible, como es mi caso, sino que es el propio matrimonio, por hacer descender al amor desde su cielo hasta esta tierra de contratos y sudor. Y si te pregunta el que se empeña en pedirte cuentas: "¿Qué te ha dado ella a cambio de tu ardiente amor?", respóndele sin vacilar: "Una sonrisa fascinante, un y a ti, Kamal... que no tiene precio, su visita al jardín en esos felices y raros momentos, las visiones que tenías de ella en las mañanas húmedas de rocío, el coche de la escuela que pasa llevándola, su forma de jugar con tu imaginación cuando estás flotando en el despertar y cuando cabeceas en el sueño". Después, si el alma ambiciosa y loca te pregunta: "¿Se puede concebir que el ser adorado se preocupe de los asuntos de su adorador?", respóndele sin resignarte a la incitación de las falsas esperanzas: "Bueno será que recuerde nuestro nombre a la vuelta"».

—¡Venga...! ¡Al baño! ¿He tardado mucho?

Kamal dirigió sus ojos —en los que se podía leer la sorpresa— hacia Yasín, que volvía a la habitación secándose la cabeza con la toalla. Luego saltó al suelo, y su elevada estatura puso al descubierto su delgadez. Lanzó una larga mirada hacia el espejo como si examinara su voluminosa cabeza, su frente prominente y su nariz que, por su grosor y su fuerza, parecía como si estuviera esculpida en granito. Luego, cogió su toalla de encima del barandal de la cama y se fue al baño.

El señor Ahmad había terminado la oración, y su voz ruda se elevó en la plegaria habitual por sus hijos y por sí mismo, pidiendo a Dios que los guiara por el buen camino y que los protegiera en este mundo y en el otro. Durante este tiempo, Amina

había puesto la mesa. Después fue a la habitación del señor y lo invitó, con su voz dulce, a que fuera a tomar el desayuno. Luego se dirigió a la habitación de Yasín y Kamal, y repitió la invitación.

Los tres ocuparon sus lugares alrededor de la bandeja, y el padre recitó la *basmla* mientras cogía un pan, anunciando el inicio de la comida. Lo siguió Yasín, y después Kamal, al tiempo que la madre permanecía de pie en su sitio tradicional, al lado de la bandeja de las jarras. La apariencia de los dos hermanos mostraba educación y sumisión, pero sus corazones habían perdido —o casi perdido— el miedo que antaño los dominaba en presencia del padre. Yasín, porque el hecho de tener veintiocho años le otorgaba algunos de los privilegios de ser un hombre, y una garantía de protección ante las hirientes injurias y las agresiones miserables. Kamal, porque el hecho de tener diecisiete años, y sus avanzados estudios, le conferían una especie de garantía también, aunque no con la misma fuerza que la de Yasín; no carecía del perdón y la indulgencia, al menos en las faltas triviales, además de percibir en su padre, en los últimos años, un tipo de trato en el que la tiranía y la intimidación se habían atenuado de modo palpable. No era raro que surgiera una breve conversación entre los comensales, después que el silencio hubiera dominado la reunión de forma terrible. Bastaba que el padre hiciera una pregunta a uno de ellos, para que este respondiera con toda prontitud y precipitación, aunque tuviera la boca llena de comida. Desde luego, ya no era extraño que Yasín se dirigiera a su padre para decirle por ejemplo: «Ayer fui a visitar a Redwán a casa de su abuelo, y él os manda saludos y besa vuestra mano». El señor no consideraba la intervención como un atrevimiento indigno, sino que sencillamente decía: «¡Que Dios lo proteja y lo guarde!». En ese momento no se excluía la posibilidad de que Kamal preguntara con educación, generando con eso una importante evolución en su relación histórica con su padre: «Papá, ¿cuándo tendrá Redwán derecho a su padre?», y el señor le respondiera: «Cuando tenga siete años», en vez de gritarle: «¡Cállate, hijo de perra!». A Kamal le apeteció un día indagar la fecha del último insulto que le había lanzado su padre, hasta que recordó que había sido aproximadamente dos años antes, o un año después de su amor por Aida —que se había convertido en su referencia cronológica—. Se había dado cuenta, entonces, de que su amistad con jóvenes de la clase de Huseyn Shaddad, Hasan Selim e Ismail Latif exigía un gran aumento de sus gastos para poder seguirlos en sus diversiones inocentes. Contó sus penas a su madre, rogándole que hablara a su padre sobre el asunto del esperado aumento. Y, a pesar de que hablar al señor —en asuntos como este— no era tarea fácil para la madre, algunas cosas tenían ahora menos importancia debido al cambio de su trato



con ella tras la muerte de Fahmi. Amina habló con él, exaltando la nueva y distinguida relación que su hijo tenía con los amigos de la «aristocracia». Entonces el señor llamó a Kamal y derramó sobre él su cólera, hasta gritarle: «¿Tú crees que yo estoy a tus órdenes, o a las de tus amigos? ¡Maldito sea tu padre y el de ellos!». Kamal salió de allí desilusionado y creyendo que el asunto había sido zanjado en ese punto..., cuando de repente, al día siguiente, el hombre le preguntó por la identidad de sus amigos en la mesa del desayuno. Apenas este oyó el nombre de Huseyn Abd el-Hamid Shaddad, le preguntó con interés: «¿Tu amigo, es de el-Abbasiyya?». Kamal le respondió afirmativamente, con el corazón palpitante. El señor dijo: «Yo conocía a su abuelo, Shaddad Bey, y sé también que su padre, Abd el-Hamid Bey, fue exiliado por su anterior relación con el Jedive Abbás. ¿No es así?». Kamal volvió a responder afirmativamente, tratando de vencer la emoción que le había provocado la noticia sobre el padre de su amada. Inmediatamente recordó lo que había oído sobre los años que la familia había pasado en París, donde su adorada había crecido a la luz de «la ciudad de la luz». No pudo evitar sentir hacia su padre un respeto y una consideración nuevos, un amor redoblado, y juzgó que el hecho de que hubiera conocido al abuelo de su amada era un hechizo mágico que lo vinculaba —aunque fuera de lejos— con la morada de la inspiración y la cuna de la luz. Después de lo cual su madre no tardó en comunicarle la buena nueva: su padre estaba de acuerdo en doblar el dinero para sus gastos.

Desde ese día no lo había expuesto a ninguna nueva injuria, ya fuera porque él no hacía nada que la mereciera, ya fuera porque su padre había creído conveniente eximirlo por completo de estas.

Kamal estaba de pie, al lado de su madre, en la celosía, y ambos observaban al señor Ahmad en la calle, devolviendo el saludo —con gravedad y cortesía— a Amm Hasaneyn, el barbero, al *hagg* Darwîsh, el vendedor de habas, a el-Fuli, el lechero, a Bayumi, el de los refrescos y a Abú Sari, el de las pipas. Luego regresó a la habitación, donde se encontró a Yasín de pie ante el espejo, arreglándose con cuidado y paciencia. Se sentó en un sofá entre las dos camas y se puso a contemplar, con una mirada sonriente y misteriosa, el cuerpo alto y grueso de su hermano, y su rostro sonrosado y prieto. Sentía hacia él un amor fraternal y sincero, aunque no podía resistir —cada vez que lo analizaba con el pensamiento o la mirada— un sentimiento latente de que se encontraba frente a un «bello animal doméstico», a pesar de que él había sido el primero que hizo estremecer sus oídos con la musicalidad de la poesía y el hechizo de los cuentos. Posiblemente se preguntaba a sí mismo, planteándose el interrogante de quien ve en el amor la esencia de la vida y

del alma, si era posible imaginar a Yasín enamorado. La respuesta tomaba cuerpo en una carcajada no exteriorizada o en un verdadero estallido de risa. Desde luego, ¿qué relación había entre el amor y esa barriga inflada? ¿Qué relación había entre el amor y ese cuerpo carnoso? ¿Y entre el amor y esa mirada sensual y burlona? Después, no podía evitar sentir hacia él un sentimiento de desprecio, suavizado por la simpatía y el cariño, aunque no carecía a veces —especialmente en los momentos en que su amor sufría uno de esos accesos de dolor y abatimiento— de simpatía, admiración y, es más, envidia. También le parecía Yasín el hombre más alejado del trono de la cultura, en el que antaño lo había instalado cuando lo creía un sabio mago poseedor de las artes de la poesía y de los cuentos. Este se le había revelado como un lector superficial que se contentaba, durante la reunión del café, con apenas una hora en la que se pasaba, sin atención ni fatiga, de la *Hamasa* a algún cuento, antes de salir corriendo hacia el café de Ahmad Abdu. Era una vida desprovista del esplendor del amor y de los ardientes deseos del verdadero conocimiento, aunque él profesara al poseedor de aquella un amor fraternal e inmaculado. Fahmi no era así. Fahmi era su ideal amoroso e intelectual, pero en los últimos tiempos le había parecido como rezagado respecto a algunas cosas a las que él mismo aspiraba. Así era. A Kamal le había asaltado la duda, hecha casi certidumbre, de que una muchacha como Maryam pudiera despertar en el alma un verdadero amor como el que iluminaba a la suya; del mismo modo dudaba que se asemejara la cultura jurídica que su hermano buscaba, al conocimiento humano que él mismo ansiaba con toda la fuerza de su corazón. Contemplaba a los que estaban a su alrededor con ojo reflexivo y crítico, y en esto llegaba a los límites extremos. Sin embargo, se detenía ante el umbral de su padre, sin atreverse a cruzarlo. ¡El hombre le parecía un ser terrible, que estaba sentado en su trono, por encima de la crítica!

—¡Hoy eres tú el homenajead! Hoy se celebra la fiesta de tu triunfo ¿no es así? Si no fuera por tu delgadez, no encontraría nada que reprocharte.

—Yo estoy satisfecho de ella —dijo Kamal sonriendo.

Yasín se lanzó una última mirada en el espejo. Luego se puso el *tarbúsh* en la cabeza, y lo inclinó a la derecha con cuidado hasta casi rozar la ceja.

—Eres un gran burro que ha aprobado el Bachillerato —dijo mientras eructaba—. Disfruta de la comida y del descanso ya que estás de vacaciones. ¿Cómo te puede gustar estar leyendo ahora el doble de lo que lees durante el curso? ¡Dios mío! Yo me he librado de la delgadez y lo que esta conlleva.

Luego, saliendo de la habitación con el espantamoscas de marfil en la mano:

—No te olvides de escogerme un buen relato, como *Pardaülán* o *Fausta*, ¿eh?

Hubo un tiempo en que tú me pedías que te leyera un capítulo de una novela. ¡Ahí está ese tiempo que pasó, en el que yo te espabilaba el cerebro con los relatos!

Kamal se encontró a gusto en esa soledad en la que podía recogerse en sí mismo. Se levantó murmurando: «¿Cómo puede estar tan gordo, si su corazón no descansa?». No le gustaba rezar más que cuando estaba solo. Era una oración parecida a la lucha, en la que participaban el corazón, la mente y el espíritu. Una lucha de quien no escatima esfuerzos para lograr la conciencia pura y limpia, pidiéndose cuentas a sí mismo sin parar sobre el pecado y el deseo. En cuanto a la plegaria, al terminar la oración, era para ella, sólo para ella.

### 3

ABD EL-MÚNIM.— El patio es más grande que la azotea, y tenemos que quitar la tapa del pozo para ver lo que hay dentro.

NAÍMA.— Mamá se va a enfadar, y la tía y la abuela también.

UZMÁN.— No nos va a ver nadie.

AHMAD.— El pozo es horrible. ¡Quien mira dentro se muere!

ABD EL-MÚNIM.— Levantamos la tapa, y luego miramos desde lejos. (Después, en voz alta:) ¡Vamos a bajar!

UMM HÁNAFI.— (cruzándose en la puerta de la azotea.) Ya no me queda fuerza para bajar ni para subir. Dijisteis que subiéramos a la azotea, y hemos subido a la azotea; dijisteis que bajáramos al patio, y hemos bajado al patio; que subiéramos a la azotea una segunda vez, y hemos subido a la azotea una segunda vez. ¿Qué queréis hacer en el patio? Hace calor allí abajo. Aquí corre el aire, y dentro de poco se pondrá el sol.

NAÍMA.— Van a levantar la tapa del pozo para mirar dentro.

UMM HÁNAFI.— Se lo diré a la señora Jadiga y a la señora Aisha.

ABD EL-MÚNIM.— Naíma es una mentirosa. No vamos a levantar la tapa, ni nos acercaremos a él. Jugaremos un ratito en el patio y luego volveremos. Tú quédate aquí hasta que vengamos.

UMM HÁNAFI.— ¿Quedarme aquí? No me separaré de vosotros. ¡Dios os guíe! No hay en toda la casa un sitio más bonito que la azotea. ¡Mirad este jardín!

MUHAMMAD.— Agáchate para que me monte encima de ti...

UMM HÁNAFI.— ¡Ya está bien de montar! ¡Búscate otro juego! ¡Dios mío... Dios mío! Mirad el jazmín y la hiedra. Mirad las palomas.

UZMÁN.— Eres fea como una búfala, y hueles mal.

UMM HÁNAFI.— ¡Que Dios te perdone! Estoy chorreando sudor de correr detrás de vosotros.

UZMÁN.— ¡Déjanos ver el pozo, aunque sea un poquito...!

UMM HÁNAFI.— El pozo está lleno de *ifrits*, y por eso lo hemos tapado.

ABD EL-MÚNIM.— ¡Mentirosa! Ni mamá ni la tía nos han dicho nada de eso.

UMM HÁNAFI.— Yo sé la verdad, la señora de la casa y yo, ambas los hemos visto con nuestros propios ojos. Estuvimos esperando hasta que se metieron. Entonces lanzamos la tapa de madera sobre la boca del pozo y le pusimos una pesada piedra

encima. No mencionéis el pozo, y decid conmigo: «En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso».

MUHAMMAD.— Agáchate para que me monte encima de ti...

UMM HÁNAFI.— Mirad la hiedra y el jazmín. Ojalá tuvierais unos como esos. En vuestra terraza no hay más que gallinas y dos corderos que los están cebando para la fiesta.

AHMAD.— Beeeeh... beeeeh... beeeeh...

ABD EL-MÚNIM.— Trae una escalera para subirnos en ella.

UMM HÁNAFI.— ¡Oh, Dios protector! ¡Es el niño de su tío! ¡Jugad en el suelo, no en el cielo!

REDWÁN.— En el balcón de nuestra casa y en el *salámlík* hay macetas de rosas rojas y blancas, y de claveles.

UZMÁN.— ¡Y nosotros tenemos dos corderos y gallinas!

AHMAD.— Beeeeh... beeeeh... beeeeh...

ABD EL-MÚNIM.— Yo voy a la escuela coránica. ¿Quién de vosotros va?

REDWÁN.— Yo me sé de memoria el «Alabado sea Dios»...

ABD EL-MÚNIM.— ¡Qué se vaya a la porra el «Alabado sea Dios»...!

REDWÁN.— ¿No te da vergüenza? Eres un ateo.

ABD EL-MÚNIM.— Eso es lo que canta el *arif* por la calle.

NAÍMA.— Te hemos dicho mil veces que no repitas sus palabras.

ABD EL-MÚNIM.— (A Redwán) ¿Por qué no vives con tu papá, el tío Yasín?

REDWÁN.— Yo estoy en casa de mamá.

AHMAD.— ¿Y dónde vive tu mamá?

REDWÁN.— En casa de mi otro abuelo.

UZMÁN.— ¿Dónde vive tu abuelo?

REDWÁN.— ¡En el-Gamaliyya! En una casa grande con un *salámlík*.

ABD EL-MÚNIM.— ¿Y por qué tu madre está en una casa y tu padre en otra?

REDWÁN.— Mamá está en casa de mi abuelo de allí, y papá en la de mi abuelo de aquí.

UZMÁN.— ¿Por qué no están los dos en la misma casa, como mi papá y mi mamá?

REDWÁN.— ¡El destino y la suerte! Eso es lo que dice mi otra abuela.

UMM HÁNAFI.— Le habéis estado insistiendo hasta hacerlo hablar. ¡No hay fuerza y poder sino en Dios! Tened compasión de él y poneos a jugar.

AHMAD.— Agáchate para que me monte encima de ti...

REDWÁN.— ¡Mirad esa pajarita sobre la rama de hiedra!

ABD EL-MÚNIM.— ¡Trae una escalera para que yo la coja!

AHMAD.— ¡No hables tan fuerte! Ella nos está mirando, y oye todo lo que decimos.

NAÍMA.— ¡Qué bonita es! Yo la conozco. Es la pajarita que vi ayer, en nuestra casa, posada en la cuerda de tender la ropa.

AHMAD.— La otra estaba en el-Sukkariyya. ¿Cómo ha sabido el camino para venir a la casa del abuelo?

ABD EL-MÚNIM.— ¡Burro! La pajarita viene volando desde el-Sukkariyya hasta aquí, y se vuelve antes de la noche.

UZMÁN.— Su familia está allí, y tiene parientes aquí.

MUHAMMAD.— Agáchate para que me monte encima de ti, o lloro hasta que me oiga mamá.

NAÍMA.— ¿Jugamos a la rayuela?

ABD EL-MÚNIM.— No, a echar carreras.

UMM HÁNAFI.— ¡Sin que se peleen el que gane y el que pierda!

ABD EL-MÚNIM.— Cállate, búfala.

UZMÁN.— Muuuuh... muuuuh...

AHMAD.— Beeeeh... beeeeh... beeeeh...

MUHAMMAD.— Yo correré montado. ¡Agáchate para que me monte encima de ti!

ABD EL-MÚNIM.— ¡Una..., dos... y tres!

El señor Ahmad Abd el-Gawwad recibió a los invitados y se dedicó a ellos toda la primera mitad de la noche. Luego presidió la mesa del banquete, que reunía a Ibrahim Sháwkat, Jalil Sháwkat, Yasín y Kamal. Después invitó a los dos hombres a su dormitorio para tener una tertulia familiar. Se pusieron a departir en un clima de amistad y cordialidad, aunque no carente de reserva por parte del señor, y de corrección por parte de sus yernos. Su origen estaba en el trato que el hombre imponía con relación a los miembros de su familia, incluidos los que venían de fuera, a pesar de la poca diferencia de edad que había entre Ibrahim Sháwkat, el marido de Jadiga, y él.

Se llamó a los niños a la habitación del abuelo para que le besaran la mano y recibieran sus preciosos regalos: chocolatinas y *malbán*. Se fueron acercando a él

por orden de edad: Naíma, la hija de Aisha, la primera; después Redwán, el hijo de Yasín; Abd el-Múnim, el hijo de Jadiga; Uzmán, el hijo de Aisha; Ahmad, el segundo hijo de Jadiga; y, por último, Muhammad, el segundo hijo de Aisha. El señor guardaba una absoluta equidad en la distribución de su cariño y sus sonrisas a sus nietos, aprovechando la ocasión de que la habitación estuviera libre de observadores —excepto Ibrahim y Jalil— para aligerarse un poco de su tradicional reserva. Sacudió las manitas que lo rodeaban, dándoles la bienvenida, pellizcó las sonrosadas mejillas con ternura y los besó en la frente, jugueteando con este y bromeando con aquel. Siguió respetando la igualdad, procurándola hasta con Redwán, el que más quería de los pequeños.

Tenía por costumbre, cuando se quedaba a solas con uno de sus nietos, examinarlo con pasión, empujado por unos sentimientos arraigados desde antiguo, como la paternidad, y otros recientes, como la curiosidad. Encontraba un gran placer en seguir de cerca los rasgos de los antepasados, los padres y las madres, en las nuevas generaciones bullangueras que apenas habían aprendido a respetarlo, por no hablar ya de temerlo. Lo cautivaba el encanto de Naíma, con sus cabellos dorados y sus ojos azules. Su gracia y su hermosura superaban a las de su propia madre, y obsequiaba a la familia con sus facciones desbordantes de belleza, algunas de ellas provenientes de su madre, y otras heredadas de la familia Sháwkat. En ese camino de belleza, la seguían sus dos hermanos, Uzmán y Muhammad, con un claro parecido a los rasgos del padre —Jalil Sháwkat—, especialmente en los ojos grandes y saltones y en esa mirada tranquila e indolente. Abd el-Múnim y Ahmad, los hijos de Jadiga, eran diferentes ya que, aunque su tez era de los Sháwkat, sus ojos eran los de la madre o la abuela, pequeños y bonitos. En cuanto a la nariz, prometía parecerse a la de la madre, o más exactamente a la del abuelo. Redwán, por su parte, no podía ser más que guapo; le habían correspondido los ojos de su padre, o los ojos negros de Haniyya, la tez marfileña de los Effat y la nariz recta de Yasín. Sin duda, una hermosura cautivadora brillaba en su rostro. Largo tiempo había pasado desde que sus niños se colgaban de él sin tenerle miedo, y sin que a él le molestara, como hacían hoy los pequeños. ¡Ah, qué días! ¡Y qué recuerdos! Yasín, Jadiga y Fahmi, después Aisha y Kamal. No había ninguno de ellos que no le hubiera hecho cosquillas bajo las axilas ni se hubiera subido en sus hombros. ¿Se acordarían ellos? Él casi lo había olvidado. Sin embargo, Naíma, a pesar de su resplandeciente sonrisa, aparecía endulzada con la timidez y la educación. En cuanto a Ahmad, no dejaba de pedir más chocolate y más malbán, mientras que Uzmán se quedaba esperando el resultado de la petición con la paciencia agotada. Muhammad, por su parte, corría

hacia el reloj de oro y el anillo de diamantes, que estaban dentro del tarbúsh, los apretaba en la mano y Jalil Sháwkat no se los podía quitar más que usando la fuerza. Había momentos que producían desconcierto y confusión al señor, sin saber qué hacer cuando estaba rodeado, es más, amenazado por todas partes, por los queridos nietos.

Ya cercana la tarde, el señor abandonó la casa para ir a la tienda y, con su partida, la sala —donde estaba reunido el resto de la familia— disfrutó de entera libertad. La sala del piso de arriba había heredado los muebles de su hermana del piso inferior, ahora desalojada; tenía su alfombra y sus sofás, y colgaba del techo el farol grande. Se había convertido en el sitio de reunión y el lugar donde tomaban el café los miembros de la familia que quedaban en la antigua casa. Esta, a pesar de haber estado abarrotada, conservó su tranquilidad durante todo el día, hasta que, cuando ya no quedaba del señor más que el aroma de su colonia flotando en el aire, recobró el aliento; se elevaron allí las voces y las risas y fue propagándose el movimiento, adoptando la reunión el mismo aspecto que tenía en los viejos tiempos. Amina estaba sentada, con las piernas cruzadas, en un sofá frente a los utensilios del café; en el otro, frente a ella, estaban sentadas Jadiga y Aisha y en el tercero, lateralmente, Yasín y Kamal. No tardaron en unirse a ellos, tras la marcha del señor, Ibrahim y Jalil Sháwkat. El primero se sentó a la derecha de su suegra y el segundo lo hizo a su izquierda.

Apenas se acomodó en su asiento, Ibrahim se dirigió a Amina con tono afectuoso:

—¡Dios bendiga la mano que nos ha ofrecido la más apetitosa y deliciosa de las comidas!

Luego, paseando sus ojos saltones e indolentes por los que estaban allí sentados, como si estuviera dando una conferencia:

—¡Los guisos... los guisos! El milagro de esta casa. No es tanto por los ingredientes que llevan —aunque son deliciosos y buenos—, sino por la forma de estofarlos. ¡El estofado lo es todo! Es el arte y el milagro. ¡Enseñadme un guiso como el que hemos devorado hoy!

Jadiga seguía sus palabras con interés, dudando entre apoyarlas —reconociendo la habilidad de su madre— o protestar contra ellas por el hecho de que la ignoraran. Cuando él dejó de hablar para dar a los oyentes la posibilidad de confirmar su opinión, ella no pudo contenerse de decir:

—Ese es un veredicto conocido, y no hay necesidad de ningún testigo para certificarlo; sin embargo yo llamo la atención —y me gustaría recordar también—



sobre el hecho de que tú, a veces en tu casa, te has llenado la barriga de guisos que no tienen nada que envidiar a los de hoy.

Una sonrisa cargada de sentido se dibujó en los rostros de Aisha, Yasín y Kamal. Parecía que la madre estuviera tratando de vencer su timidez para decir una palabra que expresara su agradecimiento a Ibrahim y contentara a la vez a Jadiga, pero Jalil Sháwkat se adelantó diciendo:

—La señora Jadiga lleva razón. Sus guisos tienen gran mérito para todos nosotros. No puedes olvidar esto, hermano.

Ibrahim paseó la mirada entre su esposa y su suegra, mientras sonreía como disculpándose.

—¡Dios me libre de negar ese mérito! —dijo—, pero yo estaba hablando de la gran maestra. —Luego, riendo—: En cualquier caso, estoy alabando el mérito de tu madre, no el de la mía.

Esperó hasta que amainaron las carcajadas que habían provocado sus últimas palabras. Luego continuó su elogio volviéndose hacia la madre:

—¡Volvamos a los guisos! Pero... ¿por qué nos limitamos a hablar de ellos? La verdad es que los otros platos no son menos deliciosos y excelentes. Ahí tenéis un ejemplo: las patatas rellenas, la *mulujiyya*, el arroz pilaf con hígado y mollejas, los rellenos variados, y, ¡Dios misericordioso!, los pollos y su carne prieta... ¡Cuéntame...!, ¿qué les das de comer, querida suegra?

—Les da los guisos —le respondió Jadiga con ironía.

—¡Expiaré largamente mi falta por haber reconocido el mérito a quien lo merece! Pero Nuestro Señor perdona y es misericordioso. Sea como fuere, roguemos a Dios que multiplique los días de fiesta. ¡Felicidades por tu bachillerato, señor Kamal, y que siga así hasta que obtengas el Diploma Superior, si Dios quiere!

Amina dijo con gratitud, mientras su rostro se ruborizaba de vergüenza y alegría:

—¡Que Nuestro Señor te alegre con Abd el-Múnim y Ahmad, y que alegre a Jalil con Naíma, Uzmán y Muhammad! —Luego, volviéndose hacia Yasín—: Y a ti con Redwán.

Kamal miraba a hurtadillas unas veces hacia Ibrahim y otras hacia Jalil, con una sonrisa permanente en los labios para disimular el aburrimiento que sentía en aquella conversación carente de disfrute, y en la que participaba porque era lo apropiado, aunque sólo fuera escuchando con corrección. El hombre hablaba de la comida como si todavía estuviera en la mesa, ebrio de apetito. La comida..., la comida..., la comida... ¿por qué merecía toda esta santificación? Estos dos hombres asombrosos no parecían cambiar con el tiempo, como si no quisieran saber nada de

su paso. El Ibrahim de hoy era el mismo que el de ayer. El hecho de estar rozando los cincuenta no le había producido más que una arruga, casi invisible, bajo los ojos o alrededor de las comisuras de la boca, y una mirada grave y seria que no le confería tanto cierta solemnidad como una extrema apatía. Pero ni un solo cabello había encanecido ni en su cabeza ni en su retorcido bigote. Su cuerpo seguía siendo recio y fuerte, sin dejarse ganar por la flaccidez. El parecido que unía a los dos hermanos —excepto unos aspectos insignificantes, como la diferencia entre el cabello lacio y suelto de Jalil y el corto y rapado de Ibrahim— y su semejanza en el aspecto físico y la mirada indolente, era algo que llegaba verdaderamente a provocar la risa y el desdén. Ambos vestían trajes de seda blanca, y cuando cada uno de ellos se quitaba la chaqueta, aparecía su camisa de seda y sus gemelos de oro que brillaban en los ojales de las mangas. Una apariencia que revelaba distinción, eso era todo. En el curso de los siete años que las familias llevaban unidas, Kamal se había retirado a solas con este o aquel, más o menos tiempo, ¡pero ni una sola conversación placentera había tenido lugar entre ellos! ¿Qué iba a criticar? Si no fuera por eso, no existiría esa agradable armonía entre ellos dos y sus dos hermanas. El desdén —afortunadamente— no se oponía al afecto, a la tendencia al bien ni a la amistad. ¡Uh! ¡Parecía que la conversación de los guisos no se había terminado todavía! Ahí estaba Si Jalil Sháwkát disponiéndose a lanzar su discurso:

—Mi hermano no se aleja de la verdad en lo que dice. Una mano que ojalá no nos falte, y una mesa digna de ser ensalzada.

En el fondo de su corazón, Amina estaba bajo el efecto de los elogios, de los que a menudo sufría la amargura de estar privada, debido a la sensación que tenía de realizar un esfuerzo constante por amor y sumisión en el cuidado de la casa y sus ocupantes. Y, a menudo, ansiaba oír una palabra agradable del señor, pero el señor no solía regalarle los elogios, y cuando lo hacía, era con brevedad y en raras ocasiones que apenas eran dignas de mención. Por eso se encontraba entre Ibrahim y Jalil en una situación de desacostumbrado orgullo, que la llenó de una verdadera alegría, pero que encendió su vergüenza hasta el extremo de confundirla.

—No exageres, señor Jalil —dijo, ocultando sus sentimientos—. Tú tienes una madre que, quien se acostumbra a su comida, renuncia a cualquier otra.

Mientras Jalil volvía a confirmar sus elogios, Ibrahim dirigió sus ojos con un movimiento reflejo hacia Jadiga, encontrándose con los de ella clavados en él, como si estuviera esperando que la mirara y estuviera preparada para ello. Sonrió victorioso y dijo, dirigiéndose a su suegra:

—Algunas personas no comparten tu opinión, querida suegra.

Yasín captó el propósito de esta observación y soltó una carcajada... y rápidamente la reunión estalló en risas. Incluso Amina esbozó una amplia sonrisa y, con el torso estremecido por una risa contenida, disimuló su rendición bajando la cabeza como si estuviera mirando su regazo. Jadiga fue la única que permaneció con el rostro rígido, y esperó a que se calmara la tempestad para decir desafiante:

—Nuestras desavenencias no giran alrededor de la comida y la habilidad en prepararla, sino sobre mi derecho a ser independiente en los asuntos de mi casa. ¡No hay que estar contra mí por eso!

Volvió a las almas el recuerdo de la vieja batalla que había estallado, durante el primer año de matrimonio, entre Jadiga y su suegra acerca de «la cocina». ¿Iba a seguir siendo una sola para toda la familia, bajo el control de la madre, o Jadiga se independizaría con la suya propia, como era su deseo? Una grave desavenencia había amenazado la unidad de la familia Sháwkat, y sus noticias llegaron a Bayn el-Qasrayn, hasta el punto de enterarse todos menos el señor, al que nadie se atrevió a informar, ni de eso, ni de las demás divergencias que se desencadenaron sucesivamente tras esta, entre la suegra y su nuera. Desde que pensó en establecer la lucha, Jadiga comprendió que tenía que apoyarse sólo en sí misma, pues su marido, según su propia expresión, era un «tranquilen» que no estaba a su favor ni en su contra. Cada vez que lo incitaba a reivindicar sus derechos, él le decía como bromeando: «Señora, evítanos los dolores de cabeza». Pero si él no le servía de apoyo, al menos tampoco la amenazaba. Ella se lanzó sola al campo de batalla, y levantó la cabeza frente a la venerable anciana con una terquedad que no abandonó ni siquiera en esta delicada situación. La vieja mujer se sorprendió del atrevimiento de esa chica a la que había puesto en el mundo con sus propias manos, y rápidamente estalló la pelea y explotó la cólera. Empezó a recordarle que si no fuera por el favor que le había hecho, alguien como ella no hubiera tenido la suerte, ni siquiera en sueños, de conseguir un marido de la familia Sháwkat. Pero Jadiga, a pesar de su excitación, contuvo su cólera y decidió obtener lo que consideraba un derecho sin recurrir a su habitual lengua afilada; decisión que tomó, de una parte, por el importante rango que ocupaba la anciana y, de otra, por temor a que esta se quejara a su padre. Después, su astucia la condujo a incitar a Aisha a la rebelión, pero recibió de la chica una perezosa renuncia y cobardía; no por amor a la suegra, sino por preferir la tranquilidad y la calma de que disfrutaba —sin medida— a la sombra de los cuidados forzosos que su suegra imponía a todos. Entonces Jadiga volcó su cólera sobre Aisha, acusándola de débil y holgazana. Después, la terquedad hizo presa en ella y continuó «la guerra» sin abandono ni vacilación, hasta que la anciana

se hartó y reconoció a disgusto el derecho de su nuera, «la bohemia», a tener independencia en su cocina, mientras decía a su hijo mayor: «¡Tú verás lo que haces! Eres un hombre débil, incapaz de educar a tu esposa, y te has merecido que mi comida te esté vedada para siempre». Jadiga había logrado su propósito; recuperó los utensilios de cobre de su ajuar, e Ibrahim le dispuso la cocina como ella le había trazado. Pero había perdido a su suegra y destrozado los vínculos de amor que las unían desde que estaba en la cuna. Amina no pudo soportar la idea de la pelea y perseveró hasta que se calmaron los ánimos. Luego centró su esfuerzo en la anciana señora, pidiendo ayuda a Ibrahim y a Jalil, hasta que llegó la paz. Pero... ¿de qué paz se trataba? Una paz que apenas se restablecía, se enfrentaba a una disputa, y así siempre... Cada una de ellas cargaba en la otra la responsabilidad, mientras Amina estaba indecisa e Ibrahim guardaba una posición neutral o de mero espectador, como si el asunto no le concerniera. Y si creía oportuno intervenir, lo hacía de forma poco convincente, contentándose con repetir calmadamente los consejos, es más, con un frío desinterés por reprender a su madre o regañar a su esposa. Si no hubiera sido por la lealtad de Amina y la dulzura de su carácter, la anciana habría llevado sus quejas al señor Ahmad. Pero renunció de mal grado a hacerlo, y siguió consolando su pecho en largas conversaciones con cada familiar o vecino que se encontraba, proclamando sobre las cabezas de los presentes que el hecho de haber elegido a Jadiga como esposa de su hijo era el mayor error que había cometido en su vida, y que tenía que sufrir el castigo.

Ibrahim dijo, comentando las palabras de Jadiga, mientras esbozaba una sonrisa, como para atenuar con ella la impresión de su comentario:

—Pero tú no te contentas con exigir tus derechos, sino que, si no me falla la memoria, injurias con tu lengua todo cuanto quieres.

Jadiga levantó desafiante la cabeza, ceñida por un pañuelo marrón, y dijo clavando en su esposo una mirada irónica e irritada:

—¿Y por qué te habrá fallado la memoria? ¿Es que tienes pensamientos y tareas que la oprimen hasta ese extremo? ¡Ojalá todo el mundo tuviera una memoria tan reposada, tranquila y vacía como la tuya! No, señor Ibrahim. No te ha fallado la memoria; a la que ha fallado es a mí. La verdad es que yo no me he metido con la capacidad de tu mamá. No me he ocupado de sus asuntos ni he tenido necesidad de ella. Yo, gracias a Dios, conozco todos mis deberes, y sé cómo cumplirlos de la mejor forma. Pero odio acurrucarme en mi casa y que me traigan la comida de fuera como a los huéspedes de las fondas. Además de todo esto, no puedo soportar —como les gusta a «algunos» pasarme el día durmiendo o despreocupada mientras otros

desempeñan las tareas de mi casa.

Aisha comprendió enseguida el significado de ese «algunos», y se echó a reír cuando Jadiga aún no había acabado de hablar. Luego dijo con un tono amable, como empujada por la compasión:

—Haz lo que te parezca bien, y deja a la gente —o a «algunos»— en paz. Ahora no tienes ningún motivo para preocuparte, ya que eres una señora independiente — ¡que Egipto siga tus pasos!—, y trabajas desde el alba hasta que cae la noche: en la cocina, en el baño, en la terraza...

Te ocupas al mismo tiempo de los muebles, las gallinas y los niños, y la sirvienta Suwaydán no se atreve a acercarse a tu piso ni a coger a uno de tus hijos. ¡Dios mío! ¿Por qué tanta fatiga cuando con un poco bastaría?

Jadiga respondió con un movimiento de su barbilla, tratando de vencer una sonrisa que demostraba haber encontrado algo que consideraba agradable en las palabras de Aisha. Entonces Yasín dijo:

—Algunas personas están hechas para mandar, y otras para servir.

Jalil Sháwkat añadió con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dos incisivos superpuestos:

—La señora Jadiga es un buen modelo de ama de casa, a pesar de que ignore su derecho a descansar.

—Esa es precisamente mi opinión —dijo Ibrahim Sháwkat, corroborando sus palabras—. A veces se lo he manifestado abiertamente a ella. Después, he preferido callar para librarme de los dolores de cabeza.

Kamal miró a su madre, que estaba llenando una segunda taza a Jalil, y evocó la imagen de su padre unida a los recuerdos de su tiranía. Una sonrisa surgió en sus labios, y tendió la mirada hacia Ibrahim, diciéndole sorprendido:

—¡Es como si tú le tuvieras miedo!

—¡Yo evito los disgustos mientras encuentre un medio de tener paz! —dijo el hombre sacudiendo su gruesa cabeza— ¡y tu hermana evita la paz mientras encuentre un medio de tener disgustos!

Jadiga gritó:

—¡Escuchad al juez! —luego apuntó hacia él desafiante—. ¡Eres tú quien evita estar despierto mientras encuentras un medio de dormir!

—¡Jadiga...! —le dijo su madre, clavándole una mirada de advertencia. Ibrahim palmoteo afectuosamente el hombro de su suegra y le dijo—: Tenemos cosas de estas a menudo, pero aquí lo ves por ti misma.

Yasín paseaba su mirada entre Jadiga, fuerte y rellena, y Aisha, delgada y

esbelta, con un movimiento cuyo objetivo era atraer las miradas. Luego dijo como extrañado:

—Nos habéis hablado acerca del esfuerzo continuado de Jadiga desde el alba hasta la noche... ¿dónde están las huellas de ese esfuerzo? ¡Parece que fuera ella la que se despreocupa y Aisha la que trabaja!

Jadiga extendió la palma de la mano, separando los cinco dedos, ante el rostro del joven, y dijo:

—*¡Me refugio en Dios del mal del envidioso cuando envidia!*

Pero Aisha no estaba satisfecha con el rumbo que había tomado esta última conversación, y brilló una mirada de protesta en sus ojos azules y serenos. Se entregó a defender su delgadez, e ignorando la clara intención de la observación de Yasín y sintiendo una cierta envidia, dijo:

—La gordura ya no está de moda —luego rectificó, al sentir que la cabeza de Jadiga se volvía hacia ella— o por lo menos el estar delgada está también de moda en muchas mujeres.

—La delgadez es la moda de las que son incapaces de engordar —replicó Jadiga con ironía.

El corazón de Kamal se estremeció cuando llegó a sus oídos la palabra «delgadez», y la imagen de la estatura elevada y el talle esbelto saltó desde su interior hasta su imaginación. Su corazón se puso a danzar en un éxtasis espiritual, manando de él la embriaguez. Después lo embargó una alegría, en cuyo ensueño tranquilo y profundo se olvidó de sí mismo, del lugar y del tiempo. No sabía cuánto tiempo había permanecido en ese estado, cuando notó la sombra de una nube de tristeza que, a menudo, llegaba, arrastrada por la ensoñación; no como llega el intruso o el elemento incompatible, sino infiltrándose en el hermoso sueño como un hilo de su tejido o una nota de su melodía. Exhaló un profundo suspiro y, después, recorrió con su mirada soñadora los rostros que amaba desde antiguo y que parecían, de una u otra forma, satisfechos de su belleza, especialmente ese rostro de piel clara del que, en otro tiempo, había deseado perdidamente beber el agua del sitio donde había puesto sus labios. Ese recuerdo le vino a la memoria con vergüenza —y una especie de fastidio— y sintió que cualquier modelo de belleza, que no fuera el de su amada, podía despertar su pasión, aunque gozara de su ternura y su amor.

—No podré aprobar la delgadez ni siquiera en los hombres —seguía diciendo Jadiga—. Mirad a Kamal. Más le valdría preocuparse por aumentar de peso. No creas, hermanito, que estudiar lo es todo en la vida.

Kamal la escuchaba distraído, mientras examinaba su cuerpo apelotonado de

carne y grasa y su rostro cuyas carnes ocultaban los defectos, sorprendido por el espíritu de felicidad y triunfo que la rodeaba. Sin embargo, no sintió en su interior el deseo de discutir la opinión de la muchacha. Yasín, por su parte, dijo desafiante e irónico a la vez:

—Entonces... ¡estarás satisfecha de mí! ¡No me digas que no!

Él había doblado la pierna derecha bajo su cuerpo, apoyando la otra en el suelo, y había abierto —por el calor— el cuello de su *guilbab*. A través del escote de su amplia camiseta aparecían unos mechones del negro y abundante pelo de su pecho. Ella le lanzó una mirada penetrante antes de decir:

—Pero tú te pasas de la raya. Además, la grasa te llega hasta el cerebro, y eso es otra cosa.

Yasín resopló desesperado. Luego se volvió hacia Ibrahim Sháwkat, preguntándole con lástima y compasión:

—Cuéntame cómo te las apañas entre tu esposa —y sus circunstancias— y tu madre.

Ibrahim encendió un cigarro y le dio una chupada. Luego echó el humo, estirando los labios y haciéndose cómplice de su hermano Jalil —que no se quitaba la pipa de la boca más que para hablar— en llenar de humo el aire de la sala. Luego dijo con indiferencia:

—¡Por un oído me entra y por olio me sale! ¡Eso es lo que me ha enseñado la experiencia!

—La experiencia no tiene nada que ver con esto —dijo Jadiga dirigiéndose a Yasín con una voz elevada que manifestaba su cólera—. La experiencia es inocente, ¡lo juro por tu vida! El problema es que Nuestro Señor le dio un carácter igual al de los helados de Amm Badri, el turco. ¡Aunque el minarete de el-Huseyn se pusiera a temblar, a él no se le movería ni un pelo!

Amina levantó la cabeza y clavó en Jadiga una mirada de reproche y advertencia, hasta que la hija sonrió y bajó los ojos con una especie de vergüenza. Jalil Sháwkat dijo entonces con un agradable orgullo:

—Este es el carácter de los Sháwkat; un carácter imperial, ¿no es así?

Jadiga, con un tono cargado de sentido, dijo mientras reía para atenuar el impacto de sus palabras:

—¡Qué mala suerte he tenido, señor Jalil, de que tu madre no esté impregnada de ese carácter imperial!

—No hay mujer que se pueda comparar a tu suegra —saltó Amina con la paciencia agotada—. ¡Es una gran señora, en el más amplio sentido de la palabra!

Ibrahim inclinó la cabeza hacia la izquierda mientras clavaba en su esposa, desde arriba, una mirada que hizo brillar sus ojos saltones. Luego dijo con un suspiro triunfante:

—¡Y lo dice un testigo de su propia familia! —Luego, dirigiéndose a todos—: ¡Ay! Mi madre es una gran señora, y está en una edad que requiere cuidado y comprensión... y mi esposa no sabe nada de comprensión.

Jadiga se dispuso a defenderse, y dijo:

—Yo no me enfado sin motivo. La cólera nunca ha formado parte de mi carácter. Ahí está mi familia, ¡pregúntales lo que quieras!

Reinó el silencio. Su familia no sabía qué decir, hasta que a Kamal se le escapó una carcajada que atrajo las miradas, y no pudo contenerse de replicar:

—Mi hermanita Jadiga posee la calma más colérica que conozco.

—¡O la cólera más calmosa! —se envalentonó Yasín—. ¡Sabe Dios!

Jadiga esperó a que amainara el tumulto de risas que aquel comentario había arrastrado tras de sí. Luego señaló a Kamal sacudiendo la cabeza con pesar:

—Me traiciona —dijo— aquel que he llevado en mi regazo más que a Ahmad y a Abd el-Múnim.

Kamal respondió como disculpándose.

—No creo haber divulgado ningún secreto.

Amina adoptó rápidamente una nueva postura para defender a Jadiga, que parecía estar en una situación poco envidiable, y dijo sonriendo:

—¡Bendito sea el que es perfecto!

Ibrahim Sháwkat confirmó con tacto sus palabras:

—Tienes razón. Mi esposa posee unos méritos nada despreciables. Dios maldiga la cólera, que al primero que perjudica es a su dueño. En mi opinión, no hay nada en el mundo que la justifique.

—¡Qué suerte tienes! —dijo Jadiga riendo—. Por eso pasan los días, y tú no cambias; no te envidio.

Por primera vez, el disgusto se mostró en Amina bajo la apariencia de una imagen seria, y dijo en tono de reproche:

—¡Dios le conserve su juventud! ¡A él y a los que son como él!

—¿Su juventud...? —se preguntó Ibrahim riendo sin ocultar la alegría por el ruego de su suegra.

Y Jalil Sháwkat le respondió, aunque dirigiendo sus palabras a Amina:

—Los cuarenta y nueve años son considerados en la familia Sháwkat como una de las etapas de la juventud.



—¡Hijo mío! —volvió a decir Amina con temor—. ¡No hables así! Vamos a zanjar este asunto.

Jadiga sonrió ante el temor que había mostrado su madre, cuyos motivos y causas ella conocía, creyendo en ellos. Se trataba de que el hecho de ensalzar en voz alta la salud —y públicamente— en la antigua casa era un infortunio; era para fingir ignorar el mal de ojo. Ella misma —Jadiga— no hubiera podido proclamar la fuerte salud de su esposo, si no hubiera pasado los últimos seis años de su vida entre los Sháwkat, donde muchas creencias —como, por ejemplo, la del daño que podía hacer el envidioso— no gozaban de una fe profunda. En aquella casa también se trataban a fondo, y sin miedo, temas diversos —como la conducta de los genios, la muerte, la enfermedad...— que el temor y la precaución impedían que fueran tratados en la vieja casa. Además de todo esto, los lazos entre los dos esposos eran más sólidos de lo que se aparentaba exteriormente, y no había nada que los hiciera romperse, ni de palabra ni de obra. Eran dos esposos compenetrados, y cada uno de ellos sentía en el fondo de sí mismo que no podría prescindir del otro, a pesar de los diversos reproches que se hacían. La enfermedad de Ibrahim había sido, un día, una extraordinaria ocasión de que se demostraran los ocultos sentimientos de amor y lealtad que habitaban en el pecho de Jadiga. Claro que las disputas no podían amainar entre ambos, al menos por parte de ella, ya que la madre de él no era su único blanco. A pesar de la política y la frialdad del hombre, ella podía descubrir en él un motivo de crítica cada día. Por ejemplo: lo mucho que dormía, su gusto por acurrucarse en la casa sin hacer nada, su desprecio ante la sola idea de tener que trabajar en la vida, su chachara incesante, su pretendida ignorancia de las disputas y peleas que se desencadenaban entre ella y su madre... Hasta el punto de que pasaban días y días —según la expresión de Aisha— en que no abría la boca más que para pincharlo y zaherirlo. Pero, a pesar de todo esto —o gracias a esto, ¿quién sabe?, ya que la disputa misma desempeña a veces la función de la pimienta en abrir el apetito—, sus sentimientos seguían siendo fuertes y estables, sin que les afectaran las turbulentas apariencias, como si fueran corrientes de aguas profundas cuyo curso no era variado por la efervescencia ni las convulsiones de la superficie. Además, el hombre no podía sino estimar en lo justo la actividad de su esposa, después de palpar sus efectos en el esplendor de su casa, el deleite de su comida, la elegancia de su ropa y el arreglo de sus dos hijos. Y le decía bromeando: «¡La verdad es que eres todo un hallazgo, bohemia mía!», a pesar de la opinión de su madre sobre esta actividad, que no dudaba en reconocer en los momentos de pelea —que eran frecuentes—, diciendo a Jadiga con ironía: «Esta es la virtud de los criados, no de

las damas», y Jadiga saltaba de inmediato: «Vosotros sois gente que no hace otra cosa que comer y beber. El verdadero señor de la casa es aquel que se ocupa de ella». La anciana proseguía con su ironía: «¡Te han enseñado esas cosas en tu casa para ocultarte que, en su opinión, no valías más que para servir!». Jadiga gritaba entonces: «Yo sé el motivo de tu rencor hacia mí. ¡Se debe a que no te concedí poder en mi casa!». La anciana chillaba a su vez: «¡Dios mío! ¡Sé tú testigo! El señor Ahmad Abd el-Gawwad es un hombre bueno, pero ha engendrado un demonio. Yo me merezco los zapatazos en castigo por haberte elegido». Jadiga seguía murmurando, sin que la otra entendiera sus palabras: «¡Te mereces los zapatazos! ¡No te lo discuto!».

Yasín miró a Aisha, y dijo con una sonrisa maliciosa:

—¡Qué feliz eres, Aisha! Tus relaciones son buenas con todos los bandos. Jadiga comprendió que la aludía a ella en sus palabras, y le dijo encogiéndose de hombros con fingida indiferencia:

—¡Eres un calumniador que trata de crear un conflicto entre dos hermanas!

—¿Yo? ¡Que Dios me juzgue, ya que conoce mis buenas intenciones!

Jadiga movió la cabeza, entristecida:

—Ni un solo día has tenido buenas intenciones.

—Nosotros vivimos en paz —dijo Jalil Sháwkat, comentando las palabras de Yasín—. Nuestro lema es: «¡Vive y deja vivir!».

Jadiga se echó a reír hasta enseñar sus dientes brillantes y menudos. Luego replicó en un tono no exento de ironía:

—La casa del señor Jalil es la casa de las fiestas. Él no para de jugar con las cuerdas del laúd, mientras la señora escucha o se pasa revista en el espejo; o charla con esta o aquella amiguita suya desde la ventana de la celosía mientras que Naíma, Uzmán y Muhammad juegan con las sillas y los cojines, hasta el punto de que, cuando Abd el-Múnim y Ahmad se hartan de mi vigilancia, se escapan al piso de su tía y se unen a la banda de devastadores.

—¿Eso es todo lo que ves en nuestro feliz hogar? —preguntó Aisha sonriendo.

Jadiga siguió en el mismo tono:

—¡O tú cantas y Naíma baila!

—Mi suerte —dijo Aisha con orgullo— es que todas las vecinas me quieren, y mi suegra también.

—Yo no me imagino abriendo mi pecho a ninguna de aquellas charlatanas. En cuanto a tu suegra, ama a quien la adula y se postra ante ella.

—Es necesario querer a la gente, y ¡qué felicidad que la gente nos quiera

también! Verdaderamente los corazones se comunican. Todas ellas te temen, y a menudo me dicen: «Tu hermana no nos acepta y no se cansa de hablar mal de nosotras». —Luego, dirigiéndose a su madre—: No ha perdido la costumbre de poner motes graciosos a la gente. Luego hace bromas con ellos en casa, y Abd el-Múnim y Ahmad se los aprenden de memoria, y los repiten en el barrio, entre los muchachos, hasta que se propagan.

La risa silenciosa volvió a acometer a Amina. Jadiga también se echó a reír con cierta confusión, como si la rondaran los recuerdos de algunas situaciones comprometidas. Sin embargo, Jalil empezó a decir con una alegría no disimulada:

—En resumen, somos una pequeña orquesta que tiene un laúd, una cantora y una bailarina. La verdad es que todavía nos falta la sección de las recitadoras y las coristas, pero yo presagio en mis hijos algo bueno... ¡Es cuestión de tiempo!

—Yo doy testimonio de que tu nieta Naíma es una bailarina excelente —dijo Ibrahim Sháwkat, dirigiéndose a Amina.

Esta se echó a reír hasta que enrojeció su pálido rostro.

—La he visto bailar —dijo—. ¡Qué adorable es!

Jadiga exclamó con un entusiasmo que demostraba su proverbial cariño por la familia:

—¡Qué bonita es! ¡Es como una de las fotografías de los carteles!

—¡Qué buena esposa para Redwán! —añadió Yasín.

—¡Pero es la primogénita de la familia...! —dijo Aisha riendo—. ¡Oh!, ¡no he podido mentir sobre su edad, como deben hacer las madres!

—¿Por qué la gente pone como condición que la esposa sea más joven que el marido? —preguntó Yasín distraído.

Nadie respondió, hasta que Amina dijo:

—¡Naíma no tendrá que esperar mucho para encontrar el marido apropiado!

—¡Qué bonita es, Dios mío! —volvió a decir Jadiga—. ¡No he visto jamás una belleza parecida!

—¿Y su madre? —preguntó Aisha riendo—. ¿No has visto a su madre?

Jadiga frunció el ceño para dotar de seriedad a sus palabras:

—Ella es más guapa que tú, Aisha. No podrás decir que no.

Luego, no tardó en recuperar su ironía:

—¡Y yo soy más guapa que vosotras dos juntas!

«¡Esas gentes hablan de la belleza! ¿Qué saben ellos de su esencia? Les admiran los colores: el blanco del marfil, los lingotes de oro... Preguntadme a mí por ella, y no os hablaré del tono moreno y puro, de los ojos negros y serenos, de la esbelta

silueta ni de la elegancia parisina. ¡Claro que no! Todo eso es hermoso, pero son trazos, formas y colores que, al final, se someten a los sentidos y a las normas. La belleza es un hiriente estremecimiento del corazón, una vida plena en el alma, y una locura de amor que hace flotar al espíritu en su éter hasta hacerlo abrazar los cielos. ¡Habládmelo de esto si podéis!»

—¿Y por qué las mujeres de el-Sukkariyya procuran la amistad de la señora Jadiga? Quizá tenga cualidades —como atestigua su marido—, ¡pero a las gentes en general les cautivan un rostro hermoso y una lengua agradable!

Yasín dijo esto para provocar a Jadiga de nuevo, viendo que la conversación se estaba volviendo pacífica. Ella le lanzó una mirada como diciéndole: «¡Te niegas a que me apiade de ti!». Luego, dando un sonoro suspiro:

—*¡Dios nos basta! Qué excelente protector es!* ¡No sabía que tuviera aquí otra suegra!

Luego ella retomó de nuevo el tema, pero con un tono serio y, contrariamente a lo que se esperaba, dejando a Yasín en paz:

—No tengo tiempo para perderlo con las visitas. La casa y los niños ocupan todo mi tiempo. ¡Especialmente por tener un marido que no se ocupa ni de lo uno ni de lo otro!

—¡Ten temor de Dios y no vayas demasiado lejos en todo esto! —se defendió Ibrahim Sháwkat—. El asunto es el siguiente: al que tiene una esposa como la mía le conviene adoptar una posición de defensa de vez en cuando; defender del destrozo a los muebles, ya que casi tienen punta de tanto sacudirles el polvo y frotarlos; defender a los niños, a los que abrumba más de lo que pueden soportar; y la última observación al respecto, como ya sabéis, ¡ha obligado a Abd el-Múnim a ir a la escuela coránica, y aún no tiene cinco años!

—¡Si yo te hubiera hecho caso —dijo Jadiga orgullosa— habría guardado al niño en casa hasta que fuera mayor de edad! ¡Parece como si odiarais la ciencia! No, querido. Mis hijos tendrán la misma formación que sus tíos. ¡Yo misma repaso con Abd el-Múnim sus lecciones!

—¿Que tú las repasas con él? —preguntó Yasín incrédulo.

—¿Y por qué no? ¡Como hacía mamá con Kamal! Me siento con él todas las tardes y me recita lo que le hacen aprender de memoria en la escuela coránica.

Luego, riendo:

—Y con eso también yo recuerdo los rudimentos de la lectura y la escritura, que temo olvidar con el paso del tiempo.

El rostro de Amina enrojeció de vergüenza y alegría, y miró con ternura a

Kamal, como si le implorara una señal alusiva al recuerdo de las noches de antaño. Él le sonrió, demostrándole que se acordaba.

«¡Que Jadiga dé a sus dos hijos la misma formación que tuvieron sus tíos! ¡Que uno de ellos siga las huellas de Kamal y recorra el camino hasta la Universidad! ¡Que uno de ellos se parezca a...! ¡Ay! ¡Qué débiles son los corazones desgarrados para soportar los golpes de la tristeza! Si mi hermano hubiera vivido más tiempo, hoy sería juez, o estaría en vías de serlo. ¡Cuánto te habló de sus esperanzas, o de las tuyas...! ¿Dónde quedó todo eso? ¡Ojalá hubiera vivido, aunque fuera sólo uno más entre la muchedumbre!»

Ibrahim Sháwkat dijo, dirigiéndose a Kamal:

—No somos como nos acusa tu hermana. Yo hice el examen de estudios primarios en mil ochocientos noventa y cinco, y Jalil en mil novecientos once. La primaria era en nuestra época algo importante, al contrario que ahora, que apenas nadie se contenta con ella. Nosotros no seguimos estudiando porque no teníamos intención de trabajar o, en otras palabras, ¡no teníamos necesidad de trabajar!

Kamal se sorprendió burlonamente de las palabras «yo hice el examen de estudios primarios», pero dijo con cortesía:

—Es natural...

«¿Cómo podía tener la ciencia un valor intrínseco para dos bueyes felices? Ambos son una valiosa prueba que me demuestra que es posible amar —cualquiera que sea el tipo de amor— a quien desprecio, o desear todo el bien a un individuo cuyos principios en la vida suscitan mi aversión y mi repugnancia. Sólo puedo aborrecer de todo corazón la bestialidad. Esto ha llegado a ser una verdad y un derecho desde que sopló en mi corazón la brisa celestial».

Yasín gritó con un entusiasmo cómico:

—¡Vivan los antiguos estudios primarios!

—¡En cualquier caso, nosotros somos el partido de la mayoría!

Yasín se sintió a disgusto al ver incluirse al propio Jalil —e implícitamente a su hermano— en el partido de los estudios primarios, que no habían obtenido; pero tuvo que resignarse, al tiempo que Jadiga se puso a decir:

—¡Abd el-Múnim y Ahmad seguirán estudiando hasta que obtengan el Diploma Superior! Marcarán una nueva época en la familia Sháwkat. Escuchad el efecto de esos magníficos nombres: Abd el-Múnim Ibrahim Sháwkat y Ahmad Ibrahim Sháwkat... ¿Acaso no suenan como el de «Saad Zaglul»?

—¿De dónde te vienen todas estas aspiraciones? —gritó Yasín, echándose a reír.

—¿Y por qué no? ¿No fue Saad Basha un estudiante acogido en el-Azhar? Pasó

de ser un asalariado a Primer Ministro. Una palabra suya convulsiona el mundo. ¡Nada es demasiado para Dios!

—¿No te contentarías con que fueran como Adli o Zárwat? —preguntó Yasín con ironía.

—¿Los traidores? —gritó ella, buscando refugio en Dios—. No serán de quienes la gente grite «¡abajo!», noche y día.

Ibrahim sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón para enjugarse el rostro, que había enrojecido profundamente por el calor del ambiente, y que rezumaba sudor por el agua helada y el café caliente que había bebido. Luego dijo, mientras empezaba a secárselo:

—Si la violencia de las madres tiene su mérito en la formación de personas importantes, ¡alégrate desde ahora de la gloria que espera a tus dos hijos!

—¿Es que quieres que los deje en paz?

Aisha repuso con delicadeza:

—No recuerdo que mamá nos regañara a ninguno de nosotros, ni mucho menos que nos pegara. ¿No te acuerdas?

—¡Mamá no recurría a la violencia porque papá estaba aquí! —dijo Jadiga apenada—. Su sola mención bastaba para mantener a todo el mundo a raya. Pero en mi casa, o en la tuya, da igual, el padre no existe más que de palabra. —Se vio obligada a reír—. ¿Qué puedo hacer yo, estando así las cosas...? ¡Cuando el padre es una madre, la madre tiene que hacer de padre!

—Estoy seguro —dijo Yasín deleitándose— de que tú llevas a cabo con éxito tu paternidad. Tú eres un padre. Me di cuenta de ello hace mucho tiempo, pero me faltaba confirmarlo.

Ella pareció satisfecha:

—¡Te lo agradezco, Bomba Kashshar!

«Jadiga y Aisha son dos imágenes opuestas. ¡Míralas bien! ¿Cuál de ellas es más apropiada para que tu amada se le parezca? ¡Dios no lo permita! ¡Mi adorada no tiene comparación con nadie! No me la imagino como ama de casa. ¡Qué lejos está esto de la imaginación! ¿Una amada en ropa de andar por casa, cuidando a un niño o vigilando una cocina? ¡Qué horror! ¡Qué asco! Todo lo contrario: divirtiéndose o sin hacer nada, o pavoneándose con un traje deslumbrante, en un jardín, un coche o una sala de fiestas. Es un ángel en una visita inesperada y feliz a este mundo, un género único, distinto a los demás, que sólo mi corazón conoce. No tiene en común con aquellas mujeres más que el nombre, impuesto por alguien incapaz de saber el verdadero nombre. Y su belleza no tiene en común con la de Aisha, ni con los demás

tipos de belleza, más que el nombre, impuesto por alguien incapaz de saber el verdadero nombre. ¡Ahí tienes mi vida! Yo la consagro a conocerte. ¿Puede haber tras esto algún anhelo de conocimiento?»

—¿Qué será de Maryam?

Aisha lo preguntó en cuanto el recuerdo de su antigua amiga se le vino a la memoria, y el nombre produjo diferentes reacciones entre la mayor parte de los que estaban allí reunidos. El rostro de Amina se transformó, hasta apoderarse de sus facciones un intenso resentimiento. Yasín fingió ignorar la pregunta, como si no la hubiera oído, ocupándose en examinar sus uñas. Y a la cabeza de Kamal volvieron multitud de recuerdos que estremecieron su espíritu. Jadiga, por su parte, respondió en un tono frío:

—¿Qué nuevas noticias esperas? ¡Ha sido repudiada y ha vuelto a su casa!

Aisha se dio cuenta —demasiado tarde— de que había resbalado inadvertidamente en un precipicio y que, con el desliz de su lengua, había hecho daño a su madre. Esto se debía a que Amina creía, desde mucho tiempo atrás, que Maryam y su madre no habían sido sinceras en su tristeza por Fahmi —¡eso si no se habían alegrado de la desgracia de todos ellos por la misma causa!—, debido a la anterior negativa del señor cuando el malogrado Fahmi pidió la mano de Maryam. Jadiga había sido la que empezó a repetir esta suposición, y la madre la siguió sin dudar ni reflexionar. Rápidamente, los sentimientos de ambas hacia su antigua vecina cambiaron, hasta que fueron de mal en peor y terminaron con la ruptura.

Aisha dijo apurada, tratando de disculparse por su desliz:

—No sé qué me ha empujado a preguntar por Maryam.

—No debes pensar en ella —dijo Amina visiblemente impresionada.

Por aquel entonces, Aisha había manifestado su duda de que la acusación levantada contra aquella fuera cierta, pretextando que la petición de mano, y lo que giraba en torno a esta, había permanecido en secreto, y que la noticia no había llegado a la casa de Maryam enseguida, cosa que hacía que la chica y su familia no tuvieron razones para alegrarse del mal ajeno. Pero su madre no opinaba lo mismo, alegando que era imposible impedir que los rumores de una cuestión grave como esta llegaran hasta los interesados. Aisha no se mantuvo en su opinión mucho tiempo, por miedo a que la acusaran de ser parcial con Maryam, o de que se hubiera entibiado su ardor por el recuerdo de su hermano. Pero, en vista de la excitación de su madre, se vio empujada a mitigar el efecto de su error, y dijo:

—Sólo Dios sabe la verdad, mamá. Quizá ella sea inocente de aquello de que la hemos acusado.

Al contrario de lo que Aisha esperaba, el enojo de Amina se agudizó hasta el punto de aparecer en su rostro los signos de una cólera que pareció insólita en ella, dada la benevolencia y la calma que se le conocían.

—¡Aisha! —dijo con voz trémula—. ¡No hables de Maryam!

Jadiga gritó, compartiendo los sentimientos de su madre:

—¡Que se deje ya de Maryam y su vida!

Aisha sonrió apurada y no dijo palabra. Yasín había permanecido ocupado en sus uñas hasta que aquella ardiente conversación terminó. Una vez, había estado a punto de intervenir, envalentonado por las palabras de Aisha: «Sólo Dios sabe la verdad, mamá», pero el ímpetu de Amina al responder con esa desconocida voz trémula lo había enmudecido. Sí; lo había enmudecido y había soltado su lengua interior, agradeciendo los beneficios del silencio. Kamal había seguido con interés la conversación, aunque la huella de este interés no apareció en su rostro. El hecho de haber llevado el peso del amor largo tiempo —en circunstancias delicadas y desfavorables— le había conferido una capacidad de fingir, de la que se valía para ocultar sus sentimientos y mostrarse ante la gente —si era necesario— aparentando lo contrario de cuanto sentía. Recordó lo que antaño había oído sobre la «alegría por el mal ajeno» de la familia de Maryam y, a pesar de que él no se tomaba la acusación en serio, le vino a la memoria el mensaje secreto que había llevado a la chica, y la respuesta que había traído a Fahmi; un viejo secreto que había guardado y todavía guardaba, por consideración a la promesa hecha a su hermano y por respeto a su deseo. Le gustaba admirarse de cómo no había comprendido el significado del mensaje que había llevado a la chica hasta hacía poco, cuando resurgió en su alma bajo una nueva faceta. Era —según su propia expresión— una piedra llena de inscripciones confusas, hasta que llegó el amor y descifró sus jeroglíficos. No se le pasó por alto el enfado de su madre, un fenómeno nuevo en la vida de Amina, que esta no había conocido hasta la época nefasta. Ella ya no era como antes. Sin duda no había sufrido un cambio importante ni perpetuo, pero había llegado a estar expuesta de vez en cuando a unas crisis que no le habían sobrevenido antes y a las que, de haberle sobrevenido, ella no se rendía. ¿Qué podía decir él a eso? Era el corazón herido de una madre, del que no conocía más que unos fragmentos a través de sus lecturas. ¡Cuánto se apenaba por ella! Además, ¿qué había detrás de Aisha y Jadiga? ¿Se podía acusar a Aisha de frialdad hacia el recuerdo de Fahmi? No podía imaginar eso, ni soportar la idea. Ella era una mujer de recta intención, y en su corazón había cabida para la amistad y el amor. Al parecer, tomaba partido —y tenía sus razones— por justificar a Maryam, añorando, quizá, aquel tiempo debido a su corazón abierto a



todo el mundo. En cuanto a Jadiga, la vida conyugal la había engullido. Ya no era más que una madre y un ama de casa; no necesitaba a Maryam ni a ninguna otra. No conservaba de su pasado más que los inmutables sentimientos hacia su familia, hacia su madre en especial, y no le importaba nada más. ¡Qué asombroso era todo!

—Y tú, señor Yasín, ¿hasta cuándo vas a estar soltero?

Ibrahim dirigió esta pregunta a Yasín, empujado por un sincero deseo de limpiar la atmósfera de aquello que la estaba enturbiando, y Yasín respondió de broma:

—La juventud me abandonó, y el asunto terminó.

Jalil Sháwkat dijo en un tono serio que demostraba no haber captado la broma encerrada en las palabras de Yasín:

—Yo me casé más o menos con tu misma edad. ¿No tienes veintiocho años?

Jadiga se enfadó cuando se aludió a la edad de Yasín que, de manera indirecta, descubría la suya:

—¿Por qué no te has casado? Habrías dejado que la gente descansara de hablar de tu celibato —dijo a Yasín en un tono violento.

—Han pasado por nosotros unos años que han hecho olvidar a la gente sus deseos —respondió Yasín, procurando, ante todo, dar muestras de afecto a Amina.

Jadiga echó hacia atrás la cabeza como si le hubieran dado un puñetazo. Luego le lanzó una mirada que parecía decirle: «¡Me has vencido, demonio!». Finalmente habló, mientras daba un suspiro:

—¡Ay de ti! ¡Di que el matrimonio ya no te seduce, y será más cierto!

Amina dijo, reconociendo sus muestras de afecto:

—Yasín es un hombre bueno, y los hombres buenos no rehúsan al matrimonio más que a la fuerza. Ahora tienes el derecho a pensar en cumplir con tu obligación.

¡Cuántas veces había pensado en cumplir con su obligación...! No sólo por probar su suerte de nuevo, sino con el deseo de lavar la ofensa que le había alcanzado de lleno el día que se vio forzado —impulsado por su padre— a divorciarse de Zaynab, cumpliendo «la voluntad» del padre de la chica, Muhammad Effat. Luego sobrevino la muerte de Fahmi, y lo apartó de pensar en el matrimonio, hasta que casi se había amoldado y acostumbrado a esta vida independiente. Sin embargo dijo a Amina, teniendo fe en sus propias palabras:

—¡Lo que tenga que ser, será! Cada cosa tiene su momento.

De repente, sus pensamientos fueron interrumpidos por un bullicio, un grito y un alboroto que llegaban desde la escalera, mezclándose con el ruido de pasos que avanzaban a empujones. Las miradas se dirigieron, interrogantes, hacia la escalera, y en apenas un instante apareció Umm Hánafi en el umbral de la puerta, con el ceño

fruncido y jadeando, mientras gritaba:

—¡Los niños, señora...! ¡El señorito Abd el-Múnim y el señorito Redwán se están peleando, y me han tirado piedras cuando los he ido a separar!

Yasín y Jadiga se levantaron, corrieron hacia la puerta y subieron la escalera, regresando tras un minuto o dos; Yasín agarraba a Redwán de la mano y Jadiga empujaba ante ella a Abd el-Múnim, mientras le daba piadosos puñetazos en la espalda. Detrás venían, contentos, los demás. Naíma corrió hacia su padre Jalil, Uzmán hacia Aisha, Muhammad hacia su abuela Amina, y Ahmad hacia su padre Ibrahim. Después, Jadiga empezó a regañar a Abd el-Múnim, advirtiéndole que ya no vendría más a la casa de su abuelo, hasta que el niño gritó con voz llorosa, mientras señalaba, acusándolo, a Redwán que estaba sentado entre su padre y Kamal:

—¡Ha dicho que ellos tienen más dinero que nosotros...!

—¡Es él quien me ha dicho que ellos tienen más dinero que nosotros! —gritó Redwán, protestando—. ¡Y ha dicho también que ellos son los dueños de la Puerta Mitwali con sus tesoros!

Yasín lo consoló al decir riendo:

—¡Perdónalo! ¡Es un exagerado como su madre!

—¿Estáis peleando por la Puerta Mitwali? —pregunta Jadiga a Redwán, sin poder contener la risa—. Tú tienes, señorito, la Puerta de la Victoria, que está cerca de la casa de tu abuelo. ¡Cógela y no te pelees más!

Redwán denegó con la cabeza:

—¡Allí hay muertos, y no tesoros! ¡Que la coja él!

En ese momento se elevó la voz de Aisha, que decía rogándoles e incitándolos:

—¡Benedicid al Profeta! Tenéis ante vosotros una rara ocasión de oír cantar a Naíma. ¿Qué os parece esta sugerencia?

Los aplausos y los ánimos le llegaron desde todos los rincones de la sala, hasta que Jalil levantó a Naíma y la sentó en su regazo, diciéndole: «Deja oír a este público tu voz. ¡Dios..., Dios...! ¡No seas tímida. A mí no me gusta que seas vergonzosa!». Pero la vergüenza se apoderó de Naíma y escondió la cara en el regazo de su padre hasta que ya no se le veía más que una aureola de cabellos dorados. Jadiga miró casualmente hacia otro lado y vio a Muhammad que intentaba en vano quitar el lunar de la mejilla de su abuela. Fue hacia donde estaba y lo trajo a su asiento, a pesar de su resistencia. Luego siguió animando a Naíma a que cantara. Jalil se sumó a su insistencia, hasta que la pequeña susurró al oído de su padre que ella no cantaría si no era escondida de las miradas, detrás de su espalda. Él le permitió hacer lo que quería, y la niña se fue arrastrando a cuatro patas hasta que se

acurrucó entre su espalda y el respaldo del sofá. En ese momento, un silencio sonriente y acechante envolvió la sala. Jalil estaba a punto de perder la paciencia..., pero una voz aguda y suave empezó a hablar en una especie de susurro. Luego se fue animando poco a poco hasta que el entusiasmo se apoderó de los tonos, y los elevó cantando:

*Desvíate de aquí y ven a nuestra casa nos amamos tú y yo.*

Y todas las manitas se pusieron a aplaudir al ritmo de la canción...

—Ahora tienes que decirme en qué escuela te propones ingresar.

El señor Ahmad Abd el-Gawwad estaba sentado, con las piernas cruzadas, en el sofá de su dormitorio, mientras Kamal lo estaba en la parte que daba frente a la puerta, con los brazos cruzados en su regazo y lleno de educación y sumisión. El señor hubiera deseado que el muchacho respondiera: «Mi opinión es la tuya, padre». Sin embargo, reconocía que la elección de la escuela no era uno de esos asuntos en los que él reivindicara para sí un derecho absoluto, y que el asentimiento de su hijo era un factor esencial en la elección. Además, el alcance de la totalidad de sus conocimientos en la materia era muy limitado. La mayor parte de ellos procedía de los temas que, de vez en cuando, se suscitaban en algunas de sus reuniones con sus amigos funcionarios y abogados, quienes coincidían en reconocer el derecho de los hijos a elegir sus estudios, para evitar así los fracasos. Por todo esto, no quiso despreciar el hecho de someter el asunto a consulta, poniendo su decisión en manos de Dios.

—Me propongo, papá, si Dios quiere, y con el consentimiento de usted naturalmente, ingresar en la Escuela Superior de Magisterio.

Un movimiento de cabeza, que insinuaba fastidio, se escapó del señor, y abrió sus ojos grandes y azules, clavando la vista con extrañeza en su hijo. Luego dijo en un tono reprobatorio:

—¿... Superior de Magisterio? ¡Una escuela gratuita! ¿No es así?

—Quizás... —dijo Kamal tras vacilar un momento—. Yo no sé nada de ese tema.

El señor ondeó su mano con gesto burlón, como si quisiera decirle: «¡Deberías conservar la paciencia antes de opinar sobre lo que no sabes!». Luego dijo con desprecio:

—Es como yo te he dicho, y por eso es raro que atraiga a un hijo de buena familia. Además, el oficio de maestro... ¿Sabes algo sobre él, o tus conocimientos no rebasan los que tienes de su Escuela? Es un oficio mísero que no goza del respeto de nadie. Yo sé lo que se dice de estas cosas. Tú eres un pequeño inexperto que no sabe nada de los asuntos del mundo. Es un oficio en el que el efendi se codea con el *azharista*: carente de todo sentido de la grandeza y la gloria. Yo he conocido gente notable y funcionarios respetables que se habrían negado rotundamente a casar a sus hijas con un maestro, cualquiera que fuese su rango. Luego, después de eructar y

resoplar un buen rato:

—Fuad, el hijo de Gamil el-Hamzawi, ese al que regalabas la ropa usada, va a ingresar en la Escuela de Leyes. Es un muchacho inteligente, destacado, pero no más que tú. Yo he prometido a su padre ayudarlo a pagar sus gastos para que no le cueste nada. ¿Cómo voy a desembolsar mi dinero para los hijos de otros en escuelas respetables, mientras que mi hijo estudia gratuitamente en una escuela modesta?

Este grave informe sobre «el maestro y su misión» fue una desagradable sorpresa para Kamal. ¿Por qué todos estos prejuicios? Aquello no podía provenir del papel del maestro, que era el de enseñar. ¿Provenía de la gratuidad de la Escuela en la que iba a estudiar? No se podía imaginar que la riqueza o la pobreza tuvieran que ver con el significado implícito del saber, o que este tuviera un valor externo a su esencia. Él creía en esto con una fe profunda e incommovible, del mismo modo que tenía fe en la validez de las elevadas ideas que conocía a través de las obras de hombres a los que amaba y de los que se enorgullecía, como el-Manfaluti, el-Muwaylihi y otros. Él vivía de todo corazón en el mundo del «ideal», como se reflejaba en las páginas de los libros, y para sus adentros no dudaba en declarar errónea la opinión de su padre, a pesar de su prestigio y de la posición que ocupaba en su alma, buscándole la justificación en el crimen que le habían infligido la sociedad retrasada y la influencia de sus «ignorantes» amigos, cosa que lo apenaba profundamente. Sin embargo, sólo pudo decir, imponiéndose el máximo de educación y delicadeza, y repitiendo, en realidad, un texto de sus lecturas:

—El saber está por encima de la gloria y el dinero, papá.

El señor movió su cabeza desde Kamal al ropero, como si pusiera por testigo a una persona invisible de la necesidad que había oído. Luego dijo enfadado:

—¿De verdad...? ¡Vivir para oír estas tonterías! ¡Como si hubiera diferencia entre la gloria y el saber! No hay verdadero saber sin gloria ni dinero. Además, ¿qué te pasa que hablas del saber como si sólo hubiera uno? ¿No te he dicho que eres un pequeño inexperto? Hay muchos saberes, y no uno sólo. ¡Los malhechores tienen el suyo, y los *bashas* el suyo! ¡Aprende, ignorante, antes de que te arrepientas!

Estaba convencido del respeto de su padre por la religión y, en consecuencia, por sus seguidores, así que le dijo con astucia:

—Los *azharistas* también estudian gratuitamente, y trabajan en la enseñanza, pero nadie puede despreciar sus conocimientos.

El padre le hizo con la barbilla un gesto de desdén y dijo:

—¡La religión es una cosa, y sus seguidores otra!

Kamal sacó de su desesperación una fuerza de la que se ayudó para discutir con

ese hombre al que no solía sino obedecer:

—¡Pero tú, papá —exclamó—, respetas y amas a los doctores de la religión!

—¡No confundas las cosas! —replicó el señor en un tono no exento de violencia—. Yo respeto al *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad, y también lo amo, pero prefiero verte como un funcionario respetable a verte como él, aunque fueras sembrando la bendición entre la gente y apartándolos de la desgracia con amuletos y talismanes. Cada época tiene sus hombres... ¡pero tú no quieres entenderlo! El hombre examinó al joven para sondear el efecto que sus palabras le habían producido. Kamal bajó la vista, se mordió el labio inferior y se puso a parpadear y a mover con nerviosismo el ángulo izquierdo de su boca. ¡Qué raro! ¿Cómo puede la gente empeñarse en estas cosas que suponen un perjuicio seguro para ellos? Estaba a punto de estallar en cólera, pero recordó que sólo se trataba de un asunto que estaba fuera del dominio de su poder absoluto. Por tanto se contuvo y le preguntó:

—Pero ¿qué es lo que te ha hecho entusiasmarte sola y exclusivamente por la Escuela de Magisterio, como si ella se reservara todo el saber? ¿Qué es lo que no te agrada de la Escuela de Leyes, por ejemplo? ¿No es esta la que forma a la gente importante y a los ministros? ¿No es esta Escuela la que formó con sus saberes a Saad Basha y a hombres como él?

Luego, en voz baja, mientras brillaba en sus ojos una mirada taciturna:

—Es la Escuela que eligió Fahmi después de reflexionarlo y meditarlo. Si la muerte no se lo hubiera llevado tan deprisa, sería hoy uno de los hombres del Ministerio Público o de la Justicia. ¿No es así?

—Todas tus palabras son ciertas, papá —dijo Kamal emocionado—; pero a mí no me gustaría estudiar Derecho.

El hombre golpeó las palmas de sus manos mientras decía:

—¡No le gusta! ¿Qué tiene que ver el gusto con el saber y las escuelas? Dime, ¿qué es lo que te gusta de la Escuela de Magisterio? ¡Quiero saber cuáles son los encantos que te han fascinado de ella! ¿O eres de los que aman las cosas malas? ¡Habla! ¡Te escucho!

Él dejó escapar un movimiento, como si reuniera sus fuerzas para aclarar aquellos conceptos que seguían siendo oscuros para su padre. Pero reconoció la dificultad de su misión, convenciéndose al mismo tiempo de que le acarrearía un nuevo montón de burlas del tipo que ya había experimentado antes de la discusión, tanto más cuanto que él no veía el objetivo claro y definido como para poder a su vez explicárselo a su padre. ¿Qué podía decir? Si meditaba un poco, podía saber lo que no quería: no deseaba hacer Derecho, ni Economía, ni Geografía, ni Historia, ni

Inglés..., aunque apreciaba la importancia de las dos últimas materias para alcanzar sus aspiraciones. ¡Esto era lo que no quería! ¿Y qué era entonces lo que quería? Tenía deseos que precisaban atención y reflexión para aclarar sus objetivos. Quizás no estuviera convencido de alcanzarlos en la Escuela de Magisterio, aunque prevalecía en él la idea de que esta escuela era el camino más corto para lograrlos. Unos deseos estimulados por diferentes lecturas que apenas tenían en común una sola característica: ensayos literarios, sociales, religiosos, la epopeya de Antár, *Las mil y una noches*, *La Hamasa*, el-Manfaluti, principios filosóficos... Puede incluso que no estuvieran demasiado lejos de los sueños que antaño le había revelado Yasín, y más aún, de las leyendas que su madre había vertido en su alma antes de todo esto. Le gustaba aplicar a este mundo enigmático el nombre de «pensamiento», y a sí mismo el de «pensador». Y estaba convencido de que la vida del pensamiento era la meta más elevada para el hombre, cuya naturaleza luminosa estaba por encima de la materia, la gloria, los títulos y las demás clases de falsa grandeza. ¡Daba lo mismo!

Que los perfiles fueran claros o no lo fueran, que los lograra en la Escuela de Magisterio o que esta no fuera más que un medio para llegar a ellos, su mente no sería capaz de apartarse de esta meta jamás. ¡Pero también debía reconocer que había un fuerte vínculo que los unía a su corazón, o mejor dicho a su amor! ¿Cómo era esto? No había relación alguna entre su «adorada» y el derecho o la economía, pero sí la había, aunque fuera sutil y velada, entre ella y la religión, el alma, la moral, la filosofía y los conocimientos semejantes, de cuyas fuentes le fascinaba beber; de manera parecida a los misterios que la vinculaban con el canto y la música, que él miraba con un estremecimiento de alegría y una gran embriaguez. Encontraba todo aquello en sí mismo, y creía en ello con toda su alma. Pero ¿qué podía decir a su padre? Recurrió de nuevo a la astucia y dijo:

—¡La Escuela de Magisterio enseña saberes importantes, como la historia del hombre repleta de principios morales, la lengua inglesa...!

El señor lo observaba mientras hablaba, cuando de repente los sentimientos de disgusto y cólera lo abandonaron. Reflexionó —como si lo viera por primera vez— sobre la delgadez del muchacho, su enorme cabeza, su gran nariz y su largo cuello, y encontró en su aspecto un algo extraño, semejante a la excentricidad de sus ideas. Su espíritu burlón estuvo a punto de echarse a reír interiormente, pero la compasión y el amor se lo impidieron. Se preguntó para sus adentros: «La delgadez es un fenómeno pasajero, la nariz es herencia mía, pero... ¿de dónde le viene esta asombrosa cabeza? ¿No puede ser que suceda a quienes, como yo, buscan los defectos, el ser presa de sus propias burlas?». Este pensamiento le produjo una desazón que duplicó su

ternura hacia su hijo y, cuando habló, el tono de su voz resultó más reposado y más cercano a la comprensión y el consejo:

—El saber en sí mismo no es nada —dijo—. La importancia radica en su utilidad. El Derecho te llevará al puesto de juez, mientras que el cometido de la historia y sus principios morales es que seas un maestro desgraciado. ¡Detente largamente sobre esta conclusión, y reflexiona! —Luego el tono de su voz se elevó un poco, con cierta impetuosidad—: ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios! Lecciones, historia... ¡Todo es hollín! ¿Es que no me vas a decir palabras razonables?

El rostro de Kamal enrojeció de vergüenza y de dolor, mientras escuchaba la opinión de su padre sobre los conocimientos y los elevados principios que él veneraba, viendo cómo los hacía bajar hasta el nivel del hollín, al compararlos con este. Sin embargo, no le faltó resignación cuando le vino a la mente —en aquel instante mismo— que su padre era, sin lugar a dudas, un hombre respetable, y sólo era víctima de una época, un lugar y una sociedad. ¿Servía de algo discutir con él? ¿Iba a probar suerte otra vez, recurriendo a un nuevo ardid?

—¡La realidad, papá, es que estos saberes gozan de la mayor estima en los países desarrollados! Los europeos los honran y erigen estatuas a los que destacan en ellos.

El señor apartó de él su rostro, mientras su muda expresión decía: «¡Dios mío! ¡Tranquilízate!». Pero no estaba realmente enfadado. Quizás juzgara el asunto como un gracioso imprevisto que no se le había pasado por la imaginación. Luego, volvió su rostro hacia el muchacho y le dijo:

—Como tu padre que soy, quiero estar tranquilo sobre tu futuro. Quiero que tengas un puesto digno. ¿Es que son dos cosas diferentes? Lo que me interesa verdaderamente es verte como un respetable funcionario, no como un miserable maestro, ¡aunque a este le erijan una estatua como a Ibrahim Basha, con el dedo levantado! ¡Alabado sea Dios! ¡Hemos vivido, hemos visto y hemos oído prodigios! ¿Qué tenemos nosotros que ver con Europa? Tú vives en este país... ¿acaso aquí se erigen estatuas a los maestros? ¡Muéstrame una sola estatua de uno de ellos! —Luego, con un tono de censura—: Dime, hijo mío, ¿quieres un cargo o una estatua?

Como no encontraba en Kamal más que silencio y confusión, le dijo con cierta tristeza:

—¡Tienes en la cabeza unas ideas que no sé por dónde se te han colado! ¡Te estoy invitando a que seas uno de los grandes hombres que han estremecido el mundo por su grandeza y su posición! ¿Es que tienes un modelo al que aspiras sin yo saberlo? Dime francamente cuál es tu intención para que mi mente se tranquilice y



capte tus propósitos. ¡La verdad es que todo este asunto tuyo me tiene desconcertado!

Tenía que dar un nuevo paso, con el que manifestar una parte de lo que había en su alma, poniéndose en manos de Dios:

—¿Es un defecto, papá, aspirar a ser algún día como el-Manfaluti? —le preguntó.

El señor dijo sorprendido:

—¿El *sheyj* Mustafa Lutfi el-Manfaluti? ¡Que Dios se apiade de él! Lo he visto más de una vez en Sayyidna el-Huseyn. ¡Pero él, que yo sepa, nunca fue maestro! ¡Era mucho más que eso! Fue compañero y secretario de Saad. Además procedía de el-Azhar y no de la Escuela de Magisterio... ¡y el-Azhar no tuvo nada que ver con su grandeza! Fue un don de Dios. Eso es lo que dicen de él. Nosotros estamos discutiendo tu futuro y la escuela en la que te conviene ingresar. ¡Dejemos a Dios lo que es de Dios! Y si tú también fueras un don de Dios, tendrías la grandeza de el-Manfaluti fueras procurador o juez. ¿Por qué no?

—Yo no aspiro sólo a la persona de el-Manfaluti —se defendió Kamal, intrépido— sino a su cultura también, y no encuentro una escuela más apropiada para hacer realidad mis propósitos, o al menos para facilitar el camino hacia ellos, que la Escuela de Magisterio. Por eso la he elegido. No tengo un deseo especial de ser maestro. Es más, quizás no la acepto más que por ser el camino que conduce a la formación del pensamiento.

«¿El pensamiento?» El señor entonó para sí una estrofa de la canción de el-Hammuli: «El pensamiento se ha extraviado. ¡Ayudadme, lágrimas de mis ojos!», que tantas veces había amado y había recordado en el pasado. ¿Era este el pensamiento que su hijo perseguía? Le preguntó sorprendido:

—¿Qué es la formación del pensamiento?

Kamal se hundió en la confusión y tragó saliva, diciendo en voz baja:

—¡Es posible que yo lo desconozca! —Luego sonrió afectuoso—. ¡Si lo supiera, no tendría necesidad de aprenderlo!

—Si tú no lo sabes, ¿por qué motivo lo has escogido?, ¿eh? —le preguntó con reprobación—. ¿Es que amas perdidamente la mediocridad por nada?

Kamal logró, con intenso esfuerzo, dominar su confusión, y dijo empujado por un intrépido deseo de defender su felicidad:

—Es algo demasiado grande para ser conocido a la perfección. Estudia, entre otras cosas, el origen y el sentido de la vida.

El señor lo contempló largo rato, antes de decirle:

—¿Y es por esto por lo que quieres sacrificar tu futuro? ¿El origen y el sentido de la vida? El origen de la vida es Adán, y nuestro destino es el paraíso o el infierno. ¿O ha habido algún cambio reciente al respecto?

—Claro que no... Yo ya lo sé. Lo que quiero decir es...

Su padre no lo dejó terminar, y le dijo:

—¿Te has vuelto loco? Yo te pregunto por tu futuro, y tú me respondes que quieres conocer el origen y el sentido de la vida. ¿Y qué harás después? ¿Vas a abrir una tienda para adivinar las cosas ocultas?

Kamal tuvo miedo de que, si se rendía al desconcierto y al silencio, su padre dominara la situación, o él se viera obligado a reconocer el punto de vista de este, y dijo recobrando el valor:

—Perdóname, papá, si no he sabido expresar bien mi opinión. Quiero continuar mis ya iniciados estudios literarios después de obtener el título de maestro; estudiar historia, lenguas, ética y poesía. En cuanto al futuro, ¡está en manos de Dios!

El señor exclamó irónico y furioso, como si completara la lista interrumpida de Kamal:

—Voy a estudiar también el arte de los encantadores de serpientes, las marionetas, la adivinación del porvenir con espejos y con conchas... ¿Por qué no? ¡Dios misericordioso! ¿Me reservabas de verdad esta sorpresa? ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios!

El señor Ahmad se convenció de que la situación era más grave de lo que suponía y, no sabiendo qué partido tomar, empezó a preguntarse si se habría equivocado al otorgar a su hijo la libertad de palabra y opinión. Cuantas más pruebas de paciencia e indulgencia le daba, más insistía el otro en la terquedad y se obstinaba en discutir. No tardó en erigirse en su espíritu un duelo entre su inclinación a la tiranía y su consentimiento al derecho de «elegir escuela», cuidando, por un lado, de preservar el futuro de Kamal y, por otro, sintiendo una gran aversión a ser derrotado. Pero, contrariamente a su costumbre —o, mejor dicho, a su costumbre de antaño—, terminó venciendo a la prudencia, y volvió a la discusión diciendo:

—¡No seas idiota! Tienes algo en la mente que yo ignoro, y pido a Dios que te libre de ello. El futuro no es un juego ni una broma, sino tu vida, y no tendrás otra. Medita el asunto largamente. La jurisprudencia es la mejor escuela para ti. Yo entiendo el mundo mejor que tú, y tengo amigos de todas las clases sociales. ¿No sabes lo que es ser procurador o juez? ¡Son puestos que hacen estremecer el mundo, y tú puedes ocupar uno de ellos! ¿Cómo puedes renunciar a él con toda simpleza, y preferir ser... ¡maestro!?

¡Cuánto le dolía! No estaba irritado sólo por el respeto que tenía a la figura del maestro, sino por el que sentía hacia el saber en general; ¡el saber auténtico a sus ojos! No tenía buena opinión de los puestos que hacían temblar el mundo, pues ¡cuántas veces había visto calificar a los escritores que prevalecían en su espíritu como falsas grandezas, glorias efímeras y otros adjetivos de ofensa y desprecio! Tenía fe —a tenor de las palabras de aquellos— en que no había verdadera grandeza más que en la vida dedicada al saber y a la verdad y, en consecuencia, todas las manifestaciones de poder y gloria estaban unidas en su espíritu a la falsedad y la necesidad. No obstante se guardó de manifestar esta convicción suya, que agravaría la cólera de su padre.

—¡De cualquier forma —dijo con dulzura y cariño—, la Escuela de Magisterio es una escuela superior!

El señor reflexionó largo rato, y luego dijo, harto y desesperado:

—Si no quieres hacer Derecho, ¡ya que algunas personas prefieren la miseria!, elige una escuela respetable; la Escuela Militar, la de Policía... ¡Algo mejor que nada!

—¿Entrar en la Escuela Militar o en la de Policía habiendo sacado el Bachillerato? —dijo Kamal molesto.

—¿Y qué quieres, si no puedes hacer Medicina?

En ese momento el señor notó una luz, procedente de la zona del espejo, que le deslumbró el ojo izquierdo. Miró hacia el armario y vio que los rayos oblicuos del sol de la tarde, que se filtraban en la habitación por la ventana que daba al patio, se habían deslizado de la pared que estaba frente a la cama, hasta hacer invisible la zona del espejo; esto anunciaba que se acercaba la hora de irse a su tienda. Se apartó un poco para evitar el reflejo de la luz y luego lanzó un suspiro que mostraba su fastidio y presagiaba —o anunciaba— que la conversación estaba a punto de terminar.

—¿No hay otra cosa que no sean estas odiosas escuelas? —preguntó taciturno.

Kamal bajó la vista, apurado por su incapacidad para complacer a su padre, y dijo:

—No queda más que la Escuela de Comercio, y yo no sirvo para eso.

A pesar de que el empeño de Kamal por rechazarlo todo lo encolerizaba, no sintió hacia esta nueva escuela más que indiferencia, pues opinaba que esta sólo formaba «comerciantes», y él no se contentaba con que su hijo fuera comerciante. No ignoraba —de entrada— que una tienda como la suya, aunque le proporcionaba una vida satisfactoria, era demasiado escasa como para proporcionársela a aquel de

sus hijos que le sucediera en ella, si se preveía la distribución que se haría de las partes entre el resto de los herederos. Por eso, no se esforzaría por preparar a ninguno de ellos para que ocupara su lugar. Sin embargo, esta no era la causa esencial de su indiferencia. La verdad es que él ensalzaba los cargos públicos y a los funcionarios, y comprendía su importancia y su posición en la vida de la nación, como podía ver por sí mismo tanto en sus amigos funcionarios como en algunos contactos gubernamentales que se relacionaban con su trabajo. Por eso incitaba a sus hijos a que fueran funcionarios y los preparaba para ello. Tampoco ignoraba que en el comercio no se obtenía ni la cuarta parte de la consideración que se lograba en los cargos públicos a los ojos de los demás, aunque dejaba el doble de dinero. Él mismo compartía estos sentimientos con la gente, aunque no lo reconociera de palabra. Es más, se enorgullecía de la estima en que lo tenían los funcionarios, y se consideraba a sí mismo un funcionario «intelectualmente» hablando, o alguien igual que ellos. Pero ¿quién si no él podía ser comerciante a la vez que alguien igual a los funcionarios? ¿Por qué no habrían sacado sus hijos una personalidad como la suya? ¡Ay! ¡Qué desilusión! ¡Cuánto había deseado ver que uno de ellos llegara a ser médico!, y ¡cuánta confianza había depositado en Fahmi, hasta que le dijeron que el Bachillerato de Letras no conducía a la Escuela de Medicina! Se contentó con que hiciera Derecho y le auguró un buen futuro. Después puso sus esperanzas en Kamal, y este había escogido la sección de Letras. El hombre volvió a soñar en el porvenir que tendría Kamal cuando hiciera Derecho, ¡pero nunca se imaginó que la batalla entre sus esperanzas y el destino se resolviera con la muerte del «genio» de la familia, ni con la obstinación de Kamal en ser maestro! ¡Qué desilusión! El señor pareció realmente triste al decir:

—Te he ofrecido el mejor consejo. Eres libre de escoger por ti mismo, pero debes recordar siempre que yo no estoy de acuerdo contigo. Medita bien el asunto, y no te apresures. Aún tienes tiempo por delante. Si no, te vas a arrepentir toda la vida de tu mala elección. ¡Líbreme Dios de la estupidez y de la falta de juicio!

El hombre puso la pierna en el suelo, haciendo un movimiento que advertía que se iba a poner de pie con el fin de hacer sus preparativos para salir de casa. Kamal se levantó con educación y pudor, y se marchó.

Volvió a la sala y se encontró a su madre y a Yasín sentados, charlando. Estaba desconcertado ante la grave circunstancia de oponerse a su padre y de empeñarse en contradecirlo, a pesar de la benevolencia y la dulzura que el hombre había mostrado, además de la pesadumbre y la tristeza que había manifestado al final. Contó a Yasín la discusión que había tenido lugar en la habitación, mientras el joven lo escuchaba

con un gesto de objeción en la frente y una sonrisa irónica en los labios. En seguida le manifestó que él era de la opinión del señor, y que se sorprendía por su ignorancia acerca de los valores respetables de esta vida y por su aspiración a otros, imaginarios o estúpidos...

—¿Quieres dar tu vida por la ciencia? ¿Qué significa eso? Es una magnífica actitud, tal y como aparece en uno de los pasajes de las reflexiones de el-Manfaluti, pero en lo que respecta a la vida, no es más que una frivolidad que no sirve para nada. Tú vives en el mundo, y no en los libros de el-Manfaluti. ¿No es así? Los libros dicen a veces cosas extrañas e insólitas, como esta que tú has leído a veces en ellos: «El maestro es casi un profeta». Pero... ¿te has encontrado alguna vez un maestro que sea casi un profeta? Ven conmigo a la escuela de el-Nahhasín o recuerda a cualquiera de tus maestros, y enséñame uno solo de ellos que merezca ser, no ya un profeta, sino un ser humano. ¿Cuál es este saber que persigues? ¿La ética, la historia, la poesía...? Todo eso es bonito como diversión... ¡Guárdate de dejar escapar de tus manos la ocasión de tener una vida elevada! ¡Cómo me lamento yo a veces por las circunstancias adversas que me impidieron continuar mis estudios!

Cuando se quedó a solas con su madre, tras la partida del padre y de Yasín, se preguntó: «¿Y mi madre qué pensará?». Ella no era de las personas a las que se pedía opinión en asuntos como ese, sin embargo había seguido la mayor parte de su conversación con Yasín, y sabía el deseo del señor de que ingresara en la Escuela de Leyes, decisión que ella empezaba a considerar de mal augurio, y que la intranquilizaba. No obstante, Kamal sabía cómo conseguir su aprobación por el camino más corto, y le dijo:

—La ciencia que deseo estudiar está íntimamente relacionada con la religión y sus ramas: la sabiduría, la moral, la meditación sobre los atributos de Dios, y la esencia de sus palabras en el Corán, y de sus criaturas.

La alegría iluminó el rostro de Amina, que dijo con entusiasmo:

—¡Ese es el verdadero saber; el saber de mi padre, tu abuelo! ¡Es el más glorioso de los saberes!

Meditó un momento, mientras él la miraba discretamente y sonriendo. Luego ella añadió con el mismo entusiasmo:

—¿Quién puede despreciar al maestro, hijito? ¿No dicen los refranes «de quien me enseña las letras, me convierto en su esclavo»?

Kamal repitió el argumento de su padre, que atacaba su elección, como si con ello estuviera pidiéndole un parecer que corroborara su posición:

—¡Pero dicen que el maestro no tiene la suerte de ocupar los altos cargos!

Ella hizo con la mano un gesto de indiferencia y replicó:

—El maestro tiene abundantes ingresos, ¿no es así? ¡Eso te basta! Yo pido a Dios que te dé salud, larga vida y un apropiado conocimiento. Tu abuelo decía: «El saber es más valioso que el dinero».

¿No era sorprendente que la opinión de su madre fuera mejor que la de su padre? Pero no era una opinión, sino un sano sentimiento que no había corrompido el contacto con la vida real, como le había ocurrido a su padre. Quizás fuera la ignorancia que Amina tenía de las cosas del mundo lo que había protegido sus sentimientos frente a esa corrupción. ¿Qué valor tenía un sentimiento —por elevado que fuera— cuyo origen era la ignorancia? ¿Acaso ese desconocimiento no tenía efecto en la formación de sus propias opiniones? Se rebeló contra esa lógica, y dijo dialogando consigo mismo: «Tú has conocido el mundo, con su bien y su mal, en los libros, y has escogido el bien por convencimiento y reflexión; el sentimiento innato e inocente se ha encontrado frente a la opinión sabia, sin que la natural ingenuidad se abatiera sobre el saber auténtico». ¡Claro que él no dudaba ni un solo instante de la sinceridad y la grandeza de sus propias opiniones!, pero ¿sabía lo que quería? No era el oficio de maestro lo que le atraía. Soñaba con escribir un libro, esa era la verdad. Pero ¿qué libro? No sería de poemas. Si su diario contenía algún poema, esto se debía a que Aida transformaba la prosa en poesía, no a que hubiera en él un verdadero talento poético. El libro estaría escrito en prosa; sería un grueso volumen, del tamaño y la forma del Corán, y los márgenes de sus páginas estarían repletos de glosas y comentarios. Pero ¿sobre qué iba a escribir? ¿No estaba ya todo contenido en el Corán? No debía desesperarse. ¡Un día encontraría su tema! Por ahora le bastaba con saber el tamaño, la forma y los márgenes del libro. ¿Es que un libro que hiciera estremecer la tierra no era mejor que un cargo público, aunque este lograra el mismo propósito? «Todos los que han estudiado conocen a Sócrates, pero ¿cuántos conocen a los jueces que lo procesaron?»

## 5

—¡Buenas tardes!

«Ella no responde. Era lo que yo suponía sin saberlo. Al principio es siempre así. Desde hace mucho tiempo, y hasta la eternidad. Aquí está ella dándote la espalda. Se aleja del muro hacia la cuerda de la ropa. Pone las pinzas... ¿No las había puesto ya antes? Claro que sí. Yo lo comprendo todo. Diez años de desvergüenza no son una corta experiencia. Deja que tus ojos disfruten viéndola antes de que caigan definitivamente las sombras, que ya están avanzando, y no se vea más que una silueta. Ella ha engordado y sus carnes son prietas. Está más guapa que cuando era una adolescente. Era como una gacela, pero no poseía esta gruesa grupa. ¡Despacio...! Todavía guarda una parte respetable de su esbeltez virginal. ¿Cuántos años tienes, picaruela? En tiempos, tu familia pretendía que tenías la edad de Jadiga, mientras que esta opinaba que tú eras años y años mayor que ella. La mujer de mi padre afirma estos días que rondas los treinta, apoyándose en antiguos recuerdos del tipo: "cuando yo estaba encinta de Jadiga, ella era una cría de cinco años", etc. ¿Qué importa la edad? ¿Es que vas a convivir con ella hasta la vejez? En poco tiempo la joven madurará... guapa, atractiva y llena de grasa. ¡Ay!, ha mirado hacia la calle y te ha visto. ¿No has visto tú su pupila mientras te observaba como una gallina? No voy a abandonar mi posición, bonita. ¿Un joven de cuya belleza, fuerza y dinero conoces muchas cosas... no es mejor que aquel inglés del pasado?»

—¿Es que entre vosotros el saludo no merece ser devuelto, aunque sea de idéntica forma?

«Ella te vuelve la espalda otra vez, pero... ¡despacio! ¿No está sonriendo? Sí. Quien creó su belleza ha hecho el encantamiento. Ha sonreído. Ha facilitado este último paso y ha allanado el camino. No hay duda de que ella conoce todos mis movimientos y mis maniobras previas. Ahora por mí... ahora por ti... Es una suerte que tú no seas de las que padecen el mal del pudor. Aquel inglés, Julián, ese caballo de pura sangre erguido ante ti, humillando el lomo, ¿no oyes su relincho de satisfacción?»

—¿No tienes respeto por los vecinos? ¡Te estoy mendigando un saludo que por derecho me corresponde!

Le llegó una voz suave y apagada que parecía venir de lejos, por tener la chica el rostro vuelto:

—¡No te corresponde... de esa forma!

«Al visitante se le ha respondido. Se ha levantado el pestillo de la puerta. No conseguirás el amor hasta que hayas vencido la reprimenda. ¡Resistencia! ¡Resistencia, como gritan los estudiantes de el-Azhar!»

—¡Si he dicho algo que te haya enfadado, no me lo perdonaré mientras viva!

—La azotea de la casa de Umm Ali, la comadrona, está al nivel de la nuestra y de la vuestra —dijo ella en tono de reproche—. ¿Qué pensaría cualquiera que viera tu actitud conmigo mientras tiendo la ropa?

Luego preguntó burlona:

—¿O quieres que esté en boca de todo el mundo?

«¿Se ha apartado el mal de ti? ¿Guardaste estas precauciones en tu escena con Julián, en el pasado? Pero... ¡calma! La belleza de tus ojos y de tus nalgas perdona todos los pecados que has cometido».

—¡Que Dios no me deje vivir ni un solo instante si he querido hacerte daño! Me he ocultado bajo el tejadillo de jazmín hasta que se ha puesto el sol, y no me he acercado al muro hasta estar seguro de que la azotea de Umm Ali, la comadrona, estaba vacía.

Luego, con un sonoro suspiro:

—Y, tras esto, mi excusa es que sigo subiendo siempre a la azotea para conseguir esta soledad, y cuando la encuentro, me colma de inmediato la alegría. En cualquier caso, Dios nos protege.

—¡Qué bueno! ¿Y por qué todo este esfuerzo?

«Una pregunta que no surge de la ignorancia. Ellas preguntan lo que ya saben. Ha aceptado hablar contigo, ¡aprovéchate de eso!»

—Me dije a mí mismo: ¡El que tú la saludes y ella te devuelva el saludo es más grato que la salud y el bienestar!

Ella se volvió hacia él con un movimiento de cabeza que, en la penumbra, traicionaba una risa reprimida; y dijo:

—¡Qué lengua tan larga tienes! ¿Qué esconden tus palabras?

—¿Que qué esconden? ¿Por qué no te acercas al muro? Tengo muchas cosas que decirte. Hace unos días, cuando salía a la calle, miré casualmente al suelo y vi moverse la sombra de una mano. Miré hacia arriba y te vi a ti por encima del muro; un bello e inolvidable espectáculo.

Ella giró sobre sus talones, pero no se acercó ni un solo paso. Luego dijo en tono acusador:

—¿Y cómo miraste hacia arriba? Si fueras, como dices, un vecino de verdad, no te permitirías a ti mismo herir a tu vecina; pero tú tienes malas intenciones, como



demuestran tu confesión y tu actitud en este momento.

La verdad es que él tenía malas intenciones. ¿La fornicación no lo era? «Malas intenciones del género que a ti, Maryam, te gusta. ¡Ay, las mujeres! Dentro de una hora lo reclamarás como uno de tus derechos, y dentro de dos horas yo huiré y tú correrás detrás de mí. ¡De cualquier forma, nuestra noche es maravillosa!»

—Dios sabe mis buenas intenciones. Levanté la vista porque no puedo evitar el mirar al lugar en el que estás. ¿No lo comprendes? ¿No te das cuenta? Tu viejo vecino habla, aunque sea un poco tarde.

—¡Habla! —dijo ella burlona—. ¡Da rienda suelta a tu lengua! ¡Levanta la voz! ¿Qué vas a hacer si irrumpes en la azotea la mujer de tu padre y nos ve a los dos?

«No cambies de conversación, leoncita. Sería un milagro que pudiera doblegar tu razón. ¿De verdad temes a la mujer de mi padre? ¡Ay! ¡Una noche en tu regazo vale por toda una vida!»

—Oiré el sonido de sus pasos antes de que llegue. ¡Deja que sigamos en lo que estábamos!

—¿Y en qué estábamos?

—Queda más allá de cualquier descripción.

—Yo no veo nada de lo que tú dices. Quizás estés tú solo en esto.

—¡Quizás! ¡Qué asunto tan penoso! Es triste que mi corazón hable y no encuentre quien le responda. Recuerdo los días de tus visitas a nuestra casa. Aquellos días en los que éramos como una sola familia... ¡Y suspiro por ellos!

Ella murmuró, moviendo la cabeza:

—¡Aquellos días...!

«¿Por qué vuelves al pasado? Cometes un grave error, Yasín. Ten cuidado, que el dolor no eche a perder todo tu esfuerzo. Pon toda tu voluntad para olvidarlo todo, salvo el presente».

—Además, últimamente te he visto, y eres una joven bonita como una flor. Miras la oscuridad de la noche y la iluminas. Es como si te viera por primera vez. Me he preguntado a mí mismo: «¿Es esta nuestra vecina Maryam, la que jugaba con Jadiga y con Aisha? ¡Claro que no! Esta es una chica que ha alcanzado la plenitud de la belleza...» y siento que el mundo se transforma a mi alrededor.

Ella dijo, volviendo al tono burlón:

—En aquellos días, tus ojos no se permitían mirar a nadie. Eras un vecino en el verdadero sentido de la palabra. Pero ¿qué queda de aquellos días? Todo ha cambiado. Nos hemos convertido en dos extraños, como si no hubiéramos cruzado ni una palabra... y no hemos crecido juntos. Esto es lo que quisieron los tuyos.

—¡Deja de hablar de eso! ¡No me cargues con una pena tras otra!

—Hoy me has contemplado con tus propios ojos... en la ventana, en la calle, y aquí estás asaltándome en la azotea.

«¿Qué te impide irte si de verdad quieres hacerlo? Tus mentiras son más dulces que la miel. ¡Oh, luz en las tinieblas!»

—¡Si sólo fuera eso...! Te miro también desde otros sitios que ignoras. Te he visto en la imaginación más de lo que te figuras. Ahora mismo me estoy diciendo, y estoy bien seguro de mis palabras: «¡O cerca de ella, o la muerte!».

El susurro de una risa apagada estremeció su corazón, luego preguntó:

—¿De dónde te salen estas palabras?

Él se señaló el pecho y dijo:

—¡De mi corazón!

Maryam rozó el pie contra el suelo de la azotea, produciendo con la zapatilla un susurro que anunciaba su partida. Pero no se movió de su sitio, y dijo:

—¡Cómo se ve que el asunto ha llegado al corazón, más vale que me vaya! Al principio, él elevó su voz con entusiasmo, hasta que se dio cuenta y la bajó:

—¡Al contrario! ¡Tienes que venir...! ¡Venir a mí! ¡Ahora o nunca! —Luego, con astucia—: ¡A mi corazón! Es tuyo, con todo lo que posee.

Ella replicó en tono de amonestación y burla:

—¡No te prodigues de esa forma. Sería un pecado que yo te quitara el corazón con todo lo que posee!

«¿Hasta qué punto me estás comprendiendo? Me estoy dirigiendo a ti, a la leona que amo, y tú no eres tonta, a juzgar por el recuerdo de Julián. Ven, hija de perra. Temo brillar en la oscuridad, por el intenso fuego que arde en mi carne».

—Él y lo que posee son para ti de buena gana. Su felicidad está en que tú lo aceptes y lo poseas, y que seas sólo para él.

—¿Has visto, tunante? —dijo ella riendo—. ¡Quieres tomar y no dar!

«¿De dónde le viene esta lengua? Ni Zannuba en su época... ¡Maldito sea el mundo sin ti!»

—Quiero que seas para mí como yo soy para ti. ¿Dónde está aquí la injusticia?

Silencio... Un intercambio de miradas... hasta que ella dijo:

—Quizás se estén preguntando ahora por el motivo de tu retraso...

Tratándose de congraciarse, él respondió con astucia:

—No hay nadie en el mundo que se preocupe de mis asuntos.

En ese momento, el tono de la chica cambió, y preguntó con seriedad:

—¿Cómo está tu hijo? ¿Todavía está en casa de su abuelo?

«¿Qué se esconde tras esta extraña pregunta?»

—Sí.

—¿Cuántos años tiene ya?

—Cinco.

—¿Qué es de su madre?

—Se ha casado, o se casará muy pronto.

—¿Qué lástima! ¿Por qué no la vuelves a tomar, aunque sea por Redwán?

«¡Hija de perra! ¡Di ya lo que quieres!»

—¿Es esto lo que deseas de verdad?

Ella soltó una risa apagada.

—¿Qué suerte para quien concilie dos almas en el bien!

«¿Y en el mal?»

—Pero yo no miro hacia atrás.

Reinó un silencio que pareció extraño y cargado de reflexión, hasta que ella dijo con una voz dulce y, a la vez, de advertencia:

—¡Líbrate de asaltarme otra vez en la azotea!

—¿A tus órdenes! —dijo él con atrevimiento—. La azotea no es un sitio seguro. ¿No sabes que tengo una casa en Qasr el-Shawq?

—¿Tu casa? —exclamó ella con desaprobación—. ¡Encantada, señor de la casa!

Él se calló un momento, como si desconfiara, y luego preguntó:

—Adivina qué estoy pensando.

—¿Y a mí qué me importa?

«Silencio, oscuridad, solos... ¡Qué terrible efecto produce la oscuridad en mis nervios!»

—Estoy pensando en los dos muros de nuestras dos terrazas, pegados el uno al otro. ¿Qué te sugiere este espectáculo?

—Nada...

—El espectáculo de dos amantes unidos.

—No me gusta oír estas palabras.

—Su unión recuerda también que no hay nada que los separe.

—¿Anda ya! —surgió de ella como una seducción llena de promesas.

—Es como si me estuvieran diciendo: «Crúzanos» —dijo riendo.

Ella retrocedió dos pasos hasta pegar la espalda a una melaya que estaba tendida. Luego murmuró en un tono de seria advertencia:

—¡No te permito eso!

—¡Eso! ¿Qué es «eso»?

—Decir eso.

—¿Y hacerlo?

—¡Me iré enfadada!

«¡No..., no! ¡Por tu preciosa vida! ¿Has pensado lo que dices? ¿Soy yo más tonto de lo que creo?, ¿o eres tú más falsa de lo que imagino? ¿Por qué ha hablado de Redwán y de su madre? ¿Estaba aludiendo al matrimonio? ¡Cuánto la deseas! ¡Un deseo loco...!»

Maryam dijo de repente:

—¡Ay! ¿Qué es lo que me empuja a quedarme aquí?

Giró sobre sus talones y agachó la cabeza para pasar por debajo de la ropa tendida. Él envió su voz tras ella, diciendo con angustia:

—¡Te vas sin despedirte!

Maryam estiró la cabeza por encima de la cuerda de la ropa, y dijo:

—¡A las casas se va por las puertas! ¡Este es mi saludo!

Y se dirigió rápidamente hacia la puerta de la azotea, y la cruzó.

Yasín volvió a la sala y se disculpó ante Amina por su larga ausencia, alegando el calor del ambiente en el interior. Luego fue a su habitación para ponerse el traje. Kamal lo seguía con la mirada, sorprendido y pensativo. Miró a su madre y la encontró reposada y tranquila, habiendo terminado de tomar su café y de leer los posos de la taza. Se preguntó qué le pasaría a ella si se enteraba de lo que había ocurrido en la azotea. Él mismo no se liberaba de la angustia desde que se había enterado por casualidad, al ver a los dos hablándose al oído, cuando fue tras su hermano tratando de averiguar el motivo de su ausencia. Yasín había hecho eso... ¿es que no daba importancia al recuerdo de Fahmi? No podía imaginárselo. Yasín sentía un sincero amor hacia Fahmi, y había sufrido una inmensa tristeza por él. No se concebía dudar de su sinceridad. Además, estos «episodios» ocurren a menudo. Es más, él no sabía por qué se asociaba siempre a Fahmi con Maryam. Su difunto hermano se enteró del suceso de Julián de inmediato. Luego pasó largo tiempo en que pareció que la había olvidado por completo y que se había despreocupado de ella, a cambio de asuntos más graves e importantes. Maryam no merecía más que esto, y no había sido nunca digna de él. Eso era algo que lo movía a plantearse realmente la pregunta: «¿Puede olvidarse el amor?». El amor no se olvida, de eso estaba seguro. Pero ¿cómo podía saber si Fahmi había amado a Maryam en el sentido que él mismo entendía —o sentía— el amor? Quizás fuera un fuerte deseo, como este que dominaba ahora a Yasín, o aún más, como aquel deseo antiguo hacia la misma Maryam, que lo había atrapado a él en la época de la adolescencia y había

entretenido sus sueños. Sí. Eso también había ocurrido. Y por esta causa había soportado dos sufrimientos: el sufrimiento del deseo y el del remordimiento. Ambos habían sido igualmente fuertes, y no lo libró de ese tormento más que la boda y la desaparición de Maryam. Le interesaba saber ahora si Yasín sufría, si lo corroía el remordimiento, y hasta qué punto. No imaginaba que el asunto se hubiera desarrollado con facilidad, cualquiera que fuera su idea sobre la bestialidad de Yasín y su escaso entusiasmo por los ideales. A pesar de la mirada indulgente con que contemplaba todo el asunto, sentía irritación y angustia, como procedía en un hombre para el que nada en el mundo se equiparaba a sus ideales.

Yasín volvió de la habitación vestido con sus mejores galas. Se despidió de ellos y se marchó. Un momento después ambos oyeron llamar a la puerta de la sala pidiendo permiso para entrar. Kamal invitó al visitante a que pasara —estaba seguro de quién era— y entró un joven de una edad similar a la suya, bajo de estatura, de hermoso aspecto, vistiendo una *galabiyya* y una chaqueta. Se dirigió a Amina y besó su mano. Luego estrechó la de Kamal y se sentó a su lado. A pesar de la educación que se imponía a sí mismo, había familiaridad en su actitud, como si fuera uno más de la casa, y, por si fuera poco, Amina empezó a charlar con él, llamándolo con toda naturalidad «Fuad» y preguntándole por la salud de su padre Gamil el-Hamzawi, y por la de su madre. Él le respondía lleno de felicidad y de reconocimiento por la buena acogida que ella le dispensaba. Kamal dejó a su amigo con su madre y se fue a la habitación para ponerse la chaqueta. Luego regresó y salieron juntos.

## 6

Caminaron uno junto al otro hasta el adarve Qírmiz, esquivando la calle de el-Nahhasín para evitar pasar por la tienda donde se encontraban los padres de ambos; Kamal con su figura alta y delgada y Fuad con la suya pequeña; sus imágenes casi atraían las miradas a causa del contraste. Fuad preguntó con voz reposada:

—¿Dónde vas esta noche?

Y Kamal respondió con su voz excitada:

—Al café de Ahmad Abdu.

Normalmente Kamal decidía y Fuad aceptaba, a pesar de la conocida ponderación espiritual del segundo y a pesar de los caprichos de Kamal, que parecían divertidos a su amigo, así como las insistentes peticiones que le hacía para ir al monte de el-Muqáttam, a la Ciudadela y a el-Jaymiyya para echar un vistazo —según su expresión— a la herencia de la historia y a las maravillas del presente. Pero la verdad es que en la relación entre los dos amigos no dejaba de influir la diferencia de sus clases sociales, el hecho de que el primero fuera hijo del dueño de la tienda y el otro lo fuera de su empleado. Y esta influencia se veía agudizada por el hecho de que Fuad, en su infancia, solía hacer las compras de algunas cosas que se le encargaban para la casa del señor Ahmad, así como de que fuera el protegido de la generosidad de Amina, que no le escatimaba la mejor comida que había en su casa —a menudo su venida coincidía con la hora del almuerzo— ni las mejores ropas que Kamal ya no necesitaba. Desde el principio los unió un sentimiento de superioridad por una parte y de dependencia por la otra, y aunque había ido desapareciendo cuando el sentimiento de amistad ocupó su lugar, su huella anímica no se llegó a desarraigar del fondo del alma. Las circunstancias habían hecho que Kamal no encontrara alguien parecido a un amigo, durante las vacaciones de verano, más que a Fuad el-Ham-zawi. Esto se debía a que los compañeros de su infancia, gente del barrio, no habían continuado sus estudios hasta el final: algunos trabajaban con el certificado de estudios primarios o con el de acceso a Magisterio, otros habían tenido que ponerse a trabajar en oficios modestos, como camarero de un café en Bayn el-Qasrayn o aprendiz del planchador local en Jan Gafar. Unos y otros habían sido sus compañeros en la escuela coránica, y todavía intercambiaban todos ellos saludos de antigua camaradería cada vez que se encontraban; saludos llenos de respeto por parte de los otros, debido al privilegio que confería a Kamal el deseo de saber, y cargados del afecto procedente de un espíritu innato de humildad y sencillez

por parte de este. En cuanto a sus nuevos amigos, cuya amistad había ganado en el-Abbasiyya, Hasan Selim, Ismail Latif y Huseyn Shaddad, pasaban las vacaciones en Alejandría y en Ras el-Barr. Así que no le quedaba más compañero que Fuad.

Tras caminar unos minutos, llegaron a la entrada del café de Ahmad Abdu y bajaron al extraño establecimiento, en las entrañas de la tierra, bajo el barrio de Jan el-Jalili. Se dirigieron hacia una dependencia vacía y, mientras se sentaban frente a frente alrededor de la mesa, Fuad murmuró con cierta timidez:

—Creía que esta noche ibas a ir al cine.

Sus palabras denunciaban su deseo de ir al cine, deseo que quizás sentía antes de ir a buscar a Kamal a su casa, pero que no había manifestado, no sólo porque no pudiera hacer cambiar de opinión a Kamal, sino por el mero hecho de que era este último quien pagaba la entrada del cine cuando iban juntos. Y no se había sentido con valor para aludir a su deseo hasta que se sentaron en el café, donde era posible tomar sus palabras como una observación inocente y fortuita.

—Iremos el jueves próximo al Club Egipcio para ver a Charlie Chaplin. Ahora vamos a jugar una partida de dominó.

Se quitaron los *tarbushes* y los pusieron sobre una tercera silla. Luego Kamal llamó al camarero y le pidió dos té verdes y un dominó. El café sepultado bajo tierra parecía el vientre de un animal de especie extinguida, enterrado bajo los escombros de la historia —a excepción de su gruesa cabeza— y que se agarraba a la superficie del suelo abriendo su boca de afilados colmillos, como figurando la entrada a la larga escalera. En el interior había un amplio patio de forma cuadrada, pavimentado de baldosas de el-Masara, que tenía en el centro una fuente con un surtidor, sobre cuyo borde se alineaban macetas de claveles, y estaba rodeada por los cuatro costados de butacas cubiertas por tapices de brocados y cojines. En las paredes se ordenaban pequeñas dependencias colindantes, como si cada una de ellas fuera una gruta tallada en el muro, sin ventana ni puerta, y cuyo mobiliario se reducía a una mesa de madera, cuatro sillas y una pequeña lámpara que ardía noche y día en un tragaluz situado en lo alto del muro, frente a la entrada. Era como si el café adquiriera algunas cualidades de su extraña situación: dormitaba en una calma inusual para los restantes cafés; la luz no era cegadora, el aire era fresco. Cada grupo se recogía en su dependencia o en sus sillas, fumando el narguile, tomando su té a sorbos y vagando en una palabrería sin fin, apenas arropada por el tono de un murmullo débil y continuado, que sólo se interrumpía muy de tarde en tarde por una tos, una risa o el borboteo ávido de alguien que fumara en la pipa de agua.

El café de Ahmad Abdu era, en opinión de Kamal, un lugar de meditación para el

pensador y una curiosidad para el soñador. En cuanto a Fuad —aunque no se le había pasado por alto la originalidad del local en sus primeros tiempos de ir por allí— ya no encontraba en este más que un lugar de reunión desolado, envuelto en humedad y aire viciado. Pero no podía hacer otra cosa más que acceder, cada vez que Kamal le pedía que fueran.

—¿Te acuerdas de un día que nos vio tu hermano, Si Yasín, estando nosotros en este sitio?

—Sí —dijo Kamal sonriendo—. Yasín es indulgente y bueno, y nunca me ha hecho sentirme como su hermano menor. Sin embargo, aquel día le rogué que no contara en casa que nos había visto. No por miedo a mi padre, pues nadie se atrevería a revelarle asuntos como este, sino por temor de inquietar a mi madre. ¡Imagínate lo que ella se asustaría si supiera que frecuentamos este café, u otro, creyendo que la mayoría de los asiduos de los cafés son fumadores de *hashísh* y gentes de mala fama!

—¿Y sabe que Si Yasín es asiduo de los cafés?

—Si yo se lo dijera, ella me diría que Yasín es «grande» y no teme por él, pero que yo soy «pequeño». Según parece, en nuestra casa yo seguiré siendo considerado un niño hasta que tenga canas.

El camarero trajo el dominó y dos vasos de té en una bandeja de color amarillo intenso. Dejó todo sobre la mesa y se marchó. Kamal cogió de inmediato su vaso y empezó a darle sorbos antes de que se enfriara, soplando el líquido y luego degustándolo, soplando otra vez y chupándose los labios cada vez que se quemaba. Pero esto no lo hacía desistir, y volvía a intentarlo con terquedad e inquietud, como si estuviera condenado a apurarlo en un minuto o dos. Entretanto, Fuad se puso a observarlo en silencio, o a mirar al vacío, apoyándose sobre el respaldo de su asiento con una gravedad mayor de la que correspondía a su edad, mientras brillaba en sus ojos grandes y bellos una mirada profunda y tranquila. No extendió la mano hacia su vaso hasta que Kamal hubo apurado el suyo. En ese momento, empezó a tomarse el té con calma, paladeándolo y deleitándose con su aroma, mientras murmuraba tras cada sorbo: «¡Dios! ¡Qué bueno está!»; y el otro lo incitaba —con la paciencia agotada— a que terminara, para empezar a jugar, diciéndole como aviso:

—Hoy te voy a ganar. Ya nunca más se aliará contigo la suerte.

—¡Lo veremos! —masculló Fuad, con una sonrisa. Y empezaron a jugar...

Kamal seguía la partida con nervioso interés, como si se estuviera lanzando a un combate de cuyos resultados dependieran su vida o su honor. Mientras, Fuad seguía moviendo las fichas con tranquilidad y destreza, sin perder la sonrisa de sus labios,



ya le sonriera la suerte o le volviera la espalda, estuviera Kamal alegre o frunciera el ceño. Kamal perdió los papeles —como era su costumbre— y le gritó: «¡Juegas fatal, pero tienes buena suerte!». El otro no fue más allá de una risa educada que no despertaba cólera ni inspiraba violencia. Cuántas veces se había dicho Kamal estallando de furia: «¡Nunca dejaré su suerte de dominar a la mía!». Él no se metía en el juego con la tolerancia propia de una diversión y un entretenimiento. Es más, la verdad es que no había diferencia —en cuanto a su interés y su entusiasmo— entre la seriedad y la diversión. Sin embargo, la superioridad de Fuad en la escuela no estaba por debajo de la que tenía en el dominó. Era el primero de la clase, mientras que Kamal estaba entre los cinco primeros. ¿También la suerte desempeñaba en esto su papel? ¿Cómo explicar la supremacía de ese joven, hacia quien Kamal abrigaba en lo más profundo de su ser un sentimiento de superioridad que creía conveniente se extendiera del mismo modo a las dotes intelectuales? No se privaba de buscar un punto de vista desde el que pudiera menospreciar la supremacía de su amigo; decía que este dedicaba todo su tiempo al estudio y que, si su inteligencia tuviera la superioridad que se pretendía, le habría bastado una parte de este tiempo. Y apuntaba también que Fuad evitaba los deportes, mientras que él destacaba en muchos de ellos. Y finalmente decía que Fuad se limitaba en sus lecturas a los libros de la escuela y que, si le parecía bien leer en vacaciones un libro que no fuera escolar, observaba al elegirlo el que fuera útil para sus estudios posteriores. En cuanto a él, sus lecturas no estaban sujetas a límite alguno, ni las regía ninguna utilidad. ¿Qué había de asombroso en que el joven estuviera por encima de él? Sin embargo, esta indignación suya no debilitaba la amistad de ambos jóvenes. Kamal lo quería, y hallaba cordialidad y alegría en su compañía, hasta el punto de no dudar —al menos en su fuero interno— en reconocer sus méritos y sus virtudes.

El juego prosiguió, y terminó la partida —contrariamente a lo que se presagiaba al principio— con la victoria de Kamal. Sus facciones se iluminaron y soltó una risotada. Luego preguntó a su adversario: «¿Otra partida?», pero Fuad dijo sonriendo: «¡Vale así por hoy!». Quizás estuviera harto de jugar, o quizás temía que el resultado de la partida propuesta tirara por tierra las esperanzas de su amigo y convirtiera su alegría en tristeza. Kamal movió la cabeza sorprendido y dijo:

—Tienes la sangre fría como los peces.

Luego, en tono de crítica, mientras se restregaba la punta de su gruesa nariz con el índice y el pulgar:

—Me sorprendes. Cuando te ganan, te trae sin cuidado la revancha. Amas a Saad pero te echas atrás a la hora de participar en una manifestación en la que se pretende

rendirle honores el día de su nombramiento al Ministerio. Pides las bendiciones de Sayyidna el-Huseyn, pero no sientes ningún estremecimiento el día que, sobre su historia, se nos demuestra que sus restos mortales no se encuentran en el sepulcro que tenemos tan cerca. ¡Me sorprendes...!

¡Cómo lo irritaba esa fría insensibilidad! No podía soportar eso que llamaban «razón». Era como si amase perdidamente la locura. Recordaba el día en que les habían dicho a ambos en la escuela: «El sepulcro de el-Huseyn es un símbolo, y nada más que eso». Aquel día regresaron juntos, mientras Fuad repetía lo que había dicho el profesor de historia islámica, y Kamal se preguntaba inquieto de dónde le venía a su amigo aquella fuerza con la que sobrellevaba la noticia, como si fuera un asunto que no le concerniera. Él, por su parte, no se entregaba a la reflexión; decididamente no podía pensar. ¿Cómo podía el revolucionario pensar? Caminaba como vacilante a causa de la espantosa puñalada que le había sido asestada en pleno corazón. Lloraba por una ilusión que desaparecía y por un sueño que se le disipaba. El-Huseyn ya no era su vecino, es más, no lo había sido ni un solo día. ¿Dónde iban a parar los besos que se estampaban, con sinceridad y fervor, en la puerta del sepulcro? ¿Dónde iban a parar el orgullo de estar tan cerca de él y la arrogancia de ser vecino suyo? No había nada de todo aquello. No quedaba sino un símbolo en la mezquita y soledad en el corazón. Aquella noche había llorado hasta empapar la almohada. Ese había sido el impacto que a su razonable amigo sólo le conmovió la lengua cuando lo comentó, repitiendo las palabras del profesor de historia. ¡Ay! ¡Qué siniestra era la razón!

—¿Sabe tu padre tu deseo de entrar en la Escuela de Magisterio?

—Sí —contestó Kamal, con una violencia cuyo tono procedía a la vez de su fastidio por la frialdad de su amigo y de su dolor rezagado por la discusión con su padre.

—¿Y qué te ha dicho?

Kamal aprovechó el ataque de su interlocutor para aliviar su corazón por vía indirecta:

—¡Ay de mí! Mi padre, como la mayoría de la gente, es de los que les encantan las falsas apariencias: la función pública, la fiscalía, la jurisprudencia... Eso es todo lo que le importa. ¡No sé cómo convencerlo de la grandeza del pensamiento, de los valores elevados, dignos de ser perseguidos en esta vida! No obstante, él me deja libertad de movimientos.

Los dedos de Fuad se pusieron a jugar con una ficha de dominó, mientras decía con precaución y cuidado:

—Sin duda alguna, son unos valores excelsos, pero ¿en qué sitio los elevan al

rango que merecen?

—Yo no puedo rechazar una convicción elevada sólo porque quienes están a mi alrededor no tienen fe en ella.

Fuad volvió a decir con una calma sosegada:

—¡Admirable, esa disposición de espíritu! Pero ¿no te convendría más considerar tu futuro a la luz de la realidad?

Kamal respondió con desprecio:

—¿Tú crees que si nuestro dirigente hubiera seguido este consejo, habría pensado seriamente en ir a la sede del Protectorado para pedir la independencia?

Fuad sonrió como si dijera: «A pesar del crédito que merece tu argumento, no sirve como norma general en la vida». Luego dijo:

—¡Estudia Derecho para garantizarte un trabajo respetable, y después podrás orientar tu cultura como quieras!

—Dios no ha dado al hombre dos corazones. Además, ¡permíteme que proteste contra tu forma de asociar el trabajo respetable con el Derecho! ¡Como si la enseñanza no fuera un oficio digno!

Fuad se apresuró a decir con insistencia, para alejar la sospecha de sí:

—No pretendía eso de ninguna manera. ¿Quién ha dicho que salvaguardar el saber y divulgarlo no es un oficio respetable? Quizás he repetido, sin saberlo, la opinión de la gente; y a la gente, como tú decías al hablar de esto, le deslumbran las luces del poder y la influencia.

Kamal se encogió de hombros, despreciativo, y dijo con obstinación:

—Una vida que se consagra al pensamiento es la vida más gloriosa.

Fuad sacudió la cabeza, como aprobando esa idea, pero sin decir palabra. Permaneció refugiado en el silencio hasta que Kamal le preguntó:

—¿Qué es lo que te ha impulsado a escoger los estudios de Derecho?

Pensó un momento, luego respondió:

—Yo no he tenido la pasión que tú sientes por el pensamiento. Tuve que elegir estudios superiores basándome sólo en la perspectiva del futuro, y elegí Derecho.

¿No era la voz de la razón? Claro que sí. Pero ¡cómo despertaba su cólera y su rebelión! ¿No era una injusticia que tuviera que pasar las largas vacaciones prisionero en este barrio, y sin más compañía que este «ser razonable»? Había otra vida que era totalmente opuesta a la del viejo barrio, había otros amigos que eran completamente distintos a Fuad... Y hacia aquella vida y aquellos amigos tendía su alma; hacia el-Abbasiyya, hacia el nuevo tipo de juventud, y, por encima de todo eso, hacia la elegancia refinada, el acento parisino, el sueño maravilloso, hacia su

adorada... ¡Ay! Su alma lo conducía a su propia casa, a su habitación, para quedarse a solas consigo mismo y recurrir a su diario, repasar una fecha, recuperar un recuerdo o anotar una sensación. ¿No había llegado la hora de que él levantara la sesión y se marchara?

—He encontrado a algunas personas que me han preguntado por ti.

—¿Quiénes? —preguntó Kamal, apartando con pesar su alma de la corriente de su emoción.

Fuad respondió riendo:

—Qámar y Narguis.

Qámar y Narguis eran las hijas de Abu Sari, el vendedor de pipas. El pasaje de Qírmiz, las callejas oscuras tras la puesta de sol, la frivolidad mezclada con la ingenuidad impura o con la impureza ingenua, la adolescencia febril... ¿Es que no recordaba todo aquello? ¿Qué le pasaba a sus labios, que se contraían de asco? No recordaba esta época relativamente antigua, antes de que llegara el Espíritu Santo, sin que se revolviera su corazón de indignación, dolor y vergüenza, como procede a un corazón henchido con la savia del amor puro.

—¿Y cómo te las encontraste?

—Entre el gentío del máwled de el-Huseyn. Caminé a su lado sin vacilación ni apuro, como si fuéramos de una misma familia que hubiera ido a dar una vuelta por el máwled.

—¡Qué cara tienes!

—A veces. Las saludé y me respondieron. Charlamos un buen rato y luego Qámar me preguntó por ti.

El rostro de Kamal enrojeció un poco, mientras preguntaba:

—¿Y después...?

—En principio, nos pusimos de acuerdo para que yo te avisara y luego nos encontráramos todos.

Kamal meneó la cabeza con repugnancia:

—¡De ninguna manera!

—¿De ninguna manera? —preguntó Fuad sorprendido—. Creía que te encantaría un encuentro bajo el pasaje o en el patio de la casa abandonada. Sus cuerpos han madurado, y dentro de poco se harán dos mujeres en todo el sentido de la palabra. A propósito, Qámar llevaba la melaya pero no tenía velo en la cara, y yo le dije riendo: «¡Si hubieras llevado el velo, no me habría atrevido a hablarte!».

—¡De ninguna manera! —reiteró Kamal con obstinación.

—¿Porqué?

—¡Ya no puedo soportar la suciedad!

Luego, con una impetuosidad que revelaba un dolor oculto:

—No puedo encontrarme con Dios en mi oración mientras mi ropa interior esté manchada.

—¡Purifícate y haz las abluciones antes de rezar! —dijo Fuad con ingenuidad.

—El agua no purifica la suciedad —dijo Kamal moviendo la cabeza ante esta metáfora pobre.

Esta era una lucha antigua, que arrancaba del encuentro con Qámar cuando él fue a buscarla agitado por el deseo y la angustia, para luego regresar con la conciencia atormentada y el corazón deshecho en lágrimas. Luego, tras hacer la oración, pidió perdón fervientemente a Dios. Pero seguía otra vez desamparado, y volvió a atormentarse, para pedir perdón de nuevo a Dios. ¡Ay! ¡Qué días rezumantes de deseo, amargura y tormento! Después brotó la luz. Allí pudo amar y rezar a la vez. ¿Por qué no? El amor es una fuente divina que fluye de forma pura.

—¡Corté mi relación con Narguis desde que se le prohibió jugar en el barrio! —repuso Fuad con cierto pesar.

—¿No te atormentaba, siendo creyente, esta relación? —preguntó Kamal preocupado.

Fuad respondió, bajando la vista avergonzado:

—Hay cosas inevitables. —Después, como si disimulara su vergüenza, preguntó —: ¿De verdad te niegas a aprovechar la ocasión?

—¡Puedes estar seguro!

—¿Sólo por la religión?

—¿Eso no es suficiente?

Fuad esbozó una amplia sonrisa y dijo:

—¡Cuánto peso insoportable te cargas a las espaldas!

—Yo soy así —se obstinó Kamal— y no me interesa ser de otro modo.

Intercambiaron una larga mirada que manifestaba obstinación y desafío en los ojos de Kamal, y reflejaba en los de Fuad tregua y sonrisa, como los rayos infernales del sol que se reflejan sobre la superficie del agua con un relampagueante destello. Luego siguió Kamal hablándole:

—Yo considero el deseo como un instinto despreciable, y detesto la idea de entregarme a él. Quizás no haya sido creado en nosotros nada más que para infundirnos un sentimiento de resistencia y sublimación, con el fin de elevarnos al rango de verdadera humanidad. O soy humano o soy animal.

Fuad se demoró un poco, para luego decir con tranquilidad:

—¡Yo no creo que sea un verdadero mal, ya que es lo que nos empuja a casarnos y tener descendencia!

El corazón de Kamal tembló con una violenta palpitación que Fuad no percibió. A fin de cuentas ¿era esto el matrimonio? No obstante, él no ignoraba tal verdad en su conjunto, aunque lo desconcertaba no saber cómo la gente conciliaba el amor y el matrimonio. Era un problema con el que no se enfrentaba su amor, ya que el matrimonio le aparecía siempre por más de un motivo, como algo que estaba muy por encima de sus esperanzas, lo cual no le impedía rebelarse ante un problema que requería solución. No podía imaginar que hubiera una feliz unión entre su amada y él más que por medio del cariño espiritual por parte de ella y la contemplación apasionada por parte de él; un camino similar a la adoración. Y, es más, la adoración misma. ¿Qué tenía que ver el matrimonio con esto?

—Los que aman de verdad no se casan.

—¿Qué has dicho? —preguntó Fuad sorprendido.

Incluso antes de la pregunta de Fuad, comprendió que su lengua había traicionado su pensamiento, y se reflejó la vergüenza en su rostro durante un crítico instante. Se puso a recordar las últimas palabras de su amigo antes de que a él mismo se le escapara esa extraña frase, hasta llegar con cierto esfuerzo —a pesar de que acababa de oírlas— a recoger el hilo de su argumentación sobre el matrimonio y la descendencia. Se propuso disimular su propio error y enmendar el sentido de sus palabras en la medida de lo posible, y dijo:

—Los que aman por encima de la vida no se casan. Eso es lo que he querido decir.

Fuad esbozó una leve sonrisa —o quizás estuviera aguantando la risa—, pero sus profundos ojos no delataron lo que se escondía tras ellos, y se contentó con afirmar:

—Estos son asuntos serios, y es prematuro hablar ahora de ellos. Vamos a dejarlo. Hay tiempo para todo.

Kamal se encogió de hombros, indiferente y confiado, y dijo:

—Vamos a dejarlo y a esperar...

El caso de Fuad y el suyo eran diferentes. Sin embargo, eran amigos. Kamal no podía ignorar que la propia divergencia lo arrastraba hacia su compañero, a pesar de la tensión que soportaban sus nervios una y otra vez por aquello. ¿No había llegado la hora de volver a casa? El deseo de estar solo y trabar confianzas consigo mismo lo arrastraba. El diario dormido en el cajón de su escritorio encendía la excitación en su pecho. Quien está cansado de soportar la realidad necesita buscar algo de reposo en el recogimiento.

—Es hora de volver.

El coche de caballos seguía su camino a la orilla del Nilo hasta detenerse ante una barcaza, al final de la primera encrucijada de la calle Imbaba. El señor Ahmad Abd el-Gawwad no tardó en abandonarlo, yéndole a la zaga el señor Ali Abd el-Rahim.

Era ya noche avanzada, y las sombras lo cubrían todo salvo un resplandor que a intervalos aparecía a través de las ventanas de las barcasas y de las *dahabiyyas* alineadas junto a las dos orillas del río desde el puente de Zamálek hacia abajo, y salvo unas débiles luces que brillaban en el lugar de emplazamiento del pueblo al final del camino, como una nube madura por el arder del sol en un cielo ensombrecido y negruzco.

El señor Ahmad iba a la barcaza por primera vez, a pesar de que Muhammad Effat la tenía alquilada desde hacía cuatro años; su dueño la había dedicado especialmente para reuniones galantes a las que el señor, desde la muerte de Fahmi, se había impuesto no asistir. Ali Abd el-Rahim lo precedía para indicarle el camino, y cuando se acercó a la pasarela le dijo a modo de advertencia:

—La escalera es estrecha, y los escalones altos y sin balaustrada. Pon la mano en mi hombro y baja despacio...

Descendieron con gran precaución, mientras el chapoteo del agua chocando contra la orilla y la proa de la barcaza acariciaba suavemente sus oídos, y penetraba en sus narices el olor de plantas donde se mezclaba el aroma del limo, del que se mostraba generosa la crecida en esta época de primeros de septiembre. Ali Abd el-Rahim dijo mientras tanteaba buscando el pulsador del timbre en la pared de la entrada:

—Esta noche es histórica en tu vida y en la nuestra. Hay que darle un nombre, de acuerdo con la fiesta que se celebra: ¿el regreso del *sheyj*...? ¿Qué te parece?

—Pero yo no soy un *sheyj*... —dijo el señor Ahmad apoyándose con más fuerza en el hombro de su amigo—. El *sheyj* lo sería tu padre más bien...

—Vas a ver ahora sus caras —repuso Ali Abd el-Rahim riendo—. No los has visto desde hace cinco años.

—No quiere decir esto que yo vaya a cambiar de conducta o que me aparte de mi idea. —Luego, tras un instante de silencio, añadió—: Bueno, en fin...

—¡Imagínate a un perro que decide no acercarse a la carne, cuando lo abandonan en una cocina!



—¡El perro lo sería tu padre, perro, hijo de perro...!

Pulsó el timbre. Pasados treinta segundos, se abrió la puerta ante el rostro de un viejo nubio, que se echó a un lado llevándose las manos a la cabeza y saludando a los recién llegados. Ambos hombres entraron y se dirigieron hacia una puerta a la izquierda de la entrada; la atravesaron hacia un pequeño vestíbulo iluminado por una lámpara eléctrica que colgaba del techo, mientras las dos paredes enfrentadas se adornaban con sendos espejos, y bajo cada uno de ellos se alzaban un gran sillón de piel y una mesita. Al final de este vestíbulo y frente a la entrada, había otra puerta entreabierta que dejaba escapar las voces de los contertulios, ante las cuales el pecho de Ahmad Abd el-Gawwad se llenó de emoción. Ali Abd el-Rahim empujó la puerta y entró, siguiéndolo el señor. Apenas atravesó el umbral, se encontró ante los presentes, que se pusieron de pie y se le acercaron dándole la bienvenida jubilosos, desbordándose la alegría de sus rostros. Y fue Muhammad Effat el que se dio más prisa en acercarse a él y abrazarlo, mientras decía:

—¡Ha salido la luna para nosotros...!

Luego fue Ibrahim Alfar diciendo:

—¡El tiempo me ha traído lo que yo quiero...!

Los hombres se fueron poniendo a un lado, y vio a Galila, a Zubayda y a una tercera mujer de pie, unos pasos detrás de estas; en seguida recordó en ella a Zannuba la tañedora de laúd. ¡Oh...! Todo el pasado se reunía en un solo círculo. Se distendieron sus facciones y apareció en él un cierto apuro; pero Galila se echó a reír, abrió los brazos y lo abrazó.

—¿Dónde has estado, mi dulce desaparecido...? —le dijo canturreando.

Y cuando lo soltó, él vio a Zubayda no lejos de sí, vacilante, iluminado su rostro por la luz de la bienvenida y de la alegría. Alargó hacia él los brazos y se abrazaron estrechamente, frunciendo ella en ese instante las perfiladas cejas como enfadada, y diciéndole en un tono no exento de ironía:

—¡Después de trece años...!

Él no tuvo más remedio que echarse a reír desde lo más profundo de su pecho. Después vio a Zannuba en su sitio, del que no se había movido. Por su boca se dibujaba una sonrisa pudorosa, como si no encontrara en su pasado nada que le diera derecho a prescindir de la ceremonia entre ellos. El señor le tendió la mano saludándola, mientras le decía cortésmente como para alentarla:

—¡Muy buenas, reina de los laúdes...!

Volvieron a la reunión. Muhammad Effat enlazó su brazo con el de Ahmad y se fue con él a sentarse, haciéndolo a su lado y preguntándole risueño:

—¿Has caído por casualidad, o te ha lanzado por aquí el amor?

—Me ha lanzado el amor y he caído por casualidad —farfulló el señor Ahmad.

El lugar empezó a aclararse a sus ojos, del que había permanecido ausente al principio por el calor del encuentro y las bromas de los anfitriones. Se encontró en una habitación de medianas dimensiones; las paredes y el techo estaban recubiertos de color verde esmeralda, con dos ventanas que daban al Nilo, y a la calle las otras dos, cuyas celosías estaban cerradas y los cristales abiertos. Del techo colgaba una lámpara eléctrica con una cubierta cónica de cristal, que proyectaba su luz sobre la tabla de una mesita, situada en medio de la habitación, llena de los vasos y las botellas de *whisky*. El suelo estaba cubierto por una alfombra a juego con el color de las paredes y del techo. A cada lado de la habitación se alzaba un gran sofá dividido por un cojín, y cubierto por una colcha de brocado, mientras que los ángulos estaban ocupados por *pufs* y almohadones. Galila, Zubayda y Zannuba se sentaron en un sofá vecino al Nilo, y los tres hombres lo hicieron en el de enfrente, mientras que los instrumentos musicales, el laúd, la pandereta, la *darabukka* y el címbalo, estaban diseminados por los *pufs*. El señor giró la mirada un breve instante por la estancia; luego suspiró complacido y dijo con voluptuosidad:

—¡Dios, Dios! ¡Qué bonito es todo! ¿Por qué no abrís las dos ventanas que dan al Nilo?

—Se abren cuando cesa el paso de las falucas —repuso Muhammad Effat—. «¡Si habéis sido probados, escondéos!»

—¡Y si os escondéis, sed probados!

—¡Muéstranos la destreza de otros tiempos! —exclamó Galila como provocándolo.

Con sus palabras sólo se proponía bromear. La verdad era que su osadía en dar este paso revolucionario —su venida a la barcaza después de tan larga ausencia— le producía angustia y vacilación. Pero había otra cosa: un cambio de cierta índole que debía descubrir él mismo y para sí mismo. Alargaría la mirada y se deleitaría contemplándolo todo. ¿Qué veía? Allí estaban Galila y Zubayda, ambas como el *mahmal* —como decía él antes—, quizá aumentadas en grasa y carne. Pero allí había algo que las rodeaba, más asequible a la percepción inteligente que a la sensación quizás, pero que guardaba relación con la vejez sin duda alguna. Seguro que sus amigos no se habían percatado de eso porque no habían cortado sus relaciones con las dos mujeres como él lo había hecho. ¿No le habría ocurrido también a él lo mismo? El corazón se le encogió, y se vino abajo su entusiasmo. El amigo que vuelve tras una prolongada ausencia es el más elocuente espejo del ser humano. Pero

¿cómo era el camino para recibir este cambio? Ellas no tenían ni un solo cabello blanco en sus cabezas... ¿qué pintaban las canas en las cabezas de las mujeres hermosas? No había tampoco arrugas. ¿Se han apoderado de ti? ¡Claro que no! Mira esos ojos, contradicen una alegría engañosa a pesar de encerrar un brillo resplandeciente. Esta alegría se esconde por un momento tras la sonrisa y el coqueteo; luego se hace visible en su realidad mientras puedes leer en ella la muerte de la juventud. Es una elegía silenciosa. ¿No tenía Zubayda alrededor de los cincuenta? Y Galila era mayor que ella; era de su misma edad, no sería capaz de negarlo aunque su lengua lo hiciera. Su propio corazón también había cambiado, advirtiendo el espanto y la crispación. No estaba así cuando llegó: llegó corriendo, sin aliento, persiguiendo una imagen que no volvería a existir. ¡Sea! ¡Pero sin someterse a la derrota! ¡Bebe, disfruta, ríe! ¡Nadie te empujará a pesar tuyo a lo que no deseas!

—¡Nunca hubiera creído que te volvería a echar la vista encima en este mundo!  
—dijo Galila.

Al señor le entró un intenso deseo de preguntarle:

—¿Cómo me encuentras?

—Eres el de siempre —terció Zubayda—. El mejor de los camellos. ¡Algún cabello blanco brilla debajo de tu *tarbúsh* y nada más!

—¡Deja que yo le conteste! —le dijo Galila protestando porque su pregunta iba dirigida a mí. Luego, volviéndose al señor, añadió—: ¡Te veo tal como eras antes; no hay nada de extraño en eso pues «nosotros» sólo somos los hijos del ayer cercano!

El señor comprendió la alusión, y le dijo fingiendo seriedad y sinceridad:

—Pues vosotras dos seguís siendo hermosas y bellas. No me esperaba esto.

—¿Qué te ha alejado de nosotras todo este tiempo? —dijo Zubayda contemplándolo con interés; luego se echó a reír—. Podías, si hubiese habido en ti algo bueno, habernos visitado de modo inocente. ¿Nuestros encuentros sólo van a poder ser con una cama debajo?

El señor Ibrahim Alfar dijo agitando los brazos en el aire para sacarse la manga del caftán:

—¡Ni él ni nosotros sabemos de encuentros inocentes con vosotras!

—¡Dios nos libre de los hombres! —refunfuñó Zubayda—. ¡Sólo queréis a las mujeres como montura!

Galila soltó una carcajada diciendo:

—¡Señora mía, alaba a nuestro Señor por eso! ¿Habrías encarnado tú toda esta grasa si no te hubieras propuesto ser montura y colchón?

—¡Déjame cara a cara con el acusado para que yo lo constate con él! —le dijo Zubayda en tono de reproche.

—¡He sido condenado a cinco años exentos de trabajo! —repuso el señor Ahmad sonriendo.

—¡Hijo! —dijo Zubayda con ironía volviendo al ataque—. ¡Te has negado todas las delicias! ¡Todas, hijo, ya sólo te queda la buena mesa, el vino, la música, las bromas y velar hasta el alba cada noche!

—¡Estas son cosas indispensables para un corazón entristecido! En cuanto a las otras... —dijo el señor disculpándose...

—Ahora sé que nos consideras la peor de todas las faltas y de todos los pecados —atacó Zubayda agitando la mano como si le dijera: «¡Vaya, vaya!».

Muhammad Effat exclamó interrumpiéndolos, como si se acordase de algo importante que estaba a punto de escapársele:

—¿Hemos venido desde lo más lejos para hablar mientras los vasos nos contemplan sin que haya quien se preocupe de ellos? ¡Llénalos, Ali! ¡Templa las cuerdas, Zannuba! ¡Quítate la ropa, señor acusado! ¿Crees que estás en la escuela? ¡Quítate la *yubba* y el *tarbúsh*, no creas que te vas a escapar del interrogatorio! Pero primero es necesario que el tribunal esté borracho y que lo esté también la corte de justicia. Luego volveremos a interrogar... Galila se ha cuidado de retrasar nuestra borrachera hasta que esté presente el «sultán del ocio», como ella ha dicho. Esta buena amiga te aprecia como lo hacen con Satán los perdidos impenitentes. ¡Que Dios os bendiga a los dos!

El señor Ahmad se incorporó para quitarse la *yubba*, y Ali Abd el-Rahim se levantó para hacerse cargo —como era habitual— de la función de escanciador. De las cuerdas del laúd salieron unos suaves sonidos desacordes, para templarlo. Zubayda tarareó entre dientes. Galila arregló con las yemas de los dedos los mechones de su cabello y el escote picudo del vestido entre sus pechos. Los ojos seguían con anhelo las manos de Ali Abd el-Rahim mientras escanciaba los vasos. El señor Ahmad se sentó a la turca girando la mirada por el aposento y por la gente, hasta que sus ojos tropezaron con los de Zannuba, y se saludaron con una sonrisa. Ali Abd el-Rahim ofreció la primera ronda de copas. Muhammad Effat dijo: «¡Salud y amor!». «¡Por tu regreso Si Ahmad!», continuó Galila, y Zubayda añadió: «Por el buen camino después del extravío». «¡Por los amigos de quienes nos separó la tristeza!» Bebieron tan pronto como el señor Ahmad alzó su copa hasta los labios, y vio por encima de su borde el rostro de Zannuba que también alzaba la suya, desazonándolo su belleza. Muhammad Effat dijo a Ali Abd el-Rahim: «¡Llena la

segunda!». E Ibrahim Alfar prosiguió: «Y la tercera tras ella para que afirmemos los cimientos». Ali Abd el-Rahim dijo disponiéndose a servir: «¡El servidor es el señor!».

Ahmad Abd el-Gawwad se encontró siguiendo los dedos de Zannuba mientras templaba las cuerdas. Se preguntó qué edad tendría, y le calculó entre los veinticinco y los treinta, preguntándose de nuevo qué la habría traído... ¿el laúd? ¿O que su tía Zubayda la preparaba para hacer frente a su manutención? El señor Ibrahim Alfar dijo: «Mirar el agua del Nilo marea». Galila exclamó: «¡Tu madre!». «Si se tirara al agua una mujer del calibre de Galila o de Zubayda —preguntó Ali Abd el-Rahim—, ¿se ahogaría o flotaría?» Ahmad Abd el-Gawwad contestó que flotaría a menos que tuviera un agujero. El señor Ahmad se preguntó a sí mismo qué ocurriría si se sentía atraído hacia Zannuba, y se respondió que eso sería un escándalo si lo deseaba en ese momento; después de cinco copas no dejaría de ser comprometido, pero tras una botella sería obligatorio. Muhammad Effat propuso que bebieran otra copa a la salud de Saad Zaglul y de Mustafa el-Nahhás, que viajarían a final de mes de París a Londres para una negociación. Ibrahim Alfar propuso que bebieran otra a la salud de Mac Donald, amigo de los egipcios. Ali Abd el-Rahim preguntó qué significaba aquello que Mac Donald había dicho de que «él podía desenredar la cuestión egipcia antes de que vaciara la taza de café que tenía ante sí». Ahmad Abd el-Gawwad le contestó que eso significaba que los ingleses tardan en beberse una taza de café —por término medio— cincuenta años. Recordó el señor cómo se había alzado contra la revolución tras el fallecimiento de Fahmi, y cómo había reencontrado poco a poco el sentimiento patriótico del principio, al colmarlo la gente de estima y de deferencia por ser el padre de un noble mártir. Luego, cómo la tragedia de Fahmi se fue transformando con el tiempo en un timbre de gloria que lo enorgullecía aunque no quisiera.

Galila alzó su copa hacia el señor Ahmad diciendo:

—¡A tu salud, camello mío! ¡Cuántas veces me he preguntado si realmente el señor Ahmad nos había olvidado! Pero yo, Dios lo sabe, te he perdonado, y le he pedido al Señor que te infunda paciencia y resignación; no te extrañe, pues yo soy tu hermana y tú mi hermano...

—Si es como dices, ¿hacen los hermanos lo que vosotros hacíais en otro tiempo? —preguntó Muhammad Effat maliciosamente.

Ella soltó una carcajada, y volvieron a la memoria los recuerdos del año 1918 y los anteriores.

—¡Pregúntaselo a uno de tu familia, espíritu de tu madre! —dijo.

—Se me ha ocurrido otra idea para explicar tu larga ausencia —dijo Zubayda mirando a Ahmad Abd el-Gawwad con astucia.

Más de una voz le preguntó qué se le había ocurrido, cuando el señor tartamudeó como pidiendo socorro:

—¡Señor, protégeme!

—Me parece que quizá se le ha originado una debilidad de las que atrapan a los maduros como él, ha pretextado tristeza y se ha escondido...

—¡Él sería el último al que le daría caza la vejez! —protestó Galila, mientras movía la cabeza al estilo de las cantoras.

—¿Cuál de las dos opiniones es más justa? —preguntó el señor Muhammad Effat al señor Ahmad.

—La primera —dijo este con un tono lleno de sentido— expresaría el miedo, y la segunda la esperanza.

—¡Yo no soy de las que malogran las esperanzas! —exclamó Galila triunfante y satisfecha.

Él quiso decir «En el examen, el hombre o es honrado o es despreciado», pero temió ser convocado a dicho examen, o que sus palabras fueran tomadas como que se ofrecía al mismo, cuando todo esto ocurría en el momento en el que sentía apoderarse de él una sensación de rechazo y de indiferencia que no se le había pasado por la cabeza antes de venir. En efecto, había un cambio, no lo negaba. El ayer había pasado y no era como el presente. Zubayda ya no era Zubayda, ni Galila era Galila. No valía la pena arriesgarse para contentarse con la fraternidad que había proclamado esta, ni para extenderla a la sombra de la propia Zubayda.

—¿Cómo podría un hombre ser viejo en medio de vosotras? —dijo con delicadeza.

—¿Cuál de vosotros es el más viejo? —preguntó Zubayda girando la vista entre los tres hombres.

—Yo nací a finales de la revolución de Orabi —dijo el señor Ahmad inocentemente.

—¡Dile eso a otros! —protestó Muhammad Effat—. ¡Sé de buena tinta que formabas parte de sus tropas...!

—Fui un soldado en gestación —repuso el señor Ahmad—, como se dice ahora: un alumno de sus cuarteles...

—¿Y qué hacía tu difunta madre cuando entrabas y salías al combate? —preguntó Ali Abd el-Rahim sorprendido.

—¡No os vayáis por las ramas! —gritó Zubayda vaciando la copa en su boca—.

Os he preguntado qué edad tenéis.

—Los tres andamos entre los cincuenta y los cincuenta y cinco. ¿Nos descubriréis vuestra edad?

Zubayda alzó los hombros indiferente y dijo:

—Yo nací...

Luego entrecerró los ojos pintados con kohl alzándolos hacia la lámpara como para recordar; pero el señor la ganó por la mano completando la frase:

—¡Después de la revolución de Saad Basha!

Rieron largamente, hasta que ella agitó el dedo ante ellos; pero Galila no acogió la conversación de buena gana y les gritó:

—¡Dejemos ese terreno resbaladizo! ¿Qué nos importa la edad? ¡Que nos pregunte por ella el Señor en los cielos! Por lo que nos atañe, la mujer es joven siempre que encuentra quien la desee, y el hombre, lo mismo...

—¡Felicítadme! —exclamó de improviso Ali Abd el-Rahim.

Le preguntaron por qué había que hacerlo, y continuó diciendo:

—¡Estoy borracho!

«Es necesario que todos lo alcancen antes de que se extravíe en el mundo de la borrachera», dijo Ahmad Abd el-Gawwad. Galila los incitaba a dejarlo solo como castigo por haberse adelantado. Ali Abd el-Rahim fue a refugiarse a un rincón con una copa llena en la mano, mientras les decía: «¡Buscad a otro escanciador!». Zubayda se levantó hacia donde había dejado parte de su ropa, y buscó en su bolso una cajita de cocaína para asegurarse de que estaba en su sitio. Ibrahim Alfar aprovechó la ocasión de que se había quedado libre el sitio de Zubayda y se sentó. Luego apoyó la cabeza en el hombro de Galila lanzando un sonoro suspiro. Muhammad Effat se dirigió a las ventanas que daban al Nilo y apartó las celosías. La superficie del agua brilló con sombras movedizas surcadas por líneas de tranquila luz, cuyos rayos procedentes de las lámparas de las dahabiyyas insomnes se dibujaban sobre las ondas del agua. Zannuba jugueteó con las cuerdas del laúd tocando una melodíaailable. Los ojos del señor Ahmad se volvieron hacia ella un instante; luego se levantó para llenarse la copa. Zubayda volvió y se sentó entre Muhammad Effat y Ahmad Abd el-Gawwad golpeando a este último en la espalda. La voz de Galila se alzó cantando.

«El día que me mordió...»

Ibrahim Alfar exclamó a su vez: «¡Felicítadme!». Muhammad Effat y Zubayda se unieron al canto de Galila en la frase: «Y me han traído...». Zannuba también se les unió, el señor Ahmad volvió la mirada hacia ella, y sin darse cuenta, se encontró

incorporado a los cantantes. La voz de Ali Abd el-Rahim llegó desde el rincón de la habitación apoyándolos. Ibrahim Alfar exclamó con la cabeza apoyada en el hombro de Galila: «¡Seis cantantes y un solo oyente que soy yo!». El señor Ahmad se dijo para sus adentros sin dejar de cantar: «Ella acudirá al llamamiento llena de complacencia y de alegría al fin». Luego se preguntó también: «¿Es una noche pasajera o una larga compañía?». Ibrahim Alfar se levantó de repente y se puso a bailar. Todos los demás empezaron a hacer palmas al unísono; luego cantaron juntos:

«Ponme en tu bolsillo... entre la cintura y el ceñidor...»

El señor Ahmad siguió preguntándose: «¿Aceptaré Zubayda que el encuentro sea en su casa...?».

Cesaron el canto y la danza, y comenzaron a meterse los unos con los otros incansablemente. Ahmad Abd el-Gawwad, cada vez que lanzaba una broma, miraba de reojo al rostro de Zannuba para ver el efecto que le causaba. El tumulto y el ruido iban en aumento mientras el tiempo transcurría lánguidamente...

—Tengo que irme —dijo Ali Abd el-Rahim de pie y dirigiéndose a donde estaba su ropa.

—¡Te dije que la trajeras contigo para no cortar la velada! —le gritó Muhammad Effat indignado.

—¿Quién es la protegida? —preguntó Zubayda alzando las cejas.

—Una amiga nueva —dijo Ibrahim Alfar—, una «*madame*» dueña de una casa en Wagh el-Birka.

—¿Quién? —quiso saber el señor Ahmad interesado.

—Tu vieja amiga Saniyya el-Olali... —repuso riendo Ali Abd el-Rahim y sujetándose la *yubba*.

Los ojos azules del señor se dilataron, y los embargó una mirada soñadora.

—¡Dale mis recuerdos y salúdala de mi parte! —dijo sonriendo.

—Ella me ha preguntado por ti —repuso Ali Abd el-Rahim retorciéndose el bigote y disponiéndose a partir— y me ha propuesto que te invite a pasar una velada en su casa después del trabajo. Yo le he dicho que tu primogénito, el nombre del Profeta lo guarde, ha alcanzado ya la edad a la que en vuestra familia consideráis necesario frecuentar Wagh el-Birka y otros lugares de perdición; y que tú no estás seguro de que al ir allí no te lo encuentres en una de tus rondas...

Dicho esto, el hombre se echó a reír a mandíbula batiente; luego saludó y dejó la habitación dirigiéndose al vestíbulo. A su zaga iban Muhammad Effat y Ahmad Abd el-Gawwad para acompañarlo a la puerta de salida, sin dejar de hablar ni de reír



hasta que el señor Ali abandonó la barcaza, y entonces Muhammad Effat le dio en el brazo a Ahmad Abd el-Gawwad preguntándole:

—¿Zubayda o Galila?

—Ni la una ni la otra —dijo este con sencillez—. ¿Por qué? ¡Líbrenos Dios del mal!

—¡Pasito a paso! —repuso con acento satisfecho—. ¡Me bastará lo que queda de esta noche con beber y escuchar el laúd!

Muhammad Effat le insistió para que diera otro paso adelante, pero el señor se disculpó, y él no quiso hacerse pesado, así que volvieron a la habitación desordenada y caótica y recuperaron sus asientos. Ibrahim Alfar ocupó la plaza del escanciador. Los signos de la borrachera iban quedando al descubierto en el ardor de los ojos, en la facilidad de la conversación y en la relajación de los miembros. Cantaban al unísono siguiendo a Zubayda:

«Por qué se ríe el mar...»

Se pudo observar que la voz de Ahmad Abd el-Gawwad se iba elevando hasta casi cubrir la de la cantora. Galila contaba algunos pasajes de sus aventuras... «Desde que mi vista cayó sobre ti, siento que la noche no pasará sin una aventura. ¡Qué salada es la pequeña! ¿La pequeña? Al fin y al cabo tú le llevas un cuarto de siglo...» Ibrahim Alfar suspiraba por la época dorada del cobre de los días de la guerra, y les dijo con la lengua trabada: «¡Me habríais besado la mano por una libra de cobre!». A lo que repuso el señor Ahmad: «¡Si necesitas algo de un perro, llámalo señor!». Zubayda se quejó de que estaba muy bebida, se levantó y empezó a ir y a venir. Entonces los otros se pusieron a hacer palmas al compás de su vacilante marcha, exclamando todos a una:

«Pasito a paso, traspasa el umbral...» «Pasito a paso traspasa el umbral».

El vino paraliza el miembro picado por la tristeza. «Ya está bien», masculló Galila, y se levantó abandonando la habitación en dirección al vestíbulo que conducía a dos dormitorios, uno frente a otro. Se dirigió hacia el que daba al Nilo, y entró. No tardó en llegarles el crujido de la cama al recibir su enorme cuerpo. Zubayda observó atentamente el proceder de Galila y siguió su ejemplo dirigiéndose a la otra habitación, enviando tras de sí un crujido aún más violento. Ibrahim Alfar dijo: «La lengua de la cama ha hablado». Les llegó desde la primera habitación una voz que canturreaba imitando la afonía de Muñirá: «Ven, amado mío». Muhammad Effat se levantó y contestó cantando: «Prepárate, ya voy». Ibrahim Alfar miró a Ahmad Abd el-Gawwad interrogativo, y el señor le dijo: «Si no te da vergüenza, haz lo que quieras». El hombre se levantó replicando: «No hay vergüenza en una

barcaza». ¡El campo libre! ¡He aquí la hora que había acechado tanto tiempo! La pequeña apartó a un lado el laúd y se acurrucó, cubriéndose las piernas entrelazadas con los bordes del vestido. Reinó el silencio y se intercambiaron una mirada; luego ella fijó la vista en el vacío. El silencio se cargó de electricidad volviéndose insoportable. De repente la chica se puso de pie y él le preguntó: «¿Adónde vas?». Zannuba gruñó atravesando la puerta: «Al baño». Él a su vez se levantó y se acercó al asiento de ella, se sentó, cogió el laúd y se puso a jugar con las cuerdas mientras se preguntaba: «¿Habrà una tercera habitación?». «No es necesario que tu corazón lata de ese modo como cuando el soldado inglés te llevaba por delante en las tinieblas... la noche de Umm Maryam, ¿te acuerdas? ¡No lo hagas! Es doloroso...» «Ya vuelve del baño... ¡Qué espléndida es!»

—¿Tocas el laúd?

—Enséñame —contestó sonriendo.

—Te basta con la pandereta, y eres un maestro.

—Esos días ya se fueron —suspiró—. ¡Qué agradables! Tú eras una niña... ¿Por qué no te sientas?

«Apenas te roza... ¡Qué dulce es la primera captura!» —Coge el laúd y canta para mí...

—Nos hemos hartado de cantar, de tocar y de reír... ¡Esta noche he sabido mejor que nunca por qué te echan de menos en todas las veladas!

El señor sonrió feliz; luego dijo burlón:

—Pero tú no te has hartado de beber...

Ella le contestó afirmativamente echándose a reír. El hombre dio un salto hacia la mesa lleno de impetuosidad, volviendo luego con una botella llena hasta la mitad y dos copas. Se sentó diciéndole: «Bebamos juntos». «¡La deliciosa glotona! Sus ojos expresan malicia y encanto... ¡Pregúntale por la tercera habitación! Pregúntate a ti mismo: "¿una noche o un trato...?". Y por las consecuencias no preguntes. Ahmad Abd el-Gawwad con la grandeza de su poder abre sus brazos a Zannuba la tañedora de laúd... La que con los platos de fruta se quedaba parada ante ti... Pero ¡alto! La felicidad es el premio a tu belleza. En cuanto a la impotencia, jamás ha entrado en mis planes». Vio la palma de la mano de ella que apresaba la copa, próxima a su propia rodilla; extendió su mano y acarició la de Zannuba gentilmente; pero ella la puso en silencio en su regazo sin volverse hacia él. El señor se preguntó si la coquetería a esta hora tardía era oportuna, especialmente cuando se trataba de un anfitrión como él y de una invitada como ella. Pero no dejó de usar la afabilidad y la cortesía, y le preguntó con un acento lleno de significado:

—¿Hay una tercera habitación en la barcaza?

—Al otro lado —respondió a su pregunta, fingiendo ignorar su ataque, mientras señalaba hacia la puerta del vestíbulo.

—¿No será suficientemente ancha para nosotros dos? —dijo sonriendo y retorciéndose el bigote.

—Lo será para ti solo, si te apetece dormir —contestó Zannuba con una voz sin rastro de coquetería, pero que no sobrepasaba los límites de la cortesía.

—¿Y tú? —le preguntó el señor sorprendido.

—Estoy bien así —repuso ella en el mismo tono...

Se movió un poco acercándose a la muchacha, pero esta se levantó, y puso la copa en la mesa. Luego se dirigió al sofá que estaba enfrente de él. Se sentó, dibujándose en su rostro una expresión de seriedad y de protesta silenciosa, que dejó al hombre extrañado ante su actitud. El entusiasmo de este se apagó, y se sintió herido en su amor propio. La miró con una sonrisa de fastidio, y finalmente le preguntó:

—¿Por qué estás enfadada?

Ella continuó en silencio un breve instante; luego se cruzó de brazos.

—Te he preguntado por qué estás enfadada...

—No preguntes lo que ya sabes —replicó la muchacha escuetamente.

Él lanzó de repente una sonora carcajada revelando con ella su indiferencia, y negándose a creerla. Se levantó a su vez y llenó las dos copas, ofreciéndole a ella la suya.

—¡Aclara tu humor! —le dijo.

Tomó Zannuba la copa cortésmente y la depositó sobre la mesa, mientras murmuraba: «Gracias». El señor volvió a sentarse, levantó a continuación la copa hasta los labios y se la bebió de un trago riendo a carcajadas.

«¿Podías esperar semejante sorpresa? Si pudiera hacer retroceder al tiempo un cuarto de hora... Zannuba... Zannuba y sólo Zannuba. ¿Se cree esto? No te desplomes ante la dificultad... ¡Quién sabe, quizá sea una coquetería a la moda de 1924! ¿Qué ha cambiado en mí...? Nada... Es Zannuba, ¿no es ese su nombre? Todo hombre inexorablemente encuentra una mujer que lo rechaza. Como quiera que Zubayda, Galila y la madre de Maryam van detrás de ti, ¡por el contrario Zannuba —ese escarabajo— te rechaza! Aguanta mientras puedas... la cosa no es una catástrofe. ¡Oh! ¡Mira, mira su pierna salerosa y prieta! ¡Qué robusto soporte! ¿Por qué crees que ella te ha rechazado realmente?»

—¡Bebe, bonita...!

—Cuando me apetezca beber —dijo ella con una voz que aunaba la cortesía y la firmeza.

La miró directamente; luego le preguntó con un tono cargado de significado:

—¿Y cuándo te va a apetecer...?

Ella frunció las cejas dando a entender que había comprendido su indicación y no le contestó...

El señor preguntó sintiendo en aquel momento que se venía abajo:

—¿No será bien acogida mi prueba de afecto?

Zannuba abatió la cabeza para ocultar el rostro de los ojos del señor y repuso con firme súplica:

—¿No vas a acabar con esto?

Se apoderó de él una súbita cólera como reacción a su sensación de desmoronamiento.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —preguntó él asombrado.

—He venido a causa de esto —repuso ella en tono de protesta, señalando el laúd que se encontraba sobre el sofá, no lejos de él.

—¿Sólo...? No hay una contradicción entre esto y la invitación que yo te hago...

—¿A la fuerza? —preguntó enfadada.

—¡Claro que no! Pero no encuentro causa para tu rechazo —dijo bajo el efecto de la decepción y de la cólera.

—Quizá yo lo tenga —repuso ella fríamente.

El señor dejó escapar una risa sonora y seca; luego se apoderó de él el furor, y dijo burlón:

—¡Puede que temas por tu virginidad!

Fijó en él una larga y cruel mirada.

—Yo sólo consiento con quien quiero —dijo irritada y vengativa.

Iba a reírse de nuevo, pero se contuvo con el pecho oprimido por estas dolorosas y tristes carcajadas. Alargó la mano hacia la botella y se sirvió de ella irreflexivamente, llenándola hasta su mitad; pero la dejó sobre la mesa y se puso a mirar a la mujer, desconcertado, sin saber cómo salir del aprieto en el que él mismo se había metido...

«La víbora, hija de víbora, sólo consiente con quien quiere... ¿Significa esto que ella quiere a un hombre cada noche? No hay que pensar que se te borre la vergüenza de hoy. Los señores ahí dentro, mientras tú estás aquí a la merced de una malcriada tañedora de laúd... ¡Despelléjala con tu lengua! ¡Muélela a patadas! ¡Llévatela a empujones a la habitación...! Lo más procedente sería que alejaras de ella tu cara y

dejaras libre el campo... En sus ojos hay una maldición que mortifica... ¡Qué bonito es su cuello! Su encanto es indiscutible, te hace perder la cabeza y sufrir inexorablemente...»

—No esperaba este trato inhumano.

Frunció el ceño, decidido, con el rostro sombrío. Se puso de pie alzando los hombros indiferente mientras decía:

—Yo creí que tú, como tu tía, eras agradable y delicada, pero me he llevado un chasco. Sólo me lo reprocho a mí mismo.

Él oyó el susurro de sus labios mientras ella tragaba saliva a modo de protesta y de crítica; pero el señor se dirigió hacia su ropa y empezó a ponérsela con prisa, acabando en menos de la mitad del tiempo que requería habitualmente su elegancia. Estaba decidido y enfadado, pero el descorazonamiento no le había llegado al fondo. Una parte de sí mismo seguía siendo rebelde; se negaba a dar crédito a lo que había pasado, siéndole penoso reconocerlo. Tomó su bastón esperando que de un momento a otro sucediera algo que le hiciera desistir de su idea y confirmara la esperanza de su orgullo herido: que ella se echara a reír de repente, despojando su rostro de la máscara de esta seriedad, que corriera hacia él, reprochándole su enfado, o que saltara delante de él para que no se marchara.

«¡Sí, a menudo el tragar la saliva es una maniobra a la que sigue la entrega!» Nada de eso sucedió. Ella permaneció en su asiento mirando el vacío, ignorándolo, como si no lo viera. Él abandonó la habitación dirigiéndose al vestíbulo, y desde allí hacia la puerta de salida, luego afuera, suspirando de tristeza, de aflicción y de cólera. Cruzó a pie la calle oscura hasta alcanzar el puente de Zamálek, mientras el aire fresco del otoño se deslizaba por el interior de su ropa. Allí tomó un taxi, que lo llevó a toda velocidad, mientras él seguía aturdido por la borrachera y los pensamientos, hasta que se apercibió de lo que lo rodeaba en la plaza de la Opera, mientras el coche giraba hacia el-Ataba. Al girar miró casualmente y vio a la luz de las lámparas la verja del jardín de el-Ezbekiyya, y su mirada se quedó prendida de aquello, hasta que se lo ocultó una revuelta de la calle. Entornó luego los ojos, sintiendo una punzada que le penetraba hasta lo más profundo de su corazón. Encontró en su interior una voz como un gemido que clamaba en su mundo silencioso pidiendo misericordia para su entrañable desaparecido. No se atrevió a repetir con su lengua esa petición, a mencionar el nombre de Dios con una lengua harta de vino.

Y cuando alzó los párpados, sus ojos dejaron escapar dos gruesos lagrimones.

## 8

¡No sabía qué lo dominaba! ¿Un maldito demonio, o una enfermedad? Se durmió con la esperanza de borrar la estupidez de la pasada noche, la estupidez de la borrachera, pues era eso un sinsentido que, no cabía duda, le había echado a perder todo encanto y había turbado su alegría. Así, cuando lo alcanzó la luz de la mañana, lo halló presa de una angustia que lo alteraba todo. El chorro de la ducha cayendo sobre su cuerpo desnudo disipó sus pensamientos; su corazón palpitó, y ante sus ojos apareció el rostro de ella; en sus oídos resonó el murmullo de sus labios, y a su corazón volvió el eco del dolor.

«Así pues, dejas correr tus pensamientos ávidos como un joven adolescente, mientras que a tu alrededor la calle te saluda con consideración. Saludan en ti la dignidad, la moderación y la buena vecindad. Si supieran que tú les devuelves el saludo mecánicamente, mientras tu pensamiento está lejos de ellos, ocupado en soñar con una joven cantora... una tañedora de laúd... una mujer que cada noche expone su cuerpo en el mercado del placer... Si supieran eso, cambiarían el saludo por una sonrisa de burla y de pena. Pero que diga "sí" la víbora y entonces renunciaré a ellos tan contento y tan tranquilo. ¿Qué me ha pasado? ¿Qué deseo? ¿Te ha atrapado la vejez? ¿Recuerdas cómo el paso del tiempo ha marcado a Galila y a Zubayda? Son esas unas marcas repugnantes que el corazón aprecia y que los sentidos no perciben. Pero, calma. Cuidado con dejarte llevar por la ilusión, pues esta te conduciría a la cúspide para luego dejarte caer... No es nada más que un cabello blanco, sólo esa es la razón por la que la despreciable tañedora de laúd te ha dejado... Escúpela como se escupe una mosca que se te hubiera metido en la boca mientras bostezabas. ¡Qué pena! Tú sabes que no la escupirás; quizá ella no sea nada más que un deseo de venganza, un deseo de rehabilitación únicamente. Es necesario que la chica diga "sí"; después de esa satisfacción es asunto tuyo abandonarla. No vale la pena pelear por ella. ¿Recuerdas sus piernas, su cuello y el fuego de sus ojos? Si hubieras alimentado tu orgullo con un poco de paciencia, habrías conseguido desde esa misma noche el placer y el deleite... ¿Qué hay detrás de toda esta angustia...? ¡Yo sufro! ¡Es cierto! ¡Yo sufro! Estoy triste por la humillación que me abate. La amenazo con el desprecio; luego vuelve la idea de ella quemando mis venas... ¡Conserva el pundonor! No te pongas en evidencia. Te conjuro por tus hijos, los que quedan y el que se fue... Haniyya fue la única mujer que te abandonó, y tú corríste detrás de ella. ¿Qué encontraste? ¿No te acuerdas? ¡El matón del cortejo

nupcial que bailaba, que se emborrachaba, que saltaba, que daba cabriolas, emprendiéndola luego a bastonazos con las lámparas, los ramos de flores, los flautistas y los invitados, hasta que los gritos cubrieron las albórbolas...! ¡Eso era un hombre! Sé el matón de la barcaza y mata a tus enemigos con la ignorancia y el abandono. ¡Qué débiles y qué fuertes son tus enemigos! Una pierna flácida que apenas puede andar, sin embargo rompe las montañas rusas... ¡Qué terrible es septiembre, cuando su calor se alza saturado de humedad! ¡Qué agradables son sus noches, especialmente las que se pasan en la barcaza! ¡Tras la tempestad viene el sol!»

«Piensa en tus asuntos y mira en qué dirección vas; el destino necesita que los ojos lo vean; avanzar es doloroso, y retroceder es aterrador. ¡Cuántas veces la habrás visto siendo apenas una adolescente, sin que se despertara en ti el menor sueño, pasando ante ella como si no existiera! ¿Qué te ha pasado últimamente, que renuncias a quien has amado y amas a quien te era indiferente? Ella no es más bonita que Zubayda ni Galila, pues si rivalizara en belleza con su tía, esta no la llevaría consigo. A pesar de eso tú la quieres, la quieres con toda tu alma. ¡Oh! ¿Qué tiene la arrogancia...? "¡No consiento nada más que con quien quiero!" ¡Que te ame un leproso, hija de perra...! Te duele hasta asfixiarte... ¿Qué rebaja al hombre más que uno mismo? ¿Irás a la barcaza? ¿No es ese el mejor lugar para divulgar los escándalos? Allí está Zubayda. ¡Bienvenida, bienvenida! ¿Has vuelto finalmente a tu madriguera? ¿Qué le vas a contestar? "¡No vuelvo por eso sino que quiero a tu sobrina!" ¡Qué estupidez! ¡Déjate de bromas! ¿Has perdido el juicio? ¡Pide ayuda a Alfar o a Muhammad Effat! "¡El señor Ahmad Abd el-Gawwad busca alguien que interceda por él ante Zannuba!" ¿No sería preferible que te abrieras tú mismo las venas para que corriera esa repugnante sangre que te lleva a la humillación?»

La noche ya había envuelto el-Guriyya y se habían cerrado las puertas de sus tiendas, cuando Ahmad Abd el-Gawwad volvía de su establecimiento después de cerrarlo. Caminaba con pasos lentos mientras sus ojos examinaban la calle y las ventanas. Tras las dos ventanas de Zubayda brillaba la luz, pero no sabía qué era lo que pasaba detrás de ellas. Apretó el paso un rato y luego volvió por donde había venido, dirigiéndose a la casa de Muhammad Effat en el-Gamaliyya, donde se encontraban los cuatro amigos antes de marcharse juntos a la velada. Allí el señor dijo, dirigiéndose a Muhammad Effat:

—¡Qué agradables son las noches de la barcaza! ¡Mi corazón las sigue deseando!

—Estamos a tus órdenes; cuando tú quieras —replicó Muhammad Effat riendo victorioso.

Ali Abd el-Rahim apostilló diciendo:

—¡Añoras a Zubayda, sinvergüenza!

—¡Qué va! —replicó el señor vivamente.

—¿Galila?

—La barcaza, simplemente...

Muhammad Effat le preguntó con astucia:

—¿Quieres que sea una velada sólo para nosotros o invito a las amigas de otros tiempos?

El señor se echó a reír, proclamando así su derrota. Luego dijo:

—¡Invítalas, hipócrita!, pero para mañana por la noche, porque esta noche el tiempo se nos ha echado encima, aunque no voy a ir más allá del disfrute y la intimidad de los amigos.

—¡Ejem! —dijo Ibrahim Alfar.

—¡Por mi alma, yo soy el criminal! —dijo Ali Abd el-Rahim.

—¡Llámalo como quieras! ¡Se multiplicarán los nombres y el hecho será el mismo! —añadió Muhammad Effat irónico.

Más tarde, al siguiente día, fue como si descubriera el café de Si Ali por vez primera. Se sintió atraído hacia aquel lugar antes del crepúsculo, y se sentó en la butaca bajo el tragaluz. El dueño se le acercó dándole la bienvenida, y el señor le dijo como si quisiera justificar su ida al café por primera vez:

—Volvía de unos asuntos, y me ha apetecido saborear tu delicioso té.

«Una visita que parece que no va a ser fácil repetir... ¡Espacio! ¡Espacio...! Te pondrás en evidencia ante la gente. ¿Qué ganas de todo esto? ¿Realmente te alegra que te vea la que está detrás de la celosía para burlarse de tu caída? No sabes lo que te haces. Se te saldrán los ojos de las órbitas, la cabeza te dará vueltas y ella no aparecerá. Lo peor de esto es que te está contemplando burlona tras la celosía. ¿Qué haces? Quieres llenarte los ojos de ella, reconócelo. Quieres tener las dimensiones de su elástico cuerpo... contemplar su sonrisa y su modo de bajar los párpados... seguir las yemas de sus dedos teñidas con alheña. ¿Adónde va a parar todo esto? Nada de eso te había pasado nunca con las que la superaban en hermosura, en belleza y en renombre. ¿Te condenarías a sufrir y a ser desgraciado por algo tan vil...? No aparecerá... ¡Mírate a ti mismo...! El señor Ahmad Abd el-Gawwad está en el café de Si Ali atisbando por la lucerna... ¡Qué enorme humillación! ¿Cómo puedes saber que ella no ha revelado tu secreto? Quizás lo sepa la orquesta y hasta la propia Zubayda. ¡Quizás lo sepan todos! Ha alargado hacia mí su mano adornada con el anillo de brillantes, y yo la he rechazado; luego ha solicitado mi favor y he



decidido desdeñarlo... ¡Este es el señor Ahmad Abd el-Gawwad del que vosotros os hacéis lenguas! ¡Qué enorme humillación! La más dura humillación que te hubiera podido sobrevenir; es más, insistes en caer en ella, pues tú de sobra sabes lo que de bajeza y envilecimiento encierra tu vergonzosa acción. Si conocieran el secreto tus amigos, Zubayda y Galila, ¿qué harías? Realmente tú eres un experto en dominar las crisis con una chanza, pero ¿desaparecerán las oleadas de risas y carcajadas de la amarga verdad...? Esto es doloroso, y más doloroso aún el que tú la quieras... No te mientas a ti mismo; tú la quieres hasta morir».

«¿Qué veo...?», se preguntó al tiempo que un carro venía y se detenía delante de la casa de la cantora. Luego no tardó en abrirse la puerta y salió Ayusha, la panderetera, arrastrando tras de sí a Abdu el guitarrista, siguiéndolos luego el resto de la orquesta. Comprendió que iban a una boda. El hombre tuvo una violenta sacudida y le dio un vuelco el corazón, mientras acechaba la puerta anhelante y melancólico. Alargó el cuello sin la menor precaución, ignorando a la gente que lo rodeaba. Luego resonó una risa detrás de la puerta, y acto seguido se dejó ver el laúd con una funda rosa precediendo a su dueña, que salió riendo impetuosamente. La joven colocó el laúd en el asiento del coche y subió a él ayudada por Ayusha. Se sentó en el medio, de modo que él sólo veía de ella un hombro, que aparecía a través de un ángulo abierto entre Ayusha y Abdu el ciego. El señor rechinó los dientes de anhelo y de cólera a un tiempo. Siguió con los ojos al coche, que se inclinaba a derecha e izquierda avanzando por la calle, mientras en su corazón se agitaba una profunda sensación de desolación y de vergüenza. Se preguntó: «¿Iba a levantarse y a seguirla?». Sin embargo no se movió, y no pudo por menos que decir: «El venir aquí ha sido una estupidez y una locura».

La noche prometida fue a la barcaza de Imbaba. No estaba decidido sobre lo que había de hacer, a pesar de la cantidad de vueltas que le había dado al asunto en su cabeza. Finalmente dejó la solución de sus problemas en manos de las circunstancias y de las oportunidades... Le bastaba con estar seguro de verla, de sentarse junto a ella y de estar a solas con ella al final de la noche. Tantearía el terreno de nuevo y quizás volvería a la carga echando mano esta vez de todas las variantes de la seducción. Entró en la barcaza un tanto asustado, y en tal estado, que si lo hubiese visto en otro que no fuera él, y hubiese supuesto su aprieto, sin duda se habría ahogado de risa y de burla. Allí encontró a los amigos, a Galila y a Zubayda. ¡Pero no halló por la barcaza el menor rastro de ella! Le dispensaron una calurosa acogida, y apenas se hubo despojado de la *yubba* y del *tarbúsh* y hubo tomado asiento, estallaron las carcajadas a su alrededor. Él se acopló a su ambiente con la fuerza de

su flexibilidad; habló, contó chistes, bromeó y flirteó tratando de vencer su angustia y de controlar su preocupación. Pero sus temores se ocultaban bajo la corriente de la alegría sin que se disiparan, como se oculta el dolor durante algún tiempo bajo el efecto de un calmante. Y aún esperaba que se abriese una puerta y que ella se le acercase, o que alguno hiciera alusión a ella con una palabra que explicase su ausencia, o que prometiese la inminencia de su llegada. Y mientras el tiempo discurría pesada, fatigosamente, su esperanza palidecía, su entusiasmo se debilitaba, y la ilusión se ensombrecía.

«¿Cuál de las dos fue más inesperada: su presencia de anteayer o su ausencia de hoy? No preguntaré a nadie. Las apariencias revelan que tu secreto sigue guardado». Si Zubayda tuviera conocimiento de él, no se habría privado de convertirlo en un escándalo y en una campanada. Rio mucho y bebió más; pidió a Zubayda que le cantase «Yo río con la boca mientras lloro con mi corazón». Estuvo a punto en una ocasión de hacer un aparte con Muhammad Effat para descubrirle lo que quería. En otra casi sondea a la misma Zubayda, pero se controló, y salió de su crisis conservando el secreto y la propia estimación.

Y cuando cerca de la medianoche Ali Abd el-Rahim se levantó para irse en busca de su compañera en Wagh el-Birka, se levantó con él, en contra de lo esperado, para volver a su casa. En vano intentaron disuadirlo de su empeño, o instarle a que les esperase aún una hora. Se fue, dejando tras de sí extrañeza y desilusión en los que habían concebido, a raíz de su venida concertada, intenciones que no se cumplieron.

Después llegó el viernes y salió para la mezquita de el-Huseyn poco antes de la oración. Iba por la calle Jan Gafar, ¡cuando la vio, que venía procedente del barrio de el-Watawit por la calle de la mezquita! ¡Oh! ¡Nunca anteriormente le había latido el corazón con tal fuerza! Le siguió los pasos con la mente embotada, hasta imaginó con una especie de éxtasis y de estado de irrealidad que había dejado de caminar, y que el mundo que lo rodeaba había caído en el silencio, un silencio de tumba, al igual que el coche cuyos motores se paran por un impulso y enmudece su ronroneo, pero que camina con la fuerza automática de la inercia, en un silencio total... Cuando volvió en sí se la encontró caminando delante de él a poca distancia, y se fue tras ella sin pensarlo ni examinarlo más. Pasó por delante de la mezquita sin pararse allí. Luego se desvió siguiéndola hacia la Nueva Avenida... ¿Qué quedaba? ¡De verdad que no lo sabía! Obedecía reaccionando con una sumisión ciega. Nunca le había ocurrido antes seguir a una mujer por la calle, ni tan siquiera en los días de su primera juventud. Le acometieron el apuro y la aprensión; más tarde se le ocurrió una idea socarrona y aterradora a un tiempo: ¡que descubrieran el secreto de la

persecución oculta Yasín o Kamal! Aunque no deseaba acortar la distancia entre uno y otro desde que empezó a seguirla, sus ojos empezaron a beber las formas de su cuerpo encantador con voracidad y anhelo, mientras se enfrentaba a oleadas sucesivas de deseos y dolor; hasta que la vio dejar la calle hacia la tienda de un orfebre que él conocía, llamado Yaqub. Aflojó el paso para darse a sí mismo la ocasión de organizarse, mientras su sensación de apuro y de aprensión se reduplicaba. ¿Iba a volver por donde había venido, o a pasar por delante de la tienda sin volver la cabeza, o a mirar hacia el interior esperando lo que pudiera ocurrir?

Se iba aproximando a la tienda lentamente hasta que, cuando no le quedaban más que unos pasos, se le vino a la imaginación una audaz idea: se dispuso a ejecutarla sin vacilar, ignorando sus riesgos. Se trataba de cruzar la acera y pasar luego lentamente por delante de la tienda con la esperanza de que su amigo lo viera y lo invitara —según su costumbre— a sentarse, ¡y él acudiría a su invitación...! Caminó lentamente por la acera hasta que se encontró ante la tienda. Miró hacia el interior como pidiendo perdón, volvió los ojos hacia los de Yaqub... y he aquí que *eljawaga* exclamó:

—¡Bienvenido, señor Ahmad! ¡Adelante!

El señor sonrió amistosamente; luego se dirigió a la entrada, y ambos se dieron la mano calurosamente. *Eljawaga* lo invitó a una copa de jugo de algarroba, que él aceptó de buena gana, mientras tomaba asiento en el borde de un sofá de piel frente a una mesita baja, sobre la que se hallaba la balanza. No pareció darse cuenta de la presencia de un tercero en la tienda, hasta que se sentó. Entonces Zannuba apareció ante él, de pie, delante del *jaivaga*, jugueteando con unos pendientes. Él aparentó sorpresa y sus miradas se encontraron. Ella sonrió, y él también lo hizo; luego se llevó la palma de la mano al pecho a modo de saludo, mientras decía:

—¡Buenos días! ¿Cómo estás?

—Muy bien —dijo ella mientras volvía la mirada hacia los pendientes—. Que Dios te honre...

*Eljawaga* Yaqub estaba proponiendo a Zannuba darle los pendientes a cambio de unos brazaletes con el pago de una diferencia, sobre la que no se ponían de acuerdo. El señor aprovechó que estaba ocupada para llenarse la vista de la lisura de su mejilla; no se le ocultaba que la coyuntura del regateo y el cambalache le proporcionaba ocasión de intervenir por las buenas, quizás, tal vez... Sin embargo ella le cortó el camino, aunque no sabía lo que él se proponía, y devolvió los pendientes a su dueño diciéndole que renunciaba finalmente al canje, y pidiéndole que le arreglase los brazaletes. Luego lo saludó y saludó al señor con una inclinación

de cabeza, y abandonó la tienda. Todo esto ocurrió tan deprisa que no se le presentó la ocasión de intervenir. Así pues se sintió incómodo, dominándolo la laxitud y la debilidad. Permaneció el señor con el jawaga Yaqub intercambiando las habituales palabras de cortesía, hasta que se bebió la copa de jugo de algarroba. Luego se despidió y se fue.

Recordó —con intensa vergüenza— la oración del viernes que estaba a punto de escapársele; vaciló en continuar hacia la mezquita, pero no tuvo el valor de ir allí, después de seguir directamente a una mujer durante el tiempo de la oración. ¿No había roto su ligereza las abluciones? Es más, ¿no lo había convertido en otra persona para presentarse ante el Misericordioso? Renunció entristecido y dolorido a la oración, y deambuló sin rumbo por las calles durante una hora. Luego volvió a la casa sin dejar de pensar en su falta. Sin embargo su cabeza —aun en aquellos momentos delicados llenos de arrepentimiento— no cerró la puerta a Zannuba. Por la noche, habiéndose adelantado a casa de Muhammad Effat, para estar a solas con él antes de que se presentasen los amigos, le dijo en el curso de la conversación:

—Quiero pedirte un favor: que invites mañana por la noche a Zubayda a la barcaza...

Muhammad Effat se echó a reír, y le dijo:

—Si tú la quieres, ¿por qué tanta complicación y circunloquios? Si la hubieras pedido la primera noche, ella te habría recibido con los brazos abiertos.

—Quiero que la invites a ella sola —dijo Ahmad Abd el-Gawwad con cierto embarazo.

—¿A ella sola? ¡Vaya con el egoísta, que no piensa nada más que en él! ¿Y Alfar? ¿Y yo...? Es más... ¡convirtámosla en la noche de nuestra vida! ¡Invitemos a Zubayda, a Galila y también a Zannuba...!

—¿A Zannuba? —preguntó Ahmad el-Gawwad con una especie de rechazo.

—¿Por qué no? Ella es una reserva, en la que no hay mal, a la que se puede recurrir en caso de necesidad...

«¡Cómo me duele! ¿Cómo me ha rehusado esta hija de su madre, y por qué?»

—¡Tú no conoces mi intención! La verdad es que yo no pienso venir mañana.

—¡Me pides que invite a Zubayda y dices que no vendrás mañana! —dijo Muhammad Effat con extrañeza—. ¿Qué adivinanzas son estas?

Ahmad Abd el-Gawwad se rio ruidosamente, disimulando de este modo su confusión. Luego no tuvo más remedio que decir un tanto desesperado:

—¡No seas bestia! ¡Te he pedido que invites solamente a Zubayda, de modo que Zannuba se quede en la casa!

—¿Zannuba, hijo de tu madre?

Luego mientras daba rienda suelta a la risa:

—¿Por qué todo este esfuerzo? ¿Por qué no la pediste la primera noche en la barcaza? ¡Si la hubieras señalado con tu dedo habría volado hacia ti y se te habría pegado como una lapa!

Luego dijo el señor con una sonrisa vacía, a pesar de su dolorosa sensación de resentimiento:

—Haz lo que te he mandado, esto es lo que quiero...

—*Son débiles el que pide y lo que se pide* —sentenció Muhammad Effat retorciéndose el bigote.

—Que esto sea un secreto entre nosotros... —dijo Ahmad Abd el-Gawwad la mar de serio...

## 9

Llamó a la puerta en medio de una oscuridad intensa y sin un solo transeúnte. Eran alrededor de las nueve. Esta se abrió tras un instante sin que apareciera el que la había abierto. Luego llegó a él una voz que le hizo dar un vuelco el corazón: «¿Quién es?». «Yo», dijo con tranquilidad entrando sin pedir permiso. La puerta se cerró a sus espaldas y se encontró frente a ella, que permanecía de pie en el último peldaño de la escalera, con el brazo extendido llevando una lámpara. Lo miraba asombrada de hito en hito; luego murmuró:

—¡Tú!

Permaneció callado un rato con una sonrisa a flor de labios, que revelaba recelo y angustia.

Cuando no vio en ella resistencia ni enfado, se atrevió a decir:

—¿Este es tu recibimiento a un viejo amigo?

Ella se volvió, y echó a andar escalera arriba mientras decía:

—¡Pasa, por favor!

La siguió en silencio, intuyendo del hecho de haberle abierto ella misma la puerta, que estaba sola en casa, y que el puesto de la criada Gulgul, que había muerto dos años antes, seguía vacante...

La siguió hasta que entraron en el corredor, y ella colocó la lámpara en un clavo fijado a la pared cerca de la puerta. Después entró ella sola en el recibidor, y encendió la lámpara grande suspendida del techo. Este gesto acrecentó en él la seguridad de su deducción. Luego salió, haciéndole señas para que entrara, y él así lo hizo.

Se dirigió a la habitación y se sentó en el lugar donde lo había hecho en otro tiempo, en el sofá central. Se quitó el *tarbúsh*, lo puso en el cojín divisorio y extendió las piernas mientras echaba una ojeada inquisitiva a su alrededor... En efecto, recordaba el lugar como si fuera ayer mismo cuando lo había dejado... Estos tres sofás y estas sillas: esa alfombra persa, esas tres mesitas incrustadas de nácar... ¡Todo estaba como antes! ¿Recordaba cuándo se sentó en este sitio por última vez? Sus recuerdos del salón de música y del dormitorio eran firmes y claros. ¡Él no podía olvidar el primer encuentro que tuvo con Zubayda en esta habitación, más aún, en este sitio exactamente, con todo cuanto lo rodeaba! No hubo en aquel momento nadie que necesitara tanto como él atención y confianza en el alma. ¿Cuándo volvería Zannuba? ¿Qué suscitará en ella su visita? ¿Hasta dónde llegará su vanidad?

¿Se daría cuenta de que él ha venido únicamente por ella, y no por su tía...? «Si fracasas esta vez, despídete...»

Oyó el ruido ligero de unas babuchas, luego apareció Zannuba junto a la puerta, con una bata blanca adornada en flores rojas, ceñida por una banda recamada en oro y plata. Su cabeza estaba desnuda, y el cabello recogido en dos gruesas trenzas que le colgaban por la espalda... Él la recibió de pie, sonriendo optimista ante el arreglo que mostraba. Ella lo saludó sonriente, indicándole que se sentara, y haciéndolo a su vez en el sofá que dividía la pared y que estaba a la derecha del señor.

—¡Bienvenido! —dijo con una voz no exenta de asombro—. ¡Vaya sorpresa!

El señor sonrió al preguntar:

—¿Qué tipo de sorpresa?

—Agradable, naturalmente —dijo alzando las cejas con un movimiento ambiguo que no indicaría hasta que hablara si era serio o divertido.

«Puesto que hemos obedecido a nuestros pasos que nos han traído hacia aquí, tenemos que soportar la coquetería en todos sus aspectos, tanto agradables como desagradables...»

Él examinaba apaciblemente su cuerpo y su rostro como si buscara en ellos aquello que lo hacía languidecer, y se burlaba de su dignidad. Reinó el silencio hasta que la muchacha levantó hacia él su rostro sin decir nada, pero indicando cortésmente con un gesto una bebida, como si le dijera: «Estamos a tu servicio».

El señor preguntó burlonamente:

—¿Seguimos esperando a la Sultana, o es que va a salir después de vestirse?

Clavó los ojos en él con una extraña mirada, y, entrecerrándolos dijo:

—La Sultana no está en casa...

—Pues, ¿dónde está? —preguntó fingiendo asombro.

—No tengo ni idea —dijo ella sacudiendo la cabeza, al tiempo que en sus labios se dibujaba una sonrisa enigmática.

Él pensó un poco antes de contestarle; luego dijo:

—Había pensado que ella te informaba de su recorrido. Agitó la mano como queriendo negar algo, y dijo:

—Tienes una bonita idea de nosotras... —luego se echó a reír, añadiendo—: El mandato militar ha pasado ya. ¡Tú si quieres, eres más a propósito que yo para investigar su recorrido!

—¿Yo?

—¿Por qué no? ¿No eres tú su viejo amigo?

—El viejo amigo y el extraño son iguales —dijo clavándole una risueña mirada,

profunda y elocuente—. ¿Es que tus viejos amigos darían información de tu recorrido?

Ella alzó el hombro derecho haciendo un gesto con la boca mientras decía:

—¡Yo no tengo amigos ni viejos ni jóvenes!

—¡Quien diga eso no está en sus cabales! —dijo el señor jugueteando con una de las guías de su bigote—. Quien tiene juicio, aunque sólo sea un poco, no puede imaginar que estés con la gente que tiene ojos en la cara y que esa gente no quiera conseguir tu amistad...

—Eso sólo son elucubraciones de los generosos como tú; pero no dejan de ser elucubraciones utópicas que, en este caso, indican que tú eres un viejo amigo de la casa. ¿Te has dignado acaso brindarme algo de tu amistad?

Él enarcó las cejas confundido. Luego, tras reflexionar, dijo:

—Lo hago ahora. Quiero decir que hubo circunstancias que...

—Posiblemente las mismas —se burló chasqueando los dedos— que se interponen, querido, entre los otros y yo...

Él se apoyó en el respaldo del sofá con un gesto rápido y teatral. La miró luego desde la altura de su inmensa nariz, mientras movía la cabeza como quien pide a Dios que lo proteja de ella; luego dijo:

—¡Eres un caso! ¡Heme aquí confesando que no puedo contigo!

La muchacha disimuló una sonrisa que le había producido el elogio; luego, fingiendo sorpresa, dijo:

—No comprendo nada de lo que quieres decir. Es claro que tú estás en una orilla y yo en la otra. Lo importante es que has dicho que venías a ver a mi tía. ¿Hay algún recado que yo pueda darle a su regreso?

El señor rio entrecortadamente, y dijo:

—Dile que Ahmad Abd el-Gawwad ha venido para darle quejas de ti, y que no la ha encontrado...

—¿Darle quejas de mí? ¿Qué he hecho yo?

—¡Dile que he venido a presentarle mis quejas por la crueldad que he encontrado en ti, indigna de un buen carácter!

—¡Qué palabras tan apropiadas para un hombre que hace de todo un objeto de diversión y de chanza!

—¡Líbreme Dios de hacer de ti objeto de diversión y de chanza! —dijo seriamente enderezándose en su asiento—. Mi protesta es sincera, y se supone que tú lo sabes perfectamente; pero es la coquetería de las beldades, y las mujeres hermosas tienen el derecho a serlo; aunque deben tener también consideración para



apiadarse de uno.

—¡Qué maravilla! —dijo mordiéndose los labios.

—No la hay en absoluto. ¿Recuerdas lo que ocurrió ayer en la tienda de Yaqub el orfebre? ¿Merece ese penoso encuentro quien como yo está orgulloso de la amistad que os profeso, de mi antigua relación con vosotros? Hubiera querido que me pidieses ayuda, por ejemplo, para mediar entre el joyero y tú. Hubiera querido que me dieras la ocasión de poner mi experiencia a tu servicio, o que hubieses sido humilde otra vez y me hubieras permitido hacerme cargo de todo el asunto, como si los brazaletes fueran míos y su dueña mi dueña...

—¡Gracias! —dijo ella brevemente, enarcando las cejas con cierta confusión. El hombre exhaló un hondo suspiro, con el que llenó su amplio pecho.

—Un hombre como yo —dijo con ardor— no se conforma con las gracias. ¿Qué le beneficia al hambriento que tú lo evites diciéndole «¡Dios te ampare!»? El hambriento quiere saciarse con una deliciosa y succulenta comida...

—¿Estás hambriento, señor mío? —preguntó ella burlona, cruzando los brazos sobre el pecho y mirándolo con sorpresa—. Tenemos una *mulujiyya* y unos conejos dignos de ti.

—¡Estupendo! Estamos de acuerdo: *mulujiyya* y conejos —dijo riendo sonoramente—. Añádele una botella de *whisky* y alegraremos la cosa con el laúd y el baile. Pasaremos un rato juntos hasta que hagamos la digestión.

Ella le hizo un gesto con la mano, como si quisiera decirle que parase:

—¡Dios, Dios! —dijo—. Te doy la mano y te tomas el brazo.

Él unió los cinco dedos de la mano derecha hasta convertirlos en una boca fruncida, alzándolos y bajándolos con calma, mientras decía con tono solemne:

—¡Querida, no pierdas tu precioso tiempo con palabras!

—¡Di más bien —repuso ella sacudiendo la cabeza coqueta y vanidosa— no pierdas tu precioso tiempo con la gente madura!

El señor se golpeó el amplio pecho con la palma de la mano en un movimiento que invitaba a sonreír. Pero ella se encogió de hombros risueña, mientras decía:

—¿Y si...?

—¿Y si...? ¡Qué cría eres! ¡No quiera Dios que me duerma sin que te haya enseñado lo que es necesario que sepas! ¡Trae la *mulujiyya*, los conejos, el *whisky*, el laúd y tu cinturón de danza! ¡Hala, hala!

Dobló ella el índice izquierdo, lo acercó a la ceja respectiva, e hizo temblar la otra, preguntando:

—¿No temes que nos sorprenda la Sultana de repente?

—No temas, no volverá esta noche...

Ella lo asaeteó con una intensa y desconfiada mirada, y preguntó:

—¿Quién te ha dicho eso?

Él se dio cuenta de que se había ido de la lengua, y por un instante estuvo a punto de dominarle la confusión, pero se zafó de ella diciendo con tacto:

—La Sultana no está fuera hasta esta hora a no ser por una necesidad que la obligue a quedarse hasta por la mañana.

Ella miró fijamente y en silencio su alargado rostro; luego sacudió la cabeza con evidente ironía diciendo con una voz llena de confianza:

—¡Vaya con la ironía de los maduros! ¡Todo se debilita en ellos salvo su ironía! ¿Me has tomado por una descuidada? Ni hablar, por vida tuya que lo sé todo...

Él volvió a manosear la guía de su bigote con un asomo de exasperación. Luego le preguntó:

—¿Qué sabes tú?

—¡Todo!

Dudó ella un poco para aumentarle su zozobra; luego continuó:

—¿Recuerdas un día que te sentaste en el café de Si Ali para atisbar a través de su ventana? Ese día tus ojos traspasaban las paredes de nuestra casa, tan intensa era la mirada. Y cuando me subí al carruaje con los miembros de la orquesta me pregunté: ¿Nos seguirá aplaudiendo detrás de nosotros como los niños pequeños? Pero fuiste razonable y esperaste una ocasión mejor.

Rio el hombre a carcajadas hasta congestionarse; luego dijo asintiendo:

—¡Dios se apiade de nosotros!

—Pero tú olvidaste tu razón ayer cuando me viste ante Jan Gafar y ¡me seguiste entrando detrás de mí en la tienda de Yaqub...!

—¿Sabes eso también, sobrina de Zubayda?

—Sí, hermosura de los enamorados, porque yo nunca hubiera imaginado que tú entrarías detrás de mí en la tienda, pero no tardé en encontrarte sentado en el sofá ¡qué ni el mismo diablo de las mujeres se atreviera! Y cuando fingiste asombro al verme, estuve a punto de dar rienda suelta a mi lengua para maldecirte, pero me callé por cortesía.

—¿No he dicho yo que tú eres un enigma? —preguntó él riendo y batiendo palmas.

Ella siguió hablando, presa de la embriaguez de la victoria y del regocijo:

—Y sólo sé de esta noche que la Sultana me dijo: «Ayúdame; nosotras vamos esta noche a la balsa de Muhammad Effat». Y me puse a ayudar; pero la oí decir

después de eso: «¡El señor Ahmad es el que ha hecho la invitación!». ¡Tenía la mosca detrás de la oreja! Y me dije a mí misma: «¡El señor Ahmad no escoge nada al azar, por Dios», comprendí la historia y no fui, pretextando una jaqueca!

—¡Pobre de mí! He caído en las garras de una mujer sin piedad, ¿no es excesivo?

—Aún queda algo, la invitación de esta noche: ¡la invitación a la Sultana, sólo a ella! ¡Si reveláis lo oculto, escogeréis la realidad!

—¡Qué gratas palabras! ¡Cómo las de un predicador, perversa criatura de Dios!

—Luego, riendo sonoramente, añadió—: ¡Dios sea indulgente contigo!

Y preguntó con alegría y sin temor:

—He comprendido esta vez también, ya que te has quedado. No has abandonado la casa ni te has escondido...

Se levantó antes de terminar su frase y se dirigió hacia ella, sentándose a su lado. Luego tomó el extremo del chal bordado con monedas y lo besó mientras decía:

—¡Dios mío, yo certifico que esta preciosa criatura es más encantadora que las notas de su laúd; su lengua es un azote; su rostro es fuego; quien se enamora de ella es un mártir! ¡Esta noche tendrá importancia en toda la historia!

Ella lo alejó de sí con la palma de la mano diciendo:

—¡No me cojas con esa charla! ¡Vuelve a tu asiento!

—¡Nada nos separará a partir de ahora!

Súbitamente arrancó el chal de las manos del señor y se levantó, apartándose un poco de él. Luego se paró a poca distancia clavándole una muda mirada, como si hubiese vuelto en sí de algo importante, y dijo:

—No me has preguntado quién hizo que yo me quedase atrás y no fuese a la barcaza el día que nos invitó Muhammad Effat, obedeciendo a tu sugerencia.

—¡De modo que aumentas el fuego, atizándolo!

Lanzó ella tres carcajadas entrecortadas y se calló un rato. Luego dijo:

—Una idea sin importancia, pero antigua, ¿no es así, adorno de los libertinos? La verdad seguirá siendo un secreto hasta que yo piense descubrirlo cuando me parezca bien...

—Ofreecería mi vida como precio...

Sonrió ella limpiamente por vez primera, y brilló en sus ojos una tierna mirada que arrastraba los restos de sus burlas como arrastra la calma los restos de las tempestades. Su ánimo se alegró por la táctica y el sentimiento nuevos. Dio un paso hacia él y alargó las manos hacia su bigote con habilidad, y se puso a retorcérselo cuidadosamente. Luego dijo con un acento que él no le había oído antes:

—Así que ofreces tu vida como precio, pero ¿qué queda para mí, eh?

Él halló un profundo sosiego como no lo encontrara en toda aquella noche aciaga en la balsa. Era como si hubiese conseguido a una mujer por primera vez en su vida. Retiró las manos de ella de su bigote, y las guardó entre sus grandes palmas. Luego dijo con ternura y en tono de reproche:

—Estoy ebrio, dueña mía, ebrio hasta un punto que no puedo describir. Sé mía para siempre, para siempre. No viva quien rechace tu ruego o tu petición... Termina tu favor hacia mí, prepara nuestra cámara... Esta noche no es como las otras... Merece que la celebremos hasta el alba...

Ella dijo mientras sus dedos jugueteaban entre las palmas de sus manos:

—Verdaderamente esta noche no es como las otras, pero es necesario que nos contentemos con un poco solamente.

«¡Poco! ¿Hay acaso impedimento después de tanta complacencia? ¡No podría contenerme...!»

El señor le dio unos golpecitos en las manos; luego abrió sus palmas y miró fascinado el color rosado de la alheña que las teñía, y así estuvo hasta que ella le preguntó con voz risueña:

—¿Es que lees la palma, señor *sheyj*?

Él sonrió y dijo acariciadoramente:

—Yo soy notable en la lectura. ¿Quieres que te lea la palma de la mano?

Ella inclinó la cabeza afirmativamente mientras él se ponía a contemplar su mano fingiendo pensar, luego dijo con preocupación:

—En tu camino hay un hombre que tendrá que ver en tu vida...

Ella preguntó risueña:

—¿En lo legítimo, acaso?

Él alzó las cejas, recorriendo con la mirada la palma de su mano; luego dijo, sin que su rostro mostrara la menor huella de la más ligera broma:

—¡Qué va, prohibido!

—¡Dios me libre! ¿Qué edad tiene?

La miró desde debajo de sus cejas; luego dijo:

—No está claro, pero si lo comparas con su fuerza, está en la flor de la juventud.

Ella preguntó con insistencia:

—¿Por casualidad es generoso?

«En otros tiempos no fue la generosidad lo que te hacía irreprochable...»

—Su corazón no ha conocido la avaricia...

Ella reflexionó un poco, y luego volvió a preguntar:

—¿Le agrada que me quede como criada en esta casa?

«¡Ya está la cosa a punto! ¡Manos a la obra!»

—No, sino que te convertirá en señora, pues el mundo...

—¿Dónde me instalará bajo su protección?

«Zubayda misma no te exigiría nada de esto. Hablarán y hablarán de ti».

—Un bonito piso...

—¡Un piso...!

Se extrañó de su tono asombrado, y le preguntó sorprendido:

—¿No te agrada eso?

—¿No ves agua correr...? Mira bien... —dijo ella mostrando la palma de la mano.

—¡Agua correr! ¿Querrías una vivienda con baño?

—¿No ves el Nilo...? Una balsa o una barcaza...

«Cuatro guineas o cinco mensualidades en un solo pago, sin ningún otro gasto, ¡ah!, ¡no te enamores de los hijos de la calle!»

—¿Por qué escoges un sitio lejos de la civilización?

Se aproximó hasta que sus rodillas tocaron las de él, y dijo:

—Tú no eres menos prestigioso que Muhammad Effat, ni yo menos afortunada que la Sultana. Ya que me quieres como dices, podéis pasar en ella la velada tú y tus amigos. Ese es mi sueño. ¡Realízamelo!

Le rodeó el talle con sus brazos y se quedó en silencio, para sentir en calma su contacto y su dulzura; luego dijo:

—Tendrás lo que desees, esperanza mía...

En agradecimiento ella puso las manos en sus mejillas, diciendo:

—No pienses que tú vas a dar sin tomar. Acuérdate siempre que por tu causa voy a dejar esta casa en la que he vivido toda mi vida para no volver. ¡Y piensa que yo, cuando te pido que hagas de mí una señora, no es solamente por esto, sino porque no es conveniente que quien sea tu amiga sea menos que eso!

Él apretó los brazos en torno de su talle hasta pegar su cara contra el regazo de la muchacha; luego dijo:

—Conseguiré cualquier cosa, vida mía. Tendrás lo que quieres y más. Quiero verte como quieres verte tú misma. Y ahora prepara para nosotros la cámara. Quiero que siempre mi vida desde esta noche...

Ella cogió sus brazos, sonriéndole luego con una sonrisa de disculpa, y le dijo con dulzura:

—Cuando nos reunamos en nuestra barcaza en el Nilo...

—No excites mi locura —le dijo precavidamente—. ¿Podrías resistir mi

vehemencia?

Ella se volvió, mientras decía con un acento en el que se unían el ruego y la obstinación:

—No en la casa en la que he trabajado como sirvienta. Espera hasta que nos cobije la nueva, la tuya y la mía, cuando yo sea tuya para siempre; pero no antes de eso, por ti y por mí...

## 10

—¡Que todo siga bien, si Dios quiere!

Esto es lo que se repetía Ahmad Abd el-Gawwad a sí mismo mientras examinaba a Yasín que se había acercado a verlo en la tienda... Era una extraña e inesperada visita, que le trajo a la memoria otra que en tiempo atrás le había hecho también allí: un día que vino a verlo para que le aconsejara sobre la decisión de su madre —ahora difunta— de casarse por cuarta vez. Y la verdad es que lo más seguro era que no había venido para intercambiar saludos, ni para hablar de nada cotidiano que fuera posible tratar con él en la casa. Desde luego Yasín no habría ido a su encuentro en la tienda a no ser por algo urgente. Le dio un apretón de manos invitándolo a sentarse, mientras decía:

—¡Que todo siga bien, si Dios quiere!

Yasín tomó asiento en una silla cerca de donde se hallaba sentado su padre, detrás del escritorio, dando la espalda al resto de la tienda, donde Gamil el-Hamzawi se hallaba de pie delante de la balanza, pesando el género a unos clientes. Miró a su padre con cierto embarazo, lo que confirmó las conjeturas de este. Guardó el hombre un cuaderno en el que había registrado unas cuentas, y se incorporó en su asiento preparado para lo que viniese, quedando a su derecha la caja fuerte entreabierta, y encima de su cabeza una fotografía de Saad Zaglul de uniforme colgada de la pared debajo de un viejo cuadro de la *Rasmala*. No era caprichosa la idea de venir a la tienda, sino fruto de la más absoluta reflexión, al considerarla Yasín el lugar más seguro para iniciar una conversación con su padre, por cuya causa había venido. La presencia de Gamil el-Hamzawi en ella y el hecho de coincidir los clientes, era lo apropiado para servirle de coraza protectora contra su furia cuando él planteara sus pretensiones, dadas las mil facetas de la cólera de su padre; a pesar de la invulnerabilidad que Yasín poseía frente a él por ser el primogénito y por su buen comportamiento, con el que se había granjeado su favor.

—Concédeme un poco de tu precioso tiempo —dijo Yasín con profunda cortesía—. Si no fuera porque lo necesito no me habría atrevido a molestarte, pero no puedo dar un solo paso sin la luz de tu opinión y el apoyo de tu favor.

El señor sonrió interiormente burlándose de esta extraordinaria ceremonia, y se puso a contemplar a su hermoso y perfumado muchacho, tan elegante y circunspecto. Le dirigió una mirada de conjunto que abarcaba su retorcido bigote, a la manera del suyo propio, su traje oscuro y su camisa de plastrón almidonada; la

pajarita azul, el espantamoscas de marfil y los deslumbrantes zapatos negros. Yasín sólo había retocado su aspecto por respeto a la presencia de su padre en dos puntos: había hecho desaparecer la punta de su pañuelo de seda que sobresalía del bolsillo superior de su chaqueta, y había enderezado el *tarbúsh*, que habitualmente llevaba inclinado a la derecha... Decía a su padre que no era posible dar un paso sin la luz de su opinión. ¡Buen tiro! ¿Acaso le había pedido que lo iluminase cuando bebía? ¿O cuando andaba a su aire por las calles de Wagh el-Birka que él le había prohibido? ¿Es que le había pedido que lo hiciera la noche que se abalanzó sobre la criada arriba en la azotea? ¡Qué bien! ¿Qué había detrás de este sermón?

—Esto es lo menos que podía esperarse de un hombre sensato como tú. ¡Que todo siga bien, si Dios quiere!

Yasín giró la vista mirando de reojo a Gamil el-Hamzawi y a los que estaban con él. Luego acercó su silla al escritorio y, haciendo acopio de valor, dijo:

—He resuelto casarme, con tu consentimiento y beneplácito...

¡Una verdadera sorpresa! Pero una sorpresa alegre, cosa que no esperaba. Calma, sin embargo. Esperemos hasta escuchar lo más importante de la conversación. ¿No había algo que invitaba a la angustia? ¡Bah! Ese preámbulo denota cortesía y afecto. Y el elegir la tienda como lugar para hablar de un asunto. No hay posibilidad de temer la menor pelea. En cuanto al matrimonio en sí, cuántas veces le había expresado su deseo. Lo había hecho cuando insistió con Muhammad Effat para que se casara con su hija. Se lo había expresado cuando le pedía a Dios que lo guiara hacia la madurez y hacia una chica decente. Es más, seguramente si no hubiera sido por el temor de comprometerse con los amigos, como lo hiciera anteriormente con Muhammad Effat, no habría dudado en casarlo de nuevo. Pero esperemos. Quizás no ocurra nada de lo que nos preocupa...

—Una buena decisión que yo apruebo totalmente. ¿Has hecho tu elección en una familia concreta?

Yasín bajó los ojos un instante; luego los alzó diciendo:

—He encontrado el objeto de mi deseo. Una ilustre casa a la que conocemos bien toda la vecindad. El dueño era uno de tus venerables conocidos...

El señor alzó las cejas en un gesto de interrogación sin decir esta boca es mía, y Yasín añadió:

—El difunto Muhammad Redwán.

—¡No!

Se le escapó, incapaz de ser dueño de sí mismo. Fue como una especie de protesta, hasta que pensó que era necesario justificar estos bufidos por su propia



dignidad, y disimuló la realidad de sus sentimientos, cosa que no le costó trabajo.

—Pero ¿no está divorciada su hija? —dijo—. ¿Es el mundo tan estrecho que te casarías con una mujer que no es virgen?

Yasín no se sorprendió de esta objeción; la esperaba desde el momento en que había decidido casarse con Maryam. Pero era la fuerza de la esperanza la que lo llevaba a imaginar ante la oposición de su padre, que este se oponía sólo por dos razones: el preferir la virgen a una que no lo era, o el evitar a una mujer que le recordaba la tragedia de su hijo desaparecido. Yasín creía en la prudencia de su padre y esperaba que al final desestimara estos dos leves contratiempos. Es más, estaba seguro de su consentimiento, para así superar la verdadera resistencia que esperaba por parte de su madrastra. Esa resistencia que lo dejaba perplejo cuando pensaba en ella, hasta el punto de ocurrírsele abandonar la casa, huir de ella y casarse como le pareciera, enfrentándose a cuanto pudiera suceder. Y si no fuera porque no podía soportar la cólera de su padre, lo habría hecho. Además, le resultaba penoso ignorar los sentimientos de su segunda madre —casi su verdadera madre— antes de esforzarse en conquistar el favor y la aquiescencia para su proyecto...

—No me angustia el mundo. Es la suerte y el destino... No busco ni dinero ni prestigio... Me basta con una buena familia y una buena moral...

Había resignación en medio de estos penosos y confusos asuntos. Su opinión era sincera y no había el menor engaño. Este era Yasín ni más ni menos; un ser humano —o un animal— cuyas penalidades caminaban delante y detrás de él. Y si le traía a su padre una buena noticia o le comunicaba una buena nueva, ya no sería Yasín; habría contradicho la opinión que tenía sobre él. No lo avergonzaba posiblemente un matrimonio que no pretendiera prestigio o interés; en cuanto a la moral, eso era otra cuestión. Sin embargo este estúpido tenía excusa, y estaba claro —naturalmente— que no sabía nada de la conducta de la madre de la muchacha a la que deseaba como esposa. Esa conducta la conocía solamente él, y posiblemente otros que le habían precedido o seguido. ¿Qué hacer? Sin duda la muchacha era bien educada, pero con toda seguridad no se había visto agraciada con la mejor de las madres, ni con el mejor ambiente. Era penoso que él no pudiera hacer pública su opinión —esa—, al no acertar a confirmar lo que dijera con su prueba evidente, especialmente cuando veía que él se podía enfrentar con la desconfianza y el recelo de quien lo oyese por primera vez. Y lo peor de aquello era que no se atrevía a mirarlo. Yasín por su parte podría haberse puesto a investigar y a preguntar, y hubiera tropezado con otro asunto tras el silencio de su padre, lo que hubiera sido la mayor de las humillaciones.

La cuestión era pues, delicada y embarazosa. Luego, había una espina penetrante,

es decir, una vieja historia que relacionaba a la muchacha con Fahmi. ¿No se acordaba Yasín de aquello? ¿Cómo no dar importancia al hecho de desear a una muchacha en la que anteriormente se había fijado su difunto hermano? ¿No era esto una conducta abominable? En efecto, así era. Desde luego, no cabía duda del afecto del joven por su hermano muerto; la dura lógica de la vida alzaba una excusa para la gente de su especie. El anhelo es un tirano ciego, sin piedad, y él era el que mejor lo sabía.

El hombre frunció las cejas para darle a entender su estado de ánimo, y dijo:

—Mi corazón no está tranquilo con tu elección, no sé por qué. El difunto Muhammad Redwán fue un hombre realmente bueno, pero la parálisis le impidió atender su casa mucho tiempo antes de su muerte. No he intentado con esta observación ofender el pensamiento de nadie, en absoluto; pero algo se dice, posiblemente alguno dude, ¿eh? Lo más importante para mí es que se trata de una muchacha divorciada, ¿por qué se divorció? Esta es una de las muchas preguntas cuya respuesta es necesario saber. No está bien que confíes en una divorciada, hasta que hayas investigado todo sobre ella. Quizás es esto lo que quiero decir. El mundo está lleno de chicas de buena familia...

—He buscado por mí mismo y por otros medios —dijo Yasín envalentonado por el proceder de su padre, que se estaba limitando a discutir y a dar buenos consejos—, y tengo claro que la culpa es del marido, pues ya estaba casado y se lo ocultaba a ellos. Además, no podía mantener dos casas a un mismo tiempo; y luego, sus malas costumbres.

«¿Sus malas costumbres! ¡Habla sin el menor pudor de las malas costumbres! ¡Este imbécil te plantea un tema como novedad para reír toda una noche!»

—Entonces, ¿has buscado e indagado de modo exhaustivo? —dijo.

—Ese es un paso obvio —repuso Yasín con timidez mientras evitaba los penetrantes ojos de su padre.

El hombre le preguntó bajando la mirada:

—¿No sabes que esa chica está vinculada a nosotros por dolorosos recuerdos?

La confusión se apoderó de él hasta hacerle palidecer.

—No es posible —dijo— alejar esto de mí; pero no tienen fundamento. Yo sé con seguridad que mi hermano sólo se preocupó por todo este asunto unos cuantos días. Luego lo olvidó totalmente. Y afirmaré que se desanimó más adelante cuando se convenció de que la chica no lo quería como había imaginado...

«¿Dirá Yasín la verdad, o defenderá su postura? Se trataba de la confidencia del difunto, y posiblemente era Yasín la única persona que podía pretender con todo

derecho ser el depositario de la clave de aquellas cosas íntimas que los otros no sabían. ¡Ojalá sea sincero! ¡Sí! ¡Ojalá sea sincero!, pues a su padre lo habría librado de una tortura, que le quitaba el sueño cuantas veces recordaba que un día él mismo había dado un paso en falso en el camino de la felicidad del hijo desaparecido, siempre que se le venía a las mientes que quizá había muerto con el corazón destrozado, o para vengarse de su despotismo y de su obstinación. Esos pesares que con frecuencia mordían su corazón. ¿Querría Yasín curarlo de ellos?» Le preguntó con una ansiedad cuya hondura no comprendió el joven:

—¿Estás seguro de que es cierto lo que dices? ¿Se sinceró contigo?

Y por segunda vez en su vida, vio Yasín a su padre en una situación de derrota, de la que solamente había sido antes testigo el día de la muerte de Fahmi.

—Dime la verdad sin ambages —le dijo—. Esto me importa más de lo que tú te imaginas.

Estuvo a punto de reconocer su dolor, pero no lo hizo aunque lo tenía en la punta de la lengua; y dijo sin vacilar:

—La verdad completa, Yasín.

—Estoy seguro de lo que digo. Lo he sabido por mí mismo, y lo he oído con mis propios oídos. En ello no hay la menor duda...

En otras circunstancias no habrían sido estas palabras suficientes —ni otras más elocuentes que ellas— para convencerle de la sinceridad de Yasín; pero tenía derecho a desear su confirmación, así como su sinceridad y su fe en él. Su corazón se llenó de profunda gratitud y de una paz total hacia su hijo. No volvió al asunto del matrimonio —en este momento era lo que menos le preocupaba—. Buscó refugio en el silencio, gozosa y tranquilamente, con la paz que rebosaba en su corazón. ¡Espacio, espacio!

Volvió a tomar el hilo de sus recuerdos en el punto donde los había dejado mientras veía a su hijo, a quien la emoción había borrado de sus ojos. Volvió a pensar en Maryam, en su madre, en el matrimonio de Yasín, en su deber, y en lo que podía y no podía decir.

—Por importante que sea el asunto —dijo— yo quiero que lo sigas pensando más profundamente, con precaución y detenimiento. No te precipites; date tiempo de reflexionar y de examinar. Se trata del futuro, del prestigio y de la felicidad. Yo estoy dispuesto a elegir para ti por mí mismo otra vez, cuando me hagas la promesa sincera de que no me arrepentiré de mi intromisión, cuando en ella esté tu salvación, ¿eh? ¿Qué opinas?

Yasín guardó silencio, meditabundo y enojado por el sesgo de la conversación

hacia un cauce estrecho y embarazoso. Ciertamente que el hombre hablaba con una rara sensatez, pero sin ocultar su angustia ni perder su compostura. Y si él mismo insistía en su punto de vista después de aquello, la discusión los arrastraría a ambos a una disputa no deseable, pero ¿es que iba a andarse con rodeos por librarse de esta consecuencia? ¡No ciertamente! ¡No podía seguir siendo un niño! ¡Se casaría con quien quisiera, como quisiera, pero que le ayudase Dios a guardar el amor de su padre!

—No quiero causarte una nueva molestia —dijo—. Gracias, papá. Lo que más deseo es conseguir tu aprobación y tu contento.

Agitó el señor su mano impaciente, y dijo con un tono no exento de violencia:

—¡Te niegas a abrir los ojos a lo que según mi parecer es de razón...!

—No te irrites, papá —dijo Yasín con ardiente súplica—. Prométeme, por Dios, que no te vas a enfadar. ¡Tu alegría es una bendición, y no soporto que te consumas por mí! ¡Permíteme tentar mi suerte y pide para mí la prosperidad!

Ahmad Abd el-Gawwad se convenció de que tenía que resignarse con lo que se le planteaba, y así lo hizo con pena y desesperación... ¡Sí! Posiblemente Maryam era —a pesar del libertinaje de su madre— una muchacha excelente y una esposa virtuosa. Pero con todo, no cabía duda de que Yasín no había acertado en absoluto eligiendo esposa, ni eligiendo desde luego la mejor de las casas.

El asunto estaba en manos de Dios. Había pasado el tiempo en el que habría sido su voluntad la que dictara, sin que nadie se lo discutiera. Hoy Yasín era un hombre responsable, y no incurriría en el recurso de obligarlo a aceptar su opinión, no fuera a rebelarse... Así pues, aceptaría el asunto que se le planteaba, y pediría a Dios la paz. Repitió el buen consejo y la reflexión. Y Yasín se refugió otra vez en la disculpa y en el afecto, hasta que no tuvo nada más que añadir... Abandonó la tienda contento en su interior, por haber conseguido el consentimiento y el favor de su padre, a pesar de que sabía que la crisis verdaderamente peligrosa era la que le esperaba en la casa, y sabía también que abandonaría inexorablemente aquel hogar, porque el mero hecho de pensar en la posibilidad de incorporar a Maryam a la familia rayaba en la locura; deseaba dejarla en paz, sin que quedara tras de él enemistad o rencor. Tanto más, cuanto que no le era fácil pasar por alto a la mujer de su padre, o renegar de su afecto y del buen trato que ella le había dispensado. Nunca hubiera imaginado que los días le forzarán a mantener esta extraña actitud con respecto a su casa y a su familia; pero las cosas se habían complicado, y los cauces se habían estrechado tanto que no le quedaba otra salida sino el matrimonio. Y lo asombroso era que su clarividencia no ignoraba la política femenina concebida para hacerlo caer; una

política antigua que se resumía en dos palabras: atraer y rechazar. Pero el afán por la muchacha se le había metido en la sangre, y no tenía más remedio que saciar su sed de cualquier modo, aunque fuera por el matrimonio. Y lo más bueno de aquello era que él sabía de la historia de Maryam tanto como sabían todos los miembros de su familia —salvo su padre por la naturaleza de la situación—. Pero su afán se desbordaba, sin que aquello se apartara de su pensamiento o lo obligara a renunciar a ella. Y se decía a sí mismo: «¿Por qué atormentar mi corazón por un pasado que se ha ido, del que no soy responsable? Comenzaré para mí una nueva vida, y a partir de ahí empezará mi responsabilidad, y la confianza en mí mismo no tendrá frontera. Y si ocurre que ella hace fracasar mi idea, la echaré fuera como se tira un zapato viejo». Y la verdad era que no se había consultado a sí mismo sobre lo que había de hacer, pero se servía de eso para justificar su ansia desbocada e irrefrenable. Esta vez se embarcaba en la boda como sustitución a una amistad íntima que se le negaba, lo cual no quería decir que abrigara maldad hacia el matrimonio, o que lo tomara por un pretexto pasajero para llevar a cabo su deseo. La verdad era también que él mismo —a pesar de las veleidades de Maryam, de las que no se había desprendido— se inclinaba a la vida matrimonial y a una casa tranquila.

Todo esto pasó por su imaginación mientras ocupaba su sitio al lado de Kamal en la sala de estar, esa sala que parecía testigo de su último día en la misma. Giró su mirada con un mucho de tristeza entre los sofás, las alfombras multicolores y el gran farol colgado del techo. Amina estaba sentada con las piernas cruzadas según su costumbre, en el sofá que se alzaba entre la puerta del dormitorio del señor y la del comedor, arreglando el fuego, a pesar del calor del ambiente, para hacer el café. La envolvía un velo blanco por encima de una túnica violeta, que traslucía su delgadez. La nimbaba una calma que se mezclaba junto con el silencio con algo de tristeza, como el agua de la playa que cuando se calma deja ver sus entrañas.

¡Cuánta pena y temor sintió cuando se disponía a expresar lo que había en su interior! Pero no tenía más remedio que hablar, y así lo hizo tras vaciar su café de un trago sin ni siquiera tomarle el gusto:

—¡Por Dios, mamá! Tengo un asunto sobre el que quiero pedirte consejo...

E intercambió con Kamal una mirada, que indicaba que este estaba en antecedentes del tema de la conversación, y permanecía al acecho de sus consecuencias con un interés no menor que el del mismo Yasín.

—Bien, hijo mío... —dijo Amina.

—¡He decidido casarme! —repuso Yasín brevemente.

Brilló en los pequeños ojos melados de Amina un risueño interés. Luego dijo:

—Está bien lo que has decidido, hijo mío. No es necesario que prolongues tu espera más de lo que lo has hecho.

Apareció después en sus pupilas una mirada interrogadora, pero en lugar de formular su pregunta, dijo como si lo guiara poco a poco a confesar el secreto que allí había:

—Habla a tu padre o permíteme que yo lo haga. No le costará trabajo encontrar una nueva esposa para ti mejor que la primera...

—He hablado a mi padre, en efecto —dijo Yasín mostrando más circunspección de la que requería el asunto— y no hay necesidad de molestarlo con una nueva dificultad, pues yo he elegido por mí mismo, mi padre está de acuerdo y espero conseguir también tu conformidad...

El rostro de ella enrojció de timidez y alegría, por la importancia que le daban sus hijos.

—Nuestro Señor estará de acuerdo en lo que sea lo mejor —dijo—. Apresúrate a llenarnos la casa vacía, pero ¿quién es la buena chica que tú has decidido tomar por esposa?

Yasín intercambió otra mirada con Kamal.

—Unos vecinos a los que tú conoces —dijo luego con dificultad.

Ella frunció el ceño, haciendo memoria con la mirada perdida en el vacío, moviendo el índice como si enumerara los vecinos que se le venían a la imaginación. Luego dijo:

—Me haces dudar, Yasín. ¿Por qué no hablas y me tranquilizas?

—Nuestros vecinos más próximos —dijo él mientras sonreía desmayadamente.

—¿Quién? —exclamó turbada sin dar crédito, mientras escudriñaba su rostro.

Yasín inclinó la cabeza y apretó los labios. Ella volvió a hablar con voz entrecortada, haciendo signos hacia atrás con los pulgares:

—¿Esos? ¡Imposible! ¿Sabes lo que dices, Yasín?

Él respondió con el silencio más sombrío, hasta que Amina gritó:

—¡Es una triste noticia! ¡Aquellos que se regocijaron con nuestra desgracia en el momento mismo del infortunio!

—¡Jura por Dios que no repetirás esas palabras! —exclamó Yasín fuera de sí—. Es una conjetura falsa. Si mi corazón estuviera persuadido de ello un solo momento...

—¡Naturalmente, los defiendes! Pero es una defensa que no engañará a nadie. No te canses de convencerme de lo imposible. ¡Señor! ¿Qué necesidad hay de esta humillación? Son todo vicios y defectos, ¿es que no hay ni un solo mérito que

justifique esta injusta elección? Dices que has conseguido el consentimiento de tu padre. El hombre no sabe nada acerca de estas cosas. Di que tú lo has engañado...

—Tranquilízate —dijo Yasín suplicante—. No hay nada más odioso para mí que tu enojo. Hablemos con calma...

—¿Cómo puedo escucharte después de esta bofetada? ¡Di que sólo ha sido una broma estúpida! ¿Maryam? ¿La desvergonzada muchacha de la que conoces lo que todos conocemos? ¿Has olvidado su escandalosa historia? ¿La has olvidado verdaderamente? ¿Y quieres traer a esa chica a nuestra casa?

—¡Yo no he dicho eso en absoluto! —replicó mientras respiraba profundamente como si expulsara de su pecho la ansiedad y la confusión—. Este asunto carece de importancia. Lo verdaderamente importante para mí es que lo contemples con una mirada nueva libre de prejuicios...

—¿Qué prejuicios, di? ¿He sido injusta con ella sin fundamento? Dices que tu padre está de acuerdo. ¿Le contaste acaso su escandaloso juego con los soldados ingleses? ¿Qué les pasa a los hijos de la gente bien, Señor?

—Calma tu ánimo. Hablemos con tranquilidad. ¿Qué se saca con esta irritación?

—¡Mi ánimo no puede calmarse —dijo ella a gritos, que no estaban en consonancia con su carácter de otros tiempos— mientras que el asunto siga implicando el recuerdo de tu hermano!

—¿Mi hermano? —repuso Yasín tragando saliva—. Dios se apiade de él y lo acoja en su paraíso. Este asunto no afecta a su memoria en absoluto. Créeme, pues sé lo que digo. No te angustie su reposo.

—No soy yo la que se angustia por su reposo. Le angustia a su hermano, que se ha fijado en esa chica. ¡Tú lo sabes, Yasín! ¡No puedes negarlo...! ¿Quién sabe —dijo con violenta agitación— si tus ojos se habían fijado ya en ella en aquel lejano momento?

—¡Mamá!

—¡Ya no tengo fe en nada! ¿Cómo podía tenerla después de esta traición? ¿Se ha estrechado tanto el mundo y se ha despoblado hasta tal punto, que no se encuentren muchachas para casarse salvo la chica que destrozó el corazón de tu hermano? ¿No recuerdas la tristeza que le produjo escuchar junto con nosotros la historia del soldado inglés...?

—Dejemos esa cuestión para otro momento. Te probaré más adelante que el difunto obedeció a la llamada de su Señor, sin que hubiera en su corazón la menor huella de esta muchacha. Pero ahora el ambiente no es propicio para hablar...

—¡Ningún ambiente me sirve para hablar! —le gritó encolerizada—. ¡Tú no

respetas la memoria de Fahmi...!

—¡Ojalá tengas idea de la pena que me producen tus palabras!

—¿Qué pena? —gritó presa de una enorme furia—. ¡Tú nunca has sentido pena por tu hermano! ¡De entre los extraños hay quien ha sentido más pena que tú!

—¡Mamá!

Kamal pensó terciar en la conversación, pero ella lo hizo callar con un gesto de su mano, mientras chillaba:

—¡No me llares mamá! ¡Fui para ti una verdadera madre, pero tú no has sido para mí un hijo, ni para mi hijo un hermano!

Yasín no pudo aguantar más. Se levantó terriblemente afligido, y salió de la sala hacia su habitación. No tardó Kamal en darle alcance, no menos triste y afligido que él.

—Te lo advertí —le dijo.

—No permaneceré en esta casa ni un minuto más después de esto —repuso Yasín irritado.

—Es necesario que la disculpes —dijo Kamal con desasosiego—. Sabes que mi madre ya no es como era. Tu propio padre hace la vista gorda algunas veces ante alguna de sus faltas. Está encolerizada; no tardará en calmarse, así que no tengas en cuenta sus palabras, es lo que deseo de ti...

—No lo haré, Kamal —dijo Yasín suspirando—. No hipotecaré lo más bonito de estos años por un momento como este. Sin embargo, ¿cómo podré levantar mi cara hacia ella día y noche, si esa es la opinión que tiene de mí?

Guardó silencio unos instantes, rencoroso y abatido.

—No es cierto que Maryam destrozara el corazón de mi hermano muerto —dijo—. En un momento dado pidió permiso para prometerse a ella, y papá rehusó. Fahmi hizo lo posible para olvidarse del asunto, se olvidó, y todo acabó. No es culpa de la chica ni es culpa mía si he querido casarme con ella a los seis años de esta historia.

—Es verdad lo que dices —se apresuró a decir Kamal—. Mamá se convencerá de ello en seguida, y espero que lo que has dicho de no quedarte en casa será una broma.

—Yo soy el primero al que le duele huir de esta casa —repuso Yasín agitando la cabeza tristemente—. Pero la abandonaré antes o después, puesto que trasladar a Maryam aquí es imposible. No mires mi marcha sino desde este ángulo. Me trasladaré a mi casa de Qasr el-Shawq, pues afortunadamente el piso de mi madre sigue vacío. Me encontraré con mi padre en la tienda y le expondré las causas de mi partida, menos lo que pueda enturbiar su tranquilidad. No estoy enfadado.



Abandonaré la casa apenado hasta el infinito, apenado por la división de su familia... Mamá la primera... No te entristezcas. Las aguas volverán pronto a su cauce. No hay en esta familia ningún mal corazón, y el de tu madre es de una pureza resplandeciente...

Se dirigió al armario y lo abrió, examinando sus trajes y sus accesorios. Dudó un instante antes de expresar lo que estaba firmemente decidido a hacer, y se volvió a Kamal diciendo:

—Me casaré con esta muchacha, tal como lo quiere el destino. Pero me queda la satisfacción de no haber ofendido nunca la memoria de Fahmi. Tú sabes, Kamal, el cariño que yo le tenía, ¿cómo no? Y si aquí hay alguien a quien se le cause pena por este matrimonio... ese soy yo.

Una criadita condujo a Yasín a la sala de recibir, y luego se fue. Él visitaba la casa del difunto señor Muhammad Redwán por vez primera en toda su vida. La habitación era —al estilo de las de la casa de su padre— espaciosa y de techo alto. Había en ella una celosía que se alzaba sobre la calle de Bayn el-Qasrayn, y dos ventanas que daban al callejón lateral en el que se abría la puerta de la casa. El suelo había sido cubierto con pequeñas alfombras, y en sus paredes se alineaban sofás y sillones. De la puerta y de las ventanas colgaban cortinas de terciopelo gris, descoloridas por el tiempo. En la pared que daba frente a la puerta había colgada una Basmala en un gran marco negro, mientras que en medio de la pared de la derecha —encima del sofá principal— había un retrato del difunto señor Muhammad Redwán, representado en edad mediana.

Yasín escogió el primer sofá que daba justo a la derecha de la entrada y se sentó, mientras pasaba cuidadosamente revista al lugar, hasta que sus ojos se detuvieron en el rostro del señor Muhammad Redwán que parecía devolverle la mirada con unos ojos como los de Maryam. Sonrió encantado, mientras se espantaba una mosca imaginaria con el espantamoscas de marfil. Se le planteó un problema al que ya se había enfrentado desde que pensó en ir a pedir la mano de Maryam: era la ausencia en la casa del sexo masculino, y el no haber podido nombrar a nadie del sexo contrario para que lo representara. El resultado era que había venido solo como la rama cortada del árbol —según su expresión—, cosa que lo avergonzaba en cierto modo, como hombre que ha heredado de su medio social el orgullo del origen y de la familia. Por otra parte, estaba tranquilo de que Maryam no tenía más remedio que facilitarle el camino ante su madre, de modo que el mero anuncio de su visita denunciara la causa de su venida y así pudiera prepararle un ambiente propicio para llevar a cabo su misión.

La criada volvió a aparecer llevando la bandeja del café, y la colocó sobre una mesa delante de él. Retrocedió mientras le notificaba que su «señora mayor» venía en seguida... ¿Y su «señorita»? ¿Había sido enterada de su presencia? ¿Cuál era el eco de aquello en su delicada alma? La llevaría en su belleza a Qasr el-Shawq... «¡Pon empeño en lo que quieres!» ¿Quién iba a pensar de Amina esta capacidad para encolerizarse? Ella que tenía la dulzura de los ángeles... ¡Malhaya sea la tristeza! También su padre se había encolerizado cuando él le confesó en la tienda que se marcharía de casa; pero fue una cólera piadosa, que ocultaba su emoción y su pena.

¡Vaya!, ¿es que Amina iba a sacarle a la luz la historia a Maryam? La cólera de una madre por el desconsuelo del hijo perdido era algo aterrador, pero Kamal le había prometido calmarla... «¡En Qasr el-Shawq vas a encontrar la primera buena sorpresa en medio de ese ambiente tormentoso, con la muerte del frutero y la llegada a su vez de un relojero! ¡A la fosa...!» Oyó un carraspeo junto a la puerta y dirigió la mirada hacia allí mientras se levantaba. No tardó en ver a la señora Bahiga que entraba de lado, ya que el batiente de la puerta abierto de par en par no era lo suficientemente espacioso para que ella pasara cuando lo hacía de frente. Él miró a hurtadillas, sin proponérselo, las líneas que delimitaban los detalles de su voluminoso cuerpo, y no pudo por menos de maravillarse cuando pasó ante sus ojos su trasero, cuya grupa casi le llegaba a la mitad de la espalda, mientras que la parte de abajo se desbordaba sobre sus muslos como si fuera un globo. Se le acercó con pasos lentos, que oprimían ferozmente aquellos quintales de carne y de grasa. Luego le tendió una mano delicada y blanca que aparecía desde la manga de su holgado traje blanco, mientras decía:

—¡Bienvenido! ¡Nos honras y nos traes la luz!

Yasín estrechó su mano con cortesía, y permaneció de pie hasta que ella se sentó en el sofá vecino, y entonces él tomó asiento... La veía de cerca por vez primera, ya que la antigua relación con su familia, y el hecho de haber adquirido a sus ojos, con el paso de los años, una verdadera presencia de madre por la edad y el respeto... ambas cosas lo habían llevado a rehuir el contemplarla y examinarla como hacía con las otras mujeres, siempre que la divisaba a lo lejos por la calle. Por eso le pareció que se tropezaba con un nuevo descubrimiento. Se había puesto un vestido que cubría su cuerpo desde el cuello hasta los pies, e incluso estos los ocultaba dentro de unas medias blancas, a pesar del calor del ambiente, mientras que las mangas del vestido se alargaban sobre sus brazos y antebrazos hasta las muñecas. Se cubría la cabeza y el cuello con un velo blanco, cuyas amplias puntas caían sobre la parte superior del pecho y la espalda. Se mostraba con un decoro que correspondía a su dignidad y estaba de acuerdo con su edad, próxima a los cincuenta años —según él sabía—, y que evidenciaba una lozana salud, manifiesta en lo alegre del carácter y lo joven del corazón.

Observó entre otras cosas que ella se le mostraba con un rostro natural, sin el más mínimo afeitado o maquillaje, a pesar de que él conocía su afición por el arreglo y su maestría en el embellecimiento; asunto que la convertía desde antiguo por todo el barrio en punto de referencia para cualquier cosa que se relacionara con el gusto femenino en lo tocante a vestidos o maquillaje. Recordó en esta ocasión cómo

Amina había defendido a esta mujer siempre que se le ocurría a alguien censurar su exageración en el arreglo; luego, cómo ella misma había cambiado, cargando contra Bahiga en los últimos años por la causa más banal, acusándola de falta de pudor y de ignorar la decencia a la que estaba obligada por su edad.

—¡Qué agradable iniciativa, Yasín efendi!

—¡Dios te honre!

Estuvo a punto de añadir «tía Bahiga» pero una sensación instintiva le hizo temer en el último momento el pronunciar la frase, especialmente cuando observó que ella no lo había llamado «hijo mío» como era de esperar. La mujer preguntó:

—¿Cómo estáis? ¿Y tu padre y Umm Fahmi y Jadiga, y Aisha y Kamal?

—Están todos bien —respondió mientras sentía una cierta vergüenza al preguntarle por aquellos que le habían declarado la guerra sin causa fundada—. Soy yo el que te pregunta cómo estás...

No cabía duda de que ella pensaba en este momento en la animadversión a la que había tenido que hacer frente tras el fallecimiento de Fahmi, viéndose por ello obligada a romper con la familia vecina después de un trato que durara toda la vida. ¡Qué animadversión! Es más, ¡qué enemistad soterrada! ¡Sólo era porque un día la mujer de su padre anunció que «su sensibilidad» le decía que Maryam y su madre no habían sentido sinceramente a Fahmi! ¡Señor! ¿No fue suficiente el daño? Según ella, era inconcebible que la negativa del señor ante el deseo del muchacho de pedir a Maryam en matrimonio no les hubiera llegado en su momento por un camino o por otro, o acaso por deducción, y que era inconcebible que sabiendo aquello no sintieran rencor hacia él. Y a menudo repetía Amina que ella había oído que cuando Maryam lloró a Fahmi en el funeral había dicho: «¡Qué pena, que no has gozado de tu juventud!». Lo cual la madre había traducido así: «¡Qué pena, que tu familia se haya opuesto a que goces de tu juventud!». Y añadía a todo aquello lo que se le ocurría según su tristeza y su pesar. Y no sirvió con ella fuerza alguna para apartarla de su «corazonada». En seguida cambió su conducta hacia Maryam y su madre, hasta que llegó la ruptura...

—¡Maldiga Dios al demonio! —dijo Yasín con sensación de vergüenza y de apuro.

—¡Maldito sea mil veces! —dijo Bahiga apoyando lo que él decía—. Cuántas veces me he preguntado a mí misma de qué se me acusa para encontrarme como me encuentro ante la señora Umm Fahmi; pero vuelvo en mí, y pido a Dios que le conceda paciencia... ¡Pobrecilla!

—¡Que Dios te pague con creces por la nobleza de tu carácter y la bondad de tu

corazón! ¡Verdaderamente es una pobre mujer necesitada de paciencia!

—Pero ¿cuál es mi delito?

—No hay ningún delito por tu parte, es del demonio al que Dios maldiga...

La mujer movió la cabeza con un gesto de víctima inocente y guardó silencio un instante, hasta que se volvió hacia la taza de café que parecía olvidada en la bandeja, y dijo indicándosela:

—¿No te has bebido aún el café?

Yasín alzó la taza hasta su boca, bebió un trago, y después la devolvió a la bandeja; carraspeó un poco, y luego empezó a decir:

—¡Cuánto me apena cómo ha acabado la amistad de las dos familias! Pero ¿qué hacer? En todo caso es necesario que intentemos olvidar todo eso dejando el asunto al paso del tiempo. El hecho es que yo no quería suscitar la tristeza de los recuerdos; no he venido a esto. Yo he venido con otro propósito que dista bastante de los tristes recuerdos...

La mujer hizo un gesto con la cabeza como si arrojara con él esos tristes pensamientos. Luego sonrió dispuesta a escuchar algo nuevo. Sacudió la cabeza, mientras su sonrisa era como un instrumento musical que acompaña al cantante cuando cambia su acorde, como preparación para dar entrada al cantante en un nuevo compás de la canción. Yasín dijo, haciendo acopio de desparpajo ante su sonrisa:

—Yo mismo no carezco en mi existencia de tristes recuerdos relacionados con mi vida pasada; quiero decir, mi primera experiencia en el matrimonio, en el que Dios no me favoreció con una buena persona. Pero no quiero insistir en eso: el hecho es que yo he venido después de haberme decidido —confiando en Dios— a abrir una nueva página portadora de las mejores noticias en lo que he decidido...

Las miradas de ambos se encontraron al punto, y resplandeció en ellos la buena acogida. ¿Habría sido oportuno hacer alusión a su primer matrimonio? ¿No habría llegado a los oídos de esta mujer algo sobre las verdaderas razones de su fracaso? ¡No te preocupes de eso! Los bonitos rasgos de ella insinúan una indulgencia sin límites. ¡Sus bonitas facciones! ¿No era así? ¡En efecto! Si no fuera por la diferencia de edad sería más guapa que Maryam. Fue, sin duda, una mujer más guapa que Maryam en su juventud dorada... ¡No! ¡Ella era más guapa que Maryam a pesar de la diferencia de edad! ¡Era así, en efecto!

—Me imagino que te has dado cuenta de mi intención; quiero decir que he venido a pedir la mano de tu hija Maryam *hánem*...

El rostro esplendoroso se iluminó con una sonrisa en la que brillaba una nueva vitalidad, y dijo:

—No puedo más que decir ¡bienvenido! Maravillosa familia y maravilloso marido. Ayer nos afligió la mala suerte con un ser despreciable. Hoy se dirige a Maryam un hombre digno realmente de hacerla feliz, y ella será, con la ayuda de Dios, apta para hacerlo feliz a él. Y nosotros —cualquiera que sea el malentendido que nos ha separado— una sola familia desde siempre...

Yasín se sintió tan dichoso que sus dedos se pusieron a arreglar la pajarita con golpecitos nerviosos y apresurados. Luego dijo con su hermoso y moreno rostro cubierto de rubor:

—Te doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Que pague por mí tus amables palabras. Somos una sola familia, como has dicho, a pesar de todo. Maryam *hánem* es una joven con la que se engalana todo nuestro barrio por su origen y su moral. Espero de Dios que la recompense por su paciencia y que lo haga también conmigo...

Ella balbució «amén» mientras se levantaba. Luego se acercó a la mesa con su soberbio cuerpo, y cogió la bandeja del café mientras llamaba a Yasmina; se volvió con la bandeja en las manos y se la dio a la criada, que había llegado en seguida. De repente se volvió a Yasín para decirle «nos honras con tu presencia» y lo cogió *in fraganti* mirando su imponente grupa, y dándose cuenta él en seguida de que había sido «cogido en una situación comprometida». Se apresuró a bajar los ojos para hacerla creer que estaba mirando al suelo; pero ¡demasiado tarde...! Se quedó desconcertado, y se preguntó a sí mismo qué habría pensado de él. Luego la miró de reojo cuando se sentó de nuevo; en sus labios brillaba una leve sonrisa, como si le dijera: «¡Te he visto!». Maldijo sus ojos que no conocían el decoro, preguntándose qué podía rondarle a ella en la cabeza... En efecto, intentaba aparentar que no había visto nada; pero su actitud —tras la sonrisa— le decía también: «¡Te he visto!». Olvidar la torpeza, esa era la mejor solución; pero ¿sería Maryam un día como su madre? ¿Cuándo llegaría ese día? La madre tenía un privilegio que el tiempo no le da generosamente nada más que en raras ocasiones. ¡Qué mujer! El mejor medio de parar sus pensamientos y de disipar la sombra de la duda era romper el silencio.

—Si mi petición merece una buena acogida me encontrarás a tu disposición para discutir los detalles importantes —dijo.

Se rio con una risa breve, y su rostro apareció bajo su brillo, encantador y juvenil.

—¿Cómo no va a merecer una buena acogida, Yasín efendi? —repuso—. ¡Un origen y una vecindad proverbiales...!

—Tu amabilidad me cautiva —dijo sonrojándose.

—¡He dicho la verdad, Dios es testigo!

Luego preguntó tras un breve silencio:

—¿Has conseguido el consentimiento de los de tu casa?

Sus ojos mostraron por un momento una mirada seria. Luego, con una risa nasal, dijo Yasín:

—¡Dejemos a la casa, y su modo de actuar!

—¿Por qué? ¡Dios nos libre del mal!

—La casa no es lo que quisiera...

—¿No has pedido consejo al señor Ahmad?

—Mi padre está de acuerdo...

Ella dio una palmada diciendo:

—Comprendo: Umm Fahmi, ¿no es así? Es la primera persona que se me ha venido a la cabeza cuando tú me has planteado el asunto. Naturalmente no está de acuerdo, ¿eh? ¡Gloria a Aquel que no cambia! ¡La mujer de tu padre es una mujer extraña!

Él sacudió los hombros indiferente.

—Esto no cambia nada —dijo.

—¡Cuántas veces me he preguntado de qué se me acusa! ¿Qué daño le he causado?

—No quisiera abordar en nuestra conversación algo que sólo acarrea dolor de cabeza. Que piense lo que sea; lo importante es que yo camine hacia mi objetivo. Sólo me preocupa tu consentimiento...

—Si tu casa no es lo suficientemente grande, la nuestra está a tu disposición.

—¡Gracias! Tengo mi casa en Qasr el-Shawq lejos de todo el barrio. La casa de mi padre la he abandonado hace días...

Ella se golpeó el pecho con la mano exclamando:

—¿Te ha echado?

—No —dijo riendo—. La cosa no ha llegado a ese extremo. El caso es que mi elección yo la sufro por antiguas causas que tienen su origen en la muerte de mi hermano —en este instante le lanzó una mirada llena de significado—, a pesar de que no ha encontrado en su oposición una causa que la justifique, he considerado conveniente volver a casarme en una casa nueva...

Ella le preguntó enarcando las cejas, y moviendo la cabeza presa de una cierta duda:

—¿Por qué no te has esperado en tu casa hasta que llegue el momento de la boda?

Él rio resignado y dijo:

—He preferido alejarme, por miedo de crear una grave desavenencia...

—Nuestro Señor arreglará la situación —dijo ella sarcásticamente.

Otra vez se levantó antes de acabar la frase, se dirigió hacia la ventana que daba al callejón lateral, y la abrió para dejar entrar la claridad del atardecer, pues la puerta de la celosía no daba luz suficiente a la habitación. Y él se encontró, a pesar suyo y a pesar de su circunspección, dirigiendo la vista disimuladamente hacia su «precioso tesoro» que se le mostraba como una cúpula. La vio mientras ella apoyaba en el sofá las rodillas; luego, al inclinarse hacia el alféizar de la ventana para enganchar sus batientes, y vio un extraño espectáculo que dejó en su alma una huella sangrienta. Se preguntaba mientras sentía la garganta seca: ¿Por qué no llamaba a la criada para que abriese la ventana? ¿Cómo tenía por bueno exponer ante sus ojos —a los que había sorprendido hacía nada en una situación «comprometida»— ese espectáculo cuyas consecuencias no temía? ¿Por qué y cómo? ¿Cómo y por qué? En lo referente a las mujeres continuaba siendo de gran sensualidad y un mal pensado, y se le vino una especie de duda que resonaba en el umbral de su sensibilidad sin querer introducirse ni esconderse, pero que lo asaltaba. Entornó los ojos, impresionado por las ideas que se le ocurrían. ¿Estaba loco o lo estaba ella? ¿O ni esto ni aquello? ¡Ojalá alguien lo sacara de su perplejidad!

El cuerpo inclinado de la señora se enderezó y se puso de pie. Luego se apartó de la ventana dirigiéndose a su asiento. Él se apresuró a levantar los ojos hacia la *Basmala* —antes de que ella se alejara— esperando, totalmente absorto en su contemplación. No volvió la cabeza hacia ella hasta que el sofá dio un crujido anunciando que se había sentado. Entonces sus ojos se encontraron y vio en los de la mujer una mirada risueña y astuta que le produjo la sensación de que no se le había ocultado nada; era como si ella le dijera del modo más elocuente: «¡Te he visto!». Y así permaneció entonces con el ánimo y las ideas alterados, sin saber a qué atenerse, temiendo haberla ofendido o aparecer ante ella como sospechoso. Le pareció que sería juzgado por cada uno de sus movimientos, y que cualquier error se tornaría en escándalo.

—El tiempo sigue siendo caluroso y húmedo...

La voz de ella llegó reposada y natural, indicando sin embargo su deseo de acabar con el silencio.

—En efecto, así es —repuso él relajado.

Ella le devolvió la tranquilidad, aunque él no dejaba de pensar en el espectáculo que había visto junto a la ventana. A pesar suyo, interiormente encontraba que dicho



espectáculo le daba vueltas, y él se perdía en su atracción, deseando dar con otro semejante en cualquiera de sus aventuras. ¡Si Maryam tuviera un cuerpo como este! ¡*Algo así codician los codiciosos!* Quizá ella a causa de su silencio creía que seguía preocupado por el hecho de la desavenencia provocada por la mujer de su padre.

—No te preocupes por eso —dijo intentando echarlo a broma—. ¡No hay nada en este mundo que merezca que lo hagas!

Luego hizo un gesto con las manos y con la cabeza, agitando el cuerpo mientras tanto con un movimiento particular, como incitándolo a no darle importancia al asunto. Él sonrió de buena gana mientras mascullaba: «Tienes razón», aunque hacía un gran esfuerzo para ser dueño de sí mismo. En efecto, había ocurrido algo prodigioso, que sólo se había producido en ese movimiento total con el que ella había querido expresar el desprecio y su incitación al mismo, pero fue un movimiento de gran importancia por la depravación, la coquetería y el desenfreno que insinuaba. Se le había escapado en un instante de descuido, emergiendo de entre la corrección y el decoro a los que se había obligado a lo largo de la reunión; había salido de su escondite sin que ella se diera cuenta, ¿o sí se dio? Yasín no podía decidir entre lo uno y lo otro, pero no tenía la menor duda de que estaba ante una mujer realmente digna de ser la madre de Maryam, la de la vieja historia con los ingleses. No se volvería atrás de su opinión, cualquiera que fuese el asunto, pues ese movimiento danzarín y coquetón no era posible que procediera de una señora recatada. Su turbación sólo le duró un pequeño instante; en seguida se fundió en una sensación de alegría lasciva y engañosa. Se puso a pensar dónde y cuándo había visto este gesto anteriormente. ¿En Zannuba? ¿En Calila la noche que interrumpió ante su padre el espectáculo en la casa de la familia Sháwkat...? ¡Oh...! ¡Esto era! Y le pareció que ella, a pesar de su edad, era más apetitosa y más deliciosa que Maryam. Lo ganó su tendencia innata, y se dijo para sus adentros que había que tantear el terreno y no detenerse, si era posible, ante nada... Sintió deseo de reír por lo extraño de sus ideas, y por tomar un camino escabroso que nunca antes había abordado; pero no entraba en sus cálculos rechazar una aventura. ¿Adónde lo llevaría este camino? ¿Era posible que se apartara de Maryam por su madre? ¡Ni hablar! ¡No se proponía eso ni mucho menos! Pero imaginemos un perro que ha tropezado con un hueso en su camino hacia la cocina, ¿iba a renunciar a él? ¡Pero eso eran meros pensamientos, fantasías y suposiciones! ¡Esperemos! Intercambiaron una sonrisa en un silencio que había vuelto y languidecía entre ambos; en cuanto a la sonrisa de ella, parecía un saludo del anfitrión a su huésped, mientras que la de él había brotado en su boca aturdido por los ahogados murmullos del ataque.

—¡Has iluminado nuestra casa, Yasín efendi!

—¡Señora mía, a tu casa no le falta la luz! ¡Tú iluminas el lugar y cuanto hay en él!

Ella se rio echando la cabeza hacia atrás, mientras murmuraba:

—¡Que Dios te honre, Yasín efendi...!

Era necesario que volviera a hablar de la petición, o que pidiera permiso para retirarse, a condición de que mencionase otra cita para seguir la conversación. Pero ni volvió a hablar ni pidió permiso para retirarse... es más, clavó en ella extrañas miradas que unas veces se alargaban y otras se acortaban, sin romper aquel silencio sospechoso. ¡Las miradas tenían un significado que no se ocultaban a los ojos de nadie! No tenía más remedio que comunicar sus pensamientos por cada una de estas miradas hasta ver la respuesta... «¡Ten cuidado con tus avances antes de dar el paso oportuno! ¡Abajo Allenby! Y tú, mujer, recoge esta mirada de fuego y dime que has dicho la verdad. ¿Qué loco puede ignorar sus malas intenciones o pretender su inocencia? ¡Mírala...! Alza los ojos y los baja como una fugitiva; es una prueba de que ha comprendido. Ahora tú puedes decir que la crecida del Nilo ha llegado a Asuán, y que no hay más remedio que abrir las compuertas. ¿Y tú le vas a pedir la mano de su hija? ¡Loco sería quien no creyese en la locura después de hoy! Tú ahora eres la cosa más deseada de mi alma. ¡Y después de eso el diluvio...! ¡Tu vista no inspira la menor desesperación!»

—¿Vives solo en Qasr el-Shawq?

—Sí...

—Mi corazón está contigo...

Una frase que podía proceder de un demonio o de un ángel. ¿Y si Maryam estaba escuchando ahora detrás de la puerta?

—Tú has experimentado la soledad por ti misma en esta casa. Es algo insoportable.

—¡Es verdad, insoportable!

De repente ella alargó la mano a su velo y se lo quitó de la cabeza, y luego del cuello, mientras decía como excusándose:

—Perdona... hace un calor...

Su cabeza apareció cubierta con un pañuelo naranja mientras su cuello brillaba desnudo, deslumbrante. Lo miró embelesado largo tiempo con angustia creciente; luego miró a la puerta de reajo como preguntándose quién podría estar agazapado detrás de ella... ¡Socorred a aquel que ha venido a pedir en matrimonio a la hija, y cae con la madre!

—Ponte cómoda —le dijo contestando a su excusa—. Estás en tu casa y no hay ningún extraño en ella...

—¡Ojalá Maryam estuviera aquí para apresurarme a darle la noticia!

El corazón le dio un violento vuelco como si fuera una señal para atacar y preguntó:

—¿Dónde está?

—Con unos conocidos nuestros en Darb el-Ahmar.

«¡Adiós mis cinco sentidos! ¡El pretendiente de tu hija te quiere a ti y tú a él! ¡Que Dios se apiade de aquellos que piensan bien de las mujeres...! ¡Loca...! ¡Una adolescente de cincuenta años!»

—¿Cuándo volverá Maryam *hánem*?

—Poco antes de la noche...

—Pienso que mi visita se ha alargado —dijo malicioso.

—No; estás en tu casa...

—¿Podría esperar que me devolvieses la visita? —preguntó también con malicia.

Ella sonrió ampliamente como si le dijese: «Yo sé lo que hay tras esta invitación». Luego permaneció en silencio, pudorosa, aunque a él no se le escapó cuánto de teatral había en su gesto; pero ni se preocupó. Se puso a explicarle el barrio donde caía su casa y el lugar de su piso dentro del propio inmueble, mientras ella permanecía cabizbaja, sonriendo en silencio... ¡Vaya! ¿No se había dado cuenta de que perjudicaría a su hija de la peor manera, y que así abusaba de ella con un odioso ultraje?

—¿Cuándo me honrarás con la visita?

—No sé qué decir —tartamudeó ella alzando la cara.

—Yo mismo lo decidiré por ti —dijo dueño de sí mismo y confiado—. Mañana por la noche me encontrarás esperándote.

—¡Hay asuntos que hemos de tener en cuenta!

—¡Los tendremos en cuenta juntos... en mi casa!

Se levantó inmediatamente con la idea de avanzar hacia ella. Pero la señora le hizo una señal, mientras se volvía hacia la puerta con precaución. Luego, dijo ella como si no se propusiera otra cosa que contener su asalto:

—¡Mañana por la noche...!

## 12

La casa de Qasr el-Shawq conoció en Bahiga una visitante asidua. Cuando la sombra empezaba a extender su velo, se envolvía en su melaya, se dirigía a el-Gamaliyya y luego a la casa de Haniyya... Allí encontraba a Yasín esperándola en la única habitación amueblada del piso, sin que se mencionara a Maryam entre ellos, salvo cuando Bahiga le dijo una vez:

—No he podido ocultar a Maryam la noticia de tu visita, porque nuestra criada se la contó; pero le he dicho que tú me habías comunicado tu deseo de pedir su mano una vez vencidas las dificultades que se han interpuesto en tu camino en el seno de la familia.

Yasín se encontró desconcertado ante tal discurso, pero estuvo de acuerdo y dio su aprobación... Ambos veían venírseles a las manos una vida llena de placer. Yasín se encontró ante la dueña del «tesoro» que se le ofrecía, y se sintió arrebatado como un corcel que se desboca. La habitación que había amueblado a toda prisa y con lo justo no era el lugar adecuado para abandonarse a los placeres de la pasión, pero él no dejó de preparar el ambiente seductor con cantidad de manjares y bebidas, para hacer agradable el goce amoroso y continuar sus asaltos con aquella violencia natural que no conocía límites ni moderación. Pero no tardó en ser presa del tedio antes de que acabara la primera semana. Era como el cierre del ciclo en el que saciaba su concupiscencia, hasta que de la noche a la mañana la medicina fue una especie de enfermedad. Pero a él no le cogió por sorpresa. ¡Ni mucho menos! Desde el principio no había abrigado buenas intenciones hacia aquella extraña relación, ni le concedió duración alguna; es más, seguramente no le había dado mayor alcance —tras el flirteo en la sala de recibir— que el de una aventura pasajera. Pero había encontrado por parte de la mujer un apego y una avidez hacia él, unidos a la esperanza de que hallara satisfacción en ella y renunciase a su proyecto de matrimonio. No vio otro medio que adaptarse para no estropearse a sí mismo el placer, confiando en que el tiempo por sí solo garantizaría la vuelta de las cosas a su sitio. ¡Qué pronto volvió todo a su ser, en cuanto a él se refería! Es más, tal vez más de prisa de lo que pensaba. Se había adaptado a ella pensando que la novedad de sus encantos merecía mantener su esplendor durante más semanas o un mes; pero ¡cómo se había equivocado! En cuanto a sus encantos, según sus cálculos, lo habían llevado a cometer la mayor estupidez de su vida, repleta ya de estupideces. Pero la madurez se escondía detrás de todo aquello como se esconde la fiebre tras el engañoso

sonrosado de las mejillas. La cantidad inmensa de quintales de carne humana ceñida bajo los pliegues del vestido —como él decía— era distinta cuando aparecía desnuda a la vista. ¡Y no hay como la carne humana grabada por las huellas de la triste vida! Hasta que se dijo a sí mismo: «¡Ahora sé por qué adoran las mujeres los vestidos!».

No era extraño, en vista de aquello, que Yasín cuando se angustiaba bajo el alma de su grasa, la calificara de «una plaga», y tomara la determinación de cortar su relación con ella. Maryam volvió —tras extinguirse su loco ímpetu— a ocupar el puesto perdido en su alma. ¡Pero no! Ella nunca se le había ido de allí, sólo que el ímpetu repentino la eclipsó como la nube apresurada cubre la faz de la luna. ¡Asombroso! Su deseo de Maryam no era más que una mera respuesta a su sempiterna pasión por el sexo femenino, y aunque tal pasión quedara encima, por otra parte satisfacía su anhelo de crear una familia, cosa que consideraba como un destino inexorable y también deseado. Decidió actuar con paciencia —a disgusto— con la esperanza de que Bahiga volviera a su sensatez, que un día le dijera: «¡Dejémonos de juegos y vete con tu novia!». Pero no encontró en el alma de ella eco para su esperanza; insistía en visitarlo una noche tras otra, yendo en aumento la exageración y el ardor. Sintió que ella se iba convenciendo con el tiempo, de tener un derecho adquirido sobre él como si se hubiese convertido en el eje de su vida y de cuanto poseía.

En efecto. Ella no contemplaba el asunto con negligencia, como algo divertido; además su alma se le manifestó de una insignificancia, de una ligereza, y de una inconstancia tales, que lo convencieron totalmente de que su conducta, un tanto rara para con él en su primer encuentro, no tenía nada de extraño. La despreció y la desdeñó, al tiempo que sus defectos adquirían a sus ojos desengañados proporciones gigantescas. Hasta que se sintió totalmente incapaz de soportarla, y se propuso acabar con ella en la primera ocasión que se presentase, aunque procurando evitar la rudeza que pudiera crear impedimentos en el camino de Maryam.

En una ocasión le dijo:

—¿No te ha preguntado Maryam por el secreto de mi desaparición?

—Tiene la evidencia de la oposición de tu familia... —dijo ella tranquilizándolo con un movimiento de cabeza.

—Te digo francamente que nosotros nos hablábamos arriba en la azotea, y que yo le confié algunas veces que me proponía casarme con ella, cualquiera que fuese la oposición de los míos...

Ella lo contempló de hito en hito con penetrante mirada mientras le preguntaba:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —repuso aparentando inocencia— que ella ha oído de mí esa afirmación, y que se ha enterado después de la visita que te hice. Es necesario darle una satisfacción con un argumento verosímil sobre mi desaparición...

—No le ofenderá que lo hagas —dijo ella con una indiferencia que lo llenó de asombro—. No todas las palabras conducen a un compromiso matrimonial ni este conduce al matrimonio. Ella sabe eso perfectamente... Luego añadió con voz baja:

—No le perjudicará perderle. Es joven, en el esplendor de su belleza, y no le faltará un novio hoy o mañana...

Era como si se disculpara por su egoísmo, o quisiera dar a entender que era a ella —no a su hija— a la que le perjudicaría su pérdida. Sus palabras sólo aumentaron su fastidio y su hastío. Sin contar con que había empezado a tener miedo de vivir con una mujer que le llevaba veinte años, influido por el decir popular de que los tratos con las mujeres maduras marchitan a los jóvenes. Hasta que las horas del encuentro se llenaron —por su parte— de tensión y de desconfianza, haciéndosele total y absolutamente odiosas. Y así estaban las cosas, cuando un día se encontró con Maryam en la Nueva Avenida y se acercó a ella sin titubear. La saludó y caminó a su lado como si se tratara de un pariente, mostrando ella una inquietud adusta. Él le contó que había convencido a su padre para que le diese su consentimiento, que estaba preparando su casa en Qasr el-Shawq a fin de tenerla lista para ellos dos. Se disculpó de su prolongada ausencia por sus muchas ocupaciones, y luego le dijo: «Dile a tu madre que me reuniré mañana con ella para ponernos de acuerdo sobre las condiciones del contrato». Y se fue feliz de haber aprovechado la ocasión que se le había presentado sin previa cita, y sin importarle —en el colmo de la felicidad— cómo reaccionaría Bahiga ante aquello. La noche de aquel día, acudió esta a su cita de Qasr el-Shawq, pero esta vez lo hizo enfadada y amenazadora. Arremetió contra él, exclamando, aun antes de levantarse el velo:

—¡Me has vendido de forma traidora y rastrera!

Luego se dejó caer en la cama, quitándose el velo con nerviosismo.

—Nunca se me pasó por la cabeza —dijo— que tú ocultaras contra mí semejante traición, pero eres un cobarde y un traidor como la mayoría de los hombres...

—La cosa no es como te la imaginas —dijo Yasín con delicadeza, intentando disculparse—. La verdad es que me la encontré por casualidad...

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! —gritó ella con el rostro sombrío—. ¡Tenía razón aquel que podía hacerme ver en ti lo que yo deseaba! ¿Crees que yo voy a creerte mientras vivas después de lo que ha pasado? —Luego, como remedándolo, añadió—: «¡La verdad es que me la encontré por casualidad!». ¿Qué casualidad, por Dios?

Supongamos que es cierto lo de la casualidad, pero ¿por qué le hablaste en la calle ante todo el mundo? ¿No es esto ya la acción de un traidor malintencionado? — Luego volvió a remedarlo—: «¡Lo cierto es que me la encontré por casualidad!».

—¡Me encontré con ella de repente! —repuso Yasín algo apurado—. Cara a cara. Yo le tendí la mano para saludarla. No podía ignorarla después de habernos hablado arriba en la azotea...

—¡Le tendiste la mano para saludarla! —le gritó pálida de ira—. La mano se tiende cuando lo quiere su dueño. ¡Malditos sean los dos! Di que tú tendiste tu mano hacia ella para librarte de mí...

—¡No tuve más remedio que saludarla! ¡Soy un ser humano y tengo vergüenza!

—¿Vergüenza? ¿Dónde está? ¡Que ella te trague, traidor, hijo de traidor...!

Luego, tras haber tragado saliva, añadió:

—¿Y tu promesa de venir a verme para ponernos de acuerdo sobre las condiciones del contrato, también se te escapó como la mano...? Habla, señor vergüenza...

—Todo el barrio sabe ahora que yo me he ido de la casa de mi padre para casarme con tu hija —dijo Yasín con asombrosa tranquilidad—. No era posible ignorar eso cuando hablé con ella...

—Habrías podido inventar la disculpa que quisieras si te hubiese dado la gana —gritó ella con vehemencia—. Tú no eres de los que tienen dificultad para mentir; pero has querido deshacerte de mí, esa es la verdad...

—¡Dios sabe que mis intenciones son buenas! —dijo, evitando mirarla. Ella clavó en Yasín una larga mirada, y luego le preguntó violentamente:

—¿Quieres decir que te has visto obligado a prometérselo sin querer?

Él se dio cuenta del peligro de reconocer aquello, así que bajó la vista y buscó refugio en el silencio. Pero ella dijo resoplando de cólera:

—¿Has visto que eres un mentiroso traidor como te había dicho? —Luego añadió chillando—: ¿Has visto? ¿Has visto, traidor, hijo de traidor?

—Un secreto no puede ocultarse eternamente —repuso el joven tras una vacilación—. Imagina qué diría la gente si descubriera el de nuestra relación; es más, imagínate lo que diría Maryam.

—¡Qué cerdo eres! —dijo rechinando los dientes de cólera—. ¿Por qué no mencionaste estas consideraciones el día que te plantaste ante mí babeando como un perro? ¡Oh, los hombres! ¡Las llamas del infierno son un castigo insignificante para vosotros!

Él sonrió levemente, y estuvo a punto de echarse a reír, de no ser porque lo frenó

la cobardía; luego dijo, afectuoso y delicado:

—Hemos pasado un tiempo muy bueno; lo recordaré siempre con todo cariño. ¡Basta ya de enfadarse y de entristecerse! Al fin y al cabo Maryam es tu hija, y tú eres la primera que desea su felicidad...

—¿Tú eres el que va a hacerla feliz? —dijo agitando la cabeza irónicamente—. ¡Que oigan esto las paredes! La pobre no sabe con qué demonio se va a casar. ¡Eres un hombre muy corrido, hijo de perra! ¡Nuestro Señor le evite el mal que a mí me ha caído!

—Nuestro Señor es dueño de la bondad —dijo con la calma que se había impuesto desde el principio—. ¡Yo tengo el deseo sincero de una casa tranquila y de una esposa que sea una buena persona!

—¡Córtame un brazo si te creo! —dijo ella burlona—. ¡Ya veremos! Y no te formes una opinión desconfiada de mi instinto maternal. La felicidad de mi hija está por delante, para mí, de cualquier consideración. Si no fuera porque tú me has traicionado, no me hubiera importado entregártela de buena gana...

Yasín se preguntó a sí mismo: «¡Vaya!, ¿ha pasado la crisis en paz?». Esperó a que se pusiera el velo y se despidiese, pero Bahiga no hizo el más mínimo movimiento. El tiempo iba pasando —mientras ella seguía sentada en la cama y él en el sillón de enfrente— sin saber cómo ni cuándo iba a terminar esta curiosa y tensa reunión. La miró disimuladamente y la encontró contemplando fijamente el suelo, como ensimismada, en tal estado de resignación que le hizo tener un sentimiento de simpatía hacia ella. ¿Volvería a insultarlo otra vez? Probablemente no, pero —al parecer— pensaba en la delicada situación que se planteaba entre su hija y él; y ante sus exigencias, ella se inclinaba. Cuando quiso darse cuenta, se estaba quitando la melaya de la parte superior al tiempo que murmuraba: «¡Qué calor!». Luego se deslizó, presa de la perplejidad, hacia la cabecera de la cama, y se apoyó en el barandal alargando las piernas sin tener en cuenta los zapatos, cuyos tacones se hincaron en los pliegues de la colcha. «¡Vaya! ¿Va a seguir hablando?»

—¿Me permitirás que os visite mañana...? —le preguntó él con suma delicadeza.

Ella fingió ignorar su delicada pregunta o poco menos; seguidamente clavó en él su mirada como maldiciéndolo, y dijo:

—¡Tienes el campo libre, canalla!

Yasín sonrió satisfecho, sintiendo que sus miradas le quemaban el rostro. Ella volvió a hablar al instante:

—No pienses que soy tonta; yo estaba de acuerdo en que esto acabaría antes o



después, y si tú no te hubieras apresurado a abordarlo... —Luego dijo con una mezcla de resignación y desdén—: ¿Qué más da?

Él no la creyó, pero fingió hacerlo, y se puso a decir que estaba seguro de aquello, y que deseaba que lo perdonara y que lo cubriera con su buena voluntad; pero ella no le prestó la menor atención y se retiró —otra vez— hacia el borde de la cama, echó las piernas al suelo, se levantó y empezó a envolverse en la *melaya* diciendo: «¡Dios te guarde!». Él se levantó en silencio y la precedió hasta la puerta abriéndola y adelantándose de nuevo hacia la salida. Cuando quiso darse cuenta, se encontró con un sonoro pescozón en el momento en que la mujer pasaba por su lado hacia la escalera, dejándolo detrás de ella totalmente desconcertado mientras se llevaba la palma de la mano al sitio del golpe. La mujer volvió la cabeza hacia él, apoyándose en la balaustrada, y le dijo:

—¡Te darán más a lo largo de tu vida! Me has perjudicado más que nada, ¿no voy a tener el derecho de desquitarme de mi rencor con un pescozón, so hijo de perra...?

—Señor Ahmad, perdona si te digo francamente que estos días estás dilapidando el dinero sin cuento...

Gamil el-Hamzawi dijo aquello en un tono que aunaba la cortesía del empleado y la familiaridad del amigo. Este hombre seguía conservando una fuerte complexión y una salud excepcional, a pesar de haber alcanzado los cincuenta y siete años de edad, y de peinar canas. Los años no habían influido en su capacidad de trabajo lo más mínimo, y no dejaba ni un solo día de desarrollar una actividad incansable al servicio de la tienda y de los clientes, como era habitual en él desde que se incorporó a aquella en los días de su primer fundador. A lo largo del tiempo había ido adquiriendo unos derechos reconocidos, y un respeto digno de su actividad y de su fidelidad. En el corazón de Ahmad Abd el-Gawwad, su dependiente tenía el puesto de un amigo. La simpatía que el hombre sentía por él —que se había plasmado últimamente ayudando a su hijo Fuad a ingresar en la Escuela de Leyes— iba dirigida a estimular su fidelidad, obligándolo a expresarse francamente ante el señor siempre que resultara necesario, para hacer frente a un perjuicio o conseguir un beneficio. Pero Ahmad dijo con acento reposado, quizás aludiendo a la corriente de euforia que embargaba el mercado.

—La situación es una mina, gracias a Dios.

—Nuestro Señor lo aumente y lo bendiga; pero yo no dejaré de repetir lo que se dice de ti: si tuvieras la mentalidad de comerciante como conoces el oficio, ahora serías de los más ricos...

Ahmad sonrió complacido y satisfecho alzando los hombros. Ganaba mucho y gastaba mucho. ¿Cómo lamentar las delicias de la vida que había recogido? No había perdido ni un solo día la sensación del equilibrio entre el debe y el haber, ni jamás su saldo había quedado ni por asomo al descubierto. Ya se habían casado Aisha y Jadiga, y Kamal llamaba a la puerta de la etapa final de su vida de estudiante. ¿Qué le importaba si disfrutaba después de eso de las cosas buenas de la vida? Aunque el-Hamzawi no tenía derecho a hacer observaciones sobre la prodigalidad del señor, lo cierto es que parecía que —estos días— había ido más allá de la moderación y de la medida; los modos de gastar eran diversos: regalos que agotaban un dinero nada despreciable, la barcaza que lo sangraba, su amante que le costaba dos veces lo que la barca; en una palabra, Zannuba lo empujaba a derrochar sin tino, mientras él por su lado se dejaba arrastrar sin resistencia digna de mención. No fue así en otros

tiempos. Es verdad que había gastado mucho, pero una mujer nunca pudo sacarlo del límite de la moderación, o forzarlo a derrochar a manos llenas. En otros tiempos era consciente de su fuerza, y nunca se preocupó mucho de responder a todas las exigencias de la amada, ni —si ella le hacía arrumacos— de devolvérselos, pagado como estaba de su hombría y de su virilidad. Actualmente el deseo de su amada le había hecho doblar el cuello, y no le importaba, costara lo que costase. Era como si sólo le pidiera a esta vida retener su amor y granjearse la buena voluntad de su corazón. ¡Qué amor tan bravío! ¡Qué corazón tan rebelde! No se le ocultaba su situación real; la sentía con dolor y tristeza. Situación que le recordaba con pesar y amargura sus días de gloria, aunque no quisiera reconocer que estos se habían ido para siempre; pero no movió ni un solo dedo para resistirse, ni podía hacerlo...

—Quizás no sea justo considerarme un comerciante —dijo dirigiéndose a Gamil el-Hamzawi con cierta ironía. Luego añadió con resignación—: Sólo Dios posee la riqueza...

En ese momento llegó un grupo de gente y el-Hamzawi se ocupó de ellos. Apenas Ahmad se encontró solo consigo mismo, vio venir a alguien que llenaba toda la entrada con su volumen y se dirigía a él contoneándose. Fue una sorpresa, y recordó inmediatamente que no había vuelto a ver a la que se acercaba desde hacía cuatro años o más. Luego se levantó dándole la bienvenida, impulsado únicamente por su cortesía, diciéndole:

—¡Bienvenida, honorable vecina!

La madre de Maryam alargó hacia él su mano envuelta en el borde de la *melaya*, diciendo:

—¡Bienvenido, señor Ahmad!

La invitó a sentarse, y ella lo hizo en el mismo sillón en el que se sentara un día que ahora había pasado a la historia. Él se sentó a su vez cavilando... No la había vuelto a ver desde que ella vino a su encuentro en la tienda, al cabo de un año de la muerte de Fahmi, intentando llevárselo a su casa otra vez. Le extrañó entonces su visita —pues no se había recobrado aún de su pena— y la recibió con sequedad, despidiéndola fríamente. ¡Vaya! ¿Qué era lo que la traía hoy? Le lanzó una mirada de arriba abajo, y la encontró tal como era; tanto en su volumen como en la elegancia; en torno suyo se exhalaba el perfume, y sus ojos brillaban por encima del velo, aunque su maquillaje no acertaba a tapar el paso del tiempo. Los signos de la edad se destacaban bajo sus ojos, y ellos le trajeron el recuerdo de Galila y de Zubayda. ¡Cómo se empeñaban estas mujeres en luchar por la vida y por la juventud! Mientras que Amina, ¡qué rápidamente se había derrumbado! ¡Cómo se había

entristecido y marchitado...!

Bahiga acercó el sillón a la mesa de escritorio y dijo con voz tenue:

—¡No me censures, mi querido señor, por esta visita! ¡La necesidad manda!

Ahmad —a su vez— dijo con talante serio y circunspecto:

—¡Bienvenida seas! Tu visita es un honor y una gloria para nosotros...

—¡Gracias! —repuso ella sonriendo con tono agradecido—. Gracias a Dios te encuentro bien y saludable.

Él le dio a su vez las gracias, interesándose por su salud y bienestar; volviendo ella a dárselas por su agradecimiento y su interés, e interesándose a su vez por él de nuevo... Luego guardaron silencio un instante, y ella dijo con preocupación:

—He venido a verte por un asunto importante. Me han dicho que te has enterado puntualmente y que has otorgado tu consentimiento. Quiero decir que Yasín efendi ha pedido en matrimonio a mi hija Maryam. ¿Es verdad lo que me han dicho? Esto es lo que me ha hecho venir, con idea de confirmarlo.

Ahmad Abd el-Gawwad bajó los ojos, no se leya en ellos la cólera que había prendido su pecho a consecuencia de aquellas palabras. No se equivocaba al pensar que ella fingía al interesarse por su consentimiento. ¡Qué intente engañar a otro que ignore sus recovecos! Él sabía a ciencia cierta que su consentimiento o su negativa, a ella le daban lo mismo; es más, ¿no se había dado cuenta, el día de su visita, de lo que le pasaba con su hijo? Pero había venido para moverlo a confirmar su consentimiento, y quizás con otro propósito que no tardaría en aclarar. Levantó hacia ella los ojos tranquilamente, y dijo:

—Yasín me ha hablado de su deseo, y yo he rogado por su éxito. Maryam es como una hija nuestra...

—¡Que Dios me bendiga en tu familia, mi querido señor! Esta alianza nos eleva ante la gente...

—Yo te doy las gracias por tu hermoso pensamiento...

—Me alegra —dijo ella con entusiasmo—, tu aclaración, ya que yo he aplazado el anuncio de mi consentimiento hasta estar segura del tuyo.

«¡La muy cínica! ¡Seguro que lo ha anunciado aun antes de ver a Yasín!»

—Reitero mi agradecimiento, señora Umm Maryam...

—Por eso, lo primero que le dije a Yasín efendi, fue «déjame que me cerciore primero del consentimiento de tu padre, pues cualquier cosa antes que enfadarlo...»

«¡Dios! ¡Dios! ¡No sólo robó el mulo sino que se dispuso echar el ronzal a su amo!»

—¡No me extraña que procedan de ti estas nobles palabras!

—Tú, mi querido señor, eres nuestro hombre —siguió ella diciendo con un entusiasmo triunfante— el mejor de los que honran todo nuestro barrio.

¡Astucia y remilgos de mujeres! ¡Cómo le molestaban ambas cosas! ¿Se imaginaría que él se revolcaba en el polvo suplicando el favor de una tañedora de laúd, a la que renunciaría hasta un borracho?

—¡Dios nos perdone! —dijo él modestamente.

Ella replicó con un tono triste elevando un poco la voz:

—¡Qué pena me dio cuando Yasín me dijo que se había ido de casa de su padre!

Su voz era chillona, hasta el punto de que el señor temió pudiera llegar hasta los presentes al otro lado de la tienda. Así que movió la cabeza hacia ellos, como advirtiéndola.

—La verdad es que es un comportamiento que me ha molestado —se apresuró a decir él con el rostro sombrío—. Y me ha extrañado que haya podido cometer semejante insensatez. Debió haberme consultado antes; pero se ha llevado sus cosas a Qasr el-Shawq, y luego ha venido a presentarme sus excusas. ¡Cosas de chicos, señora Umm Maryam! Yo le he reprendido sin preocuparme de su supuesta desavenencia con Amina. Eso es un pretexto por el que ha intentado justificar una estupidez con otra mayor...

—Eso es lo que yo le dije, por tu vida, pero el demonio es astuto. También le dije que la señora Amina es excusable. Nuestro Señor le dé paciencia para la prueba que le ha mandado. En todo caso de alguien como tú se espera el perdón, mi querido señor...

Él hizo un breve gesto con la mano como si dijera, «dejémonos de eso».

—Pero yo sólo estaré satisfecha con el perdón y el asentimiento —dijo ella amistosamente.

«¡Uf! ¡Ojalá pudiera decirle francamente cuánto le repugnaban todos, ella, su hija y el pedazo de bruto...!»

—Yasín es mi hijo en cualquier caso. Dios le lleve por el buen camino.

Ella echó la cabeza un poco hacia atrás y la mantuvo en esa posición un instante, para gozar del placer del éxito y de la satisfacción. Luego volvió a decir con un tono encantador:

—Nuestro Señor te devuelva el ánimo, señor Ahmad. Me preguntaba a mí misma cuando venía a verte, ¿me avergonzará y echará frustrada, o me tratará como a la antigua vecina, tal como acostumbraba? ¡Que Dios alargue tu vida y te alegre con la salud y el bienestar!

«¿Crees que ella se está burlando? ¡Es lo propio! Tú no eres nada más que un

padre frustrado al que se le murió el mejor de sus hijos, se le estropeó el buen augurio del segundo, y el tercero hace lo que le da la gana; todo esto a pesar mío, ¡desgraciada!»

—No sé cómo darte las gracias...

—Lo que he dicho de ti —dijo ella bajando la cabeza— es menos de lo que mereces. ¡Cuántas veces lo he comprobado en el pasado!

«¡Oh, ese pasado! ¡Cierra esa puerta, por la vida del bruto cuyo título de propiedad has venido a registrar!»

Ella se puso la palma de la mano sobre el pecho, indicando agradecimiento.

—¿Cómo no? ¿No te he profesado un amor que nadie ha tenido la suerte de conseguir ni antes ni después de ti? —empezó a decir con acento soñador.

«Este es el objetivo. ¿Cómo no me he dado cuenta de ello desde el primer momento? Ella no ha venido por Yasín ni por Maryam, sino por mí; es más, por "ti". ¡Tú, tú, que el tiempo no ha cambiado nada en ti, salvo tu juventud! ¡Pero despacio! ¿Estás en condiciones que vuelva el ayer que ya pasó?»

Hizo caso omiso de sus palabras, contentándose con una sonrisa de agradecimiento. Ella sonrió ampliamente, descubriendo sus dientes a través del velo.

—Se ve que no te acuerdas de nada —dijo con una especie de reproche. Él quiso disculparse de su tibieza sin herir su sensibilidad, y dijo:

—No me queda ánimo para recordar...

—¡Qué intensamente te has ahogado en la tristeza! —exclamó compadecida—. La vida no soporta esto, ni es fácil de tragar; tú —y no tomes a mal lo que voy a decir— eres un hombre habituado a la vida brillante, y la tristeza, que se ceba con el hombre ordinario de una manera concreta, en ti lo hará veinticuatro veces más...

«¡Una predicadora que se propone sermonear! ¡Ojalá Yasín hubiera evitado lo que a mí me hartó! ¿Por qué me da asco de ti? Tú, sin duda, eres más sumisa que Zannuba, e infinitamente menos derrochadora; pero es evidente que mi corazón se ha convertido en un apasionado de lo enojoso».

—¿Desde cuándo el corazón triste tiene que reír? —dijo él astuto y apesadumbrado.

—¡Ríete y tu corazón reirá! —empezó ella a decir con entusiasmo, como si viera un rayo de esperanza—. ¡No esperes a que él ría! ¡No hay que pensar que él lo haga solo, después del largo abatimiento que ha sufrido! Vuelve a tu antigua vida; volverá a ti su desbordante vitalidad. Busca las alegrías de tus primeros y más queridos tiempos. ¿Cómo puedes saber que no haya corazones que corran hacia ti y te sigan siendo fieles, por más que hayas renunciado tú a ellos hace tiempo?

A pesar suyo, el corazón se le transportó de orgullo y de alegría. Esto era realmente lo que necesitaba que se le dijera, lo que le vertían en los oídos bajo el tintineo de las copas en las noches de las reuniones musicales. «¿Dónde está la tañedora de laúd para oír este panegírico, que quizás refrenara su fogosidad? Aunque lo repita alguien a quien no deseo escuchar».

—Ese tiempo pasó —dijo con una voz en la que no había rastro de emoción. Ella echó hacia atrás el busto con reprobación y dijo:

—¡Por Nuestro Señor el-Huseyn! Tú sigues siendo joven. —Luego, sonriendo con modestia añadió—: ¡Un camello que tiene el aspecto de una luna! ¡No ha pasado tu tiempo ni pasará jamás! ¡No envejecas antes de tiempo, o deja la facultad de decidir a los demás! Quizás ellos te ven con otros ojos de los que tú mismo te ves...

Él repuso cortésmente, pero con un acento que expresaba con gentileza su deseo de dar la conversación por acabada:

—Estate tranquila, señora Umm Maryam; yo no me voy a matar de tristeza. Yo me consuelo de la pena de diversas maneras.

—¿Es suficiente esto para aliviar a un hombre como tú? —preguntó ella, debilitándose un poco su entusiasmo.

—El alma no aspira a otra cosa... —repuso placentero.

Pareció que él había turbado su dicha, aunque aparentó estar satisfecha al decir:

—Doy gracias a Dios de haberte encontrado, por la tranquilidad de espíritu y la serenidad que me gusta ver en ti...

No había nada más que decirse. La mujer se puso de pie tendiéndole la mano envuelta en el borde de la *melaya*, y se dieron la mano despidiéndose. Luego dijo al tiempo de irse:

—Que sigas bien...

Se fue, apartando los ojos de él, sin que el disimulo hallara el modo de ocultar la decepción que la embargaba.

El *suar* atravesó la calle de el-Huseyniyya, y luego sus enfranquecidos caballos empezaron a trotar por el asfalto de el-Abbasiyya, espoleados por el largo látigo del conductor. Kamal iba sentado en la parte delantera del coche, en el extremo del largo asiento que había junto al conductor, y sin esfuerzo, con sólo girar la cabeza, pudo ver la calle de el-Abbasiyya que se extendía ante sus ojos con una anchura inhabitual en el barrio antiguo, y una longitud que parecía no tener fin. Su suelo era plano y liso, y las casas que había a ambos lados de ella eran imponentes y tenían vastos patios, algunos de los cuales se adornaban con ricos jardines.

Sentía una gran admiración hacia el-Abbasiyya, y albergaba hacia ella un amor y un respeto que llegaban al extremo de la veneración. La admiración se la causaba su limpieza, su arquitectura y la comfortable calma que reinaba en sus mansiones, cualidades todas ellas desconocidas en su antiguo y vociferante barrio. El amor y el respeto se debían a que era la patria de su corazón, la morada de la inspiración de su amor, y el lugar donde se alzaba el palacio de su adorada.

Desde hacía cuatro años frecuentaba aquella calle con un corazón tan alerta y unos sentidos tan aguzados que ya se la sabía de memoria. Cualquier punto hacia el que dirigiese la mirada le devolvía una imagen familiar, como si se tratara del rostro de un antiguo amigo. Todos sus rasgos característicos, sus paisajes y sus adarves, así como muchos de sus habitantes, estaban asociados en su mente a unas ideas, sentimientos y fantasías que, en conjunto, se habían convertido en la esencia de su vida y la trama de sus sueños. Y dondequiera que volviera el rostro, hallaba algo que invitaba a su corazón a prosternarse.

Sacó de su bolsillo una carta que había encontrado en el correo hacía dos días. Su remitente era Huseyn Shaddad. En ella le anunciaba su regreso —y el de sus dos amigos, Hasan Selim e Ismail Latif— del veraneo, y le invitaba a reunirse con ellos en su casa, hacia la que ahora le conducía aquel *suar*... Miró la carta con ojos soñadores, agradecidos y enamorados, con ojos lánguidos, devotos y fieles, no sólo porque el remitente fuera el hermano de su adorada, sino porque pensaba que la carta había estado depositada en algún lugar de la casa antes de que Huseyn escribiera en ella su mensaje, y en tales circunstancias no era improbable que los bellos ojos de Aida hubieran caído sobre ella al ir o al venir, o que sus dedos la hubieran tocado por una u otra causa, e incluso sin darse cuenta. Es más, le bastaba con creer que había estado depositada en el mismo lugar que había albergado su cuerpo y que había



estado habitado por su espíritu, para convertir la carta en un símbolo sagrado por el que su alma batía alas y su corazón sentía nostalgia. Se puso a leer la carta, por décima vez, hasta detenerse en esta frase: «Hemos vuelto a El Cairo el día uno de octubre por la tarde». Es decir, que la capital había sido honrada con su presencia desde hacía cuatro días sin que él lo supiera. ¿Cómo no había captado su presencia, bien por instinto, bien por sensibilidad o intuición? ¿Cómo esa soledad, que lo había embargado a lo largo del verano, había podido extender su sombra sobre aquellos cuatro días benditos? ¿Es que la tristeza continuada había envuelto su sensibilidad con una capa de apatía y rigidez? ¡De todas formas, su corazón se agitaba ahora, y su espíritu volaba en alas de la alegría y la felicidad! ¡Ahora dominaba el mundo desde una cumbre elevada, donde sus rasgos característicos aparecían envueltos en un halo de transparencia y luminosidad como si fueran espectros en el mundo de los ángeles! ¡Ahora sus sentimientos se inflamaban con el ardor de la vitalidad, el éxtasis de la alegría y la ebriedad de la emoción! ¡Y también ahora —incluso en ese preciso instante— lo rondaba el fantasma del dolor, que en él iba unido a la alegría del amor, como lo hacen el eco y la voz! En el pasado, cuando su corazón estaba libre y no había sido tocado por el amor, aquel *suar* le había llevado por esa misma calle. ¿Qué sentimientos, esperanzas, miedos o ruegos sentía entonces? La vida anterior al amor no la recordaba más que de una forma abstracta; la ignoraba en tanto en cuanto conocía el valor del amor, y la añoraba siempre que el dolor se le hacía irresistible. Sin embargo, ella casi se había convertido en una leyenda, de tanto como su mente la sentía. Por eso, llegó a fechar su vida de acuerdo con el amor, y decía: «Eso fue antes del amor» —«A. A.»— y «Eso ocurrió después del amor» —«D. A.».

Cuando el coche se detuvo junto a el-Wayliyya, Kamal volvió a echarse la carta al bolsillo y se bajó, dirigiéndose a la calle de los Palacios, con los ojos puestos en el primer palacete de la derecha, pegado al desierto de el-Abbasiyya. Este palacio, con sus dos plantas, parecía desde fuera un edificio majestuoso y alto; su fachada lindaba con la calle de los Palacios y su parte trasera acababa en un amplio jardín, dejando ver las copas de sus altos árboles tras un muro gris, de mediana altura, que rodeaba tanto al palacio como al jardín, dibujando un enorme rectángulo que se metía en el desierto, el cual lo bordeaba por el sur y por el este. Aquella estampa estaba grabada en las páginas de su alma. Su majestuosidad lo cautivaba y sus signos de grandeza lo fascinaban. Su grandeza la veía como un saludo ofrecido a la valía de su dueño. Ante sus ojos aparecían unas ventanas cerradas y otras con las cortinas corridas, y en la discreción y reserva que estas mostraban veía algo que simbolizaba la dignidad del ser amado, su inmunidad, su inaccesibilidad y su carácter

enigmático, ideas todas ellas ratificadas por el inmenso jardín y el desierto que se hundía en el horizonte. Aquí y allá aparecían una alta palmera, una hiedra que trepaba por una pared, o unas trenzas de jazmín caídas sobre un muro. Y su corazón estaba cogido por unos recuerdos que se enredaban como frutos por encima de ellas, hablándole en secreto de amor, dolor y adoración. Se habían convertido en una sombra de su ser amado, en fragancia de su espíritu y en reflejo de sus facciones, difundiendo en su conjunto —y por lo que sabía ya de que París había sido un exilio para la gente del palacio— una atmósfera de belleza y sueño que armonizaba con su amor tanto en su elevación y santidad, como en su orgullo y en su aspiración a lo desconocido.

Al acercarse a la entrada del palacio vio al portero, al cocinero y al chófer sentados en un banco cerca de la puerta, como solían hacer por las tardes. Y cuando llegó a su altura, el portero se puso en pie y le dijo: «Huseyn Bey te está esperando en el cenador». Al entrar lo acogió una mezcla de perfume de jazmín árabe, clavel y rosa, procedente de unos tiestos dispuestos a ambos lados de la escalera que conducía al gran porche, el cual surgía ante el recién llegado a poca distancia de la puerta. Luego torció hacia la derecha, hacia la vereda lateral que separaba el palacio del muro, y que se deslizaba entre ambos hasta las lindes del jardín, junto al porche trasero del palacio.

A su palpitante corazón no le era fácil caminar por aquel santuario ni hollar un suelo que antes habían hollado los pies de su amada. El respeto casi lo detenía. Extendía la mano hacia el muro de la casa buscando su bendición, de la misma forma que la había extendido hacia el mausoleo de el-Huseyn antes de saber que no era más que un símbolo. Se preguntaba en qué lugar del palacio estaría disfrutando en ese momento su amada, y qué podía hacer él si ella le dirigía su fascinante mirada. ¡Ojalá la encontrara en el cenador, para compensar a sus ojos de tanta paciencia, deseo e insomnio!

Echó una mirada que envolvió todo el jardín hasta su muro posterior, tras el que aparecía el desierto. El sol, que se inclinaba sobre el palacio en dirección a la calle, arrojaba su luz sobre la parte alta de los árboles, las palmeras, las techumbres de jazmín que recubrían el muro por todas partes, y los macizos de flores y rosas —redondos, cuadrados, y en forma de media luna— rodeados de senderos enlosados. Luego caminó por un paseo de mediano tamaño que conducía a un cenador instalado en mitad del jardín, en el que había visto de lejos a Huseyn Shaddad y a sus dos invitados —Hasan Selim e Ismail Latif— sentados en sillas de bambú en torno a una mesa redonda de madera, sobre la que estaban esparcidos algunos vasos alrededor de

una garrafa de agua. Escuchó una exclamación de bienvenida, procedente de Huseyn, que le dio a entender que se había dado cuenta de su llegada. Y en seguida se levantaron para salirle al encuentro. Él los abrazó uno por uno, tras una separación que había durado todo el verano.

—Gracias a Dios el viaje ha terminado felizmente.

—Te hemos echado mucho de menos.

—¡Qué morenos os habéis puesto! Ya no hay diferencia entre vosotros e Ismail.

—Es más; a nuestro lado, pareces un europeo entre gente de color. Dentro de poco todo volverá a ser como antes. Nos estábamos preguntando por qué el sol de El Cairo no nos ponía morenos. Pero ¿quién es el guapo que se atreve a exponerse al sol de El Cairo? ¡Solo quien desee coger una insolación! Sin embargo, ¿cuál es el secreto de este bronceado que hemos tomado? Recuerdo que encontramos una explicación a esto en alguna de nuestras lecciones. Claro que sí. Quizás está en la química. Hemos estudiado el sol a través de diversas ciencias, como la astronomía, la química y las ciencias naturales. ¿Y en cuál de estas encontramos explicación al bronceado del veraneo? ¡Pero ya es tarde para hacerse esta pregunta, porque hemos terminado los estudios secundarios...! Así que, danos noticias de El Cairo.

—¡Pero tú tienes que contarnos cosas de Ras el-Barr, y Hasan e Ismail tienen que hablarnos después de Alejandría!

—Esperad, que habrá tiempo para hablar de todo.

El cenador no era más que una sombrilla de madera redonda alzada sobre un enorme soporte. Su suelo, rodeado por tiestos de rosas, era de arena, y su mobiliario se reducía a la mesa de madera y a las sillas de bambú. Se habían sentado detrás de la mesa, en semicírculo, de cara al jardín. Parecían felices con el reencuentro, pues el verano los había mantenido separados, a excepción de Hasan Selim e Ismail Latif, que veraneaban habitualmente en Alejandría. Empezaron a reírse por la causa más nimia, y a veces por el mero hecho de intercambiar las miradas, como si rumiaran los recuerdos de antiguas bromas. Los tres amigos vestían camisa de seda y pantalón gris. Sólo Kamal llevaba un traje ligero, color gris plomo, al considerar que su visita a el-Abbasiyya revestía un carácter solemne; no como en su barrio, por el que rondaba contentándose con vestir la americana encima de la *galabiyya*. Todo cuanto lo rodeaba le hablaba al corazón, conmoviéndolo hasta las raíces: ese cenador, en el que había recibido el mensaje del amor; ese jardín, que era el único que conocía su secreto; y esos amigos, a los que quería por la amistad que los unía, y además por estar asociados a la historia de su amor. Todo le hablaba a su amor y a su corazón. Se preguntaba cuándo vendría Aida, y si podría transcurrir la tertulia sin que sus

ojos, excitados por el deseo, cayeran sobre ella. Para resarcirse, empezó a dirigir sus ojos hacia Huseyn Shaddad todo lo que pudo. No lo miraba sólo como a un amigo, ya que el hecho de ser hermano de su adorada le añadía una especie de magia y misterio. Además de amor, había llegado a albergar hacia él admiración, veneración y asombro. Huseyn se parecía muchísimo a su hermana tanto en sus ojos negros, su esbelta y elevada estatura y su cabello lacio de un negro profundo, como en sus gestos y en su silencio, llenos de sublimidad y encanto. No había más diferencia esencial entre ambos que la nariz aguileña y gruesa de Huseyn y su tez blanca, cubierta por el bronceado del verano.

Como Kamal, Huseyn e Ismail eran de los que habían aprobado el examen de bachillerato ese año —teniendo en cuenta que los dos primeros tenían diecisiete años, y el último, veintiuno— se pusieron a hablar del examen y de las consecuencias para el futuro que de él se derivaban. El que empezó a hablar fue Ismail Latif. Cuando lo hacía, alargaba el cuello, como para disimular su corta longitud y su pequeño tamaño, al menos en comparación con sus tres amigos. Sin embargo, era de recia complexión y músculos robustos; y en la aguda y burlona mirada de sus ojos estrechos, en su nariz puntiaguda y afilada, en sus cejas espesas y en su boca ancha y fuerte había algo que bastaba para prevenir a quien se propusiese atacarlo.

—Este año hemos rendido al cien por cien —dijo—. Antes nunca se había obtenido algo así, al menos en lo que a mí respecta. Yo tenía que estar ya en el último curso de la enseñanza superior, con Hasan, pues entró conmigo en la escuela de Fuad I en el mismo día del mismo año. Mi padre, al ver mi número en el periódico entre los aprobados, me preguntó burlón: «¿Alargará Dios mi vida para que te vea entre los que han sacado el Diploma Superior?».

—No vas tan retrasado como para que sea justificable la desesperación de tu padre —dijo Huseyn Shaddad.

—Llevas razón —replicó, burlón, Ismail—. Pasar dos años en cada curso no es demasiado.

Luego, dirigiendo sus palabras a Hasan Selim:

—Y tú, ¿quizás estás ya preocupado por lo que harás después de licenciarte? Hasan Selim estaba en el último curso de la Escuela de Leyes, y comprendió que Ismail Latif lo invitaba a manifestar en público su idea sobre lo que se proponía hacer tras acabar los estudios. Pero Huseyn Shaddad se le adelantó a responder a Ismail:

—No tiene motivo para preocuparse. ¡De hecho conseguirá un empleo en la

Fiscalía o en el Cuerpo diplomático!

Hasan Selim salió de su calma, marcada por el orgullo, reflejándose la predisposición a saltar en su hermoso rostro de finas facciones, al preguntar desafiante:

—¿Y por qué debería yo confiar en tus conjeturas?

Estaba orgulloso de su esfuerzo y su inteligencia, y quería que todos le reconocieran esas cualidades. Nadie se las discutía, pero tampoco olvidaba nadie que era hijo de Selim Bey Sabri, consejero en la Corte de Apelación, y que esta paternidad le hacía gozar de una prerrogativa cuya influencia estaba muy por encima de su inteligencia y esfuerzo. Sin embargo, Huseyn Shaddad se abstuvo de decir nada que pudiera excitarlo, y contestó:

—En tu superioridad está la garantía de eso que estás preguntando... Ismail Latif no le dejó tiempo para que disfrutara del elogio que le había hecho Huseyn, y le dijo:

—Y ahí está tu padre, ¡y eso —en mi opinión— es mucho más importante que la superioridad...!

Pero Hasan recibió el ataque defendiéndose con uñas y dientes, al contrario de lo que hubiera podido esperarse, bien porque estaba harto de la agresividad de Ismail, del que apenas se había separado a lo largo del veraneo de ambos en Alejandría, o bien porque había llegado a ver en su compañero a un intrigante «profesional», cuyas palabras no siempre convenía tomar en serio. Sin embargo, la unión de los amigos era tal que su fuerza no se debilitaba a pesar de tener unos altercados dialécticos que a veces llegaban al borde de la pelea. Así, clavando la mirada con ironía en Ismail, le preguntó Hasan Selim:

—Y tú, dime, ¿en qué acabaron los esfuerzos de los que estaban buscando algo para ti?

Ismail soltó una risotada, y al hacerlo descubrió sus dientes afilados y amarillentos a consecuencia del tabaco, del que había sido uno de los primeros adeptos entre los alumnos de secundaria.

—El resultado no ha sido nada satisfactorio —dijo—. No me aceptaron ni en Medicina ni en Ingeniería, porque no tenía suficiente puntuación; así que sólo me queda Comercio y Agricultura. Y entre ambas cosas, he elegido la primera.

Kamal observó, afectado, cómo su amigo había pasado por alto la Escuela de Magisterio, como si no hubiera sido tomada en cuenta. Pero sintió que, en el hecho de haberla elegido —a pesar de que podía ingresar en la de Leyes, cuyo rango era indiscutible— había una ejemplaridad con la que se consoló de su tristeza y su soledad. Huseyn Shaddad, dejándose llevar por su agradable risa, que puso al

descubierto la belleza de sus dientes y de sus ojos, dijo:

—¡Ay, si hubieras elegido Agricultura! ¡Imaginaos a Ismail en un campo, pasando la vida entre los campesinos...!

—Pues eso no me importaría —repuso Ismail contento—, si el campo estuviera en Imad el-Din...

En ese momento Kamal miró a Huseyn Shaddad y le preguntó:

—¿Y tú?

Huseyn extendió su mirada hacia la lejanía, reflexionando antes de contestar, y Kamal tuvo oportunidad de observarlo. ¡Cómo le fascinaba pensar que era hermano de Aida, es decir, que entre ellos había el mismo trato y amistad que un día había existido entre él, Jadiga y Aisha! ¡Una idea que le era difícil concebir! Sin embargo, Huseyn se sentaba con ella, hablaba con ella, se quedaba a solas con ella, y la tocaba. ¿La tocaba? ¡Y comía con ella! Se preguntaba cómo tomaría Aida su comida. ¿Se chuparía los dedos al comer? ¿Comería, por ejemplo, *mulujma* y habas cocidas? ¡Qué imposible le era también imaginárselo! Lo importante era que se trataba de su hermano, y que él —Kamal— tocaba la mano de este que, a su vez, tocaba la de ella. ¡Ay, si le fuera dado oler su aliento, que sin duda debía parecerse al de Aida!

—La Escuela de Leyes, de forma provisional —respondió Huseyn Shaddad. «¿No es posible que allí se haga amigo de Fuad Gamil el-Hamzawi? ¿Y por qué no? Sin duda la de Leyes es una escuela realmente importante, ya que Huseyn va a ingresar en ella. Es una aventura intentar convencer a la gente del valor de un modelo ideal».

—No sabía —dijo Ismail, burlón— que hubiera estudiantes que ingresaran en ninguna escuela de forma provisional. ¡Háblanos de eso, por favor...!

—Todas las escuelas son iguales para mí —dijo Huseyn Shaddad con seriedad—. Ni en esta ni en aquella hay nada que me haga ponerme de su parte. Realmente quiero instruirme, pero no quiero trabajar. Y no hallaré en ninguna escuela la ciencia que deseo, una ciencia que no esté orientada hacia una actividad. Pero no he logrado encontrar en casa a nadie que esté de acuerdo con mis ideas y no veo más salida que adaptarme a ellos hasta cierto punto. Les pregunté: «¿Qué escuela elegiríais?». Contestó mi padre: «¿Es que hay otra escuela distinta a la de Leyes?». Y dije: «Entonces, que sea la de Leyes».

—¡De forma provisional! —agregó Ismail Latif imitando su tono y sus gestos.

Hubo una carcajada general. Luego continuó Huseyn Shaddad:

—¡Por supuesto, de forma provisional, pedazo de intrigante! Y, si los asuntos marchan como deseo, no es imposible que interrumpa mis estudios aquí para viajar a

Francia, aunque sea con el pretexto de estudiar Derecho en sus institutos. Allí podré beber sin trabas de las fuentes de la cultura; allí podré pensar, ver y oír...

—¡Y gustar, y tocar, y oler...! —añadió Ismail, imitando de nuevo su tono y sus gestos, como si completara lo que creía que el otro había callado.

Tras un intermedio de risas, Huseyn continuó su conversación diciendo:

—¡Puedes estar seguro de que mi objetivo es distinto de ese con el que tú sueñas!

Kamal le creyó de todo corazón sin necesidad de pruebas, no sólo porque lo respetaba tanto como para ni sospechar que mintiera, sino porque estaba convencido de que la vida que esperaba disfrutar en Francia era la «única» digna de cautivar las almas. ¡Qué lejos estaba Ismail de comprender esa verdad, a pesar de lo sencilla que era! ¡Ni él ni la gente de su especie creían en otra cosa que no fueran los números y las apariencias! ¡Cuántas veces había suscitado Huseyn sus sueños! ¡Y este, caracterizado por su amplitud de miras y su belleza, era uno de ellos, un sueño lleno de los frutos del espíritu y el pensamiento, del oído y la vista! «¡Cuántas veces ha dominado mis sueños y mi vigilia! ¡Y luego, tras tanto aspirar a él, tras tanto buscarlo, ha acabado por llevarme a la Escuela de Magisterio!»

—¿Quieres decir realmente lo que has dicho de que no quieres trabajar? —preguntó Hasan.

—No seré un especulador en la bolsa, como mi padre —contestó Huseyn Shaddad con una mirada soñadora en sus hermosos ojos negros—, porque no soporto una vida cuya esencia sea el trabajo incesante y cuya meta sea el dinero. Y tampoco seré funcionario, porque ese puesto significa esclavizarse por el sustento. Y el mío es abundante. Quiero vivir en el mundo como un turista: leer, ver, escuchar y pensar... moverme del monte al llano y del llano al monte...

Hasan Selim, que le había estado observando a lo largo de la conversación con una mirada de menosprecio, disimulada por su reserva aristocrática, le objetó:

—El trabajo no es siempre una forma de obtener el sustento. Yo, por ejemplo, no tengo necesidad de esforzarme por él, pero no cabe la menor duda de que deseo ocupar un puesto elevado, pues el hombre tiene que trabajar y un empleo noble es una meta digna de ser perseguida por sí misma.

—Eso es cierto —dijo Ismail Latif, ratificando las palabras de Hasan—. Las tareas judiciales y diplomáticas son trabajos deseados por la gente más rica. —Luego, dirigiéndose hacia Huseyn Shaddad—: ¿Por qué no eliges un trabajo de esos, ya que están a tu alcance?

—¡El Cuerpo diplomático —dijo Kamal dirigiéndose también a Huseyn— puede

ofrecerte al mismo tiempo la oportunidad de un trabajo noble y de viajar!

—Pero es difícil entrar en él —añadió Hasan Selim con un tono lleno de significado.

—El Cuerpo diplomático tiene, sin duda, extraordinarias ventajas. Aunque en la mayoría de los casos es un empleo honorífico, no resulta muy incompatible con mi rechazo a la esclavitud del trabajo, ya que los viajes y el ocio me permitirían esa vida dedicada al espíritu y la belleza que deseo. Sin embargo, no creo que esté a mi alcance, no porque sea difícil entrar en él, como ha dicho Hasan, sino porque dudo que pueda continuar los estudios reglamentarios hasta el final...

—Tengo la impresión —dijo Ismail Latif riendo con malicia— de que quieres ir a Francia por motivos que nada tienen que ver con la cultura. Haces bien...

Huseyn Shaddad se rio, haciendo signos de negación con la cabeza, y luego dijo:

—Por supuesto que no. Tú piensas según tus inclinaciones, pero yo rechazo la enseñanza académica por otras causas. La primera de ellas es que no me interesa estudiar Derecho. La segunda, que no hay ninguna escuela que pueda darme las nociones que deseo sobre diversas ciencias y artes, como el teatro, la pintura, la música y la filosofía. En la escuela sólo te llenarán la cabeza de polvo, para que descubras en él —si es que lo descubres— unas pepitas de oro. Sin embargo, en París puedes asistir a conferencias sobre diversas artes y ciencias, sin restricciones de disciplina o exámenes... además de la vida noble y hermosa que te proporciona.

Luego, continuando en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—¡Y puede que me case allí, para pasarme la vida viajando por mi mundo real e imaginario!

En el rostro de Hasan Selim no aparecieron indicios de que prestara un interés serio a la conversación. Por otro lado, Ismail Latif levantó sus cejas espesas, dejando a sus ojos manifestar la malicia e ironía que bullían en su corazón... Sólo Kamal parecía estar impresionado y entusiasmado. Él acariciaba las mismas esperanzas, con algunas diferencias que no afectaban a su esencia. No le interesaba viajar ni casarse en Francia, pero ¿quién le daría esos conocimientos no restringidos por la disciplina o los exámenes? Serían más útiles, sin discusión, que el polvo con el que le iban a llenar la cabeza en Magisterio para que consiguiera al final una pepita de oro. ¿París? Después de saber que había albergado los más tiernos años de la vida de su adorada, se había convertido en un bello sueño, un sueño que no dejaba de incitar a Huseyn con su hechizo, y que fascinaba su propia imaginación con sus variadas promesas. ¿Cómo curarse del tormento de las esperanzas?

Tras un instante de vacilación, dijo con recelo:



—¡Pienso que, en Egipto, la escuela más próxima a realizar siquiera una ínfima parte de tu deseo es la Escuela Superior de Magisterio!

Entonces Ismail Latif se volvió hacia él, preguntándole con aparente inquietud:

—¿Qué has elegido tú? No me digas que Magisterio... ¡Señor... había olvidado que estás casi tan chiflado como Huseyn!

Kamal esbozó una amplia sonrisa, que puso de manifiesto la elasticidad de sus enormes narices, y contestó:

—¡Me he inscrito en Magisterio por la causa que has mencionado...!

Huseyn Shaddad le miró con interés, y luego exclamó sonriendo:

—¡Seguro que tus inclinaciones culturales te han causado muchos problemas antes de hacer tu elección...!

Y le dijo Ismail Latif en tono de acusación:

—Y tú eres responsable en alto grado de que esas inclinaciones tuyas se hayan consolidado. Es más, la verdad es que hablas mucho y lees poco, pero este pobre desgraciado se toma el tema en serio y lee hasta quedarse ciego. ¡Mira cómo tu mala influencia sobre él lo ha empujado al final hacia Magisterio...!

Haciendo caso omiso de la interrupción de Ismail, Huseyn continuó hablando:

—¿Estás seguro de que en Magisterio está lo que deseas?

Con el pecho henchido de alegría al escuchar la primera voz que le preguntaba por su Escuela sin desprecio ni reprobación, Kamal contestó entusiasmado:

—Me basta con que me permita estudiar inglés, a fin de usarlo como medio eficaz para leer sin límites. Además, allí hay una buena oportunidad —según creo— para estudiar Historia, Pedagogía y Psicología.

Huseyn Shaddad reflexionó un momento, y luego añadió:

—He conocido mucho sobre los profesores que he tratado de cerca en mis clases particulares, y no eran precisamente buenos modelos de hombre culto. Pero quizás el responsable de ello sea el antiguo sistema escolar...

—Me basta con ese medio —dijo Kamal con un entusiasmo que no languidecía—. ¡La auténtica cultura depende de la persona, no de la escuela!

—¿Tienes la intención de convertirte en maestro? —preguntó Hasan Selim.

Aunque Hasan hizo la pregunta con educación, Kamal no se quedó tranquilo del todo, pues el mantenerse en los límites de la educación era un rasgo típico de él, que sólo transgredía en caso de extrema necesidad o cuando otro le provocaba. Por una parte aquello era una consecuencia natural de su aplomo, y por otra, de su noble crianza aristocrática. A Kamal no le era fácil saber si la pregunta de su amigo carecía realmente de desaprobación o desdén. Por eso movió los hombros con

indiferencia y respondió:

—Eso es inevitable, mientras siga empeñado en aprender lo que quiero saber.

Ismail Latif estaba observando a Kamal con disimulo: su cabeza, su nariz, su largo cuello y su flaca figura. Y, como si imaginase el efecto de aquella imagen en los alumnos en general, y especialmente en los más crueles, murmuró sin poder evitarlo:

—¡Por mi vida, que eso será una catástrofe!

Pero Huseyn Shaddad volvió a intervenir con un afecto que traicionaba su predilección hacia Kamal:

—El puesto es algo secundario para quien tiene metas de largo alcance. Además, no debemos olvidar que un grupo selecto de hombres famosos de Egipto se ha formado en la escuela...

La conversación sobre la escuela se interrumpió aquí, y reinó el silencio. Kamal intentó sumergirse en el regazo del jardín, pero la conversación había dejado en su cabeza una fiebre que debía esperar a que se enfriara. Al pasear la mirada y ver la garrafa del agua helada sobre la mesa, se le vino a la mente una antigua idea que a menudo le había proporcionado felicidad en situaciones similares a esta: llenar un vaso y beberlo, pues quizás podría tocar con sus labios un punto de este que los labios de ella hubieran tocado por casualidad al beber alguna vez. Entonces se levantó y fue hacia la mesa, llenó un vaso de la garrafa y lo bebió. Luego volvió a su asiento, concentrando la atención en sí mismo y observándose, como si esperara que algo cambiara —si la suerte se aliaba con él y conseguía su objetivo—, que emanase de su espíritu una fuerza mágica y desconocida para él, y así embriagarse en un éxtasis divino con el que elevarse por las rutas felices de los cielos. Pero... ¡claro...!, al final se conformó con el placer de la aventura y la alegría de la espera. Luego empezó a preguntarse con inquietud: «¿Cuándo va a venir? ¿Será posible que el prometedor momento se una a los tres meses pasados de separación?» Sus ojos volvieron a la garrafa, y le rondó el recuerdo de una antigua conversación que había mantenido con Ismail Latif a propósito de esa garrafa, o mejor dicho, del agua helada, ¡qué era lo único que se ofrecía en el palacio de los Shaddad! Al tratar del tema, Ismail había señalado el estricto régimen económico por el que se regía el palacio, desde la azotea hasta los *bedroom*, preguntando: ¿No es esto una especie de tacañería? Pero Kamal se había negado a aceptar que la familia de su adorada estuviera marcada por algo que supusiese menoscabo, y la había defendido de esa acusación aduciendo como prueba su lujo, sus criados, sus deudos y los dos coches que poseía: el Minerva y el Fiat, que era casi en exclusiva para Huseyn. ¿Cómo,

después de esto, podía acusársela de tacañería? Pero Ismail, que no tenía pelos en la lengua, había dicho entonces que existían distintas clases de tacañería, y que, como Shaddad Bey era millonario, en el pleno sentido de la palabra, se veía obligado a rodearse de signos externos de prestigio, aunque se limitaba a lo que se consideraba imprescindible en «su ambiente». Pero que la regla seguida, de la que ningún miembro de la familia se apartaba, era no permitirse gastar ni un solo *millim* sin objeto o motivo justificado... Los sirvientes recibían un salario bajísimo y comían muy poco, y, si uno de ellos rompía un plato, le descontaban su precio del salario... El propio Huseyn Shaddad, el único chico de la familia, no recibía ningún dinero de bolsillo, como otros chicos de su condición, por miedo a que se acostumbrara a despilfarrarlo sin necesidad. Claro que su padre podía comprarle en cada fiesta cierto número de acciones o de obligaciones, pero nunca le ponía una piastra en la mano... En cuanto a los visitantes, ¡con esa querida tacañería no se les ofrecía más que un vaso de agua helada...! ¿No era eso tacañería, aunque fuese una tacañería aristocrática? Mirando la garrafa, Kamal recordó aquella conversación y se preguntó, como se había preguntado entonces con horror, si era posible que la familia de su adorada tuviera algún defecto. Su corazón se negó a creerlo, como lo hace quien considera que en la perfección no cabe el menor reproche, aunque sea de poca importancia. Pero se imaginó que había un sentimiento, parecido a la satisfacción, que jugueteaba con él, susurrándole al oído: «No temas... ese defecto, si es cierto, ¿no es algo que la hace bajar aunque sea un escalón hacia ti o te hace subir a ti un escalón hacia ella?». A pesar de que había mantenido una actitud de reserva y duda hacia las palabras de Ismail, se halló a sí mismo revisando, sin darse cuenta, «el vicio» de la tacañería y clasificándolo en dos categorías: una especie rastrera, y otra que sólo era una política sabia para dar a la vida económica una excelente base de orden y rigor. Era totalmente exagerado llamarla avaricia o considerarla como un vicio. ¿Cómo podía ser de otra forma si no impedía construir palacios, comprar coches y adoptar todos los signos externos del lujo y la abundancia? ¿Cómo podía ser de otra forma si procedía de almas nobles, depuradas de toda villanía o bajeza?

Lo sacó de sus pensamientos la mano de Ismail Latif, que le había agarrado el brazo y se lo había sacudido. Luego lo oyó decir, dirigiéndose a Hasan Selim:

—¡Cuidado, que aquí está el delegado del Wafd para responderte!

Al instante se dio cuenta de que se habían puesto a hablar de política mientras él estaba distraído. ¡Hablar de política...! ¡Qué duro y placentero le resultaba! Ismail lo había llamado «delegado del Wafd», quizás burlándose de él. ¡Qué se burlase

cuanto quisiera! Su preferencia por el Wafd era una convicción que había recibido de Fahmi y que en su corazón estaba asociada a su heroísmo supremo y a su sacrificio. Miró a Hasan Selim y dijo sonriendo:

—¡Ay, amigo, al que sólo deslumbra la grandeza! ¿Qué has dicho de Saad? Hasan Selim no pareció preocupado por su referencia a la grandeza, y Kamal tampoco esperaba otra cosa. ¡Cuántas veces lo había atacado, hasta darse cuenta de su opinión testaruda y displicente —que quizás era también la de su padre, el consejero— hacia Saad Zaglul, al que él casi idolatraba por amor y fidelidad! Según Hasan Selim, Saad Zaglul no era más que un bufón popular, y repetía ese apelativo con asco y desdén provocativos, saliéndose así de su acostumbrada educación y gentileza. ¡Luego pasaba a burlarse de su política y sus elocuentes dichos, alabando al mismo tiempo la grandeza de Adli, Zárwat, Muhammad Mahmud y otros liberales constitucionales que, en opinión de Kamal, no eran sino «traidores» o ingleses con *tarbúsh*!

—¡Estábamos hablando de las negociaciones, que no han durado más que tres días, y luego se han interrumpido! —contestó Hasan Selim con tranquilidad.

—¡Qué actitud tan patriótica, realmente digna de Saad! —dijo Kamal, entusiasmado—. Ha reivindicado nuestros derechos nacionales, poniéndose por encima del chalaneo; luego ha interrumpido las negociaciones cuando debía hacerlo, diciendo su frase imperecedera, que pasará a los anales de la historia: «Hemos sido invitados a venir aquí para que nos suicidemos, pero hemos rechazado el suicidio. Y eso es todo lo que ha pasado».

—¡Si hubiera aceptado suicidarse —dijo Ismail, que encontraba en la política materia para bromear—, habría coronado su vida con el más excelente servicio que podía prestar a su país!

Hasan Selim esperó a que Ismail y Huseyn acabaran de reírse, y luego dijo:

—¿De qué nos sirve esa frase? Para Saad, el patriotismo no es más que un tipo de elocuencia que fascina al pueblo: «Hemos sido invitados a venir aquí para que nos suicidemos, etc., etc.». Palabras, sólo palabras. Hay hombres que no hablan, sino que trabajan en silencio y han realizado para el país el único servicio que este ha recibido en su historia reciente...

La cólera hirvió en el corazón de Kamal y, si no hubiera albergado hacia Hasan un gran respeto debido a su personalidad y su edad, habría estallado. ¡Le asombraba ver cómo un «joven» como él coincidía con su padre —que, en cualquier caso, era de una generación caduca— en sus desviacionismo político!

—Minimizas la importancia de la palabra, al considerarla como si no fuera nada.

Lo cierto es que los hechos más serios y gloriosos que ha producido la historia humana, pueden ser reducidos, a fin de cuentas, a palabras. La palabra grandiosa encierra esperanza, fuerza y verdad. Caminamos en la vida a la luz de las palabras. Pero Saad no es sólo un fabricante de palabras. ¡Su palmarés está repleto de acciones y tomas de postura!

—¡Estoy de acuerdo con lo que has dicho acerca del valor de la palabra —dijo Huseyn, metiendo sus largos y esbeltos dedos entre sus cabellos negros—, aunque no con la opinión sobre Saad!

—Las naciones viven y progresan a base de inteligencia, sabiduría política y brazos, no de discursos y bufonadas populacheras y ramplonas —dijo Hasan, dirigiéndose a Kamal, sin prestar atención a la interrupción de Huseyn.

Ismail Latif miró a Huseyn Shaddad, mientras le preguntaba burlón:

—¿No ves que quien gasta su saliva hablando de reformar este país es como el que sopla en un odre agujereado?

Kamal se volvió hacia Ismail, para decirle indirectamente a Hasan lo que evitaba decirle a la cara, y le soltó para aliviar su cólera:

—A ti la política no te importa para nada, pero a veces tus bromas reflejan la actitud de una «minoría» de paniaguados de los egipcios. Es como si fueras su portavoz. Los ves como gentes que no tienen esperanza en levantar el país. Se trata de la desesperación del desprecio y de la arrogancia, no la desesperación del ideal ni del extremismo. ¡Y si la política no fuera el instrumento de sus ambiciones, se alejarían de ella, como haces tú!

Huseyn Shaddad se rio con esa risa suya tan agradable. Luego alargó la mano hasta el brazo de Kamal y lo apretó diciendo:

—Eres un contrincante tenaz. Me asombra tu entusiasmo, aunque no comparta tu fe en ello. Pero, como sabes, soy neutral: ni de los *wafdistas* ni de los constitucionales; no por indiferencia, como Ismail Latif, sino porque estoy convencido de que la política corrompe las ideas y el corazón. Tienes que elevarte por encima de ella a fin de que la vida se te presente como un terreno infinito para la sabiduría, la belleza y la tolerancia, no como un campo de batalla lleno de querellas e intrigas...

La voz de Huseyn lo tranquilizó, apaciguándose su vehemencia. Cuando se mostraba de acuerdo con él, le alegraba su aprobación, y cuando le contradecía, su corazón aceptaba su oposición. Y aunque sentía que su justificación de la neutralidad no era más que una manera de excusar su débil patriotismo, no se sentía irritado con él por eso ni veía en ello un defecto, sino que lo aceptaba, otorgándole su perdón, su

indulgencia y su tolerancia. Y dijo, siguiéndole la corriente:

—La vida es todo eso a la vez: lucha e intriga, sabiduría y belleza. Y si ignoras alguno de esos aspectos, pierdes la oportunidad de comprenderla de forma global, y tu capacidad de influir en ella con algo que la oriente hacia un camino mejor. No desprecies la política, pues es la mitad de la vida, o la totalidad de ella, si consideras que la sabiduría y la belleza son cosas que están por encima de la vida...

—En lo que a política se refiere —dijo Huseyn Shaddad, como excusándose—, te confieso abiertamente que no confío en todos esos hombres...

—¿Y qué te ha llevado a retirarle tu confianza a Saad? —le preguntó Kamal, tratando de congraciárselo.

—Déjame, más bien, que te pregunte qué me haría poner mi confianza en él... Saad y Adli, Adli y Saad. ¡Qué estúpido es todo eso! Pero, si Saad y Adli son iguales para mí en el plano de la política, no los veo así como hombres, pues no puedo ignorar esos nobles principios por los que se distingue Adli, ni su gran prestigio y cultura. En cuanto a Saad —¡y ojo con enfadarte!—, ¡no es más que un *azharista* anticuado...!

¡Ay, cómo le dolía que a veces se le escapara a Huseyn algo que delatase su sensación de estar por encima del pueblo! Presa de la tristeza, lo sentía como si lo despreciara a él personalmente o —cosa aún más terrible— como si fuese el portavoz de toda la familia. Sí, cuando hablaba con él, le hacía sentirse como si hablara de un pueblo que les fuera extraño a «ambos» al mismo tiempo. Pero ¿lo hacía por error de apreciación o por cumplido? Lo extraordinario era que esa actitud de Huseyn no lo enfadaba tanto por su sentido general, como lo entristecía en su sentido particular hacia él, pues no provocaba su hostilidad de clase ni su sentimiento patriótico. Sin embargo, esos sentimientos se quebraban ante una alegría luminosa que nacía de la franqueza y la rectitud de intenciones, y retrocedían ante un amor que ni las opiniones ni los acontecimientos podían dañar. Era lo contrario de lo que sentía ante la actitud de Hasan Selim con él. A pesar de la amistad que había entre ambos, dicha actitud lo incitaba a salir en defensa de su patria, y ni su cortesía al hablar, ni su reserva en mostrar sus sentimientos intercedían a su favor. Es más, quizás Kamal percibía en ambas cualidades una especie de «sagacidad» que redoblabla su responsabilidad y ratificaba su partidismo aristocrático, dirigido contra el pueblo. Y dijo hablando a Huseyn:

—¿Es que necesito recordarte que la grandeza no tiene nada que ver con el turbante y el tarbúsh, o con la pobreza y la riqueza? ¡Me parece que la política nos obliga a veces a discutir cosas que son evidentes!

—¡Lo que me asombra de los wafdistas, como Kamal, es su enorme fanatismo!  
—dijo Ismail Latif.

Luego, recorriendo con la mirada a los que estaban sentados:

—¡Pero también lo que me molesta de ellos es precisamente su enorme fanatismo!

—¡Tienes suerte —dijo Huseyn Shaddad riendo—, porque, cualquiera que sea la opinión que expreses sobre la política, nadie vendrá a contradecirte!

En ese momento, Hasan Selim preguntó a Huseyn Shaddad:

—Pretendes estar por encima de la política, pero ¿seguirías haciéndolo incluso si se tratase del anterior Jedive?

Todos los ojos se dirigieron hacia Huseyn con una especie de desafío risueño, pues era sabido que su padre, Shaddad Bey, había tomado partido por el anterior Jedive, asunto por el que había estado exiliado varios años, que pasó en París. Pero Huseyn dijo con indiferencia:

—Esos asuntos no me conciernen ni mucho ni poco. Mi padre fue, y sigue siéndolo, uno de los hombres del Jedive. Pero yo no pretendo abrazar sus ideas...

—¿Acaso tu padre era de los que gritaban: «Vive Dios... Abbás regresará»? —le preguntó Ismail Latif, con un brillo guasón en sus ojos estrechos.

—Ese *slogan* sólo os lo he escuchado a vosotros —respondió Huseyn Shaddad riendo—. Lo único indudable es que, entre mi padre y el Jedive, no hay ya más que amistad y fidelidad. Además, no hay ningún partido —como bien sabéis— que invite hoy en día al regreso del Jedive...

—Ese hombre y su tiempo —dijo Hasan Selim— han pasado a formar parte de la historia. El presente puede resumirse en dos palabras: ¡Que Saad se niega a que nadie, que no sea él, se levante en Egipto y hable en su nombre, aunque sea el mejor y más sabio de los hombres!

Tan pronto como acusó el golpe, Kamal le respondió:

—El presente se resume en una sola palabra: ¡Que no hay en Egipto nadie que hable en su nombre fuera de Saad, y que la reagrupación de la nación en torno a él podrá, a fin de cuentas, poner al alcance de esta las esperanzas que anhelamos!

Entonces cruzó los brazos sobre el pecho y extendió las piernas hasta tocar con la punta de sus zapatos el pie de la mesa. Pensó proseguir la conversación, pero le llegó desde detrás una voz, no lejana, que preguntaba: «Budur, ¿es que no quieres saludar a tus viejos amigos?». Entonces la lengua se le trabó y el corazón le dio un violento vuelco, agitando su pecho con un estremecimiento que al principio le asustó y le causó dolor; pero, luego, con la velocidad del relámpago, lo invadió una embriaguez

desbordante de felicidad, haciéndole casi cerrar los ojos de tanta emoción. Después sintió que todas las ideas por las que su alma palpitaba se habían dirigido hacia el cielo. Al levantarse los amigos, él hizo lo mismo, volviéndose con ellos hacia atrás. A un paso del cenador vio a Aida, parada, llevando de la mano a Budur, su hermana pequeña, de tres años de edad. Ambas los miraban con ojos tranquilos y risueños... Ahí estaba ella, tras una espera de tres meses o más; ahí estaba el «original» de la «imagen» que había llenado su alma y su cuerpo, su vigilia y sus sueños. ¡Ahí estaba, plantada ante sus ojos, como testigo de que, tal vez, todo lo que había sentido —su dolor ilimitado, su alegría indescriptible, el desvelo que había abrasado su alma y el sueño que había flotado en el cielo— no se debía, a fin de cuentas, más que a una gentil criatura, cuyos pies dejaban sus huellas sobre el suelo del jardín!

Al mirarla, su magnetismo atrajo todos sus sentidos, hasta el punto de hacerle perder la conciencia del tiempo y el lugar, de la gente y de sí mismo. Y, como si fuera un puro espíritu, volvió a flotar en el espacio hacia su ídolo... Sin embargo, la percibía no tanto de forma sensorial como espiritual, representada en un éxtasis mágico, una dicha cantarina, una oración sublime, al tiempo que su visión se debilitaba o se desvanecía, como si la fuerza de su emoción espiritual monopolizara toda su vitalidad, dejando sus sentidos y su capacidad de pensar, recordar u observar en un letargo que casi lo sumió en una especie de vacío. Por eso ella obedecía más a su memoria que a sus sentidos. Cuando estaba en su presencia, apenas la veía, pero luego se le venía a la memoria, con su esbelta figura, su cobrizo rostro de luna llena, su cabello muy negro cortado a lo *garçon*, con el flequillo caído sobre la frente como las púas de un peine y unos ojos serenos, en los que reinaba una mirada que poseía la calma, la suavidad y la grandeza del alba. Veía esa imagen con su memoria, no con sus sentidos, como la melodía mágica en cuya escucha nos perdemos, y de la que nada recordamos hasta que nos sorprende felizmente en los primeros instantes del despertar o en un momento de efusión, resonando en las profundidades de la conciencia como un canto perfecto. Sus sueños y sus deseos le hicieron preguntarse: «¿Cambiará su forma de actuar habitual y saludará dando la mano, para así tocarla aunque sea una sola vez en la vida?». Pero ella los saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza, preguntando con esa voz que dejaba chicos los cantos que a él más le gustaban:

—¿Cómo estáis todos?

Las voces rivalizaron por saludarla, darle las gracias y congratularse por el feliz regreso. Entonces sus dedos esbeltos jugaron en la cabeza de Budur, al decirle:

—¡Da la mano a tus amigos!



Budur metió los labios hacia dentro y se los mordió, mientras paseaba la mirada entre ellos con timidez hasta posarse en Kamal. ¡Entonces sonrió, y él sonrió a su vez! Huseyn Shaddad, que conocía el cariño existente entre la niña y Kamal, exclamó:

—¡Sonríe a aquel a quien ella quiere!

—¿Quieres a este de verdad? —dijo Aida; luego, empujándola hacia él—. Entonces, salúdalo...

Kamal le tendió las manos, con el rostro sonrojado de alegría, y ella se acercó a él. La cogió en brazos hasta apoyársela contra el pecho, y empezó a besarle las mejillas con enorme ternura y emoción. Se sentía feliz y orgulloso con ese amor. La que estaba entre sus brazos no era sino un pedazo de la carne de la familia y, al abrazar aquel pedazo contra su pecho, abrazaba a todo el conjunto. ¿Podía unirse el siervo con su ídolo de otra forma que no fuera a través de un mediador como aquel? La magia, toda la magia, estaba en ese asombroso parecido entre la niña y su hermana. Era como si la que reposaba en su pecho fuera la propia Aida en un estadio anterior de su existencia... Un día había sido igual que Budur en edad, tamaño y generosidad... Él tenía que gozar de ese amor inmaculado... Tenía que ser feliz abrazando un cuerpo que ella abrazaba... y besando una mejilla que ella besaba... Tenía que soñar para que la mente y el corazón huyeran de él. Comprendía por qué amaba a Budur, por qué amaba a Huseyn, por qué amaba el palacio, su jardín y sus sirvientes. Los amaba a todos en honor de Aida. ¡Pero lo que no comprendía era su amor por la propia Aida...! Esta paseó la mirada entre Hasan Selim e Ismail Latif, y luego les preguntó:

—¿Cómo habéis encontrado Alejandría?

—Maravillosa... —contestó Hasan. Entonces inquirió Ismail:

—¿Qué es lo que os arrastra siempre a Ras el-Barr?

—A veces hemos pasado el verano en Alejandría —dijo ella con una voz melódica, cuyas vibraciones estaban llenas de una dulzura musical—, pero sólo nos gusta veranear en Ras el-Barr. ¡Allí hay una calma, una sencillez y una intimidad que no encuentras más que en tu casa!

—Por desgracia, la calma no nos gusta... —dijo Ismail riendo.

¡Qué feliz era con ese espectáculo... con esa conversación... con esa voz! «Piensa: ¿no es eso la felicidad...? Una mariposa, ligera como la brisa de la aurora, irradiando alegres colores y sorbiendo el néctar de las flores... eso es lo que soy. ¡Ay, si durara esta escena hasta la eternidad!»

—Ha sido un viaje delicioso. ¿No os ha hablado de él Huseyn? —dijo Aida.

—¡Qué va! —respondió Huseyn en son de crítica—. ¡Estaban enfrascados en la política!

Entonces ella se volvió hacia Kamal diciendo:

—Aquí hay una persona a la que sólo le complace hablar de eso...

«De sus ojos sale una mirada que te llega como la gracia. Su transparencia revela un espíritu angelical. Has resucitado como lo hace el adorador del sol con su luz esplendorosa. ¡Ay, si durara esta escena hasta la eternidad!»

—Hoy no he sido yo el responsable de que se provocara la discusión...

—Pero habrás aprovechado la ocasión... —agregó ella sonriendo.

Él lo admitió, con una sonrisa, y ella volvió los ojos hacia Budur, exclamando:

—¿Tienes la intención de dormirte en sus brazos...? ¡Basta ya de saludos!

La vergüenza se apoderó de Budur y enterró la cabeza en el pecho de Kamal, el cual se puso a acariciarle la espalda con ternura. Pero Aida la amenazó diciendo:

—Pues te dejaré y me volveré sola...

Entonces Budur levantó la cabeza y le tendió las manos, balbuciendo: «No». Kamal la besó y la bajó al suelo, y ella corrió hacia Aida y se cogió de su mano. Aida los envolvió con la mirada, luego hizo un gesto de despedida con la mano y se fue por donde había venido. Todos volvieron a sus asientos y reanudaron la conversación sobre lo que se les iba pasando por la mente.

Así se producían las visitas de Aida al cenador del jardín: una sorpresa feliz y breve. Pero él parecía contento, sintiendo que su paciencia durante los meses del verano no había sido inútil. «¿Por qué la gente no se suicida para conservar la felicidad, como lo hace para huir del infortunio? No necesitas viajar, como quiere hacer Huseyn, para encontrar el placer de los sentidos, la mente y el espíritu. ¡Puedes lograrlo todo en un instante fugaz sin moverte de tu sitio! ¿De dónde le viene al ser humano la capacidad de realizar todo esto? ¿Dónde está la vehemencia de la política, el ardor de la discusión, el acaloramiento del debate y el enfrentamiento de las clases...? ¡Todo se ha disuelto, se ha volatilizado, bajo una mirada de tus ojos, amada mía! ¿Cuál es la diferencia entre el sueño y la realidad, y en cuál de los dos terrenos crees que estoy vagando ahora?»

—La temporada de fútbol va a empezar dentro de poco...

—La pasada temporada fue la del Ahli, que no tuvo rival.

—Derrotó al Mujtalla, a pesar de que su equipo tenía unos campeones fuera de serie.

Kamal emprendió la defensa del Mujtalla —como lo hacía con Saad—, rechazando los ataques que le hacía Hasan Selim. Los cuatro jugaban al fútbol,

aunque había diferencia entre ellos en cuanto a habilidad y entusiasmo. Ismail era el más diestro de todos, hasta el punto que sobresalía entre ellos como lo hace el profesional entre los aficionados, en tanto que Huseyn Shaddad era el más flojo, y Kamal y Hasan estaban en un nivel intermedio. La disputa entre los dos últimos se recrudeció... Kamal atribuía la derrota del Mujtalla a la mala suerte y Hasan la atribuía a la superioridad de los nuevos jugadores del Ahli... La discusión continuó sin que ninguno de los dos se apeara del burro. Kamal se preguntaba por qué siempre se encontraba en el bando opuesto al de Hasan: ¡El Wafd-los liberales, el Mujtalla-el-Ahli, Higazi-Mujtar, y en el cine él prefería a Charlie Chaplin, mientras el otro prefería a Max Linder!

Abandonó la tertulia muy poco antes de la puesta del sol. Y cuando caminaba por la vereda lateral que conducía a la puerta de salida, escuchó una voz que exclamaba:

—¡Ahí lo tienes!

Levantó la cabeza, hechizado, y vio a Aida en una de las ventanas del primer piso, sosteniendo a Budur sobre el alféizar y señalándolo a él. Se detuvo justo bajo la ventana, con la cabeza levantada, mirando con el rostro sonriente a la niña que le hacía señas con su manita, al tiempo que echaba una ojeada de vez en cuando a aquel otro rostro, en cuya forma y trazos reposaban sus esperanzas en la vida y en la eternidad. Su corazón se agitaba, ebrio, en su pecho. Budur volvió a hacerle señas con la mano, y entonces Aida le preguntó:

—¿Vas a ir a verlo?

La pequeña hizo un gesto de afirmación con la cabeza, y Aida se rio de ese deseo que no iba a realizarse. Entre tanto, él se había puesto a observarla, envalentonado por su risa, hundiéndose con toda su alma en la pupila de sus ojos y en el entrecejo, intentando recobrar el eco de su risa generosa y los tonos de su cálida voz, hasta tal punto que se le agitó la respiración de emoción y amor apasionado. Y como la situación le exigía hablar, preguntó a su adorada, señalando a su querida pequeña:

—¿Se ha acordado de mí durante el veraneo?

—Pregúntale a ella —dijo Aida, echando un poco la cabeza hacia atrás—. No es asunto mío lo que hay entre vosotros.

Luego, antes de que él abriera la boca, añadió:

—Y tú ¿te has acordado de ella?

«Ay, es como tu situación en la azotea, entre Maryam y Fahmi».

—No se me ha ido de la cabeza ni un solo día —dijo él con calor.

En ese momento llamó una voz desde el interior del palacio, y Aida se enderezó, cogiendo en brazos a Budur. Luego dijo, a modo de comentario a sus palabras,

mientras se disponía a marcharse:

—¡Qué amor tan asombroso!

Y desapareció de la ventana.

De los asiduos a la reunión del café ya sólo quedaban Amina y Kamal, e incluso este último la abandonaba al atardecer para salir, de modo que la madre se quedaba sola o invitaba a Umm Hanafi a hacerle compañía hasta que llegaba la hora de dormir. Yasín había dejado tras de sí un gran vacío, y aunque Amina siempre intentaba no evocar su recuerdo, Kamal sintió por su ausencia una melancolía que menguaba la mayor parte del placer por él saboreado en estas sesiones. Antes, el café era sólo la bebida de la tertulia, en torno a la que se reunían los hijos para conversar; pero hoy, para la madre, lo era todo. Lo bebía en exceso, sin darse cuenta, hasta el punto de que prepararlo y beberlo se convirtieron en el consuelo de su soledad. A menudo se bebía, una tras otra, cinco o seis tazas, y a veces hasta diez. Kamal seguía estos excesos con inquietud, y la advertía de sus consecuencias; pero ella le contestaba con una sonrisa, como queriéndole dar a entender: «¿Y qué hago, si no bebo?». Luego le decía en tono confiado y tranquilo: «El café no es perjudicial...».

Se sentaron uno enfrente del otro: ella en el sofá que separaba su dormitorio del comedor, y él en el que estaba entre su propio dormitorio y su cuarto de estudio. Ella estaba ocupada con el brasero, en medio de cuyas brasas se hallaba enterrada la *kánaka* hasta la mitad, y él estaba en silencio con la mirada perdida. De repente le preguntó la madre:

—¿En qué estás pensando? Siempre pareces como preocupado por un asunto importante.

Kamal percibió en su voz una especie de reproche, y dijo:

—¡La mente siempre encuentra algo en que ocuparse!

Amina levantó hacia él sus pequeños ojos color de miel, como interrogándose, y luego le dijo con cierta timidez:

—¡Ya ha pasado la época en que el tiempo se nos quedaba corto para nuestras charlas!

¿De verdad? La época de las lecciones de religión y de los relatos sobre los profetas y los demonios, la época en la que él se aferraba a su madre hasta el frenesí, ya había pasado. Esos tiempos se habían acabado. ¿De qué iban a hablar ahora? Aparte de una palabrería sin sentido, ya no había modo de hablar en absoluto. Kamal sonrió como excusándose a la vez de su anterior silencio y del que lo seguiría, y luego dijo:

—Hablamos siempre que encontramos un tema para hacerlo.

—Quien quiere hablar, siempre encuentra temas —replicó ella con dulzura—, pero tú siempre pareces ausente, o como ausente.

Luego, después de reflexionar:

—Lees mucho. En vacaciones lees tanto como en las épocas de estudio. Nunca disfrutas de un día completo de reposo, y temo que te canses más de lo conveniente.

—El día es muy largo, y leer unas horas no puede agotar a nadie —dijo Kamal en un tono que demostraba la poca gracia que le hacía esa afirmación—. La lectura no es más que una especie de pasatiempo, aunque sea un pasatiempo instructivo.

—Temo que esta sea la causa de que muchas veces te muestres silencioso y distraído —añadió ella tras una corta vacilación.

«No, la causa no es la lectura. ¡Si supieras que es un refugio contra el aburrimiento!» Otra cosa ocupaba su mente todo el tiempo, otra cosa de la que ni siquiera se libraba el propio rato en que estaba leyendo; algo que no tenía cura ni junto a ella ni junto a otro ser humano que no fuera ella. ¡Era la enfermedad de un corazón que adoraba desconcertado, y sin saber qué anhelar más allá de su pena!

—¡La lectura, como el café, no es perjudicial! —dijo con astucia—. ¿Es que no quieres que me convierta en un «sabio» como mi abuelo?

La alegría y el orgullo brillaron en el rostro alargado y pálido de Amina.

—Claro que sí —dijo—, lo deseo con todo mi corazón, pero quiero verte siempre contento...

—Estoy contento, como tú quieres —replicó riendo—, así que no te preocupes por meras conjeturas.

Kamal observaba que los cuidados que ella le prodigaba habían aumentado en los últimos años más de lo conveniente y de lo que él deseaba; y que su apego y solicitud hacia él, y su miedo de todo lo que pudiera dañarle —o que ella se imaginaba que le dañaba— se habían convertido en su mayor preocupación, hasta el extremo de llegar a agobiarlo e incitarlo a salir en defensa de su libertad y su dignidad. Pero a Kamal no se le ocultaban las causas de esta evolución, que había comenzado tras la muerte de Fahmi y la aflicción de su madre por su pérdida. Por eso, al defender su libertad no traspasaba los límites del afecto y la educación.

—Me alegra oírte decir eso y que sea realmente verdad —añadió ella—. No deseo más que tu felicidad y hoy he rezado por ti en Sayyidna el-Huseyn, esperando que Dios responda a mi ruego.

—Amén... —respondió él.

Y la miró mientras levantaba la *kánaka* para llenar su taza por cuarta vez,

dejando ver en el ángulo de su boca una ligera sonrisa... Recordó cómo antaño su deseo de visitar Sayyidna el-Huseyn era prácticamente descabellado. Y ahí estaba hoy, visitándolo cada vez que iba al cementerio o a el-Sukkariyya. Pero ¡qué precio tan abrumador el que había pagado a cambio de esa endeble libertad! Él mismo tenía también sus deseos descabellados. ¿Qué precio tendría que pagar para que se hicieran realidad? Cualquier precio, por elevado que fuera, le parecería insignificante.

—De la visita a el-Huseyn hay recuerdos que no se olvidan... —dijo soltando una risita.

—Y una huella que aún perdura —añadió ella, sonriendo, mientras se palpaba la clavícula con las manos.

—Hoy ya no estás prisionera en casa, como antes —repuso Kamal con cierto entusiasmo—. Ya tienes derecho a visitar a Jadiga, a Aisha o Sayyidna el-Huseyn siempre que quieras. ¡Imagínate la frustración que hubieras experimentado si mi padre no hubiera soltado tus grilletes!

Levantó sus ojos hacia él con algo similar al apuro o la vergüenza, como si le fuera difícil recordar un privilegio que había obtenido a consecuencia de su desconsuelo por la pérdida de su hijo. Luego bajó la cabeza abatida, y su muda expresión venía a decir: «¡Ojalá hubiera seguido como estaba, con tal de haber conservado a mi malogrado hijo!». Pero evitó expresar aquello que conmovía su pecho por temor a enturbiar la dicha de Kamal, y se contentó con decir, como excusándose de aquella libertad que había logrado:

—Si salgo de vez en cuando no es por entretenerme. ¡Voy a visitar el-Huseyn para rezar por ti, y visito a tus hermanas para quedarme tranquila y resolver unos problemas que, de no ser yo, no sé quién resolvería!

Captó de inmediato los problemas a los que ella se refería y, como sabía que había ido de visita ese día a el-Sukkariyya, le preguntó:

—¿Y qué hay de nuevo en el-Sukkariyya?

—¡Lo de siempre...! —dijo suspirando.

Él agitó la cabeza y sonrió al decir:

—Creada para discutir, ¡esa es Jadiga!

—Me ha dicho su suegra: «Cualquier conversación con ella es una aventura de consecuencias nada benignas» —comentó Amina con tristeza.

—¡Parece que su propia suegra está chocheando!

—Tiene la excusa de la edad, pero ¿cuál es la excusa de tu hermana?

—Me pregunto si te has puesto de su lado sin que tuviera razón, o te has puesto

del lado de la razón y no del suyo.

Al decir esto, soltó una risita llena de significado.

—Tu hermana tiene un temperamento fogoso —dijo Amina suspirando de nuevo—, y se enoja en seguida, incluso con el consejo más sincero. Y ¡ay de mí si hago un cumplido a su suegra en atención a su edad y a su rango! Entonces me pregunta con los ojos enrojecidos: «¿Estás conmigo o contra mí?». ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios! ¡Conmigo o contra mí! ¿Es que estamos en una guerra, hijo mío? Y lo extraño es que a veces su suegra no tiene razón, ¡pero Jadiga sigue discutiendo hasta que la razón se le vuelve en contra!

¡Qué difícil era que algo lo llevara a irritarse con ella! Había sido, y seguía siéndolo, su segunda madre y una fuente de ternura inagotable. ¡Qué lejos estaba de ella la indiferente y bella Aisha, que se había convertido en una Sháwkat hasta los tuétanos!

—¿Y qué es lo que ha pasado?

—La trifulca comenzó esta vez, y en contra de lo habitual, con su marido. Cuando entré en su piso, los dos estaban discutiendo acaloradamente, hasta el punto que me pregunté, asombrada, qué había sacado de sus casillas a ese buen hombre. Me interpuse entre ellos para calmarlos, y luego supe la causa de todo. Jadiga se había propuesto limpiar el polvo al piso, pero a las nueve de la mañana él seguía durmiendo. Se empeñó en despertarlo hasta que él abrió los ojos enfadado y, presa de una repentina obstinación, se negó a levantarse de la cama. Al oír su madre el griterío, fue corriendo, y el fuego no tardó en prenderse. Y, apenas había terminado esta pelea, estalló otra por causa de Ahmad, que había vuelto de la calle con la *galabiyya* llena de barro. Ella le pegó y quiso que volviera a lavarse, pero el niño pidió ayuda a su padre, y el hombre salió en su defensa. ¡Y tuvieron la segunda discusión en sólo media jornada!

—¿Y qué hiciste tú? —dijo él riendo.

—Hice todo lo que pude, pero no salí bien parada, pues ella se pasó un buen rato censurándome por haber tomado una postura de mediador. Me dijo: «Tenías que haberte aliado conmigo, como lo hace su madre con él».

Luego, suspirando por segunda vez:

—Le contesté a Jadiga: «¿Es que no recuerdas cómo me veías comportarme ante tu padre?». Y ella me dijo con vehemencia: «¿Acaso crees que hay en este mundo un hombre como mi padre?».

De repente a Kamal se le vino a la mente la imagen de Abd el-Hamid Bey Shaddad y de su esposa, Saniyya *hánem*, caminando el uno al lado del otro desde el



porche hasta el coche Minerva que esperaba ante la puerta del palacio, no como un amo y un esclavo, sino como dos amigos iguales, que hablaban sin formalidades. ¡Saniyya iba cogida de su brazo, hasta que, al llegar al coche, el *bey* se echó a un lado para que ella subiera primero! «¿Alguna vez has visto a tus padres en semejante actitud?» ¡Qué idea tan ridícula! Aquellos se movían con la majestad digna de la encantadora joven que habían engendrado. Aunque la *hánem* no era más joven que su madre, vestía un precioso abrigo, modelo de gusto, elegancia y distinción; iba con el rostro descubierto, un rostro hermoso, aunque no tanto como el incomparable rostro angelical de su hija; y desprendía a su alrededor un fragante aroma y un esplendor cautivador. Movido por el deseo apasionado de conocer una vida que se relacionaba con la de su adorada con lazos y vínculos tan fuertes, le hubiera gustado saber cómo charlaban, cómo se trataban y cómo se peleaban, si es que se peleaban. «¿Te acuerdas de cómo los mirabas, con los ojos con que mira el adorador a los sumos sacerdotes y a los guardianes del templo?».

—Si Jadiga hubiera heredado algo de tu carácter, habría tenido asegurada una existencia feliz... —dijo él con calma.

Las facciones de Amina sonrieron de alegría, pero esta alegría chocó con la amarga realidad: que su carácter, a pesar de su dulzura, no había podido asegurarle eternamente la felicidad. Y temiendo que él leyera sus negros pensamientos, dijo sin apartar la sonrisa de sus labios:

—Sólo Él es la guía. Que Nuestro Señor haga más dulce tu carácter, para que seas de los que aman a la gente y de los que son amados...

Y él le saltó con esta pregunta:

—¿Cómo me encuentras tú?

—Tal como he dicho, y aún mejor... —dijo ella convencida.

«Pero ¿cómo conseguir que esa criatura angelical te ame? Invoca su imagen y reflexiona un poco. ¿Te la puedes imaginar desvelada y abatida de amor y pasión? ¡Qué idea tan peregrina! Ella está por encima del amor, pues el amor es una carencia que sólo el ser amado puede llenar. Ten paciencia y no retuerzas tu corazón de dolor. Confórmate con amar, confórmate con esa visión suya, que resplandece con la luz de tu alma, y con las melodías de su voz, que embriagan de alegría tus entrañas. De la adorada brota una luz que hace que todos los seres parezcan criaturas nuevas. El jazmín y la hiedra, tras el silencio, se hablan al oído. Los minaretes y las cúpulas vuelan hacia el cielo sobre el tapiz del crepúsculo. Los panoramas del antiguo barrio hablan de la sabiduría de las generaciones. La orquesta del universo prolonga los murmullos de los grillos. La ternura fluye desde las madrigueras. La hermosura

embellece las callejas y los adarves. Los pájaros de la felicidad gorjean sobre las tumbas. Los seres inanimados se extravían en el silencio de las meditaciones. Un arco iris brilla en la estera sobre la que posas tus pies. ¡Este es el mundo de mi adorada!»

—En el camino hacia el-Huseyn, he pasado por el-Azhar y me he encontrado con una gran manifestación, lanzando unos gritos que me recordaron el pasado. ¿Es que ha ocurrido algo recientemente, hijito?

—¡Los ingleses no quieren retirarse pacíficamente! —contestó.

—¡Los ingleses... los ingleses! —dijo ella con vehemencia y con una mirada de cólera relampagueando en sus ojos—. ¿Cuándo caerá sobre ellos la venganza del justo Dios?

Durante cierto tiempo había abrigado un odio similar hacia el propio Saad, ¡hasta que por fin él la había convencido de que no era lícito que odiaran a una persona a la que Fahmi quería!

—¿Qué quieres decir, Kamal? —volvió a preguntarle con patente inquietud—. ¿Es que vamos a volver a los días de la desgracia?

—¡Lo oculto sólo Dios lo sabe! —contestó alterado.

La angustia, reflejada en las contracciones de su pálido rostro, se apoderó de ella.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Aleja de nosotros el tormento! Tenemos que abandonarlos a la cólera del Todopoderoso. Es lo mejor que podemos hacer. Sería una locura arrojarnos por nosotros mismos a la perdición. ¡Dios nos libre!

—¡Cálmate! Morir es inevitable. La gente muere por una causa o por otra, ¡e incluso sin ninguna causa en absoluto!

—¡No niego que sea cierto lo que dices —replicó ella disgustada—, pero tu tono no me gusta!

—¿Y cómo quieres que hable?

—Quiero que digas claramente que estás de acuerdo en que es impío que las personas se expongan por sí mismas a la destrucción... —dijo ella con voz emocionada.

—¡Estoy de acuerdo! —contestó él con resignación, disimulando una sonrisa.

Ella le clavó la vista, recelosa, y le dijo suplicante:

—Y que lo digas de corazón, no sólo con la lengua...

—Lo digo de corazón...

«¡Qué gran diferencia hay entre el ideal y la realidad! Tú aspiras con ardor al ideal supremo en religión, política, pensamiento y amor, y las madres sólo piensan en la seguridad. ¿Qué madre estaría contenta de enterrar un hijo cada cinco años?

Pero la vida ideal exige ofrendas y mártires... El cuerpo, la mente y el espíritu son sus ofrendas, y Fahmi sacrificó su prometedora vida con una muerte gloriosa. ¿Puedes tú afrontar la muerte como él la afrontó? Tu corazón no vacilaría en elegir, aunque rompiese el corazón de esta desgraciada madre, una muerte que drenase la sangre de una herida y vendara otras heridas. ¡Qué amor...! Sí, pero no es el que hay entre Budur y yo, y tú lo sabes. El amor realmente maravilloso es mi amor por ti. Es un acto de fe en el universo, frente a sus pesimistas enemigos; un amor que me enseñó que la muerte no es lo más horrible que podemos temer y que la vida no es lo más alegre que podemos desear, pues en la vida hay cosas que la vuelven dura y la empobrecen hasta el punto de hacer buscar la muerte, y cosas que la vuelven tierna y la enriquecen hasta hacer anhelar la eternidad. ¡Qué emocionantes son las llamadas que te hace esa vida, con una voz que no sabes cómo describir, ni aguda, ni grave, como el "fa" de la escala musical que brota del violín, y con un sonido que tiene la claridad de la luz, el color —si es que se le puede imaginar un color— del profundo azul del cielo, la calidez de la fe, y algo que te mueve hacia las alturas...!»

—El jueves próximo contraeré matrimonio, poniéndome en manos de Dios.

—¡Que Nuestro Señor te conceda el éxito!

—Tendré el éxito asegurado si mi padre da su consentimiento.

—Él te lo da. ¡Alabado sea Dios!

—La asistencia se limitará a la familia, y no habrá nada que te disguste.

—¡Magnífico... magnífico!

—Hubiera deseado que mamá estuviera entre los asistentes, pero...

—No tenemos que preocuparnos por eso... Lo importante es que la velada transcurra en calma.

—Eso no se me ha pasado por alto, debido a la situación. Yo soy quien mejor te conoce. El día sólo consistirá en la redacción del contrato y la degustación de las bebidas.

—Magnífico... Que Nuestro Señor te guíe por el camino recto.

—He encargado a Kamal que haga llegar mis saludos a su madre y que le ruegue, de mi parte, que no me prive de sus oraciones, como me tiene acostumbrado desde antiguo; y que perdone lo que ha pasado...

—¡Naturalmente... naturalmente!

—Te ruego que me repitas al oído que das tu consentimiento.

—Te doy mi consentimiento y a Dios pido que te otorgue el éxito y la felicidad, pues El escucha las oraciones.

Así, los acontecimientos discurrieron en contra de la voluntad del señor Ahmad, el cual se vio obligado a seguir su curso por miedo a que se rompiera bruscamente la relación entre él y su hijo. Su corazón era demasiado sensible como para discutir con Yasín en serio, por no hablar de romper con él. ¡Y aceptó entregar a su primogénito, con su propia mano, a la hija de Bahiga, y bendecir personalmente aquella relación, por la que su anterior amante se incorporaría al núcleo de su familia! Más aún, cuando Amina le expresó su deseo de que impidiera a los «hermanos de Fahmi» asistir al matrimonio de Yasín con Maryam, él no había aceptado su intervención y le había dicho con un tono tajante: «¡Qué idea tan estúpida! Hay gente que se casa con la viuda de su hermano por amor y lealtad a él. Además Maryam no fue la esposa de Fahmi, ni siquiera su prometida. Eso es una antigua historia de la que ya han pasado seis años. No niego que su elección no ha sido acertada, pero es tan bienintencionado como mulo. A nadie ha perjudicado tanto como a sí mismo. ¡Esa

familia, pudiendo haber emparentado con otra mejor, y una chica repudiada! ¡El asunto está en manos de Dios, y allá él con su responsabilidad...!».

Amina se calló, como si hubiera admitido sus argumentos, pues, aunque en los días negros había adquirido cierta osadía que la ayudaba a manifestar lo que pensaba al señor, no tenía suficiente fuerza para hacerle cambiar de opinión o discutir con él. Por eso, cuando la visitó Jadiga para comunicarle que Yasín la había invitado a asistir a su boda y que había pensado pretextar una enfermedad para no ir, no estuvo de acuerdo con ella, y le aconsejó que aceptara la invitación de su hermano.

Y llegó el jueves. El señor Ahmad Abd el-Gawwad fue a la casa del difunto Muhammad Redwán, donde encontró a Yasín y a Kamal —que se había adelantado— para recibirlo. Al cabo de un rato se unieron a ellos Ibrahim y Jalil Sháwkat, acompañados por Jadiga y Aisha. ¡De la familia de Maryam no había en la casa más que algunas mujeres, por lo que el señor Ahmad se quedó tranquilo, confiando en que pasaría el día en paz! En su camino hacia la sala de recibir había pasado por unos panoramas de la casa que le eran familiares y por los que ya había pasado antes en circunstancias muy distintas. Lo asaltaron los recuerdos del pasado, causando en su alma toda clase de malestares, por su muda ironía ante el nuevo papel que venía a representar como solemne padre del novio. Se puso a maldecir para sus adentros a Yasín, que lo había metido a él —y se había metido a sí mismo, sin saberlo— en ese atolladero. Pero la realidad lo llevó a reconsiderar la situación y a darse ánimos diciendo: «Dios, para el que nada es demasiado, puede haber creado a la hija con un modelo distinto al de la madre, y puede hacer que Yasín encuentre en Maryam una esposa virtuosa —en todo el sentido de la palabra— que le evite la ligereza de su madre». ¡Y luego pidió la protección de Dios!

Yasín se había puesto sus mejores galas y parecía contento, a pesar de la modesta celebración dispuesta para su boda. ¡Y lo que le alegraba de forma particular era que ninguno de sus hermanos hubiera faltado, pues temía que la madre hubiera influido en alguno de ellos para que no fuera! ¿Podía haber prescindido de Maryam en honor a ellos? Por supuesto que no. Él la amaba, y ella no le dejaba otra vía de acceso que el matrimonio. Así que no había más remedio que casarse. ¿Por qué no? Las protestas de su padre y de su esposa no eran justas, ni algo de cuyas consecuencias tuviera que cuidarse. Además Maryam era la primera mujer con la que había deseado casarse, después de conocerla y haberla visto, y él se sentía muy optimista respecto a su matrimonio, pues esperaba encontrar en él una vida conyugal estable y duradera, ¿no era así? Por supuesto. Sentía que iba a ser un buen esposo y que ella sería una buena esposa, y que Redwán encontraría en los días venideros un hogar

feliz en el que crecer y madurar. Había dado muchos tumbos, y ya era hora de que volviera a casa. En unas condiciones distintas a las que rodeaban su boda, no habría dudado en celebrarla con una fiesta llena de esplendor y alegría. No era viejo ni pobre, ni tampoco de esos que «alegaban» aversión hacia las veladas agradables, como para contentarse con aquella desolada y silenciosa fiesta. Pero, calma. Necesidad obliga. Tenía que ofrecer su austeridad como saludo en memoria de Fahmi.

El encuentro de Maryam con Jadiga y Aisha —tras una separación de varios años— fue emotivo, a pesar de las reservas y de que no estuvo carente de una innegable desazón. Se intercambiaron besos y felicitaciones, y hablaron largo rato de todo lo divino y humano, aunque evitando tocar el pasado todo lo que podían. Los primeros instantes fueron los más embarazosos. Cada una de ellas esperaba que surgiera algún recuerdo del pasado que pudiera provocar alguna queja o reproche, como qué las había inducido a romper su relación, o por qué se había enrarecido el ambiente; pero esos primeros momentos pasaron en paz, y luego Maryam condujo la conversación con habilidad hacia la ropa de Jadiga y la esbeltez que seguía conservando Aisha a pesar de sus tres embarazos. Después, Maryam y su madre preguntaron por «la madre», y la respuesta fue, escuetamente, que estaba bien. Aisha contempló a su antigua amiga con ojos llenos de amor y ternura, y con un corazón siempre sediento de amar a la gente. Y si no hubiera sentido cierto recelo, habría dirigido la conversación hacia los recuerdos del pasado y se habría reído a pleno pulmón. Jadiga, por su parte, se puso a mirarla furtivamente con ojos escrutadores. ¡Aunque Maryam no se le había pasado por la cabeza durante años, las noticias de su matrimonio con Yasín dispararon su lengua en amargas observaciones, y empezó a recordar a Aisha el suceso del «inglés», y a preguntarse qué era lo que había dejado a Yasín ciego y sordo! Pero su agudo sentido familiar, que iba a la cabeza de todas sus demás cualidades, le impidió hablar de nada de eso ante la familia Sháwkat, incluido su propio marido, hasta el punto de poner sobre aviso a su madre, diciendo: «¡Nos guste o no, Maryam va a convertirse en miembro de nuestra familia...!»». Eso no era de extrañar, pues Jadiga, incluso después de haber engendrado a Abd el-Múnim y Ahmad Sháwkat, siguió considerando en cierto modo a la familia Sháwkat como «extraños».

Al caer la tarde llegó el casamentero oficial. Luego se celebró la boda, y circularon los vasos de las bebidas. Sólo se lanzó una albórbola, y Yasín recibió las felicitaciones y buenos deseos de rigor. Entonces invitó a la novia a encontrarse con «su gran señor» y con la familia de su esposo. Ella llegó allí acompañada por su

madre, por Jadiga y por Aisha. Besó la mano del señor y estrechó las de los demás, y en ese momento su suegro le ofreció el regalo de bodas: un brazalete de oro con finos engarces de diamantes y esmeraldas. La reunión familiar continuó aún un buen rato, y en torno a las nueve, los invitados comenzaron a marcharse uno tras otro. Luego vino un coche de caballos y llevó a los novios a la casa de Yasín en Qasr el-Shawq, donde se había preparado el tercer piso para recibir a la joven desposada.

Todos creyeron que ya podía correrse la cortina sobre el segundo matrimonio de Yasín, para bien y para mal, pero al cabo de unas semanas de la historia de esta boda, la casa del difunto Muhammad Redwán fue testigo de otra fiesta para otro nuevo matrimonio, que fue considerado, con razón, como una extraña sorpresa en casa del señor Ahmad, en el-Sukkariyya y en Qasr el-Shawq; es más, ¡en todo el barrio de Bayn el-Qasrayn!: ¡Inopinadamente y sin previo aviso, la gente supo que Bahiga contraía matrimonio con Bayumi, el vendedor de refrescos...! Todos se llenaron de asombro ante esta boda, y se quedaron parados ante esa realidad, haciendo cabalas, como si hubieran pensado —por primera vez— que la tienda de Bayumi, el de los refrescos, caía en el rincón de la calleja en que se encontraba la casa de la familia Redwán, justo debajo de una de las venerables celosías de la mansión. La gente tenía razón para sorprenderse: ¡la novia era la viuda de un hombre que, cuando vivía entre ellos, era famoso por su bondad y devoción; estaba considerada como una de las «señoras» respetables del barrio, a pesar de su pasión por engalanarse; y además ya había cumplido los cincuenta años! ¡Mientras que el marido era una persona de clase baja, de los que usaban *galabiyya*; vendía algarrobas y tamarindos en una pequeña tienda, y aún no había cumplido los cuarenta, además de ser un hombre casado cuyos pies habían arraigado en la vida conyugal durante veinte años, en los que había engendrado nueve hijos, entre hembras y varones! ¡Aquello suscitó toda clase de rumores! La gente se puso a examinar, sin titubear, los prolegómenos de aquel matrimonio, de los que nadie se había dado cuenta. ¿Cómo y cuándo habían empezado? Y luego, ¿cómo había madurado el asunto hasta acabar en boda? ¿Cuál de las dos partes había sido la primera en llamar, y cuál la que había respondido acudiendo al llamamiento?

Amm Hasaneyn, el barbero, cuya tienda caía al otro lado de la calle, junto a la fuente de Bayn el-Qasrayn, dijo que había visto muchas veces a Bahiga parada ante la tienda de Bayumi, bebiendo un jugo de algarroba, y que quizás habían intercambiado una breve charla, ¡pero que él —por su buena voluntad— no la había interpretado mal...! Abu Sari, el de las pipas, cuya tienda cerraba más tarde que las demás, decía que él —Dios le perdone— había observado algunas veces que un

grupo de personas se deslizaba de noche hacia el interior de la casa, ¡pero que no sabía que Bayumi estuviera entre ellos...! Darwísh, el vendedor de habas, y el-Fuli, el lechero, también hablaban, y aunque aparentemente hacían la elegía de aquel padre de familia abrumado por la larga prole, y criticaban con amargura a aquel hombre lerdo que se casaba con una mujer de la edad de su madre, en el fondo de sus almas envidiaban su suerte y le reprochaban que se hubiera elevado por encima de su clase con aquella estratagema «inadecuada». ¡Y después se siguió hablando largo tiempo sobre la evaluación de la «herencia» que lo esperaba en la casa y sobre el posible botín en dinero y joyas!

De otra parte, la casa del señor, la de el-Sukkariyya, y más aún la de Qasr el-Shawq, fueron sacudidas por un violento terremoto. «¡Qué escándalo...!», exclamaron. El señor Ahmad se enfadó tanto que la gente de su casa estaba intimidada, y todos evitaron dirigirle la palabra durante varios días consecutivos. ¿Acaso Bayumi, el vendedor de refrescos, no tenía derecho de ahora en adelante a invocar su parentesco con él? Maldito Yasín y malditas sus pasiones. Bayumi se había convertido en su «suegro», haciendo a todos morder el polvo. Jadiga, al enterarse, gritó: «¡Qué negra noticia!».

Luego dijo a Aisha: «A partir de ahora, ¿quién es el que puede censurar a mamá? Su corazón no le miente nunca». Yasín juró, en presencia de su padre, que el asunto había sucedido sin que lo supieran ni él ni su esposa, y que esto le había causado a Maryam una tristeza inimaginable; pero ¿qué podía hacer ella? El escándalo no se detuvo aquí, pues la primera esposa de Bayumi, apenas supo la noticia, perdió la cabeza. Dejó su casa, llevando por delante a su prole, como una loca, y se lanzó sobre Bayumi en su tienda, desencadenándose entre ellos una violenta pelea en la que usaron la lengua, las manos, los pies, los alaridos y los gritos. Todo eso lo vieron y lo oyeron los niños, que se pusieron a llorar, pidiendo ayuda a los que pasaban, hasta que las gentes —peatones, dueños de tiendas, mujeres y niños— se arremolinaron ante la tienda y separaron a los dos esposos, sacando a la mujer a rastras de allí. Entonces esta se paró bajo la celosía de Bahiga con la *galabiyya* rota, l a *melaya* desgarrada, los cabellos erizados y la nariz ensangrentada. Después levantó la cabeza hacia las ventanas cerradas y dio rienda suelta a su lengua, como si fuera un látigo de puntas de plomo macerado en veneno. Y lo peor de todo fue que, tras esa escena, se marchó directamente a la tienda del señor Ahmad, por su calidad de suegro de la hija de su marido, y le suplicó con tono declamatorio y lloroso que usara su influencia para convencer a su esposo de que volviera de su extravío. El señor la escuchó, reprimiendo su irritación y su tristeza por el extremo al que habían



llegado las cosas. Luego la hizo comprender con toda la delicadeza posible que todo ese asunto estaba fuera del círculo de sus influencias, en contra de lo que ella imaginaba. Y siguió hablándole así hasta que la alejó de la tienda, hirviendo de cólera por dentro. Pero, a pesar de esa cólera, él estuvo pensando largo rato, desconcertado y lleno de interrogantes, en qué cosa habría empujado a Bahiga a ese extraño matrimonio, especialmente cuando él sabía, con absoluta certeza, que le hubiera sido fácil satisfacer a su corazón —si es que sentía algún deseo hacia Bayumi, el de los refrescos—, sin necesidad de exponerse ni a sí misma ni a su familia a todas aquellas turbulencias acarreadas por sus nupcias con él. ¿Por qué se había atrevido a hacer tal insensatez, sin importarle la esposa de ese hombre y su prole, ni prestar atención a los sentimientos de su hija y de su nueva familia, como si se hubiera vuelto loca? ¿No habría sido la triste sensación de que estaba envejeciendo lo que la había hecho refugiarse en el matrimonio, y más aún, sacrificar mucho de lo que poseía, persiguiendo una felicidad que su desaparecida juventud le había garantizado? Pensó en esa idea con tristeza, recordando su propia humillación en presencia de Zannuba, la tañedora de laúd, que se había negado a concederle una mirada de afecto hasta que la llevó a la barcaza del Nilo; una humillación que le había hecho perder confianza en sí mismo y lo había llevado —a pesar de su aparente serenidad— a mirar con disgusto el correr de la vida, que lo dejaba atrás y le torcía el gesto.

¡En todo caso, Bahiga no disfrutó mucho tiempo de su matrimonio!

Al cabo de tres semanas, se quejó de un absceso en la pierna. Luego, un examen médico puso de relieve que tenía diabetes, y la llevaron a Qasr el-Ayni. Días más tarde llegaron noticias del agravamiento de su estado, y luego le sobrevino el fatal desenlace.

Kamal se detuvo ante el palacio de la familia Shaddad, con una pequeña maleta bajo el brazo, y vistiendo un elegante traje gris ceniza, unos relucientes zapatos negros y un tarbúsh bien derecho sobre su inmensa cabeza... Parecía alto y delgado, y su cuello sobresalía por encima del de la camisa, aguantando indiferente su enorme cabeza y su imponente nariz. El clima era agradable, y soplaban unas brisas frescas anunciando la cercanía de diciembre. Unas nubes dispersas, radiantes de blancura, se movían lentamente por el cielo, ocultando de vez en cuando el sol matinal. Kamal se quedó parado, como esperando, con los ojos vueltos hacia el garaje, hasta que salió de él el Fiat, conducido por Huseyn Shaddad, que giró por la calle de los Palacios y se detuvo ante él.

—¿Aún no han llegado ellas? —preguntó Huseyn Shaddad, sacando la cabeza por la ventanilla.

Hizo sonar el claxon tres veces y después volvió a decir abriendo la portezuela:

—Ven a sentarte a mi lado.

Pero Kamal se limitó a meter la maleta, murmurando «¡paciencia!», y entonces le llegó la voz de Budur desde el jardín. Miró en esa dirección y la vio acercarse corriendo, con Aida detrás... Sí, la adorada, cuya maravillosa figura se cimbreaba en un vestido gris corto de última moda; su busto se escondía bajo un corpiño de seda azul marino que dejaba al descubierto sus finos brazos bronceados; la aureola de su negra cabellera le rodeaba la nuca y las mejillas, y oscilaba como las olas al compás de sus pasos, mientras los hilos sedosos de su flequillo le caían sobre la frente como las púas de un peine; en medio de esa aureola, aparecía su rostro de luna llena, dotado de una elegante y angelical belleza, como si fuera un sublime embajador del país de los sueños. Kamal se quedó clavado en el sitio bajo el efecto de una corriente magnética, en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, mientras en su conciencia no quedaba del mundo otra cosa que un sentimiento de gratitud y un hervor de emociones. Ella fue acercándose, ligera y ufana, como una dulce melodía encarnada, hasta que el aroma de un perfume parisino que se desprendía de su cuerpo le llegó a Kamal. Cuando sus miradas se encontraron, en los ojos y en los labios de Aida brilló una sonrisa, impregnada al mismo tiempo de afabilidad, calma y aristocracia, a la que Kamal contestó con otra apurada y con una inclinación de la cabeza. Entonces Huseyn se dirigió a ella diciendo:

—Sentaos tú y Budur en el asiento de atrás...

Kamal retrocedió un paso y abrió la puerta trasera del coche, quedándose quieto y derecho como un criado. Su recompensa fue una sonrisa y una palabra de agradecimiento en francés. Esperó hasta que entraron Budur y la adorada, luego cerró la puerta, y se deslizó al lado de Huseyn. Este volvió a tocar el claxon otra vez, mirando hacia el palacio, y no tardó en presentarse el portero, llevando una cesta pequeña, que colocó junto a la maleta de Kamal, en el espacio que había entre este y Huseyn. Entonces dijo el último, riendo mientras hacía tamborilear sus dedos sobre la cesta y la maleta:

—¿Qué interés tiene una excursión sin comida?

El coche rugió al ponerse en movimiento, y después se lanzó hacia la calle de el-Abbasiyya, mientras Huseyn Shaddad decía dirigiéndose a Kamal:

—Ya sé muchas cosas de ti, pero el día de hoy me va a permitir aportar a ellas nuevos datos sobre tu estómago. Me parece que, a pesar de tu delgadez, eres un glotón, ¿me equivoco?

—Espera a saberlo por ti mismo —contestó Kamal sonriendo, pues se sentía más feliz y contento de lo que ningún ser humano podía ambicionar.

Iban los dos juntos —Kamal y Aida— en un mismo coche, en un tipo de comunión sólo superable en los sueños; y los anhelos le susurraban: «Si te hubieras sentado en el asiento de atrás y ella en el delantero, te habrías llenado los ojos mirándola durante todo el camino sin ser observado. Pero ¡no seas tan codicioso e ingrato, y arrodíllate alabando y dando gracias! Libera tu cabeza de todos esos pensamientos, limpia tu pecho del torbellino de la pasión, y vive el momento presente con toda tu alma. ¿Acaso una hora no puede valer por toda una vida, o aún más?».

—¡No pude invitar a Hasan e Ismail a esta excursión que vamos a hacer!

Kamal lo miró inquisitivo, sin decir palabra, pero su corazón latió de alegría y confusión por ese privilegio con el que sólo él había sido distinguido, mientras Huseyn proseguía diciendo en tono de excusa:

—En el coche, como ves, no caben todos.

—Eso es evidente... —dijo Kamal en voz baja.

Y el otro replicó sonriendo:

—Si no hay más remedio que elegir, prefiero a alguien como tú, pues sin duda nuestras aficiones son muy similares...; ¿no es así?

—¡Por supuesto! —contestó Kamal con un rostro cuyas facciones traicionaban la alegría que inundaba su corazón.

Y luego añadió, riéndose:

—Sin embargo, yo me conformo con el viaje espiritual, en tanto que tú no te vas a conformar hasta que el viaje espiritual vaya unido con el viaje alrededor de la tierra...

—¿Es que no te tienta navegar por todo el ancho mundo?

Kamal reflexionó un poco, y luego dijo:

—Supongo que soy sedentario por naturaleza. Es como si me asustara pensar en los viajes; quiero decir, pensar en el movimiento y el desorden, no en ver y satisfacer mi curiosidad. ¡Me encantaría que el mundo pudiera girar alrededor del sitio en el que estoy!

—¡Si puedes, quédate en un zepelín que esté parado y observa la tierra mientras gira debajo de ti! —replicó Huseyn, soltando una encantadora risotada que le salía del corazón.

Kamal saboreó durante un buen rato la grata y cautivadora risa de Huseyn. Entonces se le vino a la cabeza la imagen de Hasan Selim y se puso a comparar ambas clases de aristocracia: una de ellas se caracterizaba por la gentileza y la afabilidad, y la otra, por la reserva y el orgullo; y por otra parte, cada una de ellas era maravillosa.

—Por fortuna, los viajes intelectuales no exigen necesariamente moverse... —dijo Kamal.

Huseyn alzó las cejas con cierto escepticismo, pero renunció a continuar hablando sobre este tema, y dijo con alegría:

—Lo importante ahora es que estamos haciendo juntos un corto viaje y que nuestras aficiones son muy similares...

Y sin darse cuenta, la dulce voz vino desde atrás diciendo:

—¡En resumen, que Huseyn te ama, como te ama Budur...!

Esta frase, perfumada por el amor y entonada por aquella voz angelical, penetró en su corazón, haciéndolo volar en alas del éxtasis y la emoción. Era como la melodía mágica que se escapa de repente entre unas canciones que están más allá de lo esperado, lo habitual y lo imaginado, dejando al que la oye en un estado intermedio entre la cordura y la locura. «El ídolo juguetea indiferente con la palabra amor, echándola sobre ti, sin darse cuenta de que echa magnesio sobre un corazón inflamado. Haz volver su eco para oír otra vez la vibración del amor en las cuerdas de su boca. ¡El amor es una tonada antigua, pero se torna nueva y extraña en una canción creadora! ¡Dios mío! ¡Tanta felicidad me anonada!»

—Aida traduce mis pensamientos con su especial lenguaje femenino —dijo Huseyn comentando las palabras de su hermana.

El coche se lanzó hacia el-Sakakini, y luego hacia las calles de la Reina Nazli y de Fuad I, entrando después en el-Zamálek a una velocidad que a Kamal le pareció insensata.

—En el cielo hay nubes, pero necesitamos que haya aún más para asegurarnos un día feliz al pie de la pirámide.

Entonces se elevó la maravillosa voz —dirigida, al parecer, a Budur— que decía:

—Espera a que lleguemos a la pirámide, y allí te sentarás con él como te guste...

—¿Qué quiere Budur? —le preguntó Huseyn riéndose.

—Muy señor mío... quiere sentarse con tu amigo...

«¡Tu amigo! ¿Por qué no has dicho "Kamal"? ¿Es que no vas a dar a este nombre la felicidad a la que no puede aspirar su dueño?»

—Ayer —dijo Huseyn, dirigiéndose a él— papá la oyó preguntarme: «¿Va a venir con nosotros a la pirámide *únele* Kamal?». Entonces me preguntó quién era Kamal y, cuando le contesté, le dijo a ella: «¿Quieres casarte con *únele* Kamal?». Y ella contestó con toda sencillez: «¡Sí!».

Kamal miró hacia atrás, pero Budur retrocedió hasta pegarse al respaldo del asiento, ocultando el rostro en el hombro de su hermana. Con una mirada furtiva, Kamal se llenó los ojos de aquel rostro maravilloso, luego volvió la cabeza y dijo en tono esperanzado:

—¡Ojalá no se olvide de sus palabras cuando llegue la hora de la verdad!

Al llegar el coche a la carretera de Guiza, Huseyn redobló la velocidad. El motor rugió, y reinó el silencio, que Kamal acogió de buen grado para quedarse a solas consigo mismo y disfrutar de su felicidad. El día anterior había sido el objeto de la conversación familiar, y su jefe lo había elegido como marido de la menor. «¡Oh, melodía de las flores y la felicidad! Apréndete de memoria cada una de las palabras que se han pronunciado... Llena tu alma del perfume de París... Alimenta tu oído con este zureo y este gañido... Quizás te vuelvas hacia ellas cuando retornen las noches de insomnio. Las palabras de la adorada están desprovistas de las máximas de los sabios y las perlas de los literatos; entonces, ¿cómo es que te conmueven hasta lo más hondo del alma, mientras las fuentes de la felicidad estallan en tu corazón? Esto es lo que convierte la felicidad en un misterio, donde se pierden las mentes y las inteligencias. ¡Oh, los que os afanáis persiguiendo la felicidad! Yo la he encontrado en la palabra vacía, en la confusa lengua extranjera, en el silencio también, y en nada. ¡Señor, qué magníficos son esos árboles que se alzan a ambos lados del camino, mientras sus copas se abrazan sobre él desplegando un cielo de verdor en sazón! ¡Y ese Nilo, que se desliza tomando del brocado del sol una túnica

de perlas! ¿Cuándo he visto esta carretera por última vez? En una excursión a la pirámide cuando estaba en tercer curso. Y cada vez me prometía volver allí solo. Detrás de ti está sentada una persona con cuya inspiración lo ves todo nuevo y hermoso, incluido el anticuado ritmo de vida del barrio viejo. ¿Qué más puedes desear...? ¡Sí, que el coche siga corriendo, con nosotros tal como estamos, hasta la eternidad! ¡Señor! ¿Será este el punto que tantas veces se te resistía cuando te preguntabas qué querías de este amor? Gracias a la inspiración del momento, te ha caído del cielo de forma inesperada. Disfruta de esta hora que se te brinda. Ahí está la pirámide que, desde lejos, parece pequeña; pero dentro de poco te detendrás a sus pies como si fueras una hormiga junto a la raíz de un árbol enorme».

—¡Vamos a visitar el cementerio de nuestros ancestros!

—¡Recitemos la *Fátiha* en jeroglífico! —añadió Kamal riendo.

Pero Huseyn replicó burlón:

—¡Un país cuya más ilustre herencia son tumbas y cadáveres! —Y señalando en dirección a la pirámide—: Mira cuánto esfuerzo perdido...

—¡Eso es la inmortalidad! —dijo Kamal entusiasmado.

—Uhh... Seguro que te vas a empeñar en defenderlo, como es tu costumbre. Tu patriotismo es casi enfermizo. Pero no nos vamos a pelear por eso. A mí quizás me gustaría más estar en Francia que en Egipto.

Entonces Kamal contestó, disimulando su dolor con una amable sonrisa:

—¡Allí verás que los franceses son la nación más patriótica del mundo!

—Sí, el nacionalismo es una enfermedad mundial. Pero me gusta Francia por sí misma; me gustan los franceses por unas cualidades que nada tienen que ver con el nacionalismo.

Aquello era realmente triste y penoso, pero no provocaba su indignación porque procedía de Huseyn Shaddad... Ismail Latif lo irritaba a veces con su indiferencia... Hasan Selim le cargaba a menudo con su arrogancia... pero Huseyn Shaddad siempre lograba su aprobación, hiciera lo que hiciera.

El coche se detuvo a poca distancia del pie de la pirámide mayor, incorporándose a una larga fila de coches vacíos. Aquí y allá aparecía una multitud de personas, divididas en pequeños grupos: unos montando en burro o en camello y otros trepando por la pirámide. Además había vendedores, arrieros y camelleros. Era una gran explanada, sin más límites que la pirámide que se alzaba en medio de ella como un gigante legendario. Pero bajo la pendiente del otro lado se extendía la ciudad, así como unas copas de árboles, una línea de agua, las azoteas de los edificios... ¿Dónde caía Bayn el-Qasrayn entre todo aquello? ¿Dónde estaría ahora su madre, dando de

beber a las gallinas bajo el tejadillo de jazmines?

—Dejemos todo en el coche para poder dar una vuelta con libertad.

Se bajaron de él y marcharon en una fila india, la cual iba desde Aida, que estaba junto al coche, seguida por Huseyn y Budur, hasta acabar en Kamal, que cogía de la mano a su amiguita. Dieron una vuelta alrededor de la pirámide mayor, examinándola por los cuatro costados, y luego se internaron en el desierto. La arena ofrecía resistencia a sus pies, dificultándoles la marcha; pero el aire soplaba suave y reanimador, el sol aparecía unas veces y se ocultaba otras, y las masas de nubes se extendían en el horizonte, dibujando en el gran cuadro del cielo unas figuras espontáneas con las que jugueteaba a placer la mano del viento.

—¡Hermoso... hermoso! —dijo Huseyn, llenando los pulmones de aire.

Aida dijo algo en francés, y Kamal, con sus limitados conocimientos de esa lengua, pudo comprender que estaba traduciendo las palabras de su hermano. Hablar en esa lengua extranjera era algo habitual en ella. De esta forma mitigaba, por un lado, el excesivo fanatismo de Kamal por su lengua nacional y, por otro, se imponía al gusto de él, haciéndoselo considerar como un signo de la belleza femenina. Al contemplar cuanto lo rodeaba, dijo Kamal emocionado:

—¡Realmente bonito! ¡Alabado sea Dios todopoderoso!

—Tras cualquier cosa, siempre encuentras a Dios o a Saad Zaglul —dijo Huseyn riendo.

—¡Por lo que se refiere al primero, creo que no habrá divergencias entre nosotros!

—Pero tu manía de mencionarlo te confiere un aire religioso especial, como si fueras un *shelj*. —Luego, con tono de resignación—: Pero ¿a qué viene extrañarse, si eres del barrio de la religión?

«¿Se esconde alguna burla tras esa frase? ¿Es posible que Aida comparta su ironía? ¿Qué opinión tienen ambos del barrio antiguo? ¿Con qué ojos mira el-Abbasiyya a el-Nahhasín? ¿Te vas a avergonzar? ¡Calma! Si Huseyn apenas muestra interés por la religión, la adorada está aún menos interesada que él, por lo que parece. ¿No dijo un día que asistía a clases de religión cristiana en "La mere de Dieu", y que acudía a misa y cantaba sus himnos? ¡Pero ella es musulmana! ¡Es musulmana, aunque no conoce gran cosa sobre el Islam! ¿Qué te parece esto? ¡La amo, la amo hasta el límite de la idolatría; y amo su religión, a pesar de los remordimientos que siento. Lo confieso, y pido perdón a mi Señor!»

Huseyn señaló con la mano todos los signos de belleza y grandiosidad que los rodeaban, y luego dijo:

—Esto es lo que verdaderamente me apasiona a mí; pero tú estás loco por el nacionalismo. ¡Compara esta grandiosa naturaleza con las manifestaciones, con Saad, con Adli y con los camiones cargados de soldados!

—¡La naturaleza y la política son, ambas, cosas grandiosas! —dijo Kamal riendo.

De repente preguntó Huseyn como si, al asociar las ideas, hubiera recordado un asunto importante:

—Casi me había olvidado. ¡Tu jefe ha dimitido!

Kamal sonrió con tristeza y no respondió. Entonces dijo el otro con la intención de hacerlo rabiar:

—Ha dimitido después de haberse perdido el Sudán y la Constitución, ¿no?

—El asesinato de *sir* Lee Stack —replicó Kamal con una calma que no se hubiese esperado de él en otras circunstancias— fue un golpe dirigido contra el gabinete de Saad.

—Déjame que te repita al oído lo que dijo Hasan Selim. Dijo: «¡Esta agresión es una manifestación del odio que abrigan algunos —y entre ellos los asesinos— contra los ingleses; y Saad Zaglul es el principal responsable de excitar ese odio!».

Kamal reprimió la irritación que le había producido la «opinión» de Hasan Selim, y dijo con la calma requerida en presencia de su adorada:

—Ese es el punto de vista de los ingleses, ¿o es que no has leído los despachos de el-Ahram? No es de extrañar que los liberales constitucionales lo repitan. Realmente una de las cosas de las que se puede vanagloriar Saad es de haber provocado la hostilidad contra los ingleses...

Entonces intervino Aida, con una mirada de reproche o de advertencia en los ojos, unida a una cautivadora sonrisa:

—¿Qué es esto? ¿Una excursión, o política?

—Él es el responsable de haber sacado el tema —se disculpó Kamal señalando a Huseyn.

Y este contestó riendo, mientras metía sus finos dedos entre sus cabellos negros y sedosos:

—Me pareció bien darle el pésame por la dimisión de su jefe; ¡eso es todo!

Luego, preguntando en tono serio:

—¿Acaso no participaste en las peligrosas manifestaciones que se celebraban en vuestro barrio en la época de la revolución?

—¡Aún no tenía la edad legal!

—¡En cualquier caso, el episodio de la tienda de *basbusa* puede considerarse



como una participación en la revolución! —replicó Huseyn con un tono no carente de afectuosa ironía.

Entonces todos se rieron; hasta Budur los imitó, uniéndose a sus risas, resultando así una orquesta de cuatro instrumentos: dos trompetas, un violín y un silbato... Y tras un breve instante de silencio, dijo Aida como defendiéndolo:

—¡Bastante tuvo con perder a su hermano!

—¡Claro que sí! Perdimos al mejor de nuestra familia —repuso Kamal, empujado por un sentimiento de orgullo que se había deslizado en su corazón, e intentando aumentar el afecto que ambos le profesaban.

—Estaba estudiando Leyes... ¿no? ¿Qué edad tendría ahora si estuviera vivo? —volvió a preguntarle ella con interés.

—Tendría veinticinco años. —Luego, en tono apenado—: Era un genio en todo el sentido de la palabra.

—¡Era...! —dijo Huseyn haciendo crujir sus dedos—. Así es el patriotismo. ¿Cómo puedes relacionarte con él después de aquello?

—Todos nosotros seremos algún día agua pasada —contestó Kamal sonriendo—, pero ¡qué diferencia entre unos muertos y otros!

Huseyn volvió a hacer crujir sus dedos, sin hacer ningún comentario. Parecía no ver ningún sentido en sus palabras. ¿Qué le había empujado a hablar de política? Kamal ya no consideraba aquello agradable. El pueblo estaba distraído de los ingleses por su hostilidad partidista. «¡Al infierno todo eso! Quien está respirando la brisa del paraíso no debe abrumar su pecho con preocupaciones terrenales, aunque sea de forma momentánea. Estás caminando con Aida por el desierto de la pirámide. Contempla esta maravillosa realidad y alábala, para que lo oigan los que construyeron la pirámide. Un ídolo y el que lo adora caminan juntos sobre la arena; el adorador siente tal pasión que el aire está a punto de llevárselo, mientras el ídolo juguetea con los guijarros. Si la enfermedad del amor fuera contagiosa, no te preocuparían los dolores que produce. El viento hace revolotear los flecos de su vestido, se mete entre la aureola de su cabello y penetra hasta lo más hondo de su pecho... ¡Ay, qué feliz es el viento! Los espíritus de los dos amantes están sobre la pirámide, bendiciendo la caravana, tan asombrados por el ídolo como por el que lo adora, y repitiendo con el lenguaje de la eternidad: "¡Sólo la pasión es más fuerte que la muerte!". Mírala, está a unos palmos de distancia de ti, pero en realidad es como el horizonte: crees que está pegado a la tierra, cuando de hecho está en el cénit del cielo. ¡Cuánto habías deseado tocar su mano en esta excursión! Pero parece que te irás de este mundo sin conocer su tacto. ¿Por qué no eres valiente y te lanzas sobre

las huellas que dejan sus pies y las besas? ¿O coges un puñado de ellas y te haces un amuleto que te proteja de los dolores del amor en las noches de meditación? ¡Qué pena! Todas las pruebas indican que no hay otra forma de conectar con el ídolo que la canción o la locura; así que ¡canta o vuélvete loco!»

Sintió la manita de Budur que tiraba de la suya, y la miró. Ella le tendió los brazos, invitándolo a que la cogiera. Entonces se inclinó sobre ella, y luego la levantó entre sus manos; pero Aida se opuso diciendo:

—¡Ni hablar! Ya empezamos a estar todos fatigados, así que vamos a descansar un poco...

Se sentaron, en el mismo orden en que habían venido, en el promontorio de una pendiente que conducía a la Esfinge. Huseyn extendió las piernas, hundiendo los talones en la arena y Kamal se sentó cruzando una pierna sobre la otra y estrechando a Budur a su lado; al tiempo, Aida tomaba asiento a la izquierda de su hermano y, cogiendo su peine, comenzaba a alisarse el cabello y a acariciar sus mechones con los dedos.

La mirada de Huseyn cayó por casualidad sobre el *tarbúsh* de Kamal, y le preguntó en tono de crítica:

—¿Por qué llevas el *tarbúsh* en esta excursión?

—No tengo costumbre de andar sin él —dijo Kamal quitandoselo y poniéndolo sobre sus piernas.

—¡Eres un ejemplo perfecto de hombre conservador! —comentó Huseyn riendo.

Kamal se preguntó si sus palabras entrañaban un cumplido o una crítica, y quiso llevarlo poco a poco a que lo aclarara. Pero Aida se inclinó ligeramente hacia delante, y se volvió hacia él para echar una ojeada a su cabeza. Entonces él olvidó su propósito, y volvió su atención, con angustia, hacia la parte de la cabeza. Ahora que estaba descubierta, ponía en evidencia su enorme tamaño y mostraba su cabello liso y descuidado. Y ahí estaba ese par de ojos bonitos, mirándola con ternura; ¿qué impresión se reflejaba en ellos? La voz musical preguntó:

—¿Por qué no te dejas crecer el pelo?

Una pregunta que no se le había pasado antes por las mientes. La cabeza de Fuad Gamil El-Hamzawi y la de todos los amigos del barrio era así. A Yasín no le había visto dejarse crecer el pelo ni el bigote hasta que fue funcionario. ¿Podía imaginarse a sí mismo encontrándose con su padre cada mañana en la mesa del desayuno con el pelo bien arreglado?

—¿Y por qué voy a dejarlo crecer?

—¿No estaría más bonito? —inquirió Huseyn pensativo.

—Eso no es importante...

—Supongo que has sido creado para ser maestro —dijo Huseyn riéndose. «Sea un cumplido o una crítica, tu cabeza tiene que felicitarse, en cualquier caso, por tan sublime solicitud».

—He sido creado para ser alumno.

—Una bonita respuesta... —Luego inquirió elevando el registro de su voz—: No me has hablado de la Escuela de Magisterio de forma satisfactoria. ¿Qué tal la has encontrado tras los dos meses, más o menos, que llevas allí?

—Espero que sea una buena manera de entrar en el mundo al que aspiro. Y ahí me tienes ahora, intentando conocer, gracias a los profesores ingleses, el significado de palabras desconcertantes tales como «literatura», «filosofía» o «pensamiento»...

—¡Esa es la cultura humanística a la que aspiramos...!

—Sin embargo —dijo Kamal perplejo— es un piélago inmenso, por lo que parece. Tenemos que conocer los límites; tenemos que conocer lo que queremos de una forma más clara. Eso es un problema.

El interés brilló en los hermosos ojos de Huseyn, mientras decía:

—Para mí, la cuestión no es problemática. Yo leo cuentos y obras de teatro franceses, recurriendo a Aida para comprender sus pasajes difíciles. También escucho con ella piezas escogidas de música occidental, algunas de las cuales interpreta ella al piano con destreza. Últimamente he leído un libro que resume con facilidad la filosofía griega. Yo no deseo más que viajar con la mente y con el cuerpo; pero tú, también quieres escribir, y eso te exige conocer los límites y los objetivos...

—¡Lo peor de todo es que no sé exactamente sobre qué escribir!

—¿Quieres ser escritor? —preguntó Aida con tono risueño.

—¡Ojalá! —dijo él, recibiendo una enorme oleada de felicidad que estaba fuera del alcance de cualquier ser humano.

—¿Poeta o narrador? —dijo ella, inclinándose hacia delante para poder verlo—. Déjame que lo adivine con mi intuición.

«Yo he agotado la poesía haciendo confidencias a tu imagen. La poesía es tu lengua sagrada, y no voy a convertirla en mi profesión. Las fuentes de mis lágrimas han disminuido en la negrura de las noches. ¡Qué feliz me hace ser el blanco de tus miradas! ¡Y qué desgraciado! Vivo bajo tu mirada como lo hace la tierra seca bajo la pupila del sol...»

—¡Poeta! Claro, tú eres poeta...

—¿De verdad? ¿Y cómo lo has sabido?

Ella se enderezó en su asiento, y dejó escapar una risa ligera como el susurro de los deseos. Luego dijo:

—La intuición es algo espontáneo, ¿cómo pretendes hallarle una explicación?

—¡Te está tomando el pelo!

Huseyn dijo esto riéndose, pero ella se apresuró a replicar:

—¡Qué va!, pero si no te gusta ser poeta, no lo seas...

«La naturaleza ha hecho de la abeja una reina. El jardín es su reino; el néctar de las flores, su bebida; y la miel, su saliva. El castigo del ser humano que da vueltas alrededor de su trono... es una picadura... Sin embargo, ella ha dicho: "¡qué va!"».

—¿Has leído algún cuento francés?

—Algo de lo que ha traducido Michel Zévaco. Yo no puedo leer francés, como tú sabes.

—No serás escritor —dijo ella con entusiasmo— hasta que domines el francés. Lee a Balzac, George Sand, a *Madame* de Staél, a Loti, y después, escribe un cuento.

—¿Un cuento? —dijo Kamal en tono de desaprobación—. Eso es un género marginal. Sin embargo, yo aspiro a escribir una obra seria...

—En Europa, el cuento es una obra seria —dijo Huseyn con ardor—. Hay escritores que se dedican a este género en exclusiva, y eso los ha hecho inmortales. Yo no me excedo en mis alabanzas hacia lo que no conozco, pero el profesor de lengua francesa me lo ha asegurado...

Kamal agitó la cabeza dubitativo, y Huseyn continuó diciendo:

—¡Y cuidado con enfadar a Aida! Ella es una gran admiradora del cuento francés; más aún, ¡es una de sus heroínas!

Kamal se echó un poco hacia delante y alargó la mirada hacia Aida, a fin de leer la impresión que le habían causado las palabras de Huseyn, y aprovechando la ocasión que se le brindaba para llenarse los ojos con su hermosa visión.

—¿Cómo fue eso? —preguntó, luego.

—La verdad es que el cuento la absorbe de una forma extraña, y su cabeza está totalmente llena por una vida fantástica. Una vez la vi contoneándose frente al espejo y le pregunté qué hacía, y ella me respondió: «¡Así caminaba Afrodita por la costa del mar de Alejandría!».

—¡No lo creas! —replicó Aida, frunciendo el ceño a la vez que sonreía—, él está más hundido que yo en la fantasía, pero no se queda tranquilo hasta que no me acusa de algo que no existe en mí.

«¿Afrodita...? ¿Quién es Afrodita, adorada mía? ¡Eres tan perfecta que me apena que puedas imaginarte a ti misma con una imagen distinta de la que tienes!»

—No te preocupes por eso... —dijo el con sinceridad—. ¡Los héroes de el-Manfaluti y Rider Haggard monopolizan mi imaginación!

Huseyn soltó una formidable carcajada y exclamó:

—¡Qué estupendo sería que estuviéramos todos reunidos en un único libro! ¿Por qué nos quedamos sobre la tierra cuando ansiamos tanto el mundo de la imaginación? Tienes que hacer realidad ese sueño. Yo no soy escritor ni quiero serlo, pero tú puedes, si quieres, meternos a todos en un único libro.

«¡Aida en un libro del que tú seas autor! ¿Es eso oración, misticismo o locura?»

—¿Y yo?

La voz de Budur se había alzado de repente, preguntando en son de protesta. Y los otros se echaron a reír.

—¡No olvides reservar un sitio para Budur! —le advirtió Huseyn.

—Estarás en primera página... —contestó Kamal abrazando a la pequeña con cariño.

—¿Qué escribirás sobre nosotros? —preguntó Aida, lanzando sus miradas hacia el horizonte. Él no supo qué decir, y disimuló su turbación con una débil sonrisa; pero Huseyn respondió por él:

—¡Lo que escriben los escritores: una tormentosa historia de amor que acabe con la muerte o el suicidio!

«Juguetean con tu corazón dándole patadas como si fuera un balón».

—¡Espero que este final le toque en suerte sólo al héroe! —dijo Aida riéndose.

«El héroe es totalmente incapaz de imaginar a su ídolo como un ser mortal».

—¿Es inevitable que acabe en muerte o suicidio?

—¡Es el final natural de una tormentosa historia de amor! —contestó Huseyn riendo.

«Por huir del dolor o por conservar la felicidad, la muerte parece deseable».

—¡Cosa realmente triste! —dijo Kamal con ironía.

—¿Es que no sabías eso? ¡Me parece que aún no has probado el amor...! «Hay un instante en la vida en que el llanto toma el lugar de la anestesia en una operación quirúrgica».

—Lo importante para mí —volvió a decir Huseyn— es que no te olvides de hacerme un sitio también en tu libro, aunque esté lejos de la patria.

Kamal lo asaeteó con la mirada, y luego le preguntó:

—¿La idea de viajar no ha dejado de seducirte?

La seriedad se deslizó en el tono de Huseyn al decir:

—Ni un solo instante. Quiero vivir, quiero viajar a mi aire, a lo largo y a lo

ancho, hasta las cumbres y los abismos, y después de eso, que venga la muerte...

«¿Y si viniese antes? ¿Podría ocurrir eso? ¡Qué mortal tristeza! ¿Has olvidado ya a Fahmi? La vida no siempre se mide por la longitud o la anchura. Su vida fue como un relámpago, pero fue una vida completa. O si no, ¿de qué sirven la virtud y la perseverancia? Pero tú estás triste por otra causa. Es como si te resultara penoso pensar que al amigo, ansioso de viajar, le sea tan fácil separarse de ti. ¿Cómo será tu mundo cuando él se haya ido? ¿Cómo será, si su marcha te separa del querido palacio? ¡Qué engañosa es la sonrisa de hoy! Ella está ahora cercana; su voz, en tu oído; su perfume, en tu nariz... ¿Puedes acaso detener la rueda del tiempo? ¿Es que vas a vivir el resto de tus días rondando de lejos el palacio, como los locos...?»

—Si quieres saber mi opinión, retrasa tu viaje hasta que termines tus estudios.

—Eso es lo que le ha dicho papá varias veces —dijo Aida con entusiasmo.

—Es la opinión sensata...

—¿Acaso es necesario que me sepa de memoria el Derecho Civil y el Romano para disfrutar de la belleza de mi mundo? —preguntó Huseyn irónico.

Aida volvió a dirigirse a Kamal para decir:

—¡Cuánto se burla mi padre de sus sueños! Desea verlo en la Judicatura o trabajando con él en el mundo de las finanzas.

—¡La judicatura!... ¡Las finanzas!... Nunca seré juez... Cuando consiga la licencia y piense seriamente en elegir un oficio, mi objetivo será el Cuerpo diplomático. En cuanto al dinero, ¿es que deseáis aún más? Somos más ricos de lo que el ser humano puede soportar...

«¡Qué extraño que la riqueza del ser humano sea más grande de lo que este puede soportar...! Antes te imaginabas que ibas a ser comerciante, como tu padre, y que tendrías un almacén como el suyo. No considerabas la riqueza como uno de tus sueños, pero ¿no deseas ser capaz de liberarte de todo por las aventuras espirituales? ¡Qué miserable una vida absorbida por los requerimientos del sustento!»

—Mi familia, en conjunto, no comprende mis esperanzas. Me ven como un niño mimado. Mi tío dijo una vez, burlándose de lo que había oído decir de mí: «No se puede esperar que el único varón de la familia sea mejor de lo que es». ¿Y por qué todo esto? Porque no adoro el dinero y porque prefiero la vida al dinero. ¿Has visto? Nuestra familia está convencida de que cualquier actividad que no conduzca a un incremento de la riqueza es una forma de frivolidad inútil. Míralos soñando con los títulos como si fueran el paraíso perdido. ¿Sabes por qué aman al Jedive? ¡Cuántas veces me dijo mamá: «Si nuestro efendi se hubiera quedado en el trono, tu padre habría obtenido el título de *basha* hace mucho tiempo»! ¡Y ese querido dinero no se

tiene en cuenta y se gasta sin miramientos para recibir a un príncipe, si se digna honrarnos con su visita! —Luego, riendo—: No olvides registrar estos hechos curiosos si un día te dedicas a escribir el libro que te he propuesto.

Apenas hubo acabado de hablar, se apresuró a decir Aida, dirigiéndose a Kamal:

—Espero que no te dejarás influir en tu obra por la parcialidad de este hermano rebelde, hasta el punto de agraviar a nuestra familia.

—¡Dios no quiera que tu familia reciba agravio alguno de mi mano! —dijo Kamal con un tono reverencial—. Además, no hay nada deshonesto en lo que ha dicho...

Aida se rio victoriosa, mientras se dibujaba en los labios de Huseyn una sonrisa de alivio, a pesar de que levantó las cejas como si estuviera asombrado. La impresión que la conversación de Huseyn dejó en el alma de Kamal fue la de que aquel no había sido totalmente sincero en su ataque a su familia. No, no había dudas sobre cuanto decía de que no adoraba al dinero y prefería la vida a este. Además no quería achacar esa actitud sólo al exceso de dinero, sino también a la amplitud de miras de su amigo, pues la riqueza no impide a muchos hombres adorar el dinero. Sin embargo, tuvo la sensación de que sus palabras sobre el Jevive, los títulos y el recibimiento a los príncipes las había dicho con vanidad, inserta en la crítica. No era sólo vanidad ni sólo crítica. Era como si su corazón se jactase de esas cosas, y su razón las criticara; o quizás realmente se burlaba de ellas. Pero no había tenido empacho en desvelarlas ante una persona a la que sin duda estas cosas deslumbraban y fascinaban, comoquiera que estuviera conforme con él en criticarlas.

—¿Cuál de nosotros será el héroe del libro? —volvió a preguntar Huseyn con una calma sonriente—. ¿Aida, Budur o yo?

Budur exclamó: «¡Yo!», y Kamal le dijo estrechándola: «Estamos de acuerdo»... Luego respondió a Huseyn:

—Eso quedará en secreto hasta que salga el libro.

—¿Y qué título elegirás para él?

—¡Huseyn alrededor del mundo!

Los tres se echaron a reír porque el título sugerido les recordó el nombre de la obra de teatro «*El bárbaro alrededor del mundo*», que se representaba en el Majestic. Y con ese motivo le preguntó Huseyn:

—¿Nunca has ido al teatro?

—¡Por supuesto que no! Con el cine hay suficiente por ahora.

—¡Al autor de nuestro libro no se le permite pasar la velada fuera de casa a partir de las nueve de la noche! —dijo Huseyn dirigiéndose a Aida.

—¡En cualquier caso —le replicó Aida sarcástica—, es mejor que aquellos a los que se les permite dar vueltas alrededor del mundo!

Luego se volvió en dirección a Kamal, y le preguntó con una dulzura apropiada para arrastrarlo de antemano a su punto de vista:

—¿Qué hay de malo realmente en que un padre desee que su hijo salga a su imagen y semejanza en actividad y prestigio? ¿Qué hay de malo en que busquemos en la vida el dinero, el prestigio, los títulos y los valores elevados?

«Quédate donde estás, que el dinero, el prestigio, los títulos y los valores elevados se dirigirán a ti para ennoblecerse besando la huella de tus pies. ¿Cómo voy a contestarte si en la respuesta que deseas está mi suicidio? ¡Ay de tu corazón, por desear lo que no debe!»

—¡En eso no hay nada malo en absoluto! —Luego, tras una breve pausa—. ¡A condición de que esté en consonancia con el carácter de la persona!

—¿Y qué carácter va a estar en desacuerdo con eso? —prosiguió ella—. Lo curioso es que Huseyn no renuncia a esta vida refinada al aspirar a otra aún más alta. ¡Claro que no, señor mío! ¡El sueña con vivir sin trabajar, en la holganza y el ocio! ¿No es eso curioso?

—¿Es que no viven así los príncipes que vosotros veneráis? —preguntó Huseyn riendo con ironía.

—Porque no tienen otra vida superior a que aspirar. ¡Y qué lejos estás tú de ellos, haragán!

Huseyn se volvió hacia Kamal, diciendo con una voz afectada por la irritación:

—La regla que se sigue en nuestra familia es trabajar para aumentar la riqueza y trabar amistad con los que tienen influencias, a fin de esperar, tras ello, el rango de *bey*. Después tienes que redoblar el esfuerzo para hacer crecer la riqueza y trabar amistad con la élite a fin de conseguir el rango de *basha*; y al final, tu meta más alta en la vida será tratar de ganarte el favor de los príncipes y conformarte con eso, porque su rango no se consigue con el trabajo ni con las maneras refinadas. ¿Sabes lo que nos costó la última visita del príncipe?... Decenas de miles de guineas, perdidas en comprar muebles nuevos y regalos exóticos de París.

Aida se le opuso diciendo:

—No se gastó ese dinero tratando de ganarse al príncipe tan sólo por ser príncipe, sino por ser hermano del Jedive; y el motivo de tantos cumplidos fue la fidelidad y la amistad, no la lisonja ni la adulación. Y además es un honor que nadie inteligente puede rebatir.

Pero Huseyn, en su obstinación, continuó diciendo:



—¡Sin embargo, papá no deja de reforzar su relación con Adli, Zárwat, Rushdi y otros a los que no se puede tildar de ser fieles al Jedive...! ¿No es eso seguir la máxima que dice «el fin justifica los medios»?

—¡Huseyn...! —exclamó ella con una voz que Kamal no había escuchado con anterioridad.

Era una voz que revelaba orgullo, enfado y reproche, como si quisiera advertirlo de que resultaba inconcebible que él pronunciara aquellas palabras o, al menos, que las divulgara a los oídos de un «extraño». El rostro de Kamal enrojeció de vergüenza y dolor, entibiándose la felicidad en cuya atmósfera había flotado un rato antes, por encontrarse mezclado con aquella querida familia. La cabeza de Aida estaba levantada, sus labios apretados, y en sus ojos había una mirada que insinuaba un ligero fruncimiento del ceño, a pesar de no verse ninguna señal de este en su frente. En resumen, estaba enfadada, pero a la manera en que debe enfadarse una auténtica reina. Nunca la había visto excitada, ni se había imaginado que fuera capaz de excitarse. Miró su rostro con asombro y miedo, a la vez que se llenaba de un sentimiento de apuro, hasta tal punto que le hubiera gustado inventarse un pretexto para no continuar con esa conversación. Pero, apenas pasados unos segundos de todo aquello, volvió en sí y se puso a disfrutar de la belleza del real enfado en aquel rostro angelical, y a saborear el fuego del orgullo, la superioridad del desdén y el encapotamiento del cielo. Luego ella volvió a decir como para que él la oyera:

—La amistad de papá con los que has mencionado viene de antiguo, de antes de la deposición del Jedive...

En ese momento Kamal deseó sinceramente disipar la nube y preguntó a Huseyn bromeando:

—Si piensas así, ¿cómo es que desprecias a Saad porque fue *azharista*?

—No me gusta adular a los grandes —dijo Huseyn, soltando una franca risotada—, pero eso no quiere decir que respete a la gente vulgar... Amo la belleza y desprecio la fealdad; ¡y, por desgracia, la belleza raras veces se puede encontrar entre la gente vulgar...!

Pero Aida intervino en la conversación, diciendo con una voz armoniosa:

—¿Qué significa lisonjear a los grandes? Esa es una conducta reprochable para quien no es de los suyos. Pero yo creo que nosotros también somos de los grandes y nuestra amistad hacia ellos no existe sin la amistad de ellos hacia nosotros.

Kamal, ofreciéndose de buena gana a responder en lugar de Huseyn, dijo convencido:

—Eso es una verdad indiscutible...

Y Huseyn no tardó en levantarse diciendo:

—Ya hemos estado suficiente tiempo sentados. Venga..., continuemos nuestro camino...

Todos se levantaron y reemprendieron la marcha en dirección a la Esfinge en un clima sombreado, en cuyo horizonte se fueron extendiendo unas masas de nubes hasta abrazarse y ocultar, con un velo tenue, el sol, el cual las cubrió de un color blanco resplandeciente que destilaba claridad y hermosura. En el camino se encontraron con grupos de estudiantes y extranjeros, formados por hombres y mujeres. Entonces dijo Huseyn, dirigiéndose a Aida para congraciarse con ella de forma indirecta:

—Las europeas miran con interés tu vestido. Estarás satisfecha, ¿no?

Los labios de Aida se iluminaron con una sonrisa de orgullo y satisfacción y, levantando la cabeza con arrogancia, dijo con un tono que revelaba una gran confianza en sí misma:

—¡Es natural...!

Se rio Huseyn, y Kamal sonrió. Luego, el primero dijo dirigiéndose al último:

—Aida es considerada en nuestro barrio como una autoridad en materia de gusto parisino.

—Natural... —replicó Kamal sin dejar de sonreír.

Aida lo recompensó con una sonrisa, delicada y ligera como el zureo de una paloma, que hizo desaparecer de su corazón la leve huella que le había dejado la insólita disputa aristocrática. «La persona inteligente es la que sabe dónde pone sus pies antes de dar un paso. Tú tienes que saber lo lejos que estás de estos ángeles. El ídolo que te mira desde lo alto de las nubes está incluso por encima de su propia familia. ¿Y qué hay de extraño en ello? No necesitaba tener parientes ni familia; quizá los adoptó a todos ellos para que fueran mediadores entre él mismo y sus adoradores. ¡Admíralo en su calma y sus arrebatos, en su modestia y su altivez, en sus apariciones y sus retiradas, en su contento y su enfado! Todas esas son cualidades tuyas. Riega con la pasión tu corazón sediento. ¡Mírala! La arena le dificulta la marcha y le quita ligereza; sus pasos se alargan y su tronco se inclina como la rama embriagada por la tibia brisa; pero ha ofrecido a las miradas una imagen nueva del arte de caminar, tan parecido en belleza a su habitual forma de andar sobre los mosaicos del jardín. Y si miras hacia atrás, verás las huellas de sus delicados pies impresas sobre la arena. Has de saber que está marcando en este camino desconocido unas señales por las que se guiarán los que buscan las sublimidades del amor y la iluminación de la felicidad. En tus anteriores visitas a

este desierto te pasabas el día jugando y saltando, indiferente a la fragancia de las ideas, porque el cáliz de tu corazón aún no se había abierto... Pero hoy sus hojas están humedecidas por el néctar del amor, goteando alegría y rezumando dolor. Y si te ha sido arrebatada la tranquilidad de la ignorancia, se te ha otorgado una sublime inquietud... la vida del corazón, y el poema de la luz».

—¡Tengo hambre!

Esta queja se escapó de los labios de Budur. Y dijo Huseyn:

—Ya es hora de que volvamos, ¿qué os parece? De todas formas, tenemos ante nosotros un trecho tan largo, que al final tendrá hambre quien ahora no la tenga.

Y cuando llegaron al coche, Huseyn sacó la maleta y la cesta llenas de comida, las puso sobre el capó y empezó a quitar la tapa de su cesta. Pero Aida sugirió que comiesen en uno de los escalones de la pirámide. Se encaminaron hacia allí, subieron a uno de los escalones de la base y, tras colocar la maleta y la cesta en medio, se sentaron en el borde de una piedra dejando colgar las piernas.

Kamal extendió un periódico que tenía en la maleta, y puso encima la comida que había traído: dos gallinas, patatas, queso, plátanos y naranjas. Luego siguió con la mirada las manos de Huseyn mientras sacaba de la cesta la comida de los «ángeles»: unos bonitos sandwiches, cuatro vasos y un termo... Y, aunque su comida era más sustanciosa, aparecía —al menos, a sus ojos— desprovista del ornato de la elegancia; y se llenó de angustia y vergüenza. Huseyn, que estaba mirando las dos gallinas con ojos voraces, le preguntó si había traído cubiertos. Entonces Kamal sacó de la maleta unos cuchillos y unos tenedores, y se apresuró a cortar las dos gallinas en filetes. En ese momento, Aida quitó el tapón del termo y empezó a llenar los cuatro vasos; al ver que se llenaban de un líquido amarillento como el oro, Kamal no pudo evitar el preguntar asombrado:

—¿Qué es eso?

Aida se rio, sin responder; pero Huseyn dijo con sencillez, guiñándole un ojo a su hermana:

—¡Cerveza...!

—¿Cerveza? —exclamó Kamal como asustado.

—¡Y carne de cerdo! —añadió Huseyn, retador, señalando los sandwiches.

—¡Me estás tomando el pelo! ¡No me lo creo!...

—Pues créetelo y come. ¡Qué ingrato eres! ¡Te hemos traído la comida más preciada y la bebida más deliciosa!

Los ojos de Kamal manifestaron asombro y confusión. La lengua se le trabó y no supo qué decir. ¡Lo que más le turbaba era que esa comida y esa bebida habían sido

preparadas en la casa y, por consiguiente, con el conocimiento y el beneplácito de su familia!

—¿No has saboreado antes nada de esto?

—Es una pregunta que no necesita contestación.

—¡Entonces vas a saborearlo por primera vez, y gracias a nosotros!

—Eso es imposible.

—¿Y por qué?

—¿Que por qué?... Es otra pregunta que tampoco necesita respuesta... Huseyn, Aida y Budur levantaron sus vasos, bebieron unos sorbos y luego volvieron a ponerlos donde estaban, mientras los dos primeros miraban a Kamal sonriendo, como si le dijeran: «¿Has visto como no nos ha pasado nada?». Luego dijo Huseyn:

—¡La religión!, ¿eh? Un vaso de cerveza no emborracha, y la carne de cerdo es riquísima y beneficiosa. ¡No sé dónde está la sabiduría de la religión en asuntos de comida!

El corazón de Kamal se encogió ante estas palabras, pero no se salió de su delicadeza al reprenderlo diciendo:

—Huseyn, no blasfemes...

Y por primera vez, desde que había empezado el banquete, Aida habló diciendo:

—No pienses mal de nosotros. Bebemos cerveza para abrir el apetito, nada más, y es posible que el hecho de que Budur la comparta con nosotros te convenza de nuestra buena intención. En cuanto a la carne de cerdo, está buenísima. Pruébala y no seas puritano. Aún tienes muchas oportunidades para obedecer a la religión en cosas más importantes que estas...

Aunque sus palabras no diferían en lo esencial de las de Huseyn, proporcionaron frescor y paz a su corazón dolorido. Además, estas palabras habían encontrado en él a un ser totalmente ansioso por no enturbiar a sus amigos ninguna dicha o herirles ningún sentimiento. Así que sonrió con una fina indulgencia, y se fue a coger su comida diciendo:

—Dejadme comer aquello a lo que estoy habituado, y hacedme el honor de compartirlo conmigo.

Huseyn se rio y luego dijo, dirigiéndose a Kamal mientras señalaba a su hermana:

—En casa nos pusimos de acuerdo en boicotear tu comida si tú lo hacías con la nuestra, pero pienso que no habíamos valorado bien tus circunstancias. Así que, faltaré a mi acuerdo en honor a ti. Y quizás Aida siga mi ejemplo también.

Kamal la miró suplicante, y ella dijo sonriendo:

—¡Si me prometes que no vas a pensar mal de nosotros!

—¡Muerte a quien piense mal de vosotros! —replicó Kamal con alborozo.

Comieron con enorme apetito; Huseyn y Aida primero; luego Kamal se animó con ellos y los siguió; él mismo ofrecía la comida a Budur, la cual se conformó con un sandwich y un trozo de pechuga de gallina, dedicándose luego a la fruta. Kamal no pudo resistir el deseo de mirar con disimulo a Huseyn y Aida mientras comían, para ver cómo lo hacían. Huseyn se zampaba la comida con indiferencia, como si estuviera a solas, aunque sin perder su sello de distinción que, a los ojos de Kamal, representaba a su querida aristocracia dando rienda suelta a sus instintos. Aida, por su parte, ponía de relieve un nuevo estilo de destreza, elegancia y educación en su naturaleza angelical, ya fuera por la forma de cortar la carne, de coger el sandwich con la punta de los dedos, o de mover la boca al masticar. Y todo eso pasaba con enorme facilidad, sin huella de afectación o de inquietud. La verdad es que había esperado ese momento con ansiedad y rechazo, como si dudara de que ella comiera como el resto de la gente... Y aunque saber qué clase de comida tomaba turbó en cierto modo su conciencia religiosa, en lo extraña y alejada que estaba esa comida de lo que sus conocidos solían tomar sintió una especie de afinidad que lo vinculaba con aquella que la comía, aliviando así su imaginación perpleja y llena de preguntas. En él se alternaban dos sentimientos contradictorios: al principio se inquietó viéndola realizar esa función, común a los seres humanos y los animales, pero luego le entró cierta satisfacción, ya que esa función lo acercaba a ella, aunque fuera un solo grado. Pero su alma no se conformó con los datos averiguados en este punto, y sintió que esta lo empujaba a preguntarse si ella realizaba el resto de las funciones naturales. No podía decir que no, ni le era fácil responder que sí, y renunció a la respuesta, sufriendo una sensación que no había conocido nunca antes y que encerraba —si es que lo encerraba— una muda protesta contra las leyes de la naturaleza.

—Estoy admirado de tu sentimiento religioso y tu ejemplaridad moral...

Kamal lo miró con prevención, como escamado. Pero Huseyn le ratificó:

—He hablado con sinceridad, no en broma.

Kamal sonrió con timidez, y luego señaló a los sandwiches que quedaban y a la cerveza, diciendo:

—A pesar de esto, vuestra celebración del mes de Ramadán supera toda descripción: luces que se encienden, Corán que se recita en el vestíbulo, almuédanos que llaman a la oración desde el *salámlík*, ¿eh?

—Mi padre celebra las noches de Ramadán con amor, generosidad y respeto a las

tradiciones que siguió mi abuelo. Además, él y mamá son perseverantes en el ayuno...

—Y yo... —dijo Aida sonriendo.

—Aida ayuna un solo día al mes —replicó Huseyn con una seriedad con la que pretendía ser irónico—, ¡y cuántas veces lo ha roto un poco antes del atardecer!

—Y Huseyn hace en Ramadán cuatro comidas diarias —respondió Aida en revancha—: las tres habituales y la del *sahur*.

Huseyn siguió hablando, al tiempo que se reía. Y al hacerlo, la comida casi se le habría caído de la boca, de no haber sido porque levantó la cabeza con un rápido movimiento:

—¿Qué tiene de extraño que apenas sepamos nada de importancia acerca de nuestra religión? Papá y mamá no tenían conocimientos dignos de mención, y nuestra institutriz era griega. Aida sabe más del cristianismo y sus ritos que del Islam. En comparación contigo, parecemos paganos... —luego, dirigiéndose a Aida —: Él estudia el Corán y la *Sira*.

—¿De verdad? —dijo ella con un tono en el que quizás mostraba algo de asombro—. ¡Bravo!...

Pero te pido que no pienses de mí peor de lo debido, pues me sé de memoria más de una azora...

—¡Maravilloso, realmente maravilloso! —murmuró Kamal como soñando— ¿cuáles, por ejemplo?

Ella dejó de comer, para recordar, y luego dijo sonriendo:

—Quiero decir que me sabía algunas azoras; pero no sé lo que queda de ellas... —luego, levantando la voz de repente como quien recuerda algo cuya búsqueda le ha costado mucho esfuerzo—, como la azora en la que se dice: «Nuestro Señor es único, etc».

Kamal sonrió y le ofreció una tajada de pechuga de gallina. Ella la cogió agradecida, aunque reconoció que estaba comiendo más de lo que comía habitualmente.

—Si la gente comiera siempre como en las excursiones —dijo luego— la esbeltez desaparecería de la faz de la tierra...

—A nuestras mujeres no les apasiona la delgadez... —añadió Kamal tras un corto instante de vacilación.

Huseyn corroboró su opinión diciendo:

—La propia mamá es de esa opinión, pero Aida se considera una parisina...

«¡Que Dios perdone la negligencia de mi adorada! ¡Cuánto te ha turbado tu alma

de creyente, como antes la habían turbado las ideas, cargadas de interrogantes, que encontrabas en tus lecturas! ¿Es que puedes acoger la negligencia del ídolo con la crítica y el enfado con que acogías las ideas que te hacían dudar? ¡Ni mucho menos! Tu alma no alberga hacia ella más que un amor puro. Incluso amas sus defectos. ¿Sus defectos? Ella no tiene defectos, aunque sea un poco inconstante con la religión e infrinja algunos tabúes. Esos serían defectos si los encontrase en otra persona. Pero lo que más me temo es que, a partir de hoy, no la vería bella si no fuera inconstante en la religión o infringiera los tabúes. ¿Eso te inquieta? Pide perdón a Dios por ti y por ella, y di: ¡Todo esto es asombroso, asombroso como la Esfinge! ¡Cuánto se parece tu amor a ella o cuánto se parece ella a tu amor! ¡Ambas son enigma y eternidad!»

Aida vació lo que quedaba del termo en el cuarto vaso, y luego dijo a Kamal incitándolo:

—¿No has cambiado de opinión? No es más que una bebida refrescante...

Él mostró una sonrisa de excusa y agradecimiento. Y entonces Huseyn agarró el vaso, y se lo llevó a la boca diciendo:

—Yo me lo beberé en lugar de Kamal. —Luego, quejándose—: Tenemos que parar de comer, que si no moriremos del atracón.

Dejaron de comer, pero sobraron media gallina y tres sandwiches. Kamal pensó en repartírselos a los chiquillos que vagaban por el lugar, pero al ver que Aida volvía a poner los sandwiches, con los vasos y el termo, en la cesta, no tuvo otro remedio que volver a meter lo que había sobrado de su comida en la maleta. ¡Entonces se le vino a la cabeza el recuerdo de las palabras de Ismail Latif sobre el espíritu ahorrativo de la familia Shaddad!... Huseyn saltó al suelo diciendo:

—Tenemos una alegre sorpresa para ti. Hemos traído un fonógrafo y algunos discos para ayudarnos a hacer la digestión. Escucharás un disco europeo de las obras seleccionadas por Aida y otros egipcios como «Adivina, adivina», «Después de la noche» o «Desvía tus pasos hacia aquí»... ¿Qué te parece?...

Diciembre estaba mediado pero, a pesar de que el mes había comenzado con una tormenta de viento, lluvia y frío punzante, la temperatura seguía siendo relativamente moderada. Kamal, con el abrigo doblado sobre el brazo izquierdo, se aproximaba al palacio de la familia Shaddad con pasos lentos y felices. Teniendo en cuenta especialmente la tendencia del clima a la moderación, su elegante aspecto evidenciaba que llevaba el abrigo para completar las apariencias externas de la elegancia y la distinción, más que en previsión de que cambiara el tiempo. Como lucía el sol matinal, supuso que la tertulia de los amigos se celebraría en el cenador del jardín —y no en el cuarto de recibir a los amigos, donde se reunían en los días fríos— y que, por consiguiente, se le presentaría la ocasión de ver a Aida, a la que sólo podía encontrar en el jardín. Sin embargo, aunque el invierno le impedía encontrarse allí con ella, no le impedía verla en la ventana que se alzaba sobre la vereda lateral del jardín, o en el balcón que daba sobre la entrada del palacio. A veces la veía en este o en aquella, al llegar o al marcharse, con los codos apoyados en el alféizar, o con el mentón recostado sobre la palma de la mano. Entonces elevaba sus ojos hacia ella, inclinando la cabeza con la devoción de un adorador, y Aida le devolvía el saludo con una delicada sonrisa, que con su resplandor iluminaba sus sueños, tanto cuando estaba despierto como cuando estaba dormido. Entrando al palacio, echó una furtiva mirada hacia el balcón, y luego, al atravesar la vereda lateral, hacia la ventana, con la esperanza de verla, pero no la encontró ni allí ni aquí. Y, esperando fervientemente hallarla en el jardín, se dirigió hacia el cenador, donde vio a Huseyn sentado a solas, en contra de lo habitual. Se saludaron con un apretón de manos, mientras el corazón de Kamal brillaba con la alegría de la amistad que suscitaba en su alma el hecho de ver ese hermoso rostro, compañero íntimo de su espíritu y de su mente. Al acogerlo Huseyn con su tono alegre y franco, le oyó decir:

—¡Bienvenido, maestro! ¡Con *tarbúsh* y abrigo! La próxima vez no olvides la *kufeyya* y el bastón... Bienvenido... Bienvenido...

Kamal se quitó el *tarbúsh*, poniéndolo sobre la mesa, y echó el abrigo sobre la silla, mientras preguntaba:

—¿Dónde están Ismail y Hasan?

—Ismail se ha ido de viaje al pueblo, con su padre, y hoy no lo verás. En cuanto a Hasan, me ha telefoneado por la mañana diciendo que se retrasaría una hora o más,



porque tenía que pasar los apuntes de unas conferencias... Ya sabes que es un alumno ejemplar, como vuestra señoría, y que está empeñado en sacar la licencia este año...

Se sentaron el uno frente al otro en sendas sillas, de espaldas al palacio. El hecho de hallarse ambos a solas prometía a Kamal una tertulia tranquila y sin discordia, una sesión en la que se entregaría generosamente a las especulaciones, pero desprovista al tiempo de la controversia, agotadora y placentera a la vez, que provocaba Hasan Selim, y de las observaciones sarcásticas y mordaces que prodigaba sin tasa Ismail Latif.

—Yo, al contrario que vosotros, soy un mal alumno —continuó diciendo Huseyn—. Por supuesto que atiendo a las lecciones y saco partido de mi capacidad de concentración, pero apenas soy capaz de repasar mis libros de clase. ¡Cuántas veces me han dicho que el estudio de la ley requiere una inteligencia extraordinaria! Mejor les sería decir que requiere poca inteligencia y mucha paciencia. Hasan Selim es un alumno diligente, como aquellos a quienes empuja la ambición. Cuántas veces me he preguntado qué es lo que lo lleva a un trabajo y a un desvelo superiores a sus fuerzas, ya que si él quisiera, se conformaría —igual que los que son hijos de consejeros, como él— con trabajar sólo para asegurarse el éxito, apoyándose en las influencias de su padre, el cual le garantizaría al fin y al cabo la obtención del puesto al que aspira. La única explicación que encuentro para esta actitud es su orgullo, que le hace amar la superioridad y lo empuja sin indulgencia, ¿no es así? ¿Tu qué opinas?

—Hasan es un chico digno de admiración por su carácter y su inteligencia —respondió Kamal con sinceridad.

—Una vez oí decir a mi padre que el suyo, Selim Bey Sabri, es un consejero inigualable y justo, salvo en los procesos políticos.

Esta opinión le gustó mucho a Kamal, pues conocía de antemano que Selim Bey Sabri había tomado partido por los liberales constitucionales; y dijo con tono irónico:

—Eso significa que es un jurista hábil, pero inepto para juzgar.

—¡Había olvidado que estoy hablando con un *wafdist*...! —replicó Huseyn, soltando una sonora carcajada.

—¡Pero tu padre no es *wafdist*! —repuso Kamal alzando los hombros—. Imagínate a Selim Bey Sabri, sentado para dictar sentencia en la causa de Abd el-Rahmán Fahmi y el-Nuqrashi.

¿Sus palabras sobre Selim Bey Sabri, habían causado satisfacción en el alma de

Huseyn? Sí, eso se mostraba claramente en aquellos hermosos ojos, que no estaban acostumbrados a la mentira y a la hipocresía. Quizás se debiera a la rivalidad que habitualmente se establece entre iguales, comoquiera que esté caracterizada por la educación y las buenas maneras de la elegancia. Shaddad Bey era un millonario y un financiero de buena posición y prestigio, por no hablar de su histórica relación con el Jedive Abbás. Pero Selim Bey Sabri era consejero del más importante organismo judicial, y en un país al que los cargos fascinaban hasta el límite de la veneración. Era, pues, inevitable que el alto cargo y el dinero abundante se intercambiaran miradas torvas. Huseyn lanzó sobre el jardín que se extendía ante sus ojos una tranquila ojeada, en la que se mezclaba cierta tristeza. Las melenas de las palmeras estaban peladas, y los arbustos se habían desnudado de sus rosas; el fresco verdor había palidecido, las sonrisas de las flores habían desaparecido de las bocas de los cálices, y el jardín parecía hundirse en la tristeza ante el avance del invierno. Entonces dijo señalando hacia delante:

—Mira la acción del invierno. Para nosotros, esto es el final de nuestras tertulias en el jardín. Pero tú eres de los enamorados del invierno.

A Kamal le gustaba el invierno, es cierto, pero Aida le gustaba más que el invierno, el verano, el otoño y la primavera juntos, y no le perdonaría al invierno que lo privara de los felices encuentros del cenador. Sin embargo, ratificó aquellas palabras diciendo:

—El invierno es una estación hermosa y breve. En el frío, en las nubes y en la llovizna, hay una vida a la que el corazón responde...

—Pienso que los amantes del invierno son habitualmente gente activa y diligente. Así eres tú y así es Hasan Selim.

A Kamal le gustó este elogio, pero quiso reservarse la mayor parte de él para sí, dejando a un lado a Hasan Selim, y dijo:

—Sin embargo, sólo dedico a mis obligaciones académicas la mitad de mi tiempo. La verdad es que la vida intelectual rebasa con mucho el marco de la Escuela.

Huseyn agitó la cabeza en señal de aprobación y añadió:

—No creo que exista una escuela capaz de consumir el largo tiempo que le dedicas diariamente al trabajo... Y a propósito: estoy en desacuerdo con que derroches tanta energía en eso, aunque a veces te lo envidio. Dime, ¿qué estás leyendo ahora...?

Kamal se sintió alegre con esta conversación, que era —después de Aida— lo que más le gustaba, y le contestó diciendo:

—Ahora ya puedo decirte que mis lecturas han empezado a seguir un cierto orden. Ya no se trata de una lectura libre, según venga, de cuentos traducidos, antologías poéticas y artículos de crítica. He llegado a percibir mi camino con una considerable claridad. Últimamente he decidido consagrar dos horas cada tarde a leer en la biblioteca. Allí consulto la Enciclopedia, buscando los significados de las palabras oscuras y mágicas, como «literatura», «filosofía», «pensamiento» y «cultura», y registrando al tiempo los nombres de los libros que me salen al paso. ¡Es un mundo maravilloso en el que el alma se derrite de apasionamiento y curiosidad...!

Huseyn lo escuchaba atento e interesado, con la espalda apoyada en el respaldo de la silla de bambú, las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta inglesa color azul marino, y una clara sonrisa de complicidad emocional en sus dilatados labios.

—Muy hermoso —dijo—. Todavía ayer me preguntabas a veces qué debía leerse, y hoy ha llegado el turno de que yo te pregunte a ti. ¿Es que se te ha aclarado el camino?

—Poco a poco... ¡Es probable que me oriente hacia la filosofía!

Las cejas de Huseyn se alzaron, como si se interrogase a sí mismo; y luego dijo sonriendo:

—¿La filosofía? ¡Es una palabra perturbadora! ¡Cuidado con mencionarla ante Ismail...! Yo creía, desde hace tiempo, que te ibas a orientar hacia la literatura.

—Nada se te puede reprochar. La literatura es un placer noble, pero no me satisface del todo. Mi primera exigencia es la verdad: ¿qué es Dios?, ¿qué es el hombre?, ¿qué es el alma?, ¿qué es la materia? La filosofía es la que reúne todas esas cosas en una unidad lógica y esclarecedora, según he sabido últimamente. Esto es lo que quiero saber de todo corazón. Este es el auténtico viaje, comparado con el cual tu viaje alrededor del mundo se convierte en una exigencia secundaria. ¡Imagínate que me hará posible encontrar respuestas claras a todos estos interrogantes...!

El deseo y el entusiasmo iluminaron el rostro de Huseyn al decir:

—Esto es realmente maravilloso. No tardaré mucho en hacerte compañía en ese mundo mágico.

Es más, de hecho he leído unos capítulos de filosofía griega, aunque no he sacado de ellos nada significativo. No me gusta, como a ti, meterme de cabeza en algo, sino que recojo una flor de aquí y otra de allá y me voy abriendo camino entre esto y aquello. Pero ahora, déjame decirte con franqueza que temo que la filosofía corte los vínculos que tenías con la literatura. Tú no te conformas con estudiar, sino

que desees pensar y escribir ¡y eso no te permitirá, pienso yo, que seas filósofo y literato al mismo tiempo...!

—No me apartaré de la literatura. El amor a la verdad no se opone a la degustación de la belleza. Pero el trabajo es una cosa, y el ocio otra. He decidido hacer de la filosofía mi trabajo y de la literatura mi ocio.

De repente Huseyn se rio, y luego dijo:

—¡Así te libras de la promesa que nos hiciste de escribir un cuento completo sobre nosotros!

Y Kamal no pudo evitar reírse a su vez al decir:

—¡Sin embargo, espero escribir un día sobre «el ser humano», y eso os incluye implícitamente!

—El ser humano no me interesa tanto como nuestras personas. ¡Espera a que me queje de ti a Aida!

Al oír el nombre, su corazón lo recibió con un latido lleno de ternura y deseo, y se sintió ebrio, como si su espíritu se hubiera embriagado con una melodía desenfrenada por la emoción. ¿Acaso pensaba Huseyn realmente que él había llegado al punto de ser acreedor de un reproche de Aida? ¡Qué ignorante era Huseyn! ¿Cómo no veía que él no tenía sentimiento con que llenarse, ni idea que meditar, ni deseo que formular, a menos que sus horizontes estuvieran iluminados con el resplandor y el espíritu de Aida?

—Espera, y los días te demostrarán que, mientras esté vivo, no faltaré a mi promesa.

Luego, al cabo de un rato, le preguntó con tono serio:

—Y tú, ¿por qué no piensas en ser escritor? ¡Todas las circunstancias, actuales y futuras, te ofrecen la oportunidad de consagrarte plenamente a este arte!

—¿Escribir yo para que la gente lo lea? —dijo Huseyn agitando los hombros con desdén—. ¿Y por qué no escriben los demás para que yo lo lea?

—¿Cuál de los dos, el escritor o el lector, es más importante?

—No me preguntes cuál de los dos es más importante. Pregúntame más bien cuál de los dos es más feliz. Yo considero el trabajo como la maldición de la humanidad, no porque sea perezoso, ni mucho menos, sino porque el trabajo es una pérdida de tiempo, una cárcel para el individuo y un obstáculo insuperable para vivir. La vida feliz es la holganza feliz...

Kamal lo asaeteó con la mirada, mostrando que no se había tomado en serio sus palabras, y luego dijo:

—No sé qué sería de la vida del hombre si no fuera por el trabajo. Una hora de

inactividad absoluta transcurre mucho más pesada que un año lleno de trabajo.

—¡Por desgracia! Y la propia veracidad de tus palabras confirma esta desgracia. ¿Piensas que puedo permitirme la inactividad total? ¡Claro que no! ¡Qué lástima! Aún sigo ocupando mi tiempo en cosas útiles e inútiles, pero espero un día poder vivir felizmente en una total inactividad.

Kamal quiso hacer un comentario a sus palabras, pero le llegó desde detrás de ellos una voz que preguntaba: «¿De qué estáis hablando, eh?». Una voz, o mejor dicho, una dulce melodía que, apenas resonó en sus oídos, hizo vibrar las cuerdas de su corazón, respondiendo estas a aquella desde lo más profundo de su ser, como si fueran elementos que se armonizasen en una única melodía. E inmediatamente su alma se liberó de los pensamientos que le saltaban a la mente y fue invadida por un vacío total. ¿Era eso —se preguntó— la inactividad absoluta con la que soñaba Huseyn? ¿Era su esencia la nada? Sin embargo, aquello era la felicidad completa.

Se volvió hacia atrás, y a unos pasos de distancia vio a Aida, que se acercaba precedida por Budur, hasta que ambas se detuvieron ante ellos. Iba ataviada con un vestido color comino y una chaqueta de lana azul con botones dorados. Su tez morena brillaba con la profundidad de un cielo transparente y la pureza del agua filtrada. Budur corrió hacia Kamal, y él la cogió entre sus brazos, estrechándola contra su pecho, como si, al abrazarla, tratara de disimular el amor apasionado que lo había embargado de repente. En ese momento vino un criado corriendo y se detuvo frente a Huseyn, diciendo con educación: «Al teléfono». Entonces Huseyn se levantó, pidiendo excusas, y se fue hacia el *salámlík*, seguido por el criado...

Así se halló a solas con ella —pues la presencia de Budur no hacía cambiar nada en este sentido— por primera vez en su vida, preguntándose con aprehensión: «¿Se quedará o se irá?». Pero ella avanzó unos pasos hasta situarse bajo la sombrilla del cenador, quedando separada de él por la mesa. Kamal la invitó a sentarse con un gesto de la mano, pero ella hizo un ademán de negación con la cabeza sonriendo. Entonces él se puso en pie, levantó a Budur entre sus brazos y la sentó sobre la mesa. Se quedó acariciando la cabeza de la pequeña, con nerviosismo, haciendo un gran esfuerzo por controlar sus sentimientos y vencer su excitación... Pasó un momento de silencio en el que sólo se escuchó el murmullo de las ramas, el crujido de unas hojas secas caídas y el gorjeo de unos pájaros. El lugar, con todo lo que abarcaban sus ojos —tierra, cielo, árboles, un muro lejano que separaba el jardín del desierto, el flequillo de la adorada caído sobre su frente, y la extraordinaria luz que emanaba del fondo de sus pupilas— le pareció como un espectáculo delicioso de un sueño feliz. No supo con certeza si se trataba de una realidad que se estaba representando

ante sus ojos, o de una fantasía que aparecía ante su memoria; hasta que zureó aquella melódica voz, que se dirigía a Budur, diciendo a modo de advertencia:

—No lo molestes, Budur.

La respuesta de Kamal fue estrechar a Budur contra su pecho, diciendo:

—Si esta es toda la molestia, ¡cuánto me gusta!

Y miró a Aida con los ojos llenos de deseo. Se puso a deleitarse en su contemplación, esta vez a salvo de otras miradas, observándola fijamente, como si tratara de averiguar sus secretos, e imprimir sus rasgos y sus símbolos en la página de su imaginación. Estaba perdido en la magia del espectáculo y parecía como ensimismado y ausente, cuando de repente ella le preguntó:

—¿Qué te pasa que me miras de esa forma?

Entonces volvió en sí, con una mirada de apuro en los ojos. Y ella sonrió al preguntar:

—¿Quieres decir algo?

¿Que si quiere decir algo? Él no sabe lo que quiere; realmente no sabe lo que quiere. Y preguntó Kamal a su vez:

—¿Has leído eso en mis ojos?

—Sí... —respondió ella, mientras su boca se relajaba en una enigmática sonrisa.

—¿Qué has leído en ellos?

—Eso es lo que quisiera saber —dijo, levantando las cejas asombrada. ¿Acaso va a revelarles su oculto secreto diciendo con toda sencillez: «Te amo», y que sea lo que Dios quiera? Pero ¿de qué serviría revelarlo?, ¿y qué le pasaría si aquella confesión cortaba para siempre la amistad y el afecto que había entre ellos, como era lo más probable? Al contemplarla, percibió la mirada que brillaba en sus bonitos ojos: una mirada apacible, de gran confianza en sí misma, audaz y no afectada por el apuro o la vergüenza; una mirada que parecía abatirse sobre él desde lo alto, a pesar de que estaba al mismo nivel que la suya; una mirada que le hizo sentirse incómodo, aumentando su incertidumbre. ¿Qué había tras ella? En su opinión había un sentimiento de indiferencia, o tal vez de jugueteo, como si Aida fuera una persona mayor mirando a un niño. Quizá tampoco estaba desprovista de cierta superioridad, que no podía justificarse sólo por la diferencia de edad, ya que ella no le llevaba más de dos años a lo sumo. ¿No era esa la mirada apropiada para que aquel soberbio palacete de la calle de los Palacios se dirigiera al viejo caserón de Bayn el-Qasrayn? Pero ¿por qué no había visto antes esa mirada en sus ojos? Quizá porque no se habían quedado antes a solas, o porque hasta entonces no se le había ofrecido la oportunidad de mirarla atentamente. Aquello le hizo sufrir y lo entristeció hasta tal

punto que su éxtasis se desvaneció o estuvo al borde de ello. Budur le echó los brazos invitándolo a cogerla, y él la estrechó contra su pecho. Entonces dijo Aida:

—¡Qué asombroso! ¿Por qué te quiere tanto Budur?

—Porque yo siento hacia ella algo similar, o aún más fuerte... —repuso mirándola a los ojos.

—¿Eso es una ley exacta? —preguntó escéptica.

—El proverbio dice: «Existe un mensajero de corazón a corazón».

Ella empezó a tamborilear sobre la mesa con sus dedos, mientras preguntaba:

—Imagínate una chica bonita a la que aman muchos. ¿Va a amarlos a todos?

Demuéstrame cómo se aplica tu ley en esta situación.

Como la magia de la conversación le había hecho olvidarse de todo, incluso de sus penas, le contestó:

—¡Será cosa suya amar a quien la ame de forma más sincera!

—¿Y cómo va a distinguirlo de los otros?

«¡Ay, si durara este diálogo hasta la eternidad!»

—Otra vez te remito al proverbio: «Hay un mensajero de corazón a corazón».

Ella soltó una risa breve, como la vibración de una cuerda, y dijo retadora:

—Si eso fuera cierto, nadie que amase de forma sincera fracasaría en su amor.

¿Y acaso eso es cierto?

Sus palabras chocaron contra él como lo hacen las realidades de la vida contra quien confía sólo en la lógica; pues si fuera cierta su lógica, él tenía que ser la persona más feliz del mundo por amar y ser amado. Pero ¡qué lejos estaba de ello! La verdad era que la larga historia de su amor no carecía de ciertos momentos aislados de esperanza que iluminaban las tinieblas de su corazón con una felicidad ilusoria, bien tras una dulce sonrisa que su amada le otorgaba generosamente, o de una palabra pasajera, susceptible de mil interpretaciones, o de un sueño feliz tras una noche de meditación e insomnio, o bien buscando refugio en un proverbio que su alma respetase, como «Hay un mensajero de corazón a corazón»... Se aferraba a las falsas esperanzas con la insistencia de quien está desesperado, hasta que la realidad le hacía recobrar la conciencia. Y ahí estaba ahora, recibiendo aquella frase irónica y decisiva, como una amarga medicina, para curarse con ella en el futuro de las esperanzas engañosas y para saber con certeza dónde estaba su sitio. Como Kamal no contestó a la pregunta con que le había retado su adorada y verdugo, esta exclamó en tono victorioso:

—¡He ganado...!

El silencio reinó de nuevo, y volvieron a sus oídos el murmullo de las ramas, el

crujido de las hojas secas y el gorjeo de los pájaros. Pero esta vez los recibió con la emoción debilitada y el corazón derrotado. Observó que los ojos de ella lo examinaban con una minuciosidad injustificada; que su mirada se había vuelto más audaz y confiada, sugiriendo cada vez un mayor jugueteo; que estaba muy lejos de la estampa de una hembra que se ofrece a un macho. En su corazón sintió un pinchazo y una brisa gélida, y se preguntó si había sido predestinado a quedarse a solas con ella para que se vinieran abajo sus sueños de un solo golpe. Aida observó su inquietud, y se rio de forma indolente, mientras decía en broma señalando a su cabeza:

—¡No parece que te hayas empezado a dejar crecer el pelo!

—¡Claro que no! —respondió él con sequedad.

—¿Es que eso no te gusta?

—¡Pues no! —dijo haciendo una mueca desdeñosa con la boca.

—Te dijimos que hacía más bonito...

—¿Acaso es necesario que el hombre esté guapo?

—¡Naturalmente! —dijo asombrada—. ¡La belleza gusta... tanto en el hombre como en la mujer!

Quiso repetir alguno de sus dichos, como «La belleza del hombre está en sus virtudes morales», etc. pero su instinto le sugirió que unas palabras como esas —procedentes de una persona con su facha— no serían acogidas por su adorada más que con burla e ironía; y dijo, sintiendo un pinchazo en el corazón que disimuló con una falsa sonrisa:

—No soy de tu opinión...

—¡O quizá sientes aversión hacia la belleza, como la sientes hacia la cerveza y la carne de cerdo!

Kamal se rio, tratando de combatir su desesperación y su dolor. Ella volvió a decir:

—El cabello natural es un tocado natural del que, en mi opinión, tu cabeza está necesitada, ¿o es que no sabes que tu cabeza es muy grande?

«"El hombre de las dos cabezas". ¿Has olvidado aquel antiguo apodo? ¡Oh, qué desgracia!»

—Así es...

—¿Y por qué?

—Pregúntale a ella tú misma —contestó moviendo la cabeza con un gesto de negación—, pues yo no lo sé...

Ella soltó una risita, a la que siguió un silencio. «Tu ídolo es hermoso, fascinante



y hechicero, pero tiránico, como debe ser. ¡Saborea su tiranía y conocerás todo tipo de dolores!» Al parecer ella no se apiadaba de él; sus hermosos ojos no cesaban de subir y bajar por su rostro, hasta quedar fijos en... ¡sí, en su nariz...! En ese momento sintió un escalofrío en las entrañas, y el cabello se le erizó. Bajó la vista por temor a mirar y, al oírla reírse, levantó los ojos preguntando:

—¿Qué es lo que te hace reír?

—Estaba acordándome de ciertas cosas graciosas que leí en una célebre obra de teatro francesa. ¿No has leído *Cyrano de Bergerac*?

«El momento más apropiado para menospreciar el dolor es aquel en el que este se desborda».

—No hay motivo para disimular —dijo él con calma e indiferencia—. Yo sé que mi nariz es aún más grande que mi cabeza; pero te ruego que no me preguntes otra vez «por qué». ¡Pregúntale a ella tú misma, si quieres...!

En ese momento, Budur extendió la mano y le agarró la nariz. Aida echó la cabeza hacia atrás, muerta de risa, y él tampoco pudo evitar reírse. Luego, para disimular su apuro, le preguntó a Budur:

—Y a ti, Budur, ¿te espanta mi nariz?

La voz de Huseyn, que bajaba la escalera del porche, llegó a ellos, y Aida cambió su tono de repente, diciéndole con una voz en la que se mezclaban el ruego y la advertencia:

—¡Cuidado con enfadarte por mis bromas...!

Huseyn volvió al cenador y se sentó en su silla, invitando a Kamal a hacer lo mismo. Este lo imitó —tras un instante de vacilación— colocando a Budur sobre sus rodillas. Pero Aida sólo se quedó un rato más. Luego cogió a la pequeña, los saludó y se marchó, dirigiendo a Kamal una mirada con un significado especial, como si le repitiera su advertencia sobre el enfado, Kamal no sintió ningunas ganas de reanudar la conversación y se conformó con escuchar, o fingir que escuchaba, participando en ella de vez en cuando con una pregunta o con una manifestación de asombro, aprobación o disconformidad, nada más que para afirmar su presencia. Por fortuna, Huseyn volvió a tocar un antiguo tema que no le exigía más atención de la que podía prestar: su deseo de viajar a Francia y la oposición de su padre, que esperaba vencer pronto. Sin embargo, lo que ocupaba tanto el corazón como los pensamientos de Kamal era el nuevo aspecto con que se le había presentado Aida en los minutos que habían estado los dos a solas o poco menos: ese aspecto definido por el desprecio, la burla y la crueldad. ¡Sí, la crueldad; pues había jugado con él sin piedad, y con sus bromas había hecho de él lo mismo que el dibujante hace de un rostro humano con

su pluma para sacarle una caricatura, extraordinaria a la vez en su fealdad y su verismo! Recordó, aturdido, ese espectáculo; y, aunque el dolor se infiltraba en su espíritu, como el veneno en la sangre, difundiendo por él una pesada sombra de abatimiento y tristeza, no encontró en su alma ni indignación, ni cólera ni desprecio. ¿Acaso no era aquello una nueva cualidad de Aida? Claro que sí. Puede que ese nuevo aspecto resultara algo extraño, como lo era la pasión que sentía por la lengua extranjera, por beber cerveza o por comer carne de cerdo; pero, al igual que todo esto, ese aspecto era una cualidad asociada a su esencia y digna de tenerse a gala, aunque en cualquier otra mujer fuera considerada como defecto, negligencia o pecado. Ella no tenía la culpa si una de sus cualidades causaba dolor en su corazón o desesperación en su alma, ya que el defecto era de él, no suyo. ¿Acaso había sido ella la que había hecho grande su cabeza y gruesa su nariz? ¿Es que había faltado a la verdad y a la realidad con sus bromas? Nada de esto había ocurrido, ni él tenía nada que reprocharle, pues era merecedor de ese dolor y tenía que aceptarlo con resignación mística, como lo hace el adorador con la sentencia divina, sinceramente convencido de que es justa —por cruel que sea— y de que procede de un ídolo perfecto, cuya voluntad y cuyas cualidades son incuestionables. ¡Así pues, salió de aquella breve y dura prueba, que hacía unos minutos lo había dejado deshecho, vivamente dolorido y atormentado, pero sin que disminuyera la fuerza de su amor o de su admiración por la amada...! Aquel rato le había proporcionado el conocimiento de un nuevo dolor, el dolor de conformarse con una sentencia cruel en que se le declaraba falto de cualidades para ser elegido, igual que antes había conocido —también por medio del amor— el dolor de la separación, de la indiferencia y del adiós, el dolor de la duda y la desesperación; como también había conocido el dolor soportable, el dolor que produce placer, y el dolor que no se apacigua a pesar de las ofrendas de suspiros y lágrimas presentadas. Era como si amara para hacerse un maestro experto en el vocabulario del dolor. Pero bajo la luz de las chispas que saltaban al impacto de sus dolores, se veía a sí mismo y experimentaba las cosas. «No es sólo Dios, el alma y la materia lo que debes conocer. ¿Qué es el amor...? ¿Qué es el odio...? ¿Qué es la belleza...? ¿Qué es la fealdad...? ¿Qué es la mujer...? ¿Qué es el hombre...? Todas esas cosas debes conocerlas también. Los últimos escalones de la perdición están contiguos a los primeros peldaños de la salvación. ¡Acuérdate riendo o ríete recordando que pensaste en revelarles a ella tu oculto secreto! ¡Recuerda llorando que el jorobado de Notre-Dame llenó de espanto a su amada cuando se inclinó sobre ella para consolarla, y que él —el jorobado de Notre-Dame— no suscitó su afecto inocente

sino al exhalar el último suspiro...! "¡Cuidado con enfadarte por mis bromas!". Te está escatimando hasta el alivio de la desesperación. ¡Pues que el ídolo revele su propia naturaleza; tal vez así salgamos del infierno de la duda para reposar en la tumba de la desesperación! ¡Qué difícil es que la desesperación arranque de mi corazón las raíces del amor; en todo caso, será la secreta confidencia de las esperanzas engañosas...!»

Huseyn se volvió hacia él para preguntarle por el secreto de su silencio, pero, al parecer, sintió acercarse una persona. Entonces giró la cabeza y luego exclamó:

—Ahí está Hasan Selim, que acaba de llegar. ¿Qué hora es ya?

Kamal se volvió hacia atrás y vio a Hasan que se acercaba al cenador...

## 19

Hasan y Kamal abandonaron el palacio de los Shaddad alrededor de la una, Kamal pensó separarse de su amigo ante la puerta del palacio, pero el otro le dijo en tono de súplica:

—¿No vas a caminar un rato conmigo...?

Kamal respondió de buen grado a la invitación, y ambos marcharon por la calle de los Palacios uno al lado del otro... Kamal, con su alta estatura, y Hasan, cuya cabeza apenas llegaba al hombro de su amigo. ¡No dejaba de hacerse preguntas, especialmente porque la hora no era la más apropiada para un paseo sin objetivo! Pero, antes de que se diera cuenta, Hasan se volvió hacia él y le preguntó:

—¿De qué estabais hablando?

Kamal respondió, cada vez más intrigado:

—De temas variados, como siempre, de política... cultura, etc.

Y fue una auténtica sorpresa que le dijera con su voz tranquila y armoniosa:

—¡Me refiero a ti y a Aida...!

El asombro se apoderó de Kamal hasta tal punto que se quedó unos segundos sin decir palabra; luego se sobrepuso y preguntó:

—¿Cómo lo supiste, si no estabas con nosotros?

Y dijo Hasan Selim, sin inmutarse:

—Llegué mientras hablabais y me pareció mejor quitarme de en medio un rato para no interrumpiros...

Kamal se preguntó cuál habría sido su conducta si se hubiera encontrado en una situación semejante. Creció su perplejidad y se mezcló con la sensación de estar a punto de entrar en una conversación excitante y dolorosa.

—No sé qué te llevó a ese comportamiento —dijo— y, si te hubiera visto, no te habría dejado marchar...

—¡La cortesía tiene sus normas! Reconozco que soy muy susceptible en esas cuestiones...

«¡Las reglas de la aristocracia! ¡Qué lejos estás de comprenderlas...!»

—Perdóname si te digo con franqueza que eres demasiado meticuloso...

Hasan esbozó una ligera sonrisa que apenas duró unos segundos en sus labios. Luego pareció esperar algo y, como la espera se alargaba, volvió a preguntarle:

—¿Y bien? ¿De qué estabais hablando?

«Entonces, ¿cómo se armonizan las reglas de la cortesía con un interrogatorio

como este?» Por unos instantes pensó en hacerle esta observación, pero eligió con cuidado una formulación digna del respeto que sentía por él —un respeto que se debía más a su personalidad que a su edad— para terminar diciendo:

—La cuestión es más simple que todo eso, pero me pregunto en qué medida debo responder...

Hasan se apresuró a decir en tono de disculpa:

—Espero que no me taches de indiscreto o de meter la nariz en tus asuntos. Tengo motivos para hacerte esa pregunta y voy a hablarte de cosas que no he tenido oportunidad de contarte antes. Pero creía que, teniendo en cuenta la amistad que nos une, no te sentirías molesto con mi pregunta. ¡Espero que no te tomes el asunto de otra manera...!

Disminuyó la tensión. Quizá Kamal se alegró de recibir estas delicadas palabras del propio Hasan Selim, una persona que desde hacía tiempo consideraba como modelo de aristocracia, nobleza y grandeza, además de que estaba aún más deseoso que él de discutir a fondo un tema que atañía a su adorada. Si hubiera sido Ismail Latif el que le hubiera hecho la pregunta, no habrían sido necesarios tantos rodeos o vueltas a lo que debía o no debía hacer, a lo que era o no adecuado. Posiblemente le habría contado todo y los dos se habrían reído. Pero Hasan Selim nunca salía de su reserva ni confundía la amistad con la familiaridad ¡sin importarle pagar el precio de esa reserva!

—Te agradezco tu consideración. Créete que, si hubiera algo digno de contarse, no te lo ocultaría. Tan sólo estuvimos hablando de temas corrientes, eso es todo. Sin embargo, has excitado mi curiosidad, ¿puedo preguntarte —aunque sólo sea a título informativo— por los motivos que, según tú, justificaban tu pregunta? Como es natural, no voy a insistir; es más, ¡estoy totalmente dispuesto a retirar mi pregunta si la encuentras inaceptable...!

—Voy a hablarte de lo que preguntas, pero te ruego que esperes un poco —dijo Hasan, con su calma y ponderación habituales—. Parece que no quieres decirme sobre qué giraba vuestra conversación. Estás en tu derecho, sin lugar a dudas; más aún, no encuentro en ello nada que vaya contra el deber de la amistad. Pero deseo llamar tu atención sobre el hecho de que muchos se equivocan con las palabras de Aida, y las interpretan en un sentido que no tiene nada que ver con la realidad ¡y quizá, por esta causa, se llevan unos disgustos que no tendrían razón de ser...!

«¡Aclara lo que quieres decir! Hay en el aire unos presagios sombríos que no van a tardar en convertirse en huracán y en arrastrar a tu corazón herido. ¡Como si hubiera en él algún lugar que estuviera a salvo de las heridas! ¡Eres tú el que está

equivocado, amigo mío! ¿No te has dado cuenta de que es el pudor, y solo él, lo que me ha impedido contarte lo que pasó? ¡Qué me fulminen los rayos, si te concedo reposo!»

—¡No he comprendido ni una palabra de lo que has dicho...!

La voz de Hasan se elevó un poco al decir:

—La lengua de ella tiene gran facilidad para pronunciar palabras amables, y quien las escucha piensa que tienen un significado o que ocultan algún sentimiento, ¡pero tan sólo son palabras amables que dirige a todo el que habla con ella, sea en privado o en público! ¡Y cuántos se han dejado engañar por ellas...!

«¡Por fin se ha aclarado el asunto! ¡Tu amigo se siente afectado por el mal que te estaba aniquilando! Pero ¿quién es él para dárse las de conocer lo que uno siente por dentro? ¡Cómo me irrita!» Dijo sonriendo, mientras aparentaba indiferencia:

—¡Pareces muy seguro de lo que dices!

—Conozco muy bien a Aida; somos vecinos desde hace tiempo...

El nombre que temía pronunciar en secreto, y no digamos en público, lo pronunciaba ese joven loco como si nada, ¡como si se tratara del nombre de cualquier individuo entre muchos millones! ¡Esa osadía le hacía perder puntos en su corazón, pero ganarlos en su imaginación! Y la frase «somos vecinos desde hace tiempo» se clavó en su corazón como un puñal, desgarrándolo como la ausencia desgarró al emigrado. Le preguntó con un tono educado, aunque no exento de ironía:

—¿No es posible que tú también te hayas dejado engañar como los demás...?

La cabeza de Hasan se echó hacia atrás arrogantemente, mientras le decía convencido:

—¡Yo no soy como los demás...!

¡Cómo lo exasperaba su petulancia! ¡Cómo lo exasperaba su belleza y su seguridad en sí mismo! ¡Ese hijo mimado del importante consejero, cuyas sentencias en temas políticos eran más que dudosas! Aunque sus facciones no se reían, Hasan dejó escapar un «je, je», una especie de risita con la que quería facilitar el paso de un tono de voz petulante a otro más amable. Luego dijo:

—Es una chica excelente, sin tacha, ¡aunque a veces su apariencia, su conversación y su familiaridad den que hablar!

Y Kamal se apresuró a decir con entusiasmo:

—¡Tanto lo que aparenta como lo que es realmente, están por encima de toda sospecha!

Hasan inclinó la cabeza con agradecimiento, como si dijera: «¡Bravo!», luego añadió:

—Esto es lo que debe ver quien tiene la mirada limpia; pero hay cosas que desconciertan a algunos. Te pondré unos ejemplos para que se vea claro... Algunos interpretan mal que se mezcle en el jardín con los amigos de su hermano Huseyn, infringiendo las tradiciones orientales en uso. Otros se hacen preguntas ante su manera de hablar con este o su amabilidad con aquel... y hasta hay quien imagina tras una broma cariñosa, que se le escapa de forma espontánea, un grave secreto. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir?

—Naturalmente que me doy cuenta de lo que quieres decir —dijo Kamal con el mismo entusiasmo que antes—, pero me temo que estás exagerando. En lo que me concierne personalmente, no he tenido ningún género de dudas sobre su comportamiento, porque su modo de hablar y bromear son obviamente inocentes, y porque, por otro lado, no recibió una auténtica educación oriental como para exigirle que observe las tradiciones o para censurarle que las infrinja. Y creo que los demás piensan como yo...

Hasan agitó la cabeza como deseando poder creer en su opinión sobre «los demás», pero Kamal no se preocupó de comentar esa silenciosa observación; estaba feliz de defender a su adorada, feliz de la oportunidad que se le ofrecía de manifestar su opinión sobre su pureza y su inocencia. Pero, claro, no era sincero en su entusiasmo, no porque pensara en su fuero interno de forma distinta a lo que declaraba —pues hacía tiempo que estaba convencido de que su adorada estaba por encima de toda sospecha— sino por sentirse triste ante los felices sueños que había tejido en torno a la suposición de que existía un «secreto» tras las bromas y ligeras alusiones de su adorada. Y Hasan dispersaba esos sueños, como los había dispersado la conversación de ese día en el cenador. A pesar de que su corazón herido luchaba en silencio por aferrarse aunque fuera a un frágil hilo de esperanza, le siguió la corriente a Hasan Selim, mostrándose de acuerdo con su opinión, para ocultar su situación, disimular su derrota e invalidar la pretensión del otro a ser el único en «conocer» la verdad de su adorada. Hasan volvió a decir:

—No me extraña que te des cuenta de esto, porque eres un chico inteligente. La realidad, como dices, es que Aida es inocente, pero... perdóname si te hablo francamente de un rasgo suyo que puede parecerte extraño y que quizá haya sido el responsable, en gran medida, de que muchos la interpreten mal. ¡Me refiero a su deseo de ser «la chica de los sueños» de todos los jóvenes que se relacionan con ella! No olvides que se trata de un deseo inocente, pues doy testimonio de que no he encontrado una chica más celosa de su honor que ella. ¡Pero es muy aficionada a leer novelas francesas, y no hace más que hablar de sus heroínas, con la cabeza llena de

quimeras!

Kamal esbozó una sonrisa tranquilizadora, como queriendo decir que no había oído nada nuevo en lo que decía su amigo; luego le dijo, empujado por el deseo de enojarlo:

—Ya sabía todo eso. ¡Un día, nuestra conversación —de Aida, Huseyn y mía— giró precisamente sobre ese tema! ¡Por fin había logrado hacerle salir de su sobriedad aristocrática! El estupor se reflejó en las facciones de Hasan, mientras preguntaba como desconcertado:

—¿Cuándo fue eso? ¡No recuerdo haber presenciado esa conversación! ¿Acaso se ha dicho delante de Aida que desea ser «la chica de los sueños» de todos los jóvenes...?

Kamal observó el cambio que se había producido en él, con una mirada de victoria y satisfacción; pero le dio miedo continuar y dijo con prudencia:

—¡No se hizo mención a eso de forma literal, pero estaba en el sentido que se translucía a través de una conversación que giró en torno a su afición por las novelas francesas y a su exagerada imaginación!

Hasan recobró su calma y su aplomo y guardó silencio durante un largo rato, como intentando reorganizar sus ideas, que Kamal había logrado dispersar por un momento. Pareció vacilar unos instantes hasta tal punto que Kamal sintió que Hasan deseaba saberlo todo acerca de la conversación mantenida entre Aida, Huseyn y él: cuándo había tenido lugar, qué los había llevado a abordar esos temas tan delicados, cuáles eran los detalles de lo que se dijo en ella; pero su orgullo le impedía preguntar. Finalmente dijo Hasan:

—Como ves, tú mismo eres testigo de la veracidad de mi opinión. Pero, desgraciadamente, no todos han comprendido como tú el comportamiento de Aida. No han captado una verdad importante: ¡Qué ama el amor de la gente por ella, pero no a la propia gente!

«Si este imbécil observara la realidad, no habría derrochado todo ese esfuerzo inútil. ¿Acaso no sabe que ni siquiera espero que ella ame mi amor? ¡Mira mi cabeza y mi nariz, y quédate tranquilo!» Dijo con una voz no desprovista de ironía:

—¡Ama el amor de la gente por ella y no a la propia gente! ¡Menuda filosofía!

—¡Es una realidad que conozco bien!

—¡Pero tú no puedes garantizar que sea cierta en todas las ocasiones!

—¡Claro que puedo, y con los ojos cerrados!

Kamal trató de vencer su tristeza y preguntó fingiendo asombro:

—¿Puedes afirmar con certeza que no ama a esta persona o a aquella?



Dijo Hasan con seguridad y tranquilidad:

—¡Puedo asegurar que no ama a ninguno de aquellos que a veces se imaginan que ella les ama!

«Sólo hay dos personas que tengan derecho a hablar con esa seguridad: el que está seguro y el imbécil. Y él no es imbécil. ¿Por qué se aviva el dolor, si no hay nada nuevo en lo que he oído? La verdad es que hoy he sufrido el dolor de todo un año de amor».

—¡Pero tú no puedes afirmar que ella no ama en absoluto!

—¡Yo no he dicho eso...!

Y Kamal lo miró como se miraría a un adivino. Luego preguntó:

—¿Tú sabes, entonces, que ella ama?

Hasan inclinó la cabeza afirmativamente.

—¡Si te he invitado a pasear conmigo era para hablarte de esto...!

El corazón de Kamal se hundió en las profundidades de su pecho como intentando huir del dolor, pero naufragó en sus olas. Antes sufría porque era imposible que ella lo amara ¡y he aquí que su verdugo le confirmaba que ella amaba...! ¡Su adorada amaba...! ¡Su corazón angelical se sometía a las leyes del deseo y el anhelo, del ansia y el suspiro, y todo eso dirigido hacia una persona determinada! Claro está que su razón, no su conciencia, había admitido a veces esa posibilidad, pero como se admite la muerte, como una simple idea, no como una fría realidad que se fija en un cuerpo querido o en el propio cuerpo. Por eso la noticia lo sorprendió como si se materializara por primera vez, y al mismo tiempo, en la realidad y en el pensamiento. «Medita en todas esas verdades y reconoce que hay sufrimientos en este mundo que jamás se te habían pasado por la cabeza, a pesar de tu experiencia profunda del dolor». Hasan continuó diciendo:

—Te he dicho desde el principio que tenía razones que justificaban esta conversación contigo; si no, nunca te hubiera permitido meterme en tus asuntos...

«¡Ojalá el fuego sagrado devore hasta el último átomo de sus cenizas!»

—Estoy convencido de lo que dices, te escucho...

Hasan esbozó una débil sonrisa que revelaba su vacilación frente a la última palabra crucial... Kamal aguantó un poco, pero luego, y a pesar de que su corazón presentía la horrible verdad, le apremió diciendo:

—¿Dijiste que sabes que ella ama...?

Hasan abandonó bruscamente la vacilación.

—¡Sí! ¡Hay entre nosotros algo que me da derecho a mantener lo que he dicho...!

«¡Aida ama, oh, cielos! Las cuerdas de tu corazón se encogen produciendo una melodía fúnebre. ¿Acaso su corazón alberga hacia este chico afortunado lo que tu corazón alberga hacia ella? Si es cierto que eso es posible, lo mejor será que el mundo se derrumbe. Tu amigo no miente, porque el que es noble y bello no miente. Lo más que puedes esperar es que el amor de ella sea de un tipo diferente al tuyo. Y ya que la desgracia se ha hecho inevitable, es un consuelo que sea Hasan el amado, y también es un consuelo que la tristeza y los celos no te impidan ver la verdad que está ante tus ojos: ¡Este chico rico, encantador y maravilloso!» Dijo como quien aprieta el gatillo de la escopeta sabiendo que está descargada:

—¡Parece que estás seguro de que, esta vez, ama a la propia persona, no al amor de la persona por ella!

Soltó otra vez un «je, je» con el que expresaba su seguridad; echó una rápida ojeada a Kamal para ver en qué medida lo creía, y dijo:

—¡Nuestra conversación, entre ella y yo, no fue de las que dejan lugar a equívocos!

«¿Qué clase de conversación fue? Daría toda mi vida por una palabra sobre ella. Conozco toda la verdad y voy a apurar este suplicio por completo, hasta las heces. ¿Habrá escuchado esa voz emocionante decirle: "te amo"? ¿Lo dijo en francés o en árabe? Con un suplicio como este se podrían encender los fuegos».

—¡Te felicito! —dijo con calma—. ¡En mi opinión sois dignos el uno del otro...!

—Gracias...

—Sin embargo, me pregunto qué te indujo a revelarme este valioso secreto.

Hasan levantó las cejas diciendo:

—¡Cuando os encontré hablando a solas, sentí miedo de que te dejaras engañar, como tantos otros, por ciertas palabras, y me propuse declararte con franqueza la verdad, porque me resultaba odiosa la idea de que tú mismo pudieras equivocarte...!

Kamal murmuró «gracias», movido por un afecto sublime, el afecto que le brindaba aquel joven bien dotado, al que Aida amaba, que odiaba la idea de que él se engañara, y que lo había matado con la verdad. ¿No habrían sido los fantasmas de los celos uno de los motivos que le habrían incitado a declararle su secreto? Pero ¿no tenía ojos en la cara para ver su cabeza y su nariz? Hasan continuó diciendo:

—Ella y su madre vienen a menudo a nuestra casa de visita, y así se nos ofrecen oportunidades de hablar...

—¿A solas?

Se le escapó la frase sin darse cuenta. Se quedó desconcertado, arrepentido, y su

rostro se sonrojó; pero el otro le contestó con sencillez:

—A veces...

¡Cómo le habría gustado verla en ese papel —el de la enamorada— en el que nunca se la había imaginado! ¿Cómo se expresaría en esos ojos tranquilos, que lo miraban desde lo alto, el brillo de la emoción y de la ternura? Un espectáculo que iluminaría la mente con un destello de la sagrada verdad, y mataría de golpe el corazón; así quedaría proscrita la eterna maldición de la incredulidad. «Tu alma se revuelve como un pájaro prisionero que quiere volar; el mundo es sólo un lugar lleno de escombros del que se hace dulce partir; pero, aunque supieras con certeza que los labios se han encontrado en un beso hermoso como la rosa, al menos no te faltaría, en el torbellino de la locura, el placer de la libertad absoluta».

Empujado por un deseo suicida al que no podía resistirse ni menos aún comprender, le preguntó:

—¿Cómo, entonces, estás de acuerdo en que se mezcle con los amigos de Huseyn?

Hasan aguardó un momento antes de contestar:

—Quizá eso no me guste demasiado, pero no encuentro en ello nada censurable, ya que lo hace delante de su hermano y de todos, y de acuerdo con su educación europea; y no te oculto que a veces pensé en manifestarle mi irritación, pero no me gustaría que me acusase de estar celoso. ¡Y cómo le gustaría excitar mis celos! Tú conoces, naturalmente, esos ardides femeninos, y te confieso que no disfruto con ellos.

«Nada tiene de extraño que la confirmación de la rotación de la tierra sobre sí misma y alrededor del sol haya hecho caer tantas fantasías y haya mareado tantas cabezas».

—¡Es como si pretendiese molestarte!

Y dijo Hasan con su tono tan seguro:

—¡Pero, si quiero, siempre puedo llevarla a plegarse a mi voluntad!

Esta frase y el tono con que la dijo lo sublevó hasta casi enloquecerlo, y habría deseado encontrar cualquier motivo que le diera excusa para golpearlo y hacerlo rodar —y era capaz de ello— por tierra. Lo miró desde lo alto, y la diferencia de estaturas entre ambos le pareció mayor de lo que era en realidad. Le sorprendió que ella amara a alguien más bajo y, en la fiebre del dolor, se preguntó: ¿por qué no ama también a alguien más joven que ella? Y su corazón tuvo la certeza de que acababa de perder el mundo.

Hasan lo invitó a almorzar con él, pero Kamal se disculpó dándole las gracias;

luego se dieron un apretón de manos y se separaron.

Volvió con el alma abatida, con el corazón cargado de desesperación. Deseaba quedarse a solas consigo mismo para madurar los acontecimientos del día reflexivamente hasta aclarar todos sus significados. La vida parecía envuelta en traje de luto, pero ¿acaso no sabía desde el principio que ese amor estaba perdido? ¿Qué novedad habían aportado los acontecimientos? En cualquier caso, tenía que ser un consuelo para él que los demás hablaran del amor, mientras que él amaba con todo su corazón. El amor que iluminaba su alma nadie podía igualarlo, y ese era su privilegio y su superioridad. Y nunca renunciaría a su antiguo sueño de conseguir a su adorada en el cielo. «En el cielo, donde no hay diferencias artificiales, ni cabeza grande o nariz gruesa. En el cielo, Aida será sólo mía, en virtud de las leyes celestiales...»

Parecía como si no existiese. Ella lo ignoraba de una forma que no podía sino ser intencionada. Se había dado cuenta de ello, por primera vez, la mañana del viernes siguiente, una semana después de la conversación con Hasan Selim en la calle de los Palacios, durante la reunión de amigos que tuvo lugar en el cenador del jardín de la residencia de los Shaddad. Estaban conversando cuando se presentó Aida, acompañada como de costumbre por Budur. Ella se quedó allí un rato, charlando con este, coqueteando con aquel, sin hacerles realmente ningún caso. Pensó en un primer momento que su ocasión iba a presentársele. Pero la espera comenzó a resultar larga... Él mismo notó que los ojos de ella no querían encontrarse con los suyos, que incluso lo esquivaban. Saliendo de su actitud pasiva, interrumpió la conversación de la chica con un breve comentario para obligarla a que se dirigiera a él. Pero continuó su charla, ignorándolo. Aunque nadie se había percatado de sus vanos intentos, metidos como estaban en la animada conversación, no por ello disminuyó el efecto de la bofetada que acababan de darle sin que comprendiera el motivo. Optó por negar lo que pasaba por su cabeza en aquellos momentos y ocultar sus dudas. Y se puso a esperar la oportunidad de volver a intentarlo de nuevo. Aunque fuera a la desesperada.

Mientras tanto, Budur intentaba soltarse de la mano de Aida, y le hacía señas con la mano libre. Avanzó hacia ella para cogerla entre sus brazos. Pero Aida se volvió, diciendo:

—Nos vamos.

Luego saludó a los presentes, y se marchó.

¿Qué significaba esto? ¿Que Aida estaba enfadada con él y no quería, al venir allí, nada más que hacerle patente su enfado? Pero ¿qué le reprochaba? ¿Qué error, grande o pequeño? ¿Qué perplejidad aturdía su lógica y lo confundía! Pero pudo controlarse con mano firme, volviendo a tomar las riendas de sí mismo. Aquella mano fuerte que ponía en evidencia sus pasiones. Kamal solía sobreponerse con energía: representando su papel de hombre tranquilo y ocultando, ante los ojos de los demás, la huella del golpe que acababa de recibir.

Cuando la reunión se había acabado, se dijo a sí mismo que sería bueno afrontar la verdad, por dura que fuera: Aida le vedaba, al menos por hoy, el favor de su amistad. En su corazón enamorado había un minucioso detector que no dejaba escapar ni un murmullo, ni una vibración, ni una mirada del ser amado sin

registrarla. Hasta sus intenciones conocía, hasta lo que iba a suceder en un futuro lejano adivinaba. Fuera cual fuese la razón de todo esto, o aunque no hubiera motivo alguno, resultaba como una enfermedad rebelde a la medicina. En cualquier caso, era como la hoja de un árbol a la que un viento violento hubiese arrancado de la tranquilidad de la rama para arrojarla a la pestilencia de la hojarasca.

Se puso a darles vueltas a las palabras de Hasan Selim. ¿No había este terminado su conversación con él diciendo: «Yo siempre tengo en mi mano llevarla dócilmente hacia donde deseo, cuando yo quiero»? Con todo, ella había venido hoy, como de costumbre. El enfado de Kamal venía de que Aida lo había ignorado, no de su ausencia. Hasan y él se habían separado amigablemente: no existía motivo alguno que empujara a Hasan a pedirle a ella que lo ignorase. Aparte de que Aida no es de las que acata las órdenes de un hombre, cualesquiera que estas sean. Y él no había cometido falta alguna. ¿Qué secreta acusación le hacía entonces, Dios de los cielos?

El encuentro del cenador, con su dureza y sarcasmo, había herido su mente, su orgullo y su dignidad. Sin embargo no faltaron el afecto y los coqueteos. Y terminó con algo que parecieron excusas. Puede que supusiera el golpe de gracia a su esperanza en aquel amor. Aunque, a fin de cuentas, no hubiera esperanza en su amor por ella. Pero el encuentro de hoy significaba para él la ignorancia, el rechazo, el silencio, la muerte... La amada podía ser grosera o dura. Cualquier cosa..., mejor que el pasar junto a su amante como si no existiera. Tormento supremo. Una nueva pena que añadir al rosario que llevaba en su corazón. Un nuevo golpe de amor. Pesado tributo que pagaba por la luz que lo iluminaba pero que también lo consumía.

Su corazón se rebelaba con furia. Le dolía que la respuesta a su inmenso amor fuera esta fría y orgullosa indiferencia. Le partía el alma que la violencia que lo agitaba viniera del amor y de la adoración; que no pudiera resistir aquella bofetada sino suplicante y postrado. Si el que lo inculpara fuera otra persona, el mismo Huseyn Shaddad, le habría salido al paso sin vacilar. Pero se trataba de ella: las astillas de su ira debería él dirigirlas contra su propia garganta; sus dardos, contra un único blanco: él mismo.

El deseo se fue convirtiendo en reproche hasta hacer caer sobre sí la culpa. Anheló abandonar el mundo. Se llenó de ira al darse cuenta de la triste terquedad que lo llevaba a renunciar a ella para siempre. Se contentaría con su amistad, pero consideraba su encanto por encima de la propia cordura. La fuerza de su amor haría temblar cielos y tierra... Se amoldaría a todo por desesperación de amor hacia ella...; mendigaría la turbulencia de su carácter, de sus deseos, con una sonrisa dulce o una palabra tierna. Incluso si fuera la sonrisa del adiós y la despedida definitiva.

Todo, menos que ignorara su tristeza, su inquietud, su locura. Después renunciaría a todas las cosas de este mundo y estaría dispuesto a conocer la muerte, si es que la muerte admite ser conocida...

Este pensamiento no lo abandonó ni un solo momento durante la semana que estuvo lejos del palacio de los Shaddad. Su mente volvía una y otra vez a rumiar la frustración que lo golpeaba. En casa por la mañana, desayunando a la mesa de su padre; caminando por las calles con aire cansado; en la Escuela de Magisterio, escuchando con la cabeza ausente; leyendo por la tarde con el pensamiento en otro lugar; entregándose al sueño para que lo acogiera en su seno; abriendo sus ojos a la mañana siguiente... El mismo pensamiento lo envolvía siempre..., acechándolo desde el umbral de su consciencia, fustigándolo con la angustia de la pasión que llegaba a absorberlo... una y otra vez... ¡Qué terrible es la mente cuando abandona a su dueño!

El viernes fue al palacio del amor y del tormento. Llegó un poco antes de la hora acostumbrada. ¿Por qué esperó ese día con aquella impaciencia? ¿Qué esperaba en aquel lugar? ¿Confiaba sentir siquiera una leve pulsación, para demostrarse a sí mismo que al cadáver de su esperanza no lo había abandonado la vida del todo? ¿Soñaba con un milagro que la devolviera a él, sin motivo ni razón, como sin causa alguna ella se había enfadado? ¿O sólo pretendía consumirse en el infierno del deseo ardiente para terminar en el frío de las cenizas?

En medio de estos recuerdos caminaba por el jardín cuando vio a Aida sentada sobre una silla, frente a Budur, al extremo de la mesa. No había nadie más en el cenador. Se detuvo y pensó en volver a salir antes de que ella denotara su presencia. Pero rechazó esta idea con decisión y desprecio. Entonces avanzó en dirección al cenador, empujado por un intenso deseo de hacer frente al dolor, de desvelar el enigma que había terminado con su sosiego y su paz. Aquel ser dulce y hermoso, aquel alma delicada con apariencia de mujer, ¿conocía el efecto que su desdén le había producido? ¿Admitiría su pensamiento las muestras de queja y humillación de sus ojos? Nada más comparable a aquella tiranía que la que ejerce el sol sobre la tierra, condenada a girar en torno a él por una órbita determinada, sin poder acercarse y fundirse con él, ni alejarse y olvidarlo para siempre. Una sola sonrisa bastaría para terminar con todos sus males.

Kamal se aproximó mientras hacía ruido para llamar su atención. Aida volvió la cabeza hacia él, sorprendida, pero sin mover las facciones de su cara. Él se detuvo ante el lugar donde estaba sentada, bajó la vista humildemente y dijo con una sonrisa:

—¡Hola!

Ella movió ligeramente la cabeza pero no dijo palabra. Luego se puso a mirar hacia el frente. No había sombra de duda: su esperanza era un cadáver inmóvil. Le pareció que iba a espetarle: «Aleja de mí tu cabeza y tus narices, que me tapas la luz del sol». Budur le saludó con la mano, atrayendo la mirada de Kamal sobre su cara hermosa y brillante. Él se aproximó a la pequeña para ocultar su desgracia en aquella tierna simpatía. Budur se colgó de sus brazos, y él, inclinándose, la besó agradecido. La misma voz que le había abierto otras veces las puertas de la música celestial, le decía ahora con frialdad:

—Por favor, no la beses. No es bueno para la salud.

A Kamal se le escapó, sin saber cómo ni por qué, una risa incrédula. La cara le cambió de color. Pasó un largo y tenso instante.

—No es la primera vez que la beso, que yo recuerde —respondió desafiante.

Aida se irguió como diciendo: «Eso no cambia nada». ¿Una nueva semana de dolor sin pronunciar ni una sola palabra en defensa propia?

—Perdona que me pregunte por las razones ocultas de este extraño cambio. Me he pasado buscándole explicación toda la semana pasada sin encontrar respuesta.

Ella hizo como si no lo oyera, sin realizar el menor ademán de contestarle. Kamal volvió a tomar la palabra, denotando su voz confusión y dolor.

—Lo que realmente me entristece es no ser merecedor de este castigo.

Aida permanecía en silencio. Temiendo que Huseyn volviera antes de que lograra hacerla hablar, se apresuró a continuar en un tono entre lastimero y suplicante:

—Un viejo amigo como yo, ¿no merece al menos que se le explique su falta?

Ella le volvió de perfil su cara y, dirigiéndole una mirada oscura como nube de tormenta, le dijo con voz de enfado:

—No juegues al falso inocente.

¡Dios de los cielos! ¿Se puede ser culpable sin haber cometido un crimen? Respondió con una voz temblorosa, mientras acariciaba con un movimiento mecánico las manos de Budur, que sin comprender nada de lo que sucedía intentaba tirar de él.

—Desgraciadamente mis temores eran ciertos. Mi corazón me lo decía, aunque yo me obstinase en contra. Para ti soy culpable, ¿no es así? Pero ¿de qué falta me acusas? Dímelo, por tu vida, y no esperes que comience a confesarla. No soy consciente de que tenga nada que confesar. Al contrario, taladrando las entrañas de mi alma, de mi vida, de mi pasado, no encontrarás ninguna intención, ni una palabra,



ni un acto contra ti. Me extraña que no lo veas tú así.

—Yo no hago comedias —contestó ella con desprecio—. Pregúntate a ti mismo sobre lo que has dicho de mí.

Kamal exclamó molesto:

—¿Qué he dicho yo de ti? ¿A quién? Te juro que...

Ella lo interrumpió, secamente, diciendo:

—Tus juramentos no me dicen nada... Háztelos a ti mismo. El que calumnia a la gente no puede creer en juramentos. Mejor, recuerda lo que has dicho de mí.

Dejó su capa en el asiento como si preparara toda su piel para el combate. Se separó un poco de Budur a fin de evitar sus inocentes intentos por atraer su atención. Luego exclamó con una mezcla de apasionamiento y sinceridad:

—Yo no he dicho de ti una palabra que no pueda repetir ahora para que la escuches. No he pronunciado contra ti nada malo en mi vida. Tú deberías saber que soy incapaz de hacerlo. Y si alguien te ha referido de mí algo que te haya enfadado, se trata de calumnias a las que no deberías prestar atención. Estoy dispuesto a demostrártelo ante esa persona, y que veas por ti misma si es verdad o mentira. ¿Qué defecto encuentro yo en ti para poder hablar de él? Me estás condenando sin razón.

—Gracias por este elogio que no merezco —respondió con sorna—. No creas que me considero sin defectos, ni mucho menos. No he recibido una educación oriental tan perfecta...

Esta última frase llamó poderosamente su atención. Recordó cómo había acudido a sus labios mientras hablaba con Hasan Selim intentando defenderla de algunas sospechas. ¿La había referido Hasan de una manera que arrojara sombras de duda sobre la bondad de su intención? ¿El noble Hasan Selim? ¿Sería verdad? Una sensación de vértigo envolvió su cabeza. Con los ojos reflejando consternación y arrepentimiento, exclamó:

—¿Qué insinúas? Te admito que he pronunciado esa frase. Pero pide a Hasan Selim que te la explique, cosa que debería haber hecho. La dije alabando tus cualidades.

—¿Mis cualidades? —respondió lanzándole una mirada gélida—. Y mi deseo de ser «la mujer soñada» de todos los jóvenes, ¿se incluye entre esas cualidades?

Kamal gritó, molesto y ofendido:

—Él fue el que dijo eso de ti, no yo. Espera a que venga y haré que se explique ante ti.

Aída continuó su interrogatorio, añadiendo con amargura e ironía:

—Mi trato amable hacia ti, ¿entra también en esas cualidades?

Desesperado e incapaz de defenderse de aquel cúmulo de acusaciones dijo:

—¿Tu trato amable conmigo? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En este cenador. ¿Lo has olvidado? ¿Vas a negar que se lo hiciste suponer?

Le dolió su ironía al decir ella «¿Lo has olvidado?». Entonces se dio cuenta de que Hasan Selim —¡qué insensatez!— había sacado aquellas ideas de su encuentro en el cenador. Luego se las transmitió a su amada con los celos propios y referencias a él que autentificaran todo ante Aida... Resultando un cúmulo de perfidias del que él era sólo la víctima.

—Lo niego, lo niego firme y abiertamente —dijo con tristeza e indignación—. Y me arrepiento de mi buen concepto de Hasan.

—Hasan será digno de él siempre —exclamó Aida con arrogancia, como si esta última frase fuese dirigida contra ella.

Kamal suspiró profundamente. Sentía como si la Esfinge de Guiza hubiera levantado, después de miles de años sin moverla, su colosal pata, descargándola luego sobre él, aplastándolo y enterrándolo para siempre. Con voz temblorosa dijo:

—Hasan es el que te ha contado todas esas mentiras sobre mí. No es más que un mentiroso infame. Para mí él es el culpable de la calumnia que tú me atribuyes.

En los bellos ojos de ella apareció una mirada implacable, preguntando con agresividad:

—¿Vas a negar que tú has criticado delante de él mi trato con los amigos de Huseyn?

«¿Así sesgan las palabras los nobles aristócratas?», pensó Kamal, que continuó profundamente dolido:

—De ningún modo. No sucedió así. Dios sabe que no lo dije con intención de criticar... Él se refirió a intenciones más altas... Dijo... Dijo que tú le amas... Dijo que si él quisiera te impediría que trataras con nosotros... Yo no pretendía.

Ella lo interrumpió; se plantó erguida y soberbia ante él; agitó sus cabellos negros con un movimiento de su altiva cabeza, y le espetó con desprecio:

—Tú desvarías. No me importa lo que digas de mí; estoy por encima de eso. Creo no haberme equivocado, excepto en dar mi amistad sin hacer distinciones...

Mientras decía esto puso a Budur en el suelo y la tomó de la mano. Luego volvió la espalda y se alejó del cenador. Kamal le gritó, suplicando:

—Espera un momento.

Pero ella ya se había ido. Había elevado tanto la voz, por encima de lo normal, que él pensó que la había oído todo el jardín; que los árboles, el cenador y las sillas clavaban en él sus miradas heladas e inermes. Apretó los labios y se incorporó,

apoyando las palmas de las manos sobre el borde de la mesa y curvando su largo cuerpo como doblado bajo el peso de la violencia.

Pero no permaneció solo mucho tiempo. Huseyn Shaddad vino al momento hasta él, con el rostro sonriente como era su costumbre. Lo animó con sus amables saludos, y se sentaron ambos en sillas vecinas. Al poco rato se les unió Ismail Latif. Finalmente vino Hasan Selim, caminando con su paso lento y sus movimientos distinguidos. Kamal se preguntaba, desconcertado, si Hasan lo habría visto, como la vez anterior, desde lejos, en compañía de ella. Y cuándo y cómo sabría que había habido entre los dos una conversación tensa y triste. En su pecho surgieron el enfado y los celos. Pero se juró a sí mismo apagar el deseo de venganza contra el rival; no exponerse a la burla o a la falsa piedad; no permitir a nadie penetrar en las páginas de su rostro marcadas por la agitación que lo consumía por dentro.

Se metió de lleno en el fragor de la discusión, riendo con los comentarios de Ismail Latif sobre la fundación del Partido de la Unión, de los que se alzan contra Saad Zaglul y el Wafd, de la función de Nashat Basha en todo ello... En resumen, representó su papel, en el mejor sentido, hasta que se acabó la tertulia.

Kamal, Ismail y Hasan abandonaron juntos la residencia de los Shaddad a mediodía. A Kamal no lo dejó ir más allá su impaciencia, y abordó a Hasan:

—Quisiera hablarte un momento.

—Te escucho —dijo Hasan tranquilamente.

Kamal miró hacia Ismail, disculpándose:

—A solas.

Ismail comenzó a retirarse. Hasan lo detuvo con un gesto de su mano y diciéndole:

—Yo no oculto nada a Ismail.

A Kamal lo irritó este movimiento. Veía detrás de él algo sospechoso que se le ocultaba. A pesar de ello dijo, sin darle importancia:

—Entonces, que nos oiga. Yo no tengo tampoco nada que ocultarle.

Esperó un momento a que se hubieran alejado un poco de la residencia de los Shaddad, y dijo:

—Antes de que nos viéramos hoy me he encontrado a Aida en el cenador, a solas. Y hemos tenido una extraña conversación de la que deduje que tú le has referido algo de lo que hablamos en la calle de los Palacios. ¿Te acuerdas? Pero deformado y cambiado hasta el extremo de hacerle llegar a su ánimo que yo la atacé y la agravié injustamente.

Hasan repitió exasperado entre dientes las dos palabras: «deformado y

cambiado». Luego, fríamente, lanzándole una mirada como si quisiera recordarle que se estaba dirigiendo a Hasan Selim, no a otra persona, le dijo:

—Harías bien en imponerte a ti mismo la obligación de mejorar tu vocabulario.

—Eso es lo que hago —respondió Kamal con intención—. Y la verdad es que sus palabras no dejan lugar a dudas de que tú has querido enfrentarnos a ella y a mí.

Hasan palideció de furia. Pero no se abandonó a ella, y con una voz aún más fría le contestó:

—Me arrepiento de haber creído tanto tiempo en tu capacidad para comprenderme y valorar las cosas. ¿Puedes decirme —añadió en tono de burla— qué obtendría yo de ese pretendido enfrentamiento? La verdad es que te dejas arrastrar a la ligera y sin pensar.

Esto aumentó el enojo de Kamal, que le espetó a voz en grito:

—Y tú... engañándote a ti mismo con un comportamiento deshonroso...

En este momento intervino Ismail:

—Os sugiero dejar esta discusión para otra oportunidad, cuando seáis dueños de vosotros.

—El asunto está claro —dijo Kamal con insistencia— y no precisa discusión. Él lo sabe lo mismo que yo.

—Cuéntanos —volvió a intervenir Ismail— lo que sucedió entre tú y ella. De este modo...

—No aceptaré intermediarios —dijo Hasan con arrogancia.

Kamal le gritó, dando rienda suelta a su cólera y sabiendo que él mentía:

—Yo le he dicho la verdad, para que sepa cuál de nosotros es más fiable.

—Dejémosla que compare entre la palabra del hijo de un comerciante y la del hijo de un consejero —exclamó Hasan con el rostro demudado.

Kamal se lanzó hacia él con el puño cerrado. Ismail se interpuso entre los dos: era el más fuerte de los tres a pesar de su menor envergadura. Luego les dijo, con firmeza:

—No os lo permito. Los dos sois mis amigos e hijos de gente respetable. Dejaos de niñerías...

Kamal se volvió alterado, furioso y herido. Emprendió el camino con paso rápido, sintiendo un vivo dolor dentro de sí. Lo habían herido en su corazón, en su honor; le habían faltado a su amada, a su padre, ¿qué le quedaba en este mundo? ¿Y Hasan? Nunca tuvo un compañero al que respetara como a él, al que admirara más por su carácter. ¿Cómo había pasado a ser en tan corto espacio de tiempo un calumniador, un maldiciente? La verdad es que a pesar de lo que sentía contra él no

podía asegurar que las acusaciones que le había hecho a Hasan fueran ciertas sin ningún género de dudas. No cesaba de repensar el asunto, preguntándose a sí mismo si no sería posible que detrás de esta situación dolorosa existiera algo oculto. ¿Hasan había deformado sus palabras, o sería Aida la que había variado su sentido, interpretándolas erróneamente o bajo la influencia de su enfado? La comparación entre «hijo de comerciante» e «hijo de consejero» lo sumió en un infierno de rabia y dolor que le impedía ver a Hasan sin sentirse confundido.

Después de aquello, fue un día a la residencia de los Shaddad acudiendo a la cita habitual. Hasan no asistió por un imprevisto de última hora. Ismail Latif le hizo saber, sin embargo, al final de la tertulia, que Hasan sentía haberse referido en su enfado a «hijo de comerciante» e «hijo de consejero»; que pensaba que Kamal lo había ofendido gravemente con sus imputaciones fuera de lugar; que confiaba en que el incidente no cortara la amistad existente entre ellos dos; que finalmente, Hasan le pedía que le hiciera llegar su conformidad con todo esto, de propia voz. También le entregó de parte de él una carta en idéntico sentido, deseando que no volvieran sobre lo pasado, si llegaban a verse, sino que extendieran sobre ello el manto del olvido. Y acababa así: «Recuerda las frases que pronunciaste contra mí, y las que pronuncié en contra tuya. Quizás coincidamos conmigo en que ambos nos equivocamos, y que por ello ninguno de los dos debe rechazar las disculpas del otro».

La carta satisfizo a Kamal en un primer momento. Por más que existía una cierta contradicción entre la conocida arrogancia de Hasan y aquellas amables e inesperadas excusas. ¿Cómo podría haberlo imaginado disculpándose por una razón o por otra? ¿Por qué el cambio? ¿No podría ser porque la amistad hacia él hubiera influido decisivamente sobre el orgullo de Hasan? Quizás quisiera recuperar su fama de educación, más que la amistad entre ellos. O tal vez pretendía no agravar el incidente de forma que terminara por llegar a Huseyn Shaddad, perjudicando la posición de su hermana en el litigio; o incluso provocando su ira por la referencia aquella al «hijo de comerciante», cosa que él era, al igual que hijo de consejero. Cualquiera de estas razones parecían lógicas, pero ¿no suponían en el caso de Hasan sino excusas que perseguían únicamente mantener su amistad? Todo esto tenía poca importancia. Hasan podía disculparse o enfrentarse a él. Lo fundamental en verdad radicaba en saber si Aida había decidido desaparecer. Ya no acudía a la tertulia, ni se asomaba a la ventana, ni aparecía en el balcón. Kamal no le había revelado las palabras de Hasan. Este, si quisiera, le impediría cotejar su versión de los hechos con otra persona, manteniendo su orgullo a salvo y permitiendo que ella acudiera al cenador, para poder de este modo verla. A pesar de todo, ella había desaparecido.

Como si se hubiera ido de la casa, del barrio e incluso del mundo, que sin ella volvía a perder su sentido. ¿Podría prolongarse esta separación para siempre? Ojalá fuera su intención castigarlo un tiempo para después perdonarlo. O al menos que Huseyn Shaddad mencionara la razón de su ausencia, y de esta manera llegara a disipar sus temores. Cualquiera de las dos posibilidades las deseaba vehementemente. Esperó confiando en ellas largo tiempo... sin resultado alguno.

Cuando iba a visitar el palacio, se acercaba con los ojos anhelantes, agitándoseles en sus órbitas, entre la esperanza y la desesperación. Lanzaba una mirada al balcón de la entrada; luego otra a la ventana del costado de la casa; más tarde una tercera al balcón del jardín, mientras iba camino del cenador o del *salámlık*. Se sentaba entre los compañeros de tertulia soñando largamente con la maravillosa sorpresa que no quería producirse. La reunión acababa y él se marchaba con miradas tristes hacia los balcones y ventanas, sobre todo la del lateral de la casa. Esa que aparecía en sus sueños con la imagen de la amada. Se marchaba conteniendo su desesperación y suspirando de tristeza. Su abatimiento llegó hasta tal punto que casi pregunta a Huseyn Shaddad por el motivo de la desaparición de Aida, en contra de la tradición del viejo barrio. Costumbre de la que estaba harto, pero que respetaba y que le impidió hablar. Comenzó entonces a preguntarse angustiado si Huseyn conocería las circunstancias que habían empujado a su hermana a desaparecer.

Hasan Selim no pronunció una sola palabra respecto al «pasado», sin transparentar en su cara lo que pensaba. Pero sin duda, en cada sesión de la tertulia que los reunía, veía un testimonio patente de su victoria. Kamal sufría con este pensamiento, aumentando su enojo. El dolor le llegaba hasta el tuétano de los huesos y le hacía perder la cabeza. Lo que más daño le producía era sin embargo el sufrimiento de la separación, el sabor amargo de la huida, la pesadumbre de la desesperación... Pero lo más cruel de todo era el sentimiento de vergüenza de haber sido separado del paraíso, de tener vetados los cantos de su amada y su luz. Una vez y otra se repetía con el alma inundada por las lágrimas del desconsuelo y la humillación: «¿Qué tienes tú que ver con toda esa felicidad, criatura deforme?». ¿Cuál era el sentido de la vida si ella insistía en desaparecer? ¿Dónde encontrarían sus ojos la luz? ¿Dónde hallaría su corazón el calor? ¿Dónde buscaría su alma la alegría?

¡Que ella apareciese, fuera al precio que fuera! ¡Que apareciese aunque fuera para amar a quien quisiera, Hasan u otro! ¡Que regresara para reírse de él ante sus narices, con las bromas y escarnios que deseara! Su anhelo por contemplar su cara y oír su voz sobrepasaba toda la energía de su alma. ¿Dónde habría una mirada tierna

que liberara su pecho de la negrura de la aflicción y la soledad? Corazón mendigando la felicidad como la luz que anhela el ciego. ¡Qué apareciese, aunque fuera para ignorarlo! Si había perdido para siempre la felicidad de ser aceptado junto a ella, que tuviera al menos la de verla, la de contemplar el mundo a la claridad de su luz radiante. De otra manera la vida no sería sino una sucesión de momentos de dolor, jalonados por otros de locura. Si ella saliera definitivamente de su vida, él quedaría reducido a lo que el cuerpo humano sin columna vertebral: tras conocer el equilibrio y la plenitud, sería sólo un cadáver parlante.

El dolor y la angustia le hicieron impacientarse. No soportaba esperar hasta el viernes, y se iba con los amigos hasta el-Abbasiyya. Allí daba vueltas alrededor del palacio, desde lejos, con la esperanza de divisarla en una ventana, en un balcón, o en sus idas y venidas, mientras que ella se creía oculta a sus miradas. La espera en Bayn el-Qasrayn no le reportaba sino más desesperación, a diferencia del frenético acecho en torno a la residencia de la amada, semejante al de los cartuchos de dinamita cerca del detonador. Nunca la vio; a diferencia de alguno de los servidores, a quien veía saliendo o entrando. Él lo seguía con la mirada atenta, como preguntándole al destino qué cualidad había hecho acreedora a esa persona de la gracia de estar cerca de su amada, de tratar con ella, de contemplar sus movimientos, encontrándose ella reposando, cantando, divirtiéndose... Todas estas oportunidades se ofrecían a ese hombre que vivía en el santuario, sin que su corazón sintiera lo que el suyo.

En una de aquellas rondas vio a Abd el-Hamid Bey Shaddad y a su esposa saliendo del palacio, para subir al Minerva que los esperaba ante la puerta. Vio a estas dos personas felices, las dos únicas en todo el mundo ante las que Aida mantenía obediencia y respeto; las únicas que, cuando a veces le hablaban para ordenarle algo, habían de ser obedecidas sin falta. Aquella bendita madre que la había llevado en su vientre nueve meses. Pues sin duda Aida era igual que aquellas criaturas que él observaba durante largos ratos en los lechos de Aisha y Jadiga. Nadie entre los humanos conocía mejor la infancia de su amada que esta bendita y feliz madre. El dolor permanecería con él mientras le quedase algo por recorrer del laberinto de la vida. O al menos, sus cicatrices no lo abandonarían. Pues, ¿dónde se perderían en el olvido las largas noches de enero, cuando escondía en la almohada sus ojos llenos de lágrimas? ¿Cuando se dirigía al Señor de los Cielos desde lo más profundo de sus entrañas: «Dios mío, dile a este amor: conviértete en ceniza, como dijiste al fuego de Abraham: *Sé frío y salud para él*»? ¿Cómo le habría gustado que el amor tuviera un emplazamiento conocido en el ser humano para intentar extirparlo como se hace con un miembro gangrenado! ¡Cuántas veces gritaba el

nombre amado para recibir el eco de su voz en el silencio del cuarto, con el corazón sumiso, como si otro lo hubiera pronunciado! ¡En cuántas ocasiones rememoraba su voz cuando lo llamaba por su nombre, para hacer vivir el sueño de la felicidad perdida! O examinaba sus cuadernos de recuerdos para comprobar que todo aquello era verdad, y no producto de su imaginación...

Por primera vez desde hacía años, sentía, antes que el amor, nostalgia del pasado, como siente el prisionero los recuerdos de la libertad perdida. La verdad es que no imaginó otra persona más cercana a su situación que el prisionero. Aunque las rejas de la cárcel le parecían más dispuestas a ceder y una atadura menor que aquellas cadenas etéreas del amor que amarran el corazón, los pensamientos de la mente y los nervios del cuerpo sin esperanza de liberación... Kamal se encontró un día preguntándose si Fahmi habría sentido un dolor similar al que él experimentaba ahora. Los recuerdos de su difunto hermano se agolparon en su mente como una melodía triste y recóndita. Suspiró en lo más profundo de su alma, recordando cómo un día en su propia presencia le había contado la aventura a Maryam con Julián. Él acababa de introducir un puñal envenenado en su corazón, inopinadamente y sin advertirlo. La imagen de Fahmi cobró vida en su recuerdo. Rememoró la calma de su hermano, que tanto lo había atraído a él entonces. O la tensión del dolor en sus hermosas facciones, cuando estuvo a solas con él. El monólogo de lamentos en el que sin duda se había encontrado sumido, lo mismo que él ahora con sus quejas y gemidos. Sintió clavársele una espina en el corazón, y comenzó a decir: «Fahmi ha pasado por una prueba más dura que la del plomo, antes de penetrar este en su pecho». Resultaba extraño que encontrara en la actividad política una imagen aumentada de su propia vida. Seguía las noticias de los periódicos, al par que los sucesos que él mismo vivía en Bayn el-Qasrayn o el-Abbasiyya. Saad Zaglul, igual que él, era medio detenido, expuesto a amenazas ultrajantes, a ataques injustos y a traiciones e infidelidades por parte de sus amigos. Los dos —Saad y él— pasaban por disgustos que provocaban gentes aristócratas de nacimiento y viles por sus hechos. Fahmi se identificaba con la persona del líder en sus penas, y con la situación del país en su violencia. Se enfrentaba a la situación política y a la suya personal con el mismo sentimiento e idéntica indignación. Como si hablara de sí mismo cuando se refería a Saad Zaglul: «¿Pero es posible ese trato injusto con este hombre recto?». O como si aludiera a Hasan Selim al hablar de Ziwar: «Ha traicionado la confianza puesta en él, e instaurado la infamia como medio de perpetuarse en el gobierno». O como si pensara en Aida al decir de Egipto: «¿Se ha apartado de un fiel servidor porque este defendía sus derechos?».



La casa de los Sháwkat en el-Sukkariyya no era de las que producían sensación de calma y tranquilidad. No porque sus tres alas dieran cobijo a todos los miembros de la familia, sino ante todo por causa de Jadiga. La abuela ocupaba la planta baja. Jalil, Aisha y sus tres hijos, Naíma, Uzmán y Muhammad, el piso alto. Pero el alboroto de todos ellos no era nada comparado con los producidos por Jadiga, ella sola, directamente; o por los otros debidos a ella. Algunos cambios introducidos en el régimen doméstico deberían haber reducido las causas de tensión hasta el límite, como el que Jadiga tuviera sus habitaciones y su cocina independientes; o el apropiarse de la azotea para criar sus gallinas; o el cultivar un huerto, al estilo del que tenía la antigua casa, en uno de los laterales del jardín, después de haber desplazado de este a su suegra y a sus animales domésticos. Todo esto debería haber contribuido a disminuir las dificultades en gran medida. Pero los jaleos no cesaban. O si decrecían en magnitud, porque el ánimo de Jadiga aquel día experimentara un bajón, nadie se daba cuenta. El motivo no era, al parecer, ningún misterio. Aisha y Jalil habían ido al apartamento de ella para ayudar a aliviar la crisis —llamémosla así— que atravesaban. Los dos hermanos y las dos hermanas se sentaron en el salón, en dos sofás situados uno frente a otro, con caras de circunstancia. Y Jadiga torciendo el gesto. Todos se intercambiaban miradas cargadas de significado, sin que ninguno de ellos decidiera entrar en el asunto que los había reunido. Hasta que Jadiga, en un tono lastimero e irritado, masculló:

—Estos litigios se dan en todas las casas. Así es el mundo desde que Nuestro Señor lo creó. Lo cual no quiere decir que debemos pregonar nuestras interioridades a los cuatro vientos. En especial entre aquellos que no pierden ocasión de hablar, aunque sea para no decir sino palabras huecas. Estas conducen a poner los asuntos de nuestra casa en boca de todos. ¡Que Dios nos proteja y nos asista!

Ibrahim se movió entre los pliegues de la capa como si fuera a incorporarse de su asiento. Luego lanzó una breve risotada, de la que ninguno supo realmente el significado. Jadiga le dirigió una mirada de perplejidad:

—¿Qué significa esto...? ¿No hay nada que te importe en este mundo?

Desesperada le volvió la cara, y continuó, dirigiéndose a Jalil y Aisha:

—¿Os parece bien que ella vaya a ver a mi padre en la tienda para quejarse de mí? ¿Creéis oportuno molestar a los hombres, especialmente a los que son como mi padre, con disputas de mujeres? No conviene que sepa nada de esto: sin duda se

enfadará con su visita y sus lamentos. Él, si no fuera por su buena educación, se lo habría dicho a ella... pero ella no ha hecho más que insistirle hasta lograr que venga. ¡Qué estupidez su forma de actuar! Mi padre no está para estas pequeñeces. ¿Te parece correcto este comportamiento, Jalil?

Jalil frunció el ceño con disgusto:

—Mi madre se ha equivocado. Yo mismo se lo he puesto de manifiesto hasta el punto de atraer su enfado en contra mía. Ella es una señora mayor, y tú sabes que la gente de su edad necesita tanta paciencia y comprensión como los niños. Bien...

—Bien... bien... —lo interrumpió Ibrahim, fastidiado—. ¿Cuándo vas a cansarte de decir bien? Tu madre es una persona de edad, tú lo has dicho. Pero ha llegado a una situación límite.

Jadiga se volvió hacia él enfadada, con el ceño fruncido y mostrando su disgusto:

—Dios mío, sólo falta que os pongáis a repetir estas calumnias delante de papá.

—Tu padre no tiene parte aquí ahora —terció Ibrahim moviendo su mano en señal de enojo—. Si viene, no será para escucharme a mí. Sólo constato una realidad que todos aceptan y que tú no puedes negar. No soportas a mi madre..., ni siquiera su sombra. Dios nos libre. ¿No es eso todo, querida? Con un poco de comprensión y tacto, te la ganarías. Pero es más fácil conseguir la luna que tu paciencia. ¿Puedes negar una sola palabra de lo que digo?

Jadiga paseó su mirada entre Jalil y Aisha, intentando encontrar apoyo ante la injusticia que se le hacía. Ambos dudaban entre la verdad y la calma. Aisha terminó decidiéndose por la compasión:

—Ibrahim ha querido decir que tú deberías ser un poco comprensiva con ella.

Jalil asintió con la cabeza, con la tranquilidad de haber encontrado al final una salida:

—Eso es. Mi madre es propensa a alterarse; pero es también tu madre, y con algo de paciencia evitarás a tus nervios el disgusto de enfadarte.

—Lo cierto —respondió Jadiga— es que ella no puede verme ni en pintura. Me ataca los nervios. No nos podemos cruzar —directa o indirectamente— sin que me diga algo que me haga hervir la sangre y me envenene el cuerpo. Y luego me pedís paciencia. ¡Como si yo fuera un bloque de hielo! ¡Como si no tuviera bastante con Abd el-Múnim y Ahmad para probar mi paciencia y mi calma! Dios mío, ¿dónde voy a encontrar un poco de justicia?

—Puede que en tu padre —dijo Ibrahim, con sorna y sonriente.

—Tú te alegras de mi mal —gritó Jadiga—. Lo entiendo todo. ¡Dios lo sabe!

—Dios lo sabe —apostilló Ibrahim con una voz entre pacificadora y desafiante

al mismo tiempo.

—Cálmate —agregó Jalil con benevolencia— que por lo menos tu padre te encuentre tranquila.

Pero ¿dónde estaba la tranquilidad? La vieja se había vengado de ella de la peor manera. Dentro de poco estaría ante su padre en una situación, de la que querría escapar en cuerpo y alma. En ese momento llegaron hasta ella los gritos de Abd el-Múnim y Ahmad, desde el otro lado de la puerta del cuarto. Inmediatamente, los lamentos de Ahmad que se había puesto a llorar. Se levantó con rapidez, a pesar de su obesidad, y se dirigió a la habitación de los niños. Empujó la puerta y entró gritando a su alrededor:

—¿Qué es esto? ¿No os he prohibido mil veces que os peguéis? El que haya empezado la pelea me va a oír...

—Pobre —dijo Ibrahim cuando desapareció detrás de la puerta—. Entre ella y la tranquilidad hay una enemistad sin resquicio. Desde la mañana temprano comienza un largo combate que dura todo el día, y no tiene descanso hasta que se va a la cama. Es necesario que todo encaje con su voluntad y su pensamiento: el servicio, la bebida, la comida, los muebles, las gallinas, Abd el-Múnim, Ahmad, yo mismo... Todo debe adecuarse a lo previsto por ella. La compadezco, pero os aseguro que nuestra casa podría marchar de la mejor manera y con el más exquisito orden sin necesidad de esa escrupulosidad...

—Dios la ayude —dijo Jalil riendo.

—Y nos ayude a nosotros —exclamó Ibrahim asintiendo con la cabeza y riendo también.

Después sacó del bolsillo de su capa negra un paquete de cigarrillos. Se incorporó, ofreciéndole uno a su hermano. Jalil lo aceptó e invitó a otro a Aisha, que lo rechazó, riendo, mientras señalaba hacia la puerta por la que había salido Jadiga.

—Déjame un momento tranquila...

Ibrahim volvió a sentarse y encendió un cigarrillo. Mirando hacia la misma puerta, dijo:

—Un tribunal. Dentro de esa habitación hay en estos momentos un juzgado. Pero ella tratará a los dos inculpados con clemencia, muy a pesar suyo...

Jadiga volvió bufando:

—¿Cómo es posible que experimente la tranquilidad de espíritu en esta casa? ¿Cómo y cuándo?

Se sentó suspirando mientras decía a Aisha:

—He mirado por la celosía. El barro producido por la lluvia de ayer sigue

cubriendo la calle. ¡Dime, Dios mío, cómo va a venir mi padre! Es pura cabezonería...

—Y el cielo, ¿cómo está ahora? —le preguntó Aisha.

—Como el alquitrán. Las calles serán lagos antes de que anochezca. ¿Empujará esto a tu suegra a retrasar la faena que estuviera preparando, aunque fuera sólo por un día? No, habrá ido a la tienda a pesar de las molestias del camino que ha de recorrer. No habrá parado con el pobre hombre hasta que le haya prometido venir. Si alguien la ha oído en la tienda quejándose de mí por las malas condiciones en que vive, creerán que soy peor que Rayya y Sakina, las hermanas ladronas de Alejandría.

Todos rieron la ocurrencia, aprovechando la ocasión que ella les ofrecía para tomarse un respiro en la discusión.

—¿No te infravaloras a ti misma comparándote con Rayya y Sakina? —preguntó Ibrahim.

En ese momento se oyó que llamaban a la puerta. El criado fue a abrir y apareció el rostro de Suwaydán, la sirvienta. Esta miró a Jadiga, con temor, y le dijo:

—Nuestro gran señor ha llegado.

A continuación desapareció rápidamente. Jadiga se puso en pie, mudada de color y con la voz temblorosa:

—No me dejéis sola.

—Estaremos contigo hasta el final, Jadiga —dijo Jalil riéndose.

—Quedaos a mi lado —insistió Jadiga en un tono de súplica.

Luego abandonó la habitación, tras esperar a que Aisha terminara de mirarse en el espejo, comprobando que su rostro no tuviera ningún resto de maquillaje.

El señor Ahmad Abd el-Gawwad estaba sentado en un sofá al fondo de la antigua habitación, bajo un gran retrato del fallecido Sháwkat. La dueña de la casa se había acomodado en un lugar cercano a él, vestida con un grueso manto, cuyo espesor no alcanzaba a disimular la endeblez de su cuerpo y su espalda encorvada.

Lo enjuto de su rostro, la profundidad de sus arrugas, los rastros del paso del tiempo sobre su piel, hacían que en su cara no se vislumbrara nada permanente excepto los dientes dorados. Esta habitación no resultaba extraña para el señor Ahmad. Su vetustez no disminuía su opulencia. Las cortinas estaban descoloridas, el terciopelo de los sillones y sofás desgastados, sus brazos y los cojines tenían alguna rotura. Pero la alfombra persa conservaba su belleza, o al menos su valor, y el aire tenía un delicioso olor al incienso que desprendía la anciana. Apoyada en su sombrilla, la mujer dijo:

—Me estaba diciendo a mí misma; si el señor Ahmad no viene como me

prometió, ya no será mi hijo ni yo su madre.

—Dios no lo permita —contestó el señor con una sonrisa—. Estoy a tus órdenes. Yo soy tu hijo y Jadiga tu hija.

—Todos vosotros sois mis hijos —dijo estirando los labios—. Amina es mi hija y tú un señor. En cuanto a Jadiga —miró hacia él fijamente— no ha heredado el carácter de sus honrados padres. ¡Dios de misericordia! —terminó, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

El señor dijo en tono de excusa:

—Me resulta extraño cómo ha podido enojarte hasta ese extremo. Todo este asunto me sorprende en gran medida. No puedo admitirlo. Pero ¿podrías referirme qué es lo que ha hecho?

—Es una vieja historia —dijo ella, frunciendo el entrecejo—. Te hemos ocultado todo el asunto por respeto a los deseos de su madre, que ha intentado cambiarla. Pero no diré una sola palabra si no es en su presencia. Sí, delante de ella, como decidí ante ti en la tienda.

En eso llegaron todos. Entró Ibrahim delante, seguido de Jalil y Aisha. Luego Jadiga. Saludaron al señor, uno a uno, hasta que le tocó el turno a Jadiga. Esta se inclinó con una educación ejemplar, para besar la mano de su padre. La anciana no pudo contenerse, y exclamó asombrada:

—¡Dios mío! Pero ¿qué es este teatro? ¿Eres realmente tú, Jadiga? No te fíes de las apariencias, señor Ahmad.

—Deja tranquilo a nuestro padre —exclamó Jalil llamando la atención a su madre—. No es preciso montar un juicio ni dar veredicto.

—¿A qué has venido aquí? —replicó la mujer alzando la voz—. ¿Qué quieres de nosotros? Dilo y vete en paz.

—¡Por Dios! —gritó Ibrahim.

—Estoy más sana que tú, idiota —replicó ella—. Si fueras realmente un hombre no me habrías obligado a acudir aquí. Y tú, ¿qué haces entre nosotros? Deberías estar sumergido en el sueño, como es tu costumbre.

Jadiga respiró con alivio después de este comienzo. Confiaba en que siguiera la conversación por aquellos derroteros, dejando a salvo su asunto. Pero el señor le preguntó, elevando la voz y cortando toda posibilidad a la batalla que ella anhelaba:

—¿Qué es lo que he oído de ti, Jadiga? ¿Es cierto que tú no eres una hija educada y obediente —Dios no lo permita— a tu madre, a nuestra madre?

La esperanza de Jadiga se frustró por completo. Bajó la vista, movió los labios en un murmullo ininteligible y negó con la cabeza. La anciana realizó un gesto con

la mano para captar la atención de todos, y comenzó a decir:

—Es una vieja historia que no podría contarte ahora. Desde el primer día que vino a esta casa se puso a discutir conmigo sin razón, dirigiéndose a mí con la lengua más larga que he conocido en mi vida. No quiero repetir lo que he oído durante estos cinco años. Pero ha sido mucho e insultante. Discutió mi autoridad en la casa, sacándole defectos a mi cocina. ¿Te haces una idea, señor Ahmad? No paró hasta separarse en habitaciones aparte, con lo que quebró la unidad de la casa. A Suwaydán, la sirvienta, le prohibió la entrada en su piso porque es mi criada. Se trajo un servicio propio. ¡Y la azotea...! La azotea era lo que ella perseguía, señor Ahmad... Fue ocupándola hasta que me obligó a llevar mis gallinas al patio. ¿Qué más puedo decirte, hijo mío? Esto es sólo una pequeña muestra de lo mucho que tenemos. Yo me dije: lo pasado, pasado está. Lo soporté y lo llevé con paciencia. Pensaba que con la separación las causas del litigio acabarían. Pero ¿estaba en lo cierto? En absoluto, por tu vida...

Interrumpió su discurso por un picor de garganta, tosiendo para remediarlo. Jadiga la miraba de reajo, pidiéndole a Dios con la mente que la nombrara antes de que acabara de hablar. La anciana carraspeó, tragó saliva y dio gracias a Dios. Luego volvió hacia el señor sus dos ojos lacrimosos, y le preguntó con voz clara:

—¿Sentirías vergüenza de llamarme madre, señor Ahmad?

—Dios no lo permita, madre —respondió, mostrando severidad frente a las sonrisas de Ibrahim y Jalil.

—¡Que él te proteja, señor Ahmad! Sin embargo tu hija se niega. Me llama tía. Yo le digo muchas veces: «Llámame mamá». Y me responde: «¿Y cómo llamaré a la que vive en Bayn el-Qasrayn?». Le digo que soy mamá y que su madre es también mamá. Y va y me responde: «Madre no hay más que una, y que Dios me la conserve». ¡Fíjate, señor Ahmad! Yo que la he puesto en este mundo con mis propias manos...

El señor lanzó a Jadiga una mirada de enfado. Luego le preguntó irritado:

—¿Es eso verdad, Jadiga? Te pido que hables...

Jadiga estaba como si hubiera perdido la facultad de expresarse, sumida en la cólera y en el miedo. El resultado de toda aquella discusión era haberla sumido en la desesperanza. Pero el instinto de autodefensa la lanzó a usar todos los recursos de la humildad y la tranquilidad, exclamando con voz temerosa:

—Es una injusticia. Todo el mundo aquí sabe que soy injustamente tratada. Es una injusticia, por Dios, papá...

El señor Ahmad no daba crédito a lo que oía. Por un lado se daba cuenta de la

senilidad de la anciana; por otro no se le ocultaba su impresión del clima de farsa que flotaba en el aire, y que podía observarse en los rostros de Ibrahim y Jalil. Decidió dar respuesta, a la vez y de forma contundente, a los deseos de la anciana y a la necesidad de intimidar a Jadiga. Lo sorprendía la terquedad de su hija, cosa de la que no se había percatado con anterioridad. ¿Era ya así cuando vivía en casa? ¿Amina sabía cosas de ella que él desconocía? ¿Descubriría después de tanto tiempo una nueva imagen de Jadiga, diferente a la que tenía, como antes le había pasado con Yasín?

—Quiero saber la verdad. Quiero saber la verdad sobre ti. De quien está hablando nuestra madre, es de otra mujer diferente a la que yo conocía. ¿Cuál de las dos es la verdadera?

La anciana juntó la punta de los dedos y curvó la mano hacia arriba, pidiendo con ese gesto un poco de paciencia hasta que terminara de hablar. Luego prosiguió:

—Yo le dije: «Te traje con mis propias manos a este mundo». Y me respondió en un mal tono que nunca había oído: «Entonces resulta extraño cómo pude escapar de aquella».

Ibrahim y Jalil soltaron una carcajada. Aisha bajó la cabeza para disimular su risa.

—Reíos, reíos, reíos de vuestra madre —dijo la anciana dirigiéndose a sus hijos.

El señor se puso serio, aunque se riera por dentro. ¿No eran sus hijos como él? ¿No merecía aquello que lo oyesen Ali Abd el-Rahim y Muhammad Effat?

—No..., no... —dijo él a Jadiga—. Ya te ajustaré las cuentas por tu mal carácter. La anciana continuó pausadamente:

—Y está lo de la riña de ayer. Ibrahim invitó a algunos amigos a un banquete. Ella había preparado entre otros platos pollo con arroz a la circasiana. Por la tarde vinieron a verme Ibrahim, Jalil, Aisha y Jadiga. Mencionaron el banquete de Ibrahim y el elogio de los invitados al arroz a la circasiana. Jadiga se extendió hablando del plato, pero no se contentó sólo con esto. Llegó a afirmar que la circasiana era una comida heredada de su casa. Yo le dije con mi mejor intención que fue Zaynab, la primera esposa de Yasín, la que introdujo la circasiana en vuestra casa, y que Jadiga no tenía más remedio que saberlo. Te aseguro que no lo dije sino con la mejor intención y sin pretender ofender a nadie. Pero ¡Dios la proteja!, ella montó en cólera y me espetó en la cara: «¿Ahora conoces nuestra casa mejor que nosotros?». Yo le respondí: «La conozco antes que tú, sólo por edad». Entonces dijo a voz en grito: «Tú no puedes desearnos bien alguno. No soportas que se atribuya a nosotros algo meritorio. Ni siquiera la preparación de la circasiana. Este plato se comía en

nuestra casa antes de que Zaynab naciese. Debería darte vergüenza mentir a tu edad». Esto es, señor, lo que me lanzó delante de todos. Por Dios bendito, dinos cuál es la mentirosa.

—La trató de mentirosa en su cara —respondió Ahmad enfadado e indignado—. ¡Dios de los cielos y de la tierra, esta no es mi hija!

Jalil intervino diciendo a su madre con disgusto:

—¿Para esto has hecho venir a nuestro padre? ¿Está bien molestarlo y hacerle perder el tiempo por una discusión nimia sobre el pollo a la circasiana? Es demasiado, madre...

La anciana lo miró frunciendo el ceño, y le gritó:

—¡Calla! ¡Sal de mi vista! No soy una mentirosa ni es justo que se me ponga como tal. Yo sé lo que digo, y no hay vergüenza en la verdad. La circasiana no fue una comida conocida en su casa antes de introducirla Zaynab. No existe en ello deshonra alguna, ni defecto. Se trata sólo de la verdad. Aquí tenéis al señor: llamadme mentirosa si él dice que miento. Los guisos de su casa son conocidos... como el de arroz con carne. Pero la circasiana nunca estuvo en su mesa antes de la llegada de Zaynab. ¡Habla, señor, eres nuestro único juez!

El señor Ahmad estuvo resistiendo las ganas de reírse mientras hablaba la mujer. Luego dijo en un tono brusco:

—¡Ojalá su falta se limitara a la mentira y a las vanas pretensiones, sin añadir a ellas la mala educación! ¿Te ha alentado a esta mala conducta el estar alejada de mi mano vigilante? Mi mano va donde sea necesario que vaya, sin dudarle. Resulta triste realmente para un padre encontrar que su hija precisa educación, y ser amonestada después de haber alcanzado una cierta edad, siendo ya una mujer casada y madre. Me enfadas —añadió moviendo su mano— y me duele ver tu cara delante de mí.

Jadiga rompió a llorar y a lamentarse, como resultado de las palabras de su padre y por cálculo premeditado, al mismo tiempo. No tenía ningún otro medio de defenderse. Y dijo con voz temblorosa, sofocando las lágrimas:

—Es una injusticia. ¡Por Dios, eres injusto conmigo! Ella no puede verme sin arrojar sobre mí palabras crueles. No deja de decirme: «Si no fuera por mí seguirías solterona de por vida». Yo no le he hecho mal nunca. Todos pueden dar testimonio de ello.

Toda esta representación teatral, sincera y simulada a la vez, no pudo menos que causar su efecto en el ánimo de los presentes. Jalil Sháwkat frunció el ceño con enfado. Ibrahim Sháwkat hizo signos de desaprobación con la cabeza. En cuanto al



mismo señor, aunque al ser mirado no dejaba traslucir cambio alguno en su semblante, realmente su corazón se encogió cuando se mencionó lo de la soltería de su hija, como le había sucedido ya otras veces. La anciana se puso a mirar a Jadiga con ojos penetrantes bajo sus pobladas cejas, y como diciendo: «Representa tu papel, falsa. Todo esto no va conmigo». Cuando sintió en el aire una postura de misericordia hacia la actriz, exclamó en tono seguro:

—Aquí está su hermana Aisha. Por tus ojos, por el Sagrado Corán, te pido que jures lo que has visto y oído. ¿No me ha puesto por mentirosa tu hermana en mi misma cara? ¿No he contado el episodio de la circasiana sin añadir o cambiar nada? ¡Habla, hija mía, habla! Tu hermana me acusa hoy de injusticia, después de haberme puesto por mentirosa. Habla para que el señor Ahmad sepa quién es el injusto y quién es el agresor...

Aisha se asustó de verse inmersa sorpresivamente en el centro de una disputa de la que ella creía poder mantenerse al margen, hasta el final. Se dio cuenta del peligro que la rodeaba por todas partes. Entonces buscó con sus bellos ojos una ayuda de parte de su marido o de su hermano. Ibrahim intentó mediar, pero el señor Ahmad le tomó la delantera y se dirigió a Aisha:

—Nuestra madre apela a ti. Es necesario que hables.

Aisha se desconcertó, cambiándosele el color de la cara. Tragó saliva, bajó la mirada rehuendo la de su padre y permaneció en silencio. Ibrahim protestó:

—Hasta ahora no he oído en mi vida pedir a alguien que presente testimonio contra su hermana.

—Ni yo he visto a unos hijos aliarse contra su madre —gritó la anciana. Y continuó dirigiéndose al señor—: Pero me basta su silencio. El mutismo de Aisha es un testimonio a mi favor.

Aisha pensaba que su martirio había terminado. Pero no contó con que Jadiga volviera a insistir, enjugando las lágrimas de sus ojos:

—¡Habla, Aisha! ¿No has oído sus injurias?

Aisha maldijo a su hermana en lo más profundo de su corazón. Su rubia cabeza se movió con gesto de enfado.

—¡Por fin! —exclamó la anciana—. Es ella la que te pide que hables. No tienes excusa para quedarte callada, querida. Pero, por Dios, si es verdad que yo he sido injusta con ella, como dice Jadiga, ¿por qué no lo fui también con Aisha? ¿No van las cosas bien entre nosotras? ¿Por qué, Dios mío?

Ibrahim Sháwkat se levantó de su asiento y fue a colocarse al lado del señor:

—Padre —le dijo— siento que te hayamos cansado y ocupado inútilmente tu

precioso tiempo. Dejémonos de lamentos y de testimonios. Olvidemos todo el pasado y miremos a cosas más importantes y útiles. Tu presencia aquí es un bien y una bendición: aprovechémosla, y que firmen la paz mi madre y mi esposa. Delante de ti, que se comprometan a respetarla.

Al señor Ahmad le satisfizo la propuesta. Pero él respondió con tacto, meneando la cabeza en señal de desaprobación:

—No. Yo no respaldaré ningún tipo de acuerdo. Un acuerdo no se hace sino entre iguales. Las dos partes aquí son nuestra madre por un lado y nuestra hija por otro. Y una hija no es una madre. Por lo tanto es necesario que Jadiga pida excusas a su madre antes de nada. Su madre puede perdonarla, si quiere. Después de todo eso, hablaremos del acuerdo...

La anciana esbozó una sonrisa que acrecentó las arrugas de su cara. Lanzó una mirada de desconfianza hacia Jadiga, y luego volvió la vista hacia el señor sin abrir la boca.

—Parece que mi propuesta no es aceptada —prosiguió Ahmad.

—Tú hablas siempre con corrección. ¡Dios te bendiga y bendiga esa boca!

El señor le hizo un gesto a Jadiga. Esta se incorporó de inmediato, aproximándose hacia él, aplanada como no lo había estado nunca hasta ese momento. Cuando estuvo delante de él, le dijo su padre con tono firme:

—Besa la mano de tu madre y dile: perdóname, mamá.

¡Por Dios! Ni en una pesadilla hubiera podido imaginar nunca el encontrarse en aquella situación. Pero su padre, su querido padre, así lo había dispuesto. Lo había dispuesto alguien a cuyas decisiones no podía negarse. Dios así lo quería. Jadiga se encaminó hacia la anciana, se inclinó ante ella, y tomó la mano que le ofrecía. Y, por Dios, que la ofrecía sin reservas, al menos en apariencia. Jadiga la besó, sumida en un sentimiento de repulsión y de dolor. Luego murmuró:

—¡Perdóname, mamá!

La anciana la miró satisfecha, clavó la vista en su rostro, y dijo:

—Te perdono, Jadiga; te perdono por respeto a tu padre y acepto tu arrepentimiento. —Luego le entró una risa pueril, y continuó diciendo en tono de aviso—: No más discusiones desde hoy sobre la circasiana. ¿No te basta para asombrar a todo el mundo con los guisos de arroz con carne?

—Demos gracias a Dios por este acuerdo —dijo el señor con alegría. Luego volvió la cabeza hacia Jadiga—: Y ahora... mamá siempre, y no tía. Es tu madre, como la otra... ni más ni menos. ¿De dónde has sacado ese carácter, Jadiga? —concluyó con voz deprimida y triste—. Resulta contrario a lo que haya podido

conocer alguien que creciera en mi casa. ¿O has olvidado a tu madre y la dulzura y la educación que la adornan? ¿Has olvidado ante cualquier mal que hagas que su deshonra recaer sobre mí? Me he sorprendido, por Dios, al oír el relato de tu madre; y me sorprenderá aún durante mucho tiempo...

Una vez que se hubo marchado Ahmad Abd el-Gawwad, todos subieron la escalera de vuelta a sus habitaciones. Jadiga iba delante con el rostro desencajado, lívida de ira y rencor. Los demás caminaban pensando que la tranquilidad que ella parecía sentir no llegaría demasiado lejos. Todos se preocupaban del silencio en que se había sumido Jadiga. Por eso Jalil y Aisha los acompañaron, a ella y a Ibrahim, hasta sus estancias, a pesar de que el alboroto que tenían armado Naíma, Uzmán y Muhammad habría bastado para hacerles dirigirse a las suyas. Una vez sentados en el salón, Jalil, para pulsar el ambiente, le dijo a su hermano:

—Tus palabras finales han sido determinantes y han permitido que todo concluyera bien...

Jadiga, por primera vez, abrió la boca, alterada:

—Él ha traído el acuerdo, ¿no es eso? Pues ahí está la razón de que haya sufrido una vergüenza como no la había sentido antes...

—No es una vergüenza besar la mano de tu madre y pedirle perdón —le apostilló Ibrahim en tono de desaprobación.

—Madre lo es tuya —le espetó Jadiga sin parar en mientes—. Para mí es sólo una enemiga. No la hubiera llamado mamá si no me lo hubiera ordenado mi padre... Ten por seguro que ella es para mí «mamá» por orden de mi padre y únicamente por eso.

Ibrahim se dejó caer en el asiento con un suspiro de desesperación. Aisha estaba inquieta por no saber qué efecto había producido su negativa a hablar en el ánimo de su hermana. Su inquietud se veía aumentada al evitar Jadiga mirar hacia ella. Por esa razón se decidió a hablar..., para transmitirle exactamente lo que sentía...

—No existe ningún motivo de vergüenza —le dijo con dulzura—. Os habéis reconciliado. No debes recordar sino el final feliz...

Jadiga se irguió, le dirigió una mirada de enfado y le dijo, cortante:

—Tú no me hables, Aisha. Eres la última persona en el mundo que tiene derecho a hablarme.

Aisha aparentó sorpresa y le preguntó, mientras miraba a Ibrahim y a Jalil:

—¿Yo? ¿Por qué, Dios bendito?

—Porque me has traicionado y has testimoniado en mi contra con tu silencio —le dijo con una voz seca como impacto de bala—. Porque te ha podido más contentar a la otra que defender a tu hermana. Esto es una traición.

—Tu comportamiento es extraño, Jadiga. Todos saben que ese silencio fue por tu bien.

—Si buscabas mi interés realmente, hubieras declarado a mi favor, diciendo la verdad o mintiendo, es lo mismo —respondió en el mismo tono, o incluso en uno más duro—. Pero te ha podido más la que te alimenta que tu hermana. No me hables. Ni una sola palabra. Tenemos una madre que dispone de inteligencia y sabrá juzgar.

A media mañana del día siguiente, Jadiga fue a visitar a su madre a pesar del fango de las calles y de las aceras llenas de agua estancada. Una vez en su casa se encaminó al horno. Su madre se levantó para recibirla alegre y entrañablemente. Umm Hánafi la acogió con júbilo. Ella respondió a los saludos con pocas palabras, de modo que su madre le dirigió una mirada interrogante. Ella le dijo, sin más preámbulo:

—He venido para ver tu opinión sobre Aisha... No me quedan fuerzas para soportarla más de lo que la he soportado.

El rostro de Amina reflejó una mezcla de intranquilidad y de dolor. Le respondió, mientras indicaba a su hija con la cabeza que la acompañara fuera:

—¡Dios nos libre! ¿Qué es lo que ha sucedido? Tu padre me ha contado lo que ocurrió en El-Sukkariyya. Pero ¿qué pinta Aisha en todo esto? —Las dos comenzaron a subir la escalera—. ¡Por Dios, Jadiga! ¿Cuántas veces te he pedido que abras tu corazón a la piedad? Tu suegra es una anciana y los años deben respetarse. El ir a la tienda solamente, con el tiempo que hacía ayer, prueba la debilidad de su mente. ¿Qué se puede hacer...? ¿Cómo se enfadó tu padre! No daba crédito a que tú pudieras pronunciar tales palabras... Pero ¿qué es lo que te ha enfadado de Aisha? Ella estuvo callada, ¿no es así? No estaba en su mano salir de su silencio...

Las dos mujeres se sentaron en el salón donde tomaban café, codo con codo, en un sofá. Jadiga dijo, a modo de aviso:

—Mamá, espero que no te pongas de parte de ellos. Pero ¿qué he hecho yo, Dios mío, para no encontrar apoyo alguno en este mundo?

—No digas eso —respondió la madre con una sonrisa de reproche—. No te hagas esa idea, hija mía. Pero dime qué tienes contra Aisha.

Jadiga golpeó el aire con la mano como para defenderse de un enemigo.

—Todos los males. Testimonió contra mí, colocándome en la situación más humillante...

—¿Qué dijo?

—No dijo nada.

—¡Gracias a Dios...!

—El problema viene precisamente de que ella no dijo nada.

—¿Y qué hubiera podido decir en su situación? —preguntó Amina con una sonrisa de comprensión.

Como si la pregunta de su madre le hubiera tocado en lo más profundo, le respondió con gravedad:

—Estaba en su mano dar fe de que yo no agredí a esa mujer. ¿Por qué no? Si lo hubiera hecho habría cumplido con su deber como hermana. Estaba en su mano, al menos, decir que ella no había oído nada. La verdad es que la influencia de ella ha podido más que la mía. Me ha fallado y me ha dejado a merced de esa maliciosa arpía. No olvidaré esto de Aisha mientras viva...

—Jadiga, no me asustes —exclamó Amina, temerosa y dolida—. Todo debería habérsete olvidado esta mañana...

—¿Olvidar? No he dormido ni un momento esta noche. La he pasado en vela y con la cabeza ardiendo. Toda mi desgracia tendría poca importancia si no viniera de Aisha, mi propia hermana. Estará satisfecha de haber tomado partido por el diablo. Muy bien. Que haga lo que quiera. Tenía una suegra y ahora tengo dos. Aisha... ¡Por Dios, cuántas veces la he encubierto yo! Si fuera una traidora como ella, le contaría a papá lo llena que está su vida de faltas de educación... Le gusta que se piense de ella que es un ángel noble, y de mí que soy un demonio depravado... Y no. Yo soy mil veces mejor que ella. Tengo una dignidad a la que no se puede echar tierra encima. Si no fuera por papá —en este momento su tono iracundo se hizo más intenso—, no habría habido fuerza en toda la tierra que me hubiera llevado a besar la mano de mi enemiga ni a llamarle mamá...

—Estás enfadada —le dijo Amina acariciándole la mano con dulzura—. Siempre estás enfadada. ¡Cálmate! Te quedarás conmigo y comeremos juntas. Luego charlaremos con tranquilidad...

—Estoy en mi sano juicio y sé lo que me digo. Quiero preguntarle a papá cuál de las dos es mejor que la otra: la que se ocupa de su casa, o la que va de visita a casa de los vecinos, y se dedica a cantar para que baile su hija...

—La opinión de tu padre sobre este asunto no merece la pena, ni tampoco la pregunta —dijo Amina suspirando y con tristeza—. Aisha es una señora casada y el único parecer válido sobre su conducta es el de su marido. Si tiene a bien permitirle visitar a sus vecinos y sabe que canta ante sus amigas, que la quieren y a quienes gusta su voz, ¿qué nos importa a nosotros? ¡Por Dios, Jadiga! ¿A eso lo llamas poca educación? ¿Te enfada realmente que Naíma baile? Tiene seis años, y para ella

bailar es un juego. Si de ahí viene tu malestar, que Dios te perdone...

—Mantengo mis palabras una a una —exclamó Jadiga con insistencia—. Y si no te extraña que tu hija cante para los vecinos mientras tu nieta baila, tampoco te asombrará que fume, como los hombres. Sí, ¿eso te choca? Te repito para que lo oigas bien que Aisha fuma y que el tabaco se ha convertido para ella en una costumbre que no puede dejar. Su marido la provee de paquetes, diciéndole con toda naturalidad: «Tus cigarrillos, querida». Yo misma la he visto fumar, aspirando el humo y echándolo por la boca y la nariz. Por la nariz, ¿me oyes? Ya no se preocupa de esconderse de mí para hacer eso, como ocurrió la primera vez. Al revés: en una ocasión me invitó, diciéndome que era bueno para tranquilizar los nervios. Esa es Aisha. ¿Qué me dices? ¿Y qué crees que diría papá?

Se produjo un silencio entre las dos. Amina se sumió en una espinosa confusión, por no poder mantenerse en la postura de apaciguamiento que había adoptado:

—El tabaco es una mala costumbre, incluso para los hombres. Tu padre no ha fumado nunca. ¿Qué quieres que te diga respecto a las mujeres? Pero también te insisto en el qué vamos a decir nosotras, si es su marido el que la ha instigado a ello y que por lo tanto lo sabe. ¿Qué podemos hacer, Jadiga? Sólo nos queda advertirla por si sirve para algo...

Jadiga se puso a mirarla en silencio, muestra de su ánimo alterado, antes de decir:

—Su marido la guía por el camino del vicio, haciéndola caer en él y acompañarlo en sus malas costumbres. El fumar no es la única de ellas. Beben vino en su casa descaradamente. No les falta nunca una botella, como si fuera artículo de primera necesidad. Terminará por hacerla caer en la bebida como sucedió con el tabaco. ¿O no? La vieja sabe que la casa de su hijo es una taberna, pero no le importa. Él la empujará a la bebida... Estoy por decir que ya lo hace. Una vez la noté en la boca un olor extraño. Le pregunté, poniéndola en un aprieto, y a pesar de su oposición. Te aseguro que ella bebe vino y que está en camino de convertirlo en un hábito, como con el tabaco...

—¡Ya es suficiente, Dios mío! —explotó la madre desesperada—. ¡Compadécete de ti y compadécete de nosotros! ¡Un respeto, por Dios!

—Yo respeto a Dios y Él lo sabe. No fumo ni desprendo olores sospechosos. No permito que entre en mi casa ni una gota de vino. ¿No sabes que el otro mulo consiguió un día la botella prohibida? Pero yo esperé al acecho y le dije a las claras: «No me quedaré en una casa donde haya una botella de vino». Entonces se volvió atrás, ante mi actitud resuelta, y terminó por guardarla en casa de su hermano, en

casa de la señora que me traicionó ayer... Siempre que he gritado maldiciendo el vino y a los que beben, me salta —¡Dios le corte la lengua!—: «¿De dónde te viene ese puritanismo? Tu padre es un pozo de cortesía. Resulta extraño que falte en una reunión suya la bebida y el laúd». ¿Has oído lo que se dice de mi padre en casa de los Sháwkat?

En los ojos de Amina se dibujaron la tristeza y la angustia. Se puso a abrir y cerrar las manos con inquietud e intranquilidad. Luego dijo con una voz dolida y lastimera:

—¡Piedad, Dios mío! Nosotros no hemos inventado nada de esto. Tuyo es el perdón y la misericordia. Desgracias de mujeres que vienen de los hombres... No callaré. No está bien que me calle. Le pediré a Aisha cuenta de todo. Aunque no me creo lo que has dicho. No es sino lo que tú piensas de ella, lo que te hace imaginar cosas sin fundamento. Mi hija es virtuosa y seguirá así. Aunque su marido se convierta en un diablo depravado. Le hablaré abiertamente. Y si lo exige la cuestión hablaré con el mismo Jalil. Que él beba si quiere y que Dios le perdone. En cuanto a mi hija, que Dios ponga frontera entre ella y el diablo.

Al espíritu de Jadiga llegó por primera vez un soplo de tranquilidad. Veía el desasosiego de su madre con satisfacción. Estaba convencida de que Aisha comprendería pronto el alcance de la pérdida que había sufrido al optar por traicionarla. No le importaba demasiado el haber exagerado considerablemente la situación al describirla, o la falsedad de los hechos cuando llegó a llamar taberna al piso de su hermana. Sabía que Ibrahim y Jalil no se acercaban al vino sino en ocasiones extraordinarias, y con una moderación que no les permitía alcanzar la borrachera nunca. Ella estaba furiosa, sublevada. En cuanto a lo que se decía acerca de su padre y de que era un pozo de cortesía, se lo había referido a su madre, con un tono de desaprobación que no dejaba lugar a dudas de que no se lo creía. Sin embargo, la verdad es que se había visto forzada, hacía tiempo, a admitir lo que decían, ante el acuerdo unánime de Ibrahim, Jalil y su madre, en tanto que todos estos le confesaron cuanto sabían de él, sin asomo de prevención o de crítica. Por el contrario, alababan el hecho por su liberalidad y lo consideraban como la vanguardia del buen gusto en su época. Ella se había enfrentado a esta unanimidad, al principio, con un empecinamiento total. Más tarde, la duda se fue apoderando de ella poco a poco y sin que lo confesara. Le suponía una enorme dificultad encajar estas cualidades nuevas en la personalidad digna y fuerte que le atribuyó a lo largo de su vida. Aunque esta duda no minusvaloró su imagen y su grandeza. Al contrario, quizás influyera en la idea que tenía de su padre, añadiéndole el buen gusto y la



liberalidad.

Jadiga no se conformó con la victoria alcanzada, y volvió a tomar la palabra en tono provocativo:

—Aisha no se ha limitado a traicionarme a mí. También te ha traicionado a ti...

Calló un instante para que sus palabras penetraran hasta las entrañas de su madre, y continuó diciendo:

—Ella ha visitado a Yasín y Maryam en Qasr el-Shawq.

—¿Qué has dicho? —gritó Amina fijando espantada los ojos, muy abiertos, en ella.

—Es la triste realidad —contestó Jadiga, segura de haber alcanzado la cima del triunfo—. Yasín y Maryam nos han visitado más de una vez. Visitaron a Aisha y me visitaron a mí. Te digo la verdad: resultaba obligado el recibirlos. Estuve a punto de no hacerlo, pero me volví atrás por respeto a Yasín. El recibimiento fue en cualquier caso guardando las distancias. Yasín a su vez me ha invitado a visitarlo en Qasr el-Shawq. Excuso decirte que yo no he ido. En otras ocasiones han vuelto a hacerlo, sin que yo haya variado mi postura. Hasta tal punto que Maryam me ha dicho: «¿Por qué no vienes a visitarnos? Somos hermanas desde hace mucho tiempo». Pero me he negado con múltiples excusas. Ella se ha esforzado por todos los medios en convencerme. Se puso a lamentarse de cómo la trataba Yasín, de lo irregular de su conducta, de sus abandonos. Pretendía sin duda ablandar mi corazón, pero no se lo he permitido... Aisha ha hecho justamente lo contrario. La recibió con los brazos abiertos, calurosamente... Pero lo peor del caso es que le devolvió la visita. En una oportunidad la acompañó Jalil. En otra, fue con Naíma, Uzmán y Muhammad. Estaba satisfecha de haber renovado la amistad con Maryam. Yo le hice ver que había sobrepasado los límites al actuar así, y me dijo: «No tengo contra Maryam nada más que el haber rechazado nosotros que fuera novia de nuestro difunto hermano. ¿Fue eso justo?». Yo le contesté: «¿Has olvidado lo del soldado inglés?». Me respondió: «Lo que debemos recordar es que es la mujer de nuestro hermano mayor». ¿Has oído, mamá, alguna vez algo como esto?

A Amina la invadía la tristeza. Agachó la cabeza, y permaneció en silencio. Jadiga le lanzó una larga mirada. Luego volvió a hablar:

—Esta es Aisha. Ni más ni menos. La Aisha que ha declarado contra mí ayer, humillándome delante de esa anciana chiflada...

Amina suspiró desde lo más hondo y observó a Jadiga con ojos abatidos, diciéndole con voz débil:

—Aisha es una niña sin entendimiento ni personalidad. Y no dejará de ser así,

cualquiera que sea su edad. ¿Podría decirte lo contrario? No quiero, ni puedo. ¿Tiene poca importancia para ella el recuerdo de Fahmi? No puedo darlo por cierto. ¿No tuvo capacidad para plantearse sus sentimientos hacia esa mujer, aunque sólo fuera por respeto hacia mí...? Sea lo que sea, no me quedaré callada. Le diré que me ha ofendido; que estoy enfadada y triste... Para ver qué es lo que hace después de esto...

Jadiga le contestó, agarrando un mechón de su propio pelo:

—Que me corten esto si mejora. Ella vive en un mundo diferente al nuestro. No tengo nada en su contra, y Dios lo sabe. Yo no me he peleado con ella ni una sola vez desde que se casó. Es verdad que en ocasiones le he llamado la atención cuando descuidaba a los niños, cuando adulaba a su suegra... y en otras ocasiones de las que te hablé en su momento. Pero mis advertencias no pasaron del consejo firme o de la crítica fiel. Esta es la primera vez que me saca de mis casillas y riño con ella.

—Deja el asunto en mis manos —le dijo en tono de súplica su madre, reflejando la irritación en su rostro—. En cuanto a ti, no quiero que te separe de tu hermana una riña nunca. No es conveniente que estéis desunidas cuando vivís juntas en una misma casa. No olvides que ella es tu hermana y tú la suya. Y tú eres la mayor. Gracias a Dios, tienes un buen corazón, lleno de amor a toda tu gente. Siempre que han ido mal las cosas, yo no he encontrado consuelo más que en ti. Aisha, cualquiera que sea su falta, es tu hermana. No olvides esto...

—Le perdono todo —exclamó Jadiga influenciada por las palabras de su madre — excepto el que haya prestado testimonio contra mí...

—Ella no ha hecho eso. Temía enfadarte como temía incomodar a su suegra. Por eso se refugió en el silencio. Sabes que a ella la horroriza enojarse con alguien, aunque sus abundantes estupideces irriten a muchos. Ella no ha buscado perjudicarte nunca. No busques en su actuación más de lo que hay. Mañana por la mañana iré a visitaros para arreglar mis cuentas con ella, para que reanudéis vuestra relación y, respecto a ti, para convencerte de la inutilidad de los enfrentamientos.

Por primera vez se transparentó en los ojos de Jadiga una mirada de angustia y temor, de tal modo que tuvo que bajar la vista para ocultarse de su madre. Permaneció un momento en silencio, y luego dijo con voz apagada:

—¿Vendrás mañana?

—Sí; la situación no admite espera.

—Me acusará de divulgar sus secretos —apostilló Jadiga como si hablara con ella misma.

—Entonces...

Amina percibió su angustia y su temor, y añadió:

—En cualquier caso, yo sé lo que decir y lo que callar...

—Eso es mejor —exclamó Jadiga, tranquilizada—, no hay ni que dudar de que se apreciará la bondad de mis intenciones y mi deseo de arreglar su caso.

Se le escapó un grito de sorpresa exultante y emocionado cuando vio a Aida saliendo por la puerta del palacio. Como solía hacer cada tarde, él paseaba por la explanada de el-Abbasiyya, mirando hacia la casa desde lejos, con la sola esperanza de divisarla a ella en un balcón o en una ventana. Ese día llevaba un elegante traje gris, como si quisiera competir con el ambiente de aquellos últimos días de marzo, dulces y afables. Aparte de que acostumbraba a responder con un mayor arreglo personal al sufrimiento y la desesperación. No la había vuelto a ver desde la discusión en el cenador. La vida no le dejaba más salida que la de peregrinar cada tarde a el-Abbasiyya y dar vueltas en torno al palacio desde lejos, inasequible al desaliento. Allí alimentaba sus esperanzas, contentándose con permanecer en el lugar rumiando sus recuerdos... Los primeros días de la separación, obsesionado y delirando, creyó volverse loco de dolor. Si se hubiera prolongado habría terminado con él. Aunque también constituyó su tabla salvadora en aquella situación peligrosa: la desesperación a la que se había amoldado hacía tiempo. El dolor consiguió cavar en sus entrañas una especie de refugio que desempeñaba una función más de su cuerpo, sin impedir la marcha de otros mecanismos vitales. Este refugio constituía un miembro más de su cuerpo o una fuerza importante de su espíritu. Allí se calmaban las enfermedades de su alma, desapareciendo los síntomas más agudos y estabilizándose su ánimo... A pesar de todo, tampoco esto lo confortaba completamente. Pues, ¿cómo consolarse del amor, de lo más sublime que le había otorgado la vida? Creía firmemente, y en lo más profundo, que el amor era eterno. Debía por tanto tener paciencia, como la tienen aquellos condenados a una enfermedad incurable hasta el final de sus vidas.

Cuando la vio salir del palacio se le escapó un grito de sorpresa. Siguió con la mirada, desde lejos, su elegante caminar por el que había suspirado tanto tiempo. Su espíritu se puso a saltar de alegría, llevado por el amor apasionado y la emoción. Su amada se dirigió hacia la derecha, por la calle de los Palacios. En su corazón latía una agitación arrebatadora y turbulenta que había estado domando cerca de tres meses. Su fuero interno lo empujaba a lanzar sus penas a los pies de ella, y que pasara lo que tuviera que pasar... Sin dudarle se encaminó hacia la misma calle. En el pasado se hubiera guardado mucho de hablarle, por temor a perderla. Ahora no tenía nada que temer. El sufrimiento soportado durante los últimos tres meses no le dejaba ninguna posibilidad de duda o de volverse atrás. Ella se dio cuenta

inmediatamente de que la seguían de cerca. Miró hacia atrás y lo vio a poca distancia. Luego volvió de nuevo la cabeza, sin prestarle atención. Él no confiaba en una acogida demasiado calurosa, pero le dijo en tono de queja:

—¿Esto es un encuentro entre viejos amigos?

La respuesta fue apretar ella el paso sin escucharlo lo más mínimo. Él aceleró su marcha, sobreponiéndose a su dolor. Al llegar a su altura, le dijo:

—No me ignores... Sería más de lo que podría soportar... No me guía sino pedir lo que en justicia...

Lo que más temía era que ella siguiera ignorándolo hasta llegar a su destino. Sin embargo, por fin la bendita voz se dirigió a él:

—Por favor, vete y déjame caminar en paz...

—Ve en paz —insistió él con acento de ruego— pero después de que aclaremos algunas cuentas...

—No sé nada de esas cuentas —le respondió con una voz profunda y clara en el silencio de la elegante calle medio vacía—. Ni quiero saberlo. Te pido que te comportes como un caballero...

—Te aseguro que me conduciré como el más perfecto y modélico caballero —contestó con emoción—. No sabría portarme de otra manera pues eres tú la que me empuja a esa caballerosidad...

—He querido decir —dijo sin haberlo todavía mirado— que me dejes en paz... Únicamente eso...

—No puedo, no puedo. No antes de que sepas mi opinión acerca de las acusaciones injustas por las que me castigaste sin escuchar mi defensa...

—¿Castigarte yo a ti?

Por un breve instante dejó él de hablar para disfrutar la magia de la situación. Estaba satisfecho de que le hubiera dirigido la palabra, y de haber disminuido felizmente el ritmo de su caminar. Todo lo demás le daba igual: ella quería escucharle o al menos tenía la intención de alargar el tiempo que tardaría en alcanzar su destino. Nada cambiaba aquella realidad: estaban andando uno al lado del otro por la calle de los Palacios. Bajo los grandes árboles que bordeaban la avenida. Contemplados desde los altos muros de los palacetes por las miradas tranquilas de los narcisos y las bocas sonrientes de los jazmines. En medio de una paz profunda que su pobre corazón suspiraba por compartir.

—Me has condenado al peor de los castigos, ocultándote de mí durante tres meses completos, mientras que yo soportaba acusaciones de las que era inocente.

—Mejor que no volvamos a eso.

—Al contrario —dijo emocionado y suplicante—, es imprescindible que volvamos sobre ello. Insisto, y te lo ruego en nombre del sufrimiento que he soportado hasta fallarme las fuerzas para poder resistirlo.

—Pero ¿cuál es mi falta en todo esto? —le preguntó ella con tranquilidad.

—Quisiera saber si sigues considerando que te he hecho algún mal. Te aseguro que en modo alguno podría ofenderte. Si recuerdas mi amistad durante todos estos años, te convencerás. Permíteme explicarte el asunto con toda claridad. Hasan Selim me había convocado a una entrevista después de la conversación que sostuvimos en el cenador...

—¡Olvídate de eso! —le cortó en tono de súplica—. Lo pasado, pasado está. Esta última frase llegó a sus oídos como un lamento fúnebre al oído de un muerto, si es que un muerto puede oír.

Luego contestó con voz grave como la del canto que baja una octava en su escala:

—El pasado... Sé que es el pasado. Pero desearía dejarlo bien cerrado. No quiero que te vayas creyéndome un traidor o un calumniador. Soy inocente, y me duele que pienses mal de una persona que te tiene una gran estima y respeto. Nunca ha acudido tu recuerdo a mi boca sino para elogiarte.

Aida le lanzó una mirada, y dirigió rápidamente su cabeza hacia otro lugar, como diciéndole: «¿De dónde has sacado esa elocuencia?». Y continuó con algo de dulzura:

—Parece que ha habido un malentendido no buscado... Pero lo pasado, pasado está...

—Pero no deja de haber en tu mente una sombra de duda, por lo que veo... —le respondió él enardecido y esperanzado.

—En modo alguno —contestó ella con calma—. No ignoro que te juzgué mal un tiempo... pero he comprendido la verdad después de aquello.

Sintió el corazón por encima de una ola de felicidad sobre la que se tambaleaba como un borracho.

—Y, ¿cuándo te diste cuenta? —le preguntó.

—Hace no poco tiempo.

La miró con gratitud en medio de una emoción que le hizo temblar como una especie de lágrima.

—¿Te diste cuenta de que era inocente?

—Sí...

¿Iba a volver Hasan Selim a ser merecedor de su respeto?

—Y, ¿cómo supiste la verdad?

—La supe... y eso es lo importante —respondió con una impaciencia que revelaba su deseo de terminar aquel interrogatorio.

Evitó insistir, por no agobiarla. Pero le vino a la imaginación un pensamiento que extendió sobre su corazón una nube de tristeza.

—A pesar de esto te empeñaste en desaparecer —le dijo con aire de queja—. Y no te impusiste a ti misma pedir excusas aunque fuera con un gesto o una palabra. Pero sí te dedicaste a mostrar tu enfado... En cualquier caso tu disculpa es clara y la acepto.

—¿Qué disculpa es esa?

—Tú no conoces el dolor —susurró con voz triste—. Y le pido a Dios misericordioso que no lo conozcas nunca.

—Creía que todo aquello no te habría afectado —respondió en tono de disculpa.

—Dios te perdone. Me ha afectado más de lo que imaginas. Me dolía enormemente constatar la insuperable distancia que había entre nosotros. Y todavía no ha terminado todo, desde el momento que tú desconoces el... el... el sentimiento que yo tengo por ti. Hay que pasar por levantar la acusación que se me ha hecho injustamente. Fíjate dónde estás tú y dónde estoy yo en este asunto... Lo que sí te digo claramente es que estas injustas acusaciones no son en modo alguno las que me han hecho sufrir.

—Entonces, ¿no has sufrido lo más mínimo por todo esto? —le dijo sonriendo. Aquella sonrisa lo empujó, envalentonado como un niño, a dar rienda suelta a sus sentimientos, y le respondió afectado y con emoción:

—Al contrario. Las acusaciones no fueron sino causa menor. Lo peor lo constituyó tu desaparición. Cada instante de estos tres últimos meses ha provocado mi dolor. He vivido como loco... Le pido a Dios, de verdad, que nunca te ponga a prueba con algo semejante. Y lo pide quien lo ha sufrido... He soportado el dolor... ¡y de qué manera!... Pero si algo me ha enseñado esta dura experiencia, es que si el destino decide que desaparezcas de mi vida, sería más prudente que buscara otra vida... Todo ha sido como una larga y profunda maldición. No..., no te burles de mí... Siempre temí de parte tuya algo como esto... El dolor es algo demasiado respetable como para reírse de él... No imagino a un ángel bendito como tú burlándose de las desgracias ajenas... y dejo a un lado cuál sea la causa del mal... ¿Qué escapatoria tengo? Estoy condenado hace tiempo a amarte con toda la fuerza de mi alma...

Se hizo el silencio, sólo roto por su respiración entrecortada. Ella miraba hacia el

frente sin dirigirle la vista. Pero él encontró en su silencio un motivo de tranquilidad. Aunque de cualquier forma era menos que una sola palabra, él lo interpretó como un asentimiento. Se imaginó que ella, con su voz encantadora, tierna y dulce, venía a decir lo mismo. ¡Loco! ¿Por qué había derramado el agua oculta de su corazón? No era sino un saltador empujado a elevarse cada vez más arriba y que de pronto se sorprende de verse a sí mismo volando por los aires. Después de todo esto, ¿qué fuerza podía hacerle callar?

—No me recuerdes cosas que no quiero oír. Puedo vivir sin ellas... No olvido mi cabeza porque la llevo día y noche... Ni mi nariz, porque la veo varias veces al día... Pero tengo algo que los otros no poseen ni por asomo... Mi amor no se parece al suyo. Estoy orgulloso de él. Tú también deberías sentirte orgullosa aunque renuncies a él... Así estoy desde que te vi por primera vez en el jardín... ¿No te diste cuenta...? Si no pensé en decírtelo antes fue por el temor de romper la amistad que teníamos y de ser expulsado del paraíso. No me resultaba fácil jugar con mi felicidad. Pero ahora que he sido separado del paraíso, ¿de qué tener miedo?

Su secreto había salido de su boca como la sangre fluye a borbotones. No veía en ese momento, de toda la creación, nada más que su maravillosa persona. Como si la calle, los árboles, los palacetes, los escasos transeúntes, se hubieran escondido tras una inmensa nube. Todo había desaparecido excepto un pequeño espacio donde se dibujaba la amada, silenciosa, con su esbelta figura, su melena negra, su hermoso perfil con aquel halo de misterio... Su rostro moreno a la sombra de los árboles o iluminado, al cruzar una calle transversal, por la luz del sol en el ocaso. No le hubiera importado continuar hablando hasta el amanecer...

—¿Te he dicho que no había pensado en decírtelo antes?... Perdona... Lo cierto es que quise hacerlo el día que nos encontramos en el cenador y llamaron a Huseyn por teléfono. Estuve a punto, pero me ganaste por la mano impidiéndome hablar... Estaba —esbozó una breve sonrisa— como el orador que va a abrir la boca y ve que los oyentes comienzan a abuchearle...

Ella permaneció en silencio como era de esperar. Un ángel de otro mundo no debe hablar la lengua de los humanos ni preocuparse de sus asuntos... ¿No hubiera sido lo más digno para él conservar su secreto...? ¿Lo más digno?... El orgullo ante el ser adorado es una impiedad... Es más sabio enseñar al asesino el cuerpo del delito. ¿Te acuerdas del feliz sueño que tuviste una mañana y que te hizo llorar...? El sueño cayó pronto en el olvido... Pero las lágrimas, o más bien su recuerdo, permanecerá contigo como un símbolo eterno.

—No te he dicho todo esto —exclamó ella— sino por disculparme. Te pedí



entonces que no te enfadaras.

Esta fresca sensación merece ser degustada... como la extrema felicidad que queda al enfermo tras calmársele el dolor... Todo lo empujaba a cantar en el fondo de su alma, y a mostrar la dulce melodía que había en ella... Las facciones de la amada parecían notas musicales de una canción celestial, escrita en la página de aquella mejilla de ángel.

—Me encontrarás contento sin necesidad de excusas... Te lo he dicho..., te quiero.

Ella se volvió hacia él con su natural elegancia, dirigiéndole una sonriente mirada que retiró de inmediato, antes de que él pudiera apreciarla. ¿Qué clase de mirada había sido la suya? ¿De satisfacción? ¿De emoción? ¿Dulce? ¿Complaciente? ¿De sincera ironía? ¿Había alcanzado todo el rostro, o se había detenido entre la frente y la nariz?

—No puedo sino darte las gracias y lamentar haberte hecho sufrir sin haberlo buscado. Eres amable y generoso...

Su espíritu lo empujaba a lanzarse en los brazos de un sueño feliz, pero ella continuó diciendo con una suave voz:

—Déjame que te pregunte ahora qué hay detrás de todo esto.

¿Estaba oyendo la voz de su amada, o era el eco de la suya? La misma frase planeaba en algún lugar del cielo de Bayn el-Qasrayn elevada por sus suspiros. ¿Obtendría ella una respuesta en ese momento?

—¿Hay algo detrás del amor? —preguntó él.

Ella sonrió. ¿Qué significaba aquella sonrisa?... Pero tú anhelas algo más que sonrisas...

—Declararlo es un principio —dijo ella— no un final. Yo te pregunto acerca de lo que pretendes.

—Quiero... —respondió perplejo— quiero que me dejes quererte...

—¿Eso es lo que quieres de verdad? —exclamó ella después de haber lanzado una breve risa incontenible—. ¿Y qué harás si no te lo permito?

—Te amaré también en este caso —contestó suspirando.

—¿Para qué me pides permiso entonces? —le preguntó ella con un deje que él creyó de ironía, y que lo asustó.

Realmente, ¡qué estupidez de inexactitudes del lenguaje! Lo que más temía era caer por tierra tan rápidamente como se había despegado de ella. Luego la oyó decir:

—Me estás desconcertando... Y me parece que también te estás desconcertando a ti mismo.

—¿Yo... desconcertado...? —dijo, inquieto—. Es posible... Pero, yo te quiero. ¿Qué hay detrás de esto? A veces puede que anhele cosas que la tierra no puede contener. Pero a poco que me lo proponga puedo fijarme un objetivo. Dime qué piensas de todo esto... Quiero que me hables y escucharte... ¿Tienes remedio para mi confusión...?

—No tengo nada de lo que me pides —le contestó sonriendo—. Sería mejor que tú hablaras y yo escuchara... ¿No eres un filósofo?

—Te burlas de mí —dijo rojo de vergüenza y enfado.

—No —exclamó ella de inmediato—. Es que no me esperaba tener esta discusión cuando salía de casa. Me has abordado por sorpresa. En cualquier caso, te lo agradezco. Nadie podría olvidar tus sentimientos sinceros y delicados. ¿Los tomo a burla? Ni se me ha pasado por la cabeza hacerlo.

Melodía cautivadora... dulce canto... No sabía si sentirse amado o burlado. Las puertas de la esperanza se abrían o se cerraban con la levedad de un soplo. Ella le había preguntado qué quería, y él no había respondido porque no sabía lo que quería. Pero ¿qué pasaría si le dijese que pretendía unirse a ella, unir su alma a la suya, que cruzaría la puerta cerrada del misterio por un abrazo o por un beso? ¿Cuál sería la respuesta? En el cruce donde terminaba la calle de los Palacios, Aída detuvo el paso. Luego dijo amable, pero cortante:

—Aquí...

Él se paró también, fijando confundido sus ojos en el rostro de ella. ¿«Aquí» significaba que tendrían que separarse? El «te quiero» no había bastado para contestar a su pregunta.

—No —dijo él mecánicamente y sin pensarlo. Luego exclamó, como aquel a quien se le viene súbitamente una idea inadvertida—: ¿Qué hay detrás del amor? ¿No es esta tu pregunta? Esta es la respuesta: no separarnos.

—Pero es necesario que nos separemos ahora —respondió ella sonriente y en calma.

—¿Sin enfado ni rencor? —dijo Kamal con vehemencia.

—Sin ninguno de ellos.

—¿Volverás al cenador?

—Si lo permiten las circunstancias.

—Pero las circunstancias lo permitieron en el pasado —exclamó Kamal inquieto.

—El pasado no es el presente.

—Puede que no vuelvas más —le dijo, dolido profundamente con su respuesta.

—Iré al cenador siempre que lo permitan las circunstancias —respondió ella como advirtiéndole que tenían que separarse—. Suerte...

Aida abandonó el lugar en dirección a la calle de la Escuela. Él se quedó mirándola como hechizado. En la esquina de la calle, ella se volvió y le dirigió una mirada sonriente. Luego desapareció de su vista. ¿Qué había dicho? ¿Qué había oído? Se ocuparía de ello dentro de poco. Cuando se recuperara. Y, ¿cuándo se recuperaría? Ahora caminaba solo, ¿solo? ¿Y las palpitaciones de su corazón, la sed de su alma y los ecos de aquella voz cantarina? A pesar de todo se sentía solo, con una fuerza que agitaba lo más profundo de su espíritu... Un aroma de jazmín hechizante y cautivador inundaba su olfato. ¡Qué cerca estaba su ser de la esencia del amor, con su carácter enigmático! Quizás el secreto del jazmín llevara a descubrir el del amor... Pero no iba a resolver este enigma antes de llegar a poner orden en la confusión que lo embargaba...

—¡Lástima que esta sea la reunión del adiós! —dijo Huseyn Shaddad.

Kamal se alteró al ser mencionada la palabra «adiós». Dirigió a Huseyn una mirada rápida, para ver si su rostro respondía realmente a las palabras de lástima que habían salido de su lengua. Vivía en un clima de despedida hacía más de una semana: la venida de junio anunciaba la salida de los compañeros hacia Ras el-Barr y Alejandría. Unos pocos días y desaparecerían de su vista el jardín, el cenador y los amigos. En cuanto a su amada, había optado por desaparecer antes de que comenzaran a separarse. Hasta el momento seguía sin presentarse, a pesar de las paces que habían coronado la conversación en la calle de los Palacios. ¿Pasaría también el día del adiós sin que viniera? ¿Estimaba su sentimiento hacia él en tan poco que le escatimaba una simple mirada antes de ausentarse tres meses...? Con una sonrisa, preguntó Kamal:

—¿Por qué has dicho «lástima»?

—Hubiera deseado que vinierais conmigo a Ras el-Barr —dijo Huseyn Shaddad solícito—. ¡Por Dios, qué verano íbamos a pasar...!

Sería extraordinario sin duda alguna. Sobre todo porque allí su amada no podría continuar desapareciendo. Ismail Latif se dirigió a él:

—¡Dios te ampare! ¿Cómo soportas el calor del verano aquí? Casi no ha comenzado, y mira el que hace hoy...

El aire era extremadamente cálido, aunque los últimos rayos del sol se estaban retirando del jardín y del desierto que se extendía tras él. Kamal le contestó, tranquilamente:

—No hay nada en la vida que no pueda soportarse...

Un momento después se estaba riendo de su respuesta, y preguntándose cómo podía haberla dado. ¿Hasta qué punto se pueden considerar nuestras palabras imagen fiel de lo que hay en nuestra mente? Miró a su alrededor y vio gentes felices. No cabía duda alguna. Con sus camisas de manga corta y sus pantalones grises apropiados para el calor. Él era el único que llevaba un traje completo aunque fuera ligero y blanco, y un *tarbúsh* que había colocado encima de la mesa. Ismail Latif se puso a decir el resultado de los exámenes:

—Un éxito al cien por cien: Hasan Selim, licenciado; Kamal Ahmad Abd el-Gawwad, aprobado todo el curso; Huseyn Shaddad, aprobado todo el curso; Ismail Latif, aprobado todo el curso...

—Bastaría con haber mencionado el último resultado para conocer los otros del principio —exclamó Kamal riéndose.

—Los dos hemos llegado a idéntico destino —respondió Ismail, elevando la barbilla con indiferencia—. Tú después de trabajar duro y esforzarte durante un año entero, y yo tras trabajar un solo mes.

—Eso prueba que tú eres sabio por naturaleza.

—¿No nos dijiste en uno de tus insípidos discursos que Bernard Shaw fue el estudiante más mediocre de su tiempo? —preguntó Ismail en tono de burla.

—Ahora estoy seguro de tener entre nosotros una réplica de Bernard Shaw, al menos por lo que respecta a la mediocridad... —replicó Kamal, riendo.

Entonces habló Huseyn Shaddad:

—Tengo una noticia que es necesario que oigáis antes de que nos pongamos a hablar.

Como vio que sus palabras no atraían demasiado la atención de la concurrencia, se levantó y continuó con un acento casi teatral:

—Dejadme haceros partícipes de la buena nueva y feliz. —Luego añadió dirigiéndose a Hasan Selim—. ¿No es verdad? —A continuación volvió la cabeza hacia Kamal e Ismail—: Ayer se formalizó el noviazgo del señor Hasan Selim con mi hermana Aida.

Kamal se quedó atónito ante esta noticia, como el que se ve de pronto debajo de un tranvía, después de estar convencido de la paz y la seguridad. Su corazón sufrió un profundo sobresalto similar al del avión que desciende de golpe por un bache atmosférico. Fue un grito interior de espanto que le atravesó las entrañas sin aflorar al exterior. Se sorprendió, y más tarde mucho más, de cómo pudo dominar sus emociones y contestar a Huseyn Shaddad con una sonrisa de felicitación. Intentaba contener, al menos por un tiempo, la lucha que solía desarrollarse entre su mente y el desconcierto que la embargaba. Ismail Latif fue el primero que habló. Antes había mirado a Huseyn Shaddad y a Hasan Selim, que aparecía algo alterado o confundido por un cierto sonrojo, dentro de su calma y seriedad de siempre.

—¿De verdad? —dijo Ismail—. Es una feliz noticia. Feliz e inesperada... Feliz, inesperada... y traicionera... Pero dejaré el comentario sobre la traición para después... Me basta ahora con expresar mi sincera felicitación...

Estrechó las manos de Huseyn y a Hasan. Detrás de él, Kamal hizo lo mismo. Estaba sobrecogido, a pesar de su evidente sonrisa, por la rapidez de los acontecimientos y lo insólito de aquellas palabras. Todo le parecía un sueño extraño, o que la lluvia se precipitaba encima de su cabeza y él daba vueltas buscando un

refugio. Estrechándoles las manos, les dijo:

—Una feliz noticia, de verdad. Mis felicitaciones, de corazón...

La reunión volvió a sus cauces normales. Kamal miró de reojo a Hasan Selim y lo vio tranquilo y serio. Le preocupaba encontrarlo arrogante o alegrándose del mal ajeno, tal como él se lo imaginaba. Experimentó una efímera satisfacción. Luego se puso a acumular en su interior hasta el último vestigio de fuerza que tuviera, para ocultar aquella herida sangrante a los ojos que lo miraban y guardarse de cualquier burla o humillación. «Mantente firme, alma mía. Te aseguro que volveremos a ver todo esto después. Que sufriremos juntos hasta la destrucción. Que pensaremos en todo hasta que nos volvamos locos. Qué grato será ese encuentro en la tranquilidad de la noche, cuando nadie nos vea ni nos oiga; cuando se revelan el dolor, el delirio, las lágrimas..., sin temor a críticas o calumnias. Las viejas piedras del pozo retiran la tapa del brocal y gritan, invocando al diablo y liberando las lágrimas reunidas en las entrañas de la tierra por los ojos de los afligidos. ¡No te rindas! ¡Cuidado...! El mundo aparece ante tu vista rojo como la puerta del infierno».

Ismail Latif volvió a hablar, adoptando un tono acusador:

—¡Poco a poco...! Tenemos algo que preguntarnos: ¿Cómo ha ocurrido esto sin advertencia previa alguna...? Pero, dejémoslo para otro momento... Se nos oculta cómo se ha formalizado el noviazgo sin nuestra presencia.

—No hubo celebración alguna, ni grande ni pequeña —respondió Huseyn Shaddad defendiendo su posición—, todo se redujo a la intimidad de la familia. La invitación será el día de los esponsales, si Dios quiere... Ese día estaréis los dos entre los anfitriones, no entre los invitados...

¡El día de los esponsales...! Parecía el título de un canto fúnebre, hecho para acompañar a un corazón hasta su última morada, entre flores y llantos de despedida. En nombre del amor la hija de París se inclinará ante un *sheyj* para recitar la azora *Fátiha*. En nombre del orgullo abandonó el demonio el paraíso.

—Se admite la excusa y se confía en la promesa —dijo Kamal sonriendo.

—¡La retórica de el-Azhar! —exclamó Ismail Latif en tono de protesta—. Mostradle la posibilidad de una mesa, y olvidará toda posibilidad de crítica, sumiéndose en la condescendencia y el elogio. Todo por obtener algo sustancioso. Realmente eres un escritor, un filósofo o algo parecido del género de los mendicantes... Yo no soy de esos...

Luego continuó dirigiendo sus acusaciones contra Huseyn Shaddad y Hasan Selim.

—Y vosotros dos formáis parte del club de los bribones. Se calla uno largo

tiempo, y de golpe se llega al anuncio del noviazgo. ¿No es eso...? Realmente Hasan, eres el sucesor que se esperaba para Zárwat Basha...

—Huseyn mismo no sabía nada del asunto hasta hace pocos días —dijo Hasan Salim con una sonrisa de excusa.

—¿Un noviazgo unilateral como la declaración del veintiocho de febrero? —preguntó Ismail—. La nación la había rechazado con desdén, aunque indefensa ante este asunto. Pero se la impusieron, y pasó lo que pasó.

Kamal se puso a reír abiertamente. Ismail, guiñándole el ojo a Hasan Selim, dijo: —«Usad en la ejecución...», no sé que más..., «... la discreción». Lo dijo Umar Ibn el-Jattab... o Umar Ibn Abí Rabia... o Umar Efendi... ¡Dios sabe...!

—La costumbre es que estos asuntos maduren en silencio —dijo Kamal de pronto—. Aunque he de señalar que Hasan me aludió a ello en una conversación que sostuvimos sobre un asunto similar a este.

Ismail lo observó con desconfianza, a la vez que Hasan le dirigía una intensa mirada, añadiendo:

—¡Hablas como en clave!

Kamal se preguntó asombrado cómo habían salido de él aquellas palabras. Era una mentira o una media verdad en el mejor de los casos. ¿Cómo pretendía, por este camino anómalo, convencer a Hasan de que conocía sus intenciones..., de que no lo habían sorprendido ni lo afectaban...? ¡Qué imbecilidad...! En cuanto a Ismail, le espetó a Hasan con una mirada de crítica:

—A mí sin embargo no se me facilitó ninguna de estas claves.

—Te aseguro —respondió Hasan poniéndose serio— que si Kamal encontró en nuestra conversación algún indicio relativo al noviazgo, fueron deducciones propias debido a su imaginación, no a mis palabras.

Huseyn Shaddad estalló en una fuerte carcajada, diciéndole a Hasan Selim:

—Ismail es un viejo compañero. Él quiere decir que tú lo has adelantado a él tres años en obtener la licenciatura. Esto no significa que tengas que ocultarle tus secretos y revelárselos a otro.

—No dudo de su antigua camaradería —respondió Ismail, riéndose para ocultar su disgusto—. Sólo pretendo que no vuelva a producirse la misma negligencia el día de la boda.

—Somos amigos de las dos partes —apostilló Kamal sonriendo—. Si nos olvida el novio, no nos olvidará la novia.

Hablaba para demostrar que estaba vivo. Vivo, aunque sufriendo. Sufriendo intensamente. ¿No sería verdad que al menos en su pensamiento había existido un

final para su amor distinto a este? En modo alguno. Aunque la seguridad de que la muerte es el último destino no impide la angustia del día que llega. Era un dolor desgarrado, ilógico, sin piedad. Quizás podría delimitarlo si supiera en qué lugar se escondía o qué virus lo producía. Entre estos accesos de dolor lo asaltaba el hastío y la apatía...

—¿Cuándo se celebrará la boda?

La pregunta que hacía Ismail, como un agente de sus pensamientos, le daba vueltas en la cabeza. Pero no podía permanecer en silencio.

—Sí. Eso es muy importante, para que no nos pille de sorpresa. ¿Cuándo se celebrará la boda?

—¿Por qué tenéis tanta prisa? —exclamó Huseyn Shaddad riéndose—. ¡Que el novio aproveche lo que le queda de soltería...!

—Es preciso que sepa primero si me quedaré en Egipto o no —apuntó Hasan con su calma habitual.

—Puede entrar en la carrera judicial —terció hábilmente Huseyn Shaddad— o en el cuerpo diplomático.

«Esto es lo que pone contento a Huseyn Shaddad del noviazgo. Puedo intentar aborrecerlo aunque sea sólo un minuto, como si fuera uno de los que me ha traicionado. Pero ¿me ha traicionado alguien? Todo se me mezcla... Esta noche me aguarda una soledad extrema...»

—¿Tú cuál de las dos prefieres, Hasan?

«Que escoja la que le parezca bien, la carrera judicial..., el cuerpo diplomático..., Sudán..., Siria si puede».

—La carrera judicial es vulgar..., prefiero el cuerpo diplomático...

—Sería bueno que hicieras comprender esto claramente a tu padre para que concentre su influencia en que te admitan en el cuerpo diplomático...

¿Pasaría inadvertida también esta frase? Sin duda había alcanzado su objetivo... Era necesario que controlase sus nervios, o se encontraría riñendo con Hasan ante los ojos de todos, y atrayendo la atención de Huseyn Shaddad... Los dos eran ahora de la misma familia... Esta última puya hacía aún más insoportable su dolor.

—Son tus últimos días con nosotros, Hasan —dijo Ismail moviendo la cabeza contrariado—. Después de estar juntos toda la vida, ¡qué triste final!

«¡Qué estupidez! Cree que la tristeza alcanza a un corazón que se alimenta en el oasis del ser amado».

—La verdad es que es un triste final, Ismail...

«Mentira... más que mentira... Como la felicitación que tú les has dado. En esto



resultan iguales el hijo del comerciante y el hijo del consejero».

—¿Esto significa que vas a pasar toda tu vida fuera del país?

—Es lo normal. No veremos Egipto sino en raras ocasiones.

—Una vida extraña —exclamó Ismail con aire de asombro—. ¿Has pensado en las molestias que esperan a tus hijos?

«¡Dios mío! ¡Cómo se puede jugar así con las palabras! Este maldito cree que la amada puede quedarse preñada, tener antojos de embarazada, dilatarse su vientre y engordar, venirle los dolores del parto y dar a luz. ¿Recuerdas a Jadiga y a Aisha en los últimos meses? Una impiedad. ¿Por qué no se adhiere a la cofradía de la Mano Negra? El asesinato es mejor que la impiedad y más eficaz».

Un día te verás en el banquillo de los acusados, frente a Salim Bey Sabri, padre de tu amigo diplomático y suegro de tu amada, en la tribuna de los jueces. Igual que se han visto esta semana ante él —¡traidor!— los asesinos del General en Jefe.

—¿Y si cortaran los Estados sus relaciones —exclamó riéndose Huseyn Shaddad—, para que los hijos de los diplomáticos crecieran en sus países?

«O cortar sus cabezas: Abd el Hamid Enáyat... el-Jarrat, Mahmud Ráshid... Ali Ibrahim... Ráguib Hasan... Shafiq Mansur... Mahmud Ismail... Kamal Ahmad Abd el-Gawwad... muerte en la horca. Juez nacional: Selim Bey Sabri. Juez inglés: Mr. Kershaw. El asesinato es la respuesta. ¿Quieres matar o que te maten...?»

—La marcha de tu hermana —dijo Ismail dirigiéndose a Huseyn— va a llevar a tu padre a obstinarse en la oposición a la idea de tu viaje...

—Mi asunto —respondió con tranquilidad Huseyn Shaddad— va por buen camino, y está a punto de solucionarse...

«Aida y Huseyn en Europa... Un hombre que pierde a la vez el amor y al amigo. Tu alma perdiendo al ser amado para siempre. Tu espíritu, perdiendo a su compañera para siempre. Vivirás en el viejo barrio solo y abandonado, como el eco de la nostalgia del que vaga por el desierto de generación en generación. Contempla el dolor que te acecha. Ahora cosecharás el fruto de los sueños que sembraste en tu corazón inexperto. Pídele a Dios que ponga en las lágrimas un remedio a tus tristezas. Que, si lo soportas, proteja tu cuerpo de la soga de la horca. O conviértelas en una fuerza destructiva con la que aniquilar a tus enemigos. Mañana tu alma se encontrará vacía como se sintió ayer ante la tumba de el-Huseyn. Esperanza frustrada. Los justos son asesinados, y los hijos de la traición nombrados embajadores».

—Sólo nos quedaremos en Egipto Kamal y yo —dijo Ismail Latif como hablando consigo mismo—. Y Kamal no es nada seguro en este sentido. En primer

lugar, ante todo, con o sin Huseyn..., es amigo de los libros.

—Mi marcha no cortará los lazos que hay entre nosotros —exclamó Huseyn con convicción y seguridad.

El corazón de Kamal, a pesar de su abatimiento, latió con fuerza:

—Mi intuición me dice que tú no soportarás estar lejos para siempre...

—Seguramente... pero tú te aprovecharás de mi ausencia porque te enviaré libros. Continuaremos nuestras conversaciones por cartas y libros...

Huseyn hablaba como si su viaje fuera ya cosa hecha. Este es el amigo que, sólo el verlo, le hacía sentir una fascinante alegría; en cuya compañía hasta el silencio le era agradable. Pero ¡paciencia! La marcha de la amada le enseñaría a desdeñar todos los asuntos, incluso los más graves. Y a ser indulgente consigo mismo como lo fue a la muerte de su querida abuela o con la de Fahmi, cuando el fuego de la tristeza lo vencía... Pero era necesario no olvidar que estaba en la reunión del adiós... para llenar sus ojos de rosas y flores, plenas de frescura, impasibles ante cualquier tristeza... Existía un problema al que era necesario encontrarle una salida: ¿cómo un humano se elevaba hasta convivir con el ser adorado, o cómo descendía este hasta tratar con aquel? No le hallaba solución... Andaría por este mundo con los pies cargados de cadenas y el cuello aherrojado por la pena... El amor es una barca con dos timones diferentes, y ha sido creado para ser llevado entre dos... ¿cómo la llevaría ahora él solo?

La conversación continuaba, y derivaba hacia otros asuntos. Él la seguía con los ojos, con movimientos de cabeza y algunas palabras que demostraran que el asunto no lo empujaba a distraerse. Su esperanza oculta era que el tren de la vida lo arrastrara o que la estación de la muerte apareciera de cualquier manera... «La hora de la puesta de sol..., el momento del crepúsculo y de la tranquilidad... Te gusta tanto como la aurora... Aida y dolor son dos palabras con un solo significado... Es posible que ames el dolor y que te emociones con la desgracia desde hoy..., la conversación sigue sin interrumpirse..., tus amigos ríen y se miran unos a otros, como si ninguno de ellos hubiera experimentado jamás el amor en su corazón... Huseyn ríe con tranquilidad y satisfacción... Ismail como un pendenciero, con alboroto. Hasan con discreción y aires de superioridad... Huseyn no habla nada más que de Ras el-Barr... Te aseguro que iré un día en peregrinación, que buscaré la arena que hayan pisado los pies de mi amada para besarla postrado ante ella..., los otros cantan las excelencias de San Stefano y hablan de olas como montañas. ¿De verdad? Imagínate un cadáver arrojado por las olas a la orilla, y al que el mar hubiera despojado de su belleza y su perfección... Admite, después de todo esto, que

el hastío acecha a los seres humanos, y que la felicidad puede que se encuentre detrás de las puertas de la muerte...»

La tertulia continuó hasta que llegó el momento de separarse. Se dieron la mano calurosamente... Kamal a Huseyn, y Huseyn a Kamal... luego se marcharon, diciendo:

—¡Hasta la vista... en octubre!

Como en la misma situación del año pasado y de los anteriores, se preguntaba con tristeza cuándo volverían los amigos. Ahora su deseo no era atizado por la vuelta de nadie. Viniera o no viniera octubre, regresaran o no regresaran los amigos, continuaría sin apagarse. A partir de ahora ya no maldeciría los meses de verano por alejarlo de Aida. El abismo que hoy los separaba era más profundo que el tiempo. Este había sido su remedio junto con la paciencia y la esperanza. Pero hoy peleaba con un enemigo desconocido, con una fuerza contra la cual no disponía de talismán ni magia alguna. Sólo tenía ante sí el silencio y el infortunio, hasta que Dios decidiera acabar con sus días. Veía el amor planeando por encima de su cabeza, como el destino, abrumándolo con la carga de un inmenso dolor, más poderoso e ineludible que la realidad tangible. Todo esto le hacía contemplarse con una mirada de respeto y tristeza.

Los tres amigos se separaron delante de la residencia de los Shaddad. Hasan Selim se encaminó hacia la calle de los Palacios, Kamal e Ismail en dirección a el-Huseyniyya, por el camino de costumbre hasta que al final también se separaron: Ismail para ir a Gamra y Kamal al viejo barrio. Cuando estuvieron solos, Ismail estalló en una fuerte y prolongada carcajada. Kamal le preguntó por la razón de aquella risa, a lo que respondió maliciosamente:

—¿Todavía no te has dado cuenta de que eres una de las principales razones que les ha empujado a acelerar el anuncio del compromiso?

—¿Yo? —se le escapó un grito a Kamal, con el asombro reflejado en sus ojos.

—Sí, tú —dijo Ibrahim con indiferencia—. Hasan no estaba tranquilo con vuestra amistad. Esto me parece claro, aunque él no me haya dicho ni una sola palabra al respecto. Es muy arrogante... tú lo sabes... No sé cómo decirte...: te aseguro que no estaba tranquilo con vuestra amistad. ¿Recuerdas lo que ocurrió entre vosotros aquel día? Resulta evidente que le pidió a ella que fuera menos liberal en el trato con los amigos. A buen seguro, ella le respondería que no tenía ningún derecho a exigirle eso. A continuación habría dado el paso decisivo..., para hacer valer sus derechos.

—Yo no era el único amigo —exclamó Kamal, mientras los latidos de su

corazón llegaban a imponerse sobre su voz—. Aida era la amiga de todos nosotros.

—Pero es a ti a quien escogió para intranquilizarlo a él —dijo Ismail con sorna—. Quizás porque Aida sentía en tu amistad un calor que no encontraba en ningún otro. En cualquier caso no deja los asuntos a la improvisación... Se proponía hace tiempo conquistar a Hasan y ahora ha recogido el fruto de su paciencia.

«¿Conquistar a Hasan? ¿El fruto de su paciencia...? ¡Qué dos expresiones! Tan estúpido como decir que el sol sale por occidente».

—¡Qué mal juzgas a la gente! —continuó Kamal con el corazón suspirando—. Nada es como tú te imaginas.

—Es posible que todo haya sucedido por casualidad —respondió Ismail, sin adivinar los sentimientos de su amigo—. O que Hasan se lo haya inventado. De todas maneras, el resultado final queda a su favor.

—¡A su favor! —gritó Kamal, enfadado—. ¿Qué es lo que supones? Dios mío: hablas de ella como si el compromiso con Hasan constituyera una victoria para Aida y no para él.

Ismail le clavó la mirada con aire de extrañeza, y diciéndole:

—Tú no pareces convencido de que casos como el de Hasan son infrecuentes: familia, posición, futuro... El de Aida no es raro..., mucho menos de lo que te imaginas. ¿No la valoras por encima de lo que vale? Si la familia de Hasan accede a la boda es por la inmensa riqueza de su padre, me parece a mí. No es una joven... —vaciló durante unos momentos—... de una belleza excepcional... en ningún sentido...

«O está loco, o el loco eres tú...» Ya anteriormente le había producido un daño similar un artículo injurioso cuyo autor atacaba el régimen del matrimonio en el Islam. ¡Dios maldiga a todos los descreídos!

Kamal le preguntó con una calma que ocultaba su sufrimiento:

—¿Por qué entonces hay tantos admiradores girando en torno a ella?

—Quizás te refieras a mí al afirmar eso —exclamó Ismail con un tono de jovialidad populachera mientras elevaba la barbilla orgullosamente—. No ignoro que tiene un espíritu delicado..., un modelo propio de elegancia... Incluso que sus normas sociales al estilo occidental le dan encanto y un aire seductor. Pero, aparte de esto, es demasiado cetrina, flacucha y no tiene nada de atractivo. Vente conmigo a Gamra y verás tipos de belleza que harán palidecer la suya, en el conjunto y en el detalle. Allí verás la verdadera gracia de la piel clara, de los pechos bien formados, de las caderas poderosas... Esa es la belleza, si quieres saberlo... Ella no tiene nada de atractivo.

«Como si ella fuera algo deseable al estilo de Qámar o Maryam... de pechos bien formados y caderas poderosas... Como quien describe el alma por los rasgos del cuerpo. ¡Qué inmenso dolor! Estaba escrito que hoy apurarías la copa del dolor hasta los posos. Si van a continuar estos golpes mortales, mejor sería dar la bienvenida a la muerte...»

En el-Huseyniyya se separaron, y siguió cada uno su camino...

Ya podían pasar los años, sin que se entibiara su amor por aquel camino. Por él iba hablando consigo mismo, mientras miraba con pesadumbre todo cuanto lo rodeaba. «Si se me permitiera amar a la mujer que ha escogido mi corazón como quiero a esta calle, me evitaría muchos disgustos». Lo extraño es que se trataba de un laberinto. No se podía andar unos metros por ella sin torcer a derecha o a izquierda. En cualquier lugar te aparecía un recodo ocultando tras de sí lo desconocido. La estrechez del espacio entre sus dos aceras le daba un aire humilde y acogedor como el de un animal doméstico. Alguien que estuviera sentado en una tienda de la derecha podía dar la mano a otro situado en un comercio de la izquierda. Unos toldos hechos con lona se extendían en lo alto, protegiéndola contra los abrasadores rayos del sol, y produciendo con su sombra un agradable aire fresco. En los estantes y las repisas, sacos apilados llenos de alheña verde, pimienta roja y negra, frascos de agua de rosa y perfumes, papeles coloreados y pequeñas balanzas.

Desde arriba colgaban lámparas de diferentes tamaños y colores, como si fueran guirnaldas. El aire rebosaba de un intenso aroma, similar a la fragancia de un antiguo sueño olvidado.

«Dios me libre de las *melayas*, los velos negros con sus *arús* dorados, los ojos pintados con *kohl* y las caderas pesadas. Caminar soñando entre las luces multicolores de una bella fantasía resulta algo agradable. Pero me quejo de que me consuma el corazón y los ojos. Contar las mujeres aquí sería imposible. Bendito este lugar que las acoge y no te deja más salida que gritar desde las entrañas de tu alma: "¡Qué ruina la de tu casa, Yasín!". Entonces te responde una voz: "Abre tienda en el-Tarbía y establécete". Tu padre es un comerciante..., dueño de sí mismo..., que gasta en diversiones dos veces el doble de tu salario. Ábrela y pon un encargado. Y si vendes tú, para eso está el comercio de el-Guriyya o la tienda de el-Hamzawi. Tú vendrás por la mañana, como un sultán, sin horario que te ate, ni jefe que te mande. Te sentarás detrás de la balanza y vendrán a ti mujeres por todos lados: "Buenos días, señor Yasín. Dios le guarde, señor Yasín". Ya me gustaría dejar a una mujer recatada sin saludar, o a una desvergonzada sin citar. ¡Qué agradable visión y qué cruel para quien ha de permanecer hasta el final de sus días como vigilante de la Escuela de el-Nahhasín! La pasión es una enfermedad que tiene por síntomas el hambre insaciable y un corazón tornadizo. ¡Concede, Dios mío, tu misericordia a quien creaste con vocación de califa o sultán, y es sólo vigilante de escuela!

Abandona toda esperanza y no te escondas en la mentira. El día que la llevaste contigo a Qasr el-Shawq tenías la esperanza de una vida tranquila y reposada. ¡Dios!, combate el hastío, pues se desliza en el alma como el gusto amargo de la enfermedad se introduce en la saliva. He andado detrás de ella un año y luego me he hartado en unas semanas. ¿Qué es la desgracia sino esto? Tu casa es la primera con barullo de quejas en la luna de miel. Pregúntale a tu corazón dónde está Maryam..., dónde la gracia que te hacía palidecer. Te responderá con una risa suspirante y te dirá: "Comimos hasta saciarnos y llegamos a tenerle asco al olor de la comida". Ella sabe cómo jugar, y no se le escapa nada. Es inteligente. Recordad las buenas cualidades de vuestros muertos. ¿Es mejor tu madre que la suya? Lo importante es que ella no es como Zaynab, a la que resultaba fácil engañar, y que no agobiaba con su mal humor cuando se enfadaba. Ella no es de las que bajan la vista ni tú de los que se contentan fácilmente. ¡Cuándo saciará una mujer tu hambre rabiosa, o conocerá tu corazón la calma! Y con esto imaginas que conseguirás una vida conyugal feliz. ¡Qué grande es tu padre y qué despreciable tú! No podrías llegar a ser como él, aunque ese fuera tu remedio, parecerte. Pero, Dios mío, ¿qué es lo que veo? ¿Es eso realmente una mujer? ¿Cuántas toneladas crees que pesa? Por Dios, no he visto antes tal altura ni tal anchura. ¿Cómo tomar posesión de este cortijo? Prometo que si cae en mis brazos una mujer de su magnitud, la hago dormir desnuda en el centro del cuarto y doy siete vueltas alrededor de ella mientras voy...»

—¡Eres tú!

La voz venía de detrás de él, y le estremeció el corazón. Rápidamente volvió la mirada desde la mujer gorda hacia ella. Vio a una joven con una capa blanca.

—¡Zannuba! —gritó, sin poderse contener.

Se dieron la mano calurosamente mientras ella se reía. La instó a caminar para no atraer todas las miradas de la gente. Y se pusieron a andar una al lado del otro abriéndose paso entre la multitud. Se habían encontrado después de mucho tiempo. Ella no había acudido a su mente sino en raras oportunidades desde que otras ocupaciones la alejaron de él. Pero le pareció tan guapa como la última vez que la vio o quizá más. ¿Qué era esa forma de vestir moderna que había sustituido a la amplia *melaya*? Lo invadió, una sensación de vitalidad y alegría.

—¿Qué tal? —le preguntó ella.

—Bien, ¿y tú?

—Ya ves.

—Perfectamente, gracias a Dios. Has cambiado tu forma de vestir. No te he reconocido al principio. Te recordaba caminando con tu *melaya*...

—Tú no has cambiado. No has envejecido. Quizá has engordado un poco...

—Tú sin embargo eres otra... Una europea —sonrió con prudencia—... pero con hechuras de el-Guriyya.

—¡Esa lengua...!

—Me asustas. Has profesado o te has casado.

—No hay nada imposible para Dios...

—En cuanto a lo primero, tu capa blanca lo desmiente. Y el casamiento, otra cosa estaría más lejos; la falta de cabeza te llevará un día a él.

—¡Cuidado! Estoy casada..., poco más o menos.

—Como yo, exactamente —dijo él riendo mientras se dirigían hacia el-Muski.

—Pero tú estás realmente casado, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabes? —Luego continuó, refrenándose—: ¡Ah!, me olvidaba que nuestros asuntos en vuestra casa están antes que nada.

Se rio otra vez con una carcajada llena de significado. Ella sonrió enigmáticamente.

—¿Te refieres a la casa de la Sultana?

—O a la de mi padre. ¿No es siempre el amor?

—Más o menos.

—Ahora todo en ti es «poco más o menos». Yo también estoy casado poco más o menos. Quiero decir..., casado y buscando una compañera.

Zannuba ahuyentó con la mano una mosca de su cara, haciendo tintinear los brazaletes de oro que rodeaban su muñeca.

—Tengo un compañero y busco un marido.

—¿Un compañero? ¿Quién es ese feliz hijo de...?

—Con cuidado, deslenguado —le cortó ella, haciéndole un signo de precaución—. Es un hombre de posición...

—¿De posición? —contestó en tono irónico—. Vamos, vamos, Zannuba... Me gustaría darte...

—¿Te acuerdas de cuando nos vimos por última vez?

—¡Puf! Mi hijo Redwán tiene ahora seis años. La última vez que nos vimos fue hace siete años... poco más o menos.

—Toda una vida.

—Pero no se debe nunca perder la esperanza de encontrarse en este mundo...

—Y de separarse...

—Parece que has puesto el ser fiel junto a la *melaya*...

—¿Y tú hablas de fidelidad, torete? —le espetó Zannuba clavándole una mirada



cortante.

Su falta de formalidades hasta ese extremo, le complacía, y atizaba sus ilusiones.

—Dios sabe lo contento que estoy de verte. Has acudido muchas veces a mi mente... Pero así es el mundo...

—El mundo de las mujeres, ¿no?

—El mundo de la muerte —respondió afectado—. El mundo de las penas...

—No parece que soportes muchas penas. Un mulo envidiaría tu salud...

—La envidia no está hecha para los ojos bonitos.

—¿Tienes miedo de ti mismo? Eres más grande que Abd el-Halim el-Masri.

Se rio con arrogancia y luego calló un momento antes de decir en tono serio:

—¿Dónde ibas?

—¿Por qué va una mujer sola a el-Tarbía? ¿Crees que toda la gente es como tú y no piensa más que en restregarse con ellas?

—¡Qué depravación, Dios!

—Depravación... Cuando me encontré contigo estabas comiéndote con los ojos a una mujer como una mesa de camilla.

—¡Qué va! Estaba distraído, pensando, sin fijarme en lo que miraba...

—¡Tú! Si tuviera que dar un consejo a quien quisiera verte, lo enviaría a recorrer el-Tarbía buscando a la mujer más gorda. Estoy segura de que te encontraría detrás de ella, pegado como la garrapata al perro...

—Señora mía: tienes la lengua cada día más larga.

—Acorta tú la tuya.

—Dejémoslo y vayamos a lo importante, ¿dónde vas ahora?

—A comprar algunas cosas. Luego volveré a casa.

—¿No quieres que pasemos juntos un rato? —le indicó titubeante después de un momento de silencio.

Ella lo miró con sus ojos negros y coquetos.

—Detrás de mí hay un hombre celoso...

—En un lugar agradable donde podamos beber unas copas —respondió, como si no hubiera oído su objeción.

—Te he dicho que detrás de mí hay un hombre celoso —le repitió con voz más alta que la anterior.

—El «Tout va bien» —continuó él sin preocuparse—, ¿qué te parece? Es un lugar agradable, y con una buena persona como yo... Llamaré a ese taxi...

Un murmullo de protesta salió de ella. Luego preguntó con un enojo que contradecía la expresión de su rostro: «¿A la fuerza?». Miró su reloj de pulsera. Este

nuevo movimiento hizo reír a Yasín. Ella dijo en tono de condición:

—Pero no debo retrasarme. Ahora son las seis. Es necesario que esté en casa antes de las ocho.

Cuando el taxi había emprendido el camino se preguntó si alguien los había visto entre el-Tarbía y el-Muski. Él se encogió de hombros con indiferencia y deslizó su *tarbúsh*, inclinándolo sobre su ceja derecha hacia atrás, con el mango de su espantamoscas curvo. ¿Por qué preocuparse? Maryam estaba sola. No había detrás de ella un salvaje como Muhammad Effat, el destructor del primer hogar que levantó. En cuanto a su padre, era un hombre inteligente que sabía que ya no estaba ante el niño inocente a quien castigaba en el patio de la vieja casa.

En el jardín del «Tout va bien» se sentaron en una mesa, uno frente al otro. El bar estaba lleno de mujeres y hombres. Un piano mecánico hacía sonar sus monótonas melodías. De vez en cuando llegaba desde el otro extremo un olor a carne asada, traído por la brisa. Yasín comprendió, ante la confusión de ella, que era la primera vez que acudía a un sitio público. Esto hizo que le entrara una ácida alegría. En aquellos momentos estuvo seguro de que aquello era una auténtica nostalgia, no un deseo pasajero. Los días pasados con ella le parecían los más felices de su vida. Pidió una botella de coñac y una carne asada. El agua de la vida comenzó a regar sus mejillas. Se quitó el *tarbúsh* y dejó a la vista su cabello negro separado por una raya en mitad de la cabeza, lo mismo que el de su padre. Cuando lo vio Zannuba se dibujó en las comisuras de sus labios una leve sonrisa. Yasín no llegó a comprender lo que había detrás de ella. Era la primera vez que estaba con una mujer en un bar, fuera de Wagh el-Birka. Y también la primera aventura desde su segunda boda, a excepción de una única experiencia en Darb Abd el-Jáliq. Quizás fuera igualmente la primera ocasión en que bebía coñac de primera clase fuera de su hogar, pues no tomaba coñac del bueno excepto el de las botellas que adquiría para casa, para el uso «legal», según su expresión.

Llenó dos vasos con satisfacción y orgullo, levantó su copa y le dijo:

—A la salud de Zannuba Martel.

—Yo bebo *whisky* Dewars con el *bey* —exclamó ella con orgullo, libre de segunda intención.

—Bendigamos su conducta —contestó Yasín resoplando—. Dios nos permita relegarlo al pasado...

—Después de ti...

—Lo veremos. Cada vez que bebemos una copa se nos abren puertas y nos liberamos de una atadura...

Conscientes ambos del corto espacio de tiempo de que disponían, bebieron apresuradamente, llenando las copas y vaciándolas enseguida. De este modo el coñac comenzó a dejar sentir su lengua de fuego en sus estómagos. Y a hacer subir el mercurio de la borrachera en el termómetro de sus venas. Las hojas verdes que salían de los arriates situados tras el muro de madera del jardín abrían sus bocas con sonrisas resplandecientes. El piano encontró por fin oídos atentos. Sus rostros soñolientos y exaltados se intercambiaron miradas amables y afectuosas. La brisa del atardecer flotó en olas de una música muda. Todo resultaba agradable y bello.

—¿Sabes lo que tenía en la punta de la lengua cuando te vi hoy mientras fijabas tus ojos en aquella mujer como un perro rabioso?

—¿Cómo? Vacía primero tu copa para que te la llene...

—Estuve a punto de gritarte —dijo mientras se comía un trozo de carne asada—: «¡Hijo de perra...!».

—¿Y por qué no lo hiciste, hija de la herida? —respondió con una sonora risa.

—Tengo por costumbre no insultar nada más que a los amigos, y en aquel momento tú eras un extraño o casi.

—¿Y ahora qué me dirías?

—Hijo de setenta...

—¡Por Dios! —El insulto emborracha más que el vino algunas veces—. Esta es una noche bendita, de la que hablarán los periódicos mañana.

—¡Dios nos libre del mal! ¿Te propones montar un escándalo?

—Sé benevolente, Señor, conmigo y con ella.

—No me has hablado de tu nueva mujer —le preguntó ella con cierto interés.

—¡La pobre! —respondió Yasín atusándose el bigote—. Su madre ha muerto este año.

—¡Que Dios te dé larga vida! ¿Era rica?

—Dejó una casa... al lado de la nuestra. Quiero decir al lado de la de mi padre. Pero la dejó a partes iguales para mi esposa y para su marido.

—Seguro que tu esposa es bonita. Tú escoges lo mejor.

—Tiene su belleza —contestó, con precaución—. Aunque no puede compararse a la tuya.

—Eres el mismo...

—¿Ya sabes que miento siempre?

—¿Tú? Dudo a veces que te llames realmente Yasín.

—Entonces bebamos este otro vaso.

—¿Quieres emborracharme para que te crea?

—Si te digo que te deseo y que te añoro, ¿dudarás de mi sinceridad? Mírame a los ojos, tómate el pulso.

—Tú eres capaz de decir esas palabras a cualquier mujer que se te acerque.

—Eso es como decir que el hambriento desea cualquier clase de comida. Pero puedes tener por la *muhijiyya* una afición especial.

—El hombre que ama realmente a una mujer no rechaza casarse con ella.

—Te equivocas —dijo Yasín, resoplando—. Me entran ganas de subirme encima de esta mesa y gritar en voz alta. ¿Quién de vosotros que ame a una mujer no se casaría con ella? Desde luego no existe nada para matar el amor como el matrimonio. Créeme..., tengo experiencia... Me he casado una vez, otra, y sé lo que tienen de verdad mis palabras.

—Quizás no hayas llegado todavía a la mujer que te conviene.

—¿La que me conviene? ¿Cómo es esa mujer? ¿Qué sentido lleva a ella? ¿Dónde está esa mujer que no se hastía?

—Parece como si desearas ser toro único en un corral de vacas —exclamó Zannuba con una risa apagada.

—¡Dios!... ¡Dios! —dijo, chasqueando los dedos, afectado—. Hace tiempo alguien me llamaba toro... Mi padre, que nuestro Señor le conceda el bien... ¡Cómo desearía ser como él! Obtener una mujer que es un modelo de obediencia y sobriedad. Ir a mi capricho, no encontrar penalidades en mi vida. Estar a gusto en el matrimonio. A gusto en el amor... Esto es lo que quisiera.

—¿Cuántos años tiene?

—Creo que cincuenta y cinco. Pero es más fuerte que un joven.

—Nadie es fuerte frente a los años... y que Dios lo conserve con salud.

—Menos mi padre... Es amado por las mujeres. ¿No lo ves por tu casa?

—He dejado esa casa hace meses —exclamó riéndose, mientras arrojaba un hueso a una gata que maullaba a sus pies—. Ahora tengo una casa propia en la que soy la señora.

—¿De verdad? Creí que bromeabas. ¿Dejaste las tablas también?

—Las dejé. Le estás hablando a una señora en todo el sentido de la palabra.

—Entonces —dijo él carcajeándose divertido—, bebe e invítame a beber, y que Dios sea benevolente con nosotros.

Había algo arrebatador en el propio espíritu y en el aire; pero ¿cuál de estas dos realidades era la voz dominante y cuál el eco? Más extraño era aún que la vida se insinuara en los seres inertes. Los arriates languidecían entre murmullos, los rincones del jardín se susurraban mensajes al oído. El cielo miraba con ternura a la

tierra a través de los ojos soñolientos de las estrellas y le hablaba. Yasín y su acompañante se intercambiaban mensajes desde lo más profundo de su intimidad, que hacían latir sus corazones y brillar sus ojos en el aire lleno de luces visibles e invisibles. Había algo en el ambiente que empujaba a reír. Los rostros, las palabras, los gestos...; todo incitaba a la risa. El tiempo pasaba a la velocidad de un meteorito. Los duendes de la alegría pasaban incitando a ella de una en otra mesa con miradas de circunstancia. Desde lejos se desparramaban las notas del piano, veladas por el sonido de las ruedas del tranvía. Los jóvenes del jardín y los últimos transeúntes producían a su alrededor un murmullo como el zumbido de una mosca. Las tropas de la noche comenzaban a acampar encima de los tejados de las casas. «Parece como si esperases que venga a ti el copero y te pregunte: "¿No es suficiente ya para emborracharse?". Tú te extrañas y no lo haces de cosas más importantes. ¡Ay!, si Maryam se postrase ante ti, susurrando: "Dame una habitación para mostrarte mi obediencia, y llena los otros cuartos con las mujeres que quieras". O el supervisor de la Escuela te palmoreara amistosamente la espalda cada mañana, diciéndote: "¿Cómo está tu padre, hijo?". O que el gobierno abriera una nueva calle delante de la tienda de el-Hamzawi o de la vivienda de el-Guriyya. O que Zannuba te dijera: "Mañana dejaré la casa de mi compañero y me consideraré tu servidora". Si sucediera todo esto, la gente se reuniría al final de la oración del viernes para besarse sinceramente. Lo más prudente esta noche sería sentarse en un sofá y que Zannuba bailase desnuda delante de ti. Podrías así contemplar aquel lunar que tiene debajo de su ombligo».

—¿Cómo está mi querido lunar? —preguntó sonriendo y señalando su vientre.

—Te besa las manos —contestó ella riendo.

—¿Ves esa gente? —exclamó lanzando una mirada perdida a su alrededor—. No hay entre ellos más que adúlteros e hijos de adúlteros. Y todos están borrachos.

—¡Encantada! En cuanto a mí, siento volar mi espíritu.

—Espero que eche a volar la parte en la que está tu compañero.

—¡Si supiera lo que está pasando ahora entre nosotros! Un día te clavaré un extremo de sus bigotes.

—¿Es acaso un sirio de los que tienen grandes bigotes y...?

—¿Sirio? —exclamó ella, y luego se puso a cantar con voz poco audible—: ¡Barhum, oh Barhum!

—Chist... Vas a atraer sobre nosotros todas las miradas.

—¿Qué miradas, ciego? No queda casi nadie...

—El vino está loco —exclamó él acariciándose el estómago y resoplando.

—La loca es tu madre.

—Elevas la voz más de lo necesario. ¡Vámonos!

—¿Dónde?

—Tú tienes más edad que yo. Dejemos a los pies que nos lleven.

—¿Es sensato dejar guiar a los pies?

—En cualquier caso, son más seguros que un seso desperdiciado.

—Piensa un poco en...

—Es preciso que dispongamos nuestros asuntos sin pensar —le cortó Yasín mientras se levantaba, tambaleándose— ya que el pensamiento no nos obedecerá antes de mañana por la mañana. ¡Vámonos...!

Las ventanas de las casas habían cerrado sus párpados. En las calles desiertas, únicamente una brisa vagabunda o una soñolienta luz de farola. El silencio tenía ante sí todo el aire, para perderse y extender sus alas. «De qué me sirven los hoteles si sus dueños te acogen con mirada retorcida, como si fueras un débil enfermo al que rehuyen. Lo cierto es que no te preocupas porque te desprecien, sino porque te quedarás sin refugio. El sueño abraza ya a los amantes mientras la pena vaga en tu rostro. Ahí va un cochero que, vencido por el sueño, levanta su cabeza y te dirige una mirada de saludo. Otorga tu piedad, Dios mío, al que, acompañado por una mujer al final de la noche, pregunta hacia dónde ir...»

—¿Adónde?

—Estoy a tus órdenes —respondió el cochero.

—No me dirigía a ti con la pregunta —exclamó Yasín.

—Estoy a tus órdenes, en cualquier caso —dijo el cochero.

—No me preguntes a mí sino a ti mismo —intervino Zannuba en ese momento—. ¿No pensaste en ello antes de emborracharte?

El cochero, en la parte delantera de la calesa, volvió a hablar ante el silencio de ellos dos:

—El Nilo. Es el mejor sitio. ¿Vamos a la orilla del río?

—¿Eres un cochero o un barquero? ¿Qué vamos a hacer junto al Nilo a esta hora de la noche?

—Hay poca luz allí y el lugar está desierto —indicó el cochero con aire de incitación.

—El ambiente propicio para los ladrones.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Zannuba con temor—. Mis orejas, mi cuello y mis brazos están llenos de oro.

—¡No hay problema! —dijo el cochero moviendo los hombros—. Yo voy cada noche allí con buena gente como vosotros, y regresamos sanos y salvos.

—No vuelvas a mencionar el Nilo —terció Zannuba violentamente—. Siento escalofríos en el cuerpo sólo de oírlo.

—¡Que el mal se aleje de tu cuerpo! —exclamó el cochero.

—¡Háblame a mí! —gritó Yasín mientras ocupaba su asiento en el coche de caballos, junto a Zannuba—. ¿Qué tienes tú que ver con su cuerpo?

—Sí, *bey*, estoy a tu servicio.

—Esta noche todo es complicado.

—Nuestro Señor arreglará las dificultades. Si quieres un hotel, iremos a uno.

—Hemos tenido altercados en tres hoteles —replicó ella—. ¿Tres, o fueron cuatro, Zannuba? Ya ni sabes dónde estás. Busca otra cosa...

—Volvamos al Nilo...

—¿Y mi oro? —gritó Zannuba, enfadada.

—Preferiría que fuera a otro lugar, pero no lo hay —dijo Yasín extendiendo las piernas sobre el asiento trasero.

—Si es por el lugar —dijo el cochero—, tenéis la calesa a vuestra disposición.

—¿Os habéis propuesto los dos maltratarme? —gritó Zannuba.

—Tienes razón, tienes razón —contestó Yasín atusándose el bigote—. El coche de caballos no es el lugar adecuado. A estas alturas no voy a contentarme con juegos de niños. ¡Escucha!

El hombre inclinó la cabeza, y Yasín le ordenó con un grito destemplado:

—A Qasr el-Shawq...

«Cascos de caballo. Te metes en las tinieblas. Únicamente se mueven las estrellas. En el horizonte brilla una angustia que no tarda en sumergirse en el mar del olvido, como un recuerdo rebelde. La voluntad se disuelve en un vaso de alcohol. Cuando tu compañera de juerga pregunta, con voz balbuceante: "¿Piensas ir a Qasr el-Shawq?", respondes: "A la casa que he heredado de mi madre. El destino ha dispuesto que viviese en ella para la pasión, y que se destine, después de su muerte, para la pasión". Recibiste con corazón anhelante a Umm Maryam y a Maryam. Esta noche abrazarás a la dueña de tus noches de antaño. ¿Y tu esposa, borracho? "Ella duerme a pierna suelta." "¿No hay que tenerlo todo en cuenta?" "Estás con un hombre cuyo corazón no conoce el miedo. Arranca de aquellas estrellas perlas para adornar tu frente y cántame al oído para mí sola: ¡Déjame amar esta noche, madre!"...»

—¿Dónde pasaré el resto de la noche?

—Te llevaré a donde quieras.

—No podrías llevar ni una mota de paja...

—París sería el Delta del Nilo, como quien dice, de cercano.

—Si yo no le tuviera miedo...

—¿Y quién es ese?

Zannuba contestó con voz rota y volviendo la cabeza hacia atrás:

—¿Quién me lo va a decir? Ya no sé ni...

Una espesa oscuridad envolvía el-Gamaliyya. Hasta el café había cerrado sus



puertas. El coche de caballos se paró a la entrada de Qasr el-Shawq. Yasín bajó de él eructando. Le siguió Zannuba, apoyándose en su brazo. Se pusieron a andar juntos, con cuidado, pero sin poder evitar el paso vacilante. Dejaron atrás la tos del cochero y el traqueteo de las pisadas del vigilante, que pasó junto a la calesa mientras esta giraba, para ver qué era. «La calle está llena de baches», exclamó ella. «Sí, pero la casa está tranquila», dijo él, y añadió: «No te preocupes». Zannuba intentó en vano recordarle que su esposa estaba en el piso al que se dirigían. Aparte de que al hacerlo se reía despreocupadamente en la oscuridad. Ella llegó a tropezar dos veces mientras subía la escalera. Por fin se detuvieron ante la puerta del piso, jadeantes. El miedo por la situación espoleaba sus mentes confusas con un sobresalto pasajero, mientras ella intentaba lánguidamente poner orden en la disipación de él. Con cuidado, Yasín giró la llave en la cerradura. Luego empujó la puerta con extrema cautela. En la oscuridad buscó la oreja de Zannuba hasta que tropezó con ella. Se inclinó y le susurró que se quitara los zapatos. Él hizo lo mismo. Se situó un paso por delante de ella y Zannuba le colocó su mano en el hombro. Entraron en la sala de estar, frente al vestíbulo. A continuación empujó la puerta y pasó al interior, seguido por ella. Los dos dejaron escapar un suspiro de alivio. Yasín cerró la puerta y la llevó hacia el sofá, donde se sentaron juntos.

—¡Qué oscura está! —exclamó Zannuba con fastidio—. No me gusta la oscuridad.

—Te acostumbrarás a ella dentro de poco —respondió él mientras ponía los dos pares de zapatos bajo el sofá.

—Me empieza a dar vueltas la cabeza...

—¿Ahora?

De pronto, Yasín se levantó sin prestar atención a lo que ella le respondía, y masculló despavorido:

—No he cerrado la puerta de la calle. Luego se llevó la mano a la cabeza y exclamó:

—He olvidado también el *tarbúsh*. En el coche de caballos o en el «Tout va bien».

—¡A la porra con el *tarbúsh*! Cierra la puerta.

Se deslizó otra vez hacia el recibidor y luego hasta la puerta de entrada, que cerró con toda precaución. En el camino de vuelta se le ocurrió una idea tentadora. Se dirigió hacia la consola, extendiendo la mano hacia adelante para tratar de prevenir el chocar contra las sillas del comedor. Luego volvió a la sala de estar llevando una botella de coñac medio llena que colocó en el regazo de ella,

diciéndole:

—Te traigo el remedio contra todo.

—¿Alcohol? —exclamó palpando con la mano la botella—. ¡Ya tienes suficiente! ¿Quieres que rebosemos?

—Un trago para recuperar el aliento después de este esfuerzo.

Bebió hasta creerse con poder por encima de todo y pensar que la locura es una situación que puede considerarse buena. Pero el mar se levantó, elevándolo con sus olas y dejándolo caer luego. A continuación dio vueltas en un torbellino sin fondo. De los rincones del cuarto salían lenguas que emitían en la oscuridad vocablos ininteligibles. Lanzaban risas atronadoras en medio de un tumulto similar al del bullicio del zoco, incluso en las melodías que corren por el ambiente. La botella cayó al suelo, produciendo un sonido como de advertencia. Pero tenía ante él una meta que alcanzar aunque fuera en un mar de sudor, con tiempo suficiente o insuficiente. El tiempo no entraba en sus cálculos.

Entonces la oscuridad comenzó a moverse. Su piel y los párpados cerrados comenzaron a clarear súbitamente. Como al interrumpirse un sueño feliz, extendiendo él la mano para recoger un nuevo placer, lo despertó un sonido de algo que se movía. Abrió los ojos y vio luces y sombras bailando en las paredes. Concentró su atención en ellas y percibió junto a la puerta a Maryam, con una lámpara en la mano. El resplandor daba a su rostro una expresión amenazante mientras sus ojos desprendían el fuego de la cólera. Los dos entrelazados sobre el sofá y ella de pie junto a la puerta se intercambiaron miradas de asombro; de soslayo por el estupor, en un sentido, y de rabia encarnizada en otro. Nadie se atrevía a romper el silencio. Zannuba expresó su angustia abriendo la boca para hablar, pero no pudo articular palabra. Luego la dominó una súbita risa que no pudo evitar, de modo que tuvo que esconder el rostro entre las manos. Yasín le gritó, con voz gangosa:

—¡Deja de reírte! Esta es una casa decente.

Parecía que Maryam quería hablar pero su lengua no la ayudaba o le era imposible por la ira. Yasín se dirigió a ella sin saber lo que decía:

—He encontrado a esta señorita con una fuerte borrachera y la he traído aquí hasta que se recupere.

Zannuba no se calló:

—Él es el que está borracho, como ves. Y me ha traído aquí a la fuerza.

A Maryam se le escapó un gesto brusco, como si quisiera arrojarles la lámpara. Pero se detuvo al ver levantarse a Yasín, quien se le quedó mirando en actitud

prevenida. Ella volvió sobre sus pasos y colocó la lámpara sobre una mesa mientras apretaba, furiosa, los dientes. Luego habló por primera vez, con una voz penetrante, temblorosa, exasperada por el rencor y la ira:

—¡En mi casa! ¡En mi propia casa! ¡En mi casa, criminal, hijo del diablo!

Su voz retumbó como el trueno al insultarle. Le lanzó las peores ofensas. Chilló y gritó hasta atravesar su voz los muros. Llamaba a los vecinos jurando que lo pondría en evidencia y que los que estaban durmiendo testimoniarían en su contra. Yasín intentaba acallarla por todos los medios, haciéndole señas con la mano, fijando sus ojos en ella, dando gritos él también. Como sus intentos eran inútiles, se incorporó excitado y se dirigió hacia ella, a grandes zancadas para alcanzarla en el menor tiempo posible, pero sin precipitarse, temiendo perder el equilibrio. Se arrojó sobre ella y le cerró la boca con la palma de su mano. Pero ella le gritó en plena cara como una gata desesperada y le dio una patada en el vientre. Yasín retrocedió, tambaleándose y con el rostro descompuesto por la rabia y el dolor. Luego se cayó de bruces como un muro que se desploma. Zannuba soltó entonces un grito estridente. Maryam se precipitó sobre ella, tirándose encima. Con la mano derecha le tiraba del pelo mientras le clavaba en el cuello las uñas de la otra mano. Luego se puso a escupirle en el rostro, insultándola y maldiciéndola. Yasín no tardó en levantarse por segunda vez, meneando la cabeza bruscamente como para librarse de la borrachera. Fue hacia el sofá y le propinó a su esposa, echada encima de su rival, un fuerte puñetazo en la espalda. Maryam gritó y retrocedió para escapar de él. Ciego de ira, Yasín la siguió, golpeándola hasta que ella logró interponer la mesa entre ambos. Entonces ella se quitó una zapatilla y se la arrojó, dándole en el pecho. Él se puso a perseguirla. Ambos daban vueltas por la sala mientras Yasín le decía:

—¡Aléjate de mi vista! ¡Te repudio...! ¡Te repudio...! ¡Te repudio!

Alguien comenzó a golpear la puerta al tiempo que se oía la voz de la vecina del segundo piso:

—¡Maryam! ¡Señora! ¡Maryam!

Yasín, jadeante, dejó de correr. Maryam abrió la puerta y se apresuró a decir con una voz que llenó toda la escalera:

—Venid a mirar en este cuarto y decidme, si alguien ha visto antes nada parecido. Una puta en mi casa emborrachándose y armando jaleo. ¡Entrad y mirad!

—¡Cálmate, Maryam! —le dijo la vecina, sonrojada—. Vente conmigo hasta mañana.

—¡Vete con ella! —exclamó Yasín sin consideración—. No tienes derecho a permanecer en mi casa.

—¡Degenerado! ¡Criminal! —le espetó Maryam en su propia cara—. Me has traído una puta a nuestra propia casa.

—La puta lo eres tú —gritó Yasín mientras golpeaba la pared con el puño—. Tú y tu madre.

—Insultas a mi madre, que ya está ante Dios.

—¡Tú eres una puta! Lo sé de sobra. ¿No le acuerdas de los soldados ingleses? La verdad es que es culpa mía, por no tomar en cuenta las advertencias de la gente buena.

—Soy tu mujer y puedes estar tranquilo. Soy más honrada que tu familia y que tu madre. Pregúntate a ti mismo qué pasa con el hombre que se casa con una mujer sabiendo que es una puta, como tú has dicho. ¿No es un chulo asqueroso? Cásate con esta —dijo señalando hacia la sala—. Ella es de la clase que le va a tu repugnante carácter.

—Otra palabra, y hago correr tu sangre en el mismo lugar en que estás.

Sin embargo, Maryam volvió a gritar echando fuego por su boca hasta que la vecina entró interponiéndose entre los dos por si acaso. Se puso a darle palmadas en la espalda, rogándole que se fuera con ella a su casa hasta la mañana siguiente. Yasín, en el colmo de su enfado, le gritó:

—Coge tus vestidos y sal de aquí. Aléjate de mi vista. No eres mi esposa, no te conozco. Voy a entrar en ese cuarto ahora y guárdate de que te encuentre aquí cuando salga.

Luego se marchó a la sala de estar, empujando la puerta con una fuerza tal que hizo temblar los muros. Se arrojó en el sofá y se secó el sudor que le empapaba la frente.

—Tengo miedo —le susurró Zannuba.

—¡Cállate! —contestó Yasín groseramente—. ¿De qué tienes miedo? Soy libre... libre —añadió con voz potente.

—Pero ¿qué me ha pasado para hacerte caso y venir hasta aquí contigo? —exclamó, interrogándose a sí misma.

—¡Cállate! Lo hecho, hecho está. Yo no me arrepiento de nada.

Hasta ellos llegaron voces desde detrás de la puerta cerrada. Los vecinos en su mayoría rodeaban a la airada esposa. Luego se oyó la voz de Maryam diciendo en tono lastimero:

—¿Habíais oído nada parecido a esto? Una puta de hacer la calle, en mi casa. Me despertaron los ruidos que hacían los dos riendo y cantando. Sí, por Dios, cantaban sin recato, aturridos por la borrachera. Decidme si esto es una casa o un prostíbulo.

A continuación se oyó la voz de una mujer que decía, en tono de protesta:

—¿Recoger tus vestidos y dejar tu casa? Esta es tu casa, Maryam, y no está bien que la abandones. ¡Que salga de ella la otra!

—Ya no es mi casa —gritó Maryam—; ese me ha repudiado.

—No estaba en su sano juicio. Vente ahora con nosotros y pospongamos el asunto hasta mañana. Pase lo que pase con él, Yasín es un buen hombre, hijo de buena familia. ¡Dios maldiga al diablo! Ven, hija... y no te pongas triste.

—No hay nada que decir ni que contar —gritó Maryam—. ¡Que no amanezca el día para él, criminal, hijo de malhechora!

Se oyeron ruidos de pasos que se alejaban. Las conversaciones de los vecinos no fueron pronto más que un imperceptible murmullo. Resonó el golpe de la puerta al cerrarse. Yasín suspiró profundamente, y se dejó caer de espaldas.

Cuando abrió los ojos, la luz de la mañana inundaba la habitación. Se notó la cabeza pesada como no la había tenido nunca, aunque desde luego no era la primera vez que se despertaba después de una noche de borrachera. Moviendo la cabeza mecánicamente, fue a posar la vista sobre Zannuba, sumida en el sueño, a su lado. El recuerdo de los sucesos de la noche anterior se redujeron entonces a un solo hecho: Zannuba estaba en la cama de Maryam. ¿Y Maryam? En casa de los vecinos. ¿Un escándalo? En todo caso, qué considerable salto en la escala de la desgracia. De nada valía enfadarse o arrepentirse ahora. Lo que había pasado, pasado estaba. Todo cambia menos el pasado. ¿La despertaba? ¿Para qué? Que se hartara de dormir hasta saciarse. Tenía que quedarse, pues no sería conveniente que abandonara la casa antes de que cayera la noche. Él no tenía más remedio que recobrar algo de su vitalidad para afrontar aquel difícil día. Así que apartó de su cuerpo el liviano cobertor, y deslizó sus pies hasta el suelo de la habitación. Luego salió pesadamente, con el pelo revuelto, los párpados hinchados y los ojos enrojecidos. Ya en la sala bostezó con una especie de mugido. Luego resopló al ver abierta la puerta del cuarto de estar. La pesadez de su cabeza le hizo cerrar los ojos entre lamentos. Se dirigió hacia el baño. Tenía delante de él un día realmente difícil. Maryam en casa de los vecinos, la otra ocupando su cama. Además la mañana había llegado antes de desaparecer por completo las secuelas de sus excesos. ¡Qué loco! Lo que tenía que haber hecho era derramarse en ella antes de ir a refugiarse en su cama. ¿Cómo había podido dejar de hacerlo? ¿Qué clase de velo le tapaba la vista? O más bien, ¿cuándo y cómo se había ido con ella desde la sala de estar a la habitación? No recordaba nada, ni siquiera cómo y cuándo se durmió. En definitiva: un inmenso escándalo sin paliativos. Una noche vacía aunque cargada de vergüenza, como su cabeza lo estaba de preocupación y dolor. No era nada extraño: aquel piso lo habitaban hacía tiempo los demonios del escándalo. Lo había heredado de su madre, que Dios la perdone. La madre se había ido, pero quedaba el hijo para ser pasto de las habladurías y los chismes de los vecinos. Mañana la noticia habría corrido hasta Bayn el-Qasrayn. ¡Adelante!

«Es el fondo de la caída más profunda en la depravación y la vileza. Ojalá el agua fría con que te estás lavando purificara tu mente de los malos recuerdos. Quién sabe si te asomará a la ventana y encontrarás delante de tu puerta un grupo de personas, acechando la salida de la mujer que ha echado a tu esposa y ha ocupado su lugar. En ningún caso le permitirás salir, pase lo que pase. Has repudiado a Maryam.

Repudiada sin tú desearlo, con su madre todavía húmeda en la tumba. ¿Qué dirá de ti la gente después de este desaguisado?»

Sintió que necesitaba perentoriamente una taza de café para recomponer el ánimo. Abandonó el baño y fue hacia la cocina. Mientras cruzaba el pasillo que los unía, miró de reojo a la consola de la sala y recordó la botella de coñac derramada en el cuarto de estar. Se preguntó un momento qué había pasado con la alfombra. Pero inmediatamente recordó, con un punto de ironía, que el mobiliario del piso no era suyo, y que dentro de poco iría a manos de su propietaria. Pocos minutos después, con un vaso medio lleno de café, se encaminó hacia la habitación. Allí se encontró a Zannuba sentada en la cama, desperezándose y bostezando.

—Buenos días —exclamó volviéndose hacia él—. Si Dios no lo remedia, desayunaremos en comisaría.

Yasín tomó un sorbo de café y le dijo, mirándola por encima del vaso:

—Acude al Todopoderoso, Él lo sabe.

Zannuba movió los brazos haciendo sonar las pulseras de oro que llevaba.

—Tú eres el culpable de todo lo que ha pasado.

Él se sentó al borde de la cama, junto a sus pies extendidos.

—¿Qué es esto? ¿Un tribunal...? Lo dicho: Dios Todopoderoso lo sabe.

Ella le acarició la espalda con los tobillos, diciéndole entre suspiros:

—Has arruinado mi casa. Dios sabe lo que me espera ahí fuera.

Yasín cruzó una rodilla sobre la pierna. Su *galabiyya* dejó la otra al descubierto, con su bosque de negros vellos.

—Lo dices por tu compañero. ¡Dios te maldiga! ¿Qué es eso frente al haber repudiado a mi esposa? Tú eres la que ha destrozado mi casa. Y mi casa la que me ha destrozado a mí.

—Maldita noche —masculló Zannuba como para sí—. No sé dónde tengo la cabeza ni los pies. Ese alboroto no deja de retumbar en mi cabeza. Pero la verdad es que es culpa mía. No debería haberte hecho caso desde el principio...

Yasín pensó que, a pesar de sus lamentos, estaba satisfecha. O que ella acudía directamente a simular sus quejas. ¿No conocía mujeres en el-Ezbekiyya que pelearían a muerte porque se arrimara a ellas? Pero ahora no le preocupaba eso. La situación había llegado a tal límite de desesperación que le evitaba el trabajo de reaccionar para hacerle frente. No pudo por menos que echarse a reír:

—El cúmulo de desgracias da risa. Ríe: has destrozado mi casa y te has instalado en ella. Levántate, arréglate y prepárate a permanecer aquí un buen rato, hasta que se haga de noche. No dejarás la casa hasta que oscurezca.

—¡Vaya noticia! Aquí encarcelada... ¿Dónde está tu mujer?

—Yo no tengo mujer.

—¿Dónde está ella?

—En el juzgado, supongo.

—Temo que se lance contra mí cuando salga...

—¿Tienes miedo? Dios se apiada de nosotros. La noche de ayer, con todos sus errores, no te ha hecho perder tu astucia ni tu perversidad... Digna sobrina de tía Zubayda.

Zannuba se rio. Parecía que se alegraba del defecto que le imputaba, que se enorgullecía incluso. Luego alargó la mano hacia el vaso de café, lo agarró y tomó un poco. A continuación se lo devolvió, diciéndole:

—¿Y ahora?

—Lo que ves. No sé más que tú. Pero no me agradaría ser puesto de nuevo en evidencia delante de la gente como la noche pasada.

—No te preocupes por eso —exclamó ella levantando los hombros con indiferencia—. No hay hombre que no tenga que esconder bajo la barba vergüenzas que no podría contener la tierra.

—A pesar de todo, es un escándalo. Fíjate en la riña, los lamentos y el repudio en la madrugada. Recuerda los vecinos acudiendo curiosos y despavoridos a mi casa, viéndolo todo con sus propios ojos.

—Ella fue la que empezó —dijo Zannuba cortante.

Él no pudo contener una risa burlona.

—Podía haber tratado el asunto con más sensatez —insistió ella— si fuera juiciosa. Los extraños son indulgentes con los alborotos de los borrachos. Fue ella la que se ganó a pulso el repudio. ¿Qué fue lo que decías...? Puta, hija de puta... ¿Y las últimas palabras sobre los soldados ingleses...?

Ahora recordaba sólo aquello. Él le dirigió una mirada furiosa e inquisidora, preguntándole cómo se habían fijado aquellas palabras en su memoria. Molesto, masculló:

—Estaba enfadado, no sabía lo que decía.

—No me lo creo.

—Métete tus creencias donde te quepan.

—¿Y los soldados ingleses...? ¿Te la encontraste en el bar «Finish»?

—¡Piedad, Dios mío! Ella es hija de buena gente y vecinos de toda la vida. La ira me hizo lanzar esas maldiciones...

—Sin ellas, no hubiera descubierto algunos secretos.



—¡Por la vida de tu tía!, acabemos con esto.

—Lo que tú quieras, pero hablame de los soldados ingleses...

—Te he dicho —alzó la voz, colérico— que fue el enfado y basta.

—¿La defiendes? —exclamó con expresión burlona—. ¡Ve a buscarla!

—¡Qué me lleve la muerte antes de eso!

—¡Qué se lleve a su padre!

Zannuba se levantó de la cama y fue hacia el espejo. Tomó el peine de Maryam y se puso a peinarse con prisas.

—¿Qué voy a hacer si el hombre con el que estoy rompe sus relaciones conmigo? —preguntó.

—Dile adiós. Mi casa estará siempre abierta para ti.

—No sabes lo que dices —dijo, volviéndose hacia él con tono afligido—. Estábamos empezando a considerar seriamente la posibilidad del matrimonio.

—¿El matrimonio? ¿Y sigues pensando en ello después de ver cómo es, ayer por la noche?

—Tú no me entiendes —dijo prudentemente—. Me angustia la opresión de la vida prohibida. Detrás de ella no hay sino perdición. Si alguien como yo se casa, aprecia mucho más la vida conyugal.

«¿Quién es más tonto de los dos? Encima del escenario no la apreciaba más que como tocadora de laúd. Una vida de pasión más allá de los treinta —y ella está a punto de alcanzarlos— lleva a la ruina. El matrimonio es la esperanza última. ¿Piensa en ti al decir todo esto? Es una diablesa encantadora. No ignoro que la deseo. La deseo con todas mis fuerzas. Este escándalo puede dar fe de ello».

—¿Lo quieres?

—Si lo quisiera —contestó como enfadada— no estaría ahora aquí, prisionera.

Su pecho se agitó emocionado, aunque dudase de la sinceridad de ella. A pesar de que su corazón no hubiera conocido nunca tal virtud, esta vez se mostraba indudablemente inclinada a no mentir.

—No puedo vivir sin ti, Zannuba. Me he embarcado por ti en una locura sin pensar en las consecuencias. Eres mía y soy tuyo desde hace mucho tiempo...

Se hizo el silencio. Ella parecía esperar con impaciencia que añadiese algo. Pero Yasín no abría la boca, y ella dijo:

—¿Debo cortar mis relaciones con ese hombre? No soy de las que transigen en tener a la vez dos hombres.

—¿Quién es él?

—Un comerciante de la parte de La Ciudadela, llamado Muhammad el-Olali.

—¿Está casado?

—Y tiene tres niños, pero también una gran fortuna...

—¿Prometió casarse contigo?

—Me lo propuso, pero yo lo rechacé; porque su situación, el estar casado y ser padre, hacen presagiar dificultades.

Él soportaba sus engaños por la belleza de sus ojos.

—¿Por qué no volvemos a estar como antes? Yo no soy pobre en cualquier caso.

—No me importa tu fortuna. Pero me sobra el llevar una vida ilícita.

—¿Y qué hacer?

—Es lo que yo me pregunto.

—Explícate mejor.

—Lo que he dicho es bastante.

¡Qué ataque imprevisto! Lo primero que se le ocurría era echarse a reír. Pero la deseaba, y no pretendía responder a su ataque con las mismas armas.

—No te oculto —exclamó después de un breve silencio— que vuelve a rondarme la mala idea del matrimonio.

—Mala idea es para mí lo ilícito.

—Ayer no tenías lo que tienes ahora.

—Tenía un marido en mis manos. En cambio hoy...

—Un poco de comprensión, hasta que nos encontremos. Una sola cosa es necesaria que no te apartes de la cabeza: por larga que sea mi convivencia contigo no me despreocuparé de ti.

—Tus antecedentes son la prueba de tu sinceridad —exclamó ella cortante.

—El hombre no aprende sin pagar un precio —respondió en un tono serio, que disimulaba la debilidad de su posición.

—No te ocupes en engatusarme con las palabras. ¡Vosotros los hombres!

«Y vosotras las mujeres, ¿no sois un manojo de lamentos? Te perdono, digna sobrina de tu tía. Vienes borracha a mitad de la noche, y por la mañana te ahoga lo ilícito. Quizás ella se esté diciendo: "Si tu segunda mujer era una puta, ¿por qué no va a serlo la tercera?". Vamos, Yasín, ¿has olvidado las dificultades que te esperan ahí fuera? Deja que esperen los problemas, pero no pierdas a Zannuba por una palabra desdeñosa como has perdido a Maryam. ¿Maryam? Ahora, hermano tan recordado, ya he expiado mi falta».

—Es necesario que no nos separemos, ahora que nos hemos encontrado —dijo Yasín con tranquilidad.

—En tus manos está cortar o continuar...

- Resulta preciso verse con frecuencia y pensarlo mucho...
- Por mi parte no hay necesidad de pensarlo de nuevo.
- Entonces yo habré de convencerte de mi planteamiento, o tú a mí del tuyo.
- No me convencerás del tuyo.

Zannuba salió del cuarto disimulándole una sonrisa. Él la siguió mientras se alejaba, sin salir aún de su asombro. Todo parecía extraño. Pero ¿dónde estaba Maryam? Sola, en cualquier caso, mientras él no disfrutaba de calma ni tranquilidad. Mañana lo llamarían a Bayn el-Qasrayn, y pasado mañana del juzgado. La vida de ambos no había sido en aquellos últimos días más que una lucha continua. Incluso ella le había dicho abiertamente: «Te aborrezco, y aborrezco tu forma de vivir». «No he sido hecho para vivir en matrimonio. ¿Cómo vivió así mi abuelo? De toda la familia, soy el más parecido a él, según dicen. Y a pesar de todo ello, esa loca quiere casarse conmigo».

El sol anunciaba ya el atardecer cuando el señor Ahmad Abd el-Gawwad cruzó el puente de madera que conducía a la barcaza. Tocó el timbre, y, tras un momento, Zannuba abrió la puerta con un vestido de seda blanco, cuya transparencia hacía notar las excelencias de su cuerpo. En cuanto lo vio, ella exclamó:

—¡Bienvenido...! Dime, ¿qué hiciste ayer? Me estaba imaginando que llegabas ahí, tocabas el timbre sin ningún resultado, esperabas un poco y te ibas... —después, riéndose—: ¡Y lo que murmurarías! Dime, ¿qué hiciste?

A pesar de su aspecto elegante y el buen aroma que desprendía, él mostraba un rostro sombrío y una mirada severa que revelaba disgusto.

—¿Dónde estuviste ayer? —le preguntó él.

Zannuba se adelantó hacia el salón. Él la siguió hasta el centro de la habitación sin sentarse, mientras ella se acomodaba entre dos ventanas abiertas sobre el Nilo, aparentando tranquilidad, confianza y una sonrisa.

—Como sabes, ayer salí a comprar, y en mitad del camino me encontré con Yasmina la cantora. Me invitó a su casa, y una vez allí se negó a que me fuera, no paró hasta obligarme a pasar la noche con ella. No la veía desde que me mudé a esta barcaza... ¡Si la hubieras oído acusándome de infidelidad, y preguntándome quién era ese hombre secreto que me había hecho olvidar a mis amigos y vecinos!

¿Ella decía la verdad, o mentía? ¿Había sufrido él ese día y el anterior sin una causa verdadera? Él no solía ganar ni perder una milésima sin motivo. ¿Cómo había soportado ese espantoso sufrimiento sin ninguna razón? ¡Mundo mentiroso...! Sin embargo estaba dispuesto a besar la tierra que ella pisaba si podía comprobar que aquel diablillo había dicho la verdad. Lo comprobaría aunque perdiese lo que le quedaba de vida en ello. ¿Habría llegado ya el momento de recobrar el juicio? ¡Paciencia!

—¿Y cuándo volviste a la barcaza?

Ella levantó una pierna hasta encima del sofá, y empezó a mirar su babucha blanca y rosa y sus dedos pintados con alheña.

—¿Por qué no te sientas primero y te quitas el *tarbúsh* para que pueda verte la raya del pelo...? Volví a mediodía, mi señor.

—¡Mentira!

Aquello salió de sus labios como un proyectil repleto de ira y desesperación. Luego volvió a decir con violencia, antes de que ella abriese la boca:

—¡Mentira! No volviste a mediodía, ni siquiera por la tarde. He venido aquí dos veces durante el día y no te he encontrado.

Permaneció callada un momento diciendo luego en un tono que aunaba resignación y tristeza:

—La verdad es que he vuelto un poco antes de ponerse el sol, hace aproximadamente una hora. No hay nada que me haya movido a mentirte, excepto ese disgusto irrazonable que he notado en tus ojos y que he querido disipar. Lo cierto es que Yasmina me insistió esta mañana para que fuese con ella al mercado. Cuando se enteró de que me había separado de mi tía, me propuso unirme a su grupo para sustituirla en algunas fiestas. Naturalmente no acepté; sobre todo porque sé que tú no consentirías que pasase la noche con la orquesta. En resumen, que me quedé con ella porque sabía que tú no vendrías aquí antes de las nueve de la noche. Eso es todo; así que siéntate y rézale al Profeta.

«¿Es una historia verdadera o inventada? ¡Si te vieran tus amigos en esta situación! ¡Cómo se burla de ti el destino! Sin embargo perdonaría algo peor que esto a cambio de un poco de tranquilidad... ¿Mendigas tranquilidad? Tú antes no solías mendigar nada. ¿Es así como te rebajas delante de la tañedora de laúd? En otro tiempo ella estaba encargada de servirte y ofrecerte frutas en las reuniones íntimas, retirándose silenciosa y con educación. La tranquilidad, o arder en el fuego del infierno».

—Yasmina la cantora no vive en el fin del mundo; le preguntaré si la historia es cierta...

—Pregúntale lo que te parezca —dijo agitando la mano con indiferencia y disgusto.

Sus nervios alterados lo dominaron de repente, y añadió con terquedad:

—Iré a preguntárselo esta misma noche. Ahora mismo voy, ahora... He hecho realidad todos tus deseos, y tú tienes que respetar todos mis derechos.

Su excitación contagió a Zannuba, que respondió con violencia:

—¡Eh, despacio!, no me echés en cara acusaciones. He podido ser paciente contigo hasta ahora, pero todo tiene un límite. Soy un ser humano de carne y hueso. ¡Abre bien los ojos y reza al Padre de Fátima!

—¿Con ese tono te diriges a mí? —preguntó asombrado.

—Sí, puesto que tú te has dirigido a mí de la misma manera.

Apretó el puño sobre el mango de su bastón, y gritó:

—¡Yo puedo hacerlo! He sido yo el que ha hecho de ti una señora. Te he proporcionado una vida por la que te envidia la mismísima Zubayda.

Sus palabras la excitaron. Parecía una leona encolerizada exclamando:

—Dios me ha hecho una señora, no tú. Acepté esta vida después de todos tus ruegos apasionados. ¿Acaso ya lo has olvidado? No soy ni tu prisionera ni tu esclava. Me juzgas y me condenas... pero ¿quién te has creído que soy? ¿Es que me has comprado? Si mi vida no es de tu agrado, vayámonos cada uno por su camino.

«¡Dios de los cielos! ¿Es así como unas uñas delicadas se convierten en garras? Si tenías alguna duda acerca de la noche pasada, pregúntale a ese tono desvergonzado. Sufres una especie de rebelión. Trágate el dolor hasta la última gota; bébete la ofensa hasta quedar satisfecho... ¿Y ahora qué vas a responder? Grítale a la cara lo más alto que puedas: "¡Vuelve a la calle de donde te recogí!". ¡Grítale!, sí, ¡grita!, ¿qué te lo impide? ¡Dios maldiga eso que te lo impide! Ser traicionado por el propio corazón es peor que mil traiciones. Esta es esa humillación que tú mirabas con condescendencia y de la que te burlabas. ¡Cómo detesto que mi espíritu la ame!»

—¿Me estás echando?

En el mismo tono de ira y cólera:

—Si esta vida significa que me encierres aquí como una esclava y me lances acusaciones cada vez que te apetezca, es mejor para mí y para ti que se termine.

Y le volvió la cara. Él contempló su mejilla y la superficie de su cuello con una tranquilidad anormal para una situación como aquella. «La mayor felicidad que puedo pedirle a Dios es abandonarla sin que me importe. Eso, estando enfadado; pero ¿podrías soportar volver a este lugar y no encontrar ni rastro de ella?»

—No confiaba mucho en tu nobleza —dijo el señor—, pero no imaginaba que tal ingratitud pudiese salir de ti.

—¡Tú quieres que sea una piedra, sin sentimientos y sin honor!

«¡Si supieses que eres aun más despreciable que eso!»

—Más bien quiero que seas una persona que sepa valorar la amabilidad y la compañía en su justa medida.

Zannuba cambió el tono de enfado por el de indignación y protesta:

—He hecho por ti más de lo que imaginas. Acepté abandonar mi familia y mi trabajo para quedarme donde tú quisieras; incluso oculté mis sufrimientos para no enturbiar tu dicha. No he querido decirte que «alguna gente» ha deseado darme una vida mejor que esta, y yo no les he dado importancia.

«¿Hay otras penalidades que yo no haya tenido en cuenta?»

—¿Qué quieres decir? —preguntó como herido.

Ella se puso a ajustarse sus brazaletes de oro haciéndolos girar alrededor de su brazo izquierdo, y respondió:

—Un hombre respetable quiere casarse conmigo y no se cansa de insistir.

«El calor y la humedad te asfixian, y ahora la desgracia abre la boca para tragarte. ¡Qué feliz es ese marinero que está plegando las velas junto a la ventana!»

—¿Quién es?

—Un hombre que tú no conoces. ¡Llámalo como quieras!

El señor dio un paso hacia atrás y se sentó en un sofá que había en medio de dos grandes sillones. Cruzó las manos sobre el puño de su bastón, y le preguntó:

—¿Cuándo lo has visto? ¿Cómo sabes cuáles son sus deseos?

—Lo veía a menudo cuando vivía con mi tía. Estos últimos días ha intentado hablarme cada vez que me lo he encontrado por la calle, pero yo he fingido ignorarlo. Ha empujado a una de mis amigas a comunicarme sus pretensiones. ¡Esa es la historia!

«¡Cuántas historias tienes tú! Ayer cuando te estuve buscando, un único dolor me hacía morir; no pensé en aquel momento en todas estas penalidades. ¡Abandónala! Abandonarla es el único medio de conseguir la paz. ¿No está la gente equivocada al pensar que la muerte es el peor mal que pueden sufrir...?»

—Me gustaría saber francamente si deseas aceptar esa oferta.

Ella dejó caer su brazo con un gesto nervioso, mirando al hombre fijamente con un rostro que parecía arrogante. Le dijo con firmeza:

—Te he dicho que lo he ignorado. Tienes que comprender lo que eso significa.

«Esta noche no debes volverte a la cama con pensamientos mortificantes, para así no repetir la pesadilla de ayer. Aparta las ideas negativas de tu cabeza».

—Dime la verdad: ¿te ha visitado alguien aquí en la barcaza?

—¿Alguien? ¿A quién te refieres? En esta barcaza no ha entrado nadie más que tú.

—Zannuba, puedo enterarme de todo, no me ocultes nada. Dime la verdad, lo grave y lo menos grave; y después te perdono, sea lo que sea.

—Si te empeñas en seguir dudando de mí es mejor que nos separemos —protestó enfadada.

«¿Recuerdas la mosca que viste esta mañana atrapada en una tela de araña?»

—Me basta ahora con que me permitas preguntarte si te encontraste con ese hombre ayer.

—Te he dicho dónde estuve ayer.

Suspirando a su pesar, dijo él:

—¿Por qué me martirizas? Nunca he deseado otra cosa que tu felicidad.

Ella dio una palmada, como si no pudiese soportar su duda, y dijo:

—¿Por qué no quieres comprenderme? ¡Yo abandoné todo lo que quería por ti!  
¡Qué hermosa melodía! Lo malo es que pueda provenir de un corazón vacío. Como un cantante que se vierte en una canción triste y dolorosa, mientras su corazón está embriagado de felicidad y triunfo.

—Pongo a Dios por testigo de tus palabras. Dime ahora la verdad: ¿Quién es ese hombre?

—¿Por qué te preocupas de él? Ya te he dicho que no lo conoces. Es un comerciante de otro barrio, aunque a veces se sentaba en el café de *Si Ali*.

—¿Su nombre?

—Abd el-Tawwab, Yasín... ¿lo conoces?

«Alquilé esta barcaza para pasar ratos felices... ¿recuerdas los de antes? ¡Oh, mundo! ¿Recuerdas al Ahmad Abd el-Gawwad a quien no le preocupaba nada? Zubayda, Galila, Bahiga..., pregúntales por él. No tiene ninguna relación con este hombre aturdido al que le asoman canas en las sienes».

—El genio de la maldad es el más activo de todos.

—No, es el de la duda, porque nace de la nada.

Empezó a golpear el suelo con la contera de su bastón, diciendo después con una voz profunda:

—No quiero vivir como un ciego. Por supuesto que no; y nada podrá hacerme descuidar mi hombría y mi honor. En resumen... No puedo asimilar que ayer pasaras la noche fuera.

—¡Ya estamos otra vez!

—¡Y tres y cuatro...! No eres una niña, sino una mujer madura e inteligente, y hoy me has hablado de ese hombre. ¿Te has dejado engañar por la promesa de casarte con él?

Respondió ella con arrogancia:

—Sé que no se burla de mí. Prueba de eso es que ha prometido no acercárseme hasta contraer matrimonio conmigo.

—¿Y tú deseas ese matrimonio?

Frunció el ceño enfadada, y dijo con un tono extraño:

—¿No has oído lo que te he dicho? Me extraña lo torpe que parece estar hoy, no como de costumbre. Deja de atormentarte de esa forma que tú mismo te estás provocando sin motivo; y escúchame por última vez: he ignorado a ese hombre y sus deseos por respeto a ti.

Deseaba conocer su edad, pero no encontraba cómo formularle la pregunta. La juventud y la vejez eran asuntos que nunca antes había tenido en cuenta. Dijo,



después de dudar un poco:

—Quizás es uno de esos seductores que lanzan promesas sin pensar.

—No es un niño, tiene treinta años.

«Es decir, aquel joven llevaba un cuarto de siglo de retraso... y el retraso es siempre una contrariedad... ¡excepto en la edad! Los celos me devoran sin ninguna vergüenza».

Ella volvió a decir:

—Lo he ignorado, a pesar de que me ha prometido la vida que yo deseo.

«¡Ah, hija de puta! ¡A Zubayda se le ha pasado aprender muchas cosas de ti!»

—¿De verdad?

—Déjame que te sea sincera: ya no puedo soportar más esta manera de vivir.

«Recuerda otra vez la mosca y la araña».

—¿En serio?

—Sí, quiero una vida tranquila a la sombra de lo que es lícito. ¿Crees que estoy equivocada?

«Has venido aquí para juzgarla y, ¿dónde estás ahora? Es ella la que te ha juzgado a ti. ¿A qué viene toda esa comprensión tuya? Te avergonzarás de esto por el resto de tus días. ¿Comprendes qué significa lo que ella quiere decir? ¡Qué hermosas son las olas que se cruzan chocándose al atardecer!»

Puesto que alargaba su silencio, ella continuó diciendo con tranquilidad:

—Eso no puede enfadarte. A pesar de todo tú eres un hombre piadoso y no puedes impedirle a una mujer la legitimidad que ella desea. No quiero ser una montura para cualquier jinete. No soy como mi tía. Mi corazón es creyente y temeroso de Dios, y he tomado la firme decisión de abandonar el pecado.

Oyó estas últimas palabras con asombro y confusión. Empezó a examinarla con un rencor escondido tras una sonrisa:

—No me habías dicho eso antes. Hasta antes de ayer habíamos estado muy bien.

—No sabía cómo confesarte lo que sentía.

«Se aleja de ti a una velocidad terrible, perversa. ¡Qué desilusión! Estoy dispuesto a olvidar la siniestra noche de ayer, a olvidar mi pena y mi dolor, a condición de que abandone este engaño malicioso».

—¿No vivíamos en una completa felicidad y armonía? ¿Menosprecias nuestra vida en común?

—Nada de eso; pero quiero convertirla en algo mejor. ¿No es la unión legítima mejor que el pecado?

Al señor se le encogió el labio inferior mostrando una sonrisa carente de

significado, y dijo con voz apagada:

—La cuestión en lo que a mí concierne es muy diferente.

—¿Cómo?

—Yo estoy casado, mi hijo está casado, y mis hijas también. El asunto es muy delicado como puedes ver. —Después, con tristeza—: ¿No vivíamos en una completa felicidad?

—No te digo que te divorcies de tu mujer y te libres de tus hijos —contestó irritada—. Hay muchos que tienen más de una esposa.

—En una situación como la mía el matrimonio no es un problema sin importancia ni algo que ocurra en la vida de un hombre sin dar que hablar.

—Todo el mundo sabe que tienes una amante, y no te importa —rió burlona. Luego añadió—: ¿Cómo ibas entonces a preocuparte por lo que dijese sobre un matrimonio legítimo si de verdad quisieras casarte?

Contestó él sonriendo con apuro y fastidio:

—Pocos son los que conocen mis secretos. Además la gente de mi casa son los últimos en dudar de mí.

Ella levantó con reprobación sus cejas depiladas, y repuso:

—Eso es lo que tú crees, pero la verdad sólo Dios la sabe. ¿Qué secreto escapa a la lengua de la gente?

Después, retomando su cólera antes de que le respondiera:

—¿O acaso no me ves digna del honor de pertenecer a tu familia?

«¡Dios no lo permita! ¡Marido de Zannuba, la tañedora de laúd, ante Dios y los hombres!»

—No he querido decir eso, Zannuba.

—No podrás ocultarme tus verdaderos sentimientos durante mucho tiempo —dijo enfadada—. Si no llego a saberlos hoy, los sabré mañana. Y si casarte conmigo es una deshonra para ti, entonces adiós...

«Vienes a atacar a alguien y te atacan a ti. Ya no le preguntas dónde estuvo, sino que ella te hace escoger entre casarte o largarte. ¿Qué puedes hacer? ¿Porqué te quedas ahí sin moverte? ¡Corazón traidor! Sería más fácil que te quitaran la carne de los huesos antes que abandonar a esta tañedora de laúd. ¿No es una pena sufrir este amor ciego a la vejez?»

—¿Eso es lo que yo valgo para ti? —preguntó él con tono de reproche.

—Para mí no tiene valor quien me desprecia como si fuese un vulgar escupitajo.

Dijo él con una triste tranquilidad:

—Tú eres lo que más quiero.

—He oído esas palabras muchas veces.

—Sin embargo es la verdad.

—Es hora de que me lo hagas saber con otro lenguaje.

Bajó la vista con dolor y abatimiento. No sabía cómo aceptar ni tenía fuerzas para negarse. Tras todo eso estaba su deseo por ella, que lo dominaba y desordenaba sus pensamientos. Dijo en voz baja:

—Dame tiempo para pensarlo.

—Si me quisieras de verdad no dudarías —le contestó ella con tranquilidad, ocultando una sonrisa engañosa.

—No es eso, me refiero a los otros —contestó apresurado.

Movió su mano como si quisiese explicar lo que quería decir, aunque no sabía con exactitud su significado. Ella sonrió al decir:

—En ese caso estoy esperándote.

Sintió una tranquilidad momentánea. Como la tranquilidad que muestra el boxeador que está a punto de caer cuando tocan el gong que anuncia el final del asalto, aunque este no sea el último. En su interior se despertó el deseo de aliviar sus preocupaciones y desahogar su inquietud. Dijo, alargándole la mano:

—Ven a mi lado.

Zannuba se revolvió en el sillón con obstinación, respondiendo:

—Cuando Dios lo permita...

Abandonó la barcaza atravesando las tinieblas, y anduvo por la orilla del Nilo siguiendo un camino desierto en dirección al puente de Zamálek. Corría un aire agradable que apagó el fuego de sus pensamientos, y provocó en las ramas enmarañadas de los enormes árboles un movimiento perezoso del que se desprendía un murmullo. En la oscuridad parecía que fueran dunas o nubes oscuras. Cada vez que levantaba la cabeza se las encontraba envolviéndolo, como las preocupaciones que acechaban su pecho. «¿Esas luces que despedían las ventanas de las barcasas, no procedían de hogares libres de problemas? En cualquier caso, esos no serían como los suyos. Quien muere no es como quien se suicida; y tú sin duda prefieres el suicidio». Siguió caminando; lo que más le apetecía en aquel momento era caminar, para apaciguar sus nervios y reorganizar sus pensamientos antes de dirigirse a ver a los amigos. Una vez allí los llamaría aparte y les revelaría todo. No daría ese paso sin haberles consultado, aunque barruntaba de antemano lo que le dirían. De todas formas confesaría ante ellos, costase lo que costase. Sentía un deseo irresistible de hacerlo, como la llamada de socorro de un náufrago al que ha arrastrado la tempestad. Él no se ocultaba a sí mismo que consideraba acertado el enlace con Zannuba, ni negaba sus bajos sentimientos de desearla y poseerla, pero no se imaginaba cómo podía hacerlo realidad en forma de matrimonio oficial, ni cómo comunicaría la buena nueva a la familia, los hijos y toda la gente. Aunque quería alargar el paseo todo lo posible, empezó a caminar de prisa, golpeando la tierra polvorienta con su bastón y con grandes zancadas, como si le apremiase llegar a la meta, aunque no tenía ninguna. Ella lo había rechazado y se había mostrado esquiva con él. ¿Escapaban aquellos procedimientos a su sabiduría y experiencia...? De todas formas el hombre débil cae en la trampa aunque la conozca, A pesar de que con la caminata y el aire puro había encontrado un poco de tranquilidad, sus pensamientos seguían desordenados y sus sentimientos dispersos. Las ideas no dejaban de golpear inarmónicamente su cabeza; hasta que ya no pudo soportar tal estado e imaginó que se volvería loco si no resolvía pronto el problema, aunque fuese su propia perdición.

En medio de esta oscuridad podía hablar consigo mismo sin vacilación y sin vergüenza. Las ramas entretejidas lo protegían del cielo, sus pensamientos se ocultaban en el campo que se extendía a la derecha, y el agua del Nilo que corría a la izquierda engullía sus sentimientos... ¡Pero cuídate de la luz! Tenía que cuidarse de

que el halo lo rodeara y quedar al descubierto, como un carricoche de circo arrastrando detrás a niños y curiosos. Su nombre, su honorabilidad y su honra... ¡Que Dios los mantuviese a salvo! Siempre había tenido dos personalidades; con una vivía entre sus amigos y compañeros, y a su familia y el resto de la gente mostraba la otra. Era esta última la que le hacía conservar la honorabilidad y la dignidad, asegurándole una posición a la que nadie más que él podía aspirar. Y también era contra esta última contra la que conspiraban sus impulsos, arruinándola de principio a fin. Se le apareció el puente con sus luces resplandecientes, y se preguntó: «¿Hacia dónde?». Pero aunque deseaba más soledad y oscuridad, pasó por delante en dirección a Guiza. ¡Yasín...! Su recuerdo lo asustó. «Tu cara arde de vergüenza, ¿por qué? ¿Será el primero en comprenderte y ser indulgente contigo, o quizás se burlará de ti y se lo tomará a broma? ¡Cuántas veces lo has reprendido y lo has castigado! Sin embargo aún no ha caído en un abismo como el tuyo. ¿Kamal...? Tendrás que mostrarle desde ahora una máscara severa, para que no vea la culpa en tus facciones. ¿Jadiga y Aisha...? Bajarán la cabeza ante los Sháwkat: "¡Zannuba la mujer de mi padre!". Una boda que sólo aplaudirán los locos. En tu corazón hay muchos errores, elige un mundo diferente para ellos. ¿No hay un reino de las tinieblas, inaccesible a los hombres, para poder practicar tus vicios en paz? Observa mañana la tela de araña para ver qué queda de la mosca. ¿Escuchas el croar de las ranas y el canto de los grillos? ¡Qué felices son esos insectos! ¡Quién fuera insecto para disfrutar sin ninguna preocupación...! Pero sobre la superficie de la tierra sólo podrás ser el "señor" Ahmad. Ve a pasar la noche en compañía de tu familia, tu esposa, Kamal, Yasín, Jadiga y Aisha, y después, si puedes, descúbreles tu naturaleza... Luego, si eres capaz, consolida tu matrimonio».

«¡Haniyya! ¿Recuerdas cómo rechazaste su amor? No has querido a ninguna mujer como a ella; sin embargo, ¡y es una pena!, parece que con la madurez perdemos el juicio. ¡Bebe esta noche hasta que te tengan que llevar a cuestas! ¡Qué ganas tienes de beber! Como si no lo hicieras desde el Año del Elefante. Los sufrimientos que te has tragado este año podrían borrar la hermosa felicidad que has disfrutado en toda tu vida».

Golpeó el suelo con su bastón y detuvo la marcha. Lo angustiaron las sombras, el silencio, el camino tan concurrido y los árboles. Su corazón fue a refugiarse con los compañeros. Él no era de esos que pueden estar mucho tiempo solos consigo mismos. Él sólo contaba como miembro de un grupo y parte de un todo. Y ahí radicaban los problemas, como solía ocurrir. Dio la vuelta para volver al puente, y en ese momento un sentimiento de cólera y repugnancia sacudió su cuerpo;

diciéndose con una voz extraña desgarrada por la pena, el sufrimiento y el rencor: «Una noche entera durmiendo fuera... en un lugar desconocido... ¿y encima aceptas casarte con ella?». Un pesado sentimiento de desprecio por sí mismo lo dominó, oprimiéndole el pecho y el corazón. «¿Con Yasmina? ¡Qué engaño! Ha pasado la noche en brazos de ese hombre que no se ha separado de ella hasta bien entrado el día siguiente. Se quedó con él sabiendo a qué hora vendría yo. ¿Qué quiere decir eso? Sólo quiere decir que la pasión le hizo olvidarse del tiempo... ¡Ay!, ¡otro infierno!, o que te desprecia hasta el punto de que no le importa tu cólera. ¿Cómo has podido hablar con ella intentando ser amable después de eso...? ¡Pobre embaucado! ¿Cómo has podido soportarlo y prometerle casarte con ella? ¡Vergüenza del género humano...! Como si el peso de las preocupaciones sobre tu cabeza no te hubiese permitido sentir los cuernos. Esos cuernos con los que vas a coronar a tu familia por los siglos de los siglos. ¿Qué puede decir la gente de esos cuernos asomando en tu frente? La cólera, el odio, la sangre y las lágrimas no bastarán para expiar tu dejadez y tu debilidad. ¡Cómo se estará riendo de ti allí tumbada en la barcaza! Quizás aún no se ha lavado del sudor de ese hombre, que también se estará riendo de ti a su vez. No conviene que amanezca mañana con alguien burlándose de ti. Confiesa tu debilidad y muéstrasela a tus amigos para oír así sus carcajadas... ¡Perdonadlo, está viejo y chochea...! ¡Perdonadlo, lo ha probado todo excepto el llevar cuernos! Zubayda: "¡Has rehusado ser un hombre en mi casa, y has consentido ser un cabestro en casa de mi tañedora de laúd!". Calila: "¡No eres mi hermano, ni siquiera mi hermana!". Pongo por testigos a este camino terrible, a estas sombras espesas, y a estos árboles decrepitos, de que he corrido en la oscuridad llorando como un niño engañado. No dormiré esta noche hasta devolver la afrenta a esa insolente. ¡Me ha rechazado! ¿No? ¡Porque la angustiaba el pecado, el pecado del que aún no se ha lavado! Di que ella no volverá a abrazarte y basta... ¡qué dolor más horrible...! Sin embargo es un justo castigo para mí; como quien se da golpes contra un muro hasta romperse la cabeza para expiar su culpa. El *shelj* Mitwali Abd el-Sámad piensa que lo sabe todo. ¡Cuántas cosas desconoce...!» Cruzó el puente de Zamálek camino de Imbaba. Comenzó a apresurar el paso con resolución y terquedad, empeñado en limpiar la vergüenza que lo deshonoraba. Y a medida que el dolor lo iba lastimando más, apretaba la marcha golpeando el suelo con su bastón, como si anduviera a tres patas.

La barcaza apareció ante él, brillando la luz en sus ventanas. Su excitación aumentó, aunque recuperó su autoconfianza, su sentimiento de hombría, su dignidad y su seguridad; tranquilizándose por haber tomado una firme decisión. Bajó con

tranquilidad, y atravesó el puente de madera; luego llamó a la puerta con la contera del bastón y volvió a hacerlo con violencia... hasta que le llegó su voz preguntando enfadada:

—¿Quién llama?

Respondió con fuerza:

—Yo.

Ella abrió la puerta extrañada. Lo dejó pasar murmurando: «¡Bien!». Él cruzó hacia el salón colocándose en medio de la habitación. Se dio la vuelta y se quedó de pie mirándola. La mujer se acercó a él con aire interrogante. Se detuvo en frente y empezó a escrutar su rostro huraño con inquietud.

—¡Quiera Dios que sea algo bueno! ¿Qué te ha hecho volver? —le preguntó.

—Algo bueno, sí, gracias a Dios, como vas a saber ahora mismo —contestó con una tranquilidad sospechosa.

Empezó ella a interrogarlo con los ojos, sin hablar; y él volvió a intervenir:

—He venido para prevenirte de que no debes atenerte a lo que te dije antes. Todo eso no era más que una broma estúpida.

Se le aflojó el cuerpo, decepcionada, y la desaprobación y el enfado ciñeron su rostro.

—¡Una broma estúpida! —exclamó—. ¿No sabes diferenciar entre una broma estúpida y una palabra noble con la que se está comprometido?

—Te convendría, cuando te diriges a mí —le contestó con la cara cada vez más sombría—, conservar un mínimo necesario de educación. Las mujeres de tu clase trabajan en mi casa como criadas.

Ella gritó, mirándolo fijamente a la cara:

—¿Has vuelto para hacerme oír esas palabras? ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué hiciste promesas e intentaste reconciliarte conmigo dándome pruebas de afecto? ¿Crees que esas palabras me asustan? Ya no puedo soportar más bromas estúpidas.

La amenazó con la mano enfadado y la hizo callar. Luego, exclamó:

—He venido a decirte que casarse con una como tú es una deshonra que no conviene a mi dignidad. Y que sólo serviría de burla a los que gustan de las bromas vergonzosas. Puesto que ideas como esas te rondan la cabeza, ya no eres merecedora de mi compañía. No me conviene tratar con dementes.

Mientras lo escuchaba, sus ojos despedían chispas de cólera; pero no se rindió a la ira como él quería. Quizás el hecho de haberlo visto enfadado le había infundido miedo, y la capacidad de prevenir las consecuencias. Le contestó en un tono más

suave que el anterior:

—No me voy a casar contigo a la fuerza. Te he revelado mis deseos dejándote a ti la elección. Ahora quiero librarte de tu promesa. Haz lo que quieras. Y no empieces a insultarme y ofenderme. Que cada uno se vaya por su lado en paz.

«¿Tan insuficiente ha sido mi esfuerzo para retenerte? ¿No hubieras sido más feliz en el caso de que ella te hubiese clavado las uñas intentando dominarte? ¡Socorre a tu dolor con cólera!»

—Cada uno se irá por su lado; aunque antes de marcharme quiero decirte claramente lo que opino sobre ti. No voy a negar que fui yo quien te buscó, ¡quizás porque a veces el espíritu se apasiona por la basura! Y abandonaste a quienes tenías la suerte de servir para que yo te ofreciese esta vida. Por eso no me asombra no haber hallado en ti el amor y la estima que logré con las otras, porque la basura sólo aprecia a quienes son de su clase. Ha llegado la hora para que deje de rebajarme contigo y vuelva a mi refugio primero.

En el rostro de ella apareció la sumisión, la sumisión de una persona a quien el miedo impide liberar su pecho ardiente; y murmuró con una voz temblorosa:

—Adiós, vete y déjame en paz.

—Has caído muy bajo, no vales nada —le dijo con rencor reprimiendo su dolor.

Aquí ya ella rompió las ataduras, y le gritó:

—¡Ya basta, ya es suficiente! ¡Ten misericordia de este sucio insecto, y guárdate de él! ¡Recuerda cómo venías a sus brazos con ojos sumisos...! ¿He caído muy bajo y no valgo nada, eh...? La verdad es que eres un viejo. Acepté a un viejo y ahora recibo el premio.

Gritó enfurecido, amenazándola con el bastón:

—¡Cállate, hija de perra! ¡Cállate, miserable! ¡Recoge tu ropa y vete de la barcaza!

—¡Entérate bien de lo que te voy a decir! —contestó gritando a su vez y levantando nerviosamente la cabeza—. Una palabra más y formo tal alboroto ante ti, en la barcaza, en el Nilo y en la calle que la gendarmería entera tendrá que venir. ¿Me oyes? No soy un bocado fácil. Yo soy Zannuba, y sólo rindo cuentas ante Dios. ¡Vete tú!; esta barcaza es mía, el alquiler fue hecho a mi nombre. Vete en paz antes de que te tengas que ir en procesión.

Se quedó dudando un momento, mirándola con desprecio y desdén, pero renunciando al riesgo de tener que soportar un escándalo vergonzoso. Escupió en el suelo, y se dirigió hacia fuera con amplias y firmes zancadas.



Fue inmediatamente a ver a sus amigos, y se encontró a Muhammad Effat, Ali Abd el-Rahim, Ibrahim Alfar y otros. Bebió hasta emborracharse como era su costumbre, e incluso la sobrepasó. Se rio mucho e hizo que todos rieran mucho también. Después, a última hora de la noche, se dirigió a su casa y durmió profundamente. Con la llegada de la mañana, una jornada tranquila le salió al encuentro, libre de reflexiones en un principio. Cada vez que su imaginación lo llevaba a evocar alguna de las imágenes de su vida pasada, remota o cercana, la eludía a propósito; excepto una cuyo recuerdo recibía con buen ánimo. Era esa última que constataba su victoria sobre aquella mujer y sobre su propio espíritu también; reafirmandose a sí mismo mientras decía: «Acabó todo, gracias a Dios, tendré que ser más precavido en mi vida futura».

Al comenzar, el día parecía tranquilo. Pudo reflexionar sobre su evidente triunfo y autofelicitarse; pero después esa tranquilidad del día se convirtió en apatía. La única explicación que encontraba para esto era el considerarlo una consecuencia de la agotadora tensión nerviosa que había soportado durante los dos últimos días; e incluso durante los últimos meses, aunque en menor grado. Lo cierto es que sus sentimientos por Zannuba le parecían en ese momento un drama pernicioso de principio a fin. No era fácil aceptar la primera derrota que había sufrido en su larga vida amorosa. Por eso le había producido una profunda huella en su corazón y en su espíritu; y se alteraba cada vez que su razón le susurraba que la juventud ya se había ido. Sin embargo estaba orgulloso de su fuerza, su belleza y su vitalidad; y le hacía persistir en esa idea el pretexto que le había dado ayer a la mujer, al decirle que ella no lo quería porque la basura sólo puede sentir afecto por la basura. ¡Cuánto echó de menos a lo largo de todo el día la reunión de los amigos! Cuando se acercaba la hora de la cita se le agotó la paciencia y se dirigió a toda prisa a casa de Muhammad Effat en el-Gamaliyya. Se reunió con él antes de que llegasen los amigos, y en seguida le dijo:

—He terminado con ella.

—¿Con Zannuba? —preguntó Muhammad Effat.

Respondió con un gesto, y el otro volvió a preguntar sonriendo:

—¿Tan rápido?

Se rio burlón, y dijo:

—¿Me crearás si te digo que me exigió el matrimonio, hasta que me cansé de

ella?

—Ni la mismísima Zubayda lo hubiese pensado —respondió riéndose también—. ¡Qué maravilla! Sin embargo, es excusable; vio que la consentías más de lo que podía imaginarse, y ambicionó aún más.

—Loca... —murmuró el señor Ahmad con desprecio.

Muhammad Effat se rio otra vez diciendo:

—¡Quizás ella se moría de amor por ti! «¡Qué puñalada! ¡Ríe para vencer el dolor!»

—Yo digo que es una loca, y se acabó.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije claramente que me iba para siempre, y me fui.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Primero me insultó, luego me amenazó, y al final dijo barbaridades. Después la dejé como a una loca. Fue una equivocación desde el principio...

—Sí, no hay ninguno de nosotros que no se haya acostado con ella —añadió Muhammad Effat moviendo la cabeza con satisfacción— pero nadie había llegado a pensar en algo más que eso.

«Eres capaz de lanzarte y pasear por un lugar lleno de leones, y luego te derrumbas ante un ratón. ¡Esconde tu vergüenza incluso a los amigos más cercanos, y da gracias a Dios de que todo haya terminado!»

Pero en realidad nada había terminado. Ella estaba todavía en su cabeza. En los días que siguieron se le confirmó que el hecho de pensar en ella no era algo aislado, sino que estaba unido a un profundo dolor que aumentaba y se extendía. Y se le confirmó también que ese dolor no era sólo una muestra de irritación por su dignidad ofendida, sino que era un dolor de lamento y nostalgia; y que según parecía, era un sentimiento opresivo, no aplacable con menos que con la destrucción de quien lo soportaba. Aunque estaba muy orgulloso de cuanto ahora le aportaba su victoria, se propuso someter sus arbitrarios y traidores sentimientos durante un plazo más o menos breve, según los acontecimientos. De cualquier forma, la tranquilidad lo había abandonado, y se pasaba el tiempo reflexionando, rumiando sus tristezas, atormentado por su imaginación y sus recuerdos. A veces lo alcanzaba la debilidad de pensar en franquearse con Muhammad Effat, debido al sufrimiento que lo oprimía. Incluso una vez se empeñó en su idea hasta el punto de pedir ayuda a la mismísima Zubayda. Pero eran momentos de debilidad, como ataques de fiebre. Después recobraba el sentido y sacudía la cabeza, asombrado y perplejo.

Esta crisis tiñó su comportamiento común de un tono de dureza que él refrenaba

cuanto podía con su juicio e inteligencia. Sólo a veces se le escapaban esas ataduras; pero únicamente lo notaban los amigos y conocidos que estaban acostumbrados a su dulzura, tolerancia y amabilidad. La gente de su casa no comprendía nada. Su comportamiento frente a ellos seguía igual y casi no había cambiado. Puesto que lo que había cambiado era el sentimiento existente tras él, que de una violencia artificial se había convertido en una violencia real cuyo alcance sólo él comprendía. Sin embargo, él mismo no estaba a salvo de esa violencia, incluso quizás era el primero de sus objetivos, por los reproches que soportaba y la vergüenza que pasaba. Y finalmente iba lamentándose poco a poco de su humillación, de su desgracia, y de que la juventud lo abandonase. Después se autoconsolaba diciendo: «Ya no alborotaré más, no expondré mi espíritu a más bajezas. Que los pensamientos vuelvan a su lugar y los sentimientos al suyo. Y yo me quedaré donde nadie conozca mi dolor, sólo Dios clemente y misericordioso». Pero de repente se preguntó: ¿Seguirá en la barcaza o la habrá abandonado? Si está allí, ¿le quedará algo del dinero que le di y podrá prescindir de la gente?, ¿o ya se habrá reunido ese hombre con ella? Se hizo muchas preguntas, y en cada una encontraba un tormento que le consumía el espíritu, la carne y los huesos, y lo destrozaba. No encontraba reposo si no era invocando la última escena de la barcaza, cuando él le hizo creer —y se hizo creer a sí mismo— que la rechazaba y prescindía de ella. Pero evocaba también imágenes que constataban su humillación y su debilidad, y finalmente otras que mostraban los colores de una felicidad que no había olvidado. Su imaginación, por otro lado, creaba escenas nuevas en las que ambos se encontraban, se peleaban, se hacían reproches, y se enfadaban; logrando después la paz de la reconciliación y la unión amorosa. Y soñaba a menudo con situaciones innumerables de desgracia y felicidad que no se le aparecían en el mundo oculto de la conciencia. ¿Por qué no se aseguraba por sí mismo de lo que ocurría en la barcaza y a sus habitantes? En la oscuridad podría andar por allí sin que nadie lo viera.

Y fue hasta allí, escondiéndose en la oscuridad como un ladrón. Pasó por delante de la barcaza y vio la luz que se filtraba por las grietas de la ventana; pero no sabía si era ella la que tenía encendida la luz o era un nuevo inquilino, aunque sentía en su corazón que esa luz era la suya y no la de ningún otro. Mirando la barcaza se imaginó que transparentaba el espíritu de su dueña, y que sólo lo separaba de poder verla el llamar a la puerta y que esta se abriera ante su rostro, como se había abierto en los días felices e infelices ya pasados. Pero ¿qué podría hacer si aparecía la cara de ese hombre? Lo cierto es que ella estaba cerca... pero ¡qué lejos en realidad! Ese puente estaría siempre prohibido para él. ¡Cuántas veces había estado en esta

situación en alguno de sus sueños! Ella le había dicho ¡vete...! Y lo había dicho de corazón, yéndose luego por su camino como si él nunca se le hubiera ofrecido, o no supiese ella que existía. Si el ser humano era tan cruel, ¿cómo podía aspirar a pedir misericordia y perdón?

Fue muchas veces, hasta que el dar vueltas delante de la barcaza tras la caída de la noche se convirtió en una costumbre por la que había de pasar antes de ir a la reunión de los amigos. No parecía querer hacer nada importante, como si así satisficiera una curiosidad estéril y atolondrada. Un día estaba pensando en volver, cuando se abrió la puerta y salió una figura que en la oscuridad no podía distinguir. Le dio un vuelco el corazón, tuvo miedo, y retrocedió; atravesó el camino aprisa y se colocó detrás de un árbol escudriñando las sombras. La figura cruzó el puente de madera hacia la calle, y echó a andar en dirección al puente de Zamálek. Pudo ver claramente que era una mujer. Su corazón le decía que era ella, y la siguió a distancia sin saber cómo terminaría la noche. Fuera ella o no, ¿qué se proponía? Sin embargo continuó su marcha concentrando toda su atención en esa figura. Cuando ella alcanzó el puente y entró en la zona de las luces, confirmó lo que su corazón presentía, y se aseguró de que era Zannuba; aunque estaba envuelta en esa gran melaya que había dejado de ponerse mientras había durado su relación. Le extrañó aquello, y se preguntó qué significaría; se imaginó —¡cuántas cosas se imaginaba!— que algún misterio se escondía detrás. La vio dirigirse a la estación de tranvías de Guiza y esperar. Él siguió por el lado opuesto a través del campo hasta rebasar el lugar en que ella se encontraba, y luego cruzó hacia su lado y se colocó lejos de su campo de visión. Llegó el tranvía y ella se subió, y entonces él se apresuró a montarse cogiendo un asiento al final de un banco, desde donde pudiese observar la escalerilla para vigilar a los que se bajaban. En cada parada se ponía a mirar a la calle, ya sin ningún cuidado de que lo descubriera; puesto que si esto ocurría, la mujer no podía saber que la había estado espiando ante la barcaza. Zannuba se bajó en el-Ataba y él detrás. La vio dirigirse caminando con seguridad en dirección a el-Muski, y la siguió a distancia acogido por las sombras de la calle. ¿Habría vuelto a relacionarse con su tía? ¿O va a ver a un nuevo amo? Pero ¿qué la mueve a ir hasta allí teniendo una barcaza que invita a los amantes? Ella llegó al barrio de el-Huseyn, y él redobló su atención para que no se le perdiese en el tropel de melayas. No le veía fin a esta secreta persecución, pero lo empujaba un doloroso y profundo deseo de averiguar, a la vez violento e irresistible. Pasó por delante de la mezquita y se dirigió al barrio de el-Watawit, donde disminuían los transeúntes y se acurrucaban los mendigos fatigados; y después hacia el-Ga-maliyya, para desviarse hacia Qasr

el-Shawq. La siguió, temiendo encontrarse con Yasín por el camino, o que este lo viera por la ventana; y pensó que si se topaba con él le diría que iba a visitar a su amigo Gunáyyim, dueño de una almazara de aceites, y vecino de Yasín en Qasr el-Shawq. De repente ella giró en el primer callejón ¡en ese callejón sólo estaba la casa de Yasín! El corazón comenzó a latirle con fuerza y le pesaron los pies. ¡Conocía a los vecinos del primer y segundo piso, y eran dos familias que no podían tener ningún lazo de unión con Zannuba! Se le nubló la vista de angustia e inquietud, aunque se encontró girando hacia el callejón sin prever las consecuencias. Se quedó frente a la puerta hasta que oyó el sonido de sus pasos subiendo, y entonces se metió en el hueco de la escalera irguiendo la cabeza para escuchar, notando cómo pasaba de largo por el primer y segundo pisos, y luego llamaba a la puerta. Se quedó clavado en el sitio sin aliento, la cabeza le daba vueltas y se sentía débil y abatido. Luego suspiró profundamente y se alejó del lugar, volviendo por donde había venido, mientras la maraña de ideas y pensamientos le ocultaban el camino. Yasín era el hombre. ¿Sabría Zannuba que él era su padre? Intentó hacer entrar la tranquilidad en su espíritu como se intenta meter un tapón grueso en un agujero estrecho, diciéndose que nunca había mencionado a ninguno de sus hijos delante de ella; además era totalmente ilógico que Yasín estuviese al tanto de su secreto. Recordaba cómo este había ido hacia unos días a comunicarle su divorcio de Maryam y cómo él había visto en su rostro la culpabilidad y el desconcierto, y además que en su inocencia y sinceridad no había engaño. Podía suponerlo todo, excepto que Yasín lo traicionase sabiendo lo que hacía. Incluso, ¿por dónde podía saber Yasín que su padre tenía o había tenido relación con alguna mujer en su vida? En este aspecto podía estar tranquilo; incluso en el caso de que Zannuba pudiese conocer su parentesco con Yasín, si algún día ella hubiese llegado a saberlo, no le habría revelado a este un secreto capaz de cortar lo que había entre ellos. Siguió su camino, demorando ir a ver a los amigos mientras no recobraba el ánimo y controlaba su corazón, y se dirigió a el-Ataba a pesar de su cansancio y su fatiga.

«Tú querías enterarte y ya te has enterado. ¿No hubiera sido mejor desentenderte del asunto, conformándote con tener paciencia? ¡Da gracias a Dios de que las circunstancias no te hayan hecho encontrarte cara a cara con Yasín en medio de un escándalo! ¡Yasín era el hombre! ¿Cuándo lo conoció?, ¿y en dónde? ¿Cuántas veces lo había engañado con él sin que él lo supiera...?» Preguntas a las que no les iba a buscar respuesta. «Supón lo peor si quieres, la cuestión no va a cambiar nada: ¿la conoció antes o después de divorciarse de Maryam? ¿O fue ese demonio quien promovió el divorcio? Más preguntas cuya respuesta no vas a conocer ni se las vas a

buscar. Imagina también lo peor, y calma tu dolor de cabeza. ¡Yasín era el hombre! ¡Él te dijo que la repudiaba porque no tenía educación! Palabras que hubiera podido aducir también para divorciarse de Zaynab, si tú no hubieses conocido la verdadera causa que provocó aquello. Sabrás la verdad algún día; pero ¿qué te importa? ¿Sigues empeñado en correr tras la verdad? Tienes la cabeza revuelta y el corazón atormentado. ¿Podrás tener celos de Yasín...? Claro que no, no son celos. Al contrario, mereces consolarte; si alguien tiene que acabar contigo, que sea tu hijo el asesino. Yasín es una parte de ti. Una parte de ti ha sido derrotada y otra ha vencido. Tú eres el vencedor y el derrotado. Yasín ha cambiado el sentido de la batalla. Bebías la copa del dolor y la derrota, y se ha transformado en una mezcla de dolor, derrota, triunfo y consuelo. Desde hoy ya no suspirarás más por Zannuba. Te has excedido valorándote a ti mismo; comprométete desde ahora a no desestimar la edad. ¡Ojalá pudieras dar ese consejo a Yasín, para que no le coja desprevenido cuando le llegue su turno! Eres feliz; no tienes de qué arrepentirte. Tienes que afrontar la vida con nuevos proyectos, un corazón nuevo y una conciencia nueva. Deja la bandera en manos de Yasín. Superarás tu vértigo, y todo pasará como si no hubiese ocurrido. No podrás convertir los acontecimientos de los últimos días en una historieta para contar en la mesa con los amigos, como era tu antigua costumbre. Estos días terribles te han enseñado a ocultar muchas cosas. ¡Ah, qué ganas tengo de beber...!»

El señor Ahmad confirmó en los días siguientes que era más fuerte que los sucesos que le habían ocurrido; y siguió su camino tranquilamente. Le llegaron noticias sobre la realidad del divorcio de Yasín a través del señor Ali Abd el-Rahim, de Gunáyyim Hamidu y otros. Lo que no sabían los narradores era la verdad sobre la mujer de cuyas aventuras había surgido ese divorcio. El señor sonrió y se burló de todo ello durante bastante tiempo. Una tarde se dirigía a casa de Muhammad Effat, cuando sintió una horrible pesadez en la base del cuello y la cabeza, hasta el punto de asfixiarse. Eso no era del todo nuevo; a menudo había tenido dolores de cabeza en los últimos días, pero no tan fuertes como esta vez. Cuando se quejó de ello a Muhammad Effat, este ordenó que le trajeran un vaso de zumo de limón helado, y pudo así seguir la velada hasta el final. Pero al día siguiente se despertó peor, y la inquietud llegó a hacerle pensar en consultar a un médico. Lo cierto era que no solía hacer eso nada más que cuando era extremadamente necesario.

Las cosas se desarrollaron análogamente a como cambian las palabras según sus nuevos significados. El palacio de los Shaddad no necesitaba nada nuevo para aumentar en magnificencia a los ojos de Kamal; pero aquella tarde de diciembre parecía tener un aspecto diferente al habitual. Las luces se derramaban sobre el edificio hasta el punto de cubrirlo. Todos sus rincones y todos sus muros aparecían ceñidos por un collar de perlas luminosas. Bombillas de diferentes colores brillaban sobre su superficie, desde la azotea hasta la parte baja de las paredes; y también en la gran tapia, en la puerta colosal y hasta en los árboles del jardín, pareciendo que sus flores y sus frutos se hubiesen convertido en luces rojas, blancas y verdes. De todas las ventanas salía luz, todo parecía gritar invocando alegría. Cuando Kamal, al acercarse, vio este espectáculo, creyó estar seguro de que se dirigía por primera vez en su vida al reino de la luz. Grupos de jovencuelos se amontonaban en la acera, frente a la entrada de la casa por la que habían extendido arena rubia como el oro. Los dos batientes del portal estaban abiertos para recibir a los invitados, al igual que los de la puerta del *salámlík*, cuyo interior iluminaba una gran lámpara colgada en el techo de la sala de recepción. El balcón principal se llenaba a menudo de grupos de señoritas deslumbrantes, con sus hermosos vestidos de noche. Shaddad Bey, entre un grupo de hombres de la familia, se mantenía en su puesto a la entrada del *salámlík* para acoger a los que llegaban, mientras que en el porche engalanado los hombres de una maravillosa orquesta propagaban sus melodías hasta los confines del desierto.

Kamal lanzó una rápida mirada general sobre el espectáculo, preguntándose: «¿Estará Aida en el balcón principal entre las bellezas?». ¿Habrían caído sus ojos sobre él, destacándose entre los que llegaban por su elevada estatura, perfectamente vestido, el abrigo sobre el brazo y presidido por su enorme cabeza y prominente nariz? Al cruzar el portal no dejó de sentir cierto embarazo. Pero no se dirigió al *salámlík* como los otros, sino que giró hacia el antiguo pasillo que conducía al jardín, como le había advertido antes Huseyn Shaddad, para que así el grupo pudiera permanecer reunido en el amado cenador todo el tiempo posible. Como si hubiese entrado en un mar de luz, encontró el *salámlík* trasero, al igual que el delantero, con las puertas abiertas, iluminado con bombillas, repleto de invitados, así como también el balcón superior, abarrotado de grupos de damas. Pero en el cenador no encontró a otro que a Ismail Latif con un elegante traje negro, el cual daba a su imagen agresiva un aspecto amable que no había visto antes. Este le echó un vistazo

rápidamente y dijo:

—¡Estupendo! Pero ¿por qué te has traído el abrigo? Huseyn sólo ha estado conmigo un cuarto de hora, pero volverá cuando termine la recepción. Y Hasan se ha quedado unos minutos, aunque no creo que pueda estar en nuestra reunión como desearíamos. Este es su día y tiene asuntos que lo requieren más que nosotros. Huseyn pensaba invitar a algunos compañeros a venir aquí, pero yo se lo prohibí; se ha conformado con invitarlos a nuestra mesa. Tendremos una mesa privada. Estas son las noticias más importantes que te tenía que contar esta noche.

«Hay algo más importante aquí. Estaré extrañado mucho tiempo de haber aceptado esta invitación. ¿Y por qué aceptaste? ¿Para que pareciera que no te importaba, o porque te has convertido en un terrible apasionado de las aventuras?»

—Está bien, pero ¿por qué no vamos, aunque sea sólo un momento, al salón principal para ver a los invitados?

—Incluso aunque fuéramos, no conseguirías lo que quieres —dijo Ismail Latif con desdén—. Los *bastías* y los *beys* tienen la exclusividad del salón delantero. Si vas allá te encontrarás entre los jóvenes y amigos de la familia en el salón de atrás, y no es eso lo que quieres. Yo desearía que pudiésemos infiltrarnos en las habitaciones de arriba, donde se balancean más a su aire excelentes bellezas.

«Para mis ojos sólo hay una, la mejor de todas. Esa que no han podido contemplar desde el día de las confidencias. Ella se quedó con mi secreto, para desaparecer luego».

—No te voy a ocultar que estoy deseando ver a la gente importante. Huseyn me dijo que su padre había invitado a muchos de quienes suelo leer cosas en la prensa.

—¿Acaso te imaginas que la gente importante tiene cuatro ojos o seis piernas? —contestó Ismail soltando una carcajada—. Son personas como tú y como yo. Aparte de que han envejecido, y su aspecto no es muy agradable. Comprendo el secreto de tu curiosidad hacia ellos, y sólo es una consecuencia de tu excesivo interés por la política.

«Más me convendría no interesarme por nada en este mundo. Ella ya no es mía ni yo soy suyo. Sin embargo, mi interés por la gente importante se deriva en realidad de mi pasión por la grandeza. ¿No te gustaría ser grande? No lo niegues. Tú tienes las prometedoras aptitudes innatas de un Sócrates y los sufrimientos de un Teófanos. Profesas esa pasión a cambio de la luz de la que te ha privado su partida. Mañana no encontrarás ni rastro de ella en todo Egipto... ¡Ay, locura del dolor, tienes algo que emborracha!»

—Huseyn me dijo que la fiesta iba a reunir a miembros de todos los partidos —



añadió ansioso.

—Es cierto, ayer Saad convocó a liberales y nacionalistas a la famosa reunión del té en el Club Saadista, y hoy Shaddad Bey los ha invitado a la boda de su hija. He visto a algunos de tus amigos *wafdistas*. Fathallah Barakat y Hámad el-Basel; de los otros han venido Zárwat, Ismail Sidqi y Abd el-Aziz Fahmi. Shaddad Bey tiene grandes aspiraciones, y hace muy bien. La era de nuestro efendi ha vuelto. El pueblo gritaba cantando; «Vive Dios, Abbás regresará»; pero lo cierto es que se fue para siempre. Shaddad Bey obra con sabiduría al hacer planes para el futuro; tendrá que viajar a Suiza todos los años durante cierto tiempo para presentarle al Jedive las servidumbres de una falsa obediencia, por precaución; luego volverá para proseguir con éxito su andadura.

«Tu corazón detesta ese tipo de sabiduría. La prueba de Saad, no hace mucho tiempo, demostró que el país está repleto de tales sabios. ¿Crees que Shaddad Bey es uno de ellos, el padre de tu adorada...? Despacio, ella misma baja del alto cielo para unirse a un ser humano..., y para que tú corazón se destroce hasta el punto de no poder reunir sus pedazos».

—¿Te imaginas una fiesta como esta sin cantantes?

—La familia Shaddad es medio parisina —respondió Ismail en tono burlón—. Miran con desdén las bodas tradicionales, y no permitirían que una cantora amenizase una fiesta en su casa; no reconocen a ninguno de nuestros cantantes. ¿No recuerdas lo que contaba Huseyn sobre esta orquesta, que esta noche yo he visto por primera vez en mi vida? Tocan todos los domingos por la tarde en Groppi, y tras la cena, se trasladan al vestíbulo para deleitar a la gente importante. Deja de preocuparte ya por eso y entérate de que el colofón de la noche va a ser la cena y el champán.

«¿Y Calila y Sabir? ¿Y las bodas de Aisha y Jadiga? ¡Qué ambientes más diferentes! ¡Qué feliz eras en aquellos días! Esta noche la orquesta va a enviar tus sueños al cementerio. ¿Recuerdas lo que viste por el agujero de la puerta? ¡Qué pena de esos dioses que se arrastran por el barro!»

—Eso no tiene importancia. Lo que siento y sentiré de verdad es no poder haber visto a la gente importante de cerca. Hubiera deseado oír lo que dicen, para conocer dos importantes cuestiones: la primera, la situación política real, y si verdaderamente quedan esperanzas de que vuelva la constitución y la vida parlamentaria después de la coalición. La segunda, las frases habituales que esa gente suele intercambiar en ocasiones felices como esta. ¿No sería magnífico escuchar a alguien como Zárwat Basha charlando y bromeando?

Ismail Latif respondió aparentando indiferencia, aunque ese mismo gesto denotaba orgullo:

—He podido sentarme más de una vez con amigos de mi padre, como Selim Bey, el padre de Hasan, o Shaddad Bey, y te aseguro que no encuentro en ellos nada verdaderamente interesante.

«¿De dónde viene entonces la diferencia entre el hijo del consejero y el hijo del comerciante? ¿Cómo puede limitarse a que uno se aleje de su ídolo, al tiempo que otro se casa con él? ¿No es ese matrimonio una prueba de que esa gente está hecha de un barro diferente al de los humanos? Sin embargo, tampoco sabes cómo habla tu padre entre sus compañeros y amigos...»

—¡En cualquier caso Selim Bey no es uno de esos grandes a los que me refiero!

Ismail sonrió ante esa última frase sin añadir nada.

«Esas risas que vienen de dentro rebosantes de felicidad, y esas otras que bajan del balcón exhalando un perfume hechicero de feminidad, se complementan entre sí, como los tonos de instrumentos musicales que llegan desde lejos, y el oído los percibe como una unidad en ciertas ocasiones o como un ramo de melodías diversas otras. Y después, todo ello, risas y canciones, se convierten en un manojo de rosas en medio de las cuales el corazón, triste y henchido de nostalgia, parece una negra esquela».

Huseyn Shaddad no tardó en llegar, radiante, con su elevada estatura, el rostro resplandeciente, pavoneándose en su *redingote*. Al acercarse abrió los brazos y Kamal hizo lo mismo, estrechándose los dos con entusiasmo. Después se les unió Hasan Selim en traje de ceremonia, hermoso, con su arrogancia natural unida a una apariencia correcta y educada. Al lado de Huseyn parecía muy pequeño. Se dieron la mano también con entusiasmo, y Kamal lo felicitó de todo corazón. Ismail Latif dijo con su habitual franqueza, que la mayoría de las veces no se diferenciaba del ataque malintencionado:

—¡Kamal siente mucho no haber podido sentarse junto a Zárwat Basha y sus amigos!

—¡Qué aguarde hasta haber escrito todas esas obras que esperamos de él, y entonces podrá encontrarse entre ellos! —respondió Hasan Selim con una alegría extraña que hacía desaparecer su reserva habitual.

Huseyn Shaddad protestó:

—¿Es que pretendes ponerte serio? Quiero que pasemos esta noche disfrutando, en completa libertad.

Antes de que Huseyn se sentara, Hasan Selim pidió permiso para marcharse; en

tal situación parecía una mariposa que no para en ningún sitio. Huseyn extendió las piernas hacia adelante, y comenzó a decir:

—Mañana salen hacia Bruselas, estarán en Europa antes que yo; pero no voy a quedarme aquí mucho tiempo, dentro de poco mi distracción será viajar entre París y Bruselas.

«Y tú viajarás entre el-Nahhasín y el-Guriyya, sin amigo y sin amor. Ese es el premio de quien aspira a llegar al cielo. Pasearás la mirada por todos los rincones de la ciudad aturcido, sin que tus ojos puedan librarse de la congoja del deseo. Llena tus pulmones con ese aire impregnado de su aliento; mañana te compadecerás de ti mismo».

—Creo que algún día podré reunirme contigo —dijo Kamal.

Huseyn e Ismail preguntaron a la vez:

—¿Cómo?

«Que tu mentira sea tan grande como tu dolor».

—Mi padre y yo hemos acordado que me iré al extranjero en viaje de estudios con una beca, cuando termine.

—¡Si pudieras hacer realidad ese sueño! —exclamó Huseyn con alegría.

—¡Temo encontrarme solo dentro de unos años! —añadió Ismail riéndose.

Todos los instrumentos de la orquesta se fundieron en un movimiento impulsivo, apresurado, revelando cada uno, en la medida de lo posible, su intensidad y su energía, como si todos estuviesen participando en una dura carrera, cuya meta quedaba al alcance de la vista y de la mano, elevando la melodía hasta ese climax que insinúa la proximidad del final. Su conciencia se dejó arrastrar por la inflamada melodía a pesar de su excesiva tristeza, incorporándose a aquella carrera hasta el punto de que la sangre le latía y le faltaba el aliento. En seguida una dulzura y una embriagante tranquilidad lo dominaron, haciendo de su pena una borrachera de lágrimas. Al final suspiró profundamente y gozó largo tiempo de los ecos de esa melodía, que seguía sonando en su espíritu excitado e impresionado. Creyó preguntarse si sus ardientes sentimientos podrían terminar en un climax como ese; si el amor, al igual que esa melodía, y que todas las cosas, podría acabarse. Recordó situaciones ocurridas en circunstancias singulares, y se le aparecieron vagamente, como si de Aida sólo quedase su nombre. «¿Recuerdas esos momentos...?» Movié la cabeza aturcido, se preguntó: «¿Habrá terminado todo realmente?». Si alguna sombra, alguna idea, alguna imagen, volvía a aparecer y él la veía, despertaría de su sopor y se lanzaría a ahogarse en el río de la pasión con todo su ser, cargado de grilletos al igual que un preso. «Si uno de esos instantes vuelve a visitarte, intenta

agarrarlo con fuerza y no dejarlo escapar, para que así la desgracia se quede a tu lado. Sí, intenta agotar la eternidad del amor».

—¡La fiesta empezó con la lectura de una azora, a modo de bendición! —dijo Huseyn Shaddad riéndose.

«¿El Corán? ¡Qué delicadeza! Ni siquiera la hermosa parisina puede contraer matrimonio sin casamentero oficial y sin El Libro. Así esta boda quedará unida en tu memoria al Corán y al champán».

—Cuéntanos cómo se va a desarrollar la fiesta...

Huseyn empezó a decir, señalando la casa:

—Dentro de poco se va a celebrar la ceremonia, y una hora después nos llamarán a todos a la mesa, luego nada más; Aida dormirá esta noche por última vez en nuestra casa, mañana por la mañana saldrán para Alejandría, y pasado mañana tomarán el barco hacia Europa.

«Se te van a escapar algunas escenas dignas de ser grabadas para servir de viático a tu ansioso sufrimiento, como la imagen de su hermoso nombre escrito sobre el acta legal o la de su rostro esperando que se anuncie la feliz noticia, el color de la sonrisa que hará brillar sus dientes cuando se lleve a cabo la boda, y después la escena de los novios encontrándose... Tu dolor necesitaría incluso más».

—¿Y un casamentero va a officiar la ceremonia?

—¡Pues claro!

Eso fue lo que contestó Huseyn, pero Ismail soltó una carcajada y añadió:

—¡No, mejor aún, un cura!

«¡Qué estupidez de pregunta! ¡Pregúntale también si van a pasar la noche juntos! ¿No es una pena que un hombre sin importancia, como ese casamentero, detenga el curso de tu vida? Sin embargo también son vulgares gusanos los que devoran los cadáveres de los grandes hombres... ¿Cómo será el cortejo fúnebre cuando llegue tu hora? ¿Un cortejo enorme que abarrote la calle, o sólo un grupo pasajero...?» En ese momento el silencio llenó la casa, hasta transformarla sólo en luz, sin ruido. Sintió miedo y congoja. Ahora. En algún lugar. Quizás en esa habitación, o en aquella... Después vibraron prolongadas albórbolas que reavivaron viejos recuerdos. Albórbolas como las que conocía desde siempre, y que no tenían ninguna relación con París. Las siguieron otras, rápidas como cohetes... ¡Cuánto se parecía ese palacio aquella noche a cualquier casa de El Cairo! Las albórbolas seguían, haciendo latir su corazón hasta dejarlo sin aliento. Oyó a Ismail felicitar a Huseyn, y él hizo lo mismo. En ese momento hubiera deseado estar solo, pero se consoló pensando que iba a estarlo muchos días y muchas noches, prometiéndole así a su dolor provisiones

infinitas. La orquesta resucitó tocando un fragmento que él conocía perfectamente: «... de nada, reina de la belleza», y tuvo que recurrir a su enorme capacidad de resistencia y aguante, incluso cuando cada gota de sangre golpeaba las paredes de sus venas anunciando que todo había terminado, que la Historia misma, la realidad entera, los sueños que presiden la vida, se habían acabado; que se encontraba frente a un acantilado de bordes cortantes, y que no había más que eso.

—Unas palabras, albórbolas, y entra uno en un mundo nuevo —dijo Huseyn meditabundo—. Todos pasaremos por ahí algún día.

—Yo voy a alargar todo lo que pueda la distancia que me separa de ese momento —replicó Ismail Latif.

«¿Todos? ¡El cielo o nada!»

—Yo no voy a rendirme nunca a ese día.

Los dos parecieron no prestar atención a lo que Kamal había dicho, o no haberlo tomado en serio, aunque Ismail añadió:

—Yo no me casaré hasta que no me convenza de que el matrimonio es una necesidad ineludible.

Llegó un nubio trayendo copas con bebidas, y luego le siguió otro con una bandeja cargada de hermosos y lujosos cofrecillos: estuches de cristal con cuatro pies dorados, cuyo vidrio azul marino estaba cubierto de adornos plateados. Los cofrecillos iban anudados con una cinta verde de seda, y en el centro había una tarjeta en forma de media luna, con las iniciales de los novios grabadas: «A. H».. Al tomar el estuche a el destinado, Kamal sintió un poco de satisfacción, quizás conseguía sentirse satisfecho por primera vez en ese día. Ese magnífico estuche le prometía que su adorada iba a dejar tras de sí una huella eterna, como su amor; y que esa huella permanecería durante tanto tiempo como él siguiera sobre la tierra, como símbolo de un extraño pasado, un sueño feliz, un castigo celestial, y una terrible decepción. Luego lo envolvió la sensación de que era víctima de una horrenda agresión, en la que conspiraban contra él el destino, las leyes de herencia, la sociedad de clases, Aida, Hasan Selim, y una fuerza misteriosa y enigmática que no quería nombrar. Su miserable persona se le apareció sola ante esas fuerzas aliadas, llena de heridas sangrantes, y sin obtener socorro. Sólo encontró para resistir ese ataque, una sublevación reprimida, vedada por las buenas formas. Es más, las circunstancias lo obligaban a disimularla con alegría, como si hubiese de felicitar a esa fuerza opresora por haberlo castigado, y haberlo arrojado fuera de los límites de la humana felicidad; haciéndole ocultar su eterno rencor para poder decidir en el futuro hacia dónde orientarlo. Sí, sentía que tras esas decisivas albórbolas, ya no se

iba a tomar la vida como algo fácil, ni se iba a conformar con lo simple, ni iba a tener la tolerancia de ser noble y sincero. Su camino iba a ser duro, difícil, penoso, lleno de pesares, humillaciones y sufrimientos. Sin embargo no pensaba retirarse, aceptaba la guerra y desechaba la paz, advertía y amenazaba; aunque dejaba al destino la elección del adversario al que enfrentarse y los medios con los que luchar.

—No te rebeles contra el matrimonio —dijo Huseyn Shaddad tragando su saliva saturada de bebida—. Creo que si puedes viajar, como dices, encontrarás una esposa que te guste.

«¡Como si no hubiera encontrado ya aquí la que me gustaba! Busca otro país en el que el sexo débil no se moleste al ver tu insólita cabeza y tu enorme nariz... ¡El cielo o la muerte!»

—Eso creo —respondió moviendo la cabeza como convencido.

—¿Sabes qué significa casarse con una europea? —preguntó Ismail Latif burlón—. Sólo una cosa: «poseer» a una mujer de la más baja estirpe, una mujer que acepta estar bajo un hombre, sintiendo en su interior que él es un vulgar esclavo.

«Conseguiste esa esclavitud aquí en tu querido país, no en esa Europa que no verás».

—¡Qué exageración! —protestó Huseyn con reprobación.

—¡Mira como nos tratan los profesores ingleses!

—¡Los europeos en su país son diferentes a como son en el nuestro! —apuntó Huseyn con un entusiasmo que más parecía esperanza.

¿Cuál es el camino hacia esa fuerza victoriosa que exterminó la tiranía y a los tiranos? ¡Oh, Dios del Universo, dónde está tu sublime justicia!

Llamaron a los invitados a la fiesta, y los tres amigos se dirigieron al *salámlík*, pasando luego a una habitación lateral que comunicaba con el vestíbulo posterior, donde encontraron un pequeño *buffet*, suficiente para diez personas. Se reunieron con ellos algunos jóvenes, unos, parientes de la familia Shaddad, y otros, amigos de la escuela. Y, aunque su número no sobrepasaba el límite previsto para el banquete, lo cual Huseyn agradeció profundamente, en seguida se precipitaron sobre la comida con brusquedad, hasta el punto de que un ánimo de competición se adueñó del ambiente. Tenían que moverse continuamente, para poder abarcar las diferentes clases de comida, que estaban en las fuentes extendidas a lo largo de la mesa, separadas en grupos por un pequeño ramo de rosas. Huseyn hizo un gesto al camarero, y este trajo unas botellas de *whisky* y soda. Ismail Latif exclamó:

—Hubiera jurado que era una buena señal incluso antes de saber su significado.

Huseyn se inclinó sobre Kamal, rogándole al oído:

—Sólo un vaso, a mi salud...

Su ánimo le decía «¡bebe!», pero no por el deseo de beber, pues no lo conocía, sino por el de rebelarse; sin embargo su fe era más fuerte que su tristeza y su rebeldía.

—Eso no, gracias —respondió riendo.

—No eres justo —replicó Ismail—. Incluso los piadosos se permiten beber en las bodas.

Siguió saboreando la apetitosa comida con tranquilidad, contemplando de vez en cuando a los que comían y bebían, o participando con ellos en la charla y en las risas. «La felicidad de un hombre es directamente proporcional al número de veces que asiste a los banquetes de bodas; pero ¿será el banquete de los *bashas* como el nuestro? ¡Comámonos su comida y entrevistémoslos! ¡Champán! ¡Es la ocasión de probarlo...! El champán de los Shaddad... ¿qué decís...? ¿Qué le ocurre al profesor Kamal que no se acerca al alcohol...? Quizás tiene la barriga llena y no puede más. La verdad es que estoy comiendo con un apetito de tabernero, como si los nervios de mi estómago no se dejaran influir por la tristeza, o esta produjese un efecto contrario... Así almorcé en el funeral de Fahmi... ¡Prohíbele a Ismail que siga comiendo y bebiendo, si no, se morirá...! Si la muerte de el-Manfaluti y de Said Darwísh, y la pérdida del Sudán fueron acontecimientos que coronaron nuestra época de negro, la coalición y este banquete serán una de sus noticias más alegres. ¡Nos hemos comido tres pavos, y aún queda un cuarto sin tocar! Pero fíjate en aquel tipo de allí. ¡Dios mío, está señalando mi nariz y todos se ríen! Están borrachos, no te enfades; ríete con ellos para aparentar indiferencia y alegría... Pero mi corazón se agita de cólera... En cuanto a las huellas de esta noche, no pienses que te vas a librar de ellas nunca, jamás. Por ahí suena el nombre de Fuad el-Hamzawi corriendo entre las lenguas; están hablando de su superioridad y su talento. ¿Acaso te queman los celos? Hablar de él será un modo de engrandecerte tú mismo en cierta manera...»

—¡Desde pequeño ha sido siempre un alumno excelente!

—¿Lo conoces?

—Su padre es empleado de la tienda del de Kamal —respondió Huseyn Shaddad en su lugar.

«Mi corazón se siente satisfecho. ¡Dios maldiga los corazones!»

—Siempre ha sido un hombre leal y trabajador.

—¿Y de qué es comerciante tu padre?

«¡Qué halo de grandeza rodeaba en tu imaginación la palabra "comerciante"!», hasta que te hablaron de "el hijo del comerciante y el hijo del consejero"».

—De ultramarinos al por mayor...

«La mentira es un modo detestable de salvarse. Míralos, para averiguar lo que ronda tras la máscara de sus rostros. Pero ¿qué hombre de esta casa puede compararse a tu padre en fuerza y en belleza?»

En cuanto dejaron las mesas, unos volvieron a sus asientos en el vestíbulo, y otros salieron al jardín para pasear. Transcurrió un tiempo de inactiva tranquilidad, y después los invitados comenzaron a marcharse. La familia subió al segundo piso para presentar sus felicitaciones a los recién casados, y la orquesta no tardó en seguirlos, para tocar una selección de piezas escogidas en la afortunada reunión. Kamal se puso el abrigo, tomó su magnífico estuche y cogió a Ismail del brazo, abandonando el palacio de los Shaddad.

—Son las once —dijo Ismail lanzándole a su amigo una mirada de borracho—. ¿Qué te parece pasear por la calle de los Palacios hasta que me recupere un poco?

Kamal aceptó de buena gana, porque encontraba en el paseo y en el hecho de matar el tiempo la oportunidad idónea que había estado tramando. Anduvo con él por el mismo camino por el que antes había andado con Aida cuando le confesó su amor y su sufrimiento. No se le borraría de la memoria la imagen de aquella calle, con sus majestuosos palacetes silenciosos y sus altos árboles a ambos lados. Contempló el cielo con la tranquilidad de un espíritu en reposo y la magnificencia de una fantasía sublime. «Tu corazón no dejará de estremecerse mientras tus pies la pisen o tu imaginación la evoque; agitándose con latidos de nostalgia, emoción y sufrimiento, como un árbol zarandeado por el viento que esparce sus hojas y sus frutos. Y sea cual fuese el fracaso que tuviste cuando antes la recorrías, seguirá conservando para ti el recuerdo de un sueño pasajero, de una esperanza perdida, de una felicidad imaginaria, y de una vida desbordante de sensaciones, pero mejor, a pesar de las peores fatalidades, que la tranquilidad de la ausencia, la soledad del abandono, o la apatía de la compasión. ¿Encontrarás en el futuro otro refrigerio para tu corazón, fuera de estos lugares que observas con los ojos de la fantasía y esos nombres que oyes con los oídos del deseo?»

—¿Qué crees que estará ocurriendo ahora en el piso de arriba? —preguntó Kamal.

Ismail dijo en voz alta, perturbando el postrado silencio:

—La orquesta estará tocando fragmentos extraordinarios. Los novios estarán subidos al estrado, sonrientes, y alrededor las familias Shaddad y Selim. He visto reuniones como esa muchas veces.

«¡Aida en traje de novia! ¡Qué espectáculo! ¿Has visto algo así ni siquiera en



sueños?»

—¿Y hasta cuándo se prolongará la fiesta?

—Una hora como máximo, para permitir que duerman los novios, ya que por la mañana salen para Alejandría.

«Palabras como puñales... ¡Qué se claven en tu corazón todo cuanto quieran!»

Sin embargo, Ismail volvió a decir interrogándose:

—¿Pero desde cuándo las noches de boda conocen el sueño?

Soltó una carcajada fuerte y pependiciera y eructó, expulsando los vapores del alcohol y frunciendo el ceño con fastidio. Luego, relajando el rostro:

—¡Que Nuestro Señor no te condene al sueño de los amantes! No duermen, amigo mío. No te dejes engañar por la reserva de Hasan Selim; se arrojará sobre ella y correteará como un semental hasta que despunte la mañana; eso es un destino ineludible.

«Saborea este nuevo tipo de sufrimiento en gotas, es la esencia del sufrimiento o el sufrimiento por excelencia. Que te sirva de consuelo haber sido el único hombre cuyo corazón ha soportado algo parecido, y el saber que el infierno será para ti indiferente si el destino te tiene reservado que sus carceleros te lleven y te hagan bailar sobre las lenguas de las llamas. ¿Sufres?, pero no por haber perdido el amor, puesto que nunca aspiraste a poseerlo, sino porque ella ha bajado de su alto cielo para revolcarse en el fango, después de una vida inmaculada sobre las nubes; y porque ha consentido que besen su mejilla, derramen su sangre y prostituyan su cuerpo. ¡Qué angustia y qué dolor...!»

—¿Es cierto lo que dicen sobre la noche de bodas?

—¡Por Dios! ¿Tú desconoces esas cosas? —exclamó Ismail.

«¿Cómo se puede santificar el pecado?»

—Claro que las desconozco. Hasta hace poco tiempo, yo no sabía nada. Hay cosas que me gustaría volver a escuchar.

—A veces pareces tonto o idiota —dijo Ismail riéndose.

—Déjame que te pregunte una cosa: ¿no te importaría que le hiciesen eso a una persona que tú adoras?

Ismail eructó otra vez haciendo llegar el maldito olor a alcohol a la nariz de Kamal.

—No existe nadie digno de adoración —contestó—. Tu hija por ejemplo, si la tuvieses.

—Ni mi hija ni mi madre... ¿Cómo venimos nosotros? Eso es una ley natural.

«¡Nosotros! La verdad es una luz deslumbrante. Baja la vista entonces. Detrás

del velo de santidad ante el que te has postrado toda tu vida, estaban divirtiéndose como niños. ¿Por qué todo parece derrumbarse? El padre..., la madre..., Aida..., la tumba de el-Huseyn..., el oficio de comerciante..., la aristocracia de Shaddad Bey..., ¡qué dolor más terrible!»

—¡Qué porquería esa ley natural!

Ismail eructó por tercera vez, y añadió manifestando en su voz una risa no permitida:

—Lo cierto es que tu corazón está dolido. Está cantando con esa nueva cantante, Umm Kulzum: «Lo salvaría, guardase mi amor o no».

—¿Qué quieres decir? —preguntó irritado.

—Quiero decir que amas a Aida —respondió Ismail en un tono que intentaba hacer creer que estaba más borracho de lo que estaba en realidad.

«¡Dios mío! ¿Cómo ha podido descubrir mi secreto?»

—¡Estás borracho!

—¡Sí, pero es la verdad, y todos lo saben!

—¿Qué dices? —exclamó mirando asombrado a su amigo a través de la oscuridad.

—Digo que es la verdad y que todos lo saben.

—¿Todos? ¿Quiénes? ¿Quién ha podido levantar esa calumnia contra mí?

—Aida.

—¿Aida?

—Aida es la que ha divulgado tu secreto.

—¿Aida? No lo creo, estás borracho.

—Sí, estoy borracho, pero es la verdad. Una de las virtudes de los borrachos es que no mienten. —Después, tras una breve risa—: ¿Te has enfadado por eso? Como sabes Aida es una chica delicada. ¡Cuántas veces volvió la mirada secretamente hacia tus ojos enamorados sin que tú lo supieras! No movida por la burla, sino porque se enorgullece coqueteando con los que se enamoran de ella. Al principio se lo contó a Hasan, y este me mandó varias veces a vigilarte, contándoselo luego a Huseyn... ¡Incluso la señora Saniyya, oyó hablar del enamorado melancólico, como te llamaban! Y es probable que los criados escucharan lo que se comentaba sobre ti entre sus señores. Todos conocen la historia del enamorado melancólico...

Se sintió débil, se imaginó que pies mecánicos pisoteaban con fuerza su dignidad. Sus labios se cerraron tras una amarga tristeza. Así se divulgan los más honestos secretos. El otro volvió a decir:

—No te sientas afectado, todo ha sido una broma inocente salida de corazones

que te tienen cariño; Aida incluso, sólo lo ha hecho público movida por el orgullo.

—¡Se hizo ilusiones y se dejó engañar!

—Negar tu amor es tan inútil como negar la luz del sol en pleno día —contestó Ismail riendo.

Kamal guardó un silencio lleno de pesar y rendición.

—¿Qué dijo Huseyn? —preguntó de repente.

Ismail levantó la voz:

—¿Huseyn? Él es un amigo fiel, muchas veces se mostró descontento con la conducta de su ingenua hermana, y le replicó alabando tus cualidades.

Suspiró satisfecho. Si su esperanza en el amor se había frustrado, le quedaba aún la de la amistad. ¡Ay! ¿Cómo podría entrar en el palacio de los Shaddad después de aquella noche?

Ismail volvió a decir con gravedad, como para alentar a su amigo a afrontar la situación:

—Aida estaba prometida oficialmente con Hasan desde varios años antes de que se anunciara el compromiso. Además ella es mayor que tú; y esos sentimientos se olvidan después de dormir. No te preocupes ni te entristezcas.

«Esos sentimientos... ¿olvidarlos?»

—¿Se burló de mí divulgando esa secreta pasión? —preguntó sin ocultar su inquietud.

—¡Claro que no! Te he dicho que ella es feliz hablando de sus enamorados.

«Tu adorada era un dios cruel y burlón que gozaba mofándose de sus súbditos. ¿Recuerdas el día en que se metió con tu nariz y tu cabeza? ¡Cuánto se parecen su fuerza y su crueldad a las leyes naturales! Y a pesar de eso, ¿cómo ha podido apresurarse tan contenta a pasar la noche de bodas como cualquier muchacha? Sólo tu madre se oculta tras la vergüenza, como si reconociera su culpa».

Se habían adentrado mucho en el camino. Dieron la vuelta y regresaron en silencio, como si se hubiesen cansado de la conversación y sus tristezas. Ismail no tardó en ponerse a cantar con voz maliciosa: «¡Qué hermosa eres, vendedora de manzanas!». Pero el otro no salía de su silencio. ¡Qué vergüenza! ¡Había servido de tema de conversación! Como si la gente de la casa, los amigos y los criados se hubiesen hecho guiños a su espalda mientras él estaba descuidado. Era un comportamiento grosero que no se merecía. ¿Ese era el premio a su amor y a su esclavitud? ¡Qué cruel era su adorada y qué terrible su dolor! Quizás Nerón, cantando mientras veía arder Roma, se estaba vengando de una situación parecida. «Tienes que ser como un general conquistador, orgulloso a lomos de su caballo;

como un caudillo llevado a hombros por la multitud o una estatua de acero sobre una columna, como un mago que puede adoptar la apariencia que quiera o un ángel que vuela sobre las nubes, como un fraile que se ha retirado al desierto o un criminal peligroso que hace temblar a la gente, como un payaso cautivando la risa de los espectadores o un suicida espantando a los que lo ven. Si Fuad el-Hamzawi llegara a enterarse de la historia, te diría, escondiendo una burla tras su habitual educación: "La culpa es tuya, porque nos abandonaste a cambio de esa gente. Despreciaste a Qámar y a Narguis; saborea ahora el abandono de los dioses". El cielo o nada, esa es mi respuesta. Que se case como quiera y se vaya a Bruselas o a París; que envejezca y se seque su cuerpo lozano, no conseguirá un amor como el mío. No olvides este camino porque sobre él te emborrachaste con la fascinación de la esperanza, y luego tuviste que tragarte el tormento de la desesperación. Yo ya no soy un habitante de este planeta, soy un extranjero y tengo que llevar una vida de tal».

Cuando pasaron por el palacio de los Shaddad en el camino de vuelta, encontraron a los empleados ocupados en quitar los adornos y los cables de las bombillas, de las paredes y de los árboles. La gran mansión se veía despojada de sus ornamentos nupciales y envuelta en sombras; a excepción de algunas habitaciones, de cuyos balcones y ventanas seguía saliendo luz. La fiesta había, terminado, la gente se había ido y la situación indicaba que todo tiene un final. Ahí estaba él otra vez cargado con su estuche de cristal, como un niño que deja de llorar con unos trozos de chocolate. Siguieron caminando despacio hasta llegar al principio de el-Huseyniyya; se estrecharon la mano y se separaron.

Apenas había avanzado unos metros por la calle de el-Huseyniyya, cuando se paró, volviéndose de repente en dirección a el-Abbasiyya, que parecía deshabitado y sumergido en el sueño. Apretó el paso hacia el palacio de los Shaddad, y cuando divisó la casa, giró a la derecha en dirección al desierto. Se adentró en él hasta alcanzar una posición a la espalda del muro trasero del jardín, que le permitiera observar la casa desde lejos. La densa y completa oscuridad ofrecía su velo de seguridad al espía. Por primera vez en la noche sintió frío, en aquella soledad desnuda, y se ciñó el abrigo alrededor de su largo y delgado cuerpo. La casa se le aparecía tras el alto muro, como una gigantesca fortaleza. Sus ojos vagaron buscando su precioso objetivo hasta que se detuvieron ante una ventana cerrada en el extremo del ala derecha, por cuyos huecos se colaba la luz. Era la habitación de los novios, la única que permanecía despierta en ese lado del palacio. Ayer había sido el dormitorio de Aida y Budur, y esa noche la habían engalanado para que fuese testigo de la mayor maravilla que el destino podía realizar. La observó un buen rato,

primero con impaciencia, como un pájaro con el ala rota que contempla su nido en lo alto de un árbol, y después, con una profunda tristeza, como si viese su entierro con sus propios ojos a través de lo invisible. ¿Qué estaría ocurriendo tras esa ventana? ¡Si pudiese trepar a aquel árbol del jardín para verlo! De buena gana hubiera dado hasta el más ínfimo segundo que le quedaba de vida a cambio de mirar a través de la ventana. ¿Acaso era poco poder ver a la adorada en su retiro nupcial? ¿Qué posturas adoptarían y cómo se encontrarían sus ojos? ¿Qué se susurrarían? ¿En qué lugar del mundo podía ahora ocultarse la grandeza de Aida? Lo abrasaba la pasión de ver, de grabar cada palabra que se le escapase, cada gesto que hiciese, cada señal que articulasen las facciones de su rostro; incluso las ideas e imágenes de su fantasía, las manifestaciones de cariño, y la vehemencia del instinto... Todo, fuese repugnante y terrible o triste y doloroso; y que después la vida se le fuese, ya no le importaba. Seguía en su sitio, y el tiempo pasaba sin que él abandonase su posición ni la luz se apagara. Su imaginación seguía interrogándose: ¿Qué haría él en ese momento si estuviese en el lugar de Hasan Selim? El desconcierto le produjo vértigo y no pudo responder. La devoción no tenía ningún sentido en una noche como esa, pero fuera de la devoción no aspiraba a otra cosa con Aida. Hasan Selim era de esa clase que no se deja atrapar por tal sentimiento... Así pues, él sufría en el desierto, mientras allí se intercambiaban besos de los que acostumbra a darse la gente, gemidos empapados en sudor, un éxtasis que hacía correr la sangre, y tónicas que descubrían cuerpos efímeros. Así era el mundo, efímero, y también sus devastadas esperanzas y sus sueños vanos. «Rechaza como prefieras el desprecio de los dioses, llena tu corazón con esta tragedia. Pero ¿dónde ha ido ese sentimiento hermoso y magnífico que ha alumbrado tu corazón en los últimos cuatro años? No era una ilusión, las ilusiones no tienen resonancia. Era la vida misma. Si las circunstancias pudiesen dominar los cuerpos ¿qué fuerza podría quedarle al alma...?» Que su adorada siguiera siendo su adorada, el amor su tormento y su refugio, y el desconcierto su placer; hasta que un día se detuviera ante el Creador y lo interrogase acerca de las desgracias que siempre lo habían consternado. ¡Ay si pudiese observar lo que ocurría tras la ventana! ¡Descubrir el mayor secreto de su existencia! El frío lo pellizcaba de vez en cuando, y recordó su situación y el tiempo que había pasado aturdido; pero ¿por qué darse prisa en regresar? ¿De verdad esperaba que el sueño viniese a llamar a sus párpados aquella noche?

Una calesa se paró ante la tienda de Ahmad Abd el-Gawwad con las ruedas manchadas por el barro y el agua acumulados en los charcos de la calle de el-Nahasín; de allí se apeó el señor Muhammad Effat con una *yubba* de lana. Al entrar en la tienda dijo sonriendo:

—Hemos venido en coche, pero hubiera sido más seguro venir en barca.

Había llovido sin cesar durante un día y medio, hasta que el agua corrió por la tierra inundando calles y callejones. Y aunque el cielo se contuvo, sus sombras no se disiparon; y siguió ocultando su rostro tras nubes opacas que cubrieron la tierra de pardas tinieblas, propagando una luz mortecina que parecía anunciar la oscuridad de la noche. El señor Ahmad recibió a su amigo con una buena acogida, y lo invitó a sentarse. Muhammad Effat casi no se había acomodado aún en su asiento, en una esquina del escritorio, cuando dijo como para desvelar el misterio de su llegada:

—No te extrañe que haya venido con este tiempo a pesar de que fuéramos a encontrarnos en la reunión de costumbre dentro de unas horas; ¡pero estar separado de ti me estaba haciendo sufrir!

Y se rio para desvanecer lo insólito de sus palabras. El señor se rio también, pero con una risa cercana a la interrogación. Gamil el-Hamzawi fue hacia la puerta; tenía la cabeza envuelta en una *kufiyya* recogida bajo la barbilla, y llamó al muchacho de la cafetería Qalawún para que trajera café. Luego volvió a su silla, dispensado del trabajo a causa de la lluvia y el frío. Al señor Ahmad el corazón le decía que había algo tras esa visita, y que había tenido lugar en aquel preciso momento motivada por alguna necesidad, aparte de que las crisis que había sufrido hacía poco y la enfermedad que le había sobrevenido últimamente le habían hecho estar siempre expuesto a la inquietud, en contra de su costumbre. Sin embargo, ocultó su turbación con una sonrisa amable, y dijo:

—Un poco antes de tu llegada estaba recordando la velada de ayer y la escena de Alfar bailando ¡Dios le maldiga!

—¡Todos somos alumnos tuyos! —respondió Effat sonriendo—. Y en relación con eso, déjame que te cuente lo que estuvo divulgando sobre ti Ali Abd el-Rahim. Dice que el dolor de cabeza que vienes sufriendo desde las últimas semanas sólo es un exponente de la falta de mujeres en tu vida de un tiempo a esta parte.

—¡Falta de mujeres en mi vida! ¿Es que para el dolor de cabeza no hay más motivo que las mujeres?

Llegó el muchacho con los vasos de café y de agua en una bandeja de cobre; los colocó en una esquina del escritorio, donde estaban sentados los dos amigos, y se fue. Muhammad Effat bebió un poco de agua y dijo:

—Beber agua fría en invierno es delicioso ¿no crees? Aunque para qué te lo pregunto, si tú eres uno de esos amantes del invierno que se bañan todas las mañanas con agua helada, incluso en estos días de febrero... Ahora dime, ¿no te han maravillado las noticias del congreso nacional que se ha reunido en casa de Muhammad Mahmud? ¡Otra vez vemos a Saad, a Adli y a Zárwat reunidos en un frente único!

—Nuestro Señor, en su inmensa sabiduría, acepta el arrepentimiento... —murmuró el señor.

—Pero yo no me fío de esos perros.

—Ni yo, pero ¿qué se puede hacer? El rey Fuad los ha traicionado; la pena es que la batalla ya no sea con los ingleses.

Siguieron sorbiendo el café en un silencio que si revelaba algo, era que ya no había lugar para conversaciones pasajeras, y que Muhammad Effat tenía que mostrar lo que ocultaba. Este se incorporó en su asiento y en un tono grave se dirigió al señor preguntándole:

—¿Tienes noticias de Yasín?

La cuestión reflejó en los grandes ojos del señor una cierta preocupación mezclada de inquietud; y al mismo tiempo su corazón comenzó a latir con terribles palpitaciones.

—Está bien —dijo—. Viene a visitarme de vez en cuando, la última vez fue el lunes pasado. ¿Es que hay alguna novedad? ¿Algo relacionado con Maryam? No se sabe adonde ha ido. Últimamente me he enterado de que Bayumi, el vendedor de refrescos, le ha comprado su parte en la casa de su madre.

—No es nada relacionado con Maryam —contestó Muhammad Effat fingiendo una sonrisa—. ¿Quién sabe? Quizás ella ya haya desaparecido hasta de su recuerdo... La cuestión, sin más rodeos, es un nuevo matrimonio.

El corazón empezó a latirle otra vez como si estuviese asustado, y dijo:

—¿Un nuevo matrimonio? ¡No me dijo absolutamente nada de eso cuando estuvo hablando conmigo!

Muhammad Effat movió la cabeza apenado, y volvió a decir:

—De hecho se casó hace un mes o más. Me lo ha contado Gunáyyim Hamidu hace sólo una hora. ¡Y él pensaba que tú estabas al corriente de todo!

Con la mano izquierda comenzó a retorcerse el bigote a una velocidad nerviosa,

diciendo como si hablara consigo mismo:

—¡Hasta ese punto! ¡Cómo puedo creerlo! ¡Cómo ha podido ocultármelo!

—La situación requiere discreción. Escúchame; he preferido revelarte la verdad antes de que te enteraras por sorpresa de una forma desagradable. Sin embargo no conviene prestarle más atención de la que se merece. Antes de nada, no tienes que dejarte llevar por la cólera, ya no podrías soportarlo; recuerda tus últimas fatigas y preocúpate de ti mismo.

—¡Va a ser un escándalo! —repuso abatido—. Eso es lo que me dice el corazón. ¡Venga, suelta lo que sea, señor Muhammad!

Muhammad Effat movió la cabeza apenado, diciendo en voz baja:

—Tienes que seguir siendo el Ahmad Abd el-Gawwad que siempre hemos conocido... ¡Se ha casado con Zannuba, la tañedora de laúd!

—¡Zannuba!

Intercambiaron una mirada cargada de significado; y en seguida apareció el desconcierto en el rostro de Ahmad y la compasión en el de su amigo. El tema del matrimonio ya no era la principal preocupación.

—¿Crees que Zannuba sabe que es mi hijo? —preguntó abatido.

—No tengo ninguna duda; aunque estoy casi seguro de que ella no le habrá revelado su secreto, para poder retenerlo en sus redes. Ha tenido un éxito digno de felicitación.

Pero Ahmad Abd el-Gawwad volvió a preguntar en un tono fatigado:

—¿O quizá me lo ocultó porque sabía lo mío?

—Claro que no, no lo creo. Si hubiese sabido eso con anterioridad, no habría llegado a casarse con ella. Es un muchacho atolondrado, sin duda; pero no es un sinvergüenza. Si te lo ha ocultado ha sido porque no ha tenido el valor de decirte abiertamente que se casaba con una tañedora de laúd. ¡Ay de los padres que tienen hijos sinvergüenzas! Lo cierto es que me hace mucho daño; pero vuelvo a pedirte que no te rindas a la cólera. La culpa es suya, tú eres inocente de lo que él haga, y no hay nada que reprocharte.

Ahmad Abd el-Gawwad dio un sonoro suspiro y le preguntó a su amigo:

—Dime, ¿cómo te comentó Gunáyyim Hamidu la noticia?

Muhammad Effat agitó la mano con despreocupación, y dijo:

—Me preguntó: «¿Cómo ha podido consentir eso el señor Ahmad?». Yo le dije: «El hombre no sabe nada». Se entristeció y me dijo: «¡Mira qué lejos está el hijo del padre! ¡Dios le ayude!».

—¿Es ese el resultado de la educación que les he dado? —se lamentó Ahmad—.



¡Ay, señor Muhammad, estoy muy confundido! La desgracia es que nos vemos privados del control efectivo sobre ellos en el mismo momento en que sus verdaderos intereses más lo necesitan. Ellos cargan con sus propias responsabilidades por derecho de edad, pero abusan de ese derecho sin que nosotros podamos enderezar lo que tuercen. Somos hombres, pero no nacemos hombres. ¿De dónde crees que viene el error? ¡Ese toro! ¡Una mujer al alcance de todas las manos! ¿Qué le habrá movido a casarse con ella? ¡Compadezcámonos de nosotros mismos! ¡No hay poder ni fuerza sino en Dios!

Muhammad Effat le puso la mano en el hombro a su amigo con ternura, y dijo:

—Ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer. Después de eso, él es dueño de sus asuntos. Nadie va a pensar que tú mereces ningún reproche.

En esto llegó la voz apenada de el-Hamzawi, diciendo:

—Nadie sensato podría criticarte a ti por algo como eso, señor. Además imagino que aún no se han perdido todas las esperanzas de corregirlo. Aconséjale, señor...

—Ante ti parece un niño obediente. Se divorciará de ella antes o después, las buenas obras es mejor hacerlas cuanto antes.

—¿Y si está embarazada? —se quejó el señor.

Volvió a oírse la voz de el-Hamzawi que decía afligido:

—¡Dios no lo permita!

Parecía que Muhammad Effat tenía más que decir. Miró a su amigo con lástima, y exclamó:

—Lo verdaderamente triste es que ha vendido la tienda de el-Hamzawi para amueblar la casa de nuevo.

Ahmad lo miró asombrado, después frunció el ceño excitado y exclamó furioso:

—¡Como si yo no existiera! ¡Ni siquiera en eso me consulta! Después, dando una palmada:

—Sin duda se han reído de él. Se han encontrado un desecho en su camino. Un mulo descarriado con traje de efendi.

—¡Tiene comportamiento de niño! —añadió Muhammad Effat afectado—. ¡Se ha olvidado de su padre y se ha olvidado de su hijo! Pero ¿de qué sirve enfadarse?

Ahmad Abd el-Gawwad exclamó:

—Me parece que voy a tener que cogerlo por la cincha; sean cuales fuesen las consecuencias.

Muhammad Effat extendió sus brazos como para evitar el daño y le rogó:

—¡Si tu hijo crece, hazte su amigo! No te equivoques, tú eres el padre de la sabiduría, sólo tienes que aconsejarlo, y que Dios decida...

Bajó los ojos pensativo; pareció dudar unos instantes y luego prosiguió:

—Hay algo que me preocupa como también te preocupa a ti: Redwán.

Los dos hombres intercambiaron una larga mirada hasta que Muhammad Effat continuó diciendo:

—Dentro de un mes el pequeño va a cumplir siete años. Tengo miedo de que lo reclame y crezca en los brazos de Zannuba. Es un mal que hay que evitar. No creo que tú lo aceptes. Convéncelo de que lo deje con nosotros hasta que Dios resuelva el problema.

Por naturaleza, Ahmad Abd el-Gawwad no aceptaba de buen grado que su nieto se quedase con la familia de la madre después de cumplirse el plazo legal de tutela; pero por otro lado, no quería proponer acogerlo en su casa para no añadirle una nueva carga a Amina, que en razón de sus años, ya no podría soportar. Y dijo con triste resignación:

—No sería conveniente que Redwán se educase en casa de Zannuba, en eso estoy de acuerdo contigo.

—Su abuela lo quiere de todo corazón —dijo Muhammad Effat suspirando con satisfacción—. E incluso si en el futuro las circunstancias obligan a que se traslade a casa de su madre, allí encontraría un ambiente apropiado; pues el marido de su madre es un hombre de cuarenta años o más; y Dios lo ha privado de la felicidad de tener hijos.

—De todas formas, prefiero que se quede contigo —le rogó Ahmad Abd el-Gawwad.

—¡Bueno, bueno...! He hablado de probabilidades lejanas, a las que ruego a Dios no nos quiera forzar. Ahora sólo me queda pedirte que seas amable al hablar con Yasín y censurarlo, para que sea más fácil convencerlo de que me deje a Redwán.

En estas, llegó de nuevo la voz conciliadora de el-Hamzawi:

—El señor Ahmad es el padre de la prudencia; ¿va a olvidarse de que Yasín es ya un hombre, y que como todos los hombres es libre para disponer de sus asuntos y sus posesiones? De eso no puede olvidarse el señor; sólo tiene que aconsejarlo, y el resto dejarlo en manos de Dios.

Ahmad Abd el-Gawwad se rindió durante el resto del día a la reflexión y a la tristeza. Se dijo a sí mismo: «En una palabra, Yasín es un hijo frustrante, no hay nada más terrible que un hijo así. No es necesario ser vidente para imaginarlo; sí, irá de mal en peor. ¡Que Dios sea benevolente con él!». Gamil el-Hamzawi le rogó que aplazase para mañana la conversación con Yasín, y él aceptó su ruego, más por desesperación que porque apreciase el consejo.

Al día siguiente por la mañana lo convocó a entrevistarse con él; y Yasín acudió dispuesto, como procede en un hijo obediente. Lo cierto era que no había cortado los lazos que lo unían a su familia; aunque la antigua casa era el único lugar al que no encontraba valor para volver, a pesar de la añoranza que sentía. No había una sola vez que se encontrara a su padre, a Jadiga o a Aisha, que no los cargara de saludos para la mujer de su padre. Ciertamente no había olvidado lo que ella se enfadaba con él, ni se había borrado de su cerebro la huella de lo que llamaba su «inflexibilidad» hacía él. Pero rehusó olvidar también el tiempo pasado, en el que no había conocido otra madre que ella. No dejó de visitar a sus hermanas; y se encontraba con Kamal a menudo en el café de Ahmad Abdu, o lo invitaba a su casa, donde el muchacho conoció primero a Maryam y luego a Zannuba. En cuanto a su padre, iba a verlo a la tienda, cuando menos una vez por semana. Aquí pudo conocer Yasín esa segunda personalidad del señor que cautivaba a la gente; y surgió entre los dos hombres una amistad sólida, firme y entrañable, alimentada por los lazos del parentesco de un lado, y por la alegría de descubrir la realidad del padre por otro. Sin embargo, ese día Yasín al contemplar el rostro de su padre, notó algo que le recordaba aquel otro rostro suyo que tantas veces le había provocado terror. Y no se preguntó qué le ocurría, porque estaba seguro de que desvelaría su secreto tarde o temprano. No dudaba de que había llegado el momento de la tempestad que desde hacía tiempo temía se desatase a causa de lo que había hecho. El señor lo abordó diciendo:

—Me entristece haberme encontrado con ese desprecio... ¿Qué hay peor que tener que saber noticias sobre mi hijo a través de otros?

Yasín bajó la cabeza y no habló. El hombre se alteró con esa falsa capa de humildad que le mostraba, y gritó:

—¡Quítate esa máscara! ¡Deja de fingir y hazme oír tu voz! Naturalmente sabes a qué me refiero.

Yasín respondió con una voz que casi no se oía:

—No encontré valor para decírtelo.

—¡Eso ocurre cuando se oculta una culpa o una vergüenza!

Su instinto le advirtió a Yasín que no debía refugiarse en ningún tipo de protesta, y respondió rindiéndose:

—Sí.

—Si esa es de verdad tu opinión ¿por qué lo hiciste? —preguntó el señor, desconcertado.

Yasín se protegió en el silencio otra vez, y su padre se imaginó que con ese silencio decía: «¡Sé que es una vergüenza, pero me rendí al amor!». Esto le recordó

su propia humillación ante esa misma mujer... «¡Qué deshonra! Pero tú lavaste tu ultraje con una gran cólera, aunque luego volviste a perseguirla. En cuanto a este toro... ¡qué miserable!»

—Un escándalo al que te has expuesto sin pensar que todos nosotros cargaríamos con las consecuencias.

—¿Todos vosotros? ¡Dios no lo quiera! —exclamó con inocencia.

Al señor le volvió la cólera, y gritó:

—¡No te hagas el ignorante! ¡No pretendas ser inocente! Sabes que para conseguir tus deseos no te importa lo que pueda afectar a la reputación de tu padre o tus hermanas. Has metido en la familia a una tañedora de laúd, para que ella, y luego toda su descendencia, sea como uno de nosotros. No creo que ignorases eso antes de que yo te lo haya mencionado, pero te despreocupas de todo para conseguir tus deseos; en tus manos la dignidad de la familia no tiene ninguna importancia. Tú mismo te vas derrumbando, piedra sobre piedra, y al final te encontrarás en la ruina.

Bajó la vista refugiándose en el silencio, hasta el punto de que su estado declaraba su culpa y su resignación. «Según creo, este escándalo no te habrá costado, padre, más que un poco de dramatización; en cuanto a mí... Mañana voy a ser agraciado con un descendiente, cuya madre es Zannuba y cuya tía es Zubayda. ¡Un insólito parentesco entre el conocido señor Ahmad el comerciante y la famosa cantora Zubayda! ¡Quizás estamos expiando unas culpas que no conocemos!»

—Se me ponen los pelos de punta cuando pienso en tu futuro. Te he dicho que te estás derrumbando, y te derrumbarás más y más. Dime ¿qué has hecho con la tienda de el-Hamzawi?

Yasín levantó hacia él sus ojos afligidos, dudó un poco, y dijo:

—Tenía una necesidad urgente de dinero.

Luego, bajando la mirada:

—Si hubiera sido en otras circunstancias te habría pedido prestado lo que necesitaba, pero el asunto era comprometedor.

—¡Hipócrita! —gritó el señor, enfurecido—. ¿No te avergüenzas de ti mismo? Apostaría a que no encuentras en todo lo que has hecho nada extraño o deplorable. Yo te conozco y te comprendo muy bien, no intentes engañarme. Sólo tengo una cosa más que decirte, aunque sé de antemano que no servirá de nada: Tú mismo te estás destruyendo, y tu final va a ser muy negro.

Yasín volvió al silencio, fingiendo tristeza.

«¡Ahí está el toro...! Esa mujer es un demonio seductor, pero ¿qué te ha obligado a casarte con ella? Pensaba que a mí me exigía matrimonio ansiando mi edad

avanzada, pero ha atrapado a este toro a pesar de su juventud. (En este pensamiento encontró cierta satisfacción y triunfo.) Su plan premeditado era casarse a cualquier precio, si bien me prefería a mí antes que a otro... Y este estúpido ha caído».

—¡Divórciate de ella! ¡Divórciate de ella antes de que se convierta en madre y nos deshonre para siempre!

Yasín vaciló un buen rato, y luego murmuró:

—¡Para mí sería un pecado divorciarme de ella sin ningún motivo!

«¡Hijo de perra! ¡Me has regalado un chiste excelente para la velada de esta noche!»

—Te divorciarás tarde o temprano, así que hazlo antes de que te dé un hijo, que sería un problema para ti y también para nosotros.

Yasín soltó un sonoro suspiro que compensaba la ausencia de palabras. Entonces su padre comenzó a examinarlo con cierta confusión. «Fahmi muerto. Kamal tonto o loco. Y en este Yasín, no hay esperanzas. Lo triste es que es al que más quiero. Deja el asunto en manos de Dios. ¡Señor, en qué situación habríamos caído ahora si hubiese dado yo el traspie de casarme!»

—¿Por cuánto vendiste la tienda?

—Por doscientas guineas.

—Merecía trescientas, la situación que tiene es excelente. ¡Imbécil! ¿A quién se la vendiste?

—A Ali Tulún, el quincallero.

—¡Bien..., bien! ¿Y lo has derrochado todo en el nuevo ajuar?

—Me quedan cien.

En un tono burlón:

—Has hecho bien, un recién casado necesita dinero.

Y luego, en un tono serio y triste:

—Yasín, escucha mis palabras, soy tu padre; sé precavido y cambia tu conducta. Tú mismo eres padre también, ¿no has pensado en tu hijo y en su futuro?

—Recibe su pensión mensual hasta el último céntimo —dijo exaltado, defendiéndose.

—¿Es que es un asunto comercial...? ¡Te hablo de su futuro; y del futuro de los otros que esperan en el mundo oculto!

Yasín repuso con tranquilidad:

—¡Nuestro Señor es el que crea y el que provee!

—¡Nuestro Señor crea y provee, y usted dilapida! —exclamó el hombre, enfadado—. Dime...

Se enderezó en su asiento y le preguntó, clavándole una intensa mirada:

—Redwán está a punto de cumplir siete años; ¿qué vas a hacer con él? ¿Vas a llevártelo para que crezca en los brazos de tu esposa?

En el rostro relleno de Yasín apareció el desconcierto; y preguntó a su vez:

—¿Qué hago entonces? No he pensado nada al respecto.

El hombre movió la cabeza con una pena burlona, y apuntó:

—¡Dios te ha protegido del daño de pensar! ¿Tienes tiempo para desperdiciarlo en eso...? Déjame entonces pensar a mí. Permíteme decirte que Redwán debe quedarse al cuidado de su abuelo.

Reflexionó Yasín un momento, y después bajó la cabeza como respuesta, diciendo con obediencia:

—Tu opinión es la que cuenta, padre; es lo que más le conviene, sin duda.

—Me parece que también es lo que más te conviene a ti —añadió el padre irónico—. ¡Para no ocuparte en asuntos insignificantes!

Yasín sonrió sin ningún comentario, como si dijera: «Estoy de acuerdo en que te burles, no hay ningún mal en ello».

—Pensé que me sería más difícil convencerte de que renunciaras a él.

—Mi confianza en tu opinión es lo que me ha hecho apresurarme a estar de acuerdo.

—¿De verdad confías en mi opinión? —preguntó el señor con una irónica sorpresa—. ¿Y por qué no la utilizas para otras cosas?

Luego, suspirando con tristeza:

—En resumen... ¡Que Dios te guíe! Tus culpas te corresponden a ti. Hablaré con Muhammad Effat esta noche sobre el tema de la custodia de Redwán; a condición de que tú corras con todos los gastos... Quizás él esté de acuerdo.

En esto Yasín se levantó, saludó a su padre y se dirigió hacia la puerta de la tienda. Y no había avanzado ni dos pasos, cuando lo alcanzó la voz del señor preguntándole:

—¿Acaso no quieres a tu hijo como se quiere a todos los hijos?

Yasín se paró, volviéndose hacia él, y contestó con reprobación:

—¿Eso necesita demostración, padre...? ¡Es lo que más quiero en esta vida!

El señor levantó las cejas y dijo moviendo la cabeza de un modo ambiguo:

—Adiós.

Una hora antes de salir para la oración del viernes, Ahmad Abd el-Gawwad llamó a Kamal a su habitación. No solía convocar a nadie de la familia a su presencia si no se trataba de un asunto importante; y lo cierto es que estaba un poco inquieto cuando se disponía a interrogar a su hijo sobre aquello que le preocupaba. La tarde anterior algunos de sus amigos lo habían sorprendido mostrándole un artículo aparecido en la revista *Balag Semanal* debido a la pluma del joven escritor Kamal Ahmad Abd el-Gawwad. Y aunque ninguno de ellos había leído el artículo, salvo el título —«El origen del hombre»— y la firma, lo habían tomado como pretexto para comentar, y para felicitar y burlarse del señor; hasta el punto de que el hombre pensó seriamente encargarle al *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad que fabricase un amuleto para el joven. Muhammad Effat le dijo: «El nombre de tu hijo aparece junto al de grandes escritores en la misma revista. Alégrate y pide a Dios que le reserve un espléndido futuro como hizo con ellos». Y Ali Abd el-Rahim: «He oído decir a alguien digno de confianza que el difunto el-Manfaluti compró una finca con lo que consiguió escribiendo... ¿esperas algo mejor?». Otros le hablaron sobre el oficio de escritor y cómo para muchos había sido el medio para conseguir la estima de gobernantes y dirigentes; citando como ejemplo a Shawqi, a Hafiz y a el-Manfaluti. Cuando llegó a casa de Ibrahim Alfar, este se burló de él diciendo: «Alabado sea el que ha creado un sabio con la costilla de un ignorante». El señor lanzó una mirada sobre el título y otra sobre la frase «del joven escritor...», y luego colocó la revista sobre su *yubba*, que se había quitado a causa del calor de junio y la fogosidad producida por el *whisky*; aplazando su lectura hasta que estuviese solo en la casa o en la tienda. Siguió la velada contento, con la conciencia altiva y orgullosa, e incluso comenzó a reflexionar por primera vez con un descontento reprimido, sobre la preferencia del joven por la Escuela de Magisterio; diciéndose que «el niño», según parecía, no iba a ser «nadie» a causa de su desafortunada elección. Y empezó a construir sueños sobre lo que le habían dicho acerca del oficio de escribir y la estima y la finca de el-Manfaluti. Sí, quién sabe, quizás su hijo no se quedase en maestro, pero había errado el camino correcto hacia una vida que ni se le había ocurrido imaginar. A la mañana siguiente, terminada la oración y el desayuno, se sentó en el sofá y abrió la revista con interés, poniéndose a leerla en voz alta para captar mejor su significado. Pero ¿qué encontró...? Si leyó los artículos de política comprendiéndolos sin ninguna dificultad, aquel otro hizo que le diese vueltas la

cabeza y sintiese miedo. Continuó leyendo con interés, y se topó con unas palabras de un sabio llamado Darwin, sus laboriosas investigaciones en islas lejanas y unas pesadas comparaciones entre diversos animales; ¡hasta que se paró aturcido en una extraña afirmación que pretendía que el hombre tenía orígenes animales! ¡Incluso que había evolucionado a partir de una especie de mono! Volvió a leer fastidiado el arriesgado fragmento, y se quedó asombrado ante tan lamentable realidad; es decir, que un hijo de sus entrañas pudiese afirmar, sin disputa o refutación, que el nombre tenía un origen animal. El señor se sintió muy inquieto, preguntándose con perplejidad si verdaderamente los niños aprendían esas peligrosas enseñanzas en la escuela pública. Después mandó llamar a Kamal.

Kamal llegó sin tener ni idea de lo que se debatía en la cabeza de su padre. Este ya lo había convocado algunos días antes para felicitarlo por haber pasado a tercer curso, y él pensó que esta nueva llamada sería para algo bueno. Parecía demacrado y muy delgado como acostumbraba en los últimos tiempos; achacándolo la familia al intenso esfuerzo que había hecho de cara a los exámenes. Pero se les escapaba la verdadera causa: el dolor y el tormento que había sufrido a lo largo de los últimos cinco meses, prisionero de un sentimiento caprichoso e infernal que casi había pagado con sangre. El señor le indicó que se sentara, y él se sentó con educación en el borde del sofá frente a su padre. Al mismo tiempo vio de reojo a su madre sentada ante el armario, ocupada en ordenar y coser la ropa. Pero el hombre lanzó el *Balag Semanal* al sofá, al espacio libre que los separaba, diciendo con una pretendida tranquilidad:

—Tienes un artículo en esta revista, ¿no es cierto?

La portada de la revista lo cegó, mirándola con una estupefacción que indicaba lo inesperado de tal situación... ¿Desde cuándo tenía su padre esa nueva curiosidad por las revistas literarias? Con anterioridad había publicado en *el-Sabah* algunas reflexiones en prosa y prosa poética, incluyendo inocentes consideraciones filosóficas y algunos lamentos sentimentales, con toda la seguridad de que su padre no había tenido conocimiento de ello. Nadie de la familia lo sabía excepto Yasín, a quien incluso él mismo se las leía, de vez en cuando, escuchándolas el otro con interés, para decirle luego, afectuoso: «Esos son los frutos de mis primeras enseñanzas. Yo he sido quien te ha iniciado en la poesía y la novela. ¡Bravo profesor...! Pero esa filosofía tan profunda ¿de dónde viene?», O también le decía bromeando: «¿Quién es la hermosa que te ha inspirado ese tierno lamento? Algún día aprenderás, maestro, que con ellas no se obtiene nada bueno, sólo zapatazos». Pero he aquí que su padre había conocido lo más peligroso de cuanto había escrito.



Ese artículo cuya maduración había significado una batalla infernal en su corazón y en su cerebro, casi hasta el punto de hacerlo parecer en sus llamas. ¿Cómo había ocurrido eso? ¿Podía haber otra explicación que la de los amigos *wafdistas* de su padre, siempre empeñados en conseguir todos los periódicos y revistas del partido? ¿Podía pretender salir a salvo de este aprieto? Levantó sus ojos de la revista, y contestó en un tono que no podía mostrar su inquietud:

—Sí, pensé en escribir sobre algún tema que consolidara mis conocimientos y me estimulara a seguir estudiando.

—No hay nada malo en eso —contestó el señor Ahmad con su pretendida tranquilidad—. Escribir en la prensa siempre ha sido un medio de acceder al respeto y la estima de los grandes hombres; pero lo importante es el tema sobre el que se escribe. ¿Qué querías decir con este artículo? Léemelo y explícamelo; se me hace difícil saber cuál es tu objetivo...

«¡Qué desgracia! ¡Este artículo no es para leerlo en voz alta, especialmente a los oídos de mi padre!»

—Es un artículo largo, papá. ¿No lo ha leído usted? En él explico una teoría científica.

El hombre le lanzó una mirada fulgurante, impetuosa... ¿Eso es lo que se llama ciencia ahora? ¡Maldiga Dios a la ciencia y a los científicos!

—¿Y qué opinas tú sobre esa teoría? Me llamaron la atención unas frases extrañas que dicen que el hombre tiene estirpe animal o algo parecido. ¿Es cierto eso?

Ayer su espíritu, sus creencias y su Señor habían librado una dura batalla agotando su cuerpo y su alma. Hoy tenía que librarla con su padre. Pero si en el primer asalto estaba atormentado y presa de la fiebre, en este estaba temeroso y aterrado. Si bien Dios retrasaba su castigo, en cambio su padre tenía una naturaleza siempre dispuesta a castigar.

—¡Eso es lo que afirma esa teoría!

El señor alzó la voz, preguntándole con fastidio:

—¿Y Adán, padre del género humano, a quien Dios creó del barro y le insufló su espíritu..., qué dice sobre él esa teoría?

¡Cuántas veces se había lanzado él mismo esa pregunta! Y no con menos fastidio que su padre. Esa noche no había pegado ojo hasta por la mañana, dando vueltas en la cama interrogándose sobre Adán, el Creador y el Corán. Se dijo una y diez veces: «O el Corán es verdad en su totalidad, o no es el Corán». «Tú me atacas porque no conoces mi tormento. Si no estuviese acostumbrado al sufrimiento y a su compañía,

la muerte me habría atrapado esta noche».

—Darwin, el autor de esa teoría, no habla sobre nuestro señor Adán —dijo en voz baja.

—Darwin es un blasfemo que ha caído en las redes de Satán —gritó—. Si el hombre proviene del mono o de otro animal, entonces Adán no fue el padre del género humano... ¡Eso es una auténtica blasfemia, una insolencia vergonzosa contra la dignidad y la grandeza de Dios! Conozco a muchos coptos y judíos en el-Saga, y todos creen en Adán, todas las religiones creen en Adán, ¿de qué secta es ese Darwin? Es un blasfemo y sus palabras son blasfemias; citarlas es una desvergüenza. Dime, ¿es uno de los profesores de tu escuela?

¡Cuánto le hubiese hecho reír eso si en su corazón hubiese cabido la risa! Pero estaba lleno de sufrimientos; el sufrimiento del amor fracasado, el de la duda y el de la fe agonizante. Una situación espantosa entre la religión y la ciencia lo consumía. ¿Cómo podía alguien razonable negar esta última? Respondió con voz humilde:

—Darwin fue un sabio inglés que murió hace mucho tiempo. A esto, la madre dejó escapar una voz temblorosa diciendo:

—Dios maldiga a todos los ingleses.

Los dos se volvieron brevemente hacia ella, encontrándose con que había dejado la aguja y la ropa y seguía la conversación; pero enseguida se despreocuparon de ella, y el padre volvió a decir:

—Dime ¿eso lo habéis estudiado en la escuela?

Aprovechó la cuerda de salvación que le lanzaban de repente, y respondió refugiándose en la mentira:

—Sí.

—¡Qué extraño! ¿Y tú luego les enseñarás esa teoría a tus alumnos?

—No, yo voy a ser profesor de letras; no hay ninguna relación con las teorías científicas.

El señor dio una palmada. En ese momento hubiera deseado tener sobre la ciencia algo del poder que tenía sobre su familia. Exclamó enfadado:

—Entonces, ¿por qué os enseñan eso a vosotros?

A lo que Kamal respondió en un tono de protesta:

—A Dios le desagrada que alguien influya sobre nuestras creencias.

Su padre lo miró con desconfianza, diciendo:

—Pero tú con tu artículo has propagado la blasfemia.

—¡Dios me libre! —contestó Kamal desconfiando también—. He explicado la teoría para acercarla al lector, no para que crea en ella. Una blasfemia nunca puede

influir en el corazón de un creyente.

—¿Y no encontraste otro tema sobre el que escribir más que esa maldita teoría?

¿Por qué había escrito ese artículo? Había dudado mucho antes de enviarlo a la revista; pero era como si hubiese querido anunciar a todo el mundo la muerte de su fe. Esta se había mantenido firme durante los dos últimos años, ante las tempestades de escepticismo que habían levantado el-Maarri y el-Jayyam; hasta que el férreo puño de la ciencia se abatió sobre ella, y fue decisivo. «Sin embargo yo no soy un blasfemo, sigo creyendo en Dios, pero la religión... ¿dónde está la religión? ¡Se fue!, como se fue la cabeza de el-Huseyn. Y como se fue Aida y como se me fue la confianza en mí mismo». Luego dijo con voz triste:

—Quizás me equivoqué; mi excusa es que yo he estudiado esa teoría.

—Eso no es una excusa, tienes que reparar ese error.

¡Qué hombre! Pretendía inducirlo a atacar a la ciencia para defender una leyenda. La verdad es que había sufrido mucho, pero no iba a aceptar abrir de nuevo su corazón a los mitos y supersticiones de los que se había purificado. «¡Basta de tormentos y mentiras! Las fantasías ya no se burlarán más de mí. ¡Luz, luz! ¡Adán nuestro padre! ¡Yo no tengo padre! ¡Que sea mi padre un mono si la verdad lo exige; es mejor que innumerables humanos! Si de verdad yo fuera de la estirpe de los profetas, su burla asesina no se mofaría de mí».

—¿Y cómo voy a reparar el error?

—Tú tienes una verdad indudable —dijo el señor con sencillez y vehemencia a la vez—; es decir: que Dios creó a Adán con barro, y que este es el padre del género humano. Eso está citado en el Corán. Sólo tienes que mostrar tu error, eso es fácil para ti; si no, ¿de qué te sirve tu cultura?

En esto llegó la voz de la madre, diciendo:

—¡Qué fácil es mostrar el error de quien se opone a la palabra del Misericordioso! Dile a ese blasfemo inglés que Dios dijo en su querido libro: «Adán es el padre del género humano». Tu abuelo era uno de los que defendían el libro de Dios, tú tienes que seguir su camino. Me alegraría que tú desearas ser un *ulema* como él.

El fastidio apareció en el rostro del señor, que le regañó diciendo:

—¿Qué comprendes tú del libro de Dios o de la ciencia? ¡Déjanos de abuelos, y atiende a lo que tienes entre manos!

—¡Señor —contestó ella con pudor—, yo quisiera que fuese como su abuelo, uno de los ulemas que iluminan el mundo con la luz de Dios!

El hombre gritó encolerizado:

—Pues ya ha empezado a propagar las sombras...

—¡Dios no lo quiera, señor! —añadió la mujer con ternura—. Tal vez no lo hayas comprendido.

El señor le clavó una mirada cruel. Él había relajado la violencia de su comportamiento con ellos y, ¿cuál era el resultado...?, que Kamal difundía que el hombre proviene del mono, y que su madre se enfrentaba a él diciéndole que no había comprendido.

—¡Déjame hablar! —gritó—. ¡No me interrumpas! ¡No te metas en lo que no comprendes! ¡Atiende a tu trabajo...! ¡Dios te maldiga!

Luego volviéndose hacia Kamal con mala cara:

—¡Dime! ¿Vas a hacer lo que te he dicho?

«Tienes en casa a un guardián como el que ningún hombre libre tiene que soportar en país alguno. Pero tú lo temes tanto como lo amas, y tu corazón nunca accederá a hacerle ningún mal. Trágate el dolor, puesto que elegiste una vida de lucha».

—¿Cómo podría rebatir esa teoría si mi réplica se redujese a apoyarme en el Corán? No aportaría nada nuevo, todos lo conocen y creen en él. En cuanto a una refutación científica... eso es asunto de los especialistas.

—¿Y por qué escribes algo que no es asunto tuyo?

Una objeción considerable; sin embargo, qué pena que no se encontrara con valor suficiente para confesar a su padre que él creía en esa teoría como verdad científica; y que en calidad de tal podía utilizarse para desarrollar una filosofía general de la existencia, fuera ya del ámbito científico. El señor pensó que el silencio de su hijo era un reconocimiento de su error, y así su enojo y su cólera se duplicaron. Un error en un terreno tan peligroso como este tenía malas consecuencias, y era además un terreno sobre el que el padre no tenía poder. Quizás se encontró tan maniatado ante el joven descarriado, como ya se había encontrado ante Yasín después de que este escapase a su poder. ¿Le estaba ocurriendo lo mismo que a otros padres en esos tiempos extraños? Le habían llegado noticias fabulosas acerca de la juventud de «hoy». Algunos alumnos solían fumar, otros se burlaban del respeto a los profesores, y el resto se rebelaba ante sus padres.

Ciertamente su prestigio no se había debilitado; pero ¿qué iba a salir de esta larga historia de severidad y firmeza? Ahí estaba Yasín, perdiéndose y degradándose, y aquí Kamal, discutiendo o polemizando, e intentando escapársele de las manos.

—Escúchame con mucha atención; no quiero ser duro contigo porque eres

educado y obediente. En cuanto a nuestro tema, sólo te estoy dando un buen consejo. Conviene que recuerdes que nadie ha incumplido mis consejos como si tal cosa.

Después de un breve silencio:

—Yasín puede confirmarte lo que te digo. Y ya antes aconsejé al difunto Fahmi que no se lanzara a la muerte. Si siguiese vivo, sería un hombre importante.

Aquí la madre dijo con una voz quejumbrosa:

—Los ingleses lo mataron; ellos sólo matan o blasfeman.

El señor continuó su discurso, diciendo:

—Si encuentras en tus lecciones algo que se oponga a la religión, tendrás que aprenderlo para aprobar los exámenes, pero no lo creas. Y sobre todo no lo publiques en la prensa, o tendrás que cargar con la responsabilidad. Tu posición ante la ciencia de los ingleses tiene que ser la misma que ante nuestra ocupación: no reconocer su legitimidad aunque nos la impongan por la fuerza.

La voz tierna y tímida de la mujer intervino otra vez diciendo:

—Y consagra tu vida después a mostrar las mentiras de esa ciencia y divulgar la luz de Dios.

—¡Lo que yo he dicho ya basta! —gritó el señor—. ¡Tu opinión no es necesaria!

Ella regresó a su labor, y el señor comenzó a mirarla fijamente amenazador, hasta que se aseguró de su silencio. Se volvió a Kamal preguntándole:

—¿Comprendido?

Kamal contestó en un tono que sugería confianza:

—Con toda seguridad.

Si después de ese día quería escribir, tendría que hacerlo en Política semanal, adonde no llegarían las manos del *wafdist* que era su padre. En cuanto a su madre, le prometería en secreto consagrar su vida a difundir la luz de Dios. ¿No era esa la luz de la verdad? Habiéndose librado de la religión estaba más cerca de Dios que cuando creía en ella. La única religión verdadera era la ciencia, esa era la llave de todos los secretos y la grandeza del Universo. Y si hoy resucitaran los profetas, no elegirían otro mensaje que el de la ciencia. Así se despertó del sueño de las leyendas para afrontar la realidad desnuda. Dejando atrás esa tempestad en la que había luchado contra la ignorancia hasta derrotarla; marcando la separación entre un pasado de supersticiones y un mañana luminoso. Así se abrió para él un camino que conducía hasta Dios... el camino de la sabiduría, el bien y la belleza; y así diría adiós al pasado, con sus sueños engañosos, sus falsas esperanzas y sus profundos sufrimientos.

Acercándose al palacio de los Shaddad, empezó a examinar con atención e interés todo lo que caía bajo su vista, y al cruzar la entrada, esa atención e interés se acrecentaron, contemplando cuanto lo rodeaba; pues estaba seguro, finalmente, de que esa visita sería el fin de su relación con la casa, sus habitantes y sus recuerdos. ¿Cómo no había de ser así, una vez que Huseyn había conseguido arrancar a su padre el permiso para viajar a Francia? Contempló, abriendo bien sus ojos y su ser entero, el pasillo lateral que conducía al jardín y la ventana que daba sobre él, donde se imaginó la figura hermosa y delicada de Aida observándolo con una mirada vacía de significado, como la mirada de las estrellas; o quizás con un amable saludo que no iba dirigido a él, como el canto del ruiseñor, ocupado en su alegría sin atender a los que escuchan. Luego observó el jardín en su totalidad, que se extendía desde la espalda del palacio hasta el ancho muro que dominaba el desierto, con todo cuanto en él se encerraba: las enredaderas de jazmines, los palmerales, los rosales... y por último, el firme cenador bajo cuyo techo había gozado los aromas del amor y la amistad. Recordó el refrán inglés que dice: «No pongas todos los huevos en la misma cesta», y esbozó una sonrisa triste; puesto que, aunque él conocía aquel refrán desde hacía mucho tiempo, nunca lo había llevado a la práctica; y había colocado, bien por negligencia, bien por torpeza o fatalidad, todo su corazón en aquella casa, entre el amor y la amistad. El amor ya había muerto... y ahí estaba el amigo preparando el equipaje, dispuesto para viajar. Al día siguiente, se encontraría solo, sin amigo y sin amor... ¿Cómo podía consolarse ante tal perspectiva, una vez que el palacio, el jardín y el desierto estaban impresos en su pecho y habían quedado prendidos en su corazón, volviéndosele familiares y afectivos, tanto en su totalidad como individualmente...? De la misma forma que se habían quedado marcados en su memoria los nombres de Aida y Huseyn Shaddad... ¿Cómo iba a poder estar separado de allí, o conformarse con mirarlo desde lejos como un transeúnte cualquiera? Él, que un día en broma llegó a autoproclamarse idólatra, debido a su fuerte pasión por aquella casa.

Huseyn Shaddad e Ismail Latif estaban sentados uno frente al otro ante la mesa sobre la que reposaban la acostumbrada garrafa y tres copas. En verano, los dos solían vestir camisa de cuello abierto y pantalón blanco de franela. Vio los rasgos diferenciados de ambos: la cara hermosa y aseada de Huseyn, y el rostro de facciones agudas y mirada impetuosa de Ismail. Se acercó a ellos. Iba vestido de

blanco, llevando en la mano el *tarbúsh*, cuya borla se balanceaba. Se saludaron, y después se sentó, colocándose de espaldas a la casa, esa casa que ya antes le había dado a él la espalda. Enseguida Ismail se dirigió a Kamal, lanzando una risa cargada de significado:

—Desde ahora debemos buscar un lugar nuevo donde reunimos.

Kamal esbozó una sonrisa vaga. ¡Qué feliz era Ismail con esa burla que no parecía conocer el sufrimiento! Él y Fuad el-Hamzawi eran lo único que le quedaba; dos amigos que distraerían su corazón, pero con el que no llegarían a fundirse, y a los que él se precipitaba huyendo de la soledad. No había otro remedio que conformarse con lo que le había tocado.

—Nos encontraremos en los cafés o en las calles, puesto que Huseyn ha decidido abandonarnos.

Huseyn movió la cabeza con pesar; el pesar de quien ha conseguido un deseo querido y, con educación, hace notar su tristeza por una ausencia a la que no da importancia.

—Voy a dejar Egipto con el corazón triste por separarme de vosotros —dijo—; la amistad es un sentimiento sagrado, y yo lo valoro desde lo más profundo de mi corazón. El amigo es un compañero que refleja tu propio espíritu, y es también el eco de tus sentimientos y tus reflexiones. No importa que nos diferenciamos en muchas cosas, puesto que la esencia es semejante. No olvidaré nunca esta amistad; las cartas nos unirán frente a todo lo que nos separe, hasta que volvamos a encontrarnos otra vez.

«Palabras hermosas, ese es el premio para mi corazón herido y abandonado. ¿Acaso no ha sufrido ya lo suficiente a manos de tu hermana? ¡Me vas a dejar así, solo, sin un amigo verdadero! Mañana, el que va a ser abandonado morirá, anhelando esta amistad espiritual y divertida».

—¿Cuándo volveremos a encontrarnos otra vez? —preguntó angustiado—. Aún no he olvidado tu apasionada curiosidad por viajar incesantemente: ¿quién me garantiza que la partida no será para siempre?

Ismail ratificó sus palabras diciendo:

—Mi corazón me dice que el pájaro no volverá a su jaula.

Huseyn se rio brevemente, revelando sin embargo su alegría:

—No he conseguido el permiso de mi padre para hacer el viaje hasta que le he prometido continuar mis estudios de Derecho. Pero no sé hasta qué punto podré mantener mi promesa; entre el Derecho y yo no hay ninguna afinidad. Me parece que no voy a soportar la enseñanza oficial; yo sólo quiero hacer lo que me gusta. Mi

corazón está repartido entre diferentes disciplinas que, como tantas veces he dicho, una única Facultad no es capaz de reunir. Quiero asistir a conferencias de filosofía del arte y también de poesía y novela; quiero frecuentar los museos y los conciertos, enamorarme y divertirme... ¿Qué Facultad reúne todos esos colores? Además hay otra realidad que vosotros conocéis; yo prefiero oír a leer; quiero que sea otro el que explique, para que yo lo escuche. Después me lanzaré con los sentidos y la conciencia despiertos al pie de las montañas y a la orilla de los mares; a los bares, los cafés, los salones de baile. Y sucesivamente os llegarán informaciones acerca de todas estas insólitas experiencias.

¡Parecía describir ese paraíso por el que él mismo había renunciado a la fe! Sin embargo este era un paraíso negativo, que te atrapa y no te da nada; él aspiraba a otro diferente. Pero Huseyn estaría muy lejos de sentir nostalgia por su antigua morada, si esa vida de rosas lo atrapaba entre sus amplios pechos. Fue como si Ismail repitiera sus pensamientos cuando dijo, dirigiéndose a Huseyn:

—No volverás con nosotros, ¡adiós, Huseyn! Nuestra idea es más o menos la misma. Dejando a un lado la filosofía del arte, los museos, la música, la poesía y el pie de las montañas, somos como la misma persona. Te lo recuerdo por última vez... no volverás con nosotros.

Kamal le clavó una mirada interrogante, como si esperase su opinión sobre lo que había dicho Ismail.

—Pero volveré a menudo —dijo—. Egipto será el centro de mis largos viajes; para ver a la familia y a los amigos. —Después, dirigiéndose a Kamal—: ¡Esperaré tu marcha al extranjero casi con tanta inquietud como siento ahora!

¡Quién sabe! Quizás su engaño se convertiría en verdad, y él podría recorrer esos horizontes. De cualquier forma su corazón le decía que Huseyn volvería algún día y que esa profunda amistad no desaparecería como polvo. Su ingenuo corazón estaba seguro de eso, de la misma manera que estaba seguro de que las raíces del amor no pueden ser arrancadas del alma... ¡Pobre!

—¡Viaja y haz lo que te guste! —le dijo con un ruego—. ¡Luego regresa a Egipto para fijar aquí tu residencia! Aunque te vayas cada vez que te apetezca viajar.

Ismail ratificó su opinión:

—Si de verdad eres una buena persona, acepta esa solución que concilia tus deseos y los nuestros.

—Según creo, acabaré aceptándola —contestó Huseyn asegurándolo con la cabeza, como si estuviese convencido.

Kamal lo estaba observando: su imagen le llenaba la mirada, especialmente esos



ojos negros que se asemejaban a los de Aida, sus gestos que reunían majestuosidad y elegancia, y su alma transparente que casi se le materializaba delante como una criatura que podía ver y sentir. Si ese ser querido desaparecía, ¿qué placer le quedaría de la amistad y qué recuerdo del amor? Esa amistad que había aprehendido de sus manos como una armonía espiritual y una dicha segura; y ese amor que de manos de su hermana le había infundido una alegría celestial y un sufrimiento de infierno. Huseyn volvió a decir, señalando a uno y a otro sucesivamente:

—Cuando vuelva a Egipto tú serás contable del Ministerio de Finanzas, y tú profesor. ¡Y no es difícil que os encuentre convertidos en padres! ¡Qué extraño es eso!

—¿Puedes imaginarnos de funcionarios? —preguntó Ismail riendo—. ¿Te imaginas a Kamal como profesor? —Después, dirigiéndose a Kamal—: Tendrás que engordar mucho antes de enfrentarte a los alumnos. Te vas a encontrar una generación de diablillos con los que, si nos comparas, nosotros resultaremos ángeles. Te verás a ti mismo, tú un *wafdist* pertinaz, forzado, por imposición de tu cargo, a castigar a los alborotadores seguidores de Wafd.

Las observaciones de Ismail le hicieron salir de la corriente de pensamientos en la que estaba absorto. Se sorprendió a sí mismo preguntándose cómo podría enfrentarse a los alumnos con su prominente cabeza y su nariz. Se encontró irritado y amargado; se imaginó, al compararse a los extraños profesores que había conocido en su vida, que se vería obligado a ser duro en su comportamiento con los alumnos para defender su frágil personalidad; aunque se preguntaba si podría ser tan duro con otros como lo era consigo mismo.

—No me imagino al servicio de la profesión de enseñante hasta el final —dijo improvisando.

En los ojos de Huseyn apareció una mirada soñadora.

—Pasarás de la enseñanza al periodismo, por lo que veo, ¿no es así?

Kamal se encontró reflexionando sobre el futuro, le volvió el recuerdo de ese libro universal que tantas veces había soñado escribir, pero ¿qué quedaba del tema original? Los profetas ya no eran profetas, y no había paraíso ni infierno. La ciencia del hombre ya sólo era un capítulo de la ciencia animal... tenía que buscar un tema nuevo. Contestó improvisando otra vez:

—¡Si algún día pudiera publicar una revista divulgativa sobre pensamiento moderno...!

—Sobre todo de política, es algo fácil de vender —añadió Ismail Latif en un tono de experto consejero—. Y si quieres, con una columna especial para

pensamiento en la última página. En el país hay espacio para un nuevo escritor *wafdist* satírico.

Huseyn soltó una risotada:

—Nuestro amigo no parece un político comprometido; su familia ya ha saldado el sacrificio que le correspondía... Por lo que se refiere al pensamiento, tiene un amplio camino por delante. —Después, dirigiéndose a Kamal—: Tú tienes cosas que decir, tu arranque de ateísmo ha sido un logro sorprendente que no me hubiera esperado nunca.

¡Qué feliz lo hacía esa nueva forma de elogiarlo en la que encontraba un homenaje a su revolución interna y un halago a su vanidad! Dijo, poniéndose rojo:

—¡Qué hermoso es que un hombre dedique su vida a la verdad, el bien y la belleza!

Ismail silbó tres veces, una por cada uno de esos principios; después dijo con ironía:

—¡Oíd y daos cuenta!

Pero Huseyn añadió con seriedad:

—¡Yo no soy igual que tú, pero me conformo con el conocimiento y el bienestar!

—Es algo más importante que eso —contestó Kamal con entusiasmo y entrega—, es una lucha en el camino de la verdad, dirigida a conseguir el bien de toda la humanidad. Sin eso, en mi opinión, la vida no tiene sentido.

Ismail dio una palmada —ese gesto le recordó a Kamal a su padre—, y dijo:

—¡Entonces necesariamente no lo tiene! ¡Cuántos esfuerzos y desgracias hasta que te libraste de la religión! Yo no me he agotado como tú, en cambio la religión nunca ha sido una preocupación para mí. ¿Me consideras tú un filósofo nato...? Me basta vivir una vida que no necesita del conocimiento; aunque esto que yo persigo por naturaleza tú no lo conseguirás más que a costa de una lucha amarga ¡Dios no lo permita! Incluso no lo has logrado aún; ni siquiera lo has intentado, a pesar de tu ateísmo. Crees en la verdad, el bien, la belleza y quieres dedicarles tu vida... ¿No es a eso a lo que suelen llamar religión? ¿Cómo reniegas de la raíz y pones tu confianza en las ramas?

«No prestes atención a tu amigo el bromista. Pero ¿por qué los principios en los que tú crees son motivo de broma? Supón que tuvieras que elegir entre Aida y esa vida sublime... ¿qué preferirías? ¡Pero Aida siempre se me aparece detrás de cualquier comparación!»

Huseyn respondió en lugar de Kamal, puesto que este alargaba su silencio:

—El creyente deriva de la religión su amor por esos principios, mientras que el

librepensador los ama por sí mismos.

«¡Oh, Señor!, ¿cuándo podré verte otra vez, Huseyn?»

Ismail se rio y su risa denunció el giro de sus pensamientos hacia una nueva vertiente. Le preguntó a Kamal:

—Dime, ¿sigues haciendo la oración? ¿Pretendes ayunar el próximo Ramadán?

«Rogar por ella era lo más grato de la oración, y las noches en ese palacio lo más feliz del Ramadán...»

—Yo ya no soy de los que rezan, y no voy a ser de los que ayunan.

—¿Y vas a decir públicamente que incumples el ayuno?

—Claro que no —contestó riendo.

—¡Prefieres la hipocresía!

—Ninguna necesidad me mueve a hacer sufrir a los que quiero —replicó alterado.

Ismail inquirió burlón:

—¿Y crees que con ese corazón podrás algún día hacer frente a la sociedad?

*¿Kalila y Dimna?*

Esa alegre ocurrencia ocultó su irritación. «Señor, me has aclarado los fundamentos de ese libro que aún no había cristalizado en mi mente»

—¡Hablar con gente que lee es una cosa, y hablar con mis padres, siendo gente sencilla, es otra!

Ismail se dirigió a Huseyn señalando a Kamal:

—¡Ante ti tienes a un filósofo de familia arraigada en la ignorancia!

«No vas a necesitar encontrar amigos para divertirte y bromear; pero no vas a conseguir ninguno con quien hablar de corazón. Así pues, confórmate con no decir nada o hablar contigo mismo, como los locos». El silencio imperó durante un momento. También el jardín permanecía callado. No corría ni un soplo de brisa, sólo las rosas, los claveles y las violetas parecían felices con el calor. El sol retiró su manto luminoso del jardín, quedando sólo sus huellas en la parte alta del muro oriental. Ismail dio fin a ese silencio, volviéndose hacia Huseyn Shaddad y preguntándole:

—¿Tendrás ocasión de visitar a Hasan Selim y a la señora Aida?

«¡Oh, Dios!, ¿me palpita el corazón, o es que en mi pecho se ha desencadenado el Juicio Final?»

—Cuando establezca mi residencia en París, tendré que pensar sin más remedio en realizar un viaje a Bruselas. —Después, sonriendo—: Recibimos una carta de Aida la semana pasada. Parece que ha empezado a sufrir las molestias del embarazo.

«Así es, el dolor y la vida van unidos. Ahora sólo queda un hombre revestido por un sufrimiento concreto. ¿Aida con el vientre hinchado y vomitando? ¿Es un drama, o es la comedia de la vida? La alegría de la vida es la muerte; ojalá pudiera conocer la esencia de este sufrimiento».

—Sus hijos serán extranjeros —dijo Ismail Latif.

—Quedó acordado con su marido que los enviaría a Egipto cuando sobrepasaran los límites de la niñez.

«¿Podrás verlos algún día entre tus alumnos? Te preguntarás dónde has visto tú esos ojos, y el corazón palpitando te contestará que han permanecido aquí desde hace mucho tiempo. Y si el pequeño se burla de tu cabeza y tu nariz, ¿con qué ánimos vas a castigarlo...? ¡Ay olvido, serás tú sólo una leyenda!» Huseyn volvió a decir:

—Se ha extendido mucho contando su nueva vida. No ha ocultado su alegría hasta que ha dejado aparecer, apenas en unas frases, su nostalgia de la familia.

«Es lo normal para una vida como esa en países de fábula. En cuanto a que ella participe de la naturaleza de los seres humanos, eso es una broma del destino que se burla de todas esas cosas que son sagradas para ti. ¿Crees que no se le habrá pasado por la cabeza dedicar en su larga carta alguna palabra al recuerdo de sus antiguos amigos? Pero ¿quién te dice que ella sigue acordándose de ellos?» Volvió otra vez el silencio. El atardecer empezó a derramar las primeras sombras de la noche. Un milano real apareció en el horizonte, y llegó hasta ellos el ladrido de un perro. Ismail se acercó a la garrafa para beber. Huseyn se puso a silbar; mientras Kamal lo observaba a hurtadillas con el rostro tranquilo y el corazón extenuado.

—Este año el calor es una maldición.

Tras decir eso, Ismail se secó los labios con su pañuelo de seda bordado y luego eructó, volviendo el pañuelo al bolsillo de su pantalón.

«La separación de los seres queridos es una maldición mayor».

—¿Cuándo te vas a la residencia de verano?

—Al final de junio —respondió Ismail con satisfacción.

Huseyn volvió a decir:

—Nosotros salimos mañana para Ras el-Barr, donde voy a pasar una semana con ellos. Luego iré con mi padre a Alejandría, tomaré el barco el treinta de junio.

«Acabará la historia de un período de mi vida y quizás será también el fin de mi corazón».

Huseyn miró a Kamal un buen rato y luego le dijo riendo:

—Os vamos a dejar en una situación excelente de unidad y conciliación. Puede

que la noticia de la Independencia llegue a París antes que nosotros.

Ismail se dirigió a Huseyn, exclamando mientras señalaba a Kamal:

—¡Tu amigo no está satisfecho con esa conciliación! ¡Le duele que Saad se haya puesto en manos de los traidores! Y le duele también que haya evitado el enfrentamiento con los ingleses y haya hecho recaer el Ministerio en Adli, su antiguo rival. ¡Así que ha resultado ser más radical que su venerado caudillo!

«El armisticio con los enemigos y los traidores es otra frustración que hay que digerir. ¿Qué queda en este mundo que aún no haya frustrado tus esperanzas...?» A pesar de eso, soltó una carcajada y dijo:

—¡Al contrario, esa conciliación pretende imponer en nuestro territorio un delegado de los liberales!

Los tres se rieron ruidosamente. Y mientras tanto una rana atravesó su campo de visión sin tardar en ocultarse en la hierba. Un soplo de brisa anunció la cercanía de la noche. El mundo que los rodeaba fue atenuando su alboroto y su ruido. La reunión daba muestras de que iba a terminar. Eso lo llenó de angustia, y comenzó a recorrer el lugar con la mirada para aprovisionarse de imágenes. Aquí empezaron por primera vez los primeros indicios del amor. Aquí las voces de los ángeles cantaron: «Oh, Kamal». Y aquí tuvo lugar la conversación acerca de su cabeza y su nariz. También aquí su ídolo le anunció la ruptura fatal. En aquella misma atmósfera yacían recuerdos, sentimientos, sensaciones e impresiones que si algún día una mano del destino conseguía reanimar, podría también reavivar y hacer florecer el desierto. «¡Llena tus ojos de todo esto y ponle una fecha! Suceden muchas cosas que luego parecen no haber ocurrido si no están unidas a un día, un mes y un año. A veces invocamos al sol y a la luna contra el paso inquebrantable del tiempo para hacerle dar la vuelta, con la intención de que regresen a nosotros los recuerdos perdidos... Pero nada vuelve nunca. Así pues, agótate llorando o ayúdate con una sonrisa».

Ismail Latif se levantó diciendo:

—Es hora de marcharnos.

Dejó que fuese el primero en abrazar a su amigo. Después le llegó su turno y se abrazaron durante largo rato. Puso un beso en su mejilla, y él recibió otro. Percibió el aroma de la familia Shaddad personificado en su amigo; un aroma puro, agradable, como si no fuese humano o como si fuesen los aromas de un sueño embriagador en un firmamento de alegrías y sufrimientos. Llenó con él sus entrañas hasta el éxtasis y permaneció en silencio unos instantes para conseguir dominar sus sentimientos; pero cuando habló, su voz tembló diciendo:

—Hasta que volvamos a encontrarnos, aunque sea dentro de mucho tiempo.

—¡Sólo están los sirvientes!

—Eso es porque aún no ha oscurecido. Los clientes llegan normalmente al anochecer. ¿Te molesta que el lugar esté vacío?

—En absoluto. Que el sitio esté vacío es un factor que me anima a quedarme, especialmente la primera vez.

—Las tabernas de este lugar tienen unas características que no tienen precio. Están situadas en una calle a la que sólo llegan los amantes de los placeres prohibidos. Ni obstáculos ni críticas turbarán aquí tu alegría. Y si tropiezas con alguien que respetes como tu padre o tu jefe, él será el más expuesto a las críticas, y lo más natural es que te ignore o que huya de ti, si puede...

—¡Sólo el nombre de la calle ya es un escándalo!

—Pero puedes estar seguro de estar más tranquilo que en las demás. ¡Si fuéramos a alguna de las tabernas de la calle Alfi, Imad el-Din o incluso Muhammad Ali, no estaríamos seguros de que un padre, un hermano, un tío o alguien importante no nos viera! Pero ellos no vienen a Wagh el-Birka, ¡eso espero!

—Tus palabras son razonables, aunque yo continúo intranquilo.

—¡Ten paciencia! El primer paso siempre es difícil. Pero el vino es la llave de la alegría, por eso te prometo que cuando nos vayamos de aquí, vas a encontrar el mundo más dulce y agradable de como lo conocías antes...

—Háblame de las clases de alcohol. ¿Cuál es el más apropiado para empezar?

—El coñac es fuerte, y si lo mezclas con cerveza puedes decirle adiós a quien lo bebe. El *whisky* tiene un sabor agradable y buenos efectos. En cuanto al aguardiente de uvas...

—¡Puede que el aguardiente de uvas sea el más dulce! ¿No has escuchado a Sálh cantar «*Me sirvió aguardiente de uvas*»?

—Te he dicho muchas veces que tu único defecto es el exceso de imaginación. El aguardiente de uvas es el peor. A pesar de lo que diga Sálh, tiene un gusto anisado que se me atraganta en el estómago. Pero no me interrumpas...

—¡Disculpa!

—Y también está la cerveza. Pero es la bebida del calor y nosotros, gracias a Dios, estamos en septiembre. Y el vino, aunque su efecto es como una pedrada de un hijo de perra.

—Entonces... pues... ¡*whisky*!

—¡Bravo! Distingo en ti la vieja nobleza. Y puede que estés de acuerdo conmigo dentro de un tiempo en que tu disposición al regocijo supera a tu disposición a la verdad, el bien, la belleza, el patriotismo, la humanidad y todos esos principios imbéciles que cansan tu corazón inútilmente...

Llamó al camarero, y pidió dos vasos de *whisky*.

—Será prudente contentarme con un solo vaso...

—Eso sería prudente, aunque no hemos venido aquí para buscar prudencia. Vas a aprender por ti mismo que la locura es más dulce que la prudencia, y que la vida es más importante que leer y pensar. Recuerda este día y no olvides al amigo que te hizo el favor...

—No me gustaría perder la conciencia, temo que...

—¡Domínate! ¡Eso es todo!

—Lo importante para mí es encontrar el valor para andar por ese adarve sin vacilar, y entrar cuando la necesidad...

—Bebe hasta que sientas que no te importa entrar en...

—Bueno, espero no tener que arrepentirme luego...

—¿Arrepentirte? Anteriormente te invité muchas veces, pero te disculpabas por la piedad y la religión. Después, declaraste que ya no creías en la religión; volví a insistir en mi invitación, y entonces, ¡qué asombroso! ¡Te niegas en nombre de la moral! Sin embargo, debo reconocer que finalmente has sido consecuente con tus palabras...

Claro, finalmente. Después de un período de angustia y desconcierto entre Abu Alá y el-Jayyam, entre la mortificación y el placer. Su naturaleza le había inclinado hacia la primera creencia, pues, aunque anunciaba una vida dura, coincidía con las tradiciones en las que había crecido. Pero no lo entendió hasta que su alma batió alas hacia el espacio, y una voz misteriosa comenzó a susurrarle al oído: «No existen ni la religión, ni Aida, ni las esperanzas, sólo la muerte». Así recibió la llamada de el-Jayyam, por boca de ese amigo. Respondió, a pesar de ello, conservando sus elevados principios; sólo había ampliado su sentido del bien hasta extenderlo a todas las alegrías de la vida, diciéndose a sí mismo: «¡Crear en la verdad, la belleza y la humanidad es la forma más elevada del bien, por eso, Avicena concluía su jornada pensativa con una bebida y las mujeres!». No importa cuál fuera la razón, sólo encontró interesante esta vida prometedora para librarse de la muerte...

—Coincido contigo en eso, pero yo no renuncié a mis principios...

—Sé que no renunciarás a tu utopía. A lo largo de las relaciones sociales, se ha colocado la verdad como la mayor de todas las verdades. No hay ningún mal en leer.

Al contrario, escribe incluso mientras encuentres lector. Haz de la escritura un medio para conseguir fama y riqueza, pero no la tomes como algo serio. Fuiste un fervoroso creyente, pero ahora eres un ateo rabioso. Siempre rabioso, angustiado, como si fueras responsable de la humanidad. La vida es más sencilla que todo esto. Un puesto en el gobierno que te satisfaga y te configure un nivel de vida sin problemas, disfrutar de los placeres de la vida con el corazón abierto y libre de preocupaciones, tener fuerza y osadía para asegurarse, si es necesario, el respeto y el triunfo. Y si esta vida está de acuerdo con la religión, y deja el pecado a un lado, ¡excelente!

«La vida es demasiado profunda y demasiado dilatada para ser reducida a una única cosa, aunque se trate de la felicidad. El placer es dulce, pero el ascenso a las montañas abruptas seguirá siendo mi objetivo. Aida se fue; por lo tanto, debo crear otra Aida con todos los sentidos que ello implica. O bien, ¡adiós a la vida desgraciada sin ella!»

—¿Nunca has pensado en los valores que hay por encima de esta vida?

—¿Qué? Me he ocupado de la vida en sí misma, o mejor dicho, de mi propia vida. ¡En nuestra casa no hay ni creyentes ni ateos, yo soy de esa manera!

«Este amigo te es tan necesario como el tiempo del ocio. Su aspecto es tan excepcional como el tuyo, está ligado a los recuerdos de Aida, y está en el corazón. Es asiduo a estos adarves bulliciosos. Terrible si lo desafías. Siente nostalgia de las alegrías, pero no de la seriedad y la adversidad. No tiene sitio para tu alma. Tu amigo del alma y de la razón se ha marchado más allá de los mares. Fuad el-Hamzawi es inteligente, pero no tiene ninguna filosofía. Interesado hasta para apreciar la belleza, lo que busca tras la literatura es una elocuencia que le sirva para redactar sus alegatos. ¿Quién me dará el rostro y el alma de Huseyn?» El camarero vino y colocó sobre la mesa dos largos vasos de base poligonal. Quitó el tapón de la botella de soda y llenó los vasos, y el oro se transformó en platino adornado con perlas. Colocó la fuente de ensalada, queso, aceitunas y mortadela antes de marcharse. Kamal echó una ojeada a su vaso y a Ismail. Este último le dijo sonriente:

—Haz como yo; primero un gran trago, ¡a tu salud!

Pero se contentó con un pequeño sorbo, que se puso a saborear. Luego, se quedó esperando... Pero su razón no voló, como había temido. Entonces, bebió un gran trago. Luego tomó un trozo de queso para deshacerse del extraño sabor que se había extendido por toda su boca.

—¡No te apresures!



«*La precipitación es cosa del diablo*, lo importante es que te vayas de aquí en un estado que te permita entrar donde tú quieras».

¿Y qué quería? Una de esas mujeres que en una situación normal le produciría una sensación de repulsión y rechazo. Puede que la bebida endulzara el sabor amargo de la vulgaridad. Antes, había vencido el instinto gracias a la religión y a Aida; pero ahora, el instinto tenía el campo libre. Además, había otro estímulo para esta aventura: era el descubrir a la mujer, esa criatura misteriosa a cuyo sexo pertenecía la propia Aida, aunque le disgustara. Quizás así encontrara en ella un consuelo a los desvelos y a las lágrimas vertidas en secreto en las entrañas de la noche oscura, expiación del sufrimiento sangrante cuya única esperanza de curación está en la desesperación y el aturdimiento. Ahora, se puede decir que estaba saliendo de la celda de la resignación para dar los primeros pasos en el camino de la salvación, aunque fuera un camino invadido y rodeado por la concupiscencia y los vicios. Bebió otro trago, esperó, luego sonrió. Todo su interior celebraba el nacimiento de una nueva sensación que emanaba calor y excitación, a la que se entregó como a una dulce melodía. Ismail, que lo observaba con atención, le dijo sonriendo:

—¿Dónde estará Huseyn, para que vea con sus propios ojos este gran espectáculo?

«¿Dónde está Huseyn? ¿Dónde?»

—Le escribiré yo mismo. ¿Has contestado su última carta?

—Sí, le contesté con una carta tan breve como la suya.

Sólo con él se extendía al escribir, y le confiaba todos sus pensamientos. ¡Qué felicidad que sólo a él privilegiaba! Pero convenía no descubrir su secreto para no despertar los celos de su preceptor.

—La carta que me mandó a mí también era breve, omitiendo el relato de lo que ya conoces y detestas.

—¡El pensamiento!

Luego, riéndose:

—¿Qué necesidad tiene de pensar, si va a heredar una fortuna que podría llenar el océano? ¿Cuál es el secreto de tu pasión por esas idioteces? ¿La hipocresía, el orgullo, o las dos cosas?

«Le llegó el turno a Huseyn de someterse a las críticas. ¿Qué diría él de mí en mi ausencia?»

—Entre el pensamiento y la riqueza no hay contradicción, como tú piensas. El pensamiento floreció en la Antigua Grecia gracias a ciertos señores, despreocupados de buscarse su subsistencia, y que se dedicaron plenamente a la ciencia.

—¡A tu salud, Aristóteles!

Vació el resto de su vaso, esperó y luego se preguntó si antes se había hallado en tal estado. Una emanación de calor sensitivo se introducía en la circulación sanguínea, arrastrando en su camino la fosa donde se aglutinaban los restos de los tormentos, y el lugar del alma donde se concentraban las penas. Entonces, aquí, quedaba el eco de una canción melodiosa, allí, el recuerdo de una esperanza prometedora, y más allá, el espectro de una alegría pasajera. El vino es la savia de toda felicidad.

—¿Qué me dices de otros dos vasos?

—Tú eres mayor que yo...

Ismail rio fuertemente, mientras hacía señas al camarero con el dedo. Luego, dijo feliz:

—Eres rápido en reconocer lo bueno.

—Es por la gracia de Dios.

El camarero trajo los vasos y las tapas. Empezaron a llegar clientes que llevaban turbúsh, sombreros y turbantes. El camarero los recibió, limpiando las mesas con la bayeta. Llegó la noche, y se encendieron las lámparas. Los espejos colgados en los muros brillaron, reflejando las botellas de Dewars y de Johnny Walker. Del exterior llegaban risas lánguidas, como la llamada a la oración, pero que incitaban al libertinaje. Miradas de desaprobación disimuladas por una sonrisa apuntaban hacia la mesa de los dos amigos adolescentes. Más tarde, apareció en la calle un vendedor de gambas del Alto Egipto, seguido por una vendedora de habas con dos incisivos de oro, un limpiabotas, y un muchacho que asaba carne, el cual en realidad era un rufián a juzgar por la acogida que le hicieron los que estaban sentados; y, finalmente, un indio que leía en las palmas de las manos. Aquí y allí no se escuchaba más que «a tu salud» y «ja, ja». Kamal echó una mirada en un espejo que estaba cerca de su cabeza y vio su rostro enrojecido, y sus ojos brillantes y alegres. Detrás de su imagen, el espejo reflejaba a un hombre viejo que se llevaba el vaso a sus labios, se enjuagaba la boca con un movimiento de conejo, y luego se tragaba el líquido y decía a su compañero con una sonora voz: «Enjuagarse la boca con aguardiente es una tradición heredada de mi abuelo, que murió borracho».

Desviando su rostro del espejo, Kamal dijo a Ismail:

—Nosotros somos una familia muy conservadora. Yo soy el primero que prueba el vino.

Ismail levantó sus hombros y añadió:

—¿Cómo puedes juzgar cosas que no conoces? ¿Sabes lo que ha hecho tu padre

en su juventud?

El mío toma un vaso en la comida y otro en la cena. Y deja la bebida cuando sale, o al menos, eso es lo que pretende hacer creer a mi madre.

«Néctar divino de la felicidad que fluye por el reino del espíritu. Ese extraño cambio que sucede en pocos instantes, la humanidad no podrá comprenderlo durante siglos y siglos. Y él, en resumidas cuentas, da un nuevo significado, deslumbrante, a la palabra "magia". Lo más increíble es que no es del todo nuevo para mí, y quizá alguna vez, ya haya rondado por mi alma. Pero ¿cuándo?, ¿cómo?, y ¿dónde? Es una música interior que el alma produce, que comparada con otras músicas conocidas sería como la piel de la manzana es a su fruto. ¿Cuál puede ser el secreto de este líquido dorado que provoca tal milagro en instantes contados? Puede que el curso de la vida haya purificado su espuma y sus residuos, y saltando por encima de la vida humillada, haya aparecido como apareció la primera vez, en forma de absoluta libertad y embriaguez pura. Este es el sentimiento natural de la lucha de la vida, una vez que se ha liberado de las ataduras del cuerpo, de los grilletes de la sociedad, de los recuerdos de la historia y de los miedos del futuro... Una música límpida, pura que destila el éxtasis que de ella emana. Alguna semejante a ella, ya ha rondado antes por mi alma, pero ¿cuándo?, ¿cómo?, y ¿dónde? ¡Ah, la memoria...! ¡Es el amor! El día en que ella te llamó: "¡Kamal!", te emborrachaste sin saber lo que era la embriaguez. Ahora puedes afirmar que eres un viejo borracho; y que has sido un juerguista durante cierto tiempo en los caminos embriagados del amor, sembrados de flores y arrayanes. Eso ocurrió antes de que la transparente gota de rocío se convirtiera en barro. El vino es la esencia del amor, cuando sus secretos dolorosos se han disipado. Entonces, ¡ama y te emborracharás! ¡Y, emborráchate y amarás!»

—La vida es bella por mucho que digas o creas.

—Ja, ja... Eres tú el que lo dice y lo cree.

«El combatiente puso en la mejilla de su adversario un beso sincero y la paz sobrevino en la Tierra. Un ruiseñor cantó en una hermosa rama, y los enamorados se conmovieron en las cuatro esquinas del mundo. El pájaro del amor voló desde El Cairo hasta Bruselas pasando por París, y fue recibido con cariño y con cantos. El sabio metió la punta de su pluma en la tinta de su corazón y escribió una revelación divina. El que tiene experiencia, se refugió en su vejez y le sobrevino un lloroso recuerdo, que suscitó en su pecho toda una primavera oculta. Y ese flequillo de cabellos negros que caía sobre tu frente, es una *kaaba* adonde se encaminan los peregrinos de las tabernas del amor».

—¡Un libro, un vaso y una mujer bella, y que me tiren al mar!

—Ja, ja... El libro echará a perder el vaso, la mujer bella y el mar.

—No estamos de acuerdo sobre el significado del placer. Para ti es un juego y una diversión; para mí es la seriedad absoluta. Esta embriaguez es el secreto de la vida y su más elevado objetivo. El vino no es más que su mensajero, el modelo sensible y accesible. Del mismo modo que el gavián fue el precursor del descubrimiento de los aviones, y el pez, el antecesor del submarino, así, el vino debe ser el guía de la felicidad humana. La cuestión se resume en estas palabras: ¿cómo hacer de la vida una embriaguez permanente como la del vino, pero sin recurrir a él? No encontraremos la respuesta ni en la lucha ni en la prosperidad, ni en el asesinato ni en el esfuerzo. Todos ellos son medios y no fines. La felicidad no se hará realidad hasta que no dejemos de explotar todos estos medios, para vivir una vida intelectual y espiritual pura, sin que nada la enturbie. Esta es la felicidad que el vino nos pone de ejemplo. Mientras cada acción es un medio para llegar a ella, él no lleva a nada. Es puro desenlace.

—¡Dios arruine tu casa!

—¿Por qué?

—Mi esperanza era encontrar en ti, en tu embriaguez, un interlocutor divertido y agradable; pero eres como el enfermo a quien el vino agrava su enfermedad... ¿Qué me contarás cuando te bebas el tercer vaso?

—Ya no voy a beber más. Ahora estoy feliz y me siento capaz de llamar a cualquier mujer que me guste.

—¿No vas a esperar un poco?

—Ni un solo minuto.

Caminó cogido del brazo de su amigo, sin temor y sin vacilar, llevado por una corriente humana que chocaba con otra que venía en sentido inverso, por una calle sinuosa y estrecha para sus transeúntes. Las cabezas giraban unas veces hacia la derecha y otras a la izquierda. A los lados, las esquineras, de pie y sentadas, no daban reposo a sus ojos acogedores e inquietantes, en medio del intenso maquillaje de sus rostros velados. No transcurría mucho tiempo sin que un individuo se desviara de la corriente para dirigirse a una de ellas, que lo seguía al interior, alterando su mirada incitante para poner otra de seriedad y trabajo. Las lámparas, colgadas sobre las puertas de las habitaciones y los cafés, iluminaban la calle con luces destellantes. En sus alturas se espesaban unas nubes con el humo de las emanaciones de los braseros, las pipas de agua y los narguiles. Las voces se entrechocaban y se mezclaban en un torbellino estrepitoso rodeado de risas y aplausos; crujidos de puertas y ventanas; sonidos de piano y acordeón; palmoteos de

manos al son de la danza; gritos del gendarme; resoplidos, ronquidos y toses de los fumadores de *hashísh*; voceríos de los borrachos; gritos de socorro anónimos; golpes de bastón; cantos solitarios y colectivos... Y por encima, el cielo brillaba cerca de los tejados de las viejas casas, admirando el suelo con los ojos fijos. Todas las bellas estaban aquí, al alcance de la mano. Ofrecían su belleza y su secreto por no más de diez piastras. ¿Quién creería esto sin verlo?

—Harún el-Rashid se pavonea en su harén —le dijo a Ismail.

—¿No has encontrado una esclava que te guste, príncipe de los creyentes? —preguntó Ismail, riendo.

Kamal señaló hacia una casa, y dijo:

—Estaba allí, de pie ante esa puerta que está vacía, ¿dónde se habrá ido?

—Dentro, con un cliente, príncipe de los creyentes. Que espere nuestro señor hasta que uno de sus vasallos satisfaga su deseo...

—Y tú, ¿no has encontrado tu perdición?

—Yo ya soy un antiguo conocido de esta calle y sus gentes. Pero no iré a mi deber hasta que te entregue a tu amiga. ¿Qué es lo que te ha gustado de ella? Hay muchas más bonitas que ella.

«Era morena y su morenez no se ocultaba tras ningún maquillaje. En su voz había algo que me recordaba de lejos aquella eterna música. ¿Por qué diablos el ojo no podría encontrar un cierto parecido entre la piel de un ahorcado y una piel azul clara?»

—¿La conoces?

—Aquí la llaman Warda, pero su verdadero nombre es Ayusha.

«¡Ayusha...! ¡Warda...! ¡Si el hombre pudiera cambiar de aspecto como de nombre! En Aida mismo, hay algo que se parece a la naturaleza de Ayusha-Warda, y también en la religión, en Abd el-Hamid Bey Shaddad y en las grandes esperanzas. ¡Ah!, pero el vino te eleva al trono de los dioses, y entonces verás esas contradicciones inmersas en remolinos de risas carcajeantes, merecedoras de compasión».

Sintió el codo de Ismail empujándole en su costado, y que le decía:

—Tu turno.

Miró hacia la puerta y vio a un hombre que salía apresuradamente. La mujer volvió a su lugar, tal como la había visto por primera vez. Se dirigió, pues, hacia ella, con paso firme, y ella lo acogió con una sonrisa. Pasó al interior, seguido por ella, que cantaba: «Corre un poco la cortina que está a nuestro lado». Se encontró con una estrecha escalera que comenzó a subir con el corazón palpitante, hasta llegar

a un pasillo que conducía a una sala. La voz de la mujer le llegaba de vez en cuando, «a tu derecha...», «a tu izquierda...», «esa puerta entreabierta». Era una habitación pequeña, con las paredes empapeladas, con una cama, un tocador, un perchero, una silla de madera, una palangana y un aguamanil. Se detuvo en el centro de la habitación desconcertado, observándola. Ella fue a cerrar la puerta y la ventana, de la que llegaba el sonido de un pandero, acompañado de una flauta y aplausos. Mientras lo hacía, su rostro aparecía serio, incluso adusto y severo, hasta el punto que Kamal se preguntó riéndose qué sería lo que tramaba contra él. Luego, se dirigió hacia él, empezando sus ojos a examinarlo a lo largo y a lo ancho; cuando pasaron por su cabeza y su nariz, se sintió angustiado. Pero quiso vencer esta angustia, y se aproximó a ella abriendo los brazos. Ella, con un desagradable movimiento de manos, le hizo esperar mientras decía: «Espera», y él volvió a su sitio. Sin embargo, él se había propuesto vencer las dificultades, y dijo sonriendo afectando ingenuidad:

—Me llamo Kamal.

—Encantada —respondió ella mirándole con asombro.

—¡Llámame! ¡Dime... Kamal!

Su asombro iba en aumento, y dijo:

—¿Por qué te voy a llamar, si estás plantado delante de mí como una calamidad?

«¡Dios me libre! ¿Estará bromeando?»

Empeñado más que nunca en salvar la situación, respondió:

—Me has dicho que espere; pero ¿qué tengo que esperar?

—En eso tienes razón...

Dicho esto, se quitó el vestido con un movimiento acrobático y saltó a la cama, que crujió bajo su peso. Se echó sobre su espalda y empezó a acariciarse el vientre con la punta de sus dedos coloreados de alheña. Los ojos de Kamal se abrieron espantados. No esperaba esa sorpresa de circo. Sintió que entre la mujer y él, cada uno de los dos iba por un camino, pues ¡qué gran distancia existe entre el camino del placer y el del trabajo! En un instante se desplomó lo que su imaginación había puesto en pie durante días. La amargura de la decepción corrió junto a su saliva. En cualquier caso, su deseo de descubrir no había disminuido, así que venció su turbación. Paseó su mirada por el cuerpo desnudo hasta fijarse en su meta, y pareció por un instante no dar crédito a sus ojos. Acentuó su mirada, con turbación y asco, hasta sentir finalmente una especie de terror. ¿Era eso la verdad, o había elegido mal el modelo? Pero, por mala que fuera su elección, ¿cambia eso lo esencial? «¡Y nosotros que afirmábamos amar la verdad! ¡Qué gran injusticia se ha cometido con tu cabeza y tu nariz!» Para sus adentros, pensó en huir. Estuvo a punto de hacerlo,

cuando de pronto se preguntó por qué no había huido el hombre de antes. Y qué iba a decirle a Ismail al volver. No, no huiría, no se volvería atrás ante esa prueba.

—¿Qué te pasa, ahí de pie como una estatua?

«Este grito que te estremece el corazón. Tus oídos no te han mentado, pero sí la ignorancia. Te vas a reír mucho de ti mismo, pero como vencedor, no como un cobarde que huye. Imagina la vida como un drama: tienes que desempeñar tu papel».

—¿Vas a estar así de pie hasta que amanezca?

—Apaguemos la luz... —dijo con una extraña tranquilidad.

Ella se sentó de un salto en la cama, y contestó con frialdad y desconfianza:

—Con la condición de que te vea a la luz.

—¿Por qué? —preguntó él con desaprobación.

—Para asegurarme de que estás sano.

Se desnudó para someterse al reconocimiento de su salud, en un espectáculo que le pareció el colmo de la comicidad. Luego, las tinieblas invadieron la habitación.

Cuando volvió a la calle, entre sus costados llevaba un corazón debilitado y lleno de tristeza. Se imaginaba que él y el resto de la humanidad habían sido víctimas de una dolorosa desgracia, de cuyo final estaban lejos. Vio a Ismail que avanzaba hacia él, satisfecho, burlón y fatigado.

—¿Cómo se encuentra la filosofía? —le preguntó.

Kamal lo cogió del brazo, andando con él, y le preguntó en tono grave:

—¿Todas las mujeres se parecen?

Como el joven lo miró intrigado, Kamal le explicó brevemente sus dudas y temores.

—En general, el principio es el mismo, incluso si se diferencian accidentalmente —le respondió Ismail sonriendo—. Estás tan cómico que eres digno de compasión. ¿Tengo que deducir de tu estado que no volverás aquí otra vez?

—Al contrario, voy a volver más de lo que piensas. Vamos a bebernos otro vaso...

Luego, como si hablara consigo mismo:

—¡La belleza... la belleza! ¿Qué es la belleza?

En aquel instante, su alma añoraba la pureza, la soledad y la meditación. Sintió nostalgia ante el recuerdo de la vida que había vivido atormentado a la sombra de su adorada. Parecía convencido de la crueldad de la verdad. ¿Iba a renunciar a ese objetivo de la verdad? Caminó pensativo en dirección a la taberna, casi sin prestar atención al parloteo de Ismail. «Si la verdad es dura, la mentira es repugnante. La verdad es dura, pero librarse de la ignorancia es tan doloroso como un parto. Corre

tras la verdad hasta que te falte el aliento. Soporta el dolor hasta crear tu alma de nuevo. Estas ideas necesitan toda una vida para llegar a comprenderlas. Una vida de penalidades intercalada por pequeños instantes de vino...»



Esa tarde, Kamal fue solo al callejón; llegó bebido, canturreando con voz susurrante. Sin temor se abrió camino entre la estrepitosa multitud. Encontró la puerta de Warda desierta, pero no vaciló como hizo la primera vez que vino al callejón. Se dirigió a la casa y entró sin permiso. Subió la escalera hasta acabar en el pasillo. Allí, tendió su vista hacia la puerta, que estaba cerrada y en la que aparecía una luz por el agujero de la cerradura. Entonces, se desvió hacia la sala de espera que afortunadamente se encontraba vacía y se sentó en un asiento de madera, estirando sus piernas con satisfacción. Después de unos minutos, oyó el chirrido de la puerta que se abría, y se levantó de un salto. El otro hombre había salido de la habitación como se adivinaba por sus pasos, que se dirigían hacia la escalera. Aguardó unos instantes para levantarse y encaminarse luego hacia el pasillo. Vio a Warda a través de la puerta de su habitación, que estaba arreglando la cama. Ella sonrió al verlo, y le pidió que volviera a sentarse un minuto. El entonces regresó donde estaba, sonriendo con confianza, la del cliente que ya ha pasado el período de observación. No había transcurrido apenas un minuto desde que se sentara, cuando llegó hasta él el ruido de unos pasos que subían. Los acogió con angustia, porque detestaba permanecer esperando con otro. Sin embargo, el que llegó se dirigió a la habitación de Warda. Kamal no tardó en oír a la mujer decir amablemente al recién llegado:

—Tengo un cliente. Ve a la sala y espera.

Luego, levantó la voz para llamarlo, diciendo: «Pasa, por favor». Kamal se levantó y dejó la sala sin vacilar. Se cruzó con el recién llegado en el pasillo. Y se encontró cara a cara con... ¡Yasín! Sus ojos se encontraron con una mirada de estupor. Inmediatamente, Kamal bajó sus párpados, sintiendo vergüenza, desconcierto y malestar. Estuvo a punto de echar a correr, pero Yasín se le anticipó con unas sonoras carcajadas que resonaron fuertemente en el techo del pasillo. El muchacho levantó sus ojos para mirarlo y lo encontró con los brazos abiertos, exclamando con alegría:

—¡Oh, noches maravillosas! ¡Oh, días de gloria!

Siguió riéndose fuertemente, mientras Kamal seguía mirándolo desconcertado. Al observar que su risa era sincera, se elevó su ánimo, y sobre sus labios se dibujó una sonrisa intrigada. Más tarde, se tranquilizó completamente, aunque seguía sintiendo un poco de vergüenza.

—Esta es una noche feliz —comenzó a decir Yasín en tono sentencioso—,

jueves treinta de octubre de 1926. ¡Verdaderamente una noche feliz! Debemos celebrarlo todos los años, pues en ella dos hermanos se han descubierto; ¡en ella se asegura que el pequeño de la familia avanza, llevando el estandarte de sus nobles tradiciones en el mundo del placer!

Entre tanto, Warda había venido y preguntó a Yasín:

—¿Es amigo tuyo?

—No, es mi hermano, el hijo de mi padre y de mi ma...; no, de mi padre solamente —respondió Yasín riendo—. ¿Te das cuenta de que eres la amante de la familia, hija de nadie?

Ella murmuró «bravo»; luego se dirigió a Kamal:

—Las reglas de la educación imponen que cedas tu puesto a tu hermano mayor, nene.

—¡Las reglas de la educación! —dijo Yasín, soltando una gran carcajada—. ¿Dónde has aprendido las reglas de la educación de la cópula? ¿Te imaginas un hermano esperando a otro hermano en la puerta? ¡Ja, ja...!

—¡Ríete de esa forma horrenda para que te escuche la policía, borracho! —dijo ella, advirtiéndole con la mirada—, pero tienes excusas mientras tu hermano, el nene, venga a mí solamente cuando está bebido.

Yasín miró fijamente a Kamal con asombro y admiración.

—¡También conoces eso! —dijo—. ¡Señor, realmente somos hijos legítimos! Hijos legítimos en todos los sentidos. ¡Acerca tu boca para que huela! No tiene ninguna utilidad, pues el borracho no huele el olor de otro borracho. Dime ahora: ¿qué piensas de esa sabiduría que te ha enseñado la vida y no los libros?

Luego, señalando a Warda:

—Una única visita a esta hija del pecado equivale a la lectura de diez libros prohibidos, ¿verdad? ¿Por eso te emborrachas, Kamal? ¡Días de gloria! Somos amigos desde hace tiempo, yo soy el primero que te ha enseñ...

—¡Por Dios! ¡Voy a estar esperando hasta que comience a amanecer!

Ante esas palabras Yasín empujó a Kamal diciéndole:

—Entra con ella, esperaré yo.

Pero Kamal reculó, agitando su cabeza con una negación tajante. Después habló por primera vez diciendo:

—¡Que no, no, esta noche no!

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó cinco piastras que dio a la mujer. Yasín gritó admirado:

—¡Viva la caballeridad! Pero no te dejo solo...

Acarició suavemente el hombro de Warda. Después cogió a Kamal del brazo y se marcharon juntos hasta abandonar la casa.

—Tenemos que celebrar esta noche —dijo Yasín—, pasemos un rato en un bar. Suelo beber en la calle Muhammad Ali con un grupo de funcionarios y otros, pero el sitio no es apropiado para ti, y además, está muy lejos. Elijamos un lugar cercano para que podamos regresar temprano. Una decisión definitiva como la tuya, la de volver pronto a casa desde que me casé por última vez, ¿dónde te has emborrachado tú, eh, valiente?

Kamal masculló avergonzado:

—En «Finish»...

—¡Estupendo! Vamos para allá. Disfruta de tu tiempo sin descuidarlo, pues mañana cuando te conviertas en profesor te será imposible visitar este barrio con sus casas y tabernas. ¿Te imaginas que uno de tus alumnos te encontrase aquí? —añadió riéndose—. Aunque los lugares para divertirse son muchos, y paso a paso, cada vez los encontrarás mejores...

Se dirigieron en silencio a «Finish».

Por suerte las relaciones entre Kamal y Yasín no se habían debilitado después de que este abandonase la vieja casa. Entre ellos no existían formalidades, pues era propio del carácter de Yasín no darle importancia a los derechos que su lugar en la familia imponía. Por otra parte, el tratarse con Kamal, el descubrir de cerca su manera de comportarse y el oír lo que decían de él, le habían hecho creer que su hermano era un apasionado de las mujeres y que sentía inclinación por los amoríos. Pero a pesar de todo esto, ¡le había sorprendido encontrarlo violentamente en casa de Warda, cuando ni siquiera se imaginaba a Kamal borracho o vagando por esa calle! Con el paso del tiempo había empezado a atenuarse poco a poco la impresión de la sorpresa y, de igual manera, la sensación de inquietud había ido alejándose, ocupando su lugar un sentimiento de tranquilidad e incluso de satisfacción. Cuando llegaron a «Finish» lo encontraron repleto de gente sentada. Yasín propuso sentarse en el exterior, y eligió una mesa junto al bordillo, en una esquina de la calle, con el fin de alejarse lo más posible de la gente. Se sentaron frente a frente, sonriendo.

—¿Has bebido mucho?

Kamal respondió vacilante:

—Dos vasos.

—No hay duda de que nuestro encuentro inesperado nos ha privado de sus efectos, ¡volvamos a la carga!; la verdad es que yo sólo bebo un poco, siete u ocho...

—¡Menuda noticia! ¡Eso se considera un poco!

—No te sorprendas como un ingenuo, pues ya no lo eres...

—Si te digo que hace dos meses no conocía siquiera a qué sabía.

Yasín contestó con desaprobación:

—¡Dos meses! ¡Parece que te he respetado más de lo que te mereces!

Se echaron a reír al unísono. Más tarde Yasín pidió los dos vasos. Y volvió a preguntar:

—¿Cuándo has conocido a Warda?

—Conocí a Warda y al *whisky* en una misma noche.

—¿Y cuál es tu experiencia con las mujeres, además de esta?

—Ninguna...

Yasín inclinó su cabeza mirándolo por debajo de sus cejas, fruncidas amistosamente, como diciéndole «¡Despierta!». Luego dijo:

—¡Tú y tus tontas pretensiones! No dejé de informarme en un tiempo pasado sobre los «tejemanajes» que os traíais tú y la hija de Abu Sari, el vendedor de pipas: unas veces con los ojos, otras con señas, ¿eh? Estos asuntos no se ocultan a los entendidos, ¡eh, desgraciado! Pero no hay duda de que te contentabas con ese juego superficial para no verte obligado a emparentarte con Amm Abu Sari como le pasó a mi anterior suegra con Bayumi, el vendedor de refrescos, ¿eh? ¡Y ahí está, convertido en rico y en vuestro vecino de al lado! Y ahora, ¿dónde se ha ocultado Maryam? Nadie sabe nada de ella. Su padre era un buen hombre. ¿Te acuerdas del señor Muhammad Redwán? Mira su casa. ¡Poco tiene que valer una mujer para que desprecie la moral!

Kamal no pudo contener la risa, y preguntó:

—Y el hombre, ¿es que él no pinta nada en este asunto?

Yasín soltó una gran carcajada, y contestó:

—El hombre no es la mujer, ¡lengua viperina! Dime, ¿cómo está tu madre? ¿Sigue la buena señora enfadada conmigo como después de divorciarme de Maryam?

—No, creo que se acuerda algo de todo este asunto; no es rencorosa, ya lo sabes.

Confió en sus palabras, y sacudió la cabeza apenado. El camarero llegó con las bebidas y las tapas. E inmediatamente Yasín elevó su vaso diciendo: «A la salud de la dinastía de Ahmad». Kamal elevó su vaso y se bebió la mitad, con la esperanza de recuperar la alegría que había perdido.

Yasín dijo con la boca llena de pan moreno y queso:

—Yo creía que, como el difunto, serías más parecido al carácter de tu madre. Yo te profeticé una vida de rectitud, pero tú, nosotros...

Como Kamal le miró interrogante, repitió sonriendo:

—Pero nosotros tenemos el carácter como el de nuestro padre...

—¡Nuestro padre! ¡Es la formalidad personificada, haciendo la vida imposible!

Yasín estalló en carcajadas, y tras esperar un poco, continuó:

—Ciertamente no conoces a tu padre. Como tú, yo tampoco lo conocía; más tarde lo descubrí como otro hombre, de los que hay pocos en la vida.

Se calló, pero Kamal le preguntó con curiosidad e interés:

—¿Qué sabes que yo no sepa?

—Sé que es el príncipe de la delicadeza y la sensibilidad. No me mires como embobado, y no pienses que estoy borracho. Tu padre era el alcalde de la jovialidad, la sensibilidad y la pasión.

—¿Mi padre?

—Lo supe por primera vez en casa de Zubayda, la cantora...

—Zubayda ¿qué?... Ja, ja.

Pero el rostro de Yasín estaba lejos de expresar algo cómico. Kamal dejó de reírse a la vez que el aspecto risueño se alejaba de sus facciones. Luego su boca empezó a contraerse poco a poco hasta apretar sus labios. En silencio, fijó sus ojos en el rostro de su hermano, mientras este le contaba detallada y minuciosamente lo que había visto u oído sobre su padre. ¿Estaba Yasín inventando mentiras sobre su padre? ¿Cómo podía esto ocurrir? ¿Qué causas lo justificaban? No, él sólo hablaba de lo que conocía. Así pues, ese era su padre. ¡Dios! ¿Y su severidad, su prestancia, su dignidad? ¿Dónde estaban? «Si mañana escuchas que la Tierra es plana o que el origen del hombre es Adán, no te sorprendas ni te inquietes». Finalmente preguntó:

—¿Sabe mi madre esto?

Yasín respondió riendo:

—Al menos, no hay duda de que conocía sus borracheras.

«¿Cómo podía afectarle eso, a ella, que se asustaba con nada? ¿Puede que mi madre —como yo— sea feliz exteriormente y desgraciada en su interior?» Y dijo, como forjando causas para defender a su padre sin creer en ellas:

—La gente es aficionada a exagerar, por eso no creas todo lo que afirman. Y además su salud demuestra que es un hombre moderado en la vida.

Yasín exclamó con admiración, indicando al camarero que repitiera la ronda:

—¡Es una maravilla! Su cuerpo es un prodigio, su espíritu es un milagro. Todo en él es milagro, incluso su lengua viperina... —los dos se echaron a reír—. E, imagina que, a pesar de todo esto, gobierna su casa como ya sabes, conservando su grandeza y su respeto. ¡Ya lo ves! ¡Pobre de mí!

«Piensa en estas maravillas. ¡Tú y Yasín estáis bebiendo! ¡Tu padre es un viejo desvergonzado! ¿Hay algo real y algo irreal? ¿Cuál es la relación entre la realidad y lo que existe en nuestras cabezas? ¿Cuál es el valor de la historia? ¿Qué relación existe entre una Aida idolatrada y una Aida embarazada? Y yo, ¿quién soy? ¿Por qué he sufrido este dolor brutal del que aún no me he librado? Ríete hasta morir».

—¿Qué pasará si por ventura nos viera sentados aquí?

Yasín hizo crujir su dedo, y dijo:

—¡Dios nos libre!

—¿De verdad es bonita Zubayda?

Yasín silbó moviendo sus cejas, por toda respuesta.

—¿No es injusto que nuestro padre goce de los mejores bocados mientras que nosotros no encontramos más que las migajas?

—Espera tu momento, ¡estás sólo al principio!

—Después de conocer su secreto, ¿no ha cambiado tu comportamiento con él?

—¡Qué va!

Una mirada soñadora brilló en los ojos de Kamal mientras exclamaba:

—¡Ojalá nos diera una parte de su gracia!

—¡Ojalá!...

—Nuestro caso no se va a echar a perder más de lo que ya está.

—Amar a las mujeres y beber no es nada malo.

—¿Y cómo te explicas su conducta a la luz de su profunda fe?

—¿Soy yo un ateo? ¿Y eres tú un ateo? ¿Y fueron los califas unos ateos? ¡Dios es Clemente y Misericordioso!

«¿Cuál sería la respuesta de mi padre? ¡Cuánto deseo discutir con él! Todo es posible salvo que sea un hipócrita. No, él no es un hipócrita. ¡Ha aumentado mi amor por él!» El último trago le había colmado y producido deseos de bromear. Continuó así:

—Es una pena que no haya aprendido arte dramático...

Yasín estalló en grandes carcajadas, respondiendo:

—¡Si supiera él la vida llena de mujeres y vino de la que disfrutaban los comediantes, consagraría su vida al arte!

«¿Es verdad que estas palabras se burlan del señor Ahmad Abd el-Gawwad? Pero ¿acaso no desciende él de Adán? Después de todo, fue sólo la casualidad la que le hizo conocer la verdad de este hombre. Casualidad que ha jugado en tu vida el papel más importante: si yo no hubiera encontrado por casualidad a Yasín en la calle, el velo de la ignorancia no se habría disipado de mis ojos; si Yasín, a pesar de su

ignorancia, no me hubiese arrastrado al gusto por la lectura, hoy yo estaría en la Facultad de Medicina como deseaba mi padre. Y si yo hubiese ingresado en el-Saidiyya no habría conocido a Aida, yo sería un hombre distinto y la existencia sería otra. ¡Y después, algunos se complacen en reprochar a Darwin el haberse basado en la casualidad para explicar el mecanismo de su teoría!»

Yasín continuó usando irónicamente un tono de sabiduría.

—Los días te enseñarán lo que aún no has aprendido...

Luego, burlándose de sí mismo:

—Fíjate, me ha enseñado a mí a satisfacer mis placeres temprano, para que mi esposa no tenga ni rastro de duda...

Movió su cabeza al mirar los ojos interrogantes y sonrientes de Kamal, después prosiguió:

—Es la más fuerte de mis tres esposas. ¡Creo que no me desharé de ella!

Entonces, Kamal le preguntó preocupado, señalando hacia la calle:

—¿Qué te ha traído aquí, para eso, tú que estás casado en terceras nupcias?

Yasín repitió la famosa frase de la canción que Kamal oyó por primera vez en la noche de bodas de Aisha:

—«*Porque es así, porque es así, porque es así...*»

Luego dijo sonriendo, un poco apurado:

—Zannuba me dijo una vez: «Tú, nunca te casaste, consideras el matrimonio como una especie de pasión, y ya es hora de que lo mires con seriedad». ¿No es extraño que estas palabras procedan de una tañedora de laúd? Pero parece que ella guarda más celosamente la vida conyugal que las dos anteriores. Está empeñada en permanecer como esposa mía hasta que cierre mis ojos para siempre. Pero yo no puedo resistirme a las mujeres. Tan pronto me enamoro de ellas, como me hastío. Por esa razón me dirijo a esas calles, temprano, para satisfacer el deseo sin implicarme en un amor duradero. ¡Si no fuera por aburrimiento, no iría a buscar a una mujer a Darb el-Tayyab!

Y preguntó a Kamal con mayor interés:

—¿Es que no era una mujer como las demás?

—¡En absoluto! Era una mujer sin corazón. ¡Para ella, el amor es una mercancía!

Kamal volvió a preguntar con los ojos resplandecientes de esperanza:

—¿Qué ves de diferente entre una mujer y otra?

Yasín sacudió la cabeza con orgullo, engreído en el rango que le otorgaban las preguntas de Kamal. Más tarde, preguntó con el tono de un experto:

—El puesto de la mujer en la jerarquía femenina se determina en función de sus

cualidades morales y sentimentales, sin atender a su familia y su situación. Por ejemplo, Zannuba es para mí mejor que Zaynab porque es mucho más sentimental, y es mucho más solícita y está más entregada a la vida matrimonial. Pero al final encuentras en ellas sólo una cosa. ¡Ya vivas con la propia reina Balkis, no hay escape!; ¡siempre encontrarás al final el espectáculo habitual y un placer monótono!

El brillo se extinguió en los ojos de Kamal, ¿acaso Aida había llegado a ser un espectáculo habitual y un placer monótono? «¡Qué poco crédito tenía esa idea! Pero tú sólo eres una víctima de la realidad, e incluso pensar que ella te decepcione es doloroso y demasiado para ti. Y es incitar a la locura pensar que el ídolo por quien el alma suspira llegue a saber que el paso del tiempo ha hecho de él un espectáculo habitual y un placer monótono. Sin embargo, ¿cuál de las dos situaciones es más querida para ti, si puedes dar una respuesta? Aunque a veces la fuerza de mi deseo es tan grande que me hace suspirar de aburrimiento, al igual que a Yasín, su fuerte aburrimiento le hace suspirar por el deseo. Levanta pues tu cabeza hacia el Señor de los cielos y pídele una solución feliz».

—¿Nunca has amado a nadie?

—¿Y en qué estoy hundido ahora?

—¡Me refiero a un amor verdadero, no a estas pasiones pasajeras!

Yasín terminó su tercer vaso, limpiándose la boca con el dorso de su mano. Luego, retorciendo sus bigotes, dijo:

—No me tomes a mal, el amor para mí se concentra en ciertos lugares como la boca, las manos, etc.

«Yasín es guapo. Ella no tuvo que burlarse de su cabeza o de su nariz. Pero por lo que dijo, la queja parece real. ¡Como si el hombre sólo fuera hombre si ama! Y sin embargo, ¿para qué ha servido y qué me ha traído el amor sino dolor?...»

Yasín prosiguió, incitado con una señal a que acabara su vaso:

—No creas lo que se cuenta del amor en las novelas. ¡El amor es un sentimiento de unos días o de unas semanas, en buena opinión!

«¡Insultas a la eternidad! Pero ¿es posible olvidar el amor? No me considero como era antes. Me escabullo del infierno del tormento; entonces la vida me absorbe un tiempo hasta que vuelvo a caer otra vez; la muerte era mi *qibla*, pero hoy, hay vida aunque sin esperanza, lo maravilloso es que te rebelas contra la idea del olvido siempre que ella se te pasea por la cabeza, como si te molestara lamentar tal pensamiento. O quizá temieras descubrir la muerte de la ilusión que has sacrificado. O puede que rechazaras la idea de que la mano de la inexistencia tocara esa vida maravillosa, sin la cual te hubieras convertido en un ser que nunca existió. Pero ¿no



recuerdas por qué extendías las palmas de tus manos implorando a Dios que te arrebatara ese tormento y que te infundiera el olvido?»

—Pero el amor verdadero existe. Leemos sus sucesos en los periódicos.

Yasín sonrió burlescamente, y contestó:

—A pesar de que estoy aquejado de pasión por las mujeres, no reconozco ese amor. Las tragedias que lees en las noticias hablan realmente de jóvenes sin experiencia. ¿Has oído hablar de Magnún y Layla? Quizá en esas historias haya gente parecida, pero Magnún nunca se casó con Layla. ¡Muéstrame un solo hombre que se haya vuelto loco por amor a su esposa! ¡Es una pena! Los maridos son muy sensatos, sensatos hasta ser odiosos. En cuanto a las mujeres, su locura empieza con el matrimonio; porque ellas no se contentan con nada menos que tragarse al marido. Creo más bien que es la locura la que convierte en enamorados a los locos, más que ser el amor el que convierte a los enamorados en locos. Los puedes ver hablando de la mujer como si hablaran de un ángel. ¡Y la mujer no es más que una mujer, un plato delicioso del que pronto te sacias! Invítalos a compartir una noche con ellas, y descubrirán su aspecto al despertarse, olerán su sudor y demás olores que provienen de ellas. De ese modo, ¡que hablen después de los ángeles! El encanto de la mujer no es más que una pantalla o un instrumento de seducción para pescarte en la red. Y cuando lo consiguen, aparece ante ti la criatura humana tal como es en realidad. Por ello, los hijos, los atrasos de la dote, la pensión alimenticia legítima... son los secretos de la fortaleza de un matrimonio, y no la belleza o el encanto.

«Cambiaría de opinión si viera a Aida. Aunque conviene que pienses de nuevo en el asunto del amor; lo veías como una revelación angelical, pero los ángeles ya no existen. Así pues, busca en la esencia del hombre y encájala dentro de las verdades filosóficas y científicas que ansias derribar. Sólo entonces conocerás el secreto de tu tristeza y descubrirás el velo del secreto escondido en Aida. No la verás como a un ángel, pero las puertas de la fascinación se abrirán para ti de par en par. Pero, y los antojos, el embarazo, el espectáculo habitual, los demás olores... ¡pobre de mí!» Con una tristeza que su hermano no captó, Kamal dijo:

—¡El hombre es una criatura sucia! ¿Es que no ha sido posible crearlo mejor y más limpio de lo que es?

Yasín levantó su cabeza, mirando a la nada, y dijo con una alegre felicidad extraña:

—¡Dios mío...! ¡Dios mío! Mi alma resplandece y se transforma en una canción. Mis extremidades se han convertido en instrumentos de música, el mundo es bello, los seres son queridos por mi corazón, el aire es agradable, la realidad es ilusión y la

ilusión es realidad. En cuanto a las amarguras, se han convertido en una leyenda. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué bello es el vino, Kamal! ¡Dios le dé larga vida y lo conserve! ¡Y a nosotros, que nos dé salud y vitalidad para beberlo hasta el final de nuestros días! ¡Que se arruine la casa de quien lo considere malo o diga mentiras sobre él! Reflexiona sobre esta dulce embriaguez, medita, cierra tus ojos. ¿Has encontrado un placer como este? ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —Después bajó la cabeza mirando a Kamal—: ¿Qué decías, hijo mío? ¿Que el hombre es una criatura sucia? ¿Es que te ha hecho daño lo que he dicho de la mujer?... No lo he dicho para dejarte una impresión de aversión hacia ella. En realidad las amo, las amo tal y como son. Yo sólo quería demostrarte que la mujer angelical no existe. Es más ¡no sé si la amaría si existiera! A mí, por ejemplo, como a tu padre, me gustan los traseros grandes. Si hubiera ángeles con grandes traseros, les sería imposible volar, compréndeme bien y no lo olvides: Es la vida de nuestro padre el señor Ahmad...

Kamal no tardó en compartir su embriaguez, y exclamó:

—¡Qué agradable parece el mundo cuando el vino alegra el alma!

—¡Dios bendiga tus palabras! Hasta la habitual melodía que canturrea el mendigo de la calle produce en nuestros oídos un efecto mágico.

—Hasta nuestras penas parecen las penas de otras personas.

—A diferencia de las mujeres de los demás, que sí que parecen nuestras. ¡Son la misma cosa, hermano mío!

—¡Dios! ¡Dios!; no quiero volver en mí.

—Lo que es una perversidad de la vida es que no podamos prolongar la borrachera tanto como deseamos.

—Que sepas que no considero la borrachera como una diversión, sino como un elevado fin semejante al conocimiento o al ideal.

—¡Así pues soy un gran filósofo!

—Cuando creas en lo que digo, y no antes.

—¡Que Dios te dé larga vida, padre mío! ¡Has tenido hijos filósofos como tú!

—¿Por qué parece el hombre desgraciado cuando no puede pedir nada más que un vaso, habiendo tal cantidad de botellas; y que una mujer, habiendo tantas?

—¿Por qué?... ¿Por qué?

—Te contestaré cuando me beba otro vaso.

—¡Ni hablar!

Yasín dijo esto con una voz marcada por una repentina lucidez, luego prosiguió en tono de advertencia:

—¡No te propases! Esta noche soy tu compañero, pero soy responsable de ti.

—¿Qué hora es ahora?

Sacó su reloj, lo miró y contestó:

—¡La una y media! ¡Esto es un desastre, valiente! Los dos vamos a llegar tarde. Detrás de ti está nuestro padre y detrás de mí Zannuba.

—¡Vámonos!

Después de unos minutos abandonaron el bar. Cogieron un coche que los llevó hacia el-Ataba. El coche rodeó la muralla de el-Ezbekiyya por su camino, en el que reinaban las sombras. De vez en cuando, aparecía un transeúnte fugitivo u otro vacilante. Cada vez que el coche pasaba por un cruce de calles, llegaba hasta ellos el eco de una canción, transportado por una brisa fresca. Sobre los edificios y los grandes árboles del jardín, las estrellas vigilantes brillaban.

Yasín dijo riéndose:

—Esta noche puedo jurar sin apuro que no voy a llegar temprano.

Kamal dijo un poco angustiado:

—Espero llegar a casa antes que mi padre.

—El miedo es la peor de las desgracias. ¡Viva la revolución!

—¡Abajo la esposa tirana!

—¡Abajo el padre tirano!

Kamal llamó a la puerta suavemente, hasta que apareció la silueta de Umm Hánafi. Cuando esta lo reconoció, le susurró:

—Mi gran señor está en la escalera...

Entonces, esperó detrás de la puerta hasta estar seguro de que su padre había llegado al primer piso, aunque su voz le llegó desde el interior de la escalera, preguntando con voz fuerte:

—¿Quién ha llamado?

Su corazón se puso a latir, y no tuvo otra salida que avanzar y responder:

—Yo, papá...

Vio la silueta de su padre en el rellano del primer piso, al tiempo que brilló la luz de la lámpara sostenida por la madre en lo alto de la escalera. El padre lo miró por encima de la balaustrada, preguntándole con asombro:

—¿Kamal? ¿Qué te ha retrasado fuera de casa hasta estas horas?

«Me ha retrasado lo que a ti». Contestó con cuidado:

—He ido al teatro para ver la obra fijada por nuestro plan de estudios de este año...

Gritó colérico:

—¿Es que ahora se estudia en los teatros? ¿Es que no te basta con leer y aprender? ¡Tonterías y monsergas! ¿Y por qué no me has pedido permiso?

Kamal se detuvo algunos escalones más abajo del lugar en que estaba su padre, y contestó disculpándose:

—No esperaba que la velada se prolongara hasta tan tarde.

Dijo entonces el padre enfadado:

—¡Búscate otra manera de estudiar, y déjate de excusas estúpidas!

Y se fue subiendo por la escalera refunfuñando, mascullando frases como: «Estudiar en los teatros hasta que dan las tantas», «a la una de la madrugada», «incluso los niños», «maldito sea tu padre y el de esa obra de teatro».

Kamal subió la escalera hasta el último piso y pasó a la sala. Cogió una lámpara encendida que estaba encima de una mesa, y entró en su habitación con el rostro sombrío. Colocó la lámpara sobre el escritorio y se apoyó con las dos manos, preguntándose sobre la fecha del último insulto que le había arrojado su padre. No la recordaba de manera exacta, pero estaba seguro de que los años de sus estudios superiores habían transcurrido en paz y dignidad. Por ese motivo, el insulto sobre él

mismo le había producido —a pesar de que no iba dirigido a él— una sensación dolorosa. Se alejó de su escritorio y se quitó el *tarbúsh*.

Empezó a desnudarse, cuando de pronto sintió vértigo en la cabeza y angustia en el estómago.

Entonces, abandonó la habitación rápidamente dirigiéndose al cuarto de baño donde vomitó todo lo que había en sus tripas, con violencia y amargor. Regresó a la habitación otra vez, asqueado y con las fuerzas agotadas, con un dolor en el pecho y en su alma más intenso y más profundo. Se desnudó y apagó la lámpara. Luego se echó sobre la cama, suspirando de angustia y disgusto. Tras unos minutos, oyó la puerta abrirse suavemente. Le llegó la voz de su madre, preguntándole con ternura:

—¿Duermes?

Y entonces contestó con un tono normal y contento para que se fuera y lo dejara en paz con sus problemas:

—Sí.

Pero su silueta se aproximó a la cama, hasta detenerse sobre su cabeza. Ella dijo como disculpándose:

—No te atormentes. Ya conoces a tu padre...

—¡Lo sé..., lo sé!

Pero ella continuó, como si quisiera manifestar lo que le daba vueltas en su propia cabeza:

—Él reconoce tu seriedad y corrección. De ahí su desaprobación por tu retraso anormal a estas horas...

Entonces montó él en cólera hasta el punto de no poder dominarse, y replicó:

—Si pasar una noche de velada merece todos estos reproches, ¿por qué lo hace él tan asiduamente?

Las tinieblas le impidieron ver el asombro y la desaprobación que se dibujaron en el rostro de su madre, pero la oyó reírse burlonamente para hacerle creer que no había tomado sus palabras en serio. Le contestó:

—Todos los hombres salen de noche. Tú te convertirás en un hombre pronto, ¡pero ahora eres un estudiante...!

La interrumpió, diciendo con el tono del que quiere terminar una conversación:

—Ya lo sé... ya lo sé. No intentaba decir nada; ¿por qué te has cansado en venir hasta aquí? Vete tranquila...

Dijo ella dulcemente:

—Temí que estuvieras enojado. Ahora te voy a dejar, pero prométeme que dormirás con el alma serena, recita el-Samadiyya hasta que te venga el sueño...

La sintió marchar, luego oyó la puerta cerrarse y su voz que le decía «buenas noches». Suspiró otra vez, y comenzó a secarse el pecho y el estómago, transportado por las tinieblas...

Todas las páginas de la vida eran amargas. ¿Dónde se habrá marchado la embriaguez mágica del vino? ¿Qué era ese pesar sofocante que había ocupado su lugar? ¡Cuánto se parecía al desengaño amoroso que había destruido sus sueños celestiales! Y con todo, si no hubiera sido por el padre, su situación no se habría transformado. Esta poderosa fuerza que atemoriza a todos los miedos, que él tenía y que amaba a la vez. ¿Cuál era su esencia? Era sólo un hombre. Si no fuera por la alegría que los extraños le atribuían, no sería nada. Entonces ¿cómo la temía? ¿Hasta cuándo se sometería al poder de ese temor? Este temor era como el resto de las ilusiones que había experimentado. Pero ¿cuál es el resultado de enfrentar la lógica a sólidos sentimientos? Un día, había llamado con sus manos a las puertas de Abdín en la gran manifestación que desafiaba al rey con el grito «¡Saad o la revolución!». El rey se retiró, y Saad dimitió del ministerio. Pero, ante su padre, él no era ya nada. Todas las cosas cambiaron de sentido y significado. Dios..., Adán..., El-Huseyn..., el amor..., la misma Aida..., la eternidad. «¿He dicho la eternidad? Sí, en lo que le ocurrió en el amor, y también en lo ocurrido a Fahmi. Ese hermano mártir que es huésped del vacío para siempre. ¿Recuerdas la experiencia que hiciste cuando tenías doce años para saber su destino desconocido? ¡Qué triste destino! Habías cazado a un pájaro en su nido, lo asfixiaste, lo amortajaste y cavaste para él una pequeña tumba en el patio de casa, cerca del viejo pozo; luego lo enterraste en él. Unos días o semanas más tarde desenterraste la tumba y sacaste el cadáver. ¿Qué viste? ¿Qué oíste? Te dirigiste hacia tu madre llorando, preguntándole sobre el destino de los muertos, de todos los muertos, y el destino de Fahmi en especial. No te alejaste de ella hasta que el llanto la dejó sin habla. ¿Qué quedará de Fahmi después de siete años?, ¿qué quedará del amor?, ¿en qué se convertirá tu ilustre padre?»

Sus ojos se acostumbraron a las tinieblas de la habitación, apareciendo las siluetas del escritorio, el perchero, la silla y el armario. El propio silencio transmitía voces apagadas, la fiebre calenturienta llenaba su cabeza por el desvelo. El sabor de la vida cada vez era más amargo. Se preguntaba si Yasín estaría ya sumergido en su sueño, y cómo lo habría recibido Zannuba; ¿tendría refugio Huseyn en su cama parisina?, ¿de qué lado duerme ahora Aida?, ¿se habrá redondeado o ensanchado su vientre?, ¿qué harán en la otra mitad de la esfera donde el sol estará detenido en el centro del cielo?... ¿y las estrellas brillantes?, ¿es que no existe una vida que se viva libre de las desgracias?, ¿puede oírse su débil quejido en esa infinita orquesta

cósmica?

«¡Padre!, déjame descubrirte lo que hay en mi alma. No estoy indignado a pesar de lo que tu personalidad me ha revelado. Pues lo que ignoraba de ti me gusta más que lo que ya conocía. Admiro tu cortesía, tu elegancia, tu carácter desvergonzado y pendenciero, y tus aventuras. Esa parte apacible de ti, de la que se enamoran todos los que la conocen, indica algo activo, tu vitalidad, tu apasionamiento por la vida y por la gente. Pero yo te pregunto: ¿por qué te has contentado con mostrarnos esta máscara grosera y horrible? No te disculpes con los principios de la educación, pues eres el que más los ignora. Ahí está lo que ves y no ves de la conducta de Yasín y la mía. No hiciste más que perjudicarnos y martirizarnos mucho por una ignorancia que ni tus mejores propósitos pueden excusar. No te inquietes, porque yo sigo queriéndote y admirándote. Permaneceré siempre fiel a mi amor y a mi admiración por ti, aunque mi alma abriga contra ti un fuerte reproche, comparable al sufrimiento que me has hecho pasar. No te hemos conocido como un amigo, como te conocían los extraños. Por el contrario, nuestro conocimiento de ti fue como un juez déspota, intratable y tirano, como si tú fueras la inspiración del refrán "Un amigo inteligente es mejor que un amigo ignorante". Por eso, odiaré la ignorancia más que cualquier otra cosa en la vida. Pues corrompe todas las cosas, incluso la sagrada paternidad. Yo te preferiría como padre con el doble menos de ignorancia, aunque dejaras de querer a tus hijos en la misma proporción. Yo me prometo a mí mismo —si me convierto en padre algún día— que seré un amigo para mis hijos antes que un educador. Continúo queriéndote y admirándote, incluso después de haberte despojado de las cualidades divinas que mis ojos fascinados imaginaban ver. ¡Sí, tu poder es sólo leyenda! No eres consejero como Selim Bey, ni rico como Saad Bey, ni líder como Saad Zaglul, ni una calamidad como Zárwat, ni un noble como Adli. Pero eres un amigo querido, y eso te satisface. ¡Y no es poco! ¡Ojalá no nos hubieras escatimado tu amistad! Pero tú no eres el único que has hecho cambiar mis ideas. El mismo Dios no volverá a ser el Dios que adoraba hace tiempo. Tamizo las características de su esencia para limpiarlas de omnipotencia, de arbitrariedad, de violencia, del despotismo y de los demás instintos humanos. No sé dónde debo amordazar el pensamiento, ni siquiera si es un mérito el hacerlo. Sin embargo, mi alma me dice que no me detendré hasta el fin, y que luchar, a pesar de ser una tortura, es mejor que quedar pasivo y dormir. Esto te preocupará en la medida en que te preocupe saber que he determinado poner fin a tu tiranía; tiranía que me envuelve y envuelve el ambiente, y que me hace sufrir como me hace sufrir este maldito insomnio. En cuanto al vino, no será como castigo a su traición por lo que no lo

pruebe, ¡qué pena! Si el virio es también, como ellos, un engaño, ¿qué le queda al hombre? Ya te he dicho que estoy decidido a poner fin a tu tiranía, no desafiándote o desobedeciéndote, pues te respeto demasiado para actuar de esa manera contigo, ¡pero sí huyendo! Sí, abandonando tu casa tan pronto como me levante sobre mis piernas. En los barrios de El Cairo hay espacio para los oprimidos. ¿Sabes cuál es la consecuencia de que yo te quiera a pesar de tu tiranía? Haber yo adorado a otro tirano que me oprimió, tanto abiertamente como a escondidas. Me tiranizó sin que yo lo amara, y a pesar de todo, lo adoraba con toda mi alma y no dejo de adorarlo. Así pues, tú eres el primer responsable de mi amor y de mi tormento. ¿Qué parte de verdad tiene esta idea? Ni estoy satisfecho ni entusiasmado con ella. Cualquiera que sea la realidad del amor, no hay duda de que hay que recurrir a causas más profundas de autenticidad en el alma. Dejémoslas ahora en suspenso para volver a estudiarlas más adelante. En cualquier caso, eres tú, padre mío, quien has facilitado este sentimiento de opresión al prolongar tu tiranía conmigo. Y tú, madre, no fijes tus ojos en mi rostro con desaprobación, ni te preguntes "¿qué pecado he cometido?". No has perjudicado a nadie. Es sólo la ignorancia. Ese es tu delito, la ignorancia..., la ignorancia. Mi padre, la rudeza ignorante, y tú, la delicadeza ignorante. Mientras viva, seguiré siendo una víctima de esta contradicción. Tu ignorancia también ha sido la que ha llenado mi espíritu de leyendas. Tú eres el vínculo que me une a la época de las cavernas. ¡Cómo me cuesta hoy liberarme de tu influencia, cómo me costará mañana liberarme de mi padre! ¡Qué noble de vuestra parte hubiera sido ahorrarme este penoso esfuerzo! Por eso, propongo —y las sombras de esta habitación son testigo— la abolición de la familia —¡esa fosa en la que se aglomera agua putrefacta!—, y que desaparezca la paternidad y la maternidad. Por el contrario, ¡dame una nación sin historia y una vida sin pasado! Y ahora, ¡observémonos en el espejo!, ¿qué vemos? Esta enorme nariz y esta gran cabeza. ¡Padre, me diste tu nariz sin pedirme consejo, sin apiadarte de mí! Tú fuiste un déspota conmigo desde antes de que yo naciera. Aunque esa nariz en tu rostro refleja la respetabilidad y la grandeza —sin distinción de naturaleza y forma—, en mi cara alargada se hace cómica, como si se tratara de un soldado inglés en mitad de un círculo de sufíes bailando. Y aún más rara es mi cabeza, porque ni se parece a la tuya ni a la de mi madre, ¿de qué antepasados lejanos proviene, pues? ¡Qué permanezca la culpa suspendida sobre vuestras cabezas hasta que se me aclare la verdad! Un poquito antes de dormir, debemos decir «adiós», por si no vemos amanecer. ¡Yo amo la vida a pesar de lo que me ha hecho, en la misma medida en que te amo a ti, padre! En la vida hay cosas que merecen ser amadas. Su cara está rebosante de



incógnitas apasionantes. Aunque lo útil no tiene utilidad, y lo inútil es muy importante. Es preferible que no vuelva a coger un vaso. Así pues, digo «adiós, vino», pero poco a poco. Recuerda la noche que abandonaste la casa de Ayusha, firmemente convencido de no acercarte más a las mujeres de tu vida, y cómo, después de aquello, eres su cliente preferido. Me imagino que la humanidad se queja como yo de la resaca y las náuseas. ¡Desea para ella una rápida curación!

El ardor de Yasín remitió al encontrarse solo en el coche, tras la marcha de Kamal. Parecía estar meditando a pesar de su borrachera. Había pasado de la una, y hacía tiempo que se había entrado en esa parte de la noche en que se empieza a ser sospechoso, sobre todo, cuando podría encontrarse a Zannuba, que, o bien estaría ya levantada esperándolo encolerizada, o bien se levantaría en cuanto llegara. En todo caso, la noche no pasaría en paz, o al menos, en completa paz.

Dejó el coche en la desviación de Qasr el-Shawq y penetró en las oscuras sombras, encogiendo sus anchos hombros con indiferencia y diciéndose a sí mismo en voz baja: «Yasín no tiene por qué inquietarse por una mujer». Repitiéndose estas palabras, subió los escalones, mientras se guiaba en las tinieblas por la balaustrada. A pesar de haberse repetido esas palabras, no estaba completamente tranquilo. Abrió la puerta y entró, luego llegó al dormitorio, a la luz de la lámpara de la sala. Echó una mirada sobre la cama, y la vio a ella dormida. Cerró la puerta para impedir que entrara la suave luz que provenía de la sala. Empezó a quitarse la ropa despacio y con precaución, tranquilizándose al verla profundamente dormida. Mientras tanto, en su mente, trazaba un plan para deslizarse dentro de la cama.

—¡Enciende la lámpara —le llegó una voz— para que mis ojos se alegren al verte!

Volvió su cabeza hacia la cama y sonrió con resignación. Después preguntó como sorprendido:

—¿Estás despierta? Creía que estabas dormida. No deseaba molestarte.

—Tu corazón es bueno, ¿qué hora es?

—Un poco más de las doce. Dejé la reunión alrededor de las once, y he venido caminando poco a poco...

—Tu reunión debe ser perpetua.

—¿Por qué? ¿Vengo tarde?

—Espera, que el gallo de la aurora te va a responder él mismo...

—¡Puede ser que aún no se haya dormido!

Se sentó en el sofá para quitarse los zapatos y los calcetines, llevando sólo encima la camisa y los pantalones. De la cama se oyó un crujido, y vio la silueta de ella que se incorporaba para sentarse luego; la escuchó decir con irritación:

—¡Enciende la lámpara!

—¡Ya no hay motivo! He terminado de desnudarme.

—¡Quiero que aclaremos nuestros problemas a la luz!

—¡Aclarar las cosas en la oscuridad es más agradable!

Ella resopló de cólera y dejó la cama. Pero él alargó el brazo desde su asiento cercano, la cogió del hombro y la trajo hacia el sofá. La hizo sentarse a su lado, diciendo:

—No provoques una pelea.

—¿Dónde está lo que habíamos convenido? —contestó ella, librándose de su mano—. Acepté que te emborracharas en las tabernas como tú deseabas, con la condición de que regresarías temprano a casa; lo acepté muy a mi pesar, pues si bebieras en tu casa, tú mismo ahorrarías mucho dinero, que se va como el viento. Y sin embargo ¡aquí estás, volviendo cuando falta poco para el alba, y sin que te importe lo que habíamos acordado!

«¿Quién puede engañar a esta pequeña artista de orquesta y tañedora de laúd? Y si un día comprueba que la engañas, ¿te detendrás a razonar con ella o...? Piénsalo dos veces, y no olvides tampoco que perderla no sería fácil para ti. Ella es la mejor de mis esposas por ser experta en lo que me hace feliz y firme en nuestra vida. ¡Si no fuera por el aburrimiento...!»

—Estuve en la reunión toda la noche, y sólo la abandoné para venir a casa. Tengo un testigo que conoces. ¿Sabes quién es? —y rio con fuerza.

Pero ella replicó con frialdad:

—No te escapes del tema...

—¡Mi compañero de mesa esta noche era mi hermano Kamal! —continuó sin dejar de reír.

Pero ella no se sorprendió como él esperaba e insistió, agotada su paciencia:

—Y tu querida, ¿a quién pone como testigo?

—¡No seas exagerada! ¡Mi inocencia brilla como el sol! —Luego, fastidiado—: Por Dios, que me entristece que desconfíes de mi conducta. Me he hartado de dar vueltas hasta caer enfermo, y ahora no deseo más que una vida tranquila. En cuanto a la taberna, es un pasatiempo limpio e inocente. El hombre necesita frecuentar a otras personas.

—¡Ay de ti! —replicó ella con la voz exaltada por la excitación—. ¡Sabes que no soy una niña, que reírse de mí es un problema grave, y que es mejor para los dos que la duda no nazca entre nosotros!

«¿Es un sermón o una amenaza? ¿Dónde está la vida ideal de mi padre? ¡Ese hombre que hace lo que se le antoja y que, cuando regresa a su casa, encuentra quietud, amor y obediencia! Este sueño no lo hice realidad, ni con Zaynab, ni con

Maryam; ni tampoco lo haré con Zannuba. Esta bonita artista del laúd no debería desesperarse mientras esté bajo mi protección».

—Si hubiese deseado pecar con más mujeres no me hubiese casado contigo — dijo con resolución.

Ella contestó con vehemencia:

—¡Pero antes te has casado dos veces, y el matrimonio no te impidió estar con otras mujeres!

Él resopló expandiendo su aliento a alcohol y diciendo:

—¡Tu caso es distinto al de las anteriores, tonta! Mi primera mujer la eligió mi padre y me la impuso. Mi segunda esposa no me dio otra salida que casarme, y lo hice. En cuanto a ti, nadie me obligó, ni me cerraste tu puerta antes de casarnos. Casarme contigo no podía prometerme nada nuevo que yo no conociera ya. Y no me habría casado contigo, tonta, si el matrimonio, es decir, la vida recta y estable no hubiese sido mi deseo. ¡Por Dios! Si tuvieras un átomo de inteligencia no te permitirías dudar de mí nunca...

—¿Incluso si vienes con la aurora?

—Incluso si vengo por la mañana.

—¡Qué sabio! —añadió con irritación—. ¡Di otras palabras o di adiós a la tranquilidad!

—¡Mil adioses! —contestó violento, endureciéndosele el rostro por los nervios.

—¡Me voy! La tierra de Dios es muy grande y Dios proveerá.

Y dijo él con desprecio, intencionadamente:

—¡Allá tú con tus problemas!

—Me voy, aunque soy como una espina, que no se quita con facilidad —replicó con voz amenazadora.

Él prosiguió despectivo:

—¡Tonterías! Te irás con tanta facilidad como quitarse los zapatos.

Ante esto, el tono de desafío y amenaza de ella se transformó en queja, y gritó:

—¡Me tiraré por la ventana! De esta forma me aliviaré y descansaré...

Él levantó sus hombros con indiferencia, luego se incorporó y dijo con tono más suave:

—Hay un medio mejor: ¡ven a la cama! Vamos a dormir y confunde al diablo...

Se dirigió hacia la cama y se echó en ella, mientras gemía como si ya no tuviera deseo de dormir. Ella, por su parte, volvió a decir, como hablando para sí misma:

—Está escrito que vivir contigo es un sufrimiento...

«Yo también estoy predestinado a los sufrimientos. Tu sexo es el responsable.

Tanto las unas como las otras sois incapaces de satisfacernos y de acabar con el aburrimiento que está por encima de vuestras mañas. Pero no volveré a la soltería por mi voluntad. No puedo vender todos los años una tienda para celebrar un nuevo matrimonio. Por tanto ¡que Zannuba se quede, con la condición de que no me domine! ¡El hombre loco necesita una mujer razonable, como Zannuba!»

—¿Vas a quedarte en el sofá hasta mañana?

—No cerraré los ojos. ¡Déjame tranquila, disfruta tú del sueño!

Indudablemente, aquello era inevitable; alargó su brazo hasta cogerla por los hombros, y luego la atrajo hacia sí, susurrando:

—¡Tiéndete!

Ella opuso una débil resistencia, pero se abandonó entre sus manos, yendo hacia la cama.

—¿Cuándo se me concederá la tranquilidad como a las demás mujeres? —suspiró.

—¡Estate tranquila! Debes confiar en mí plenamente. Puedes confiar en mí. Mi forma de ser es así. No soy feliz si no salgo por las noches, ni tú tampoco serás feliz si me haces infeliz con un dolor de cabeza. Te basta con confiar en mi inocencia cuando salgo por las noches. ¡Créeme, no te arrepentirás! No soy un cobarde ni un mentiroso. ¿Acaso no vine contigo una noche a esta casa, estando aquí mi esposa? ¿Haría eso un cobarde o un mentiroso? ¡Ya me cansé de dar vueltas! ¡No hay nadie más que tú para mí en la vida!

Ella suspiró de forma audible como diciéndole: «¡Deseo tanto que seas sincero!».

Tendió hacia ella una mano juguetona.

—¡Ay Dios mío —exclamó—, ese suspiro ha puesto en llamas mi corazón! ¡Dios me castigue...!

—¡Si Dios te guiara por el buen camino! —dijo ella en tono de súplica, mientras respondía a su mano poco a poco.

«¿Quién creería que ese deseo proviene de una artista del laúd?»

—¡No me recibas nunca con una pelea, porque las peleas hacen disminuir el ardor!

«El remedio es efectivo, pero no es útil en todas las ocasiones. ¡Si lo hubieras aplicado a Ayusha esta noche, no habría funcionado!»

—¿Has visto como las sospechas estaban fuera de lugar?

El señor Ahmad Abd el-Gawwad estaba absorto en su trabajo, cuando Yasín entró en la tienda dirigiéndose hacia su despacho. En el mismo momento en que divisó el rostro de su hijo, supo que venía a pedirle ayuda. Sus ojos tenían una mirada perdida y desconcertada. Y aunque le sonrió con educación y se inclinó para besarle la mano, Ahmad se dio cuenta de que realizaba estos gestos tradicionales de salutación inconscientemente, al igual que toda su capacidad de percepción se había ido Dios sabría dónde. Le indicó que se sentara, Yasín acercó una silla al lugar donde estaba su padre, y se sentó. Empezó a mirarlo de vez en cuando, unas veces bajando la vista, y otras sonriéndole levemente. El padre le preguntó sobre el motivo de aquella visita. Preocupado, al permanecer su hijo en silencio, le preguntó:

—¿Estás bien?, ¿qué te pasa? Tú no estás normal...

Yasín lo miró largo rato como buscando su simpatía; luego, bajando sus ojos, contestó:

—Me van a trasladar a lo más alejado del Alto Egipto.

—¿El Ministerio?

—Sí...

—¿Por qué?

Agitó la cabeza en señal de protesta, y contestó:

—Le pregunté al director, pero me habló de cosas que no tienen relación con el trabajo. ¡Una injusticia!

—¿Qué cosas? ¡Explícate! —le preguntó el padre, receloso.

—¡Miseras calumnias —y, tras una vacilación— sobre mi esposa!

El padre duplicó su preocupación, y solícito le preguntó:

—¿Qué es lo que dijeron?

El pesar apareció durante un momento en el rostro de Yasín.

—¡Los estúpidos dijeron que yo estaba casado con... una tañedora de laúd!

El padre lanzó una mirada inquieta a la tienda, y vio a Gamil el-Hamzawi trabajando entre un hombre que estaba de pie y una mujer sentada, alejados sólo unos pocos metros de él. Contuvo su irritación y dijo en voz baja, aunque sin dejar de temblar por la ira:

—Puede que sean unos estúpidos, pero yo te había advertido de las consecuencias de esto. Te embarcas en los peores asuntos alegremente, pero no te puedes refugiar de las consecuencias para siempre, ¿qué quieres que diga? Eres el

encargado de la disciplina en un colegio, y tu reputación debe estar al abrigo de toda sospecha. Con frecuencia te he dicho y repetido esto muchas veces. ¡Por la fuerza y el poder de Dios! ¿Cómo voy yo a dejar mis propios problemas y los problemas del mundo entero para dedicarme sólo a los tuyos?

—¡Pero ella es mi esposa legítima! —replicó Yasín consternado y confuso—. ¡No se critica a un hombre que está dentro de los límites de la ley! ¿Qué tiene que ver el Ministerio con eso?

—El Ministerio debe velar por la reputación de sus empleados —contestó el padre ocultando su indignación.

«¿Por qué no dejas de hablar sobre la reputación de los demás? Más te valdría dejárselo a otros».

—¡Pero es un crimen y una injusticia para un hombre casado!

—¿Acaso quieres que trace la política del Ministerio de Educación? —amenazó con su mano, furioso.

Abatido, Yasín suplicó:

—¡En absoluto!, pero desearía que arreglaras lo del traslado con tu influencia.

Su mano izquierda empezó a jugar con su bigote, mirando fijamente a Yasín, sin verlo, pues estaba ensimismado en sus pensamientos. Yasín se puso a rogarle, excusándose por haberlo molestado, asegurándole que él era todo su apoyo después de Dios. No abandonó la tienda hasta que su padre aseguró que se esforzaría en arreglar lo de su traslado.

Aquella misma tarde, el señor Ahmad fue al café el-Yundy, en la plaza de la ópera, para encontrarse con el director de la escuela. En cuanto lo vio, el otro lo invitó a sentarse, diciéndole:

—Estaba esperando que viniera. Yasín ha sobrepasado todos los límites. Estoy apenado por todos los problemas que les está causando.

El padre, sentándose frente a él en la terraza que daba a la plaza, dijo:

—En cualquier caso, Yasín es también su hijo...

—¡Naturalmente! Pero no es cuestión mía todo ese asunto. Se reduce a él y al Ministerio...

—¿No es raro que se castigue a un empleado por estar casado con una tañedora de laúd? —argumentó el padre, aunque su rostro aparecía sonriente—. ¿Acaso no es un asunto que sólo a él le incumbe? Y además, el matrimonio es una relación legal a la que nadie puede objetar nada.

El director frunció su entrecejo, pensativo y confuso, como si no comprendiese lo que su amigo decía.

—¿Se mencionó lo del matrimonio de manera accidental y en último lugar! ¿Conoce a fondo todo el asunto? Imagino que no lo sabe todo.

El corazón del padre se encogió, preguntando, temeroso y asustado:

—¿Es que hay otras injurias?

El director se inclinó hacia él, apenado.

—El caso, señor Ahmad, es que Yasín se peleó a golpes en Darb el-Tayyab con una prostituta. Se le ha abierto un expediente, y se ha enviado una copia al Ministerio.

El padre se quedó atónito; sus pupilas se dilataron, y su rostro palideció. Ante esto, el director no pudo evitar mover su cabeza apenado, y decir:

—Esta es la verdad. Hice los mayores esfuerzos para aliviarle el castigo, y conseguí anular la idea de enviarlo a la junta de disciplina. Se contentaron, pues, con trasladarlo al Alto Egipto.

—¡Perro! —gimió el padre entre dientes.

—Estoy muy apenado, señor Ahmad —dijo el director mirándolo con compasión —; aunque esta conducta no es digna de un funcionario, no niego que sea un buen muchacho, constante en su trabajo. Es más, le declaro francamente que lo estimo, no porque sea su hijo solamente, sino también por su personalidad. ¡Pero qué extrañas cosas cuentan de él! ¡Debe corregirse y cuidar su conducta, si no arruinará su futuro!

El padre permaneció en silencio largo tiempo, con la cólera dibujada en su rostro. Más tarde, hablando consigo mismo, dijo:

—¡Pelearse con una prostituta! ¡Pues que se vaya al infierno!

Pero no lo dejó irse al infierno. Se apresuró a entrevistarse con diputados y otras personas que conocía, rogándoles que intercedieran para detener el traslado. Muhammad Effat fue el primero que cooperó con él. De esta forma se sucedieron las intercesiones en las altas esferas hasta que dieron fruto, y el traslado fue anulado. Pero el Ministerio insistió en delegarlo a su secretaría. Más tarde, por recomendación expresa de Muhammad Effat, su yerno —marido de la primera esposa de Yasín, y a la sazón director de los archivos— se manifestó dispuesto a recibirlo en la administración. De esta forma concluyó el asunto, trasladándose Yasín a principios de invierno de 1926 a la dirección de los archivos. Pero la cuestión no acabó sin consecuencias. Se hizo constar su incapacidad para trabajar en las escuelas, igualmente se decidió aplazar su ascenso al séptimo grado de la escala, a pesar de que su antigüedad en el octavo pasaba de los diez años. Aunque Muhammad Effat procuró incorporarlo al equipo de su yerno, y su relación con el trabajo no era mala, Yasín no se encontraba satisfecho con su nueva situación, bajo



la dirección del marido de Zaynab.

Un día, expresó sus sentimientos cuando hablaba con Kamal:

—Puede que ella se alegre de lo que me ocurre, y corrobore la actitud de su padre cuando se negó a hacerla regresar conmigo. Sé por experiencia lo que ronda en la mente de esa mujer, y no hay duda de que ella se alegra de mis males. ¡Será mala suerte no poder encontrar un puesto respetable sin estar a las órdenes de este cabrón! ¡No es más que un viejo que no tiene nada bueno que dar a las mujeres! ¡Qué incapacidad la suya para llenar el vacío que ha dejado Yasín! ¡Qué se alegre esa loca! Yo también lo hago...

Zannuba nunca supo la razón del traslado; lo más que llegó a saber fue que su marido fue nombrado para un trabajo en un puesto mejor en el Ministerio. A su vez, el padre evitaba tocar el tema del escándalo con su hijo, limitándose a decirle cuando consiguió la anulación del traslado:

—¡Cuántas veces te vas a librar de la trampa! Me has abrumado y avergonzado con tus problemas. Desde hoy, no intervendré más en tus asuntos. ¡Haz lo que te parezca! ¡Dios está entre tú y yo!

Pero no pudo dejarlo a su aire. Un día lo llamó a la tienda, y le dijo:

—Tienes que pensar en darle una nueva orientación a tu vida, llevarla de nuevo por el camino de la respetabilidad, apartarte de la rutina del abandono que llevas. Todavía tenemos mucho tiempo para empezar de nuevo. Puedo prepararte una vida que sea digna de ti. ¡Sólo escúchame y obedéceme!

Continuó, exponiéndole sus propuestas:

—Divórciate de tu mujer y regresa a casa. Yo te prometo que harás un matrimonio digno. Así, empezarás una vida respetable...

Yasín se sonrojó, y dijo en voz baja:

—Aprecio tu deseo sincero de mejorar mi situación, pero yo mismo haré realidad este deseo sin perjudicar a nadie.

—¡Una nueva promesa como la de los ingleses! —gritó el padre enojado—. Parece que tu alma te exige hacer una visita a la prisión. ¡De acuerdo! La próxima vez, tus gritos de socorro me llegarán tras los barrotes de una celda. Vuelvo a repetirte que te divorcies de esa mujer y vuelvas a casa...

—¡Está embarazada, padre! —dijo Yasín suspirando deliberadamente para que su padre lo escuchara—, no quiero añadir una nueva falta a mis pecados.

«¡Que Dios nos proteja! ¡En el vientre de Zannuba se está formando un nieto tuyo! ¿Habías podido imaginarte las penalidades que este muchacho te reservaba, a la hora de recibirlo recién nacido, un día que consideraste el más feliz de tu vida?»

—¿Embarazada?

—Sí...

—¿Y temes añadir un nuevo pecado a tus pecados?

Y estallando antes de que su hijo abriera la boca:

—¿Por qué tu conciencia no te hizo reproches mientras abusabas de las mejores chicas de las familias más selectas? ¡Eres una maldición! ¡Por la verdad del Libro de Dios!

Al alejarse su hijo de la tienda, lo siguió con los ojos llenos de compasión y desprecio. No podía menos que admirarse de su hermosa apariencia, que había heredado de él, como contrapartida a los defectos que había heredado de su madre... Súbitamente recordó cómo un día estuvo él mismo a punto de precipitarse en el vacío, a causa de la propia Zannuba. Y recordó también en ese mismo instante cómo supo contenerse en el momento apropiado. ¿Reprimirse a sí mismo? Sintió amargura y angustia. «¡Maldito sea Yasín y mil veces maldito!»

Llegó el 20 de diciembre. Sintió que no era un día como los demás. Al menos para él. Ese mismo día, a una cierta hora, él se había encontrado en este mundo. Se registró en un certificado, a fin de que la fecha acordada no variara en más o en menos. Envuelto en su abrigo, recorría su habitación yendo y viniendo. Echó una ojeada a su escritorio, y vio su diario abierto por una página en blanco, numerada en su parte superior con la fecha de su nacimiento. Meditó sobre lo que quería escribir con ocasión de su cumpleaños, sin dejar de moverse para sentir algo de calor, que le ayudara a combatir el frío glacial reinante. El cielo —según parecía tras los cristales de la ventana— estaba oculto tras unas nubes oscuras. La lluvia caía unos instantes, se paraba otros, despertando en su alma deseos de reflexionar y soñar. El cumpleaños tenía que celebrarse, aunque la fiesta se limitara sólo al festejado. Efectivamente, en la vieja casa no se conocían las costumbres tradicionales para celebrar los cumpleaños. Ni su propio padre sabía que aquel era uno de los días que no debía olvidar. De las fechas de los nacimientos, solamente le quedaban recuerdos oscuros de las estaciones en que habían sucedido y de los dolores que acompañaron a esos instantes. De tal suerte que, de su nacimiento, su madre recordaba que «fue en invierno y que fue un parto difícil que me hizo gritar y chillar dos días seguidos». En el pasado, cuando se mencionaban los hechos de su nacimiento, se le llenaba el corazón de compasión por su madre. Más tarde, este sentimiento de compasión se duplicó cuando asistió al nacimiento de Naíma. Su corazón tembló de dolor por Aisha. Hoy, sin embargo, pensaba en el nacimiento con una nueva mentalidad. Mentalidad que había bebido en las fuentes de la filosofía materialista, de tal modo que había sufrido en dos meses lo que el pensamiento humano había parido en un siglo. Se preguntó sobre la dificultad de su nacimiento: si esta se debía en parte o en su totalidad a la negligencia o a la ignorancia. Se preguntaba como si un acusado estuviera respondiendo ante él. Reflexionó sobre la dificultad del momento de su nacimiento, y en las huellas que tal vez pudieran alcanzar al cerebro o al sistema nervioso, huellas que juegan un papel importante en la vida y el destino del recién nacido, con todo lo bueno o malo que pueden acarrearle. ¿No sería su debilidad en el amor una consecuencia de los golpes sufridos por la membrana o el parietal de su cráneo en las profundidades del útero, diecinueve años antes? ¿Y no podría ser aquel idealismo que lo había perdido durante mucho tiempo en las regiones ignotas de la imaginación y le había hecho derramar abundantes lágrimas sobre el altar de la

tortura..., no era pues ese idealismo el trágico resultado de la insensatez de una comadrona ignorante?

Pensó en lo que hubo antes de su nacimiento, aún más, antes de la concepción. Pensó en aquello desconocido de donde brota la vida, en esa ecuación química y mecánica que equivale a un ser vivo. Este se rebela en primer lugar, maldiciente, contra el origen que lo suscitó, y contempla las estrellas atribuyéndose un parentesco en su dominio celeste. Se le conoce, sin embargo, un origen más próximo llamado esperma. En vista de esto, él, antes de sus diecinueve años y nueve meses no era más que esperma. Esperma vertido por un deseo inocente de placer, una necesidad insistente de alivio, un ímpetu violento provocado por una embriaguez que hace perder la razón, o incluso el mero sentimiento del deber hacia la esposa enclaustrada en la casa.

¿De cuál de aquellas situaciones él era hijo? Quizás vino a este mundo como consecuencia del deber. En efecto, el sentimiento del deber no lo había abandonado. Incluso, no se había entregado a los placeres hasta después de que estos se presentaran ante él como una filosofía a seguir, una causa que adoptar, sin haber abandonado la lucha y el sufrimiento, y sin tomar la vida de una manera sencilla. El esperma, un minúsculo organismo, se encontró con un óvulo en la trompa, trasasándolo. Más tarde, juntos se deslizaron hasta el útero, transformándose en embrión. Este embrión, recubriéndose de carne y hueso, salió a la luz, indefenso ante el dolor. Antes de que se afirmasen sus rasgos, sólo había sido llanto. Los instintos innatos en él siguieron creciendo y cristalizando, produciendo con el paso de los días infinidad de creencias y opiniones que llegarían a hacerse indigestas. Se prendó del amor, de tal forma que este le hizo creerse un dios. Más tarde, sus creencias se tambalearon, terminando por caer; sus pensamientos se invirtieron, su corazón se decepcionó. Todo ello le hizo retroceder hasta un lugar más despreciable que aquel que había ocupado antes. Así pues, habían transcurrido diecinueve años, ¡una eternidad para él y para la juventud, que se pasa con la velocidad de un rayo! ¿Cuál es el consuelo sino gozar de la vida hora tras hora, o mejor, minuto tras minuto, antes de que el cuervo grazne al ocaso?

La época de la inocencia pasó. Luego, llegó el tiempo en que la vida se fechaba por el amor —«Antes del amor... Después del amor»—. Hoy, los deseos son muchos, pero el amor es ahora lo desconocido en su esencia, del que sólo le quedaban algunos de sus nombres divinos. Y finalmente la verdad, las alegrías de la vida, la luz de la ciencia. El viaje hasta su aparición fue largo. Como si el que ama se hubiese montado en el tren de Augusto Comte, hubiera pasado por la estación de la

teología, cuyo lema es «sí, mamá», hubiera atravesado la tierra de las regiones metafísicas cuyo lema es «no, mamá» y a lo lejos apareciera a través de una lente de aumento «la realidad» con su consigna escrita en la parte superior: «¡abre los ojos y sé valiente!».

Se detuvo delante de su escritorio. Fijó sus ojos en el diario, preguntándose si se sentaría para emborronar la página del día de su cumpleaños, según le inspirara su pluma, o lo aplazaría hasta que los pensamientos cristalizaran en su cabeza.

Mientras, la caída de la lluvia sobre los muros le martilleaba los oídos como un zumbido. Dirigió su vista hacia los cristales de la ventana que daban a Bayn el-Qasrayn, y vio unas perlas suspendidas en su superficie, empañada por la humedad del aire. Una perla no tardó en deslizarse hacia el borde inferior del marco de la ventana, dibujando sobre la superficie empañada una línea brillante y sinuosa como la de un meteoro.

Fue a la ventana y levantó sus ojos para ver la lluvia caer desde las hinchidas nubes, y el cielo unido a la tierra por hilos de perlas. Mientras tanto, los minaretes y las cúpulas parecían no prestar atención a la lluvia. El horizonte brillaba como un marco de plata. Una blancura mezclada de una tenue oscuridad envolvía toda su vista, emanando grandeza y ensueño. Gritos de niños llegaban desde la calle. Echó una ojeada hacia abajo para ver las aguas corriendo por la tierra y las esquinas enfangadas por el barro. Los coches patinaban y esparcían salpicaduras con sus ruedas. Los tenderetes de exposición de las tiendas estaban vacíos de mercancía. Los que pasaban buscaban refugio en las tiendas, en los cafés y bajo los balcones.

Esta vista del cielo hablaba al sentimiento con palabras emocionadas. A él le debía la mucha inspiración para reflexionar sobre su posición ante la vida, en el principio de su nuevo año.

No había encontrado un compañero al que contar los secretos de su alma, desde que Huseyn había abandonado la violencia del suelo patrio. Sólo podía hablar consigo mismo, si sentía la necesidad de conversar. Por tanto, había tomado a su alma como amiga tras haberlo dejado su amigo del alma. Preguntó a su alma: «¿crees en la existencia de Dios?» A su vez se contestó: «¿Por qué no intentas saltar de estrella en estrella, de planeta en planeta, como saltas escalón tras escalón para subir la escalera? ¿Y la quintaesencia elegida de los enviados del cielo? Ellos elevaron a la Tierra, considerándola como el centro del universo, y pusieron a los ángeles a adorar el barro, hasta que llegó su hermano Copérnico, que colocó a la Tierra en el lugar que le había asignado el universo, una pequeña esclava del Sol. Más tarde lo siguió su hermano Darwin. Este difundió los secretos del falso príncipe,

y declaró públicamente que su verdadero padre estaba encerrado en una jaula, llamando a los amigos para que lo contemplaran en las fiestas y romerías».

En un principio, existió una nebulosa de la que se esparcieron las estrellas como se desparraman las salpicaduras de la rueda de una bicicleta; las estrellas forcejearon en un juego eterno, y se formaron los planetas. La Tierra, una esfera líquida, se separó, y la Luna siguió sus huellas, jugueteando, mientras le fruncía el ceño por un lado de su cara, y le sonreía por el otro. Pero al debilitarse su entusiasmo, se quedó fija, alzándose sus montañas, sus mesetas, sus valles, sus rocas y una vida lenta. Finalmente, llegó el hijo de la Tierra, arrastrándose a cuatro patas y preguntando a quienes encontraba a propósito del ideal supremo.

«No te oculto que no puedo con los mitos. A pesar de que en el violento océano de olas descubrí una roca que tenía tres lados, y a la que llamaré de ahora en adelante la roca de la ciencia, la filosofía y el ideal supremo. No digas que la filosofía, como la religión, es de naturaleza mítica; la realidad es que se basa en unos fundamentos de raíces científicas, de las que se ayuda para alcanzar su objetivo. Por su parte, el arte es un placer sublime, una prolongación de la vida; aunque mi satisfacción tiene mayor alcance que el arte, porque sólo se sacia con la verdad. El arte, en relación a la verdad, parece más bien un entretenimiento femenino. Para conseguir este objetivo, sabed que estoy dispuesto a sacrificar todo, excepto mi razón de vivir. En lo que concierne a mis cualidades para este importante papel, estas son: una enorme cabeza, una enorme nariz, un amor fracasado y una esperanza enferma. ¡Y atención con burlarse de la juventud! Burlarse no es más que uno de los síntomas de la vejez, que los enfermos denominan sabiduría. No es una contradicción admirar a Saad Zaglul, a Copérnico, a Istoult y Mach al mismo tiempo. Esforzarse por enganchar al Egipto atrasado al tren en marcha de la humanidad es una labor tan digna como humana. El patriotismo es una virtud en tanto no se enturbie de xenofobia por el odio. Aunque el odio a los ingleses es una especie de defensa de la identidad; y el patriotismo en ese caso, no es si no un humanismo local».

«Pregúntame si creo en el amor y te contestaré que el amor aún no ha dejado mi corazón. Por eso sólo puedo confirmar la realidad del hombre. Aunque sus raíces se mezclaron con las de la religión y los mitos, la destrucción de sus santuarios sagrados no conmovió sus principios ni disminuyó su importancia. De igual modo, tampoco ha tenido dicho efecto negativo el que se irrumpa en su mihrab a través del estudio y del análisis, o el que se analicen sus elementos biológicos, psicológicos y sociales. Todo esto no hace más débiles los latidos del corazón, cuando un recuerdo

pasa como un relámpago, o una imagen se dibuja. ¿No sigues creyendo en la eternidad del amor? La eternidad no es un mito. Pero quizá el amor se olvide como todas las cosas en este mundo. Ya hace un año del matrimonio de Aida —¿por qué vacilas al pronunciar su nombre?—. Ya has quemado una etapa en la carrera del olvido. Has pasado por la fase de la locura, por la del aturdimiento, después por la del intenso dolor, y al cabo de todo, por la del dolor intermitente. Ahora puede transcurrir un día entero sin que me pase por la cabeza, salvo al despertar o al acostarme, y una o dos veces durante el día».

«La sensación que siento ante este recuerdo va desde una nostalgia que emana de forma equilibrada, a una tristeza que pasa como una nube, y a una angustia que pica, pero no quema, excepto si, de improviso, mi alma se excita como un volcán y la Tierra gira a mi alrededor. En cualquier caso, me levanto sabiendo que continuaré viviendo sin Aida».

«¿Qué te propones buscando el olvido? Estudiar el amor y analizarlo como ya he dicho. Despreciar los dolores individuales para reflexionar sobre el universo, que hace parecer el mundo del hombre, comparado con su dominio, una mota de polvo insignificante. Desahogar el alma con la bebida y el sexo. Confiar el consuelo a los filósofos de la resignación como Spinoza, que ve el tiempo como una cosa irreal, y por consiguiente las impresiones ligadas a un acontecimiento del pasado o del futuro como irracionales, impresiones que nosotros deberíamos dominar, si tuviéramos de ellas una idea clara y concreta. ¿Estás feliz al darte cuenta que el amor se olvida?... Estoy feliz porque es una esperanza para mí, para librarme de la cautividad, pero el hecho me entristece porque supone tener una experiencia de la muerte antes de que esta se presente. En cualquier caso, odiaré mientras viva la cautividad y amaré la libertad absoluta».

«Feliz aquel que ni piensa en el suicidio ni desea la muerte. Feliz aquel en cuyo corazón anida la llama del entusiasmo. Y eterno sea quien trabaje o se prepare sinceramente para el trabajo. Y viva quien siga las huellas de el-Jayyam con un libro, un vaso o una mujer enamorada. Un corazón entregado a las esperanzas olvida o finge olvidar el matrimonio, como un vaso lleno de *whisky* no deja espacio para la soda. Es suficiente que la pasión por la bebida se comparta bien, y que tu interés por las mujeres no traiga como consecuencia la repugnancia y la aversión. Por lo que concierne a la nostalgia que de vez en cuando te invade, de la castidad y de la mortificación, quizá sea un resto de tu antigua religiosidad».

No dejó de llover a cantaros ni un solo momento. Resonó un trueno, un relámpago brilló y la calle se quedó desierta. Los gritos enmudecieron. Se le ocurrió

echar una ojeada al patio de la casa. Abandonó la habitación y se dirigió a la sala. En la ventana, mirando a través de sus rendijas, vio cómo las aguas arrastraban la tierra blanda del suelo, produciendo surcos, que se dirigían enseguida hacia el viejo pozo. El agua se desbordó por un lado, y se acumuló en una cavidad entre el horno y el almacén, cavidad en la que germinaban, al amor de la humedad, los granos de trigo, cebada y alholva que habían caído sin querer de las manos de Umm Hánafi: hierbas recubiertas de brocado, que crecían unos días hasta que las pisaban los pies. Ese hoyo había sido durante la infancia de Kamal el dominio de sus experiencias, el refugio de sus sueños. Del manantial de sus recuerdos, su corazón se llenó ahora de amor nostálgico, de una alegría envuelta en tristeza, justo como si una nube transparente envolviese la cara de la luna.

Se alejó de la ventana para regresar a su habitación, y advirtió la presencia de alguien que estaba en la sala, como recuerdo persistente de la vieja reunión del café: su madre, allí sentada con las piernas cruzadas en el sofá y los brazos extendidos sobre el brasero; su única compañera era Umm Hánafi, sentada de igual forma frente a ella sobre una piel de cordero. Recordó entonces la vieja reunión en sus días brillantes, y los bonitos recuerdos que conservaba. El brasero era el único vestigio que casi no había sufrido cambios posiblemente desagradables para el observador.



Ahmad Abd el-Gawwad caminaba lentamente por la orilla del Nilo en dirección a la barcaza de Muhammad Effat. La noche estaba tranquila; el cielo, claro y resplandeciente de estrellas; el aire, muy fresco. Cuando alcanzó su destino, le fue inevitable no olvidar —por una simple cuestión de costumbre— lanzar una mirada a lo lejos, hacia donde estaba situada la barcaza que un día se llamara «la barcaza de Zannuba». Un año había pasado tras aquellos recuerdos dolorosos. De ellos sólo quedaba en su corazón la irritación y la vergüenza. Uno de los efectos, entre los diversos que le había causado aquello, era el de rehuir las reuniones de mujeres como hizo tras la muerte de Fahmi. Lo había mantenido durante un año, hasta que se aburrió luego; desistió de su decisión, y volvió a dirigirse con pie firme a la reunión prohibida. Al cabo de un minuto se presentó ante la reunión. Examinó ese querido grupo formado por sus tres amigos y dos mujeres. Los amigos se habían encontrado por última vez la noche anterior. Sin embargo, a las dos mujeres no las había visto desde hacía aproximadamente un año y medio, o, para ser exactos, desde aquella noche en que Zannuba irrumpió en su vida.

Aún no había comenzado nada, las botellas estaban llenas y todo en orden. Calila estaba en el sofá, presidiendo, jugueteando con sus pulseras de oro, y escuchando el ruido que producían. Mientras, Zubayda, situada bajo la lámpara que colgaba del techo, se miraba en un espejito que sostenía en la mano, examinando su maquillaje, con la espalda apoyada en la mesa atestada de botellas de *whisky* y platos de aperitivo. Los amigos estaban sentados separadamente, con las cabezas al descubierto, y sin sus *yubbas*. Ahmad Abd el-Gawwad estrechó sus manos, y luego las de las mujeres, calurosamente. Galila lo acogió diciéndole: «Bienvenido, mi querido hermano». Por su parte, Zubayda, sonriente, le regañó: «Bienvenido aquel a quien sólo por educación saludamos».

Se quitó su *yubba* y su *tarbúsh*. Echó una ojeada a los sitios vacíos —Zubayda se había sentado al lado de Galila—, y vaciló un poco antes de dirigirse al sofá de las dos mujeres, tomando asiento.

Su vacilación no pasó desapercibida a los ojos de Ali Abd el-Rahim, que le dijo:

—¡De esa forma, pareces un alumno de primaria!

—¡No te importa lo que él haga! —contestó Galila, como envalentonándole.

—¡No tiene que ocultarnos nada!

De pronto, Zubayda se echó a reír, y dijo con sorna:

—Soy yo la que de todos tiene más derecho a decir eso, ¿es que lo ha olvidado acaso?

Nuestro hombre captó lo que quiso decir, preguntándose con angustia hasta dónde llegaban sus conocimientos sobre todo el tema. A pesar de ello, respondió con delicadeza:

—¡El honor es para mí, Sultana!

—¿Realmente estás contento con lo que ha pasado? —preguntó Zubayda, mirándole recelosa.

—¡Mientras seas su tía! —respondió hábilmente.

—En lo que a mí concierne —replicó ella con resentimiento, mirándose la mano—, ¡mi corazón jamás aprobará lo que ocurrió!

Antes de que nuestro hombre pudiera preguntarle la causa, Ali Abd el-Rahim añadió, frotándose las manos:

—Dejad la conversación, a fin de que mantengamos en buen estado nuestras cabezas...

Y se incorporó, dirigiéndose a la mesa. Destapó una botella y llenó dos vasos; luego fue ofreciéndolos uno por uno, con una solicitud que revelaba su bien conocida disposición para realizar la función de escanciador. Esperó a que todos estuvieran preparados para beber, y exclamó:

—¡Salud a los amantes, a los hermanos y al regocijo, que sea eterno para todos nosotros!

Sonrientes, se llevaron los vasos a los labios. Ahmad Abd el-Gawwad, observó por encima del borde de su vaso los rostros de sus compañeros... esos amigos que habían compartido con él cerca de cuarenta años el peso de la amistad y la fidelidad. Era como si viera pedazos de su propia alma, y no pudo evitar que su pecho se conmoviera por los verdaderos sentimientos de amistad.

Sus ojos se volvieron a Zubayda, y reanudó la conversación, preguntando:

—¿Por qué tu corazón no lo aprueba?

Le dirigió una mirada que le hizo notar que sus palabras eran bien recibidas, y le contestó:

—Porque es una traidora que no respeta las obligaciones. Me traicionó hace ya más de un año, abandonando mi casa sin permiso, y marchándose a no sé dónde...

«¿Ignoraría ella de verdad dónde estuvo durante ese tiempo?» No pensó atender a sus palabras literalmente. Ella le preguntó:

—¿Y no llegó a tus oídos?

—Lo supe a su debido tiempo —respondió él tranquilamente.

—¡Yo, que la crie desde que era pequeña y la cuidé con el corazón de una madre! ¡Mira cuál es la recompensa! ¡Para que te fíes de la sangre de esta basura!

—¡No insultes su sangre, pues es también la tuya! —replicó Abd el-Rahim con chanza, fingiendo protestar.

Pero Zubayda respondió seriamente:

—¡Mi sangre no tiene nada de la suya!

—¿Entonces, quién era su padre? —preguntó el señor Ahmad ante su respuesta.

—¡Su padre!

Estas palabras se escaparon de Ibrahim Alfar con un tono en el que se advertía un torrente de ironía. Pero Muhammad Effat arremetió contra él diciendo:

—Recuerda que la conversación es sobre la mujer de Yasín.

En el rostro de Alfar desapareció toda muestra de ironía. Se refugió en el silencio, un poco apurado, mientras Zubayda prosiguió:

—Por mi parte, lo que he dicho de ella no es broma. ¡Cuántas veces, estando a mi cuidado, me miraba con ojos de envidia y ambicionaba ser mi rival! Yo fingía no darme cuenta, y cerraba los ojos ante sus maldades —luego, riéndose—, ¡soñaba con ser una cantora!

Repasó con sus ojos a los presentes en la reunión y dijo irónicamente:

—¡Pero fracasó y entonces, se casó!

—¿Desde vuestro punto de vista el matrimonio es un fracaso? —preguntó Ali Abd el-Rahim en un tono de censura.

Ella le guiñó un ojo, levantó la otra ceja y dijo:

—¡Sí, mi vida! Una cantora no abandona las tablas si no fracasa.

En ese instante, Calila se puso a cantar este fragmento: «*Tú eres el vino, ¡oh, alma mía!, tú nos deleitas*».

Nuestro hombre, con una gran sonrisa, la saludó con un «¡por Dios!», que delataba su regocijo. Sin embargo, Ali Abd el-Rahim se levantó una vez más y exclamó:

—Un momento de silencio para que apuremos este vaso...

Llenó los vasos y los repartió. Luego, con el suyo, regresó a su asiento. Ahmad Abd el-Gawwad tomó su vaso, mirando de reojo a Zubayda. Esta se volvió hacia él sonriente, y levantó su vaso como si dijera «¡a tu salud!». Él hizo otro tanto y bebieron, mientras ella lo envolvió con una tierna mirada.

Había pasado un año sin que el deseo de poseer a una mujer se apoderara de él. Como si la difícil experiencia que había pasado hubiera mitigado su ardor. O quizás fue el orgullo o la enfermedad.

Sin embargo, la embriaguez del vino y la mirada amorosa habían animado su corazón y le habían hecho sentir la dulzura de entregarse después de la privación. Esa sensación la consideraba como un saludo agradable del sexo que su vida amaba perdidamente. Quizás esa misma sensación pusiera una venda sobre su herida dignidad, tratada cruelmente por la traición y el paso de los años. La sonrisa de Zubayda hablaba, diciéndole:

«¡Tu época de esplendor aún no ha pasado!» Por ese motivo, no apartaba sus ojos de ella sin dejar de sonreír.

Muhammad Effat trajo un laúd y lo colocó entre las dos mujeres. Lo cogió Galila y empezó a tocar sus cuerdas. Al constatar la atención de los oyentes, se puso a cantar «*Cómo te deseo, a ti al que quiero...*».

Ahmad Abd el-Gawwad pareció sentir la armonía, como era su costumbre siempre que oía a Galila y Zubayda. Con su cabeza seguía la melodía, como si se emocionara con la representación de estos movimientos. En realidad, del mundo de las canciones sólo le quedaban recuerdos. El-Hammuli, Uzmán, el-Manialawi y Abd el-Hayy habían desaparecido como había desaparecido su juventud y los días triunfales. Pero debía preparar el espíritu para satisfacerse con lo que había y resucitar el sentimiento de la emoción, aunque fuera realizando esos movimientos.

Su amor por la canción y su pasión por la música lo habían llevado a frecuentar el teatro Muñirá el-Mahdiyya, aunque no lo apasionaba el teatro musical. Además, lo angustiaba sentarse en el teatro, porque era como sentarse en la escuela. En casa de Muhammad Effat escuchó también unos discos de la nueva cantante Umm Kulzum, pero prestándole un oído desconfiado y abrigado de malos pensamientos. Y no le había gustado. A pesar de que se decía que Saad Zaglul había elogiado la belleza de su voz.

Su apariencia daba la impresión de no manifestar realmente su actitud ante la canción. Continuó mirando fijamente a Galila, contento y feliz, tarareando con todos el estribillo «*Cómo te deseo*», con voz melodiosa hasta el punto que Alfar exclamó con pesar:

—¿Dónde, dónde está el adufe? ¿Dónde está el adufe para que oigamos al hijo de Abd El-Gawwad?

«Pregunta dónde está el Ahmad Abd el-Gawwad que tocaba el adufe. ¡Ah! ¿Por qué nos cambiará el tiempo?»

Galila terminó su canción entre un mar de aplausos, pero ella, sonriendo agradecida se disculpó:

—Estoy cansada...

Pero Zubayda, como otras veces se turnaban entre ellas, la cubrió de elogios, por cumplido y para conservar la paz general. A nadie se le ocultaba ya que la estrella de Galila como cantante había empezado a declinar rápidamente, siendo uno de sus últimos signos la huida de la panderetera Fino de su orquesta, que hizo un contrato con otra. Declive natural teniendo en cuenta que todas las cualidades que le habían proporcionado su antigua gloria, como su encanto o su voz, se habían marchitado. Por ese motivo, Zubayda no había vuelto a sentir celos de ella dignos de ser mencionados, y ahora era capaz de halagarla sin que le doliera. Y especialmente, cuando ya había llegado al apogeo de su vida, apogeo tras el cual un solo paso más significaba avanzar hacia el declive. A menudo, los amigos se preguntaban si Galila había preparado lo necesario para afrontar esta tan importante etapa de su vida. Ahmad Abd el-Gawwad opinaba que no era así, y acusaba a algunos de sus amantes de derrochar buena parte de su fortuna, aunque en cierto momento manifestó que ella era una mujer que sabía conseguir dinero por cualquier medio. Ali Abd el-Rahim corroboraba esta opinión: «Ella comercia con la belleza de las mujeres de su orquesta, y su casa, poco a poco, va cambiando de aspecto». En cuanto a Zubayda, todos pensaban que, a pesar de sus habilidades para hacerse con dinero, su generosidad la perdía por la ostentación con que lo dilapidaba, aparte de su afición por la bebida y las drogas, sobre todo la cocaína.

—Permíteme —dijo Muhammad Effat, aludiendo a Zubayda— que exprese mi admiración por las dulces miradas que dedicas a algunos de nosotros.

Calila rio: «Los ojos descubren al enamorado», dijo en voz baja.

—¿Crees que estás en una *zawiyya* de ciegos? —replicó Ibrahim Alfar irritado.

Ahmad Abd el-Gawwad, con aspecto enojado, dijo:

—¡Con esta franqueza, no os convertiréis en rufianes como queréis!

Zubayda, por su parte, contestó a Muhammad Effat:

—No lo miro con una intención que Dios no permita. Sólo le envidio su juventud. ¡Mirad su cabeza entre las vuestras blancas! Decidme si le echáis un solo día más de los cuarenta.

—Yo le echaría un siglo.

—¡Mejor será que os miréis vosotros mismos! —replicó Ahmad Abd el-Gawwad.

En ese momento, Calila canturreó el principio de una canción «*En el ojo del envidioso hay una viga, oh Galila*».

—¡No temáis por la envidia, mi ojo no tiene ningún mal! —exclamó Zubayda.

—¡Todo el mal viene de tus ojos! —le contestó Muhammad Effat, moviendo la

cabeza significativamente.

En ese instante, Ahmad Abd el-Gawwad dijo, dirigiéndose a Zubayda:

—¿Estás hablando de mi juventud? ¿Has oído lo que ha dicho el médico?

—Muhammad Effat me lo ha dicho —contestó con desaprobación—. Pero ¿cuál es esa tensión que te inquieta?

—Lio alrededor de mi brazo una extraña funda, empezó a hincharla con una especie de pera de piel y me dijo: «¡Tiene tensión!».

—¿Y de dónde viene esa tensión?

—¡Creo que no puede venir nada más que de esa pera! —contestó nuestro hombre riendo.

Ibrahim Alfar dijo golpeando las palmas de sus manos:

—Puede que sea una enfermedad contagiosa, pues no había pasado todavía un mes desde que nuestro amigo la padeciera, cuando todos nosotros fuimos al médico, uno tras otro. El resultado de todos sus reconocimientos fue el mismo: ¡la tensión!

—Yo os voy a decir su secreto —explicó Ali Abd el-Rahim—: es uno de los efectos de la revolución. Una prueba de ello es que antes de que se desencadenara, nadie había oído hablar de ella.

—¿Cuáles son los síntomas de la tensión? —preguntó Galila al señor Ahmad.

—Un dolor de cabeza de perro y respiración fatigada al caminar...

—¿Y quién no ha dejado de tener alguna vez estos síntomas? —balbuceó Zubayda, con una sonrisa que mostraba un poco de inquietud—, ¿pensáis que yo también tengo tensión?

—¿Por arriba o por abajo? —preguntó Ahmad Abd el-Gawwad. Se rieron todos sin excepción, hasta Zubayda.

—Como quiera que ya sabes lo que es la tensión, ¡examínamela, quizás sepas lo que le pasa! —añadió Galila.

—¡Ella que traiga la funda y yo traeré la pera! —exclamó Ahmad Abd el-Gawwad.

Rieron de nuevo, luego Muhammad Effat dijo enojado:

—¡La tensión..., la tensión y siempre la tensión! Ahora solamente oímos decir a los médicos, como si ordenaran a sus esclavos, «no bebas vino, no comas carne roja, y atención a los huevos».

—¿Qué puede hacer un hombre como yo, que no come más que carne roja y huevos, y no bebo otra cosa que no sea vino? —preguntó Ahmad Abd el-Gawwad con ironía.

—¡Comed y bebed todo lo que queráis! ¡El hombre es su propio médico, pero

Dios es el médico de todos! —contestó con decisión Zubayda.

Sin embargo, él había obedecido las prescripciones durante el período en que se vio obligado a guardar cama. Pero en cuanto se levantó, antes que nada fingió olvidar sus consejos totalmente.

—Yo no creo en los médicos —prosiguió Calila— pero se les puede excusar lo que dicen y hacen, pues viven de las enfermedades, al igual que nosotras, las cantoras vivimos de las fiestas. Tan imprescindible es para ellos la funda, la pera, las órdenes y las prohibiciones como para nosotras el pandero, el laúd y las canciones...

—Está en lo cierto —asintió nuestro hombre con una entusiasta alegría—, sin embargo, las enfermedades, la salud, la vida y la muerte dependen sólo de Dios, y quien confía en Él, no se lamentará...

—¡Pueblo, observad a este hombre! —exclamó Ibrahim Alfar riendo—. ¡Bebe con su boca, fornicar con sus ojos y sermonea con su lengua!

—¿Cómo voy a estar sermoneando en un burdel?

Muhammad Effat, examinando a Ahmad Abd el-Gawwad, agitó la cabeza admirado:

—Me habría gustado que Kamal estuviera entre nosotros para disfrutar de tu sermón...

—A propósito —preguntó Abd el-Rahim—, ¿sigue creyendo que el hombre desciende del mono?

—¡Qué pena! —exclamó Calila golpeándose el pecho con la mano.

—¿Del mono? —exclamó Zubayda, asombrada, y añadió luego—: Quizás se refiera a él.

—También afirma que la mujer desciende de la leona —le advirtió nuestro hombre.

—¡Cómo me gustaría ver al descendiente de un mono y a una leona! —dijo ella, riéndose a carcajadas.

—Un día crecerá y saldrá de su ambiente familiar —continuó Ibrahim Alfar—, entonces, se convencerá de que la humanidad desciende de Adán y Eva.

—O le traigo un día aquí conmigo para que se convenza que el hombre desciende del perro —le replicó Ahmad Abd el-Gawwad.

Ali Abd el-Rahim se levantó dirigiéndose a la mesa para llenar los vasos. Dijo a Zubayda:

—Tú eres la que mejor conoce a *Si* Ahmad de todos nosotros; ¿de qué animal dirías que proviene?

Reflexionó ella un poco, siguiendo las manos de Ali Abd el-Rahim, que vertían

el *whisky* en los vasos; luego respondió sonriendo:

—¡Del asno!

—¿Es un insulto o un elogio? —preguntó Galila.

—¡La respuesta sólo la conoce el propio aludido!

Volvieron a beber en la más completa serenidad. Zubayda cogió el laúd y se puso a cantar «corre la cortina que está a nuestro lado».

Llevado por su gran embriaguez, el cuerpo de Ahmad Abd el-Gawwad empezó a bailar al compás de la melodía, con el vaso en alto. En el interior sólo quedaba un poso, a través del cual miraba a la mujer como si deseara verla en un espejo; los misterios se desvelaron, si es que allí hubo misterios, y resultó evidente que todo entre Ahmad y Zubayda había vuelto a ser como antes.

Entonaron todos la canción tras Zubayda, e incluso la voz de Ahmad, extasiado y alegre, se elevó, hasta que acabó la canción con aplausos y gran regocijo.

Inmediatamente después, Muhammad Effat dijo a Galila:

—A propósito de «los ojos traicionan al enamorado», ¿qué piensas de Umm Kulzum?

—Tiene, Dios es testigo, una bella voz —respondió Galila—, aunque chilla con frecuencia como los niños.

—Algunos dicen que será la sucesora de Muñirá el-Mahdiyya; otros opinan que su voz es aún más maravillosa que la de la propia Muñirá.

—¡Qué tontería! —opinó Galila—. ¿Cómo vas a comparar esos pititos al lado de la voz ronca de Muñirá?

—En su voz hay algo que recuerda a los lectores del Corán. ¡Parece una cantora con turbante! —añadió Zubayda con desdén.

—A mí no me gusta, pero ¡cuántos se mueren por ella! —dijo Ahmad Abd el-Gawwad—, la verdad es que voz poderosa sigue siendo la de Si Abdu.

Muhammad Effat dijo burlonamente:

—¡Eres un reaccionario, siempre apegado al pasado...! —luego, guiñando un ojo—, ¿o no es verdad que continúas gobernando en tu casa a sangre y fuego, aun en la época de la democracia y el parlamento?

—La democracia es para el pueblo, no para la familia —observó con ironía nuestro hombre.

A esto, Ali Abd el-Rahim respondió seriamente:

—¿Crees que se puede gobernar a los jóvenes de hoy por la vía tradicional? ¿A esta juventud que está acostumbrada a organizar manifestaciones y hacer frente a los soldados?



—No sé de qué estás hablando —le interrumpió Ibrahim Alfar—, pero yo coincido con la opinión de Ahmad. Los dos somos padres de varones. ¡Que Dios nos ayude!

—¡Los dos sois unos fanáticos de la democracia de palabra, pero en realidad, en vuestras casas sois unos tiranos! —dijo Muhammad Effat burlonamente.

—¿Quieres que no decida sobre un asunto hasta reunir a Kamal, Yasín y a la madre de Kamal, y luego que votemos todos? —replicó Ahmad Abd el-Gawwad, protestando.

—No olvides a Zannuba, por favor —estalló Zubayda en carcajadas.

—Si la revolución es la causa de lo que soportamos de nuestros hijos, que Dios perdone a Saad Basha...

Continuaron bebiendo, charlando, cantando y bromeando. A medida que la noche avanzaba indiferente, el bullicio creció, entremezclándose las voces.

Él la miraba y la encontraba observándole; ella lo miraba y lo encontraba con los ojos puestos en ella. «En esta existencia hay un único placer», se dijo a sí mismo. Quiso expresar este pensamiento, pero no lo hizo; bien porque su valentía para manifestarse se había debilitado, o porque simplemente no podía, pero ¿cómo había llegado a esa... languidez? Se preguntó una vez más: «¿Es un placer momentáneo o una unión más duradera?». Su intención era buscar diversión y consuelo. Pero en sus oídos era como si las olas del Nilo le susurrasen algo. Y sin embargo, estaba ya para rebasar el punto medio entre cincuentón y sesentón. Pregunta a los filósofos cómo se pasa la vida, sin que nos demos cuenta...

—¿Por qué estás callado, Dios te libre del mal?

—¿Yo? Descanso un poco.

«¡Sí, qué dulce es el descanso! Un largo sueño tras el cual te levantas perfectamente. ¡Qué agradable es estar sano! Pero ellos te atacan sin dejarte respirar un solo momento en paz. ¿No es seductora esta mirada? El murmullo de las olas se hace más fuerte. ¿Cómo puedes oír la canción?»

—No, no lo dejaremos hasta acompañarlo al cortejo nupcial, ¿qué pensáis vosotros? ¡Una boda...! ¡Una boda!

—¡Levanta, camello mío!

—¿Yo? Un poco más de descanso...

—¡Una boda...! ¡Una boda! ¡Como pasó la primera vez en la casa de el-Guriyya!

—Eso fue hace tiempo...

—¡Vamos a repetirlo! ¡Una boda...! ¡Una boda...!

«No tienen compasión. Eso pertenece a un tiempo que ya pasó, oculto a tus ojos

por tinieblas. ¡Qué densas son esas tinieblas!, ¡qué murmullo más fuerte, qué espeso es el olvido...!»

—¡Mirad...!

—¿Qué le pasa?

—Un poco de agua, ¡abrid las ventanas...!

—¡Señor! ¡Dios mío!

—No es nada, no es nada..., humedece este pañuelo en agua fría...

Había pasado una semana desde «el accidente» del padre. El médico lo visitaba diariamente. Su estado era tan grave que no se permitía a nadie hablar con él. Sus propios hijos se deslizaban en el interior de la habitación de puntillas, y miraban a su padre acostado, escrutando su rostro enflaquecido y rendido. Se retiraban con el rostro sombrío y el corazón encogido, intercambiando miradas, pero rehuyéndolas en ciertos momentos.

El médico había dicho que era una crisis de tensión. Había sangrado al enfermo, llenando una palangana con su sangre, una sangre negra, como Jadiga había descrito mientras temblaba con todo su ser. De vez en cuando Amina salía de la habitación, con un aspecto errante. Mientras que Kamal parecía aturdido, preguntándose al parecer cómo podían suceder esas cosas terribles en menos de un abrir y cerrar de ojos; cómo su padre, tan fuerte, podía haberse dejado vencer, y someterse. Miró a hurtadillas la sombra de su madre, los ojos llorosos de Jadiga, el pálido rostro de Aisha, y se preguntó una vez más qué significaba todo eso.

Sin darse cuenta, se dejó llevar por la imaginación pensando el final que tenía su corazón; la imagen de un mundo en el que no existiera su padre. Su corazón, encogido, se estremeció. Se preguntó angustiado, cómo podría soportar su madre ese final, cuando sin suceder nada todavía, ya parecía anonadada.

Luego, le vino a la memoria el recuerdo de Fahmi. ¿Podría olvidar esto como había olvidado lo otro? El mundo le pareció cada vez más sombrío.

Yasín se enteró de lo acontecido a su padre al día siguiente, y fue a su casa por primera vez desde que la dejara cuando se casó con Maryam. Se dirigió directamente a la habitación de su padre, lo miró largamente en silencio, después se retiró a la sala aturdido. Vio allí a Amina, a la que saludó tras aquella larga separación con un fuerte apretón de manos, que la emocionó, de tal forma que sus ojos se llenaron de lágrimas. Nuestro hombre guardó cama, en primer lugar, sin hablar ni moverse. La sangría acabó por infundirle algo de vida, y pudo pronunciar alguna palabra o alguna breve frase para expresar lo que quería, pero sintiendo tal dolor que sólo eran quejidos y gemidos. Cuando la agudeza de los dolores de la enfermedad disminuyó, empezó a angustiarse por su postración forzosa, que le privaba de los beneficios de los movimientos y de la higiene, condenado como estaba a comer, a beber y a hacer lo que su espíritu aborrecía en un único lugar: su cama. Su sueño era irregular y su desazón continua. La primera pregunta que se hizo fue, principalmente, saber cómo

lo habían traído a su casa en su desmayo. Amina le contestó que había venido en un coche de caballos con sus amigos Muhammad Effat, Ali Abd el-Rahim e Ibrahim Alfar. Ellos le habían llevado con cuidado hasta su cama, y habían avisado al médico, a pesar de lo tarde de la hora.

Después le preguntó con interés por las visitas. La mujer le respondió que habían venido sin interrupción, pero que el médico había prohibido que hablaran con él de momento.

Él repetía en voz baja «todo depende de Dios, antes y después» y «rogamos a Dios un buen final». Pero en realidad ni estaba desesperado ni presentía la proximidad del fin. Su confianza en la vida, que adoraba, no se había debilitado a pesar de sus dolores y sus miedos. Recuperó su esperanza tan pronto como la conciencia volvió a él. No habló con nadie de los problemas propios de los moribundos, como hacer testamento, despedirse o confiar a los interesados los secretos de su trabajo y de su fortuna. Por el contrario, hizo venir a Gamil el-Hamzawi y le encargó algunas transacciones de las que él mismo no tenía experiencia. De igual modo, envió a Kamal a su sastre, que estaba establecido en Jan Gafar, para que le trajera unos trajes nuevos que le había encargado y pagara el precio de su confección. Sólo mencionaba la muerte en aquellas frases formularias que repetía como para disfrazar la crueldad del destino.

Al final de la primera semana, el médico manifestó que su enfermo había sobrepasado sin problemas la etapa crítica, y que ya sólo necesitaba algo de paciencia para recuperar la salud completamente y poder reanudar sus actividades. El médico volvió a hacerle las mismas recomendaciones que le hizo cuando su primera subida de tensión; esta vez el señor Ahmad le prometió obedecerlas, y también prometió sinceramente dejar la vida de desenfreno, al haber visto de forma clara sus consecuencias malsanas, las cuales le convencieron de que el asunto era cosa seria y no una broma. Empezó a resignarse diciéndose que la vida sana, con alguna que otra privación, era mejor que cualquier enfermedad.

Así, la crisis pasó sin problemas, la familia recuperó su aliento, y sus corazones se deshicieron en muestras de gratitud. Al final de la segunda semana, se le permitió recibir visitas; aquel fue un día feliz. La familia fue la primera en celebrarlo. Sus hijos y sus yernos le visitaron y hablaron con él, por primera vez desde su postración. Nuestro hombre examinó sus rostros —el de Yasín, Jadiga, Aisha, Ibrahim y Jalil Sháwkat— y empezó con sus buenas maneras —que no había olvidado siquiera en su estado— a preguntar por los niños, Redwán, Abd el-Múnim, Naíma, Uzmán y Muhammad; le respondieron que no habían venido con ellos por

temor a molestar su descanso. Le desearon una larga vida llena de salud y vitalidad, y le contaron la tristeza que les había causado su enfermedad, y la alegría de todos ante su recuperación. Jadiga hablaba con una voz temblorosa; Aisha le besó la mano, dejando una lágrima más expresiva que cualquier palabra. Yasín, por su parte, dijo con palabras sencillas y con toda su alma que había enfermado con él, y se había recuperado cuando Dios le había curado. El demacrado rostro del padre se alegró al escucharlo, y les habló largo tiempo acerca de la justicia de Dios, de su misericordia y bondad, y de la obligación de los creyentes de afrontar su destino con resignación y fe, poniéndose en manos del Dios único.

Abandonaron más tarde la habitación, dirigiéndose a la de Kamal, dejando libre el salón para que pasaran las esperadas visitas que habían de llegar. Allí, Yasín se dirigió a Amina, y apretó su mano diciéndole:

—No te he dicho lo que hay en mi alma en estas semanas pasadas, porque la enfermedad de papá nos había trastornado la razón. Ahora que Dios le ha concedido la salud, me gustaría disculparme por haber regresado a la casa sin tu permiso. La verdad es que me has recibido con el cariño que ya conocía de aquellos momentáneos días felices, pero ahora tengo que presentarte mis excusas obligadamente...

El rostro de Amina se enrojeció, y dijo emocionada:

—Lo pasado, pasado está, Yasín. Esta es tu casa. En ella serás siempre bien recibido cuando quieras...

—No quiero volver al pasado —contestó Yasín agradecido—, pero juro sobre la cabeza de mi padre y la vida de mi hijo Redwán que mi corazón nunca he deseado ningún mal a nadie de esta casa, y que os quiero a todos como a mí mismo. Tal vez ha sido el demonio quien me ha empujado al error. Todos los hombres están expuestos a caer en él. Pero mi corazón nunca ha sido falso.

Amina puso la mano sobre su ancho hombro, y le dijo con sinceridad:

—Siempre has sido uno de mis hijos. No niego que una vez me enojé, pero mi cólera ya no existe, gracias a Dios sólo queda el amor de siempre. Esta es tu casa, Yasín; sé bienvenido a ella.

Yasín se sentó agradecido. Cuando Amina salió de la habitación, él se dirigió a los presentes con tono sentencioso:

—¡Qué buena es esta mujer! ¡Que Dios no perdone a quien la ofenda, y maldiga al demonio que me puso un día en el trance de herir sus sentimientos!

—Casi no pasa un año sin que el demonio te empuje a una calamidad, como si fueras un muñeco en sus manos —replicó Jadiga dirigiéndose a él con una mirada

cargada de intención.

La miró con ojos suplicantes para que dejara de hablar, cuando Aisha intervino decisivamente en su defensa:

—Esa es una historia que ya pasó y acabó.

—¿Por qué no has traído contigo a «*Madame*» para animarnos este bendito día?  
—prosiguió Jadiga sarcástica.

—Mi esposa ya no anima más fiestas —contestó Yasín con un orgullo afectado—; ella ahora es una señora en todos los sentidos.

Jadiga exclamó en tono grave, sin rastro alguno de ironía:

—¡Qué lástima por ti, Yasín! ¡Dios te perdone y te guíe!

—No me lo tomes a mal, señor Yasín —interrumpió Ibrahim Sháwkat, como disculpando la franqueza de su esposa—; pero ¿qué puedo hacer? ¡Es tu hermana!

—¡Dios te ayude, Ibrahim...! —respondió Yasín sonriendo. A estas palabras, Aisha contestó suspirando:

—Ahora que Dios ha tomado a papá de su mano, os confieso que no olvidaré el espectáculo que viví el primer día que lo vi. ¡Que Dios no condene a nadie a la enfermedad!

—Esta vida sin él no valdría un recorte de una uña —replicó Jadiga con franqueza y entusiasmo.

—¡Es nuestro deleite ante todas las tensiones! —añadió Yasín emocionado—. ¡Es un hombre como no hay otro...!

«¡Y yo! ¿Recuerdas tu actitud en un rincón de tu habitación cuando la desesperación se había apoderado de ti? Y cómo tu Corazón se había desgarrado al ver la agonía de tu madre. Sabemos lo que significa la muerte, pero cuando su sombra aparece a lo lejos, la Tierra gira en torno a nosotros. Con todo, las punzadas del dolor se apoderarán de nosotros cuantas veces perdamos a nuestros seres queridos. Tú también morirás dejando las esperanzas tras de ti. La vida es atractiva, aun si sufres por el amor».

De la calle llegó el sonido del timbre de un coche de caballos. Aisha se levantó bruscamente para ir a la ventana. Miró a través de sus rendijas; luego, se volvió, asombrada:

—¡Una visita de gente importante!

Fueron llegando una tras otra las visitas de los muchos amigos que llenaban la vida de su padre: funcionarios, abogados, personalidades, comerciantes. Entre ellos, eran pocos los que no habían venido antes a la casa; otros sólo habían venido como invitados a algunos banquetes que nuestro hombre daba en ocasiones importantes.

Por otra parte, también se encontraban entre ellos hombres que se veían a menudo en la calle el-Saga o en la nueva avenida. Todos eran amigos, pero no en el mismo grado que Muhammad Effat y sus dos compañeros. No se quedaron mucho tiempo, considerando las circunstancias de la visita. Pero sus hijos encontraron motivos para satisfacer su presunción y vanidad, tanto en la deslumbrante apariencia, como en los coches tirados por hermosos caballos.

—¡Ahí están, sus mejores amigos ya han llegado! —dijo Aisha sin dejar de vigilar.

Llegaron a sus oídos las voces de Muhammad Effat, Ali Abd el-Rahim e Ibrahim Alfar, que se reían y alzaban la voz en alabanzas y agradecimientos.

—Ya no existen en el mundo amigos como esos... —dijo Yasín.

Ibrahim y Jalil Sháwkat asintieron a sus palabras, mientras Kamal exclamó con una tristeza que nadie percibió:

—¡Es raro que la vida permita a unos amigos permanecer unidos tanto tiempo como ellos!

—No ha pasado un solo día sin que hayan visitado esta casa, y en los días más difíciles no se iban sin lágrimas en los ojos... —continuó Yasín admirado.

—¡No te asombres! —observó Ibrahim Sháwkat—. ¡Ha convivido más con ellos que con todos vosotros!

En ese instante, Jadiga fue a la cocina para ofrecer su ayuda.

La afluencia de visitantes no se había interrumpido. Había venido Gamil el-Hamzawi, cuando cerró la tienda; seguido de Gunáyyim Hamidu, dueño de la almazara de el-Gamaliyya, luego llegó Muhammad el-Agami, vendedor de cuscús en el-Salihiyya. De pronto, Aisha gritó señalando la calle detrás de la ventana.

—¡El *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad! ¿Podrá subir al piso de arriba?

El *sheyj* comenzó a cruzar el patio, apoyado en su bastón, carraspeando de vez en cuando, para llamar la atención de los que estaban en la calle sobre su presencia.

—Podría subir hasta lo alto de un minarete —respondió Yasín.

Después respondiendo a Jalil Sháwkat que se preguntaba la edad del hombre moviendo los ojos y los dedos:

—¡Entre ochenta y noventa! ¡Y no me preguntes por su salud!

—¿Nunca se ha casado en su larga vida? —preguntó Kamal.

—Se dice que se casó y que fue padre, pero su mujer y sus hijos fallecieron —contestó Yasín.

Aisha gritó otra vez, sin abandonar su puesto en la ventana:

—¡Mirad! ¡*Un jawaga!* ¿Sabéis quién puede ser?

Atravesaba el patio mirando, vacilante e intrigado, lo que había a su alrededor, con un sombrero redondo de palma trenzada en su cabeza. Bajo su ala aparecía una nariz curvada y picada de viruela, y un bigote erizado.

—Quizás sea uno de los joyeros de el-Saga —dijo Ibrahim.

—Pero tiene aspecto de griego —balbució Yasín, confuso—. ¿Dónde habré visto yo esa cara?

Llegó un joven ciego con gafas negras, conducido por la mano de un hombre del pueblo cubierto por una *kufiyya*, que se pavoneaba con un largo abrigo negro, del que sobresalía bajo su borde una *galabiyya* rayada. Yasín los reconoció de una primera ojeada, en el colmo del asombro. El joven ciego era Abdu, tañedor de cítara en la orquesta de Zubayda. El otro era el dueño de un famoso café en Bab el-Birka, llamado el-Hamayuni, un matón, rufián, proxeneta y otras cosas más.

—El ciego es el artista de la cítara, de la cantante Zubayda... —comentó Jalil al oírlo.

—¿Cómo conoce a papá? —preguntó Yasín haciéndose el sorprendido. Ibrahim Sháwkat sonrió diciendo:

—¡Es un viejo melómano! No es extraño que sea conocido por todos los artistas.

Aisha, mirando a la calle, sonrió sin girar la cabeza a fin de ocultar su sonrisa. Yasín y Kamal vieron la sonrisa de Ibrahim y comprendieron lo que escondía detrás.

Finalmente, llegó Suwaiydán, la sirvienta de los Sháwkat, que tropezaba al caminar orgullosamente.

—La enviada de nuestra madre, que viene a preguntar por el señor —murmuró Jalil señalándola.

La viuda de Sháwkat había venido una vez a visitar al padre. Pero no pudo volver más cuando, en los últimos días, se vio aquejada de unos dolores reumáticos que se habían unido a su vejez.

Jadiga no tardó en volver de la cocina y dijo, aparentando quejarse y ocultando su desconcierto:

—¡Alguno de nosotros tiene que ofrecer el café!

Nuestro hombre estaba sentado en la cama, con la espalda recostada en una almohada doblada, y la colcha subida hasta el cuello, mientras las visitas estaban sentadas en el sofá y en las sillas que rodeaban la cama. Parecía feliz a pesar de su debilidad. Nada lo alegraba tanto como ver a sus amigos a su alrededor, rivalizando en halagarlo y en conservar su amistad. Si la enfermedad le había hecho probar lo malo, tampoco él renegaba del lado positivo, en el que se encontraban, tanto la angustia de sus hijos cuando la enfermedad lo golpeó, como, en las conversaciones



mantenidas estando convaleciente, las aflicción de aquellos por su ausencia y el alcance de sus sentimientos ante la nostalgia. Y como si quisiera aumentar su compasión, empezó a recitarles los dolores y el aburrimiento que había soportado, incluso permitiéndose, para conseguirlo, exagerar y agravar la cuestión:

—Los primeros días de la enfermedad —comenzó, suspirando— mi alma y yo estábamos convencidos de que era el final. Por eso, empecé a pronunciar la *Shahada* y a recitar el *Samadiyya*, mientras entre una y otra os mencionaba a menudo; de esa manera, hacía difícil la idea de separarme de vosotros...

Más de una voz se alzó para decirle:

—No existe el mundo sin ti, señor Ahmad...

—¡Esta enfermedad tuya dejará una huella en mi alma que continuará conmigo el resto de mis días! —exclamó Ali Abd el-Rahim emocionado.

—¿Recuerdas aquella noche? —añadió Muhammad Effat en voz baja—. ¡Dios!, ¡nos hiciste encanecer!

Gunáyyim Hamidu se inclinó un poco hacia la cama, y dijo:

—¡Te salvó quien nos libró de los ingleses la noche de la Puerta de las Conquistas!

Aquellos eran días felices. Días de salud y de amor. Fahmi era un valiente muchacho de esperanzas prometedoras.

—¡Dios sea alabado, señor Hamidu!

—Me gustaría preguntarte —se interesó el *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad— ¿cuánto has dado al médico inútilmente? No hay razón para que me respondas, pero te voy a rogar que mantengas a los amigos de el-Huseyn.

—Y tú, *sheyj* Mitwali, ¿no formas parte de esos amigos de el-Huseyn? —lo interrumpió Muhammad Effat interrogándole—. Aclara este punto...

El *sheyj* prosiguió sin prestar atención, golpeando el suelo con su bastón tras cada frase:

—Mantén a los amigos de el-Huseyn y a mí el primero, tanto si Muhammad Effat quiere como si no. Él también debería mantenerlos en tu honor, y yo en primer lugar. En cuanto a ti, tienes que cumplir tu deber de la peregrinación este año. ¡Qué bueno sería si me llevaras contigo! ¡Dios te recompensaría doblemente!

«¡Qué grato y qué próximo estás a mi corazón, *sheyj* Mitwali! ¡Eres digno de nuestro tiempo!»

—Te prometo, *sheyj* Mitwali, que vendrás conmigo al Higaz, si Dios lo permite.

Ante estas palabras, *eljawaga*, que se había quitado el sombrero dejando al descubierto sus claros y relucientes cabellos blancos, declaró:

—¡Nada de tristeza! La tristeza es la causa de todo. ¡Déjala estallar como una bomba!

Manuli es quien te ha vendido el vino durante treinta y cinco años, vendedor de felicidad e intermediario del cementerio de el-Qarafa.

—¡Estas son las consecuencias de tu mercancía, Manuli! *Eljawaga* observó los demás rostros de su «clientela», y dijo:

—Nadie ha dicho que el vino lleve a la enfermedad. Son palabras sin sentido. ¿La diversión, la risa y la alegría, provocan la enfermedad?

—Ahora ya te conozco, ¡rostro de las desgracias! —gritó el *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad, volviéndose hacia *eljawaga*, buscándolo con su vista que apenas distinguía nada—. Cuando escuché su voz por primera vez, me pregunté dónde había ya escuchado a este demonio.

Muhammad el-Agami, vendedor de cuscús, preguntó al *jawaga* Manuli, señalando con un guiño al *sheyj* Mitwali:

—¿No fue un día el *sheyj* Mitwali cliente suyo, Manuli?

—Su boca ya está llena de comida, ¿dónde va a poner el vino, querido mío? —contestó sonriendo *eljawaga*.

—¡Sé educado, Manuli! —gritó Abd el-Samad, apretando el puño de su bastón.

Pero, el-Agami le gritó a su vez:

—¿Es que no te acuerdas, *sheyj* Mitwali, que fuiste el mayor fumador de *hashísh* antes de que la vejez te hiciera perder el aliento?

—El *hashísh* no es un pecado —replicó el *sheyj* protestando y amenazando con la mano—. ¿Has intentado rezar la oración de la aurora estando drogado? ¡Dios es el más grande...! ¡Dios es el más grande!

Como Ahmad Abd el-Gawwad vio que el-Hamayuni estaba silencioso, se volvió hacia él sonriente, y dijo por educación:

—¿Cómo estás, maestro? ¡Por Dios que hace ya tiempo!

—Es cierto que ya hace muchísimo tiempo, ¡Dios mío! —dijo el-Hamayuni con un bufido—. Tú tienes la culpa, Si Ahmad. Tú fuiste el que nos dejó, pero cuando Si Ali Abd el-Rahim me dijo «tu enemigo está postrado en la cama», recordé los días de nuestras chiquilladas como si no se hubieran interrumpido, y me dije: «No existe la fidelidad si no voy a visitar yo mismo a este querido hombre, lleno de virtudes, alegre y cortés». Y si no hubiera sido por temor a la crítica, habría traído conmigo a Fatima, Tamalli, Dawlat y Nahawand; todas ellas están ansiosas por verte, ¡a ti Si Ahmad! Tan pronto nos honras viniendo a casa todas las noches, como nos abandonas durante años...

Luego, con una dura mirada, pasó revista a los presentes, y dijo:

—Todos vosotros nos abandonasteis. ¡Bendito sea el señor Ali y que Dios nos deje a Saniyya el-Olali que lo ha traído hasta nosotros! Quien pierde su pasado está perdido. En nosotros está la base de la humanidad. ¿Qué os ha alejado de nosotros? Si al menos os arrepintierais, os perdonaríamos. Pero aún no ha llegado el momento del arrepentimiento. ¡Nuestro señor lo mantiene alejado para prolongar vuestras vidas y vuestras alegrías!

—Ya puedes ver que estamos en la recta final —contestó Ahmad Abd el-Gawwad, señalándose él mismo.

—¡No digas eso, príncipe de los hombres! —dijo el maestro excitado—. Es sólo una crisis que pasará sin que vuelva a repetirse. No te dejaré hasta que prometas que vas a volver a Wagh el-Birka, aunque sea una vez, cuando Dios te ayude y te restablezca la salud...

—¡Los tiempos han cambiado, maestro Hamayuni! —contestó Muhammad Effat—. ¿Dónde está el Wagh el-Birka que conocíamos antes? Búscalo en la historia. Todo lo que queda de él es un lugar de diversión para los jóvenes de hoy. ¿Cómo vamos a ir allí, si entre ellos se encuentran nuestros hijos?

—Y no olvides —continuó Ibrahim Alfar— que no podemos engañar a Dios en nuestra edad o nuestra salud. Estamos en la recta final, como dijo Si Ahmad. Entre nosotros, no hay ninguno que no se haya visto obligado a visitar al médico para que nos diga: «tiene usted esto, y lo otro, no beba..., no coma..., no respire...», y otras recomendaciones asquerosas. ¿No has oído hablar de la enfermedad de la tensión, maestro Hamayuni?

—¡Cura cualquier enfermedad con la borrachera, la risa y la diversión —contestó el maestro, atravesándolo con la mirada— y si después de eso encuentras alguna huella, pégamelo con cola!

—¡Por tu vida, eso es lo que le dije! —gritó Manuli.

—¡Y no olvides el *manzul*, el auténtico, maestro! —añadió Muhammad el-Agami, como si quisiera completar lo que había empezado su compañero.

El *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad sacudió su cabeza asombrado, y preguntó perplejo:

—¡Indicadme, gente de bien!, ¿dónde estoy? ¿Estoy en casa de Abd el-Gawwad, en un fumadero, o en una taberna? ¡Decídmelo, por favor!

—¿Quién es este amigo vuestro? —preguntó el-Hamayuni, mirando al *sheyj* Mitwali de reojo.

—Un hombre de bien...

—Léeme mi destino si eres un hombre bueno —le dijo con sorna.

—¡La cárcel o la horca! —gritó Mitwali Abd el-Sámad.

El-Hamayuni no pudo contenerse de reír a carcajadas, y respondió:

—Es verdad, él es un hombre bueno. Este es el final que esperaba.

Más tarde, dirigiéndose al *sheyj*:

—Pero, sujeta tu lengua; si no, comprobarás por ti mismo tus profecías.

Ali Abd el-Rahim aproximó su cabeza al rostro de nuestro hombre y le dijo:

—¡Levántate, querido! El mundo sin ti es como la piel de una cebolla. ¡Qué nos ha pasado, Ahmad! ¿No crees que es mejor para nosotros no despreciar la enfermedad, después de todo esto? Nuestros padres se casaban incluso superando los setenta; entonces, ¿qué ha ocurrido?

—Vuestros padres eran creyentes y virtuosos —respondió con brusquedad Mitwali Abd el-Sámad, escupiendo una lluvia de saliva—. Ellos no se emborrachaban ni fornicaban. ¡Aquí está la respuesta que querías!

—El médico me ha dicho —respondió Ahmad Abd el-Gawwad a su amigo— que seguir mucho tiempo despreocupándose de la tensión puede acarrear una parálisis, ¡Dios nos libre! Eso fue lo que le ocurrió a nuestro amigo el-Waddini, ¡Dios le conceda un buen final! Si el destino se cumple, yo le rogaría que me concediera la muerte. ¡Permanecer durante años postrado en la cama sin moverse! ¡La muerte, por piedad!

En ese momento el-Agami, Hamidu y Manuli pidieron permiso para marcharse. Se fueron deseando salud y una larga vida a nuestro hombre. Muhammad Effat se inclinó sobre él, murmurándole:

—Galila te manda saludos, y ¡cuánto le hubiese gustado verte ella misma!

El oído de Abdu, el artista de la cítara, captó estas palabras. Hizo crujir sus dedos, y dijo:

—Y yo soy el enviado de la Sultana para ti. Ella estuvo a punto de vestirse como un hombre para venir a verte en persona, pero temió las consecuencias imprevistas que podía ocasionarte. Por ese motivo, me ha encargado decirte...

Carraspeó una y otra vez, y cantó en voz baja:

*Por lo que más quieras, viento  
dale al amado un beso por mí en su boca  
y dile: tu esclavo enamorado  
te es dócil*

El-Hamayuni sonrió, dejando ver su dentadura de oro, y dijo:

—¡Qué buen medicamento! ¡Prueba esto y no concedas importancia, ese hombre de Dios que nos profetiza la horca!

«¿Zubayda? No deseo ya nada. El mundo de la enfermedad es una cosa repugnante. Y si hubiera ocurrido la desgracia, estaría borracho. ¿Acaso no significa esto que debo abrir una nueva página?»

Ibrahim Alfar prosiguió con voz baja:

—Nos prometimos no tocar el vino mientras estuvieras en la cama...

—Os dispenso de vuestro juramento, y disculpadme por lo que ha pasado.

—¡Si fuera posible celebrar aquí la noche de tu curación! —exclamó Ali Abd el-Rahim, con una sonrisa incitante.

—¡Os llamo al arrepentimiento y a la peregrinación! —sermoneó Mitwali Abd el-Sámad dirigiéndose a todos.

—¡Pareces un soldado en un fumadero! —gritó el-Hamayuni, furioso.

Y a una indicación ya convenida de Alfar, las cabezas de los tres amigos se aproximaron a la de nuestro hombre, y empezaron a cantar en voz baja:

*Ya, que no soportas la bebida, ¿por qué bebes?*

*Ya que no soportas el amor, ¿por qué te enamoras?*

Mientras tanto, el *sheyj* Abd el-Sámad empezó a recitar los versículos de la azora del Arrepentimiento. Ahmad Abd el-Gawwad se ahogaba de risa, de tal forma que sus ojos se llenaron de lágrimas. Como el tiempo transcurría sin límites, el desasosiego empezó a aparecer en el rostro del *sheyj* Mitwali Abd el-Sámad, que dijo:

—Pongo en vuestro conocimiento que seré el último en abandonar esta habitación, porque quiero estar solo con el hijo de Abd el-Gawwad...

Ahmad Abd el-Gawwad pudo dejar la casa después de otras dos semanas. La primera cosa que hizo fue, acompañado por Yasín y Kamal, visitar el-Huseyn y rezar en su mezquita para dar gracias a Dios. La muerte de Ali Fahmi Kamal se había anunciado, divulgada por los periódicos, y el señor Ahmad reflexionó largamente sobre ella y dio un discurso a sus hijos, mientras salían de la casa:

—Cayó muerto mientras estaba dando un discurso a una enorme muchedumbre, y aquí estoy yo, corriendo con mis pies después de haber estado en la cama y casi ver la muerte con mis ojos. ¿Quién puede conocer lo que está oculto? ¡Verdaderamente, nuestras vidas están en las manos de Dios, y cada uno tiene su fin escrito!

Pasaron días y semanas hasta recuperar su peso; parecía, sin embargo, haber recobrado las señales de su dignidad y prestancia. Caminaba a la cabeza, seguido de Yasín y Kamal. Era todo un espectáculo que no había sido visto desde la muerte de Fahmi.

Por el camino que había entre Bayn el-Qasrayn y la gran mezquita, los dos jóvenes se dieron cuenta del prestigio del que su padre gozaba en todo el barrio. Ni uno solo de los comerciantes, dueños de las tiendas situadas a los dos lados del camino, dejó de estrecharle la mano y de abrazarlo calurosamente, felicitándolo por su salud. Yasín y Kamal se sentían, en su interior, muy complacidos ante esta entrañable amistad mutua. La alegría y el orgullo los invadieron, dibujando en sus bocas una sonrisa de la que no se desprendieron a lo largo de todo el camino. Aunque Yasín se preguntaba inocentemente por qué no gozaba él de la misma estima que su padre, si ambos tenían la misma prestancia y hasta los mismos vicios.

A Kamal, por su parte, pese a su impresión actual, sus pensamientos le emplazaron en el pasado y en cómo consideraba entonces esa posición de su padre, para poder examinarla ahora con nuevos ojos. En el pasado, esta se había representado antes sus ojos de niño como una prueba de grandeza y respeto. Ahora, sin embargo, no le parecía ni una cosa ni la otra, según sus ideales. Esta estima no era sino la que goza un hombre de buen corazón, de agradable compañía y de extraordinarias cualidades. La grandeza hace una insignificancia de todo esto, pues es un trueno que agita los corazones indolentes y quita el sueño a los ojos dormidos; es capaz de suscitar el odio y no el amor, la cólera y no la satisfacción, la enemistad y no la amistad; es descubrimiento, destrucción y construcción. Pero ¿no es para el

hombre un motivo de felicidad gozar de semejante amor y respeto? Ciertamente, y esto es así hasta el punto de que la grandeza de los grandes se mide a veces con relación al sacrificio que del amor y de la tranquilidad hacen para conseguir objetivos más elevados. «En cualquier caso, él es un hombre feliz. ¡Qué disfrute de su felicidad! ¡Míralo, qué guapo es! ¡Y Yasín también, qué elegancia! ¡Y qué extraño soy yo entre ellos, como si fuera una figura de un baile de carnaval! Por mucho que quieras pretender que la belleza es un adorno de la mujer y no del hombre, no borrarás de tus recuerdos el terrible episodio del cenador. Mi padre se ha restablecido de su tensión, pero ¿cuándo me curaré yo del amor? Porque el amor es una enfermedad, aunque como el cáncer, aún no se ha descubierto su causa. Huseyn Shaddad dice en su última carta: "París es la capital de la belleza y del amor"; ¿es también la capital del dolor? Este hermano querido empieza a ser avaro con sus cartas, como si las escribiera con gotas de su preciosa sangre. Quiero un mundo en que los corazones no engañen ni sean engañados».

Al dar la vuelta a Jan Gafar, la gran mezquita principal apareció ante ellos. Oyó cómo su padre exclamaba desde su más profundo interior, con una voz que amaba la dulzura del saludo y el ardor en su invocación: «¡Huseyn!». Ahmad Abd el-Gawwad apretó el paso, seguido por Yasín; él lo imitó, mirando la gran mezquita con una sonrisa enigmática. ¿Quizás por el ánimo de su padre rondaba la idea de que sólo le había acompañado en esta santa visita por requerimiento a su deseo, sin que pensase en los más mínimo compartir su fe? Pues esta mezquita no era, a sus ojos, más que un símbolo de la decepción que había sufrido su corazón. En el pasado, se detenía bajo su minarete, con el corazón palpitante, los ojos al borde de las lágrimas y el pecho tembloroso por la excitación que le producía la emoción, la fe y la esperanza. Sin embargo ahora, se aproximaba sin ver más que una enorme aglomeración de piedras, hierro, madera y pintura que ocupaba un amplio espacio del suelo inútilmente. Pero no tenía más remedio que representar el papel de creyente para que la visita finalizara respetando los derechos de la paternidad, y en consideración a la gente, y por evitar que hablaran mal. Era una conducta incompatible con la dignidad y la sinceridad.

«Quiero un mundo en el que el hombre pueda vivir libre, sin temor y sin sentirse forzado».

Se quitaron los zapatos y entraron uno detrás de otro. El padre se dirigió hacia el mihrab e invitó a sus hijos a rezar una oración de saludo a la mezquita. Alzó las manos hasta la cabeza empezando a rezar, y sus hijos le imitaron. El padre estaba profundamente inmerso en la oración, como era su costumbre, con los párpados

bajos en señal de acatamiento. Yasín olvidaba todo, excepto que se encontraba ante Dios Clemente y Misericordioso. Él —Kamal— empezó a mover sus labios sin pronunciar nada, a arrodillarse y a levantarse, a inclinarse y prosternarse como si ejecutara torpes movimientos gimnásticos. Se dijo a sí mismo: «Los más antiguos vestigios dejados atrás, tanto en la superficie de la Tierra como en su interior, son templos; incluso hoy en día no queda un solo sitio desocupado. ¿Cuándo aumentará el hombre su poder para apoyarse en sí mismo? ¿Y esa voz majestuosa que llega desde la mezquita recordando a la gente el fin del mundo? ¿Desde cuándo el tiempo tiene un fin? No hay nada más hermoso que esto: que el hombre trate de vencer las ilusiones y lo consiga. Pero ¿cuándo acabará la batalla y cuándo proclamará el combatiente que es feliz, diciendo "el mundo parece extraño ante mis ojos; se habrá creado ayer?" Estos dos hombres son mi padre y mi hermano. ¿Por qué todo el mundo no son mis padres y mis hermanos? Y este corazón que llevo en mi interior, ¿cómo ha aceptado hacerme valorar las penas en diferentes facetas? ¡Cuántas veces he tropezado a cada instante con personas que no quiero! Entonces, ¿por qué se ha alejado la persona que más deseo de entre todas al más remoto rincón de la Tierra?»

Cuando terminaron de rezar, el padre dijo:

—Vamos a quedarnos aquí un poco antes de iniciar las vueltas en torno a la tumba.

Permanecieron en silencio, sentados con las piernas cruzadas, hasta que el padre volvió a hablar con voz suave:

—No nos hemos vuelto a reunir aquí desde aquel día.

—Recitemos la *Fátiha* por el alma de Fahmi —respondió Yasín emocionado.

Recitaron la *Fátiha*; luego el padre preguntó a Yasín con recelo:

—¿Acaso tus asuntos terrestres te impiden visitar el-Huseyn?

Yasín, que no había visitado la mezquita a lo largo de todos esos años más que en contadas ocasiones, dijo:

—No puedo dejar pasar una semana sin venir a visitar a mi Señor.

Después, el padre se volvió hacia Kamal y le lanzó una mirada como preguntándole «¿y tú?». Kamal, avergonzado dijo:

—¡Yo tampoco!

—Es nuestro Bien-Amado y nuestro intercesor ante su venerable antepasado el día en que ni padre ni madre puedan hacer nada por nuestra salvación... —dijo el padre con humildad.

Esta vez se había librado de la enfermedad, después de que esta le hubiera dado una lección que jamás olvidaría. Estaba seguro de su violencia y temía sus



consecuencias; por ese motivo era sincero su propósito de arrepentimiento. Había estado siempre seguro de que el arrepentimiento, por muy larga que fuera la espera, tenía que llegar, y estaba convencido de que aplazarlo aún más denotaba insolencia e ingratitud hacia la gracia de Dios Misericordioso. Siempre que rondaban por su cabeza los recuerdos de su antigua diversión, se consolaba pensando en la vida de alegrías inocentes que le esperaba, como la amistad, la música y el humor. Por esa causa, suplicó a Dios que le preservara de las tentaciones del demonio, y le hiciera afirmar sus pasos en su decisión de arrepentimiento, comenzando a recitar las más pequeñas y sencillas suras que se sabía de memoria.

Se levantó y ellos tras él; se encaminaron hacia la tumba. Allí les acogió un agradable aroma que perfumaba el lugar, y un murmullo de recitaciones susurradas en las esquinas. Comenzaron a dar vueltas en torno al sepulcro entre una multitud de fieles. Kamal elevó sus ojos hacia el gran turbante verde, luego los dejó reposar largo tiempo en la puerta de madera que tantas veces habían besado sus labios. Comparó entre una época y otra, una situación y otra, y recordó cómo desvelar el misterio de esa tumba había sido el primer drama de su vida; y cómo luego estos dramas fueron llegando uno tras otro, destruyendo el amor, la fe y la amistad; cómo, pese a todo, continuaba él aún en pie, mirando la verdad con ojos extasiados, indiferente a las estocadas de dolor; hasta que la amargura se esparció por sus labios y dibujó una sonrisa. Respecto a la felicidad ciega que iluminaba los rostros de los fieles a su alrededor, él la había rechazado sin tristeza. ¿Cómo podría sacrificar la luz por la felicidad, cuando se había prometido a sí mismo vivir con los ojos abiertos, prefiriendo la angustia viva a la tranquilidad apática, la vigilia del insomnio al descanso del sueño?

Cuando acabaron su vuelta, el padre les invitó a sentarse un momento ante el sepulcro. Se dirigieron a una esquina, donde se sentaron muy juntos. El padre divisó a algunos conocidos, que se acercaron para estrecharle la mano y felicitarle. Un grupo se sentó a su lado. La mayor parte de ellos conocía a Yasín, bien por la tienda de su padre o por la escuela de el-Nahhasín; pero casi nadie conocía a Kamal. Uno de ellos, al advertir su delgadez, bromeó con nuestro hombre, diciendo:

—¿Qué le pasa a tu hijo, que parece un leproso?

Nuestro hombre arremetió contra él, diciéndole, como si quisiera devolverle el cumplido por otro mejor:

—¡Tú eres el leproso!

Yasín sonrió, y también Kamal. Era la primera vez que se le descubría la personalidad «secretá» de su padre, de la que tanto había oído hablar. Así se

mostraba su padre, como un hombre que no dejaba pasar un chiste, incluso en una situación de alabanza y arrepentimiento ante el-Huseyn. Esto indujo a Yasín a reflexionar sobre el futuro de su padre y a preguntarse si era posible que volviera otra vez a sus famosas diversiones, después de lo que había pasado en su enfermedad.

«Saber esto —se dijo a sí mismo— es de vital importancia».

Umm Hánafi estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una estera en el salón, mientras Naíma —la hija de Aisha—, Abd el-Múnim y Ahmad —los hijos de Jadiga— estaban frente a ella en el sofá. Las dos ventanas que daban al patio de la casa estaban abiertas a fin de suavizar el agobiante y húmedo calor de agosto, aunque apenas si había un solo soplo de brisa, por lo que la gran lámpara que colgaba del techo permanecía inmóvil enviando su luz al salón. En cuanto a las otras habitaciones, aparecían a oscuras y en silencio. Umm Hánafi, con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el pecho, unas veces levantaba sus ojos para ver a los pequeños sentados en el sofá, y otras los cerraba. No hablaba, pero sus labios no dejaban de moverse.

—¿Hasta cuándo se va a quedar mi tío Kamal en la azotea? —preguntó Abd el-Múnim.

—Aquí hace calor. ¿Por qué no os vais con él? —balbuceó Umm Hánafi.

—Está oscuro, y a Naíma le dan miedo los insectos.

Ahmad añadió aburrido:

—¿Hasta cuándo vamos a quedarnos aquí? Esta ya es la segunda semana. Cuento los días uno por uno. ¡Quiero volver a casa con papá y mamá!

—Si Dios quiere, regresaréis todos juntos —dijo con esperanza Umm Hánafi— y todos más felices que nunca. Rogad a Dios, porque Él responde a los niños buenos...

—Nosotros rezamos antes de dormir y después de despertarnos, como nos recomendaste —contestó Abd el-Múnim.

—Rezadle en cada momento. Rezadle ahora, Él es el único que puede aliviar vuestras penas —añadió la mujer.

Abd el-Múnim extendió sus manos y miró a Ahmad, invitándole a hacer otro tanto. El otro lo hizo sin que el aburrimiento dejara su rostro. Luego, juntos, como estaban acostumbrados en los últimos días, dijeron:

—¡Señor, cura a nuestro tío Jalil y a nuestros primos Uzmán y Muhammad, para que podamos volver a casa tranquilos!

La emoción apareció en el rostro de Naíma. Los rasgos de su cara se relajaron por la tristeza y sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo están papá, Uzmán y Muhammad? —gritó—. ¿Y mamá? ¡Quiero verla, quiero verlos a todos!

—Yo también quiero ver a papá y mamá —se quejó Ahmad.

—Iremos con ellos cuando se curen —respondió Abd el-Múnim.

—¡Vamos ahora!, ¡quiero volver a casa! ¿Por qué nos tienen tan alejados de ellos? —gritó Naíma con desasosiego.

—¡Porque tienen miedo de que nos contagiemos! —contestó Abd el-Múnim.

—Mamá está allí, y también la tía Jadiga, y el tío Ibrahim, y la abuela, ¿por qué ellos no se contagian? —replicó Naíma con tozudez.

—¡Porque ellos son mayores!

—Si los mayores no se contagian, ¿por qué está enfermo papá?

Umm Hánafi suspiró, y dijo con dulzura:

—¿Es que te molesta algo? Esta también es tu casa, y aquí están Si Abd el-Múnim y Si Ahmad para jugar contigo. Y también está tu tío Kamal, que te quiere más que a las niñas de sus ojos. Pronto volverás con mamá, papá, Uzmán y Muhammad. No llores, mi pequeña niña, y reza porque papá y tus hermanos se curen...

—Dos semanas. Las he contado con los dedos —dijo con fastidio Ahmad— y además, nuestra vivienda está en el tercer piso, y la enfermedad está en el segundo. ¿Por qué no volvemos a nuestra casa llevándonos con nosotros a Naíma?

—Tu tío Kamal se enfadaría si escuchara lo que estás diciendo —amenazó Umm Hanafi, poniendo el dedo sobre sus labios—. Os compraré chocolate y pipas, ¿cómo vas a decirle que no deseas quedarte con él? Ya no sois unos niños. ¡Tú, Si Abd el-Múnim, vas a entrar en la escuela primaria dentro de un mes, y tú también, mi pequeña Naíma!

—¡Déjanos al menos salir a la calle para jugar! —dijo Ahmad, cediendo en algo de sus pretensiones.

—¡Es cosa razonable, Umm Hánafi!, ¿por qué no salimos a la calle a jugar?

—Tenéis el patio, y es tan grande como este mundo y el otro —contestó Umm Hánafi con firmeza—; y también tenéis la azotea. ¿Qué más queréis? El señorito Kamal, cuando era pequeño, solamente jugaba en la casa. Cuando yo termine mi trabajo, os contaré algunas historias, ¿queréis?

—¡Ayer nos dijiste que tus historias se habían acabado! —protestó Ahmad.

—La tía Jadiga sabe más historias que tú —continuó Naíma, secándose las lágrimas—. ¿Dónde está mamá para que cantemos juntas?

—¿Cuántas veces te he pedido que nos cantaras algo, y te has negado? —le preguntó Umm Hánafi tratando de congraciarse con ella.

—¡Aquí no voy a cantar! ¡No voy a cantar estando Uzmán y Muhammad enfermos!

—Os voy a preparar la cena, y después iremos a dormir —suspiró la mujer—. ¿Queso, sandía y melón, eh?

Kamal estaba sentado en una silla, en el lado descubierto de la azotea, contiguo a la techumbre de hiedra y jazmín. Apenas se le podía ver en las sombras, a no ser por su propia *galabiyya* blanca. Tenía las piernas extendidas y relajadas, la cabeza elevada hacia el horizonte, incrustado de estrellas, absorto en sus pensamientos, rodeado de un silencio que sólo enturbiaba alguna voz que subía de la calle o un cacareo procedente del gallinero. En su rostro se dibujaban las huellas de cuánto había sobrevenido a su familia en las últimas dos semanas, que había trastornado la marcha normal de la casa, donde su madre no aparecía salvo en raras ocasiones, y donde el ambiente estaba saturado de los quejidos de los tres pequeños prisioneros que iban y venían por toda la casa preguntando por «papá» y «mamá»; hasta el punto de no saber qué hacer para consolarlos y distraerlos.

En el-Sukkariyya, Aisha ya no cantaba ni reía, como se decía a menudo de ella. Por el contrario, pasaba la noche en vela, ante su familia enferma, el marido y dos de sus hijos. ¡Cuánto había deseado cuando era pequeño que Aisha regresara a su antigua casa! ¡Y cuánto temía ahora que ella se viera obligada a regresar, abatida y con el corazón roto! Su madre le había susurrado al oído: «No vayas a el-Sukkariyya, y si vas, no tardes mucho». Sin embargo, él iba de vez en cuando; y cuando salía, sus manos emanaban un olor extraño por los desinfectantes, llevando el corazón dominado por la angustia. Lo extraordinario del virus del tifus, como del resto de los virus, es su increíble insignificancia; los ojos no pueden verlo, pero él puede detener el curso de la vida, decidir el destino del hombre, y hacer pedazos, si lo desea, una familia. El pobre Muhammad había sido el primer afectado, luego le siguió Uzmán, y por último, imprevisiblemente, cayó el padre.

Por la noche vino la criada Suwaiydán para darle la noticia de que su madre iba a pasar la noche en el-Sukkariyya, añadiendo más adelante, en el nombre de su madre y en el de ella misma, que no había motivo para inquietarse. Entonces, ¿por qué se iba a quedar su madre esa noche allí? ¿Y por qué su corazón se había encogido? Sin embargo, pese a todo, era posible que el ambiente se clarificara en un abrir y cerrar de ojos, que Jalil Sháwkat y sus queridos hijos se curaran y que el rostro de Aisha se iluminara y resplandeciera. ¿Había olvidado que su cara ya había experimentado una prueba parecida hacía unos ocho meses? Y ahí estaba su padre, que ya corría, en perfecto estado de salud y brillo en sus ojos, y había vuelto a sus amigos y seres queridos como el pájaro regresa al árbol frondoso. Entonces, ¿quién podía oponerse a la posibilidad de que todo cambiara en un abrir y cerrar de ojos?

—¡Estás aquí solo!

Kamal conocía esa voz. Se levantó volviéndose hacia la puerta de la azotea, y tendió la mano hacia el recién llegado, diciéndole:

—¿Cómo estás, hermano? Siéntate, por favor.

Le ofreció su asiento. Yasín respiró profundamente para recuperar el ritmo normal de su respiración que la subida de la escalera había alterado, llenando su pecho de esa forma con el aroma del jazmín; luego se sentó, y dijo:

—Los niños duermen y Umm Hánafi también...

—¡Pobres niños! —se lamentó Kamal, volviéndose a sentar otra vez—. Ni se calman ni dejan descansar. ¿Qué hora es?

—Las once. Se está mucho más agradable aquí que en la calle.

—¿Dónde has estado?

—Andando entre Qasr el-Shawq y el-Sukkariyya. A propósito, tu madre no regresará esta noche...

—Suwaiydán ya me lo había dicho, ¿qué hay de nuevo? Estoy un poco angustiado.

—Todos nosotros estamos igual de angustiados. ¡Dios, sé clemente! Tu padre también está allí —suspiró Yasín.

—¿A esta hora?

—Lo dejé en la casa.

Tras un momento, prosiguió:

—He estado en el-Sukkariyya hasta las ocho de la tarde, cuando el enviado de Qasr el-Shawq vino a decirme que mi mujer estaba sintiendo dolores de parto. Así que inmediatamente fui a buscar a Umm Ali, la comadrona, y la llevé a la casa, donde encontré a mi esposa al cuidado de algunos vecinos. Me quedé allí una hora, pero no pude soportar mucho tiempo al escuchar los gemidos y los gritos, así que volví a El-Sukkariyya otra vez donde encontré a tu padre sentado con Ibrahim Sháwkat.

—¿Qué quieres decir con eso? Dímelo.

—La situación es muy grave —dijo Yasín con voz apagada.

—¿Grave?

—Sí, fui allí para tranquilizar un poco mis nervios. Pero parece que Zannuba no ha encontrado otra noche para dar a luz más que esta. Estoy totalmente agotado entre Qasr el-Shawq y el-Sukkariyya, entre la comadrona y el doctor. La situación es grave. Cuando la viuda de Sháwkat observó el rostro de su hijo, gritó: «¡Piedad, Señor! Debes llevarme a mí antes que a él». Tu madre estaba muy trastornada; pero

la otra no prestaba atención. Sólo dijo con voz ronca: «¡Esta es la imagen de los Sháwkat cuando se enfrentan a la muerte; yo ya he visto a su padre, a su tío y a su abuelo antes que a él!». De Jalil no queda más que una sombra, y los dos niños igual. ¡Por Dios Todopoderoso!

Kamal tragó saliva, y dijo:

—¡Quizás lo que piensan no se cumpla!

—¡Quizás! Kamal... no seas niño. Tienes que saber lo que yo sé al menos, el médico dice que el asunto es muy grave.

—¿Para todos?

—¡Para todos! Jalil, Uzmán y Muhammad. ¡Señor! ¡Qué mala suerte tienes, Aisha!

Entre tinieblas, ante sus ojos, se imaginó la familia de Aisha, sonriente, como la había visto en el pasado. Felices y sonrientes, manipulando la vida como si fuera un juego verdadero. «¿Cuándo volverá Aisha a reírse con todo su corazón otra vez? Así fue como se nos marchó Fahmi, ¡los ingleses y el tifus son una misma cosa! ¿O hay otras causas? Creer en Dios es lo que ha hecho de la muerte un decreto divino y una sentencia que provocan consternación; cuando no es, en realidad, más que una especie de burla».

—¡Es la cosa más horrible que he escuchado en mi vida!

—Es así. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Qué crimen ha cometido Aisha para merecer esto? ¡Dios, sé clemente y misericordioso!

«¿Existe una suprema sentencia que justifique el asesinato en todas sus formas? La muerte sigue minuciosamente las reglas del "chiste". Pero ¿cómo vamos a reírnos, siendo nosotros el objetivo del chiste? Quizás podamos acogerla con una sonrisa, si siempre se nos presenta tras una sincera reflexión, una verdadera comprensión y una auténtica imparcialidad. Eso sería una victoria sobre la vida y la muerte a la vez. Pero ¿dónde está Aisha en medio de todo esto?»

—Mi cabeza da vueltas, hermano.

—Así es el mundo —contestó Yasín en un tono sentencioso que Kamal oía por primera vez—, debes conocerlo en su auténtica realidad.

Luego se levantó sobresaltado, y dijo:

—Tengo que marcharme ahora.

—Quédate conmigo un poco —dijo Kamal, como pidiendo ayuda.

Pero Yasín se excusó:

—Son las once y tengo que ir a Qasr el-Shawq para tranquilizarme por el estado de Zannuba, luego volveré a el-Sukkariyya para estar con los otros. Me parece que

esta noche no voy a dormir ni una hora. ¡Sólo Dios sabe lo que nos espera mañana!

Kamal se levantó, diciendo angustiado:

—Hablas como si todo se estuviese acabando. Voy a ir inmediatamente a el-Sukkariyya.

—No, debes quedarte con los niños hasta que amanezca. Intenta dormir, si no me voy a arrepentir de haberte dicho la verdad.

Yasín abandonó la azotea, seguido por Kamal, que lo acompañó hasta la puerta de la casa. Cuando pasaron por el piso de arriba, donde dormían los niños, Kamal dijo con tristeza:

—¡Pobres niños! ¡Cuánto ha llorado Naíma estos últimos días, como si su corazón intuyera lo que pasaba!

—¡Los niños olvidan pronto! —dijo Yasín con indiferencia—. ¡Pide compasión por los mayores!

Cuando salieron al patio, les llegó de la calle una voz que gritaba con fuerza: «¡Edición especial de *el-Muqáttam!*».

—¿Edición especial de *el-Muqáttam*? —murmuró Kamal intrigado.

—¡Sí! Sé lo que dice porque he escuchado a la gente intercambiarse comentarios cuando venía hacia aquí. Saad Zaglul ha muerto.

—¿Saad? —exclamó Kamal desde su más profundo interior.

Yasín detuvo su marcha y se volvió hacia él, diciéndole:

—¡Tranquilo, ya es suficiente con lo que tenemos nosotros!

Kamal se quedó con los ojos fijos en la oscuridad, sin pronunciar palabra, y si moverse, como si hubiera olvidado a Jalil, Uzmán, Muhammad, Aisha y todo, excepto que Saad Zaglul había muerto.

Yasín continuó su camino, diciendo:

—Ha muerto agotando su parte de vida y grandeza. ¿Qué más querías para él? ¡Dios tenga piedad!

Kamal lo siguió en silencio, sin salir aún de su asombro. Si hubiera sido en otras circunstancias, no tan tristes, no sabría cómo habría asumido la noticia, pero las desgracias, cuando se encuentran, se provocan unas a otras. De esa manera murió su abuela, a consecuencia de la muerte de Fahmi, y no hubo nadie que llorara por ella.

Entonces, Saad ha muerto. ¡Ha muerto el alma del exilio, de la revolución, de la libertad y la constitución! ¿Cómo no iba a estar triste si todo lo bueno que había en su alma había sido inspirado y enseñado por él?

Yasín se detuvo otra vez para abrir la puerta, le tendió la mano y se saludaron. En ese momento, Kamal recordó algo que se le había olvidado, y, dijo a su hermano



con un poco de vergüenza por su olvido:

—Rogemos a Dios que tu mujer haya tenido un hijo sin problemas.

Yasín dijo, queriendo marcharse:

—¡Si Dios quiere! Espero que duermas tranquilo.

# Glosario

**Arif:** alumno de mayor edad, que asiste al maestro en la escuela coránica.

**Anís:** pequeño ornamento metálico en el velo de las mujeres musulmanas.

**Azharista:** estudiante de la universidad religiosa de el-Azhar.

**Baqlawa:** dulce de hojaldre empapado en mantequilla y agua de rosas, relleno de alfóncigos o nueces molidas, y cocido al horno.

**Basbusa:** pasta de harina, manteca, azúcar y aceite.

**Basha:** título de origen turco, pacha.

**Basmala:** fórmula de invocación a Dios, diciendo: «En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso».

**Bey:** tratamiento de cortesía y título honorífico de origen turco, inferior al de basha y superior al de efendi.

**Dalia biyya:** barca de recreo habitable, utilizada en el Nilo.

**Darabukka:** especie de tamboril de barro o madera abierto por un lado, mientras que el otro está cubierto por una piel de cabra o de pescado, sobre la que se golpea con la mano.

**Fátiha:** nombre de la primera sura o capítulo del Corán.

**Full:** jazmín árabe con muchas hojas y muy buen olor.

**Galabiyya:** vestimenta masculina común en Egipto.

**Guilbab:** camisola de dormir.

**Hagg:** peregrino. Título honorífico con que se designa a los musulmanes que han hecho la peregrinación a La Meca.

**Hánem:** título femenino de origen turco. Pospuesto a un nombre de mujer equivale a «señora» o «doña».

**Ifrit. (pl. ifrits):** genio, demonio.

**Jazoaga:** título y fórmula de invocación, especialmente dirigida a cristianos y occidentales.

**Kánaka:** cafetera especial para hacer el «café turco».

**Kaiyyu:** siete de rombos de un juego denominado kotcluna.

**Kohl:** polvo de antimonio usado como maquillaje de ojos.

**Kufiyya:** pañuelo cuadrado, doblado en diagonal y anudado en la cabeza.

**Máhmal:** cortejo que lleva sobre un palanquín un emblema de seda negra enviado tradicionalmente desde Egipto a La Meca.

**Malbán:** dulce hecho de harina de maíz, azúcar y alfóncigos.

**Manzul:** tipo de estupefaciente fuerte.

**Máwled:** aniversario del nacimiento de una figura importante del Islam.

**Melaya:** túnica negra de las mujeres egipcias.

**Millim:** milésima de libra.

**Midujiyya:** plato elaborado con una planta comestible muy común en Egipto (corchorus olitorius).

**Puf:** asiento bajo y redondo.

**Qibla:** dirección hacia la Meca, concretamente hacia la Kaaba, indicada en la mezquita por el mihrab.

**Sahur:** comida tomada antes de la salida del sol, durante el mes de Ramadán.

**Salámlík:** palabra turca que designa una sala de recepción reservada a los hombres.

**Sheyj:** anciano venerable. Título que se da a un hombre por su piedad y prudencia.

**Si:** apócope de Sayyidi: señor.

**Sitt:** señora.

**Suar (pl. suarés):** precedente del tranvía en Egipto, consistente en una serie de vagones tirados por muías. Esta palabra procede del nombre del alemán Schwartz, fundador en El Cairo de la compañía de transportes del mismo nombre.

**Tarbúsh:** bonete rojo de lana; fez.

**Wafdista:** miembro o simpatizante del partido Wafd.

**Wálad:** sota de rombos de un juego denominado kotcluna.

**Yubba:** vestido largo, abierto en la parte delantera, de mangas largas y amplias.

**Zawiyya:** oratorio levantado sobre la tumba de un santón musulmán.